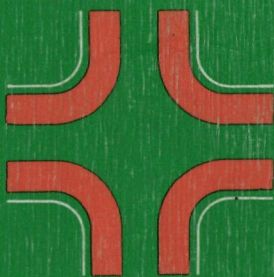


Marcel Bastin
Ghislain Pinckers
Michel Teheux

DIOS

CADA DIA

SIGUIENDO
EL LECCIONARIO FERIAI



4 / SEMANAS X-XXI T.O.
EVANGELIO DE MATEO

DIOS CADA DIA
Siguiendo el
Leccionario Ferial

—4—

Semanas X-XXI T.O.
Evangelio de Mateo

Indice

Presentación	13
Introducción	14

AÑOS IMPARES

Leer y comprender a Mateo: el sermón de la montaña	16
---	----

DEL LUNES DE LA DECIMA SEMANA AL JUEVES DE LA DUODECIMA

LA CONMOCION DE LA FE	17
------------------------------------	----

Lunes 10	Dichosos los que son perdonados	18
Martes	Dar gusto	21
Miércoles	Ley nueva	23
Jueves	No matarás	25
Viernes	Profeta de la dicha	28
Sábado	De acuerdo	30
Lunes 11	Razones para esperar	32
Martes	La medida del amor	34
Miércoles	Verdad	36
Jueves	Esponsales	38
Viernes	Tesoro	41
Sábado	El dinero o la vida	43

Los patriarcas y la historia	45
---	----

Lunes 12	Mi padre era un vagabundo	47
Martes	Hacia Mambré	50
Miércoles	Promesa	53
Jueves	En la roca	55

Leer y comprender a Mateo: la sección de los milagros	57
--	----

Título del original francés:
Dieu pour chaque jour
© 1982 by Desclée Editeurs
Paris-Tournai

Coordinación: AGESA. Area de Gestión Editorial
León.

Traducción:
© 1990 by Editorial Sal Terrae
Guevara, 20
39001 Santander

Con las debidas licencias
Impreso en España. *Printed in Spain*
ISBN: 84-293-0869-5
Dep. Legal: BI-1568-90

Fotocomposición: Crisol
Madrid

Impresión y encuadernación:
Grafo, S. A.
Bilbao

DEL VIERNES DE LA DUODECIMA SEMANA AL MARTES DE LA DECIMOCUARTA

UNA ALIANZA QUE ES PROMESA 58

Viernes	Reír	59
Sábado	Hospitalidad	61
Lunes 13	La trampa	64
Martes	Apaciguamiento	66
Miércoles	El hijo de la ancianidad	68
Jueves	Desmesura	71
Viernes	Padres de la Iglesia	74
Sábado	Ebriedad	78
Lunes 14	Rehabilitación	81
Martes	En el vado de Yabboq	83

José y las doce tribus 86
Leer y comprender a Mateo: el discurso de la misión 89

DEL MIÉRCOLES AL SÁBADO DE LA DECIMOCUARTA SEMANA

MINISTERIO DE LA ALIANZA 90

Miércoles	Servidores de la palabra	91
Jueves	La palabra como único equipaje	93
Viernes	Servir hasta el final	95
Sábado	El riesgo del testimonio	97

El libro del Exodo: un libro en el que todo comienza dualmente 100

DEL LUNES DE LA DECIMOQUINTA SEMANA AL MIÉRCOLES DE LA DECIMOSEXTA

LIBERADOS 104

Lunes 15	Opresión	106
----------	----------------	-----

Leer y comprender a Mateo: Jesús, signo de contradicción 109

Martes	Vino a su casa	110
Miércoles	Marcados a fuego	112
Jueves	Un nombre que hace historia	115
Viernes	Comer la Pascua	119
Sábado	La noche de la esperanza	122
Lunes 16	La verdadera travesía	124
Martes	Liberación	127

Leer y comprender a Mateo: el discurso parabólico 129

DEL MIÉRCOLES DE LA DECIMOSEXTA SEMANA AL JUEVES DE LA DECIMOSEPTIMA

ALIANZA 130

Miércoles	Viático	132
Jueves	Subir hasta la transfiguración	135

Viernes	Pacto	138
Sábado	Unidos por la sangre	141
Lunes 17	Aquí tienes a tu Dios	144
Martes	Encuentro	148
Miércoles	El rostro iluminado	151
Jueves	Al ritmo de su paso	154

Leer y comprender a Mateo: nacimiento de una Iglesia 157

VIERNES Y SÁBADO DE LA DECIMOSEPTIMA SEMANA

HACER INTERVENIR A DIOS 158

Viernes	El corazón está de fiesta	160
Sábado	Fiesta de la liberación	162

DEL LUNES DE LA DECIMOCTAVA SEMANA AL SÁBADO DE LA DECIMONOVENA

¡ACUERDATE DEL DESIERTO! 165

Lunes 18	La prueba de la fe	168
Martes	Entre el viento y la tempestad	171
Miércoles	Pasar el Rubicón	174
Jueves	Su nombre	178

El Deuteronomio: un libro muy poco conocido 181

Viernes	Memoria	182
Sábado	Shema Israel	184
Lunes 19	Adherirse	187

Leer y comprender a Mateo: el discurso eclesialístico 190

Martes	El paso de un pueblo	191
Miércoles	Unidos	194

Josué y los Jueces: ¿dos libros que se contradicen? 196

Jueves	La alianza de la compasión	197
--------	----------------------------------	-----

Leer y comprender a Mateo: la hora de la elección 200

Viernes	Reaprender a Dios	201
Sábado	Presente	204

DEL LUNES DE LA VIGESIMA SEMANA AL SÁBADO DE LA VIGESIMO PRIMERA

A LA ESPERA 206

Lunes 20	¡Sin equipaje!	208
Martes	¡Todo es posible!	210
Miércoles	El salmo del corazón	213
Jueves	Participación	216
Viernes	La ley de la vida	219

Sábado	Tomad sobre vosotros mi yugo	222
Lunes 21	Palabra de vida	225
Martes	Servir a la Palabra	227
Miércoles	El niño hablará	229

Leer y comprender a Mateo: el discurso escatológico 231

Jueves	Gerencia	232
Viernes	Mantener	234
Sábado	Arriesgar	237

AÑOS PARES

DEL LUNES DE LA DECIMA SEMANA AL SABADO DE LA DUODECIMA

LOS DOS REINOS 241

Al hilo de la historia bíblica 242

Las bienaventuranzas, proclamación real 244

Lunes 10	La pasión del pobre	246
Martes	¡Adelante, sin miedo!	248
Miércoles	El fuego del amor	250
Jueves	Una alianza del amor	252
Viernes	Una brisa de ternura	254
Sábado	Transparencia	256
Lunes 11	Vencer al mal con el bien	258
Martes	El reino de la caridad	260
Miércoles	El espíritu de la discreción	262
Jueves	Espíritu de infancia	264
Viernes	El tesoro real	266
Sábado	Una brizna de despreocupación	268
Lunes 12	Los pobres no juzgan	270
Martes	Basta con un pequeño resto	272
Miércoles	El árbol de la vida	274
Jueves	Cimientos que resisten	276
Viernes	El canto de la esperanza	278
Sábado	Mesa abierta	280

DEL LUNES DE LA DECIMOTERCERA SEMANA AL MARTES DE LA DECIMOSEXTA

PLAN PARA UNA ESTRATEGIA 282

Israel y la profecía 283

Lunes 13	Dios toma partido	286
Martes	A contracorriente	288
Miércoles	Combate demoníaco	290
Jueves	Atar y desatar	292
Viernes	Médico del mundo	294
Sábado	Justicia y paz	296
Lunes 14	Dios seductor	298

Martes	El derecho a la palabra	300
Miércoles	Doce aprendices	302
Jueves	Doce pobres en el camino	304
Viernes	Hombres sacrificados	306
Sábado	Hombres sin temor	308
Lunes 15	Por una religión refrescante	310
Martes	Emmanuel en Cafarnaún	312
Miércoles	Los sencillos lo entenderán	314
Jueves	Tu yugo sobre mis hombros	316
Viernes	Domingo libre	318
Sábado	Sin estrépito ni intolerancia	320
Lunes 16	¿Qué podría probar el signo de Jonás?	322
Martes	Sin el menor favoritismo	324

DEL MIÉRCOLES DE LA DECIMOSEXTA SEMANA AL SABADO DE LA DECIMOCTAVA

PARABOLAS PARA UNA ALIANZA NUEVA 326

Miércoles	El tartamudo hablará	328
Jueves	No hay peor sordo	330
Viernes	Palabra sembrada a todos los vientos	332
Sábado	Paciencia	334
Lunes 17	Cosas muy pequeñas	336
Martes	Al sol de la tarde	338
Miércoles	Seducción	340
Jueves	Un alfarero y unos pescadores	342
Viernes	Un profeta demasiado normal	344
Sábado	El profeta y el poder	346
Lunes 18	Cuando la generosidad no basta	348
Martes	Manos sucias y corazón puro	350
Miércoles	Historia con un perrillo	352
Jueves	¿Piedra de escándalo o piedra angular?	354
Viernes	Desviación en el próximo cruce	356
Sábado	Un signo de fe para curar a un lunático	358

DEL LUNES DE LA DECIMONOVENA AL SABADO DE LA VIGESIMA

OTRO MUNDO 360

Lunes 19	Por una Iglesia libre	362
Martes	Una huida con sabor a miel	364
Miércoles	¡Tú eres el guardián de tu hermano!	366
Jueves	¿Amnistía general?	368
Viernes	Mi amor... para siempre	370
Sábado	¡No impidáis a los niños!	373
Lunes 20	Los ricos están tristes	375
Martes	Los ricos están perdidos	377
Miércoles	Un pastor no es un empresario	380
Jueves	Los malos son mejores que los buenos ..	383
Viernes	Vendaval en un cementerio	385
Sábado	La gloria de Dios en un velo	387

DEL LUNES AL SABADO DE LA VIGESIMO PRIMERA SEMANA
UNA SABIDURIA DISTINTA 389

Lunes 21	Contra las leyes hipócritas	390
Martes	Contra las hipnosis religiosas	392
Miércoles	Contra las pestilencias de la muerte	394
Jueves	Por una santidad despierta	396
Viernes	La sabiduría es amorosa	398
Sábado	¡No enterréis la vida!	401

Para un comentario continuado del Evangelio según san Mateo	403
--	-----

Presentación

El presente volumen es el cuarto de una serie de cinco que, en su totalidad, abarcan el conjunto del Leccionario Ferial. En contraste con la abundancia de comentarios y propuestas de oraciones de que se dispone para los domingos de los ciclos, A, B, y C, se echaba de menos un servicio análogo dedicado a los días feriales de cada semana. La aparición de la presente obra viene a ocupar este vacío.

La estructura y la organización de este volumen son semejantes a las de los precedentes. En él se va siguiendo el orden de los días feriales de cada semana, agrupándolos por tiempos litúrgicos o por conjuntos coherentes introducidos, en cada caso, por una presentación.

Para cada uno de los días feriales se dispondrá de los siguientes elementos:

1. Un *breve comentario de las lecturas y el salmo*. Un escritorista profesional ha extraído, de los diferentes textos sagrados, un mensaje substancial, claro y armónico.

2. Una *página espiritual* destinada a la meditación personal, a la preparación de la homilía o a otros usos, personales o colectivos, fuera de la misa.

3. Una *propuesta de oraciones* destinadas a prolongar la meditación mediante la acción de gracias, por ejemplo, o a ser repetidas durante el día. Esas oraciones llevan la marca del lenguaje bíblico.

Estos elementos no pretenden, en modo alguno, suplantar los textos y oraciones propuestos por la liturgia. Al contrario, por el hecho de servir de ayuda en la preparación de los mismos y permitir su prolongación, las oraciones aquí propuestas tienden a favorecer el mismo acto litúrgico. Las páginas que siguen, nacidas de la liturgia eucarística, desearían ofrecer para la santificación de cada día algunas frases que hagan brotar, como de un manantial, los beneficios espirituales de ese acto privilegiado.

El Editor

Introducción

En un volumen precedente (*Cuaresma y tiempo pascual*), hemos expuesto el sentido y las posibles utilidades de nuestro trabajo. Este tomo 4.º abarca las semanas 10 a 21 del tiempo ordinario, años pares e impares. Hemos optado por una división basada en la lectura de los tres evangelios sinópticos: así pues, este tomo sirve de complemento a las semanas en que se lee el *Evangelio según San Mateo*.

La exégesis del evangelio (que se lee todos los años) se ofrece en el curso de los años impares. Para los años pares, basta con revisar la página adecuada.

Para los años impares, el libro del *Exodo* y los libros bíblicos que le son conexos ocupan un lugar destacado. Esto nos ha inducido a ofrecer un comentario bastante extenso de estas páginas, esenciales para comprender la fe bíblica.

Sin embargo, hemos intentado permanecer fieles al principio general de esta obra: confrontar ambas lecturas e iluminarlas recíprocamente, al menos en lo que nos ha sido posible.

El lector que desee centrar su meditación diaria en un comentario seguido del Evangelio encontrará al final del volumen una tabla para su utilización, que le remitirá al año impar o bien, en su caso, al año par.

AÑOS IMPARES

Tiempo ordinario

Semanas 10-21

Evangelio según san Mateo
2.ª carta a los Corintios
Génesis 12-50: los patriarcas
Exodo
la gran gesta de la alianza
Números
Deuteronomio
Josué
Jueces
1.ª carta a los Tesalonicenses

El primer evangelio está dotado de una coloración eclesial bastante clara. En él, la Iglesia recibe normas de vida y de acción: escuchando la palabra de Jesús y reavivando su presencia entre los hombres, se constituye en el lugar adecuado donde situar esta presencia y dar vida a esta palabra.

La confrontación del Evangelio con las cartas paulinas es, a este respecto, fructífera. Dirigiéndose tanto a los Tesalonicenses como a los Corintios, el Apóstol invoca la fuerza de la Buena Nueva y reivindica la libertad del apostolado, suscitada por el Espíritu de Cristo. Desde cualquier punto de vista, se nos muestra el rostro de una Iglesia viva. Pero, con toda evidencia, la atmósfera es muy distinta cuando aborda los hechos de los patriarcas o el Exodo. Y sin embargo, si es verdad que la Iglesia es el Pueblo de Dios, ¿cómo no intentar buscar en los relatos de la Alianza el hilo conductor que nos lleve a pergeñar la historia de la Iglesia entre los hombres?

De Abraham y Moisés a Jesús, un mismo pueblo es el que recibe la Alianza y quien se erige en responsable de ella de cara al mundo. Y, ya que esta Alianza es siempre un acto gratuito de Dios, la Iglesia toma conciencia de lo que yace en el corazón mismo de su ser: ella es el sacramento del Amor del Padre por los hombres.

El sermón de la montaña (capítulos 5-7)

El sermón de la montaña (capítulos 5-7) La tradición atribuye la redacción, al menos primitiva, del primer evangelio a un publicano de Cafarnaún, cuyo nombre hebreo, Mattatyâhu, significa Dios-dado, mientras que la redacción definitiva está datada alrededor del año 80. Este evangelio va dirigido esencialmente a comunidades judeo-cristianas del norte de Palestina y de Siria, y evidencia el enfrentamiento que existe entre estas comunidades y el judaísmo ortodoxo a partir del año 70. No puede uno dejar de sentirse impresionado por el duro tono evangelista al referirse a los "escribas y fariseos". Como es sabido, el judaísmo posterior a la ruina del Templo sólo sobrevivió gracias al esfuerzo extraordinario de las escuelas rabínicas, que habían tomado el relevo de los sacerdotes.

A lo largo de los tiempos, los exegetas se han esforzado en elaborar un plan del evangelio que dé cuenta de su estructura. Aún hoy, las opiniones y corrientes están divididas, pero las posturas son coincidentes en señalar la presencia de cinco grandes discursos, que terminan siempre con la fórmula estereotipada: "Y sucedió, cuando Jesús hubo acabado...". Estos sermones están ligados a una parte narrativa. Pero, mientras que muchos autores relacionan cada discurso con la sección narrativa precedente, J. Radermakers¹ propone una solución original, relacionando cada uno de ellos con la sección siguiente, vinculando la etapa final de la muerte y de la resurrección de Cristo con el discurso escatológico, mientras que el "relato" de la infancia está considerado como un "discurso" del Antiguo Testamento sobre la persona del Mesías.

El primer conjunto (capítulos 5-9) está formada por un primer sermón de la montaña y una serie de milagros. Estas dos etapas se proponen evidenciar la autoridad que se desprende de la persona de Jesús a través de su predicación y de sus actos. Jesús fué efectivamente "un gran profeta de obra y de palabra, en ergô kai logô", como se complace también en reseñar Lucas (Lc. 24,19).

La introducción al sermón de la montaña está formada por las Bienaventuranzas. En la persona de Jesucristo, el Reino se hace presente a los pobres, es decir, a todos aquellos que esperan su salud sólo de Dios. En cuanto al cuerpo del sermón, insiste en el hecho de que al don divino que se otorga debe corresponder una forma de vivir basada en la "nueva justicia", una justicia que debe ser superior a la de los escribas (5, 21-48) y a la de los fariseos (6, 1-18). Algunas perícopas de conclusión (7, 13-27) insisten en la necesidad de una elección práctica. El verbo hacer es utilizado en diversas ocasiones.

LA CONMOCION DE LA FE

Con el capítulo 5 de *Mateo* se inicia el primer discurso directo de Jesús. La palabra del Nazareno inaugura una radical transformación; predica con la autoridad conferida por Dios mismo, si bien lo hace en su propio nombre: "Pero yo os digo". Jesús proclama un orden nuevo y, después de él, el evangelista propone una verdadera revolución para la vida de la comunidad.

En estos primeros capítulos hay una gran intención moral, y una moral exigente. Jesús aparece descrito bajo rasgos enérgicos, como un nuevo Moisés que preconiza un compromiso radical. Y sin embargo, la moral se desprende de un plano situado en segundo lugar; se desprende de un acontecimiento que ha cambiado el curso de la historia. Se trata de descubrir la prodigiosa mutación que constituyen la muerte y la resurrección del Mesías, para luego sacar las consecuencias de este acontecimiento. Estamos ya en los últimos tiempos: hay una urgencia que no puede darse por satisfecha con medias tintas. Predicar una moral exenta de radicalismo sería tanto como renegar de la victoria de Dios en la cruz, pero predicar esta moral sin hacer referencia a la gracia sería hundir al hombre en su incapacidad. Las Bienaventuranzas son el testimonio de que el mundo ha sido transformado; en la cruz, el Pobre de Yahvé ha demostrado que la locura de Dios es más fuerte que la prudencia de los hombres.

Conjugada con el comienzo de la 2.^a carta a los Corintios, la apertura de este primer discurso del evangelio de *Mateo* nos lleva a las fuentes del comportamiento cristiano, una arte de vivir en tiempos de urgencia y de revolución.

La Iglesia no está basada en el culto o en una organización propia, sino en la profesión de fe en Jesucristo. Su tarea será siempre la de servir a la causa de Jesús, hacerla valer y realizarla en el seno de la sociedad humana. Si bien los capítulos 4 y 5 de la 2.^a carta a los Corintios nos invitan a considerar el ministerio de la Palabra en la Iglesia, también nos llevan a descubrir el misterio de la Iglesia en la historia de los hombres.

Tampoco la Iglesia está basada en una ley. Jesús no fue un nuevo legislador, aunque tampoco preconizó nunca una anarquía sin orden legal; ante todo, lanzó al mundo una llamada de obediencia a Dios Padre. Llamada simple, limpia, liberadora.

Ser cristiano es dar oídos a una llamada que saca al hombre fuera de sí mismo. "Sal, deja tu país y la casa de tu Padre", le fue dicho a Abraham. El evangelio sitúa al hombre directamente ante Dios y no le permite atrincherarse tras los méritos de una simple observancia legal. Bajo la óptica de lo definitivo, el Reino, la Buena Nueva, espera del hombre un cambio radical: "Abraham salió, y esto le fue tenido en cuenta como justicia."

1. J. RADEMAKERS, *Au fil de l'évangile selon saint Matieu*, Bruselas, 1974.

DICHOSOS LOS QUE SON PERDONADOS

2 Corintios 1, 1-7. "¡Bendito sea el Dios de toda consolación!" *De manera verdaderamente poco afortunada, el leccionario ha escrito "Dios del consuelo", lo que despoja a la traducción del vigor de la palabra hebrea subyacente. En efecto, el consuelo del que aquí se habla no tiene nada que ver con una ayuda cualquiera o con unas banales condolencias, sino que designa la "consolación" de la que hablaba el segundo Isaías cuando anunciaba a la ciudad de Jerusalén la remisión de sus pecados ("¡Consolad, consolad a mi pueblo!")*. Se trataba entonces del final del exilio y de la restauración de la nación judía, en una palabra, de la salvación de Dios. Para Pablo, como para el conjunto del Nuevo Testamento, la palabra designa "la alegría y el consuelo aportados por la Buena Nueva y por el Espíritu".

Finalmente, la expresión recoge una idea familiar a la carta, a saber, el cambio de situación que se produce entre Cristo y los cristianos, a favor del misterio pascual: "lo mismo que los sufrimientos de Cristo abundan en nuestro beneficio, del mismo modo, por Cristo, abunda también nuestro consuelo". Más tarde, el apóstol señalará aún que "a quien no conoció el pecado, le hizo pecado por nosotros, para que en El fuéramos justicia de Dios" (5,21; también 8,9 y 13, 4-5).

El salmo 33, de composición alfabética, está próximo al grupo de las acciones de gracias individuales. Se encuentran en él fórmulas de carácter himnico al lado de una alusión a la oración dirigida por el fiel a Yahvé.

Mateo 5, 1-12. Las Bienaventuranzas forman la introducción del primer discurso; "el programa de la vida cristiana, escribe J. Radermakers, comienza por una llamada a la dicha ocho veces repetida (la cifra ocho simboliza el final de la historia humana). Estas Bienaventuranzas invitan a descubrir, en el fondo de las situaciones exteriormente menos favorables, una plenitud nueva". Tres de entre ellas, que podrían remontarse a un núcleo primitivo (Boismard), ponen de manifiesto el don de Dios y sugieren que este Dios es Jesucristo. En efecto, tomando los temas provenientes de Isaías 61, 1-2 y del Salmo 106, 9, muestran que Jesús lleva a cabo lo que Israel espera. Así, después de haber recibido al Espíritu en el momento de su bautismo, Jesús proclamará la buena nueva del Reino:

- ¡Dichosos los pobres, pues de ellos es el Reino de los cielos!
- ¡Dichosos los afligidos, porque ellos serán consolados! (Is. 61).
- ¡Dichosos los hambrientos, porque ellos serán saciados! (Salmo 106)

Con esto, Jesús rompía con cierta tradición judía que relacionaba la dicha escatológica con la restauración del Israel terrestre. Fiel a los profetas, "se presentaría como el Mesías enviado a los pobres, los preferidos de Dios, los que no gozan de prerrogativas aquí abajo, y que dependen sólo de Dios".

Sin embargo, la introducción de los macarismos de los versículos 7-10 ha provocado un cambio de perspectiva. No se trata ya de asegurar a los pobres la predilección divina, sino de exhortar a los discípulos para un tipo específico de comportamiento (ser misericordioso, recto, pacífico). Mateo ha dado así a sus Bienaventuranzas el sesgo de un programa a realizar para llegar a cumplir la "justicia" evangélica. Finalmente, el macarismo de los versículos 11-12 se dirige a los predicadores que serán perseguidos a causa de su mensaje.

"Alegraos y regocijaos": es lo que ya el profeta Sofonías proclamaba a la Jerusalén mesiánica. Cuando el perseguido se confía a Dios y acepta no recibir más dicha que la que proviene de El, se convierte en sal para la tierra y luz para el mundo.

**

"¡Bendito sea el Dios de toda consolación!" ¡Viva Dios! Ha pronunciado su decreto de fe; en su Hijo amado ha sellado con nosotros, para toda la eternidad, una alianza que es vida y ternura. "El Espíritu Santo está sobre mí, porque me ha ungió para evangelizar a los pobres; me ha enviado a predicar a los cautivos la libertad, a los ciegos la recuperación de la vista; para poner en libertad a los oprimidos, para anunciar un año de gracia del Señor" (Lucas 4, 18-19). Jesús ha hablado. Esta Palabra que dice el corazón de Dios desde la creación, anuncia la verdad de nuestro mundo y de nuestra historia. ¡Dichosos vosotros, pues Dios ha decretado un año de gracia! Jesús ha curado, pues la palabra de Dios cumple lo que dice. El hombre desfigurado por la enfermedad, el hombre encadenado por fuerzas inhumanas, es restaurado en su belleza original. "He venido para cumplir tu voluntad; les he dado el don de tu palabra". Cuando Jesús proclama las Bienaventuranzas, recurre al código secreto de su pueblo; anuncia un acontecimiento esperado desde siglos e inaugura el comienzo tan deseado.

El Evangelio es una noticia de gracia, un anuncio de liberación. De uno a otro extremo, canta el estribillo de la misericordia de Dios: "Dichosos los que habéis visto"; y la Iglesia repetirá una era tras otra: "Os anunciamos esto para que vuestra dicha sea completa". Dichoso el discípulo, pues es el hombre de la esperanza; se sabe llamado para la salvación. Lo mismo que algo ha precedido a las Bienaventuranzas y al sermón de la montaña, igualmente la vida cristiana presupone ya el anuncio de la salvación. Dichoso el discípulo, puesto que desde Dios ha intervenido en la historia, el hombre no nace ya en un mundo hostil, sino en un mundo traspasado por una promesa. Dichoso el que descubre la faz escondida del mundo; en su Hijo, Dios ha cambiado nuestras certezas y nuestras evidencias. Mientras nosotros pensábamos que teníamos que sacar partido de la vida, cueste lo que cueste, se nos ha anunciado que esta vida nos ha sido dada con superabundancia. Mientras creíamos que estábamos

obligados a capitalizar méritos y buenas obras, tenemos que reconocer que "la gracia ha sobreabundado".

"¡Bendito sea el Dios de toda consolación!" Conocemos los dramas del mundo, sus angustias, sus proyectos, sus fracasos, sus enfrentamientos y dificultades. Pero somos dichosos, pues sabemos que Dios teje la tela de su gracia a través de esta trama de enfrentamientos dolorosos. El tiempo que vivimos forma ya parte de una eternidad que Dios tiene bajo su mano. Dichoso el tiempo que vivimos: es una introducción balbuciente, pero decisiva; la transición entre la promesa y su realización completa. Dichosos los locos de Dios que aceptan poner el mundo boca abajo y hacen de las Bienaventuranzas una fuerza de cambio.

*
**

**Señor, Padre nuestro,
Dios de toda consolación,
bendito seas:
en Jesús, tu Hijo amado,
nos has manifestado tu gracia.**

**Que tu Iglesia esté siempre bajo tu cuidado amoroso:
Que viva en el amor, la paz y la justicia,
que lleve al mundo
hacia la eterna bienaventuranza.**

*
**

**¡Te bendecimos,
Dios cuya sola dicha
es hacernos a nosotros felices!
Te damos gracias
por la gracia que has derramado sobre nosotros.
Has hecho resonar tu Palabra
que renueva la faz de la tierra,
y nuestro mundo se transfigura
cuando aprende el amor con que nos honras.
Conocemos tu intención benévola
cuando nos revelas el secreto de la vida;
por tu Hijo amado, el primero de los pobres,
nos haces conocer tu Reino de bienaventuranzas;
en El, el más dulce de los hijos de los hombres,
obtenemos ya la tierra prometida.
Te lo rogamos;
sostén el valor de los perseguidos por la justicia,
y la esperanza de los que son calumniados.
Ilumina con tu luz
a todos los artifices de la paz.
Que tu misericordia dé aliento a nuestra marcha vacilante
y que te sientas dichoso
de acogernos un día no lejano a tu reino.**

Martes de la décima semana

DAR GUSTO

2 Corintios 1 18-22. *Las relaciones de Pablo con la comunidad de Corinto conocieron episodios tempestuosos, tanto por parte de los adversarios del Apóstol como por la falta de profundidad de la fe de los cristianos. Intercambios de cartas y proyectos de viajes se sucedieron, pero finalmente Pablo tuvo que renunciar a su proyectada visita a Corinto. Fue entonces acusado de ligereza, acusación que él se apresuró a refutar, pues este reproche podía poner en entredicho su función apostólica.*

¿Cómo podía acusársele de inconstancia a él, que predicaba "al que no ha sido sí y no, sino que ha sido sí"? Con una admirable movilidad, el pensamiento de Pablo se remonta, del Evangelio predicado, a Aquel que representa a este Evangelio su misma persona, pues la vida y la muerte de Jesús dan testimonio de su adhesión total a la voluntad del Padre. Esta constancia constituye en nuestros días la seguridad de la solidez del mensaje evangélico, así como la fuente de fidelidad de los cristianos.

Esta estrofa del salmo 118 hace hincapié en la fidelidad del salmista las exigencias divinas.

Mateo 5, 13-16. *Estas tres parábolas de Jesús tienen una historia literaria difícil de describir, pero dicen en el fondo lo mismo; exponen con claridad las responsabilidades de los discípulos para con el mundo. ¿La sal? Da gusto a los alimentos que ayuda a conservar y, además, en Palestina, la sal se mezcla con el estiércol para fertilizar el suelo. Conforme a la tradición rabínica, la sal designa aquí la sabiduría de la vida, transmitida por Jesús a sus discípulos con el fin de que llegue a ser una "ayuda espiritual" para el mundo. Gracias a esta comparación, podemos medir toda la importancia atribuida por Mateo a la vida de la Iglesia; si los creyentes descuidan sus responsabilidades, son como una sal que ha perdido su fuerza y que un ama de casa tiraría a la basura.*

Las demás parábolas tienen este mismo sentido. Cuando brilla la luz (se trata aquí de la transparencia de los discípulos en la fuente de luz, que es Cristo), no hay que ocultarla. En cuanto a la Ciudad, presta a la palabra de Jesús un tinte aún más eclesial: simboliza a la nueva Jerusalén, que tiene que resplandecer sobre todas las demás naciones y revelar la veridicidad de Dios (cfr. Isaías 2).

*
**

Jesús ha dado aquí su programa-ley. Las Bienaventuranzas son la señal convenida entre Dios y el pueblo de la Alianza. El mundo nuevo está en marcha y la "llegada" de Dios exige una decisión que esté a la altura

de la situación. "¡Convertíos y creed en la Buena Nueva!" La crisis está abierta; ya no es momento de moratorias; se imponen medidas de urgencia; hay que elegir entre lanzarse al agua o replegarse a posiciones que provienen del mundo antiguo. El evangelista Mateo lo ha comprendido bien. Presenta las Bienaventuranzas como un código de vida para el cristiano; retoma las palabras de Jesús y no duda en ampliarlas con el fin de que puedan resultar fecundas en la vida de los cristianos.

"¡Vosotros sois la sal de la tierra!" En la última noche, Jesús rogará por los que ha enviado al mundo. La palabra no existe más que si es compartida, intercambiada. Si se la retiene, si se la acapara, se hace hueca y estéril; deja de existir. Para los antiguos, la sal era un condimento y un abono. "¡Sois la sal de la tierra!" Con estas palabras está fijado el programa de la Iglesia. El salmista cantaba: "En las tinieblas, el justo brillará". Y Jesús dice: "¡Vosotros sois la luz del mundo!" La luz se hace, atraviesa las tinieblas y disipa el velo que recubre las cosas. Asombroso paralelo entre lo que Jesús dice de sí mismo y lo que dice de sus discípulos: "Yo soy la luz del mundo... Vosotros sois la luz del mundo".

"¡Sed la sal de la tierra!" Desdichada la Iglesia que desconfía de la sal; ¡ha perdido el gusto de Dios! ¡Desdichada si se satisface con un pan soso, si se complace con los compromisos y las medias tintas! ¡Desdichada la Iglesia que preserva a sus hijos y desconfía de las palabras que queman los labios como la pimienta...!

¡Quiera Dios que la Iglesia nos reparta no solamente el pan, sino también la sal, pues es ésta su única razón de existir: ¡dar a los hombres el gusto de Dios!

**

**Dios, Padre nuestro y Señor de la luz,
te rogamos:
por la fuerza de tu Espíritu,
renueva a tu pueblo,
para que anuncie
las maravillas que has realizado
en tu Hijo Jesucristo.
De este modo todos los hombres podrán gustar
tu palabra de amor.**

Miércoles de la décima semana

LEY NUEVA

2 Corintios 3, 4-11. *A los ataques dirigidos contra su función apostólica, Pablo se opone con la conciencia que él tiene de su misión. Esta conciencia le empuja a profundizar en el ejercicio de su ministerio, caracterizado por dos rasgos esenciales: este ministerio le viene de Dios y está constituido por una alianza nueva. El primer tema aparece en la mayor parte de las cartas, sobre todo en los mensajes en los que Pablo se declara incansablemente apóstol de la voluntad de Dios y de Cristo.*

El desarrollo del segundo tema está esbozado por una serie de antítesis. El ministerio de muerte y de condenación es confrontado con el ministerio del Espíritu y de la justicia. El primero es temporal; el segundo permanente. Son los ministerios respectivos de Moisés y de Pablo, de la primera y la nueva Alianzas. En la base de esta oposición se encuentra, evidentemente, la convicción paulina del fracaso de la ley de Moisés. Puesto que era impracticable en su totalidad, esta Ley se mostraba incapaz de dar la vida. Permitía a los hombres descubrir sus incapacidades, pero no les daba remedio alguno para superarlas. El ministerio de Moisés fue, pues, sin duda alguna un ministerio de condenación. Sin embargo, sólo fue transitorio, pues Cristo, gracias a su obediencia, condujo a su término la obra de salvación.

El salmo 98 fue empleado para las entronizaciones del Arca de la Alianza. La liturgia se detiene especialmente en la segunda estrofa, enmarcada por una doble invitación a prosternarse ante Dios.

Mateo 5, 17-19. *Tres versículos introducen el cuerpo del discurso, delimitado a su vez por la gran inclusión de 5, 17, y 7, 12: "La Ley o los profetas". Su interpretación es difícil, pues las palabras de Jesús parecen haber sido releídas e interpretadas repetidamente, tanto por las comunidades primitivas como por los distintos redactores del Evangelio. La dificultad gira alrededor de la siguiente cuestión: ¿Jesús cumplió o más bien intentó abolir la ley judía?*

A este respecto, la acusación que se hace a Esteban es clarificador (cfr. Act. 6,14). Sus detractores le han reprochado, en efecto, el haber pretendido que "Jesús el Nazareno destruiría este lugar (el templo) y cambiaría las normas que Moisés nos había transmitido". Jesús, efectivamente, hizo una crítica de la Ley, pero su objetivo principal era otro. Su insistencia se centraba más en la conversión (Mt. 4, 17) que en la interpretación de la Ley. Para la Iglesia de Mateo, en todo caso, Jesús no había sustituido la ley antigua por una nueva ley; no había venido al mundo para cumplir, si no, en cierta medida, para radicalizar. De hecho, al privilegiar el mandamiento del amor, Jesús cumplió la Ley.

NO MATARAS

"Nuestra capacidad viene de Dios: sólo El nos hace capaces de ser ministros de la nueva Alianza". ¡Bendita sea la Iglesia que, en la verdad de su fe, reconoce su acta de nacimiento! La Iglesia nació al pie de la cruz, cuando el agua y la sangre brotaron del costado traspasado del Crucificado. En María, que recibía este cuerpo, muerto por haber amado en demasía, la Iglesia recibe el Cuerpo de su Señor y debe custodiarlo. "No somos nosotros los que hemos elegido a Dios, es él quien nos elige a nosotros".

"Si estamos ante Dios, no es por una capacidad personal cuyo mérito podamos atribuirnos". Jesús eligió a sus discípulos como un amo selecciona a sus servidores, con vistas a su rendimiento. Los envolvió en un soplo de amor y de gratitud, aliento que le viene del Padre. Ni el miedo ni la esclavitud han engendrado nunca el amor. Fue preciso que los discípulos conocieran el vacío de la cruz para que pudiesen descubrir por fin el amor, llevando a cabo la experiencia de que semejante amor no sirve para nada, sino es para amar simplemente. Este es el orden nuevo: Dios no se muestra ya entre los truenos del Sinaí, si no en el absurdo de un cuerpo martirizado. El hombre no recibe ya una ley impuesta, sino que, bajo la acción del Espíritu, oye la palabra que le hace nacer de nuevo: "Tú, tú eres mi hijo, puesto que en ti he puesto todo mi amor". ¡Bienaventurada la Iglesia que arde en el fuego del amor: no tiene otro testimonio que aportar que el de anunciar la gracia de la que ha nacido!

Los hombres intentaban desesperadamente alcanzar a Dios. Búsqueda apasionada, realizada con heroísmo, apoyándose en los sacrificios y en las leyes. El sermón del monte transforma el orden de la religión: ¡Dios va a la búsqueda del hombre! Bienaventurada la Iglesia, que no tiene otra religión que la de mantenerse en esta transformación. Es necesario que Dios deje razonar en nosotros su locura infinita, para que despertemos a la exaltación de los elegidos: la alegría de haber sido elegidos sin mérito ni programa, la alegría del renacer. Dios nos ha dado su gracia: ¿cómo no devolverle gracia por gracia?

**

**Tú eres, Señor, nuestro Dios,
y sin embargo ¡aún nos llamas tus amigos!
Danos el privilegio de ser capaces de observar tu ley,
ya que sólo eso nos mandas:
amar cada vez más.**

2 Corintios 3, 15-4, 1.3-6 *¿Acaso un velo marca la diferencia entre las dos alianzas? Recordemos que el libro del Exodo relata que, después de su encuentro con Dios, Moisés tuvo que cubrir con una máscara el brillo insoportable de su rostro. Sin embargo, en tiempos de Pablo, los rabinos contaban que este velo disimulaba en realidad el carácter efímero del resplandor. Por el contrario, proclama el apóstol, los cristianos irradian un brillo permanente.*

También es posible que la mención de este velo haga alusión al velo de oración con el que se cubría la cabeza el lector en la sinagoga. Pablo se basa en este hecho para establecer el símil de que un velo oculta a los judíos el sentido profundo de las Escrituras: "hay un velo en su corazón". Por el contrario, Jesús ha aclarado plenamente este sentido. Con su muerte, ha revelado el amor de Dios y ha reemplazado el régimen de la ley por el de la gracia. De esta forma, lo mismo que Dios, al comienzo del mundo, hizo brillar la luz en medio de las tinieblas, Cristo hizo resplandecer la gloria de Dios en medio de los hombres: "El es la imagen de Dios". A su vez, los que siguen a Cristo, aquellos cuya inteligencia no ha sido cegada por los dioses de este mundo, contemplan y reflejan la gloria que transfigura a Jesucristo. En efecto, la alianza, de la que son beneficiarios, es definitiva.

La liturgia no ha conservado más que la última parte del salmo 84, a saber, un responso intercalado entre la súplica pública (vv. 2-8) y el oráculo entregado al templo.

Mateo 5, 20-26. *Una "justicia" nueva... La palabra expresa una actitud, la "que fundamenta y mantiene una alianza de comunión entre dos partes" (X. León-Dufour). La Biblia relata que la fe perseverante de Abraham trajo aparejada su justificación (Gn. 15, 6): Dios lo declaró justo, pues su actitud reforzaba su comunión. Según Mateo, los discípulos de Cristo deben vivir de forma que su vida sea fiel y mantenga la alianza con Dios; es la nueva justicia la que se desprende con toda normalidad del don hecho por Dios a los hombres en la persona de Jesucristo; esta manera de vivir se hace posible por la interpretación de la Ley hecha por Jesús.*

¿Era una interpretación nueva? De hecho, Mateo opone la exégesis de Jesús a la de los escribas, no ya únicamente porque Jesús haya propuesto una ley nueva, sino porque renovó y sacó a la luz todos los preceptos contenidos virtualmente en la ley mosaica.

Jesús profundiza hasta la raíz misma de la Ley. Cuando esta ley prohíbe dar muerte, en realidad enfoca las relaciones inter-humanas. Por eso Jesús condena no solamente lo que nosotros denominamos "golpes y heridas", sino el origen mismo de estos delitos, a saber: discordias, querrelas,

injurias... Con claridad, da a entender que el deterioro de las relaciones humanas presupone el deterioro de las relaciones con Dios. Así pues, hay que reconciliarse con el hermano, aunque éste sea culpable, antes de presentar al altar la ofrenda; en efecto, aquel que, mientras camina hacia el juicio de Dios, se encuentra en conflicto con su hermano, corre el riesgo de verse condenado por Dios mismo.

**

"Que vuestra luz brille ante los hombres: entonces, viendo el bien que les hacéis, glorificarán a vuestro Padre!" Este es el resorte de la nueva ley: Cristo no substituyó una ley por otra sino que levantó el velo desde los fundamentos mismos de la Ley. "Dios mismo ha brillado en nuestros corazones para que resplandezca el conocimiento de su gloria que irradia del rostro de Cristo". El comportamiento de los cristianos busca su fuente en esta profundidad. Hemos reconocido con cuánto amor somos amados y qué amor ha sido puesto en nuestro corazón. Subversión de los datos: los hombres intentaban amar a Dios respetando su ley, y descubren admirados que Dios les ha amado antes. "Os han dicho... pero yo os digo...": Jesús instaura un orden nuevo basado únicamente en su propio ejemplo. Para todos aquellos cuya inteligencia no se ha dejado cegar por el espíritu del mundo, Jesús es la imagen misma de Dios, y su comportamiento es "revelador" (como se habla de "revelador" en fotografía) de la nueva Alianza. "Os han dicho... pero yo os digo..." La luz que ha brotado del seno de las tinieblas penetra en los entresijos del corazón y despeja los rincones de sombra nunca revelados. "Yo os digo: todo hombre que se encoleriza contra su hermano será merecedor de juicio". Lo que viene a decir que aquel que guarda odio en su corazón ha "matado" ya, en intención, a aquel a quien odia. El crimen está en potencia en su corazón. No sólo es criminal el que mata, sino también el que se abandona al rencor, a la envidia, a los celos, a la maledicencia. Su semejante no ocupa ya el lugar que debiera en su corazón. Al excomulgar a su hermano de su corazón ha puesto, sin saberlo, a Dios en la puerta.

"Os han dicho... pero yo os digo..." Jesús irá hasta la cruz. En el Gólgota, las tinieblas, no pudiendo soportar la luz que denunciaba su poder maléfico, aparecen de nuevo victoriosas. Se ha desencadenado el odio, ha sido crucificado el Amor; se han levantado falsos testimonios, la Verdad ha sido reducida al silencio. Pero en la noche que, de nuevo, se expande por toda la tierra, la voz del Verbo se eleva en su último soplo de amor: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen!" Palabras de perdón, palabras que inauguran un punto de vista nuevo, desconocido, en lugar de encerrarse más y más en el círculo de la maldición, del rencor, del odio: en el horizonte del Gólgota se levanta ya la mañana de pascua.

"Habéis oído...pero yo os digo..." Todavía os dejáis prender por el espíritu del mundo, los pueblos utilizan la violencia armada para resolver sus conflictos, y nosotros nos dejamos arrastrar por la violencia solapada,

por las alusiones calumniosas y por los dichos maledicentes para rechazar a todo aquel que pudiera atentar contra nuestros propios intereses. "Yo os digo: ¡bienaventurados los mansos de espíritu!" No los blandos, los sin carácter, ni los incondicionalmente resignados, sino los tenaces y los pacientes; aquellos que, en el nudo de los enfrentamientos, tienen aún la pasión de la paz. La Luz hace brillar en su corazón el amor de Dios que irradia el rostro de Cristo.

**

**Dios de todos los hombres,
Padre de la luz,**

**Tú haces resplandecer en nuestras tinieblas
la luz de tu Palabra de amor.**

**Padre de toda ternura,
tu Hijo muere por haber amado en exceso,
pero la muerte no ha podido erradicar de nuestro mundo
su palabra de fuego.**

¡Bendito seas,

**Tú, que nos sigues enseñando
palabras que brotan del corazón!**

**Líbranos de los juicios temerarios,
aparta de nosotros el mal
que deforma nuestros sentimientos
y danos la gracia de seguir a tu Hijo amado
hasta ese amor que no pide recompensa.**

**

En el rostro de Cristo

**brilla tu esplendor,
Dios de eterna claridad.**

**Concedéndonos el don de contemplarlo de modo
que seamos transfigurados .
Por esa luz en la libertad del Espíritu,
que se llama amor,
alegría y paz.**

PROFETA DE LA DICHA

2 Corintios 4, 7-15. *¿Qué hay que admirar más: la confianza del apóstol o el poder de Dios? El cuerpo del hombre está hecho de arcilla, pero vive por el soplo de Dios; el jarrón que contiene la rosa es frágil, pero la flor deslumbra con su belleza. "El hombre, tú, hombre, flaco monigote hinchado de tí mismo", cantan los poetas de hoy, pero por esta frágil criatura Dios ha dado su vida; este hombre es un reflejo de la gloria divina, la gloria que resplandece en el rostro de Cristo.*

Toda la gloria del ministerio está ahí. Pablo la compara a un combate de gladiadores. El misionero puede ser acosado por todas partes, perseguido, acorralado, incluso abatido; su cuerpo puede ser un misterio de agonía; ¿qué importa, si lleva en él la fuerza de la resurrección? Pero ¿por qué esta lucha encarnizada? Para que la gloria de Cristo se manifieste en la vida del apóstol, para que la comunidad se engrandezca con la afluencia de nuevos conversos.

El salmo 115 forma un canto de acción de gracias junto con el salmo 114. El salmista evoca en ellos su fidelidad.

Mateo 5, 27-32. *"Del corazón nacen las intenciones malas: muertes, adulterios, malas conductas..." La ley judía prohibía el adulterio, pero Jesús va más allá: Jesús condena la mirada que se apropia de la mujer de otro. La integridad de la pareja es cosa tan sagrada como la obligación de proteger la integridad física de la mujer propia. Si el ojo o la mano, tan necesarios por otra parte al hombre, son para él motivo de pecado, más vale que se los arranque. La hipérbole traduce la profunda seriedad de esta ley; pero esta seriedad ¿no es acaso superada por el hecho de que el amor conyugal esté hecho a imagen y semejanza del amor de Dios?*

No tratamos aquí la parábola sobre el repudio ni el tema de la llamada "restricción mateana"; lo veremos en Mt. 19,9: (viernes de la 19ª semana).

*
**

Hermanos, no tenemos ninguna otra cosa que decir: ¡Dios es el primero que nos ha amado! Nos repetimos, pero ¿cómo callarnos? Dios es Amor y, como todos los enamorados, comete locuras cuando le vienen al corazón palabras de amor.

Pero este tesoro ¿cómo revelarlo, cuando nos aferramos a tantos valores ínfimos? Como vosotros, preferimos ante todo nuestras seguridades y nuestros hábitos; estamos convencidos de que la ley del más fuerte es la mejor. En el fondo de nosotros mismos, no conseguimos determinarnos a

arriesgar todo y seguir la palabra de Aquel que ha dicho: "Esto es lo que os han enseñado, pero yo os digo..." ¿Cómo transmitiros este tesoro cuando la herencia que tenemos en nuestros espíritus es tan escasa? Sin embargo, tenemos una certeza: "Donde el pecado abunda, la posibilidad de gracia se nos da en sobreabundancia... La gracia no puede resultar vana en el interior de nuestros espíritus".

Sí, llevamos este tesoro en vasos de barro, pero nos atrevemos a decirlos con toda la fuerza de la esperanza que Dios es amor.

Vosotros también, tú también llevas este tesoro en vaso de barro. Tu fe no es sólo tuya; en medio del mundo, tú eres testimonio vivo de que Dios sigue actuando. Sin duda, las palabras son balbuceantes cuando tienen que expresar el misterio; pero, transfiguradas por el Espíritu de Cristo, superan nuestra torpeza y alcanzan de lleno el corazón de Dios.

Nuestro corazón, que ama la justicia y la ternura, está condenado a herirse a sí mismo al chochar con la opacidad de las palabras y con la inercia del egoísmo, pero ¡que llegue a nosotros el poder del Espíritu y nuestro corazón participará del impulso mismo de la vida de Jesús! ¡Nuestro corazón se eleva hasta la promesa de Dios y presente ya la llegada del Reino! Evocando las palabras que Jesús nos ha legado, nuestras esperanzas se transforman en oración y nuestro trabajo consigue ya que se extienda por el mundo la claridad del Reino. Evidentemente, si hoy nos arriesgamos a hablar, es porque hemos creído.

*
**

**Roguemos por los predicadores y los pastores:
que sepan oír en el silencio
la Palabra que tienen la misión de anunciar;
¡que vivan de la ternura
que tienen la vocación de suscitar!**

**Roguemos por todos los que enseñan:
¡que sirvan a la verdad!**

**Roguemos por los poetas y por los pensadores:
¡que revelen a los hombres
nuevos caminos!**

**Roguemos por todas las Iglesias:
que continúen,
en la pobreza y sin ostentación,
impartiendo el ministerio de la Palabra;
que sean reflejo fiel del Evangelio
e inspiren la fe de los hombres!**

DE ACUERDO

2 Corintios 5, 14-21. *Pablo compara la vida a dos objetos indispensables para vivir: la vivienda y el vestido. La vida terrena del hombre es como un vestido que hay que quitarse para cubrirse con el hábito celeste. Para entrar en la vida del cielo, hay que desvestirse y exponerse desnudo y sin defensa; en una palabra, hay que morir; y la prueba es terrible para el hombre, que no tiene enemigo más encarnizado que la muerte y que desearía poder ponerse una vestimenta sobre otra, sin tener que mostrarse desnudo ante la muerte. Sólo la promesa que da la posesión del Espíritu permite al hombre superar su miedo, esperar la muerte ineludible y el juicio que le pondrá desnudo ante Dios. Pero, en realidad, ¿no está el hombre ya muerto el día en que ha tenido que despojarse del hombre viejo para ser bautizado?*

¿Qué clase de seguridad es ésta que da el Espíritu? Pablo evoca, en su carta a los Corintios, un recuerdo reciente de su historia. Con motivo de la reconstrucción de la ciudad, César había hecho traer colonos de Grecia y de todo el imperio: eran gentes de pasado dudoso a quienes el cónsul concedía una nueva oportunidad de rehabilitación. Dios no obra de otro modo: también él llama a todos los hombres para reconstruir la nueva Jerusalén, y Cristo viene como embajador para ofrecernos el ministerio de la reconciliación. Pero ¿quién debe fijar las condiciones de esta embajada? "Al que no conoció pecado, Dios lo ha identificado con el pecado por nosotros, a fin de que, por El, nos hagamos justicia de Dios".

El salmo 102 bendice a Yahvé por el favor con que honra a su pueblo.

Mateo 5, 33-37. *El discípulo de Jesús no debe recurrir al juramento; su palabra debe bastar. Parece que las palabras de Jesús han sido reinterpretadas por la tradición (Boismard). Una primera adaptación debió de consistir en dar a estas palabras la estructura de los versículos precedentes de manera que se confrontaran el evangelio y la ley judía. En efecto, mientras que la ley prohibía el falso testimonio, el evangelio condena cualquier tipo de juramento. Luego, Mateo debió de añadir los versículos 34b-36 como reacción contra la manía, heredada de los judíos, de jurar por cualquier motivo y, sobre todo, "por el cielo y la tierra", sustitutos de la divinidad. El universo pertenece en efecto a Dios, y el hombre no debe jurar por él; Dios no está a su servicio. Finalmente, lo que se censura a través de todas estas precisiones es más bien una cierta forma de hablar: la verdad no casa bien con el exceso de palabras.*

"¡Dejaos reconciliar con Dios!" Con estas palabras se nos invita a dejarnos "trabajar" por el Espíritu que quiere reconciliarnos, ponernos de acuerdo con Dios.

Acuerdo... La palabra es sugerente. Evoca la armonía que se establece entre instrumentos cuya sonoridad y ritmo obedecen a las mismas leyes y entran en el mismo movimiento. También evoca al impulso unánime que lleva a los corazones hacia un mismo fin. La palabra tiene para nosotros el gusto de una búsqueda laboriosa: el acuerdo sólo se consigue después de un desacuerdo notorio, resuelto sólo a base de la fuerza y la paciencia que brontan del corazón. Evoca las disonancias dolorosas, pero también la fuerza segura de la esperanza.

"¡Dejaos poner de acuerdo con Dios!"... Podríamos intentar ocultar las disonancias entre Dios y nosotros, pero hay que tener el valor necesario para sacarlas a la luz. No se trata tanto de inventariar y de sopesar lo que llamamos pecados, sino de reconocer la inercia que nos impide conservar el tono y el ritmo de Dios. Ponernos de acuerdo es reconocer en primer lugar que no estábamos "concordes"... Cuando, antes de un concierto, los músicos afinan y ponen en armonía sus instrumentos, se escuchan mutuamente, pero escuchan primero una nota que llevan dentro de sí, que canta en ellos, para ofrecer y amplificar un eco fiel de este sonido.

"¡Dejaos reconciliar con Dios!"... Se trata, en nuestro caso, de dejar que se imponga la nota que da el Espíritu. Oyendo esta nota que ningún ruido podrá deformar, podremos escucharnos mutuamente y dejar que cada uno de nosotros haga resonar esa "voz" única según el color de su instrumento. Y se elevará del universo una melodía en la que todos los armónicos cantarán la victoria de Dios.

**Dios y Padre nuestro,
¿qué otra cosa podemos esperar de ti
si no es el amor?
¿Y qué puedes esperar tú de nosotros
si no es el amor?**

**¡Bendito seas!
En tu Hijo amado
anudas con nosotros una alianza
que nada podrá deshacer.**

**¡Bendito sea tu nombre!
En Jesús te hemos reconocido
y te damos gracias,
ya que El es nuestra bendición
para la eternidad.**

RAZONES PARA ESPERAR

2 Corintios 6, 1-10. "Os exhortamos a no dejar echar en saco roto la gracia de Dios". Nos vemos tentados a añadir: ¡sería demasiado estúpido! En Jesucristo, Dios ha pronunciado una palabra de perdón y el apóstol ha sido delegado para llevar a cabo un ministerio de reconciliación. Que los hombres abandonen sus miras estrechas y sus tontas querellas para sumergirse en el amor divino...

"Dichoso aquel para quien no soy una ocasión de caída". Pablo tiene conciencia del carácter revolucionario de su predicación; y además, dado que no quiere escandalizar a ninguno de los que le han sido confiados, es extremadamente cuidadoso en mantener su ministerio de modo irreprochable. Pero ¿vemos bien la realidad profunda de este ministerio? En una enumeración muy lírica, el apóstol sigue insistiendo en el fuego que le anima y le empuja hacia adelante.

De factura himnica, el salmo 97 invita a la alabanza.

Mateo 5, 38-42. "Ojo por ojo, diente por diente": la ley del talión no puede dejar de chocar al cristiano; por eso, es preciso ante todo situarla bien. Conviene recordar que esta ley se esforzaba en canalizar la propensión del hombre a tomarse la justicia por su propia mano; en efecto, esta ley introducía la legalidad en la anarquía y prohibía infligir un castigo superior a la ofensa. Además, hay que subrayar que el Antiguo Testamento no conoce más que aplicaciones simbólicas de la ley (por ejemplo, la obligación de libertar a un esclavo que se hubiera quedado tuerto o hubiera perdido sus dientes como consecuencia de malos tratos por parte de su dueño), lo que constituía un progreso considerable en relación a las costumbres de los vecinos de Israel, que aplicaban la ley del talión en toda su rudeza.

Sin embargo, Jesús supera esta prescripción y plantea el principio de la no-violencia; sugiere que no se haga resistencia al agresor, ni devolviendo golpe por golpe, ni contraatacando al tribunal. Se trata, como escribirá Pablo, de no dejarse vencer por el mal, sino vencer al mal con el bien. Este principio está ilustrado concretamente en el caso del préstamo: aquel que prestase dinero podía tomar en prenda durante todo el día el manto del deudor (Ex. 22, 25); exigir la túnica, indumentaria indispensable, hubiera sido algo exorbitante. Pues bien, dice Jesús, cederás la túnica y también el manto.

"Ha llegado el tiempo favorable" como un eco, oímos al profeta Isaías: "He aquí que hago un mundo nuevo; germina ya, ¿no lo estás viendo?" Pero, presos en las mismas tinieblas que esos interlocutores lejanos, conocemos la misma enfermedad: no es difícil reconocer el giro definitivo que ha tomado nuestra historia, personal o colectiva. "Ha llegado el tiempo favorable..." ¿Cómo reconocerlo? Veinte siglos de cristianismo han cambiado tan poco la faz de la tierra...

Y sin embargo, hermanos, ¡no dejéis sin efecto la gracia recibida de Dios! El creyente deberá siempre rechazar las evidencias y servidumbres de este mundo. En el entramado de fuerzas que desgarran al hombre, éste siempre estará llamado a reconocer el tejido que Dios diseña para él. Entre los hierbajos de una historia que pugna por crecer en todos los sentidos, el hombre tiene por vocación descubrir los brotes que serán más tarde flores de primavera. Cuando todos insisten en que todo va mal, nosotros persistimos en decir: "¡Ha llegado el tiempo favorable!" Hace algunos años, un periódico sustentaba su campaña de promoción en este spot publicitario: "Algunos ven la vida en negro; nosotros tenemos razones para tener esperanza". El mundo puede dar razón a los violentos y pretender resolver los conflictos a la fuerza; nosotros continuaremos creyendo que el futuro pertenece a los que tejen la fraternidad alrededor suyo. El mundo puede seguir construyéndose sobre la explotación del prójimo; nuestra regla de vida seguirá siendo el hambre de justicia y la transparencia de corazón.

Nos tacharán de locos, pero nosotros, apoyados en la Palabra de Dios, sabemos que la esperanza tendrá la última palabra.

**Oh Dios que eres digno de fe,
te bendecimos por Jesucristo,
que mantuvo en el mundo
la palabra más difícil de mantener;
El desveló la verdad de nuestro mundo,
y su palabra es locura cien veces más sabia
que nuestras certidumbres.**

**Oh Dios que eres promesa de vida,
alabado seas por tu bendición:
¡hoy se cumple en la tierra el tiempo favorable!
Tu palabra cumple siempre lo que promete:
¡hoy se cumple en la tierra el tiempo de la salvación!**

**Oye al Espíritu que hace brotar en nosotros
las palabras de la vida,
palabra que jamás se agota,
gracia siempre recibida.
Y que llegue hasta ti
esta palabra que de ti nos viene
más firme que nuestra poca fe.**

LA MEDIDA DEL AMOR

2 Corintios 8, 1-9. Con el capítulo 8, Pablo aborda un tema nuevo. Su insistencia en realizar la colecta en favor de Jerusalén se inscribe de modo natural en una visión profunda de la Iglesia: Pablo, en efecto, se había erigido en campeón de pro de una Iglesia abierta; para él, la muerte de Cristo abre una vía a los tiempos nuevos anunciados por el profeta Isaías. En adelante, judíos y paganos no forman ya más que un solo pueblo, en tanto que la profunda preocupación por los más pobres debe manifestar la unidad de la Iglesia.

Ahora bien, parecer ser que el régimen de la comunidad de bienes, al cual vino a unirse una época de escasez (Hech. 11, 28), había empobrecido a la Iglesia-madre de Jerusalén. Pablo encontró en ello una ocasión propicia para probar la solidaridad de las Iglesias y apoyó inmediatamente la idea, lanzada por los corintios, de realizar una colecta de ayuda mutua. ¡Pero los hechos no estuvieron a la altura de las palabras! Si bien la idea partió de los corintios, éstos prefirieron dejar su realización a otros, ganándose un "tiron de orejas" del apóstol, que les recuerda su deber, insistiendo, no sin humor, en "la fe, la elocuencia y la ciencia" que los corintios habían recibido como herencia. Ahora les tocaba demostrar que ellos también podían ser generosos.

Como todos los himnos de este estilo, el salmo 145 mezcla las felicitaciones con las fórmulas himnicas individuales.

Mateo 5, 43-48. ¿Discurso dirigido a los escribas o más bien a las Iglesias? Cuando un fariseo le preguntó cuál era el mandamiento más grande, Jesús respondió: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". Veía en este precepto, tomado de Lev. 19, 18, el cumplimiento del decálogo, y no dudaba en relacionarlo con el mandamiento del amor. Pero, ¿necesitaba esta ley ser superada? ¿Acaso el sermón de la montaña debilita en algo el pensamiento de Jesús?

La respuesta se encuentra en el propio Lev. 19, 18. En efecto, el precepto completo se enuncia así: "No te vengues y no seas rencoroso con los hijos de tu pueblo: Es así como amarás a tu prójimo como a ti mismo". Pero ¿quién es mi prójimo?

¿Qué podemos decir de la invitación a odiar al enemigo?. Evidentemente, no encontramos ninguna huella explícita de ello en la ley, pero no podemos negar que el odio al enemigo es una realidad del Antiguo Testamento. Este enemigo es el "insensato" de los salmos, el que se opone a la Alianza. En Qumrân, es el adversario de la comunidad; para Mateo, o más bien para la Iglesia judeo-cristiana, es el escriba o el fariseo, el judío aborrecido, el perseguidor.

¿Quién es mi prójimo? "Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen", responde Jesús. Entonces seréis perfectos, con una perfección igual a la del Padre, que "hace brillar el sol sobre los buenos y sobre los malos, y caer la lluvia sobre los justos y sobre los injustos".

*
**

"La medida del amor es amar sin medida" (San Bernardo). Ved la fe que Dios ha hecho nacer en nosotros: nos propone amar a la medida de su amor. "Sed perfectos como vuestro padre celestial es perfecto". En estas palabras está contenida toda la moral del Evangelio. Vivimos un tiempo de "crisis" que demanda de nosotros medidas de urgencia; hay que tomar partido por el Reino, y ya no es hora de componendas. No hay otro modelo que seguir para esta nueva vida que obrar a imagen y semejanza de Dios. "Como": he ahí el fundamento de la vida según el Evangelio. Ser "como" Dios, ni más ni menos.

El cristiano no es un héroe ni un prodigio de virtud. Si ama a sus enemigos, no es porque no sienta la quemadura de la enemistad; si no reclama nada al que le roba, no es porque no sienta dentro de sí el grito que reclama justicia. El cristiano no es un "infeliz" que se deje engañar: es que espera que el amor cambiará la faz del mundo y paga el precio de esta convicción. Si desea el bien para los que lo maldicen, es porque cree en la fuerza de la bendición divina; cree más en la paciencia que en la violencia. Si no juzga a la ligera a nadie, es porque espera incansablemente la conversión de su hermano.

Cree en el poder de la gracia. "Si sólo amáis a quienes os amas, ¿qué mérito tenéis?" Si la vida del discípulo fuera sólo el despliegue de las posibilidades humanas, ¿para qué serviría el Espíritu de Dios? El amor es una apuesta, una fe, un compromiso de vivir como vive Dios, sin más seguridad que la del Espíritu de Dios. Sin esperar nada a cambio, ni por parte de los hombres ni por parte de Dios, a no ser la gracia más allá de toda medida. Sin querer absolutamente nada más que ser el reflejo de Dios, que lo da todo, sin medida, sin cálculo alguno.

Dichoso el que se atreve a soñar con un mundo nuevo y está dispuesto a darlo todo para que su sueño se haga realidad en la vida de los hombres. El reino de Dios está en sus manos.

*
**

**¿Quiénes somos nosotros, Señor,
para devolver bien
por mal?
Y quién eres tú, para hacer que brille tu sol
sobre buenos y malos?
Haznos semejantes a ti,
que seamos el reflejo de tu amor sin igual.**

VERDAD

2 Corintios 9, 6-11. *Esta pequeña misiva, probablemente independiente en su origen, fue dirigida por Pablo, bien a los cristianos de Corinto, bien a todas las Iglesias griegas. Sigue tratándose de la colecta en favor de los pobres de Jerusalén. El apóstol anuncia a los cristianos su próxima visita y les pide que preparen sus donativos con ayuda de los emisarios enviados por él. Una vez más, exhorta a los destinatarios de la misiva a que se muestren dignos de la generosidad que Dios ha mostrado siempre hacia ellos. Por otra parte, les advierte que es en su propio interés: "El que poco siembra, poco cosecha".*

El salmo 111 tiene forma alfabética. Los primeros versículos hicieron que se le clasificara entre los salmos de congratulación, dirigidos a los peregrinos con motivo de su llegada al templo.

Mateo 6, 1-6, 16-18. *"Cuando hagas limosna... Y cuando oréis... Cuando ayunéis...": este es un hermoso paralelismo muy apreciado por los judíos letrados; tres sentencias que ponen en guardia a los cristianos y que también advertían a los judíos piadosos contra el peligro de la ostentación. Ayunar, orar, hacer limosna sólo para ser vistos por los hombres, son defectos característicos de los fariseos; también se les podía ver buscando los primros lugares en los festines y en las sinagogas.*

En numerosas ocasiones, Jesús los califica de "hipócritas"; pero, si los fariseos merecen este reproche, no es sólo porque sus acciones no se corresponden con sus pensamientos, sino también porque desvían estas acciones de su recto camino. En efecto, la limosna, la oración y el ayuno son prácticas religiosas; tienen a Dios por único objeto y son realizadas a la vista de Dios. No tienen necesidad de ser vistas por los hombres, pues en ese caso Dios no encontraría en ellas provecho. Como da a entender la lengua aramea, el hipócrita está muy cerca del impío. De nuevo es la intención lo que verdaderamente cuenta.

**

Así pues, ¿qué quiere Jesús? Pretende hablar en nombre de Dios y, pese a ello, todo lo cuestiona. El edificio tan pacientemente contruido por los hombres religiosos para hacer respetar la Ley de Dios se encuentra maltrecho e incluso demolido. Los evangelistas tienen razón al advertir más de una vez que los oyentes de Jesús se quedaban desconcertados por su forma de enseñar, tan diferente de la de los escribas: "¡Nos cambian la religión!"... ¿Qué quería, pues, Jesús? Está bien claro: quería defender la causa de Dios. "¡Hágase tu voluntad!", esto es lo que hace vivir a Jesús, lo que El defiende hasta la cruz. No se trata de respetar una ley,

por admirable que ésta sea, no se trata siquiera de ser "religioso" ("gus tan de orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas para ser vistos"...); se trata de que suceda lo que está previsto por Dios. Jesús no conocerá otra regla, otro mandamiento en su vida. Y deseará lo mismo para sus discípulos: "Aquel que hace la voluntad del Padre, ése es mi hermano, mi hermana, mi madre" (Mt. 12,50).

Jesús pone al hombre ante Dios. Y allí, en ese cara a cara, el hombre se enfrenta con la verdad de su vida. No hay relación jurídica, determinada por un código; el hombre es confrontado, sin escapatoria posible, con su Señor y Maestro. Sólo él mismo es responsable ante Dios. Sólo participará de las promesas del Reino cumpliendo la voluntad de Dios resueltamente y sin posibilidad de volverse atrás. Pero la exigencia liberadora de Dios es radical. Dios no reivindica solamente el comportamiento exterior, sino la actitud interior que escapa a todo control; en una palabra, Dios reclama el corazón del hombre. No quiere solamente buenos frutos, sino un buen árbol (Mt. 7, 16-18); no solamente el obrar, sino el ser; no cualquier cosa, sino yo mismo y yo entero.

Mateo llama a menudo a los fariseos "hipócritas". La hipocresía se manifiesta en todas estas actitudes: en los deseos de aparentar, en todos los sistemas de defensa que elaboramos alrededor nuestro para intentar huir de esta invitación tan sencilla: hacer la voluntad de Dios. Dichoso el que obra con verdad: el Reino de Dios ya ha llegado a él.

**

**Ante ti, Señor,
nuestra oración es signo de nuestra vigilancia.
Infunde tu Espíritu en nuestros corazones
para que nos haga descubrir tu verdad.
Haz que nos decidamos a cumplir tu santa voluntad
y que llegue al fin el día en que,
verdaderamente liberados,
seamos tuyos para siempre.**

ESPONSALES

2 Corintios 11, 1-11. *Algunos críticos atribuyen al final de la carta un estatuto independiente. En efecto, aunque Pablo se lanza de nuevo a un brillante alegato en defensa de su apostolado, podemos observar sin esfuerzo que su tono es claramente más apasionado que en los primeros capítulos. Además, también los adversarios del Apóstol parecen ser diferentes. Al principio de la carta parecía que se trataba de gnósticos, y sobre todo de un miembro de la comunidad que había ofendido a Pablo gravemente; pero ahora Pablo ataca a los judeo-cristianos.*

Pablo afirma que sus méritos de apostolado son superiores a los de sus oponentes; además, la Iglesia de Corinto es uno de los florones de su corona, su "carta" de recomendación ante los hombres (3, 2), pues, si bien fue engendrada en medio de privaciones y sufrimientos, nació del soplo del Espíritu. Y en todo caso, no puede haber dos evangelios: o los corintios perseveran en el evangelio que Pablo les ha predicado, o reniegan de Cristo. ¿Es Pablo o son los corintios quienes imparten la gracia divina?

El salmo 110, de forma alfabética, puede ser clasificado entre los himnos.

Mateo 6, 7-15. Orar en secreto... No se trata tanto de esconderse de la multitud cuanto de orar en el "secreto de Dios", allí donde el Espíritu nos habita y donde descubrimos nuestras verdaderas necesidades, conocidas por nuestro Padre antes de que nosotros mismos nos hayamos atrevido a formularlas. Orar en secreto, no para poner a prueba la resistencia divina enervándola con oraciones interminables, sino simplemente situándonos en la verdad. Orar a nuestro Padre, el del cielo, el Totalmente-Otro que se ha acercado al hombre.

Alimentado por la esperanza cristiana, el Padre Nuestro es una oración realista. Incluso sus primeras peticiones, por más que se refieran al futuro, brotan de la realidad cotidiana. Por una parte, reconocen que el mundo está roído por el mal; por otra parte, proclaman que el Reino de Dios se ha acercado en la persona de Jesucristo. Anuncian la victoria final, cuando la tierra y el cielo sean una sola cosa, cuando el nombre de Dios sea reconocido por todos. "El Padre Nuestro es la oración de los hombres que saben que la obra de la gracia de Dios, el gran hito histórico, ha comenzado ya" (Jeremías). Sólo por esta razón, el Padre Nuestro es una escuela de oración.

La cuarta petición abre un universo aún más familiar: la subsistencia del hombre, la vida en sociedad, el mal. Se seguirá discutiendo durante mucho tiempo aún si el "pan cotidiano" hace referencia al pan de nuestras mesas o al pan eucarístico, aunque en realidad Jesús los unió ambos. En

cuanto a la última petición, es muy radical; no se refiere tanto a las tentaciones cotidianas cuanto a la adversidad que hace al hombre pasarse al terreno del Tentador. Finalmente, es notable la insistencia con que Mateo hace depender la concesión del perdón divino de nuestra propia disposición a practicar la misericordia.

*

**

"¿Podréis soportar la insensatez de mis palabras?" Amigos míos, es preciso que os lo diga: tenemos que hacer os una proposición de matrimonio. Es bastante inesperada y no deja de tener sus riesgos: los esposos van a tener dificultades para ponerse de acuerdo. Yo mismo dudo en hacer os esta proposición... ¡Dios os pide en matrimonio! Ya sé que no se da cuenta exacta de la locura que comete, pero os aseguro que es porque tiene la cabeza llena de amor. El amor tiene razones que la razón ignora...

Dios... nos obstinamos en hablar de El como los paganos, y la fe ya no nos encoge el corazón. Sin embargo, ser cristiano es entrar en el juego de la locura de Dios. Cuando digáis "Dios", no repitáis lo que dice todo el mundo; dejaos penetrar por las palabras de Dios: El mismo os enseñará su nombre. El "Padre Nuestro" es más un arte de vivir que una fórmula para ser recitada.

"Padre, haz que venga a nosotros tu Reino, que tu nombre sea reconocido", pues tú eres el único Dios. La esposa exclama: "Maranatha, ven, revélate como Dios". Desde las primeras palabras, la oración nos juzga: la esposa no vive más que para su Amado, al que todo su ser llama. Ser cristiano es entregarse en cuerpo y alma al reino de Dios: "¡Que se haga tu voluntad!"

"¡Danos hoy nuestro pan!" Todo en nosotros grita de hambre y de deseo. El esposo echa de menos a la esposa, la esposa echa de menos a su marido. La oración nos evangeliza: nos enseña que Dios nos echa tanto de menos a nosotros como nosotros a él: "Danos hoy nuestro pan": no es que tengamos necesidad de Dios para colmar nuestras carencias es que nos es indispensable, porque marido y mujer no pueden vivir el uno sin el otro. "Danos el pan"; si no, ¿cómo sobreviviremos?

"Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos..." Haznos vivir al mismo ritmo que tú. "Dios ha hecho desaparecer el comprobante de la deuda que nos abrumaba desde que los mandamientos pesaban sobre nosotros: la ha anulado clavándola a la cruz de Cristo" ¡Tenemos que decir el Padre Nuestro al pie de la cruz y con el aliento de la resurrección! Entonces no nos quedará más remedio que perdonar, condonar las deudas de nuestros deudores.

"Y no nos expongas a la tentación" ¿Comprenderemos alguna vez que el encuentro con Dios vivo es una prueba, una verdadera tentación?

Quien intenta tocar el amor, se quema. "¡Dejaos tentar por Dios!" (Talec). La fe no es ninguna trivialidad: alternativamente seducción y rebelión, la fe nos sume siempre en la gran prueba. Consumidos ya por la ternura que nos ha sido revelada, en la oración invocamos: "Por favor, consérvanos en la fe; sé a la vez nuestra prueba y nuestra muralla!"

Hermanos, hay que estar un poco locos para atreverse a decir el "Padre Nuestro"; hay que estar loco para responder a la propuesta de Dios y decirle: "Te doy mi fe en prenda de matrimonio; para lo mejor y para lo peor!"

*

**

**Padre, haz que venga a nosotros tu Reino,
danos tu Espíritu, que es fuego y paz,
viento impetuoso y soplo interior:
haz que nuestra vida se entregue al amor.**

**Con tu Hijo, que vino a hacer tu voluntad,
nos atrevemos a llamarte Padre nuestro.
¡Consérvanos fieles en la prueba de la fe,
no nos sometas a la tentación de la infidelidad!
Danos hoy nuestro pan de la vida:
que se cumpla en tí nuestro deseo.**

**Tu amor desborda,
ha llegado con él el tiempo del perdón y de la paz.
Tú no tienes en cuenta nuestras deudas antiguas,
haz que sepamos perdonar como tú nos perdonas.**

*

**

**Te rogamos
por tu santa Iglesia:
ella es tu esposa y tu gracia.**

**¡Haz que no pierda la sencillez
de su primer amor;
que las seducciones del mundo
no ajen su inmaculado vestido de desposada!**

**Que no escuche voces extrañas,
pues sólo tú puedes hablarle de amor
sin pedirle otra cosa que no sea
devolver gracia por gracia.**

**¡Que tu verdad sea su orgullo,
y tu palabra su única alegría!**

Viernes de la undécima semana

TESORO

2 Corintios 11, 18,21b-30. *Hay pasión, pero también hay cólera en la diatriba de Pablo. Cólera del que ve comprometido el éxito de su empresa por la necesidad de los hombres y la malevolencia de sus enemigos. Así, esta comunidad de Corinto, pese a su fama de inteligencia, ha prestado oídos complacientes a las habladurías de los judíos, no ha rechazado las acusaciones dirigidas contra Pablo y se dispone tal vez a abandonar el régimen de la gracia para hundirse en los terrenos pantanosos de la ley. Pero ¿es que los hombres son realmente tan estúpidos? ¿Y por qué asombrarnos? ¿No encuentran, acaso, en nuestros días las mismas resistencias las directrices del Concilio Vaticano II?*

La enumeración de los méritos de Pablo y el relato de sus sufrimientos no tienen otra finalidad que la de hacer tomar conciencia a la comunidad del terreno en que ha nacido. Esta es una de las más grandes páginas paulinas, y uno no sabe qué es lo que le produce más asombro: si el celo del apóstol o el poder del Evangelio. En el fondo, uno da testimonio del otro. "Mi preocupación por todas las Iglesias": cólera del misionero, es verdad, pero cólera de un hombre tierno, apasionado.

El salmo 33 es un salmo alfabético, habitualmente vinculado a las acciones de gracias.

Mateo 6, 19-23. *Una justicia superior a la de los escribas y fariseos... ¿Cómo describir la justicia del Reino a la que son llamados los cristianos? Y, en primer lugar, ¿qué supone esta justicia? ¿Sobre qué bases sustentarla?*

La justicia del Reino supone una opción y un compromiso radicales. El cristiano debe mirar con mirada limpia y "simple"; su sí debe ser un sí franco, claro, sin ambages. El cristiano no puede servir a dos amos a la vez, porque entonces él estaría dividido, y su ojo enfermo. ¿A qué valores debe apegarse su corazón? Los antiguos repetían que "el temor de Dios" es el comienzo de la sabiduría. ¿Qué querían decir, si no es que, sin Dios, no puede el hombre construir nada sólido? Los tesoros del cielo no están nunca amenazados por la inflación.

*

**

"Donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón"... ¡Dichosos los pobres, porque el Reino es suyo!... Dios colma de bienes a los hambrientos y despide a los ricos con las manos vacías!".

Yo, pobre de necesidad, desprovisto de virtud, incapaz de asegurarme mi salvación, que caigo una y otra vez en los mismos errores y peca-

dos, soy objeto de la misericordia divina. Dios me ama tal como soy. Dios tiene fe en mí y espera que mi corazón vuelva poco a poco a El; Dios cree en la posibilidad de que yo me adhiera a la salvación y sueña con mi presencia en su Reino, donde viviré en armonía con sus designios. ¡Ahí está nuestro tesoro! La fe no es otra cosa que el descubrimiento del Reino día a día. En él se encuentra la fuente de transformación de nuestro corazón. Dejarse deslumbrar por el tesoro que Dios nos ofrece es ir derechos a una posibilidad de cambio que ninguna moral podría provocar. "¡Donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón!". La promesa del tesoro de Dios nos llena de admiración. Pero nos somete también a un estado de tensión, pues además se presentan a nuestra vista otros "tesoros". Seducidos por una Palabra que nos abre a la libertad, estamos atados aún por los lazos de nuestra antigua esclavitud. Herederos de una promesa nueva, seguimos volviendo los ojos a nuestros viejos amores. Esta es la condición de la fe: arriesgarnos a tener que venderlo todo para comprar el campo donde se esconde la perla de valor incomparable; responder a la ternura que tira de nosotros hacia adelante. Tu tesoro sólo tendrá el valor que hayas tenido que pagar para adquirirlo... "¡Donde esté tu corazón, allí estará también tu tesoro!".

**

**Te bendecimos Padre de ternura,
por Jesucristo, tu Hijo amado.
El es la perla de tu belleza
y el tesoro de tu amor.
El es la alegría incomparable
de quienes lo buscan sin desfallecer
y descubren su presencia en lo más hondo de su ser.
Para quienes lo han arriesgado todo por encontrarlo,
no hay otro tesoro en el mundo,
ya que sólo El puede colmar su esperanza.**

**Que tu Iglesia, cautivado su corazón por tu ternura,
viva, con todo su ser en tensión,
para conocer esa perla inestimable
que tiene que descubrir a los hombres.
Que el Espíritu haga presa en ella,
pues donde esté su corazón, allí estará, también, su tesoro.**

Sábado de la undécima semana

EL DINERO O LA VIDA

2 Corintios 12 1-10. Pablo no conoce la falsa humildad. Sabe lo que es y lo que vale, y lo proclama sin disimulos cuando el bien de la Iglesia está en juego. Pero es también consciente de que en la debilidad de un hombre, en la ambigüedad de una vida humana, es donde se manifiesta más claramente el poder de Dios.

Aunque el Apóstol ha conocido experiencias místicas excepcionales, también ha sentido en su cuerpo la enfermedad. ¿Cuál? No sabemos nada al respecto, y hay que respetar la discreción de Pablo. Lo importante es que ha orado para verse libre de su mal y poder trabajar con mayor eficacia. Pero Dios no se lo ha concedido, y el apóstol no ha querido insistir. Ha comprendido que él no es más que un instrumento en las manos de Dios y que la fuerza del Espíritu se manifestará tanto mejor cuanto más imperfecto sea el instrumento.

Por medio de un vocabulario sapiencial, el salmo 33 expresa la confianza en Dios.

Mateo 6, 24-34. Pocas páginas han sido peor interpretadas que éstas. Se ha visto en ella un tributo a la despreocupación, un desafío a las compañías de seguros. Pero en la base de esta incompreensión, ¿no hay un rechazo visceral por parte del hombre a fiarse de Dios? Hay una paz cristiana que vale por sí sola más que todos los seguros: es la paz del publicano, cuando suplica a Dios que tenga misericordia de él. Paz del corazón que ha descubierto el amor ilimitado de Dios, que ha calibrado la profundidad de la misericordia divina. Esta misericordia surge de la cruz, donde el hombre puede juzgar "de visu" el amor de Dios.

¡Ama y haz lo que quieras! Y es que la serenidad no es pasividad, sino que, por el contrario, provoca el compromiso; se hace buena nueva para ser anunciada, paz para ser compartida, solidaridad para ser vivida cada día. La serenidad repite el Padre nuestro; sabe que el Reino de Dios está próximo y, al mismo tiempo, toma la medida de las realidades humanas. Invita a trabajar, pero no se siente inquieta; repite que cada día tiene su afán y que con eso basta. La serenidad es equilibrio. Canto de pájaros que construyen su nido para la pollada, magia de las flores que se mecen con el viento. Dios cuida de todos ellos; tampoco dejará a los discípulos de su Hijo en la dificultad...

**

La Palabra lo ha trastocado todo. Se cuestionan las evidencias; y los valores, hasta entonces bien controlados, ven cómo se derrumba su cotización. El dinero rige al mundo. Todos conocemos su poder: hace y des-

hace gobiernos, es la sangre de nuestra sociedad de consumo. Los que lo poseen detentan un poder que los demás envidian; los que no tienen bastante aspiran a poseerlo. Para el mundo, el dinero es la vida.

"¿Por qué el viento, dice el poeta, si no es porque siembra al azar? ¿Por qué el tiempo, si no hace otra cosa que pasar? ¿Por qué los pájaros, si no sirvieran para encantar a los árboles? ¿Y por qué el hombre?" Guardar encerrada la cosecha es algo estúpido, pues el grano está hecho para el pan y para las semillas recientes que lanzarán de nuevo su himno a la vida. La avaricia es ridícula, pues el dinero es sólo un valor de cambio, que no pide otra cosa que ser gastado, repartido. La vida está hecha para el renacimiento, la invención, la germinación. El dinero tiende a aprisionar, cebo atrayente, más insidioso que una serpiente.

"¡Buscad primero el Reino de Dios y su justicia!". ¡Jesús no invita a la resignación! ¿Cómo han podido decir de El que es el defensor de la propiedad y el garante de un orden injusto que abrumba a los pobres? ¿Cómo han podido algunos traicionar así el Evangelio y decir que la Iglesia pertenece a la clase dominante? Jesús habla con parábolas, y el economista no encontrará recetas en el Evangelio. El Evangelio nos propone una cura de aire libre. "Buscad primero el Reino". Ni el trabajo ni el capital tienen la última palabra sobre el hombre, pues no tienen respuesta frente a la muerte y frente al misterio de la vida.

*

**

"¡Buscad el Reino y su justicia!"

**Al Hijo eterno Dios lo hizo pobre
para nuestra justificación.**

**Dichosos los pobres y los humildes:
¡Herederán el Reino de Dios!**

"¡No os inquietéis por vuestra vida!"

**No os quedéis a ras de tierra,
cuando Cristo os empuja hacia adelante,
hacia las fuentes de la vida.**

"Cada día trae su afán".

**Dios se toma el trabajo
de libraros de vuestra esclavitud.**

**¡Vivid en plenitud,
elevad vuestros corazones hasta el cielo!**

Las "sagas" patriarcales están presididas por las grandes figuras de Abraham y Jacob. La investigación contemporánea ha comprobado la raíz histórica que estas tradiciones poseen y ha situado a los personajes que las pueblan, reduciéndolos a sus justas proporciones. Abraham, así como Isaac y Jacob, sólo fueron antecesores de pequeños clanes primitivamente independientes, y la filiación que se ha establecido entre ellos resulta de la fusión de diversas tradiciones relacionadas con el pastoreo y que los diversos clanes se encargaron de propagar oralmente. Las tradiciones yahvista, elohista y sacerdotal son, pues, en sí mismas, el resultado de un largo proceso de asimilación que, en la época en que los nómadas se instalaron definitivamente en Palestina, produjo un árbol genealógico común, que representaba la unidad de las doce tribus y su parentesco con el conjunto del pueblo arameo.

En el momento en que nos ponemos a comparar las distintas tradiciones clánicas, inmediatamente aparecen con evidencia determinadas constantes. Podemos observar, por ejemplo, que todas ellas testifican la existencia de una promesa, promesa de una tierra fértil o de una descendencia, y que ha sido hecha al antecesor del clan por el dios protector del grupo. Esta creencia estuvo muy extendida desde el 2.º milenio. Por otra parte, se puede observar también diferencias notables entre las concepciones religiosas de los nómadas y las de los sedentarios. En general, los dioses de las poblaciones sedentarias estaban asentados en santuarios fijos, mientras que los de los nómadas estaban simplemente representados por nombres de hombres, frecuentemente el antecesor del clan. Así, el clan de Isaac adoraba al "Padre de Isaac" (Gn. 31, 42); el de Jacob, a "el Fuerte de Jacob" (Gn. 49, 24). Por el contrario, los santuarios de Mambré, Bersheba, Bethel y Siquem... estaban consagrados a El, el dios supremo de los cananeos, invocado en los templos bajo diferentes vocablos que los nómadas asimilaban progresivamente en el curso de sus migraciones. Podemos, pues, concluir afirmando que las distintas tradiciones patriarcales resultan del encuentro de tradiciones culturales con el patrimonio "histórico" de diversos clanes nómadas.

Por tanto, ¿qué podemos decir de la historia de los clanes? Las tradiciones concernientes a Abraham localizan su grupo en la región de Mambré, al sur de Palestina, donde se encontraba un santuario consagrado a El-Shadai. En él, una leyenda, que aparece también en otros pueblos, relataba la aparición de tres seres misteriosos a un personaje ilustre de la región, a quien prometían el nacimiento de un hijo. Así pues, aunque la adopción de esta leyenda por el clan de Abraham hizo pensar que Isaac era hijo de Abraham, debemos ser conscientes de que esta filiación sólo denuncia la existencia de determinados lazos entre clanes diferentes. Lo mismo sucede con las tradiciones de los moabitas y de los amonitas, que

habían conservado el recuerdo de la intervención de un hombre de Mambré en favor de su antecesor Lot (Gn. 18, 16 y ss); cuando estas tradiciones se fusionaron con las del clan de Abraham, éste pasó a ser considerado, de la forma más natural, tío de Lot.

Por lo que concierne a Isaac, los datos son más fragmentarios, ya que su clan se nomadizaba mucho más al sur. Antes de unirse a los grupos de Abraham y de Jacob, había asimilado las leyendas sagradas del santuario de Bersheba, consagrado a El-Olam (el Eterno). No conocemos nada muy preciso sobre estas leyendas, salvo que tal vez sean cercanas a las del sacrificio de Isaac. Las relaciones de buena vecindad entre el clan de Isaac y los nómadas del extremo sur palestino parecen estar mejor delimitadas y estudiadas; con estos ismaelitas, Isaac parece que compartía un pozo de agua llamado Lahai-Roi, donde se encontraba también un santuario del dios El. Esto bastaba, evidentemente, para que la leyenda hiciera que Isaac e Ismael fueran considerados hermanastros. La Biblia está mejor documentada sobre el patriarca Jacob. En primer lugar, las tradiciones lo describen como un personaje importante, ya que, al parecer, su actividad tuvo lugar tanto en la Palestina central como en Jordania. Pero, mientras que las leyendas jordanas relacionan al patriarca con el santuario de Panuel, donde el héroe se había distinguido obteniendo una victoria sobre el dios local (Gn. 32, 23 y ss.) las tradiciones palestinas gravitan en torno al santuario de Bethel. A esto hay que añadir las leyendas sobre Jacob y Labán, que establecen el parentesco existente entre israelitas y arameos. ¿Y Jacob-Israel? El cambio de nombre de Jacob por el de Israel, que aparece en Gn. 32, da testimonio verosímil de la fusión de dos clanes vecinos. En efecto, las tradiciones que conciernen a Israel fijan igualmente su grupo en Palestina, más específicamente en Siquem, donde el dios El era adorado bajo el nombre de El-berti (El de la alianza). Desde este momento podemos pensar que, así como el clan de Jacob había asimilado la leyenda cultural del santuario de Bethel, el de Israel había adoptado la de Siquem. Pero Jacob representa también, y sobre todo, las doce tribus, es decir, la realización concreta de la promesa de una tierra fértil, repetida a los diferentes patriarcas. Es, pues, en Siquem donde Jos 24 sitúa el encuentro del grupo de Moisés, recién llegado de Egipto bajo el mando de Josué, con unas tribus que, como es cada vez más comúnmente admitido no vivieron los acontecimientos del Exodo.

Lunes de la duodécima semana

MI PADRE ERA UN VAGABUNDO

Génesis 12, 1-9. *El relato de la torre de Babel había concluido en una atmósfera enrarecida. Todos los pueblos de la tierra estaban confundidos, y ningún atisbo de luz atravesaba las tinieblas del porvenir. ¿Iba Dios a permanecer enfadado para siempre con los hombres? No, Dios toma la iniciativa y, de entre todas las naciones, elige a un hombre con el que va a reanudar las relaciones.*

"¡Sal de tu tierra!" Apenas se percibe el orden y la finalidad. Abraham se lanza a la aventura después de haber roto con todo lazo hereditario. Vedle caminando, solo, en marcha hacia un país del que nadie sabe, salvo que Dios se lo mostrará. La historia de Abraham trasciende con mucho la figura del patriarca: ya no se trata de Betel ni del Negueb, sino, en realidad de una bendición destinada a todas las familias de la tierra.

Con Abraham Dios abre un camino, el camino de todos aquellos que, después de él, lo dejarán todo por haber creído en el amor. El destino de Abraham es el destino de Israel, separado de la comunidad de naciones, nunca instalado en su propio suelo, entregado ciegamente a Aquel que es el único que conoce su camino y su fin.

El salmo 32 es un himno. El macarismo del v. 12 va dirigido a la comunidad y declara bienaventurados a los que eligen servir al Señor.

Mateo 7, 1-5. *"Amarás al Señor tu Dios... Amarás a tu prójimo..." Optar por Dios, pero también por el hombre. Nuestras relaciones con los demás son una buena señal de nuestras relaciones con Dios.*

"No juzguéis", recomienda Jesús. Sin duda, no se trata tanto de no juzgar como de condenar, pues ¿acaso juzgamos para otra cosa que para poner a nuestros semejantes en la picota? Hay dos razones para no condenar. En primer lugar, también para nosotros habrá un juicio, juicio en el que Dios será el juez y aplicará la misma medida con la que nosotros juzgamos a los demás. Además, tenemos defectos tan grandes e incluso mayores, que los demás mortales. Entonces, ¿quiénes somos nosotros para juzgar?

*
**

"Sal de tu casa, Abraham, deja la casa de tu padre". Deja detrás de ti tu pasado, tu heredad y tus raíces. Vete, sin preguntar el camino a seguir, pues los caminos de Dios son una tierra que deberás sembrar con tu fe. Se te ha prometido la tierra, una descendencia más numerosa que las arenas del mar, pero será necesario que la vida tome cuerpo en el sufrimiento de tu esperanza, ya que el proyecto de Dios es renovar todo en ti.

"Abraham marchó como le había dicho el Señor..."

Mandar... La palabra resuena con la alegría de los viajes, la esperanza de las vacaciones, de los descubrimientos. La publicidad explota a fondo todo esto ya que, al parecer, trabajamos once meses para vivir verdaderamente el duodécimo. El exotismo es sin duda una característica de la mentalidad de finales del siglo veinte. Partir, salir, viajar... palabras con gusto a sol, a vida, a renacer. El niño sale del seno materno, el adolescente de la infancia...

La vida es una sucesión de comienzos. Partir... una palabra de esperanza. Esperanza de una vida nueva para los que se van, porque "la vida ya no es posible". Esperanza de descubrimientos para los que buscan "otra cosa".

Pero "partir" tiene también un cierto tufo a cenizas. Todos conocemos lo difícil que es dejar a un ser querido, las lágrimas de las despedidas, las aprensiones de las rupturas. Partir... La palabra evoca seguridades rotas, tradiciones y costumbres tranquilas que hay que olvidar y dejar. Partir... una palabra con gusto de lágrimas y de incertidumbres, de fragilidad y de vulnerabilidad. Partir, es morir un poco...

Abraham se fue de su casa. El creyente es un nómada. Pues la fe, como la vida, es siempre un comienzo. Una fe bien instalada y tranquila es sólo una fe monótona y ya infiel. "Vete, deja a tu familia" Abandona las seguridades fáciles. Olvida todas tus certidumbres acerca de Dios: quizá estas certidumbres no son otra cosa que la imagen de tí mismo. "Sal, deja la casa de tus padres". Dios no está en el pasado, Dios está siempre ante tí. Deja tus muletas, ponte en marcha, anda sin apoyos ilusorios, siéntete fuerte con el sólo apoyo de tu fe. Levántate y ponte en marcha, pues en el desierto, detenerse significa morir.

"Abraham marchó, como le había dicho el Señor. Atravesó el país, de etapa en etapa, hasta la región de Siquem, hasta la encina de Moré y llegó a Negueb, tierra de desierto y de gran sequedad". En el desierto de la soledad, Abraham conocerá la faz del Eterno; en la pobreza de su cuerpo marcado por la esterilidad, sabrá que Dios es Vida. La fe tiene a veces gusto a ceniza. No hay fe sin renuncia, no hay esperanza sin incertidumbre. Ponerse a seguir a Jesús es sinónimo de incomodidad, sorpresa, conversión. Pero, si la fe significa siempre partida y éxodo, es porque nos conduce siempre a otras tierras, al país de Dios. Las grandes despedidas son a menudo sueños que se convierten en realidades...

Ponte en marcha...

Deja...

Vete...

**vigorosas palabras,
palabras que ponen al hombre en pie.**

Vete...

Deja...

**hay que abandonar seguridades,
olvidar certezas,
cambiar por completo de hábitos...**

Dios de Abraham y Dios de Jesucristo,

Dios de la promesa,

sácanos de nuestras tierras estériles

y condúcenos hacia la libertad,

pues tú eres nuestra esperanza y la fecundidad de nuestra vida.

**

**Guíame, suave luz,
por entre las tinieblas que me cercan.**

Llevamé cada vez más adelante

Cuida mis pasos:

**no te pido que me muestres
las bellezas terrenas: ir paso a paso
me basta.**

**No siempre ha sido así,
no siempre te he rogado**

que me llevaras cada vez más adelante

**Me gustaba elegir por mí mismo y ver mi propio sendero
pero ahora:**

llévame cada vez más adelante.

(J.H. Newman, *Meditaciones y plegarias*)

HACIA MAMBRE

Génesis 13, 2, 5-18. *Yahvé le había dicho a Abraham: "¡Te bendeciré y haré que tu nombre sea grande!" Hacerse un nombre, tener una gran descendencia, poseer tierras: éste era el sueño de los hombres de Babel. Era el sueño del jardinero del Génesis cuando Dios le dio, en Edén, un jardín para cultivar; el sueño de los hombres de todas las épocas cuando luchan contra las fuerzas que quieren retrotraer al mundo a su caos originario. Los ojos de Lot brillaban de codicia cuando, desde las alturas de Betel, contemplaba el valle del Jordán, fértil como el feraz Egipto.*

Cuando su sobrino se fue a Sodoma, como empujado por una fuerza irresistible, Abraham se encontró a solas con Dios. Entonces se cumplió todo aquello que la torre maldita no había podido llevar a cabo, lo que Lot buscó en vano en la ciudad depravada: Yahvé dio sus dones al hombre de su elección, Abraham. Este se instaló cerca del Terebinto, en Hebrón. Según la tradición, el patriarca fue luego enterrado en este lugar, que se convirtió en centro de peregrinaje muy frecuentado.

El salmo 14 servía en las liturgias de introducción. Era un recordatorio que traía a la memoria las exigencias impuestas a quien quisiera presentarse a Yahvé.

Mateo 7 6.12-14. Como quiera que el fragmento sobre la oración de petición (vv. 7-11) se ha leído en el jueves de la primera semana de Cuaresma, el leccionario relaciona los vv. 12- 14 con el v. 6. Evidentemente, esto es ignorar la gran ley de las inclusiones que, en la literatura antigua, delimitan conjuntos coherentes. La inclusión del v. 12 (la ley de los Profetas) hay que relacionarla con 5, 17; circunscribe el tema central del discurso, el de la "justicia nueva", opuesta a la de los escribas y los fariseos. Por esto, los vv. 13-14 pertenecen ya a las perícopas de conclusión.

Hay que proceder por orden. El v. 6 invita al discernimiento: hay que respetar el ritmo de cada persona, es decir, aceptar la aparente lentitud con que llega a veces la gracia. Si los "perros" designan a los paganos, y las "perlas" al evangelio o incluso a la misma Eucaristía (Didajé 9, 5; 10,6), hay que comprender que las "cosas santas" no deben ser dadas a los que no saben captar su sentido. ¡Qué lección para la pastoral de los sacramentos cuando, en nuestros días, hay tantos bautizados que son tan malos creyentes!

La "regla de oro" (v. 12) era ya conocida por el judaísmo, que la relataba en forma negativa. El Targum la relacionaba con el mandato del amor al prójimo, mientras que el rabí Hilel pretendía que esta regla resumía toda la Ley. Jesús renueva esta regla de la acción moral: para Él es poco evitar simplemente lo que causa daño a otro; hay que tomar la iniciativa del bien.

Abraham partió. De campamento en campamento, se fue hacia las tierras del Negueb. Abraham se fue hacia el desierto. Abraham levantó su tienda para realizar un peregrinaje cuyo itinerario no conocía. "Abraham tuvo fe en Dios"... Partió sin saber adónde iba... ¡Era el buen camino!, comentará un día San Agustín. Los ojos de Lot brillaban de placer cuando, desde los altos de Betel, su mirada se pierde por todo el valle del Jordán, fértil como la feraz tierra de Egipto. Pero Abraham preferirá seguir siendo un hombre del desierto: se pondrá de nuevo en marcha y desplazará su campamento hasta la encina de Mambré. Movido por una inspiración interior, andará sin otra meta que la obediencia a esa voz que le llega al corazón.

¡Abraham, padre de nuestra fe! Dios se revela en el centro mismo del desierto que hace presa en el hombre, y esta revelación sólo tiene lugar cuando la fe ha sido entregada en totalidad. ¡La fe no tiene otra purificación que ella misma!

Abraham, padre de nuestra fe... Mejor aún, ¡padre de nuestra esperanza! Pero estos dos vocablos no son iguales. Con demasiada frecuencia nos hacemos de Dios una idea sin contexto, una evidencia sin problemas. Hablamos de Dios como si estuviera aquí, ante nosotros, como si le hubiéramos visto y oído. Abraham se levantó al oír una simple palabra surgida del fondo de su corazón. Nuestro Dios es el Dios de Abraham, el Dios del desierto. El Dios que habla en lo más hondo del pecho del hombre, allá donde resuena la promesa: "Levanta los ojos... haré tu descendencia numerosa... Ve, recorre el país en todas las direcciones".

Dios está ahí, cada vez que el hombre oye la llamada de algo nuevo e infinito, pero Dios desaparece en cuanto el hombre cree poseer un horizonte que está siempre más lejos. Adán quiso ser como Dios, en seguida; se perdió por coger el fruto. Sin embargo Abraham emprende el largo camino del desierto para conocer, quizá, algo de Dios. "Y esto fue tenido en cuenta como justicia". Este es el hombre verdadero, el que deja que la esperanza lo inunde y hace todo lo posible para que esta esperanza se realice. En Mambré, pronto, Abraham recibirá la visita de tres ángeles que le confirmarán la promesa.

Abraham fue un hombre de Dios. Abraham "sentía" a Dios. Sin duda sentía dentro de sí cómo la vida gritaba hacia su fuente. Pero las verdaderas fuentes brotan en el desierto, y los hombres verdaderos son siempre un poco nómadas... ¡en busca de Dios!

Dios nuestro, Padre de nuestra fe,
has inculcado en el corazón del hombre
la sed y el deseo,

y tu Espíritu lo pone en contacto con la vida
que brota de ti.

¡Bienaventurado el que cree y espera en tu Palabra;
bienaventurados los que se van al desierto

para escuchar al Verbo que brota en la soledad;
bienaventurados los que siguen a tu Hijo,
luz de un instante en el camino de sus dudas.

Ojalá tu gracia mantenga nuestra esperanza:
quiera Dios que nos pongamos en marcha sin cansarnos
hasta conseguir alcanzar la fuente de la vida,
hasta ese lugar de encuentro
donde nos confirmarás tu promesa para siempre.

*
**

Nos prometes una tierra fértil,
regiones de dicha y de paz.

Nos das a tu Hijo,
promesa de vida y de dicha infinita:

Señor, ayúdanos a vencer la duda,
haz que tu Palabra sea nuestro pan cotidiano
y la alegría de nuestra esperanza.

*
**

¿Quién habitará en tu casa,
Dios de los peregrinos,
que nos llamas siempre a ir más lejos?

El hombre que toma en serio
la verdad

y que parte sin otra meta
que la de dar testimonio.

El hombre que va con sus hermanos
y que ayuda al pobre para que no tropiece
en las dificultades del camino.

El hombre que no lleva consigo oro ni plata,
que ha puesto su fe en tu palabra
y que no maltrata ni somete a nadie
para sacar provecho.

¡Condúcenos, Dios Padre nuestro,
hasta esa vivienda lejana,
donde todo es paz,
todo alegría!

PROMESA

Génesis 15, 1-12. 17-18a. *Abraham camina solitario; el destino se ha mostrado cruel para con este anciano que ha roto con todas sus ataduras familiares y camina ahora hacia la muerte, sin herederos. Pero Dios está ahí, renueva su promesa y el cielo se cubre de estrellas.*

Dios se compromete; Dios promete. Abraham ha preparado el sacrificio, pero el fuego de Dios es el que abrasa los pedazos de animales. Y también, según la antigua norma de las prescripciones de la alianza, Dios será el único que incurrirá en maldición en caso de felonía; Dios toma toda la responsabilidad sobre sus hombros. Entretanto, Abraham duerme...

El sueño del justo, diremos; el sueño de quien ha tomado en serio el proyecto de Dios, a quien ha entregado toda su fe. Pero, ¿qué vienen a hacer estas aves rapaces? ¿Qué desgracia anuncian? ¿Estará, acaso, amenazada la alianza?

"¡Dad gracias al Señor!". El salmo 104 canta los grandes hechos de Yahvé.

Mateo 7, 15-20. *Se reconoce al árbol bueno por sus frutos, dice la subiduría popular. Así como el ojo es la lámpara del cuerpo, el fruto es el testigo del corazón. Si el corazón es bueno, el hombre produce frutos sabrosos, si no, da frutos amargos. Así sucedió en Israel: el Señor esperaba las uvas de su viña, y no recogió más que agrazones (Is. 5). En la Iglesia también puede haber falsos profetas, que sólo son mentira y engaño; en la hora del juicio, serán condenados. Así pues, hay que dar buen fruto: ahí están las últimas palabras del discurso, que nos exhortan a no quedarnos sólo en la palabra, sino a comprometernos en la acción.*

*
**

"La palabra del Eterno fue dirigida a Abraham por medio de una visión"... El capítulo 15 del Génesis no es ni historia ni leyenda. La tradición de los creyentes de Israel transmite su fe en este relato; de cabo a rabo, el texto habla de Dios y habla del hombre en acto de fe. Los verdaderos héroes del relato no son sólo Yahvé y un antecesor remoto del hombre, sino que son Yahvé y el pueblo de Israel. Este pueblo de Israel se reconocía a sí mismo en este personaje de Abrahám, sin descendencia y sin país, que había dejado Mesopotamia precisamente para ir en busca de una tierra que poseer. Con este texto ante nuestros ojos, también encontramos nosotros reflejados en él nuestras preguntas y nuestros miedos, nuestras esperanzas y nuestros deseos. Este texto habla a Dios por nosotros.

EN LA ROCA

Abraham se vió confrontado con la experiencia de la muerte vivida bajo su forma más primitiva: su cuerpo, marcado por la vejez, era ya estéril. En esta experiencia, Israel reconocía también la suya: presa de la duda ante los fracasos de su historia, sobrecogido por el temor de un porvenir aleatorio, se preguntaba si su Dios —lo había llamado desde un país lejano para venir a establecerse en la tierra de la Alianza— podía ser identificado con el Dios de la Promesa. Esta experiencia es también la nuestra: nos vemos confrontados con nuestra "esterilidad" personal, que se llama pecado lancinante, fracaso larvado, fatalismo. Muerte vivida bajo su forma más primitiva, cuando los hombres sólo pueden ya agarrarse a lo inmediato, dejarse deslizar en una historia "sin hijos", sin promesa. Sin pasado y sin porvenir, nos preguntamos con el escritor de Israel: "Heme aquí que me voy sin hijos... ¿cómo sabré que poseeré esta tierra?"...

Sólo por mediación del Eterno Abraham logra salir de la prisión de su esterilidad y de su exilio. Al oír esta nueva voz de un Dios que no pide nada y con el que puede sentirse libre, el pueblo del Antiguo Testamento ha recuperado el sentido de la Alianza que es promesa de fecundidad. Y se abre para nosotros un porvenir nuevo. Pese a la experiencia contraria de tantos gestos que no habían reportado el menor fruto, Abraham creyó que su cuerpo marcado por la esterilidad podía brotar el hijo que alegraría su vejez. Pese a tantas traiciones, Israel creyó que de su "sí", repetido sin cesar, podía surgir la fidelidad a la benevolencia de Dios. Pese a la experiencia contraria de tantas esterilidades, nos sorprendemos a nosotros mismos manteniendo viva nuestra esperanza.

El árbol da su fruto en consonancia con su vigor. Pero el árbol sólo está vivo gracias a la savia que hace brotar de vida hasta las últimas extremidades de las ramas. En ellas maduran los brotes que son la flor de mañana. En el viejo tronco de la humanidad, Dios ha grabado el nombre de Jesús, y este nombre es tan hermoso, que el árbol ha florecido. ¡Levanta la cabeza, Abraham; la descendencia nacida de tu sangre será tan numerosa como las estrellas! Pese a su vejez, Abraham creyó y eso "le fue reputado por justicia".

**

**Somos tu pueblo, Señor,
y la descendencia de tu Bienamado Hijo.
No olvides, Padre, tu promesa.
Si no nos sostienes en nuestra esperanza,
¿cómo sabremos
que ya poseemos
a tierra que nos has legado,
tierra nueva,
sin lágrimas ni amenaza de muerte?
Gran Dios de la Alianza,
¡por el honor de tu nombre,
oye nuestra súplica!**

Génesis 16, 1-12, 15-16. ¿Está amenazada la alianza? Las gentes de Babel habían querido alcanzar la notoriedad y Dios las había dispersado sobre la tierra. Lot había confiado sólo en sus fuerzas para encontrar una patria, y Dios lo había llevado a vivir con los sodomitas. ¿Va a seguir Abraham el mismo camino? Como la promesa tarda en cumplirse, su mujer concibe la argucia de ponerle a otra mujer entre los brazos. Reirá menos cuando se anuncie la llegada de un hijo...

"Tu esclava te pertenece, haz de ella lo que quieras". El jefe del clan se encuentra dividido entre estas dos mujeres. La esclava huye y encuentra refugio en el desierto, donde Dios sale a su encuentro. Para marcar un pasado y un porvenir. El pasado, Agar lo recuperará volviendo a la casa de Abraham, pues no es conveniente que una esclava abandone la casa de sus amos. En cuanto al porvenir, sucederá lo que sucede siempre cuando se espera el nacimiento de un hijo. Concebido por una argucia, falto de fe, no puede ser el heredero de la promesa, sino que será el antecesor de un pueblo libre, el de esos beduinos tan admirados por Israel porque nunca tuvieron amos. El hijo de la esclava Agar se llamará Ismael, "Dios-oye". ¿Será en recuerdo de la compasión que sintió Yahvé hacia su madre? También para Agar el desierto tuvo sus flores de ternura.

Un hijo concebido en la incredulidad: el salmo 105, que es una confesión nacional, desarrolla el tema del pueblo infiel, a pesar de los beneficios concedidos por Dios.

Mateo 7, 21-29. El final del discurso está escrito a la manera del Dt: "Mira: hoy pongo ante tí la vida con el bien, la muerte con el mal" (30,15). Dos caminos se ofrecen al hombre. ¡Bienaventurado el que escucha la palabra de Cristo y la pone en práctica: ¡construirá su vida sobre base sólida! En el día del juicio, cuando el hombre se enfrenta entero en la verdad de su ser, una sola pregunta le será planteada: ¿has cumplido, sí o no, la voluntad de tu Padre celestial? Entonces será inútil gritar: "¡Señor, Señor!"; inútil querer dar cuentas. Será demasiado tarde. Estas palabras son severas, pero contienen toda la seriedad de la vida. El evangelista subraya que la multitud estaba impresionada: Jesús no se contentaba con explicar la tradición de los maestros de la ley; hablaba con autoridad: con la autoridad de un nuevo Moisés, una autoridad que tenía su origen en Dios, como demostrarán los hechos llevados a cabo por Cristo (c. 8-9).

**

"¿Quién se salvará? Los que hagan la voluntad del Padre..." "Sostenemos que el hombre, declara san Pablo, es justificado por la fe, sin las obras de la Ley de Moisés" (Rm. 3, 28). Palabras revolucionarias que la

Iglesia, desgraciadamente, ha olvidado con demasiada frecuencia. Lo que salva al hombre no es en primer lugar la obediencia a una ley, aunque haya sido promulgada por Dios mismo, sino la fe.

"Abraham creyó, ¡y eso le fue reputado por justicia!" Esa fe suya le hizo justo. No seremos salvados porque nos presentemos ante Dios con las manos llenas de méritos, sino porque Dios quiere salvarnos.

Esta es la Buena Nueva de Jesucristo. Seremos salvados porque Jesús, obediente al Padre, llegó hasta el Gólgota para decir al hombre todo lo que Dios tenía "en el corazón". ¡Un amor apasionado!

"Hay que hacer la voluntad del Padre". No hay escapatoria posible; hay que decidirse a ponerse en camino, aunque este camino lleve al desierto. Solamente allí es donde puede brotar la fuente de la vida.

Crear en Dios es hundirse en esta palabra que dice con empecinamiento: "Te doy en herencia este país". Es estar atento a la ruta que la Palabra ha trazado. Nuestro Dios es un Dios celoso, acostumbra a repetir la Bilia. El amor engendra amor. Cuando Dios se inclina sobre el hombre como un padre, espera de nosotros que le respondamos así mismo como hijos. "Hacer la voluntad del Padre", es elegir resueltamente el camino del amor.

Quien así obra edifica sobre roca. La lluvia y los torrentes caen sobre nosotros, las fuerzas del mal no nos perdonan; pero nosotros somos fuertes, pues la Palabra y la Promesa son nuestro baluarte.

¿Quién será salvado? No los que hayan gritado y repetido machacadamente el nombre de Dios, sino los que hayan tomado el camino sin otro equipaje que su esperanza. "¡Nuestro padre era un vagabundo!"

*
**

**Tu palabra, Señor, es promesa,
y tu fidelidad nuestra defensa.
Si no construyes Tú mismo la morada,
vana e insignificante será nuestra esperanza.
Tu palabra es como una espada
que nos juzgará.
Haz que tu verbo penetre en nosotros:
¡en él encontraremos nuestro destino y nuestra salvación!**

La sección de los milagros (cap. 8-9)

La sección de los milagros divide en tres grupos diez actos de Jesús, demostrando la eficacia de su palabra; cada uno de estos grupos está separado por una especie de interludio que ilustra el sentido del conjunto. En primer lugar tres "parábolas de curación" pronunciadas en favor de un leproso judío, de un centurión romano y de un personaje del entorno de los discípulos (la suegra de Pedro). Estas tres curaciones son interpretadas a la luz de los poemas del Siervo (Is. 53, 4) tomando sobre sí nuestras debilidades y apartando de nosotros la enfermedad, y más aún, dotándonos de la salud, pues, para los judíos, la enfermedad, como toda otra forma de desorden, es identificada con el pecado. Al curar a los enfermos, Jesús restaura la creación en toda su integridad primaria. Pero la cita de Isaías ilustra también la manera como Jesús nos dota de la salud: las curaciones anunciaban la resurrección, que coronará la obediencia del Siervo. Su palabra es eficaz, porque es la última palabra que Dios pronuncia sobre el mundo. Por eso Jesús urge a sus discípulos a comprometerse: seguirle es una cuestión de vida o muerte.

El poder de Jesús sobre el pecado es ilustrado por tres "parábolas de autoridad" dirigidas sucesivamente al mar, a los espíritus y al paralítico. Hay que observar el bello efecto de progresión: primero el mar, considerado como el refugio de los malos espíritus; a continuación estos mismos espíritus; finalmente el pecado transmitido por los espíritus. En cuanto al interludio, indica la fuente del perdón de los pecados: es el corazón de Dios que prefiere la misericordia a los sacrificios (Os 6,6). En la persona de Jesús, Dios celebra su alianza con la humanidad, pacto nuevo y eterno. No es pues el momento de ayunar, sino que vendrá un tiempo en que el Esposo será arrebatado a los discípulos; esto sucederá cuando en la cruz, haya tomado el rostro del Siervo.

Los cuatro últimos relatos, llamados por J. Radermakers "parábolas de vida", vuelven a la lección de los precedentes, y al mismo tiempo confieren al proyecto de Jesús sus rasgos definitivos: despierta a los hombres a la gracia y crea al mismo tiempo una comunidad de creyentes. Su palabra tiene, pues, la misma eficacia que la de Yahvé en el momento de la primera creación. Del caos de la enfermedad y del pecado, hace surgir una comunidad que participa ya del poder de la resurrección. La cosecha madura; sólo faltan ya los obreros para recogerla. Jesús les confiará su autoridad.

UNA ALIANZA QUE ES PROMESA

REIR

A través de los relatos de los hechos de Abraham, de Isaac y de Jacob, hay un pueblo que se interroga, que expresa su fe y da testimonio de ella. Expresiones titubeantes de una fe vigilante, pero siempre en peligro de erosión, estas "historias" transmitidas de generación en generación por un pueblo a la búsqueda de Dios y de su propia identidad, encuentran hoy un eco profundo en la población de creyentes. En efecto, ¿quiénes somos nosotros? ¿Somos siquiera un pueblo, cuando nuestra Iglesia parece estallar en todas direcciones? ¿No ha perdido credibilidad en nuestros días la Promesa de Dios?

La respuesta a la interrogación del creyente no está en una intervención milagrosa que cambie en un instante el curso de la historia. Está contenida en una palabra: "Te bendeciré". El mundo puede reírse de nuestra ingenuidad; nosotros creemos que Dios está preso en la trampa de su propia palabra: su Alianza se llama promesa. De nuestra vieja tierra brotará la prenda de lo que esperamos, un hijo que habla de la locura de nuestra fe, porque es el testimonio vivo de la desmesura de la gracia. Pueblo nacido de la fe de Abraham y de los Patriarcas, a través del largo combate de su historia, conservará una señal imborrable, el signo de su elección.

Dios de la gran promesa,
Dios de la Alianza que nunca fue negada,
volvemos hacia tí nuestra esperanza.
¿Acaso no eres nuestro Padre,
no nos engendraste para la libertad
y para la esperanza?
La tierra sigue siendo para nosotros lugar de esclavitud
si tu Espíritu no viene a renovarlo todo.
Nuestra vida sigue siendo estéril
si no nos resucitas y nos das vida con tu Aliento divino.
¡Bendito seas!
por la larga historia de tu pueblo
donde se gestó tu Alianza,
mientras una sola esperanza hacía elevarse todos los ojos
hacia ese horizonte prometido, el horizonte de un porvenir nuevo.
¿Qué sería de nosotros sin tí,
condenados en nuestra propia mediocridad,
paralizados por nuestros pequeños miedos?
Pero tu voz se hace oír
y tu mano nos ase:
nuestro pecado es perdonando
y nuestra vida cobra fuerza, cuando aparece
la luz de la nueva Alianza.
¡Dios, fuente de bendición,
venga a nosotros tu Paz!

Génesis 17, 1.9-10, 15-22. *Abraham se prosternó y se echó a reír: ¡ser padre a los cien años!*

Hay algo de lúgubre en esa risa, la risa de la fe traspasada por la duda. ¡Se acabó la chanza! Es hora ya de ocuparse de Ismael, pues el muchacho ha crecido y, como dice el proverbio, más vale pájaro en mano... Sin embargo, Dios insiste: "En verdad te digo que tu mujer Sara te dará un hijo, al que llamarás Isaac, y haré un pacto con él". También se ocupará de Ismael, que engendrará un gran pueblo.

Entretanto, se adopta una señal para la alianza: será la circuncisión. Este rito es más antiguo que los patriarcas y fue practicado también fuera de Palestina. Primitivamente era un rito de iniciación al matrimonio y de integración al clan. Durante el exilio, sólo conservará este último sentido; este rito será el signo por excelencia de la pertenencia al pueblo de Dios.

El salmo 127 es un salmo de congratulación. Servía de recordatorio a los sacerdotes encargados de la acogida de los peregrinos. ¡Bienaventurado el que está en presencia del Señor!

Mateo 8, 1-4. *"La multitud estaba admirada por las enseñanzas de Jesús, pues hablaba con autoridad" Ahora, esta misma multitud desciende con él de la montaña y, para ella, Jesús realiza diez milagros. Diez señales para hombres y mujeres a quienes acaba de declarar que el Reino está próximo, ese Reino que es para los pobres, los afligidos y los hambrientos.*

Diez actos de poder como los diez dedos de las manos, que hablan del poder del hombre sobre su historia. Ya en el Antiguo Testamento Yahvé se revelaba a través de su acción en la historia humana; ahora, los actos de Jesús salvan a los hombres reinsertándolos en su propia historia.

Pero, ¿quién es Jesús? ¿Un nuevo Moisés? Sin duda, pero también algo más. Para la Iglesia de Mateo, es el Resucitado de la mañana de Pascua, sentido y centro de la historia, y sus milagros proclaman esta resurrección en la vida de todos los días. El primer beneficiario de estos milagros es un judío, un leproso al que la Ley declara impuro. Se acerca a Jesús, lo toca -lo que está prohibido- y Jesús lo toca a él, lo que lo expone a contraer una impureza según la ley. Jesús lo toca y lo cura. Se convierte en un testimonio renovador para el sacerdote y para el leguleyo, da prueba de que la antigua ley está caduca.

HOSPITALIDAD

«Cayó Abraham sobre su rostro y se reía"... Ser padre a los cien años, ¡vaya una idea! Dios puede soñar, pero la realidad cotidiana está ahí, evidente: no puede uno burlarse de las cosas serias... Abraham se echó a reír: el mundo quiere soñar con cosas imposibles, pero ¡esto es demasiado! "Alza con fuerza tu voz, no temáis nada. Di: ¡he aquí a vuestro Dios!" (Is. 40, 9). Sí, tenemos la misión y la convicción de poder decir al mundo: he aquí a vuestro Dios; viene con poder y va a transformar la tierra. Sí, en el nombre de Dios, pretendemos que la tierra no se llamará ya nunca "la Abandonada", sino "la Bienamada"; que el amor tenga la última palabra y que la verdad prevalezca sobre la mentira, la misericordia sobre los méritos ilusorios.

¿Cómo no iba a dejarse dominar el mundo por una incontenible risa? La experiencia cotidiana niega todo lo anterior: la política internacional y las relaciones personales están dominadas por el juego de fuerzas y de poder; la mentira funciona, sólo la apariencia tiene un precio. Para creer que el viejo caparazón de la humanidad pueda dar vida a la novedad, para esperar que la esterilidad pudiera transformarse en generosa fecundidad, ¡hay que tener un gramo de locura! La fe y el realismo no hacen nunca buenas migas... El mundo quiere soñar, pero, aunque la ilusión es a veces muy dulce, la vida nos obliga a quitárnosla de encima encogiéndolo los hombros.

Pero Dios insiste: "¡En verdad te digo que tu mujer, Sara, te dará un hijo!" Como hijos del mundo moderno, nos hemos desposado con sus esperanzas y pasiones, hemos agotado toda su ilusión, su deseo y toda su crueldad. Y sin embargo, seguimos oyendo persistentemente esa loca promesa: "¡Tendrás un hijo!" Abrahán aparece rejuvenecido, con un aspecto nuevo; sigue teniendo cien años, pero lleva hasta un nombre nuevo que le da nueva esperanza: ya no es Abram, sino Abraham: un aire renovador hincha sus pulmones.

El Espíritu se comunica con nosotros y nos vivifica. Con este aire nuevo, ¿cómo no intentar huir de nuestros falsos realismos, amar la fecundidad, la increíble novedad, amar la vida, desear que sea menos inhumana para el mundo? El sueño puede hacerse realidad; y la risa, que sólo era incredulidad, transformarse en asombro maravillado ante el hijo inesperado.

**

Creo en la promesa:

**Dios sólo tiene una palabra
y nunca olvida a su pueblo.**

**Lo que un día le prometió,
lo cumple en favor de todos los hombres
que ponen confiadamente su fe en él.**

Génesis 18, 1-15. *Era la hora de mediodía, y el calor adormecía a los animales y a los hombres. De repente, la sorpresa: aparecen tres hombres ante Abraham, que se encuentra reposando a la sombra de los terebintos de Mambré. Como buen oriental, el anciano da muestras de la más exquisita hospitalidad hacia estos tres extranjeros. Hace traer agua para las abluciones, encarga a su mujer tres seas de flor de harina y coge de su rebaño un ternero bien tierno y gordo; y tomando leche cuajada y leche recién ordeñada lo añade al ternero ya preparado y ofrece todo ello a los viajeros. ¡Bravo Abraham, has salido triunfante de la prueba! "Has encontrado la gracia a los ojos" de los desconocidos.*

Pero, ¿sabes quiénes son? Más tarde, se sabrá que, ese día, la Trinidad en persona pasó a visitarte, y Rublev inmortalizará la escena en el más admirable de los iconos. Pero la exégesis es hoy más crítica, pues, en otros países, muchas leyendas cuentan la visita de los dioses a los mortales adoptando la figura de lejanos extranjeros. Es posible, pues, que Israel haya recibido este relato de las poblaciones que le precedieron en la tierra de Canaán. Pero dejemos estas consideraciones científicas y retengamos sólo la idea de que Yahvé realiza su visita bajo el incógnito. Este incógnito, en efecto, toma su exacta dimensión en el momento en que Yahvé se revela a Abraham, pero seguirá ocultándose bajo la apariencia de los dos mensajeros para castigar a Sodoma.

"De aquí a un año, tu mujer tendrá un hijo". Sara que escuchaba tras la puerta, se echa a reír. Una risa inoportuna, por otra parte, acorde con la expresión directa y cruda que la anciana mujer utiliza para dirigirse a sus huéspedes. Francamente, ¡hubiera hecho mejor quedándose en la cocina de su tienda o mordiendo la lengua siete veces antes de hablar! "¿Hay algo imposible para Yahvé?" No, sin duda alguna, pero hace tanto tiempo que Dios hizo su promesa... Sí, pero María no rio cuando Gabriel le comunicó su próxima maternidad...

¡Un hijo! Es un niño destinado a realizar la promesa hecha a los pueblos del mundo, y María ha aceptado llevarlo en su seno (Lc. 1).

Mateo 8, 5-17. *Después del judío se presenta a Jesús el pagano, un hombre lleno de delicadeza que previene las vacilaciones que puede sentir Jesús, dada su condición de pagano, y le sugiere que cure a su criado a distancia. Por otra parte, este soldado está lleno de admiración hacia Jesús, y éste, en recompensa, le felicita por la fe de que da pruebas. El monólogo del centurión es útil para precisar el objeto de esta admiración recíproca. Este hombre tiene costumbre de mandar, sabe ejercer la autoridad; de ahí va a surgir su fe. En efecto, así como él da órdenes en nombre del César, presiente que Jesús también representa la autoridad de Otro. 1.a*

última curación tiene lugar en el entorno familiar de sus discípulos. Una vez más, la autoridad de Jesús queda evidenciada: es El quien viene a la casa de Pedro, ve a la enferma y la toca (cfr. Mc. 1, 29-31). Entonces la multitud recita a coro las palabras del profeta: "Ha tomado sobre sí nuestros sufrimientos, ha soportado nuestras enfermedades". La alusión al Siervo que sufre, leproso, es completamente clara. Este servidor a quien el brazo de Yahvé asirá para ayudarlo a levantarse no es otro que Jesús, que se identifica con todas las enfermedades humanas para hacer surgir de todo este sufrimiento un poder de salvación.

*
**

¡Dios llega de fuera! Tres hombres que llegan de ninguna parte se presentan súbitamente en el campamento del hombre del desierto; una vez más, Dios va a identificarse con los hombres. Dios se invita; poco importa si va a encontrar un festín digno de un rey o una comida improvisada: "Heme aquí que estoy a la puerta y llamo. Al que oiga mi voz, vendré a cenar con él en su casa" (Ap. 5). Encuentro asombroso: "Dentro de un año volveré a tu casa y tu mujer te habrá dado un hijo". Encuentro que es a la vez alianza y promesa. Dios viene de fuera. Le esperábamos de una manera y viene de otra. Lo esperábamos en las cosas grandes, y se presenta a nosotros en las pequeñas. Pensábamos que seríamos deslumbrados por su resplandor, y lo descubrimos en la sombra de una tienda nómada. Lo esperábamos en el torbellino de las tempestades de nuestra vida, en el cruce de los caminos, y él se invita a un campamento de todos los días, en la humildad de lo cotidiano. Lo buscábamos lejos y aparece muy cerca de nosotros.

Dios se invita a sí mismo. Las alianzas de los hombres son a menudo interesadas y hasta el amor intenta maliciosamente acaparar al otro. Prometemos el oro y el moro, pero todos intentamos celosamente sacar el mejor partido. La entrega era hasta la muerte... y el tiempo lo ha ido destruyendo todo. Prometíamos compartir todo, y cada uno de nosotros entra en su tienda, en su madriguera, en su egoísmo.

Dios se invita, y en la comida improvisada el hombre redescubre el frescor de las alegrías sencillas de un pacto inesperado, de una visita improvisada, de un amor renovado, de una propuesta desacostumbrada. Dios se invita, y el curso de la vida cambia. Por mucho que ría Sara, mañana su corazón se estremecerá con el latido de una vida inesperada.

El hombre programa y manda: "Ve, haz esto". Pero surgirá la vida cuando Dios afirme: "Voy a ir a curarlo". El hombre podrá ofuscarse y asombrarse: "No soy digno de que entres bajo mi techo"; Dios, que llega de fuera, se invitará: "Es en tu casa donde quiero permanecer". Sara podrá llenarse de asombro; mañana otra mujer, en Nazaret, se asombrará con la visita de un enviado de Dios. Enmanuel levantará su tienda en medio de los hombres.

**¿Quién eres tú, Dios nuestro,
para ocupar un sitio en nuestra humilde mesa?
¿Quénes somos nosotros
para que te detengas ante nuestra tienda?
Aquí está el pan en el que tenemos que creer,
el pan vivo, carne de tu Hijo Bienamado.
Este es el pan que tendremos que compartir,
pan que se abre y se hace Morada tuya,
tu Iglesia en este mundo.
¡Invítate a nuestra casa:
que nazca tu Promesa!**

*
**

**Ha llamado en mi casa, mi huésped pasajero.
Ha empujado mi puerta, el Rostro que yo no esperaba.
Ha hablado.
En sus palabras, mi vida renacía,
y la esterilidad de mis penas y alegrías
se hacía fecundidad:
con El, se sentó a mi mesa la novedad, lo inesperado.
Cuando se fue
me dijo "Hasta el año que viene",
y ya no me sentí el mismo.
Y me sorprende a mí mismo diciendo:
"Vuelve pronto, Amor mío!"**

*
**

**Creo en la alegría de los alumbramientos:
Dios nuestro Señor es vida;
surge de nuestra propia tierra el Bienamado,
Enmanuel, Dios-con-nosotros.
Los hijos de los hombres pueden echarse a reír:
el sueño se ha transformado en realidad,
el Amor se ha hecho fecundo.**

**Creo en la locura de la esperanza:
la sabiduría de Dios es realismo.
El espíritu de Dios transforma al mundo:
nuestra tierra dará al fin su fruto;
la Justicia y la Paz se enlazarán,
el Amor y la Verdad se unirán,
y nuevos cielos se abrirán en el horizonte.**

LA TRAMPA

Génesis 18, 16-33. *Este pasaje, que hace de transición entre la visita divina y el castigo de Sodoma, es extremadamente audaz y tanto más interesante cuanto que descubre el fondo del pensamiento yahvista. Es un texto lleno de finura, desde la delicadeza de Yahvé que no quiere que Abraham sepa que otra amenaza se cierne sobre la ciudad, hasta la audacia creciente del patriarca, estimulada por la benevolencia divina.*

Estamos en las alturas que dominan el valle donde se asienta Sodoma. La ciudad está adormecida por el furor del sol que la asola y Abraham pregunta. ¿Qué problema le turba? ¿Nos encontramos, como se ha sugerido a veces un tanto precipitadamente, ante la protesta de un espíritu individualista que se opone a la mentalidad gregaria propia de la época? No es eso exactamente. Abraham no pide a Dios que perdone a algunos inocentes, pues la suerte de la ciudad está ya echada. Pero Abraham se atreve a cuestionar las bases mismas del juicio que ha llevado a tal determinación. ¿Se ha tenido en cuenta la maldad de la mayoría o la inocencia de unos pocos? Para Abraham, depositario de una promesa de carácter universal, un pequeño número de inocentes deben bastar para obtener el perdón de los culpables. También para Dios la voluntad de salvación prevalece sobre la del castigo. Así pues, uno solo puede salvar a la multitud.

Bajo la forma de un himno individual, el salmo 102 llama a la alabanza: "Dios no obra con nosotros según nuestras faltas"!

Mateo 8, 18-22. *Un escriba se destaca de entre la multitud y comunica a Jesús su intención de seguirle donde vaya. Es el momento oportuno para que Mateo evoque lo que significa "seguir" al que ha venido a identificarse con las debilidades y con las enfermedades humanas para hacer surgir de todo ello la vida (v. 17). En primer lugar, se necesita audacia, pues en el momento en que el escriba avanza, Jesús no tendrá vivienda estable y estará siempre dispuesto a partir inmediatamente. "Hay que dejar que los muertos entierren a sus muertos"; en su rudeza, esta parábola expresa la urgencia de la misión. Quien ha encontrado al Señor de su vida no debe mirar atrás.*

**

¡Un regateo hábil! ¡Dios hace rebajas! Dios está preso en su propia trampa. "Todas las naciones serán benditas en Abraham", tal es la promesa de la Alianza. Y he aquí que Abraham toma en serio su papel e intercede por la ciudad maldita. Dios está preso en la trampa de la Alianza, pues el amor no existe si no lo da todo. Dios es víctima de su propia fidelidad: tiene una sola palabra. ¡su honor está en juego! El salmista, un día,

acorralará a Dios para pedirle: "¡Somos la burla de nuestros enemigos; por el honor de tu nombre, sálvanos!".

Treinta, veinte, diez... Por qué no seguir con el regateo: "Si hubiera un justo entre ellos, ¿la destruirías? "No, dice Dios, no la destruiría".

Este justo del que depende la vida de toda la ciudad tiene un nombre: Jesús. A causa del que se ha mostrado "obediente hasta la muerte y muerte de cruz". Dios no podrá destruir la ciudad de perdición, la humanidad corrupta y prostituida. "Si, pues, por la transgresión de uno solo, esto es, por obra de uno solo, reinó la muerte, mucho más los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia reinarán en la vida por uno solo, Jesucristo. Por consiguiente, como por la transgresión de uno solo llegó la condenación a todos, así también por la justicia de uno solo llega a todos la justificación de la vida" (Rm. 5, 17). Dios no podrá nunca olvidar la invocación de su Hijo: "Padre, lo que tú me has dado, quiero que donde esté yo estén ellos también conmigo" (Jn. 17, 24). La Promesa no está ya dentro del orden de lo posible, de un posible aleatorio: en Jesús, la promesa se ha hecho realidad. Nuestra oración se hace invocación: "Dios, acuérdate de lo que has llevado a cabo por tu Hijo Bienamado; ¿cómo olvidarías tu obra y la Pascua de tu Hijo?". Cuando hacemos memoria del Hijo, nuestra oración se hace ferviente intercesión: "Haz venir tu Reino en medio de nosotros!". Pero nuestra "memoria" presupone ya acogida favorable de nuestra oración pues, sin ninguna duda, Dios no es alguien cuya voluntad se pueda comprar: una vez por todas, El ha perdido todo. En su Hijo Bienamado El ha perdido todo. En su Hijo Bienamado El ha vendido todo para adquirir la perla fina.

Dios ha pagado un precio muy superior a todo lo que se había conenido. Las leyes de la oferta y la demanda han caído; ¿cómo, entonces, lo entrar en el único orden que Dios conoce: la gratuidad y la gracia?

**

**Dios de la Promesa fiel,
aquí nos tienes sumisos ante tí.
En nuestras palabras suena el grito del hombre
y la angustia de la bondad.
Iluminados por tu Palabra,
empujados por tu Espíritu,
¡aquí nos tienes esperando impacientes el renacer de tu aurora!
Abre nuestro corazón a la plenitud de la vida,
estaremos espectantes en la hora de tu llegada,
y nuestra oración tomará las dimensiones del mundo.
Que tu gracia llegue a nosotros en abundancia
y que llegue el tiempo
en que cumplas para nosotros tu obra.**

APACIGUAMIENTO

Génesis 19, 15-29. *Yahvé entró de incógnito en Sodoma. Esta precaución quiere, quizá, sugerir que la santidad divina no podía entrar en contacto con el pecado. En todo caso, la juventud y la belleza de los dos compañeros excitan pronto la avidez de los sodomitas, y Lot se ve obligado a realizar los mayores esfuerzos para impedir el asalto nocturno de los depravados. De hecho, el sobrino de Abraham está muy indeciso, no quiere abandonar la ciudad. Si Dios no hubiera insistido en salvarlo, quizá estaría aún en la ciudad maldita.*

El alba naciente no descubre la menor presencia de inocentes en Sodoma. Lot se apresura a huir con su familia a Segor o Zoar-la-pequeña, al otro lado del mar Muerto, mientras una lluvia de petróleo y de azufre se abate sobre la región (¿recuerdo acaso de un terremoto geológico?). La mujer de Lot es transformada en estatua de sal; este hecho hace probablemente alusión a la aparición de una formación rocosa debida la erosión, pero sugiere además que el juicio divino no soporta ninguna dilación. Cuando se haga definitivamente de día, Abraham no verá ya, en el lugar que ocupaba la ciudad, más que una columna de humo. Sodoma habrá dejado de vivir; permanecerá en la memoria de los hombres como la ciudad del castigo ejemplar. Pero Lot ha sido salvado, y con él su clan, los futuros moabitas y amonitas. De este modo, la bendición universal, confiada a Abraham, está ya en marcha.

El salmo 25 sirve como planto a un inocente que no duda en cantar su alabanza a Dios en medio de la desgracia. Si los habitantes de Sodoma se hubiesen arrepentido...

Mateo 8, 23-27. *"Quién es éste, que hasta los vientos y el lago le obedecen?" Mientras sus vecinos divinizaban a los fenómenos naturales, Israel contribuyó grandemente a la desmitologización. Ya en Gn. 1 se afirmaba que los astros no eran más que simples criaturas al servicio del hombre; en cuanto a los monstruos marinos de las leyendas mesopotámicas, no eran más que el producto del humor de Yahvé; los judíos, que no tenían pie marino, les habían atribuído por habitat el mar. Sólo Dios podía dominarlos. Así, cuando Jesús calma la agitación del mar, realiza algo más que un simple prodigio: este gesto representa también la afirmación de su igualdad con Yahvé.*

¿No sería acaso capaz de vencer a la muerte? Cuando conocemos la significación que da Mateo al signo de Jonás (cfr. 12, 40), es interesante resaltar aquí el empleo del verbo que indica la resurrección ("Jesús, despertándose=resucitando), interpela vivamente a los vientos y al mar". Lo mismo que Jonás había salvado de la tempestad a los marineros del barco

en el que había embarcado, Jesús, durmiendo y despertándose (=muriendo y resucitando), salva a los hombres que le siguen de la muerte definitiva. En horas de duda y vacilación, hay que acordarse de todo esto.

**

La barca iba a la deriva, el viento arreciaba, el miedo de los discípulos iba en aumento... Los profetas que predicen desgracias se multiplican, se suceden las películas de catástrofes, el temor hace presa del hombre... La Iglesia misma no sabe cómo guiar su barca.

En la Biblia, el mar es símbolo de las fuerzas oscuras que asaltan al hombre y ponen su vida en peligro... Pero ¡no hay que asustarse demasiado! Nosotros, los humanos, "nunca estamos del todo en nuestra casa en este mundo que creemos haber dominado" (Rilke). Podemos multiplicar las previsiones y defender de mil maneras nuestra seguridad; de hecho, nuestra vida es de una desoladora fragilidad. Por muy escondido que esté el miedo debajo de la línea de flotación, ¡la tempestad es la compañia obligada de la travesía humana! Presa de pánico ante su porvenir, el hombre exclama: ¡"Señor, sálvanos!"

"Jesús increpó vivamente a los vientos y al lago, y sobrevino una gran calma". No podemos utilizar el Evangelio para cultivar nuestro miedo. Si bien Jesús no ha eliminado el misterio del mundo, ni ha dado soluciones concretas a las dificultades de nuestra existencia, sí ha levantado los ojos al cielo con una dulce seguridad y ha murmurado el nombre del Padre. No invitó a los suyos a dirigirse a tierra firme, sino a proseguir en la aventura de la fe.

Sabemos que en nuestra barca va un pasajero a bordo. ¡Un polizón que ha cogido el timón y que llevará al hombre a buen puerto!

**

Señor, sálvanos!
Si no te interesas con pasión por nuestra pobre causa,
¿cómo podremos sobrevivir?
¡el abismo se cerrará sobre nosotros!
¡Levanta tu piedad en nuestro favor!
¡Dueño absoluto de los tiempos,
coge el timón de nuestra historia
y condúcenos a buen puerto!

EL HIJO DE LA ANCIANIDAD

Génesis 21, 3, 8-21. *Isaac: ¡que Dios-sonría-al-niño! Ismael: ¡Dios-ha-concedido! ¡oído atento, sonrisa benevolente! Isaac e Ismael son hijos del porvenir, y Dios en persona vela por ellos. En todo el relato se alude al porvenir. En primer lugar Sara, preocupada por el porvenir de Isaac. En el momento de alegría del destete de Ismael, Sara se ofusca por la ternura que Abraham muestra hacia la sirvienta y hacia ese hijo nacido de su unión con ella. Sara no puede olvidar que Ismael es el hijo primogénito, aunque esté aún en la edad de los juegos inocentes de la niñez. Sus celos le hacen expulsar de la casa a la esclava; y Yhavé asiente, pues Isaac es el hijo de la promesa.*

Pero, ¿qué será entonces del porvenir del pequeño Ismael, acostado por su madre a la sombra de un arbusto, muriendo de sed y expuesto ya a la voracidad de las alimañas carroñeras? ¿Qué porvenir les espera a Ismael y a Agar, su madre, sobre quienes planea ya la sombra de la muerte? ¡Pues sencillamente el porvenir que Dios ha señalado para ellos! El niño no está destinado a morir de sed en el desierto de Berseba, sino que será el padre de un gran pueblo, también nómada. No como los israelitas, sin embargo. Ismael será el hombre de la estepa, que vivirá de asaltos y rapiñas; es el beduino. Cuando más tarde despose a una egipcia, se alejará aún un poco más del pueblo de la Alianza.

El salmo 33 es un canto de acción de gracias. Expresa el agradecimiento por la protección que Dios promete al hijo de la esclava.

Mateo 8, 28-34. Después de haber soslayado los poderes de la muerte en su refugio marino, Jesús arriba a una tierra pagana. De nuevo tiene que enfrentarse con la impureza, como testifican la presencia de los endemoniados en un cementerio y la aparición de la piara de cerdos. De nuevo Jesús vencerá y los cerdos, junto a los malos espíritus, se arrojarán al lago, pereciendo.

El tema de los endemoniados sitúa este relato en la misma línea del precedente. En efecto, la expresión "cuando llegue la hora" hace alusión al juicio final en el transcurso del cual todos los malos espíritus serán reducidos a la impotencia. Se trata pues, sin duda, como en el episodio de la tempestad aplacada, de una anticipación de la victoria de Jesús sobre la muerte. Hay que advertir que los paganos no estaban todavía dispuestos a escuchar a Jesús. Por el momento, sólo era evidente a sus ojos la realidad de la pérdida de los cerdos. Pero en lo más profundo de ellos mismos, algunas preguntas empiezan a surgir.

Estaban resignados. Incluso habían tomado las disposiciones necesarias: Sara había entregado su esclava a su marido, según autorizaba la costumbre, para que les diera descendencia. A veces soñaban, pero sabían que era imposible. Sus rostros se habían arrugado con el paso de los años y la vida acababa por no ser más que eso, la vida...

Caminaban, resignados, hacia la muerte. Un día, tres visitantes les habían dicho: "El año próximo volveremos y vosotros tendreis ya un hijo". Sara, que conocía bien las reglas de la vida, se había echado a reír. Pero, mirad: sucedió lo inesperado. Hubo que improvisar la cuna donde muy pronto un hijo dormiría, lloraría, sonreiría. La promesa parecía una utopía, pero se hizo más real que la realidad misma; el hijo de la mujer libre llenó de asombro a toda la casa.

La tierra se había resignado: no tendría por toda descendencia más que hijos nacidos de la esclava. Había que elegir el mal menor: o seguir siendo estéril o entregar la esclava al esposo. La tierra había adoptado el fruto de este compromiso: amores desdichados, justicia apenas esbozada, fraternidades siempre cuestionadas. Una dictadura reemplaza a otra, con un mayor refinamiento en el mal. El interés, individual o colectivo, es la regla de conducta de las relaciones entre los hombres. La intolerancia prevalece sobre el respeto mutuo. ¡La tierra ha tenido que resolverse a tener hijos concebidos por una esclava!

Un día, la mujer tuvo un hijo. Con él, ser hombre tiene un sabor distinto: desde su asombrosa llegada representa el comienzo siempre renovado, la vida, la luz, la sal y la levadura de la pasta humana, la sangre de Dios en el corazón de la humanidad, Emmanuel, Dios-con-nosotros. ¡El hijo de la promesa y de la libertad! Los hijos del compromiso, los hijos de la esclava se inquietan: "¿Qué va a ser de nosotros, Hijo de Dios?". De ahora en adelante ya no pertenecen a la casa paterna, su herencia está amenazada. El Hijo de la promesa ha nacido pese a toda evidencia: con sus actos y con sus palabras, un nuevo ser viene a agarrarnos, el horizonte se abre infinitamente. "A todos los que lo han recibido, les ha dado el poder de convertirse en hijos de Dios! Hemos sido concebidos por la mujer libre, pues desde el día en que el Hijo legítimo se levantó, vivo, fuera de la tumba, los hijos de las tinieblas han sido expulsados de la casa de Abraham: Paz, Justicia, Verdad, Amor no son ya una promesa que incita a la risa, sino que pueden ser una auténtica realidad concebida. La tierra puede entonces alegrarse con el hijo que tiene en sus rodillas y reivindicar sus derechos de mujer libre.

DESMESURA

**Dios de fidelidad, Padre nuestro,
Dios Santo, Amor nuestro,
bendito seas:**

has mantenido tu promesa,
tu Espíritu ha fecundado la tierra,
**Tu depositas en nuestros cuerpos un germen de dicha
y nos vemos libres de nuestra fatalidad mortal:**
la mediocridad y el pecado
han dejado de ser la herencia de nuestra descendencia.

**Tu Espíritu nos engendra
como hijos de la Promesa,
hijos de la Libertad,
herederos de la Gracia.**

**El que cree en tu Hijo único
lleva el nombre que de tí viene,
pertenece a tu casa**

**y puede pronunciar la palabra
que sólo puede decir el hijo legítimo:
"¡Padre!".**

**Por tu Espíritu, ven aún
a fecundar nuestros ancianos años
y nuestras arrugas se iluminarán
con la alegría de los recién nacidos.**

*

**

**Dios que abres el porvenir para nosotros,
¡alabado sea tu nombre!**

**Descubre la alegría de sentirse amados
a los hombres que se ríen de tanta locura.**

**A los hombres que se muestran ya satisfechos,
descúbreles el deseo de nuevas aventuras
y dales al gracia de descubrimientos nuevos.**

**A los que te han abandonado,
indícales el camino con tus brazos siempre abiertos.**

**Padre, ¡alabado seas
pues nos has llamado a tu lado!**

**No permitas que nos detengamos
hasta el día en que nos encontremos junto a tí,
unidos a Tí en tu Alianza,
engendrados por tu gracia y por tu amor.**

Génesis 22, 1-13, 15-19. "Coge a tu hijo, a tu unigénito, a quien tanto amas". Es muy difícil de imaginar siquiera: ¿hay que sacrificar ahora al hijo de la promesa? ¿Cuál es esta nueva prueba impuesta por Dios a Abraham? El, que había tenido que romper con su pasado, rompiendo todos los lazos familiares para obedecer a Dios, ¿tiene también que destruir a su hijo, su porvenir, sacrificarlo sobre un altar de piedras? Un silencio mortal planea sobre el peregrinaje del patriarca hacia el lugar del holocausto. Tres días de marcha, roto el silencio únicamente por la pregunta del niño: "Padre, ¿dónde está el carnero para el holocausto?" Tres días de marcha durante las cuales Abraham mide la impenetrabilidad de los designios divinos.

"Abraham vio un carnero, enredado por los cuernos en un arbusto". Lo ofreció a Dios en lugar de Isaac, y volvió de nuevo la dicha y la sonrisa a su rostro. Yahvé sonrió al niño, e Isaac sonrió a su padre. La Alianza estaba definitivamente sellada. Con una sonrisa, la sonrisa de la gracia. Isaac representa el fruto de la benevolencia divina: toda su existencia se la debe a Dios, como Israel. Más tarde, cuando Jesús envíe a sus discípulos a preparar la Pascua, encontrarán una sala ya preparada (Mc. 14- 15). Se dirán entre ellos: "¿Dónde está el cordero para el holocausto?" y verán a Jesús tendido sobre el madero. Ese día, también por pura gracia de Dios, la Alianza será sellada por la sangre del Hijo de Dios.

Estos versículos del salmo 114 pertenecen a un himno de acción de gracias. Evocan la angustia que ha embargado al salmista.

Mateo 9, 1-8. Seguir la evolución literaria del relato es tan interesante como compararlo con otros sinópticos (especialmente Mc. 2, 1-12), si queremos apreciar el alcance que le da Mateo. En su origen, la perícopa no debía de contar más que la curación del paralítico; luego se le incorporó la sección que trata el perdón de los pecados. El milagro tomaba así el valor de símbolo e investía al que era capaz de mandar a los demonios al mar con el poder de perdonar los pecados.

Porque, en Mateo, se trata de una investidura. El que perdona los pecados es el Hijo del hombre. Evidentemente, el título evoca la escena de entronización de Dn. 7, en el curso de la cual el Anciano entrega al Hijo del hombre al imperio eterno. A los ojos de Mateo, es evidente que Jesús no ha usurpado su autoridad; muy al contrario, es Dios mismo quien se la ha confiado, dándole el poder de resucitar a los muertos, para que "despierte" (=resucite) a los paralíticos y a todos los hombres que se hallan expuestos al poder de las tinieblas.

El final que da Mateo a este pasaje es igualmente notable, pues relata la admiración que despierta Jesús entre la multitud que le rodea, la cual, sobrecogida de temor, glorifica a Dios por haber "dado tal poder a los hombres". Esta vez, no se trata ya sólo del Hijo del hombre, sino de los hombres. Así, para el Evangelista de la Iglesia, el poder de perdonar los pecados no ha sido confiado solamente al Hijo del hombre, sino a toda la Iglesia, que es su depositaria.

**

"Sara dio al mundo un hijo y Abraham lo llamó Isaac. Dios dijo: "Coge a tu hijo, a tu unigénito, y vete con él a la montaña"...

¿Por qué el niño, si es para inmolarlo en el altar de los sacrificios? ¿Por qué la promesa, si habría que destruirlo luego bajo el cuchillo? ¿Por qué? Pregunta que no halla respuesta. Cuando Abraham levanta su cuchillo, nadie está allí para hacerse eco de las preguntas que oprimen su corazón. Nadie se inquieta por la angustia que oprime al hombre solitario, que ya en otros tiempos dejó su casa y sus bienes obedeciendo solamente a la palabra de Dios. Así pues, ¿Abraham ha perdido todo? ¡Su pasado, y ahora su porvenir, representado en este hijo que se arrodilla sobre la leña! Así pues, ¿quién es Dios? ¿Será siempre la Promesa un sueño irrealizable? Cuando parece que va a cumplirse, es apartada de nuevo lejos del hombre. ¿Es Dios verdaderamente el Señor de la Alianza?

El pueblo de Israel se ha reconocido siempre en la persona del joven Isaac. El hijo sacrificado era él, el pueblo elegido, consagrado por Dios. Cuando Abraham levanta su cuchillo, Dios le muestra un carnero; salva así al muchacho, devuelve la vida a su pueblo. Pueblo salvado por Dios, Israel sabe que es hijo de la benevolencia divina, hijo de la gracia.

"Abraham, coge a tu hijo, a tu unigénito, vete a la montaña que yo te indicaré". Un día, Dios mismo irá a la colina, conduciendo a su único hijo hacia el sacrificio. En el Monte Moriah, Dios, de nuevo, ha manifestado que El es la Promesa; en el Gólgota, la cruz erguida dará testimonio de que la Alianza, para Dios, no es palabra vana y vacía: le cuesta la vida. Jesús, el Hijo de la Promesa, ha subido a la otra montaña por amor, para devolver al hombre y al mundo su belleza original. Para levantar al hombre, abatido por demasiadas miserias, paralizado por tantas fuerzas inhumanas, Jesús se tenderá dócilmente sobre el leño. La cruz levantada sobre el mundo será la señal imborrable de que Dios hace la paz con los hombres: "Tus pecados te son perdonados": —"Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no perdonó a su propio Hijo, antes lo entregó por todos nosotros"... (Rm. 8).

Hermano, tu fe te compromete en el mundo de la desmesura. Dios te pedirá lo que te es más querido, lo que es para tí verdaderamente único. Deberás despojarte de lo inútil, ofrecer en sacrificio lo que es más caro a tu corazón e incluso lo que Dios te había dado en su promesa. Pero,

a cambio, descubrirás un amor sin medida que va hasta la locura de la cruz. "¡Lo juro, dice Dios, te colmaré de bendiciones!"

**

**Hermanos, si Dios está por nosotros,
¿quién estará contra nosotros?
¿Quién nos acusará,
ahora que Jesús está muerto y resucitado?
Que Dios nos libere de nuestro pecado,
que nos levante hasta El por medio de su gracia:
de pie, cantaremos su Alianza
y su Promesa.**

**

**Dios mío, sabes bien lo que cuesta
ver morir a su bienamado...
Haces elevarse la mañana de Pascua
sobre las tinieblas del Gólgota.
No permitas que acariciemos la vida
sin conocer a qué precio la hemos conseguido
y haznos capaces de abandonarla confiados en tus manos.**

**

**Es cosa dulce rendirte gracias,
Dios de Abraham y Dios de Jesucristo,
¡Dios de la Alianza nueva y eterna!
Es cosa dulce alabarte
por tu Hijo bienamado, Jesucristo.
Se ofreció a sí mismo
en el monte del calvario,
y tú lo resucitaste en la luminosa mañana de Pascua.
Nos llama a su lado en la montaña,
y su luz nos anuncia
la tierra prometida a nuestro destierro.
¡Alegría para la Iglesia en su palabra!
¡Alegría para los hombres,
iluminados con su amor!
¡Alegría para el cielo y la tierra
que te cantan incansables!**

PADRES DE LA IGLESIA

Génesis 23, 1-4.19; 1-8.62-67. *Abraham se hacía muy viejo, pero seguía sintiéndose extranjero en la tierra de Canaán. ¿Es posible que fuera a morir sin haber visto realizadas las promesas divinas? No, pues Sara acaba de morir y su marido se apresta a negociar la compra de una gruta para hacer de ella la tumba familiar. Por fin, aunque a la hora de la muerte, los patriarcas iban a ser ciudadanos de esta tierra que Dios no había dejado de prometerles.*

Pero antes de ir a reunirse con Sara en la gruta de Macpela, Abraham tiene aún que negociar las nupcias de su hijo. Solamente entonces podrá reposar tranquilo, pues habrá de nuevo una mujer que asegure la descendencia. El viaje del siervo de Abraham constituye una de las más bellas páginas de la historia del viejo patriarca, pese a que el leccionario la ha mutilado grandemente, no conservando más que el juramento del siervo y las distintas precisiones que le hace Abraham. El intendente deberá dirigirse a la tribu del patriarca y traer de allí a una joven esposa para Isaac. Pero en ningún caso deberá conducir al joven personalmente a casa de sus primos y, en caso de que la joven elegida renunciase a acompañar al siervo, éste quedaría libre de su juramento. Esta misión expresa tanto el reconocimiento de la existencia de un parentesco indudable de las tribus con los arameos, como la voluntad formal de no volver al lugar de donde se ha salido, de no dar nunca marcha atrás, ya que volver a la tierra equivaldría a renunciar a las promesas que tan reiteradamente Dios les había hecho. Las promesas de Dios conciernen al porvenir, no al pasado.

Los versículos recogidos no dejan presuponer que el salmo 105 es una confesión nacional. En efecto, los vv. 1-2 forman una antifona himnica, mientras que el v. 3 tiene el formato general de un macarismo.

Mateo 9,9-13. Estos pocos versículos muestran el cuidado minucioso con que ha sido escrito el Evangelio. Una cita al Antiguo Testamento había concluido el retrato en las tres parábolas de curación (8, 2-15): Jesús es el Siervo que sufre, el que lleva sobre sí el peso de las flaquezas humanas. Esta cita iba seguida de una enumeración de las cualidades que debe poseer aquél que quiera hacerse discípulo de Cristo (vv. 18-22).

A las palabras de autoridad que acaban de ser comentadas (8,23-9,8), sigue ahora la llamada dirigida por Jesús al publicano Mateo. Esta llamada va seguida de una nueva cita que permite darle mayor precisión: Jesús no ha venido para atraerse sólo a los justos, sino más bien a los pecadores. Además, el apego servil a los ritos, por muy honorables que sean, nunca debe hacer fracasar el mandamiento superior de la misericordia.

Finalmente, y gracias a esta cita, Mateo nos revela la verdadera naturaleza de la Iglesia, oponiéndose quizá a la opinión de cristianos demasiado rigoristas: la Iglesia no es una secta formada por hombres perfectos, sino una gran familia de pecadores, entre los cuales Jesús no ha dudado en elegir a sus discípulos.

**

¡Bienaventurado Abraham! Se había levantado movido por la fe contenida en una palabra y fue bendecido por Dios: se le dio un hijo como prenda de esperanza... ¡Santo Abraham, padre de nuestra fe! Bienaventurado el que se levanta con la gracia del Señor como único equipaje. ¡Bienaventurados los pobres! ¡La llamada que salía de entre las colinas de Galilea era una verdadera revolución! El Elegido de Dios iba a recorrer el país a la búsqueda de los pobres que no miran nunca atrás. ¡Bienaventurado sea Mateo, que reconoce al que le otorgó la gracia... San Mateo, padre de nuestra fe, portavoz de la Palabra de gracia!

Funcionario miserable, inspector de aduanas que no piensa más que en llenarse los bolsillos y tasa a cada uno según su humor para recuperar las sumas que ha tenido que entregar al anterior ocupante del cargo, éste es el hombre al que Jesús llama para que le siga. Más aún, con gentes como esta se sienta a menudo a la mesa para comer... Y Dios sabe que los orientales tienen un sentido profundo de la hospitalidad, de lo que significa sentarse a la mesa con un huésped. ¿Hay un gesto mayor de intimidad que el de sentarse a la mesa y compartir el pan con alguien? ¡Jesús comparte el pan con gentes sin relevancia social! ¡Bienaventurados los pobres! ¡Aquellos a quienes los hombres habían juzgado indignos de la Alianza, son invitados a compartir la mesa con Dios! Aquellos a quienes las gentes llamadas "personas de bien" consideraban indignos de compartir el Reino, son ahora ciudadanos de pleno derecho del Reino de los cielos.

¡Bienaventurada la Iglesia "exiliada"! ¡Será, como Abraham, un pueblo de caminantes! Pueblo nómada, pueblo del desierto en el que detenerse significa morir, en donde un poco de agua es toda una fuente de vida. Pueblo de la promesa: de su vejez nacerá el hijo de la esperanza. Y cuando llegue la hora del último encuentro, Dios le dará una tierra, primeras arras de la Tierra Prometida. ¡Bienaventurada la Iglesia de Abraham! Bienaventurada la promesa de compañeros de Jesús, la Iglesia de los publicanos, de las mujeres, de los pecadores y de los niños, la Iglesia de

las pobres gentes y de los excluidos de los sistemas religiosos. ¡Bienaventurada la Iglesia de Mateo, mesa festiva a la que Dios se invita!

Dios había sacado a un hombre de su propia tierra; había prometido a un hombre anciano que en él serían benditas todas las razas de la tierra... A los ojos de los hombres, esto era locura... Jesús había llamado al arrendador de alcabales, al publicano, había "brindado" con toda la "pandilla" de los que no eran "muy católicos", y quería embarcar a todo el mundo, para cambiar radicalmente la vida. ¡Escándalo para los bien-pensantes y para los "justos"! Bienaventurada la Iglesia que ha nacido de toda esta locura: ¡La Alianza es su vida!

Bienaventurada la Iglesia que predica el escándalo: ¡La Palabra es su razón de ser!

*

**

¡El Reino es gracia y profusión de ternura!

**Palabra que llama,
mesa de comunión.**

**"¡Ven, sígueme!": la invitación ha sido formulada;
¿acudirá una gran multitud a la fiesta de Dios?**

Palabra de gracia, que no tiene en cuenta

**las conveniencias,
¡Señor, ten piedad!**

Palabra de la Alianza, que se abre a un porvenir nuevo,

¡oh, Cristo, ten piedad!

Palabra de Dios, Evangelio de la Iglesia,

¡Señor, ten piedad!

*

**

**Tu luz y tu palabra,
las has dado, Señor,
a quienes las buscan.**

Tu Reino pertenece a los pobres y a los pecadores.

¡No nos despidas con las manos vacías:

**siéntate a nuestra mesa
y sáctanos en Jesucristo**

con tu palabra de gracia para todos los tiempos!

Para Rebeca

**Un hombre vino hacia tí,
en el campo,
¡un hombre a quien ocultaste tu rostro!
En su tienda, te miró;
en el fondo de sí mismo,
desde este momento te amó.
Durante veinte años nuestro amor
fue estéril,
conociste los aplazamientos inagotables
del Dios de los vivientes...
Mujer astuta,
madre de Jacob, el bienamado,
mujer semejante a todas las demás mujeres,
madre de un pueblo perseguido,
¿no eres acaso nuestra propia madre?
Madre de Jacob
y madre de Israel,
mujer astuta...
mujer oculta tras el velo...**

EBRIEDAD

Génesis 27, 1-5,15-29. *He aquí a una familia que no tiene nada de simpática: se espían unos a otros, se tienen celos, se mienten. El aspecto físico de Esaú no tiene nada de atrayente, las mentiras de la pareja Rebeca-Jacob rozan casi la blasfemia (v. 20b). No puede extrañarnos que la historia acabe con la dispersión de la familia: Jacob ser verá obligado a dirigirse a Mesopotamia para huir de su hermano mayor. En este relato hay toda clase de matices: social, político, cósmico y religioso, mágico también. Social, porque Esaú evoca inequívocamente al hombre de los bosques y Jacob al sedentario refinado. Cósmico, puesto que el hombre agreste representa a las fuerzas caóticas que pesan siempre sobre el hombre, mientras que el ciudadano sugiere por el contrario el esfuerzo creativo, la civilización en marcha. Finalmente, lo mágico, como indica la buena comida que tienen que ofrecer al anciano, símbolo de las buenas condiciones en que debe transmitirse la bendición paterna, y también la posibilidad que se le ofrece a Rebeca de que se desvíe hacia ella la maldición que podría alcanzar a su hijo menor (v. 13). Aspecto religioso también, pues, pese a las fuerzas mágicas, las intrigas humanas y las leyes sucesorias hacen que la libertad divina permanezca intacta.*

Dios otorga su bendición a quien quiere. Promesa de una tierra, duplicada por una promesa de hegemonía, pues la primacía del hijo menor sobre el primogénito justificará, en tiempos de David, la supremacía del reino judío sobre los idumeos, descendientes de Esaú. De igual modo, las estrategias de Rebeca sugieren las luchas llevadas a cabo por Betsabé para asegurar a Salomón el trono de David, su padre.

El salmo 134 invita a dar gracias a Dios por sus grandes hechos: su elección de las tribus descendientes de Jacob.

Mateo 9 14-17. ¿Quién es este Jesús que tiene el poder de perdonar sus pecados al paralítico? El Médico atento a las enfermedades del hombre. El Siervo que vencerá a la muerte por el poder de la cruz... Para hablar de Dios, la Biblia ha utilizado también la alegoría conyugal.

En la persona de Jesús, en efecto, Dios ha desposado de modo definitivo a la humanidad; en adelante, ya nada será igual. ¿Pero, cuándo se ha visto llorar a un matrimonio, si no es de emoción? Llegará un día, en efecto, en que los discípulos estarán sumidos en la aflicción, pues Jesús habrá derramado su sangre como pago al precio exigido para la purificación de la Iglesia.

Palabras nuevas, un lenguaje que inquieta... Es cierto que aquellas comidas de Jesús, en compañía de los publicanos, debieron de dar que hablar

a las "gentes de bien". ¿Es posible que venga de Dios este Jesús que llevó a cabo tales acciones? Pero ¿es que no ve que son pecadores? ¿Es normal que se mezcle con ellos? Estas comidas, símbolo de acogida y reconciliación, eran tan interrogantes como las Bienaventuranzas.

*
**

¡Vuestro maestro es un glotón!

Observando los caminos de Jesús a través de los Evangelios, vamos de comida en comida. Hemos estudiado tanto la Cena del Jueves Santo, que hemos olvidado, a veces, esta larga secuencia de encuentros en torno a una mesa. Esas comidas de Jesús suscitan el escándalo y el asombro a su alrededor. Comía con cualquiera, incluso con aquéllos a quienes la sociedad rechazaba! No faltan motivos para el rechazo violento de los hombres religiosos.

Incluso los discípulos de Juan Bautista protestan. Su amo acaba de ser ejecutado y llevan duelo por él. Esa fiesta alrededor del Enviado, que no tiene reparo en frecuentar plazas y en sentarse a la mesa de los publicanos, les choca.

Hermanos, conozco como vosotros el peso que se cierne sobre el mundo; tendríamos derecho a llevar duelo a perpetuidad. Y sin embargo, Jesús responde: "¿Se puede ayunar cuando el Esposo está aquí"? Nuestro mundo muere de asfixia, su envejecimiento sin remedio se ha hecho ya mórbido. ¿Para qué ponerse un trozo de tela nueva sobre un viejo vestido? Sólo queda una solución: poner el mundo del revés... Reaprender a bailar al ritmo loco que nos marca Dios.

¡Nosotros, los pecadores amados hasta la locura, nosotros, los invitados a una boda que es la nuestra, tenemos el porvenir del mundo en nuestras manos! Un porvenir donde sólo la contemplación de lo imposible y el despliegue de la ternura arrasarán nuestra máscara mortuoria. Poco importa que nos traten de ingenuos. No es un vino nuevo el que nos hace soñar, ¡es el fervor del Espíritu, que nos pone la cabeza del revés!

"Llegará un día en que ayunarán, cuando el Esposo les haya sido arrebatado". Sí, ayunamos hoy, pero no es porque desdeñemos la vida, ¡al revés, quizá es porque la amamos demasiado! Ayunamos, porque el inmenso deseo que nos embarga no será nunca saciado. Ayunamos, porque la ternura y el amor son todavía demasiado desdeñados. Ayunamos, porque nuestra razón de vivir no es todavía una evidencia reconocida: la esperanza no es aún más que un riesgo y una apuesta. Ayunamos, pero es porque Cristo nos ha sido arrebatado: el mundo lo crucifica una y otra vez. Ayunamos, pero es en la fe; y nada impedirá que la danza embargue nuestro corazón, porque nuestro Esposo no cesa de decirnos palabras de gracia y de salvación.

"¡A vino nuevo, odres nuevos!"
Hermanos, ¿cómo conservar nuestros vestidos de duelo
cuando Dios nos dice su Buena nueva?
Cómo no dejarnos arrastrar
por el ritmo de la fiesta,
cuando Dios nos invita a su mesa...

*

**

¡Señor, nos falta el vino,
y nuestro corazones están sedientos,
ten piedad de nosotros!

Hemos escuchado demasiado
a los profetas de la desdicha
y nuestra vida es mortalmente triste
¡Ten piedad de nosotros!

*

**

Somos tus prisioneros, Señor,
y nos llevas a un mundo nuevo.
No permitas que el pasado nos agobie,
ya que tú saliste vivo de la tumba
y nos das el aliento del Espíritu
que renueva todo a su alrededor.

*

**

Nos invitas a tu fiesta;
cólmanos de tu Espíritu:
haz que nuestra copa se desborde del vino nuevo
y que nuestras vidas brinden y canten tu Alianza eterna.

Lunes de la décimocuarta semana

REHABILITACION

Génesis 28, 10-22a. *¡Cuánto camino recorrido desde el momento en que Jacob eligió, para hacer un alto en el camino, un lugar completamente ocasional y que más tarde habría de ser elevado al rango de santuario nacional! En la época en que el escritor elohísta redacta este relato (los vv. 13-16.19 son yahvistas y repiten a favor de Jacob las promesas hechas a Abraham y a Isaac), el templo de Betel es considerado, en el reino del norte, como un centro de peregrinación importante y con vitola de nobleza, puesto que fue fundado por el patriarca Jacob.*

Al menos es lo que podemos decir al reconstruir la historia. Gn. 28, en efecto, constituye un bello ejemplo de tradiciones fusionadas, unas pertenecientes a un santuario y las otras a un clan nómada. Jacob debió de ser en su época un personaje importante, como lo demuestra la existencia de tradiciones que sitúan su vida tanto en Transjordania como en Palestina central (Betel). Es probable que una migración de este a oeste pusiera en relación al clan de Jacob con la leyenda que se refiere a la fundación de Betel, leyenda piadosamente conservada por los servidores del santuario.

Esta leyenda relataba que el dios El se había aparecido en sueños a un lejano antepasado, el cual lo había visto descender a lo largo de lo que parece debían de ser las rampas de un zigurat; se simbolizaba así la función del templo, que es la de ser lugar de encuentro entre el cielo y la tierra, la puerta del cielo y la «casa-de-Dios» (Beth-El). Cuando el clan de Jacob ocupó la Palestina central, identificó simplemente al dios El con su dios protector (el «Omnipotente de Jacob») y atribuyó al patriarca la fundación del santuario. Jesús asimilará en supersona la tradición de Betel, revelándose como la única puerta que da acceso al cielo (Jn. 1, 51).

El salmo 90 da a conocer, en forma de oráculo, la protección que Dios dispensa a sus amigos. Es oportuno para cantar el momento en que Jacob deja su patria para huir de la cólera de Esaú.

Mateo 9, 18-26. ¿Quién es este hombre y qué aporta de nuevo? Ciertamente, Yahvé manda en el mar y en los vientos; es el Esposo enamorado que perdona la infidelidad de Israel. Pero, en la persona de Jesús, se acerca al hombre, se hace hombre para establecer con la humanidad una alianza definitiva, una alianza de vida. Y es que, como portador del perdón de Dios, Jesús es la vida.

Por una parte, «despierta» a la jovencita que se había abandonado a la muerte; por otra, salva a la mujer a quien la vida abandona poco a poco. Esta doble curación es, de hecho, una parábola, una forma de descubrir el reino a través de los acontecimientos. Por una parte, una mujer que sufre de hemorragias desde hace doce años y que se encamina lentamente hacia la muerte, tanto más cuanto que se ve excluida de la sociedad a causa de su

enfermedad; por otra parte, una niña que acaba de nacer a la vida, pero que muere de repente. Para una y otra, Jesús tendrá una eficaz palabra de vida.

*
**

Toda muerte parece absurda. Cuanto más la de una joven... Su padre había acudido a Cristo: «¡Mi hija ha muerto!». ¿Hay una realidad que refleje de manera más clara lo absurdo de la vida que el hecho de traer un hijo al mundo, educarlo y verlo morir tan joven? ¡Intolerable escándalo de un cuerpo que se queda sin vida en el momento mismo en que va a ser capaz él mismo de engendrar vida! «Mi hija ha muerto»: en esta constatación, que no consigue conjurar la fatalidad, está contenido todo el drama de nuestra existencia. Hemos engendrado la vida y hemos dado lo mejor de nosotros mismos a nuestros hijos. Hemos intentado dar cuerpo al amor, haciéndolo vivir en los gestos de todos los días. Hemos intentado crear la justicia y la paz a nuestro alrededor, compartiendo, perdonando, ayudando... Sí, somos todos padres apasionados por la vida, maravillados ante la obra de nuestras propias manos y deseos, de nuestros intentos y de nuestras pasiones. Y hemos aquí enfrentados a lo inevitable, a lo irremediable: la muerte, en todos sus aspectos, parece tener la última palabra. Ya pueden hablarnos de vinos nuevos; nada podrá ahogar esta terrible constatación, peor que cualquier grito de rebeldía: «¡Mi hija ha muerto!».

La Alianza, que es también promesa, no es una transformación mágica del drama de nuestra existencia. Ante nuestros hijos muertos, Dios sólo tiene una respuesta: toma nuestras vidas entre sus manos y nos levanta. En el proceso de la vida, nuestro único recurso, finalmente, es levantarnos, comenzar de nuevo a amar, inventar nuevamente la comunión, luchar una vez más en pro de la justicia y de la libertad. El desafío que presupone la Alianza no es cerrar los ojos, sino esperar y vivir, a pesar de todo.

*
**

**Dios de los vivos,
tu Hijo, el fruto de tus entrañas,
ha entregado su vida hasta el final,
sin otra medida que la de tu pasión.
Renueva nuestra esperanza,
haznos vivir en la libertad del Espíritu
hasta la hora en que podamos al fin entrar
en la fiesta que no tiene fin.**

Martes de la decimocuarta semana

EN EL VADO DE YABBOQ

Génesis 32, 23-32. *En este pasaje se describe un combate misterioso y una historia de cambio de nombres, tan complejos uno como otra. Pero intentemos en primer lugar aclarar esta madeja de nombres, puesto que para los antiguos, «conocer el nombre de alguien es tener acceso al misterio de su ser e incluso, de alguna manera, dominarlo» (X. Léon-Dufour). Así, cuando Jacob revela su nombre al desconocido, se siente, por así decirlo, desnudo y sin defensas ante él; y cuando, presintiendo el origen divino de su adversario, le pide a su vez que le revele su nombre, expresa también el deseo de conocer su naturaleza y sus intenciones, para saber de él. "En este intercambio y este reconocimiento mutuos, escribe von Rad, hay algo de lo que pasará siempre entre Israel y Dios. Israel conoce aquí, de forma casi profética, la historia de sus relaciones con Dios, concebida como un combate que dura hasta que sale la aurora".*

Amanecer que representa también la entrada en la Tierra prometida, pues este vado de Yabboq abría la tierra de Palestina a todos aquellos que acompañaban al patriarca, sobre todo a sus hijos, los antepasados de las doce tribus. Con la estirpe de Jacob, es todo Israel el que dejaba los bosques oscuros de Galaad por la civilización. En adelante, puesto que se encuentra ya en Penuel, la astucia se dejará vencer por Dios, y Jacob será Jacob-Israel.

El salmo 16, *lleno de apelaciones, protestas de inocencia, expresiones de confianza, es una queja individual que habla de los sentimientos contradictorios del hombre. ¡Ojalá el oráculo divino le sea favorable y le lleve a alcanzar la paz!*

Mateo 9, 32-38. *El leproso, el hijo del centurión, la suegra de Pedro, los endemoniados, el paralítico, la hemorroísa y la hija de Jairo: ¡una verdadera corte de los milagros! Pero ¿no representa justamente la realidad de la Iglesia, con sus innumerables pecadores perdonados? Precedidos de Mateo, hombres y mujeres se levantan para seguir a Jesús; una comunidad está en marcha, una comunidad que quiere responder a la llamada de las Bienaventuranzas.*

Estos hombres y mujeres han sido liberados en su corazón y en su carne, y la enfermedad descubre ahora su verdadero rostro. La enfermedad representa los obstáculos en la vida del Reino, que la cruz de Jesús ha vencido. La humanidad puede, de ahora en adelante, «despertarse» a la vida de la gracia. Sí, del caos inicial emerge una comunidad que crece rápidamente, como una cosecha que madura. La Iglesia es eso: el fruto de un acto creador de Dios. Ahora hay que rogar al Padre, pues «la mies es abundante y los obreros pocos». Hay que apresurarse a transmitir a los Doce la autoridad que permitirá almacenar la recolección.

Ante el drama de los hombres, Dios no ha permanecido insensible. Jesús se ha levantado y ha recogido el desafío: recorriendo ciudades y pueblos, anuncia la Buena Nueva. La Alianza y la ternura serán un encarnizado combate para luchar contra todo lo que disminuye al hombre. Desde el vado del Jordán, donde el Eterno había dicho: «Este es mi hijo Bienamado, escuchadle», hasta el día en que el Elegido sea llevado al cielo, será el combate de Dios con el hombre, y Dios no saldrá de este combate sin quedar marcado para la eternidad. Sufrirá para siempre por la herida abierta en el costado de su Hijo. Dios no abandonará el combate, hasta el día en que se acabe, cuando el hombre le bendiga y le dé gracias por tanto amor. La Alianza no es una mera y fría acción de Dios, sino algo que le afecta en su ser más profundo.

«Dame, por favor, a conocer tu nombre...» Sólo dejaremos el combate con esta condición: Dios tiene que desvelarnos su rostro. La Alianza es la lucha de la que no saldremos indemnes.

Hermano, ¿has atravesado el vado del Yabboq? No has encontrado aún el Reino si no has combatido durante toda la noche con esa mano que te ha asido por el hombro: Alguien extraño y extranjero y que, sin embargo, te resulta familiar. Sólo se le puede vencer siendo agredido por él; no se le puede encontrar sin ser marcado por él para toda la vida, hasta la muerte. Infatigable luchador, si sólo puede vencerte hiriéndote, ¿será acaso que tú le has herido primero?

¿Has atravesado el vado del Yabboq? El Reino se ha acercado a ti si tu lucha ha durado toda la noche, para conocer el Nombre del Extranjero a cualquier precio. Has entrado en la Alianza si has conocido en tu carne la herida del deseo y el ardor del beso que te ha dado, sin que tú sepas cómo. En el fondo de tu ser, llevas la marca indeleble; la bendición del que te ha vencido por su propia debilidad está en ti.

Hermano, continúa el combate para conocer el nombre del que lleva en sí la herida que le has infligido. Llegará un día en que la Alianza sea comunión eterna, cuando por la mañana pases a la orilla y veas, en Pe-nuel, la cara de Aquel que hoy quiere dejarse conquistar.

**¿Quién podrá a conocerte
si tú no revelas tu nombre?
¿Quién podrá a amarte
si tú no suscitas nuestro deseo?
La vida no será larga,
Señor,
para levantar el velo de tu misterio.
La vida no será lo bastante larga
para que puedas encontrar
el lugar exacto donde herirnos.
Quémonos en tu fuego.
Despierta nuestra pasión,
haz que conozcamos la mañana de Pascua.
Y cuando hayamos pasado a la otra orilla,
pon en nuestro dedo la alianza de tu amor,
deja que descubramos la belleza de tu rostro
y la gracia de tu Alianza.**

**Durante toda la noche,
tu Hijo ha luchado
en las orillas del río
donde le retenía la muerte.
Durante toda la noche,
hasta el alba
de una nueva tierra,
en la que la Vida resplandece.
Herido hasta el fondo del alma,
se levantó en la mañana de Pascua,
llevando tras de sí la gran escolta
y el largo peregrinaje de tantos hombres,
que le acompañan para vencer a las tinieblas de la noche.
Tu bendición ha dejado su huella en su cuerpo,
y por su costado abierto
brotan generosas
las fuentes de nuestro porvenir.
Dios de los vivos,
Dios de nuestras luchas contra los infiernos,
¡danos la victoria!
¡Dios mío, condúcenos
a los dulces pastos de la Vida!
Haz que nuestra lucha no cese
hasta el día en que, en tu Hijo,
podamos conocer
la tierra prometida de la dicha eterna.**

No hay la menor duda de que el libro de José refleja, en gran medida, las preocupaciones de los sabios que aparecieron en las cortes reales de David y Salomón, a imitación de lo que se daba en Egipto. La historia de José es la de un joven «de buena educación, instruido, creyente y que conoce las costumbres del mundo, las que describían a la juventud los maestros de sabiduría en sus sentencias» (G. von Rad). La importancia que se da en esta historia al arte oratoria en el ambiente de la corte, y la historia de Putifar, con la descripción del peligro que representa la mujer extranjera, lo ilustran suficientemente. José es la representación exacta del hombre «temeroso de Dios».

Por otra parte, salta a la vista que Dios no aparece apenas en este libro. Se encuentran en él pocas huellas de leyendas sagradas, que aparecen profusamente en las demás tradiciones patriarcales. De hecho, cuando José habla de Dios lo hace en un tono y con un fin pedagógicos. Por dos veces, se le oye declarar que Dios ejerce una acción benéfica a lo largo de la historia de los hombres (45, 5-7 y 50, 20). Von Rad hace en este punto una interpretación del yahvista, a quien deberíamos la inserción de la historia particular de José en el gran conjunto de las tradiciones patriarcales, inserción que tendría el objetivo explícito de dar testimonio de la acción divina. El autor sagrado compartiría en este caso esta preocupación con el historiador deuteronomista, pues también éste, especialmente en la historia de la sucesión de David, muestra la importancia que tiene el corazón humano como lugar privilegiado para la acción de Dios.

Pero la historia de José (y, a través de ella, la de los hijos de Jacob) es también la historia de las tribus, de la que son antecesores reconocidos. Sin embargo, sabemos que la fusión de las tribus no fue llevada a cabo hasta el reinado de David. Por consiguiente, los indicios, conocidos tanto por las tradiciones patriarcales como por los relatos del Éxodo y los de la conquista de Canaán, aportan todos una serie de datos sobre la integración progresiva de estas tribus, así como sobre la mezcla de tradiciones que se derivó de todo ello. La historia de José es particularmente sugestiva, en el sentido de que se interesa por la constitución de dos grandes bloques, que se reunirán más tarde en los reinos del norte y del sur.

El origen lejano del libro de José no es israelita. Generalmente se hace referencia a dos cuentos antiguos, el cuento de los hermanos, cuya existencia se verifica también en otras culturas, y un relato egipcio próximo a las leyendas referidas a los santuarios locales (quizá el de Heliópolis). En cuanto al personaje de la historia, José se sitúa, como Jacob, en torno al te-

rritorio de Siquem. ¿Qué sabemos de él, o mejor, qué sabemos de las tribus originarias de los hijos de Jacob? Las tradiciones patriarcales dicen que estas tribus derivan de los hijos nacidos de la unión de Jacob con sus dos mujeres mesopotámicas, Lía y Raquel, y con sus dos sirvientas, Bala y Zelafa. De Lía nacieron Ruben, el primogénito, por lo que le cabe el lugar preponderante que ocupa en la historia de José, y también Simeón, Leví, Judá, Isacar y Zabulón. Rubén es suplantado con frecuencia por Judá, lo que llevaría a constatar el hecho de que la tribu de Judá asimiló progresivamente a todos sus vecinos, hasta el punto de poder ser identificada con el reino de David.

Por otra parte, Judá no es un nombre de hombre, sino el de una montaña palestina, que debió de transmitir su nombre a los hombres instalados en sus tierras.

Las teorías concernientes a la instalación de las tribus en Palestina han sufrido profundas modificaciones como consecuencia de la demostración por de Vaux de que existe la posibilidad de dos éxodos, el éxodo de expulsión y el éxodo de huida. En efecto, hacia el 1550 antes de Jesucristo pudo haber tenido lugar un primer éxodo, provocado por la revuelta de algunos príncipes egipcios contra faraones de origen semita, los hicsos, que ocuparían el país desde hacía doscientos años. El éxodo de huida, el de Moisés, tuvo posiblemente lugar en el 1250 antes de Jesucristo, en tiempos de Ramsés II. Las tribus descendientes de algunos hijos de Lía (Rubén, Simeón, Leví y Judá) podrían haber sido originarias del éxodo de expulsión y debieron de penetrar lentamente por el sur de Palestina hasta Hebrón, donde las detendría la barrera formada por las ciudades cananeas (Jerusalén, por ejemplo). En cuanto a las tribus de Isacar y de Zabulón, no debieron de llegar nunca a Egipto. Situadas en la Baja Galilea, debieron ser frenadas en sus desplazamientos por la existencia de otro cerrojo cananeo, situado esta vez en el norte del país. Isacar debió de alquilar sus servicios a egipcios propietarios de ricas plantaciones agrícolas de la llanura de Yzrel; en efecto, en Gn 49 se habla de este clan con un cierto desprecio, calificándolo de asno robusto «bueno para tareas de esclavo». En cuanto a las tribus de Gad, Aser, Dan y Neftalí, descendientes de los hijos que Jacob tuvo con las dos sirvientas, su origen servil daría testimonio de una infiltración más o menos importante de elementos cananeos entre sus estirpes. Situadas también al norte (la de Dan después de la emigración), estas tribus no debieron de conocer tampoco Egipto.

Quedan José y Benjamín, los hijos de Raquel; pero quedan también otras tribus, como la de Efraín y la de Manasés, descendientes de los hijos de un matrimonio de José con una egipcia. Finalmente, quedan las adopciones sorprendentes, contadas en los capítulos 48 y 50 del Génesis, la de los hijos de José por el patriarca Jacob, y la de los bisnietos de José (los hijos de Maquir, hijo de Manasés). Lo primero que hay que decir de todas estas tribus —las tribus de la «casa de José»— es que son las que huyeron de Egipto, conducidas por Moisés y Josué. Después de su largo éxodo, llegaron a Palestina central por el este, atravesando el Jordán en Gilgal. Tres

clanes deben ser tomados en consideración: el de Efraín, el de Benjamín y el de Manasés. El primero eligió instalarse en el norte de Palestina central; como Judá en el sur, adoptó el nombre de la montaña local, la montaña de Efraín (Josué, el sucesor de Moisés, era efraimita). Otras migraciones fijaron su residencia en el sur de la Palestina central; se las denominó «benjamín», o sea, los «hijos-del-sur». En cuanto a la tribu de Manasés, está constituida por una fragmentación de la de Efraín, que se separa de la tribu-madre para ir a instalarse más al norte.

¿Y José? R. de Vaux ha establecido que el personaje de José histórico pertenecía al clan de los maquiritas, establecidos en las cercanías de Siquem. Maquir podría significar «vendido» (un poco como Isacar), lo que daba a entender que este clan estaba formado por mercenarios. Después del Exodo, los maquiritas fueron seguramente anexionados a la tribu de Manasés, que debió de adoptar desde entonces las tradiciones josefistas. El recuerdo de esta anexión se conservó probablemente en la historia de la adopción de los hijos de Maquir, descendiente de Manasés, representante de la tercera generación, por parte de José (Gn 50), y de la de Manasés, hijo de José, por Jacob. Pero en Gn. 48 se habla de la adopción de Efraín, el otro hijo de José, por Jacob. En este punto, debió de conservarse sin duda el recuerdo de la preponderancia de esta poderosa tribu: como Judá en el sur, Efraín debió de asimilar progresivamente a sus vecinos. Podemos ver así que, muy rápidamente, no quedaron ya más que las tribus de Judá y de Efraín, nudos de los futuros reinos de Jerusalén y de Samaría. Judá era hijo de Lía, y Efraín, nieto de Raquel. Dos mujeres que compartieron el afecto del antecesor Jacob, dos mujeres cuya rivalidad ha servido para simbolizar el antagonismo de las tribus situadas al norte y al sur de Palestina.

Leer y comprender a Mateo

El discurso de la misión (cap. 10)

La mies ha granado y hacen falta obreros. Jesús llama a los Doce y les confiere su autoridad para expulsar a los espíritus inmundos. A estos discípulos que se convierten en "apóstoles" —es la única vez que Mateo les da este nombre—, les da sus consignas, reunidas en un discurso único denominado "discurso de misión".

¿Qué dicen estas consignas? Esencialmente, que "el discípulo no es más que su maestro", que el apostolado consiste principalmente en revelar a Jesucristo, la palabra auténtica del Padre. Sin embargo, esta conformidad del discípulo con el maestro toma aquí una coloración muy precisa, pues la palabra de Jesús —el Nuevo Testamento lo testimonia fehacientemente— es cortante como un cuchillo. Ahonda en lo más profundo del corazón de los hombres y los obliga a hacer frente a esta palabra. Por eso no es de extrañar que, después de haber dejado claro el puesto que deben ocupar los discípulos, Jesús crea oportuno añadir "Si al dueño de la casa le llamaron Belzebú, ¿qué no dirán de los de su familia!".

Los capítulos siguientes mostrarán que la palabra de Jesús y su obra serán contestadas; tanto Juan Bautista como los fariseos se escandalizarán de su comportamiento (cfr. cap. 11-12). Después de haber descrito las manifestaciones sobre la autoridad de Jesús, Mateo describe el impacto que estas palabras causan: Jesús aparece como una ocasión de caída para los hombres que deben pronunciarse sobre Él. Por lo tanto, nadie se asombrará si los apóstoles, que son esencialmente mensajeros de paz, deben esperar también que esta paz recaiga sobre ellos: los hombres no estarán fácilmente dispuestos a escucharlos, ni los pueblos del lago a convertirse. Por eso serán perseguidos.

MINISTERIO DE LA ALIANZA

Las palabras sobre la vocación son duras, con una aspereza y un vigor ardiente: "A quien me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre celestial". El Evangelio no tolera las cosas a medias. Pero, ¿no es verdad que el amor tiene, algunos días, que aparentar alejamientos sin retorno, so pena de edulcorarse y morir? A menudo hemos empequeñecido lo que era entusiasmo y locura... Quizá valdría más no leer el Evangelio si no somos capaces de encontrar en él la fuente de una vocación libre, alegre, apasionada...

"Os envió como a ovejas en medio de los lobos". El testigo ha muerto por haber amado demasiado; los hombres no podían soportar el fuego ardiente de su pasión. Siendo portadores del loco anuncio del amor desinteresado de Dios, ¿cómo no íbamos a estar marcados en lo más hondo por la generosidad de este amor? ¿Cómo no íbamos a apreciar el escándalo de este amor sin medida? Damos testimonio de este amor sin límites cuando todo en el mundo se mide por la fuerza y el poder. Luchamos por la justicia, mientras que el dinero es el ídolo del mundo. Si el Testigo de la Alianza ha pagado el precio de su palabra, ¿cómo iba a poder escapar el discípulo a la prueba del fuego?

**

**Testigo de la Palabra,
Verbo hecho carne,**

**Jesús ha llegado hasta el final de tu Alianza:
ha dejado que el Espíritu le lleve
hasta la cumbre de la entrega irrenunciable.
¡Que su aliento reavive hoy
la oración de tu Iglesia!**

Sí, Padre, haz que venga tu Reino.

**Revístenos de Jesucristo,
que podamos acudir sin otro equipaje
que su palabra encendida y la paz de su mirada.**

**Danos el valor ardiente
de escapar a la tentación;
da firmeza a nuestra esperanza,
cuando el escarnio que es el mundo nos desalienta.**

**La mies es abundante:
recoge, oh Señor, lo que has sembrado,
cuando hayamos trabajado hasta el anochecer.**

**La paz que inspiras es inconmensurable:
que sea nuestra alegría,
cuando hayamos sido capaces de predicarla
de un extremo al otro de la tierra.**

SERVIDORES DE LA PALABRA

Génesis 41 55-57;42,5-7a.17-24a. *¡José está al fin en presencia de sus hermanos! Cuánto camino recorrido desde el día en que el joven fue vendido por sus hermanos mayores, celosos de la predilección que su padre sentía por él... José, que reúne en su persona todas las cualidades exigibles para ocupar un puesto privilegiado en las cortes de Egipto y de Jerusalén, ha llegado a ser Gran Visir; tiene poder sobre las reservas de trigo, que él recomienda almacenar en los años de abundancia para poder hacer frente a los años de escasez.*

Lo que preocupa ahora a José es saber si sus hermanos han cambiado. Los somete a una prueba: deberán volver a Palestina para buscar a Benjamín, el hermano menor, hijo de Jacob y Raquel, pero él retendrá prisionero a Simeón. De este modo los hermanos se encontrarán en la misma situación que antaño, cuando, altivamente, habían vuelto a presencia de su padre después de haberse desembarazado de José. Pero, si bien antes su corazón estuvo lleno de odio, ahora está cargado de angustia y remordimientos. Han cambiado, pues, y José podrá congratularse con ellos de este cambio. Como antaño, la voz de Rubén se deja oír; es la voz de la conciencia, la que salía en defensa de José.

¿Era de esperar un himno para esta ocasión? Es el salmo 32, que canta por adelantado la alegría por la feliz conclusión de la historia de José y sus hermanos.

Mateo 10, 1-7. "Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies". Jesús aparece aquí como un pastor lleno de solicitud que quiere reunir las ovejas dispersas durante tanto tiempo. Se precisan ayudantes que, a su vez, ejerzan también con la autoridad del amo. Sin embargo, Jesús se va solo "a enseñar y a proclamar el mensaje en los pueblos de la región" (11,1). Los discípulos, al contrario de lo que relatan Marcos y Lucas, no saldrán hasta después de la resurrección.

Entretanto, ¿quiénes son estos discípulos llamados aquí, por primera y única vez, los "doce apóstoles"? Son los "Doce", es decir, los que encarnan la conciencia que los cristianos tuvieron enseguida de ser el Israel auténtico. En este mismo sentido se puede comprender la extraña consigna de Jesús de que no vayan a regiones de paganos, ni entren en los pueblos de Samaría, sino que vayan más bien "a las ovejas perdidas de la casa de Israel". Ha habido sin duda una progresión en el pensamiento de Jesús, y de la Iglesia, en lo concerniente a la misión, pero la recomendación parece dirigirse especialmente a un Israel escatológico, es decir, a la Iglesia. Las "ovejas perdidas de la casa de Israel" se referirían en este caso a todos aquellos que han rechazado el Reino. En cuanto a las "regiones de los paganos" y a "los pueblos de Samaría", simbolizarían "un modo de ser y una

manera de vivir juntos", opuestos a Jesús. Se trataría, pues, en estas instrucciones de evitar todo comportamiento opuesto a Jesús y de ir hacia todos los que han rechazado el Reino.

Llamó a doce y los envió en misión. Todo el dinamismo de la Alianza se encuentra resumido en dos palabras: llamar... enviar... La Iglesia, a través de los siglos, estará motivada por este doble movimiento. "¡Proclamad que el Reino está próximo!" Como Iglesia de Dios, nos declaramos servidores de la palabra de gracia, al servicio de la Alianza. Jesús ha consagrado toda su vida a este servicio; sus palabras y sus actos no tenían otra finalidad que la de crear entre los hombres lazos tan fraternales que el Espíritu pudiera consagrarlos y hacer así nacer el Reino. Servir a la Alianza es renovar entre los hombres los lazos que la vida deshace incansablemente. Los excluidos son reintegrados en la comunión; los pecadores son rescatados, y el perdón puede cimentar un nuevo cuerpo; los extranjeros mismos tienen su parte en la heredad familiar y pertenecen en adelante a la Casa de Dios.

Jesús se entregó hasta el final, hasta reunir todo en El en torno a la cruz, a este servicio de la Alianza. Hoy elige a doce discípulos y funda la nueva Israel. La Palabra se ha cumplido y la Alianza ha sido sellada. A través de los tiempos, la Iglesia será para el mundo el sacramento del cumplimiento de la promesa: la prenda de la Alianza entre Dios y los hombres.

*
**

**Dios de paz,
tu Espíritu nos revela tu proyecto;
¡quieres establecer con los hombres
una nueva Alianza!
Concédenos la gracia de preparar los caminos del Reino;
¡envíanos como pregoneros de tu promesa!**

Jueves de la decimocuarta semana

LA PALABRA COMO UNICO EQUIPAJE

Génesis 44, 18-21. 23b-29; 45, 1-5. José quiso que creyeran que el pequeño Benjamín había robado su copa; no es que fuera en sí un crimen demasiado grave, pero lo que complicaba las cosas era la circunstancia de que se trataba de la copa que se usaba en los ritos adivinatorios. Por ello la suerte de Benjamín estaba en juego en toda esta historia.

De este modo, el astuto virrey separó paulatinamente a Benjamín de sus hermanos. ¿Qué es lo que éstos pueden hacer? ¿Van a abandonar al niño a su suerte en la tierra de Egipto para salvar ellos su propia vida? La respuesta está contenida en el conmovedor razonamiento de Judá, centrado indirectamente en el recuerdo del hermano desaparecido. Describe los esfuerzos de los hermanos para conseguir que Jacob autorice al fin la partida de Benjamín y la resistencia de éste ante la idea de dejar partir a Egipto al segundo de los hijos de Raquel. Deja traslucir también hasta qué punto ha cambiado el corazón de los hermanos, y de qué modo tan sincero y natural Judá se ofrece a ocupar el puesto de Benjamín en la prisión, a cambio de la libertad de éste. Todo lo que está bien acaba bien, y ya sólo queda en esta historia la celebración gozosa del encuentro de José con su viejo padre. Pero, antes, José no olvida dar gracias a Dios por su intercesión: Yahvé ha concertado los hilos de esta historia, una historia de salvación, puesto que conduce a los hermanos culpables hasta la luz de la reconciliación.

El salmo 104 es la clase de himno que celebra los grandes hechos de Dios en la historia del pueblo judío. Los versículos elegidos narran la historia de José hasta su encubramiento en la tierra de Egipto.

Mateo 10, 7-15. Las primeras consignas que Jesús da a los apóstoles se resumen en dos actitudes: mostrarse conformes con los designios de Dios y estar siempre disponibles. El apóstol obrará en conformidad con Aquel a quien representa; como El, anunciará la llegada del Reino en la historia de los hombres; lo hará tanto por medio de la predicación como por los gestos de poder que acompañarán a esta predicación.

El apóstol deberá mostrarse también disponible. Esta disponibilidad resulta perfectamente bien expresada en lengua griega, cuando Jesús pide que rueguen al amo de la mies que envíe obreros a su mies. En efecto, en el texto se dice "echar fuera", como si el hecho de salir para realizar esta misión exigiese de ellos un desarraigo para ser situados en el camino adecuado (J. Radermakers); subraya así la iniciativa divina. El apostolado no es un derecho, sino un don que se recibe gratuitamente.

Esta disponibilidad caracterizará también simbólicamente a las ciudades en las que la paz, proclamada por los apóstoles, podrá asentarse. En efecto, sólo aquellas que acojan a los discípulos en su calidad de representantes de Dios, serán juzgadas dignas. Las demás serán objeto de una sentencia más severa que la que se abatió sobre Sodoma y Gomorra.

Si hubiéramos programado algún cursillo de formación habríamos redactado un resumen de lo que había que recordar y habríamos planificado la estrategia a seguir: en el momento de la partida habríamos corrido tras los que se disponían a viajar como madres solícitas, para advertirles: "¿No has olvidado nada? Ten cuidado, te he puesto un paquete de dulces por si..."

¡Nada de eso! Jesús dijo a sus amigos que se fueran sin llevarse nada. ¡Ni pan, ni bolso de viaje, ni dinero en el bolsillo! Ni una indicación, ni el menor consejo. Nada, salvo un bastón para que sirviera de apoyo a la debilidad del cuerpo y unas sandalias fuertes para que soportasen muchas horas de marcha. Jesús les dijo, únicamente, que aceptasen la hospitalidad. En suma, les hizo dependientes de aquellos a los que tenían que evangelizar. ¡La pobreza absoluta!

Tenían que partir sin ninguna otra cosa que la Palabra, el Mensaje, la Buena Noticia, el Aliento del Espíritu Santo que hace avanzar al mensajero. Lo importante no es que el discurso sea hábil, que la estrategia o la pedagogía sean las adecuadas, sino más bien el ardor del Espíritu, la Vida que va al encuentro de la vida. El mensajero lleva la única carga de la Palabra que porta y la que va a engendrar.

Incansablemente, hablarán del Maestro sin comprender bien ni siquiera ellos mismos lo que dicen, divididos entre la incredulidad y la fe. "¡Hay entre vosotros uno al que ni siquiera conocéis, al que no conocemos!" Cuanto más hablaban del Señor, mejor comprendían que con El se inauguraba un tiempo nuevo: "¡Creed en la Buena Noticia: el Reino de Dios está ahí!".

Hermanos míos, la fe es así... Empieza a tomar cuerpo con el testimonio y el reparto. La fe se despierta en el momento en que, sin ningún soporte previo ni el menor socorro exterior, acepta el riesgo de una palabra, de una vida. La fe no es una impedimenta bien atada que se transmite sin más; se inventa, se hace profunda, se consolida compartiendo. Se trata simplemente de creer en el Señor emprendiendo la ruta con El. Jesús envió a los discípulos a la misión. ¡Bienaventurada la Iglesia que sólo cuenta con la ruta para afirmar su fe!

**

**Nos llamas, Señor,
para que sigamos a tu Hijo
y emprendamos el camino del Reino.
Por tu Espíritu, libera nuestros corazones
y haz que nuestra mirada no se separe nunca de la meta;
que caminemos sin otro equipaje que tu promesa,
sin más certidumbre que tu Palabra.**

Viernes de la decimocuarta semana

SERVIR HASTA EL FINAL

Génesis 46, 1-7. 28-30. *La mezcla de diversas tradiciones hace que este capítulo resulte un poco ambiguo. Según la tradición yahvista, Jacob-Israél toma la decisión de abandonar el valle del Hebrón para dirigirse a Berseba, lugar en el que ofrece un sacrificio al Dios de su padre Isaac. Según el elohísta, Jacob toma la decisión de dirigirse a Egipto sólo después de haber tenido una visión nocturna. En el comentario de este tema, el punto de vista de cada uno de los redactores queda en evidencia. El yahvista es el que insiste más en el tema del libre arbitrio del hombre, mientras que el elohísta hace depender la decisión de Jacob de las directrices de la palabra divina. Agranda así la perspectiva del viaje de Jacob y de su familia. En efecto, para el patriarca no se trata de un simple viaje: se trata nada menos que de dejar la tierra prometida a los antecesores y de inaugurar así una nueva aventura con Dios.*

El salmo 36 es de factura alfabética y combina dos fragmentos muy diversos. Saluda a los fieles del Señor y transmite la emoción que embarga a los viajeros en el momento de abandonar la patria bienamada.

Mateo 10, 16-23. "Entregar": *el término recuerda el vocabulario de los anuncios de la Pasión y subraya de nuevo la conformidad de la misión encomendada a los discípulos con la de Jesús. Es él quien los ha elegido; es su Palabra la que tienen que transmitir a los cuatro vientos; y es su destino lo que tienen que compartir. Y, también al igual que Jesús, se beneficiarán del testimonio del Espíritu, que es el don del Padre. De este modo, los apóstoles le deberán a Dios la firmeza que muestren en la persecución; el apostolado es todo él un don gratuito.*

Pero la persona y la palabra de Jesús ocupan el centro del discurso. En este sentido, no faltan analogías entre el envío en misión y el episodio de las controversias galileas, tal como las cuenta Marcos. En efecto, si en Galilea la Palabra hizo irrupción en la historia de los hombres para someter a discusión esta historia y para ser a su vez discutida, continúa haciéndolo hoy en la persona de los apóstoles. También ellos pueden comprobar que la casa familiar no se confunde necesariamente con la comunidad de creyentes. La línea de intersección pasa por el grupo de discípulos, y los hermanos entregarán a sus propios hermanos a la muerte.

Terminemos con una observación sobre el párrafo final: "Os aseguro que no recorreréis todas las ciudades de Israel antes de que venga el hijo del hombre". No se puede poner en duda que el versículo habla de una "venida" inminente, pero, a la luz del significado escatológico de la palabra "Israel", podemos observar también una alusión a la universalidad de la misión: habrá siempre hombres a quienes anunciar la Palabra y la paz.

"Yo os envío como ovejas en medio de lobos..." Las palabras son duras, tienen una aspereza de verano ardiente y seco. ¡El Evangelio de Jesucristo no es un discurso, y menos aún un tratado! Se está a favor o en contra de él: "Sígueme" significa "inmediatamente, sin retorno"; y el envío en misión, indisolublemente unido a la fe, es la seguridad de tener que asumir las contradicciones.

El tiempo de la vocación es la prueba de fuego. La llamada es ardiente como toda urgencia, radical como un juicio de valor. ¿Quizá se nos escapa algo cuando leemos el Evangelio? Veinte siglos de costumbre nos han librado quizá de esa sensación de "final del tiempo", de urgencia, de impetuoso Reino de Dios que se establece entre los hombres. En nuestro mundo actual, en nuestro ambiente, la contradicción está suavizada con mucha frecuencia; la indiferencia y la ignorancia son más perniciosas que una oposición que no esconde su nombre. La tibieza de los discípulos es, en sí misma, señal inequívoca de que la sal ha perdido su sabor.

Los discípulos no serán verdaderos "seguidores" de Jesús en tanto no hayan sido capaces de recorrer todo el camino, hasta llegar a la contradicción, hasta alcanzar el Gólgota. Tienen que llegar a ser bautizados con el fuego, han de beber la copa, para poder transmitir el testimonio de la verdad: la Iglesia nacerá en el fuego de Pentecostés. Para poder formar parte de la comunidad de los elegidos, los discípulos tendrán que vivir la paradoja del Hijo que es a la vez Siervo, y que ha venido no para reinar aquí abajo, sino para servir. Llegará un día en que la comunidad dará testimonio hasta la sangre y el martirio; pero, mientras tanto, tendrá que aprender del Maestro el desprendimiento total. El discípulo que ha reconocido al Señor ha emprendido un éxodo en el que cada paso adelante le priva de la seguridad y le compromete a comenzar siempre de nuevo.

**

**En su pasión por cumplir tu voluntad,
tu Hijo, Señor Dios nuestro,
toma resueltamente el camino de la cruz:
ojalá reanime nuestra ardorosa decisión de seguirle.
Ojalá el Espíritu sea por siempre la fuerza de tu Iglesia:
ella aceptará el riesgo de dar testimonio
y se configurará con su Señor,
que vino a la tierra sólo para servir a tu Palabra.**

Sábado de la decimocuarta semana

EL RIESGO DEL TESTIMONIO

Génesis 49, 29-33; 50, 15-24. *Pese a las seguridades aportadas por José, sus hermanos siguen estando inquietos, y la muerte de Jacob no hace más que reavivar este temor. De nuevo imploran el perdón del primer ministro, lo que debe recordar a éste sus sueños de antaño, cuando veía los haces de sus hermanos que se inclinaban ante el suyo. Apoyan su demanda en la comunidad de fe que los reúne: José es invitado a perdonar a los "servidores del Dios de su padre". Cuando responde que no quiere ocupar el lugar de Dios, José revela una vez más que, desde el comienzo, sólo anudaba los lazos invisibles de lo que sólo aparece como una historia de familia. Dios estaba ahí; ha salvado su promesa. Ni la incredulidad de Sara, ni la astucia de Rebeca, ni la envidia de los hijos de Jacob han podido destruir la Alianza llevada a cabo por Dios con Abraham. No, José no ocupará en ningún momento el lugar de Dios; no desea castigar a los que el mismo Yahvé ha perdonado.*

Pero la historia de José es también la historia de las tribus, esas tribus que un día formarán toda la tierra de Israel. La perícopa de este día nos lo da a entender, cuando relata que José sienta en sus rodillas —gesto que tiene el valor simbólico de la adopción— a algunos de sus bisnietos, los hijos de Maquir, hijo de Manasés. Esta adopción evoca una fusión de tradiciones tribales, provocada en sí misma por la integración de diversos clanes que se habían fijado progresivamente en la Palestina central. Manasés representa a una parte de la gran tribu de Efraín, que absorbió a los maquiritas, casta a la que pertenecía el personaje del José histórico. La mezcla de tradiciones hace a éstas comunes a los clanes de Maquir y de Manasés; Manasés fue, pues, considerado como el primer antecesor de José y este último adoptó a los hijos de Maquir. Más tarde, cuando Efraín absorbió a su vez a las demás tribus, se anexionó la tradición de José y comenzó a hablarse de una "casa de José", que comprendía las de Maquir-Manasés y Efraín, cuyos miembros fueron llamados "hijos de José".

La liturgia nos brinda el comienzo del salmo 104. Todos los que comparten la fe de los hijos reconciliados de Jacob están invitados a dar gracias a Dios, que es el conductor de la historia.

Mateo 19, 24-33. De nuevo podemos evocar el evangelio de Marcos y, muy especialmente, lo que se ha convenido en llamar "la jornada de las parábolas". En efecto, recordaremos que la parábola del sembrador, con su descripción de los tres malos terrenos de cada cuatro, podía dejar al lector una impresión de fracaso. Sin embargo, Jesús añadía acto seguido palabras de confianza, como la parábola del grano de mostaza. El tono es bastante semejante. Después de haber advertido la posibilidad de una mala acogida y luego de haber descrito las persecuciones que los apóstoles deben esperar, Jesús se muestra consolador. Por una parte, hay que tener en cuenta la

fuerza de la palabra de Dios, que nunca deja de reportar sus frutos; al igual que la semilla, posee un dinamismo irresistible que le permite vencer cualquier obstáculo; el apóstol puede esperar firmemente que "todo lo que está velado será desvelado, todo lo que está escondido será conocido". Por lo demás, no es a los hombres a los que hay que temer, sino "al que puede hacer perecer en el averno el alma y el cuerpo".

Progresivamente, el discurso va revelando así su carácter escatológico. El apóstol debe conocer que no anuncia su propia palabra, sino una Palabra venida de más allá. Lo que él anuncia es el Reino; y, si llegase a renegar de Cristo, pondría obstáculos al propio Reino. En cuanto a los que rehusan acoger al apóstol, rechazan de plano la Palabra de la que el discípulo es portador. El discurso de misión fija la responsabilidad de cada uno de nosotros; fija el precio de la Palabra divina, dando también la dimensión de su fuerza y, por consiguiente, el porvenir inagotable que espera a esta Palabra.

*
**

Los cristianos son acusados de silencio en nuestros días. Apenas pronuncian ya el nombre de Dios; esconden su vida cristiana en la intimidad del corazón y relegan la religión al terreno de lo privado... ¿Será nuestra generación merecedora del reproche de Jesús: "A quien me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre celestial"? Después de la dramática decepción del Viernes Santo, los discípulos se encerraron en el cenáculo; cerrados a cal y canto, creyeron que sería suficiente con mantenerse con sus recuerdos. ¡Arriesgar una palabra por Cristo les parecía algo demasiado peligroso! Pero el Espíritu Santo les hizo salir para que la Palabra divina resonase como una Buena Nueva de salvación: "Lo que os he dicho en la sombra, decidlo a la luz del día". La Palabra de Dios, como toda palabra viva, no puede ser aséptica; sólo existe la palabra cuando es proferida y cuando, por lo tanto implica riesgo. La Palabra de Dios debe significar riesgo, mezclada con la palabra de los hombres y con sus comportamientos. ¡Pensábamos preservar la Palabra guardándola dentro de nosotros mismos y he aquí que, so pena de renegar de ella, se hace preciso predicarla a los cuatro vientos! ¡Pensábamos contentarnos con fórmulas hechas, desvitalizadas por los tiempos, pero tenemos que reinventarlas para nombrar a Dios y para utilizarlas, dando testimonio de Dios ante los hombres, so pena de que la confesión de nuestra fe se vuelva estéril! ¡Porque los hombres evolucionan en su forma de vivir, tenemos que encontrar palabras frescas que anuncien a Dios! La vida, según el Evangelio, no puede diluirse entre las costumbres de todos los días; la vida, según el Evangelio, sólo existe en la incansable búsqueda de una existencia que da cuerpo a la verdad. "No temáis a los que matan el cuerpo..." Los hombres pensaban yugular la Palabra clavándola en el patíbulo de la burla; por fin, pensaban, iban a poder repetir lo que se ha dicho siempre y contentarse con las costumbres seculares... Matando la Palabra, pensaban, podremos volver en paz a nuestra vida

acostumbrada... Pero "¡no temáis a los que no pueden matar el alma". En la mañana de Pascua, la Palabra se ha levantado de la tumba, y desde entonces se arriesga en las palabras y en la vida de los hombres que se atreven a dar testimonio de su continua novedad.

*
**

**¿A quién iremos, Señor?
Tú tienes palabras de vida eterna.
¡Ten piedad de nosotros!**

**¡Libranos de nuestra rutina cotidiana,
desvelanos lo que permanece aún oculto;
ten piedad de nosotros!**

**Acude en nuestro socorro y danos fuerza,
¡que no reneguemos de tí;
ten piedad de nosotros!**

**"Lo que os digo en la sombra,
repetido a la luz del día!"
Esta es la orden que el Señor da a su Iglesia...
En la oración,
dejemos que nos invada
la palabra que habla de Dios..**

**¡Pronuncia tu Palabra ante el mundo,
haz que aparezca a la luz del día
con tu bendición, Señor!
Pronúnciate a favor nuestro,
guía nuestras palabras,
para que no tengas que avergonzarte de nosotros
cuando llegue la hora del juicio final.**

El libro del Exodo

Un libro en el que todo comienza dualmente

El libro del Exodo es quizá la obra bíblica más difícil de interpretar. No solamente transmite tradiciones históricas y relecturas teológicas, sino que, además, estas tradiciones históricas son muy difíciles de localizar. Ciertamente, como en todo el resto del Pentateuco, se puede distinguir una fuente yahvista, una fuente elohísta, un autor deuteronomista y un documento sacerdotal, pero incluso esta distinción, aunque valiosa, no basta para explicar toda la compleja dificultad del libro. Hay que considerar también que las fuentes yahvista y elohísta, por sólo citar éstas, conllevan datos y recuerdos particulares de cada tribu. Por lo que respecta a Moisés, podemos pensar legítimamente que gran número de datos que le conciernen provienen de tribus del centro de Palestina, ya que estas tribus son las que se vieron implicadas en el éxodo de huida y en la marcha por el desierto, antes de penetrar en Israel por la frontera oriental. Pero el problema se complica por el hecho de que más allá del Jordán estas tribus habían tenido ocasión de entrar en contacto con la tribu de Dan, que no solamente tenía sus propias tradiciones, sino que había conservado huellas y recuerdos diferentes sobre el tema de la muerte de Moisés en su territorio. Por otra parte, esta tribu de Dan, en su migración hacia el norte, había llevado consigo a un descendiente del hijo de Moisés para realizar el servicio en un santuario local; también allí se habían conservado algunos recuerdos. Estos dos ejemplos bastan para mostrar la complejidad de las tradiciones que recogió, en torno al siglo VIII antes de Cristo, un escritor como el elohísta.

Al sur, la tradición mosaica era sin duda menos importante. Sin embargo, podemos pensar que en el siglo X antes de Cristo, el escritor yahvista adoptó determinadas sagas de las tribus que poblaban el sur de Palestina, que se habían fusionado para formar la casa de Judá. Las tradiciones de este grupo giraban alrededor del oasis de Cades, lo que interesa para la epopeya de Moisés, puesto que algunos investigadores como H. Cazelles y R. de Vaux no dudan hoy en reseñar una estancia de Moisés en esta región.

Ya hemos hablado de la hipótesis que tiende a demostrar la sucesión en el tiempo de dos éxodos. Conviene recordar aquí que el éxodo de expulsión debió de tener lugar hacia el 1550 antes de Jesucristo, y que se relaciona con las tribus del sur. Estas tribus (del grupo Lía) debieron de tomar la ruta del norte —la del mar, llamada más tarde "ruta de los filisteos"— y debieron de dirigirse hacia el oasis de Cades, antes de penetrar en Palestina por el sur. Por el contrario, el éxodo de huida, que tuvo lugar trescientos años más tarde, es el de Moisés; su grupo (el grupo de Raquel) se dirigió hacia el sureste para evitar los puestos fronterizos egipcios.

Los relatos del libro del Exodo están profundamente marcados por esta dualidad. A priori, se podría pensar que la fuente elohísta ha conservado el recuerdo de la huida de los hebreos, mientras que la tradición del éxodo de expulsión podría encontrarse en la fuente yahvista.

En realidad, este punto de vista resulta excesivamente simplista y no tiene en cuenta la influencia que algunas tradiciones tuvieron sobre otras, influencia que pudo ya tener lugar en Cades, cuando el grupo de Moisés encontró allí algunos clanes que conservaban el recuerdo de la expulsión de sus antecesores de Egipto, tres siglos antes. Pero si admitimos la existencia de dos éxodos, se plantea inevitablemente la cuestión de saber a cuál de los dos hemos de atribuir el milagro del mar. En un libro muy sugestivo (A la recherche de Moïse, Cerf, 1979), H. Cazelles ha demostrado que, para el elohísta, Moisés llegó al desierto merced a una espesa nube que le ocultaba de la vista de los egipcios. Para el yahvista, por el contrario, un viento del este secó el mar en el norte de la península sinaítica, en las cercanías de Baal-Safón, lo que permitió el paso a los hebreos. Heredero de las tradiciones del sur, el yahvista relacionó pues el milagro del mar con el éxodo de expulsión; se referiría así a la hipótesis, planteada a menudo, de un desecamiento de una banda de tierra entre el Mediterráneo y el lago Sirbonis.

Pero R. de Vaux, que se muestra más crítico de cara a determinadas localizaciones para establecer las etapas de la marcha hacia el desierto, relaciona el milagro del mar con el éxodo de huida, aunque admite que, en el estado actual del estudio de textos, este milagro se presenta bajo dos formas. Según la primera, Moisés dividió el mar en dos para que sus seguidores pudieran pasar pisando en terreno firme; para la segunda versión, no es Moisés, sino Yahvé en persona quien acudió en ayuda de los que huían, poniendo al viento en movimiento, así como al fuego y a las nubes. Además, no se trata tanto de la dificultad que los israelitas encuentran para atravesar el mar, cuanto del aniquilamiento de los egipcios. Esta conclusión es importante, pues tiene similitud con el viejo cántico de Myriam: "¡Quiero cantar al Señor; soberana es su victoria! ¡Ha lanzado al mar al caballo y al caballero!" (Ex 15, 1). De todos modos, estas dos versiones son incompatibles, y la hipótesis de la destrucción del ejército egipcio ofrece mayores garantías de verosimilitud.

Es igualmente significativo encontrar esta dualidad fundamental en otros detalles que se refieren, en este caso, a la marcha por el desierto. Es el caso de los milagros del maná y las codornices, que es un doble milagro en uno. En efecto, el fenómeno del maná proviene del Sinaí central (área geográfica de unos insectos cuya picadura provoca en primavera la secreción del tamariz), mientras que el de las codornices sólo ha podido producirse a lo largo del mar, y solamente en otoño, cuando las aves migratorias se abaten sobre la arena como consecuencia de su agotadora travesía. De nuevo habría que relacionar a las codornices con el éxodo de expulsión y al maná con el éxodo de huida. A menos que el maná del Sinaí central (Nm 11, 7-9), que era amarillo y tenía gusto a miel, no sea el mismo que el maná de Ex 16, que era blanco...

Si la explicación del milagro del mar suscita preguntas muy difíciles de resolver, ¿qué decir de los problemas, aparentemente insolubles, que suscita la localización de la montaña de Dios? ¿Se trata del Sinaí? ¿El Ho

reb y el Sinaí no forman más que una sola montaña? ¿Quizá Moisés deseaba llegar a la tierra de Madián, donde tuvo la revelación del nombre divino, y en la que algunos investigadores han querido ver la cuna del yahvismo? De nuevo, se da un paso hacia la solución de este dilema si se acepta que el problema de la localización depende de dos corrientes, que reposan ambas en la manera de enfocar las tradiciones del Exodo y del Sinaí. Si separamos estas tradiciones, separamos también la montaña de Dios del Sinaí; si, por el contrario, admitimos su unificación anterior a la entrada en Canaán, el Sinaí y la montaña de Dios se reunifican.

La tradición de la estancia en Madián y del casamiento madianita de Moisés son, en todo caso, ciertas. Tales hechos no pudieron ser inventados si no fueran históricos, ya que la hostilidad entre Israel y Madián iba creciendo. En cuanto a suponer un origen madianita al yahvismo, R. de Vaux estima que es esta una hipótesis imposible de verificar. De lo que sí hay que tener conciencia es de la importancia de la región del golfo de Aqaba, calificada por M. del Buti como "tierra de la revelación". En ella se erige la montaña de Edom, así como también la de Séir, relacionada con el nombre de Yahvé (Jue 5, 4); allí convergen los edomitas y los madianitas, así como los descendientes de Caín; finalmente, es también en esta región, cerca del oasis de Cades, donde el grupo efraimita de Moisés se unió a las tribus del sur palestino.

¿Y el Sinaí? R. de Vaux, que ha estudiado minuciosamente la cuestión de las localizaciones, confiesa su preferencia por la localización tradicional, pero no deja de admitir que la montaña podría estar situada menos lejos de lo que habitualmente se admite. Se pregunta, incluso, si el emplazamiento del Sinaí no recubriría una región, un desierto por ejemplo, en donde debía de elevarse la montaña de Dios, cuyo nombre propio era "Horeb". H. Cazelles, que intenta describir la epopeya de Moisés por los resultados de las excavaciones arqueológicas, ha sugerido que la primera etapa del viaje podría haber llegado a Serabit el Khadim, en la parte occidental del Sinaí central, donde se encontraban explotaciones mineras, así como también un templo de la diosa Hathor, flanqueado por un santuario consagrado al dios Sopdu, identificado con el dios El de los semitas. Las condiciones de acceso al lugar sagrado podrían haber suministrado la materia prima para las tablas de la ley. Desde allí, el grupo debió de dirigirse al golfo de Aqaba por el nordeste.

Por otra parte, merece ser precisado el relato de la zarza ardiente (Ex. 3) desde el punto de vista del análisis literario, pues en él aparecen huellas que se relacionan tanto con la fuente yahvista como con la elohísta, concordando ambas en situar en el desierto la revelación del nombre divino y de la teofanía que lo acompaña. Pero, mientras que la fuente elohísta no conserva más que el recuerdo de la revelación del nombre y de la misión de Moisés, la fuente yahvista relata la teofanía. Además, el yahvista traduce el término "zarza" por la palabra *senéh*, expresión poco frecuente en el Antiguo Testamento, que recuerda evidentemente a la palabra Sinaí. Así, si relacionamos Dt 33, 16 con el viejo cántico de Débora (Jue 5, 5), Yahvé es

al mismo tiempo "el que habita en la zarza" y "el del Sinaí". De ahí que podamos preguntarnos si el yahvista "no ha identificado la manifestación de Dios en la zarza sagrada con su manifestación en la montaña santa" (H. Cazelles), ya que entre estas dos interpretaciones no hay más que un paso, y parece normal relacionar el fuego de la zarza con el monte Sinaí.

Pero la teofanía del Sinaí es, en sí misma, de difícil y delicada interpretación. Aunque los autores están de acuerdo en admitir la presencia de dos tradiciones, divergen en la distribución de los versículos. Así, según R. de Vaux, Ex 19, 16 pertenecería a la corriente elohísta, pero para H. Cazelles habría que atribuirlo a la fuente yahvista. De todos modos podemos concluir que, sin prejuzgar la influencia de la liturgia en la redacción del texto, los autores coinciden en general en repartir en dos grupos los fenómenos que acompañan a la manifestación divina. Según el primero de estos grupos se trataría de una tormenta; según el segundo, de una erupción volcánica. Para R. de Vaux, la tradición elohísta de la tempestad sería más antigua; remite, evidentemente, al dios cananeo de la lluvia, representado frecuentemente blandiendo un rayo. Es entonces interesante observar que en 1 Re 19, el mismo elohísta priva a Yahvé de los atributos de Baal, lo que demuestra una voluntad evidente de purificar la noción de Dios. En cuanto a la fuente yahvista, se le atribuyen los fenómenos telúricos; siempre según R. de Vaux, podría tratarse de rasgos prestados, que caracterizarían el interés que los contemporáneos atribuían a Salomón por los fenómenos atmosféricos, extraños en Israel, pero frecuentes, por ejemplo, en el país madianita.

Un libro en el que todo comienza dualmente: así aparece el libro del Exodo; pero hay que añadir inmediatamente que esta dualidad no tarda en disgregarse.

LIBERADOS

El *Exodo* es para Israel el Libro de los libros, el núcleo de la Escritura, pues da testimonio tanto del origen de su historia como de su obediencia al Dios liberador. La Pascua recordará cada año esta liberación. Trabajos forzados a perpetuidad, servidumbre, inexistencia... de toda esta esclavitud van a ser arrancados los hijos de Israel. El nacimiento del Pueblo se inicia con una "salida" y un éxodo. Ya en el desierto, experimentarán la libertad. En adelante estarán "de pie", en lugar de tener que doblar la espalda bajo el yugo del faraón. Estarán reunidos para formar un pueblo, en lugar de atacarse unos a otros. Aprenderán el nombre de su Salvador, en lugar de servir a dioses extranjeros.

El Dios de la Biblia será eternamente "el que nos ha liberado de las manos de los egipcios". Sin duda alguna, el Dios de Moisés es Dueño y Señor; en esta historia, a menudo hace "estallar su poder". Pero el Exodo descubre sobre todo que Dios es Dios porque libera. Su nombre hace historia, y su acción se centra en un gesto de liberación. Dios ha visto la miseria de su pueblo e interviene en su favor. "Vino a los suyos." Exodo extraordinario de un Dios que sufre con el sufrimiento de un pueblo al que llama suyo. "Soy el Señor" podría ser la revelación de cualquier Dios, un Dios que no libera, sino que esclaviza: un Dios todopoderoso, Señor y amo. El Dios de la Biblia, el del Exodo, declara: "Yo soy el Señor, tu Dios". En adelante, Dios se compromete, y la historia de los hombres es su historia. Dios se hace próximo y afirma: "¡He decidido ocuparme de vosotros!". Dios arranca al hombre de la opresión que le mantenía como esclavo y, año tras año, la noche pascual será noche de esperanza. El Dios del Exodo revela su nombre al mismo tiempo que obra. "Yo soy el que soy". La revelación se cumple cuando los hombres se encuentran de nuevo en pie, libres.

Dios revela, Dios salva, Dios crea un pueblo. Pero no es fácil ser hombres libres... Los hijos de Israel saben esto desde el mismo día de su salida. Las lámparas están apagadas, la fiesta acabó. A los acentos gloriosos del cántico de Moisés suceden las quejas y las murmuraciones. Ya nada está seguro para Israel, que echa de menos enseguida las pseudoseguridades del universo preestablecido del faraón y del alimento de Egipto. Los hijos de Israel no tendrán bastante con sus cuarenta años de peregrinación por el desierto para realizar su verdadera Travesía y el aprendizaje de la Liberación. Pues éste es el verdadero Exodo: no decir ya nunca "nuestra salvación está en nuestras manos". Se trata de descubrir las nuevas relaciones que Dios ha instaurado al revelarse como "el Señor, tu Dios".

¿Es el Exodo una vieja epopeya? ¿Y si fuera nuestra propia historia, a la que Dios nos lleva para descubrir que se ha convertido en "nuestro

prójimo"? ¿Y si esta "vieja historia" despertase en nosotros la historia siempre nueva de nuestra liberación, la marcha incesantemente reemprendida que nos permite emerger un poco, por encima de todos los determinismos que envenenan nuestra vida —la travesía de la "muerte" que nos lleva a capitular—, hacia la vida que hay que conquistar en medio del riesgo de una existencia en el desierto?

Exodo que es nuestra salida y nuestra Pascua, cuando la unidad se lleva a cabo a despecho de todos los factores de muerte y de disgregación ("Moisés volvió con los suyos"), cuando la libertad emerge sobre todos los determinismos que la asaltan tanto del interior como del exterior (¿"Quién soy yo para ir al Faraón?"... "El rey de Egipto no os dejará ir si no es forzado por mano poderosa"), cuando la solidaridad y el amor prevalezcan sobre la inercia y el odio. ("Moisés vio cómo un egipcio maltrataba a un hebreo"... "Es el pan que el Señor os envía para comer").

"En cada generación, afirma la Mishna (Pesahim, 10, 5), cada hombre debe considerarse a sí mismo como si hubiera salido de Egipto personalmente. Pues está escrito (Ex 13, 8): "Dirás entonces a tus hijos: Esto es en memoria de lo que por mí hizo Yahvé, porque con su poderosa mano te ha sacado Yahvé de Egipto".

*
**

**¡Bendito sea el Dios Eterno
que nos hizo salir de la tierra de esclavitud,
Dios que da la libertad
y se preocupa por su pueblo!
¡Seas bendito, Dios de Jesucristo,
Padre que nos llevas a la tierra prometida,
Dios que nos engendras en la libertad del Espíritu!
En el corazón de la noche,
tomas partido por nosotros:
rechazas a la muerte que nos amenaza
y denuncias lo que nos aprisiona
Has marcado nuestra vida para siempre
con la huella de tu victoria:
al alba, con tu Hijo resucitado,
nos harás salir de nuestras tumbas.
Que el calor de su Espíritu
nos despierte de nuestro sopor,
y que pasemos a la otra orilla,
al desierto del encuentro.**

OPRESION

Exodo 1, 8-14, 22. *Las dos ciudades de Pitom y Ramsés pertenecen a la zona ya citada de Gosen, situada en la parte oriental del delta del Nilo. La tradición señala este país como primera habitación de los semitas, y más tarde de los hicsos, que reinaron en Egipto durante siglo y medio, hasta que comenzaron a llegar numerosos pueblos nómadas en busca de agua para sus rebaños. Los hijos de Jacob se habían instalado allí a su llegada a Egipto, mientras que los sasú, pueblo del sur del mar Muerto, nomadizaban entre la región del Delta y Araba. "Alzóse en Egipto un rey nuevo, que no sabía de José". Este rey ha sido identificado como Ramsés II. Así pues, este faraón no sólo era el heredero de los que habían expulsado a los invasores hicsos, sino que proseguía incansablemente la reconquista de las regiones del nordeste egipcio. Desconfiaba, pues, de los semitas, pueblo extranjero que podía revelarse como enemigo peligroso en caso de guerra o de revuelta; los empleaba en rudos trabajos de mortero, de ladrillos y del campo, en la construcción de las ciudades guarnición, como Pitóm y Pi-Ramsés. El trabajo no era especialmente penoso, pero era sentido como una servidumbre y, por consiguiente, como una humillación insoportable por parte de los orgullosos nómadas.*

El Dios de Moisés vino, pues, a liberar a los suyos de esta esclavitud. No sin alegría, el autor sagrado insiste en la inutilidad de los esfuerzos del faraón por someter a este pueblo. Cuanto más se oprimía a los hebreos, más se rebelaban y se multiplicaban. Incluso la orden de matar a todos los niños de esta raza fracasó, ya que Moisés logró sobrevivir. El texto da a entender la fuerza de Yahvé, cuya prudencia vencerá y suplantarán a la de los egipcios.

El salmo 123 debe ser cantado por un grupo de personas y forma parte de una colección de cantos redactados sobre el modelo de los salmos de acción de gracias. La fórmula "Israel puede decirlo" lo ha transformado en salmo nacional pero los versículos que evocan los fracasos del pasado expresan perfectamente la humillación que sufren los hebreos en Egipto.

Mateo 10, 34-11, 1. *Ya que es lugar en donde se da testimonio de Dios, la Iglesia no tiene razón de existir por sí misma, sino que existe por el mensaje que proclama y que la supera desde cualquier punto de vista. En este sentido, la acogida reservada a los discípulos es más que un simple gesto de hospitalidad: es la acogida del reino de Dios.*

La gran contestación que recibe el mensaje evangélico no debe desanimar a los mensajeros; se explica por la importancia que supone anunciar el Reino. La paz o la espada... Pero ¿cual es esta paz proclamada por los discípulos y que puede volverse contra ellos si la casa no es digna? Una

paz que supone en sí misma un desgarramiento, la paz del Reino, rica en bienes divinos, pero que exige a cambio una opción clara, aun a costa de la división de las familias. Jesús es esta paz; El es esta espada, esta palabra cortante que ha dividido a la hija de Sión. Es el obstáculo plantado en medio del camino, la luz que ilumina y que inspecciona el corazón de los hombres. Podemos estar con El o contra El, pero ¿quién es digno de estar con El? ¿Qué casa es digna de recibir la paz de Dios, sino la que no se avergüenza de El ante los hombres?

**

De la esclavitud a la Alianza: así podemos resumir el itinerario seguido por todo un pueblo. De la tierra de la esclavitud, se levantó para entrar en el país de sus padres; de la tierra extranjera vuelve y descubre el nombre de Dios, de su Dios. Exodo de Israel, en el que un pueblo pasa del miedo a la libertad. Larga marcha de un pueblo que no constituía un pueblo —aprisionado en los "ghettos" egipcios— y que en adelante vibra cuando reconoce y evoca esa historia, que es la suya, y se transmite la tradición de su fundación.

Hermanos, emprendemos el mismo itinerario. ¿Qué sería nuestra fe si no hundiera sus raíces a esta profundidad? Dios nos ha liberado, hemos sido arrancados de la servidumbre y nos hemos librado de nuestros miedos, para constituirnos como un pueblo libre.

"Sometieron los egipcios a los hijos de Israel a cruel servidumbre"... Los hijos de Israel fueron extranjeros en una tierra que habían adoptado como suya. Nosotros también estábamos oprimidos, sometidos a servidumbre; mirad cuál es nuestra esclavitud: nuestra tierra no es nunca completamente nuestra. Extranjeros a nosotros mismos, en la imposibilidad de comprendernos verdaderamente, nos apoderamos de las tierras inexploradas de nuestro propio interior. Por no hablar de la servidumbre de los sentidos o de los sentimientos: ¿quién puede pretender ser completamente dueño de sí mismo?

Extranjeros unos de cara a los demás, no podemos vivir realmente si no es abriéndonos al otro y siendo recibidos por él. Y sin embargo, por la fuerza de las cosas, por la maldad de los hombres o por nuestras propias dudas interiores, somos rechazados, ignorados, reducidos a nada. ¿Cuántos hombres incommunicados en el sinsentido de una vida que siente a la muerte más como una liberación que como una desgracia! Si tantas imágenes de guerra pueden darnos una impresión anticipada del fin del mundo, no es porque veamos en ellas sólo "un diluvio de hierro y de fuego", sino porque ese diluvio tiene el rostro de un pueblo que aniquila a otros pueblos.

Extranjeros a nosotros mismos, extranjeros para nuestros semejantes, extranjeros en nuestro propio mundo: ¿quién no se siente superado por los acontecimientos, abrumado por las fuerzas económicas, políticas,

sociales, esas fuerzas que le aplastan, juguetes de un engranaje que nadie puede dominar del todo?

Estamos exiliados en tierra extranjera, sometidos a prueba por nuestros semejantes o por los acontecimientos, pidiendo a gritos justicia y bondad, sin encontrarlas. Nos sentimos trágicamente inclinados a pensar que ninguna mirada de ternura se fijará en nuestros rostros, y que ese Otro misterioso que se perfila, inalcanzable, tras los enigmas del universo, tiene un aspecto inquietante y una faz de monstruo. Así pues, es cierto: estamos sometidos a dura esclavitud. Alrededor nuestro se ciernen contornos de muerte y de luto: ha llegado la hora de que Dios se alce y actúe en favor nuestro...

*

**

**Señor, hemos oído decir muy a menudo
que no eres un extraño para nosotros,
que no estás lejos de quienes te invocan.
Contempla nuestra miseria,
oye el grito que se alza de esta tierra inhumana;
rompe el aislamiento de nuestros miedos,
libéranos de tanta soledad,
libranos de la muerte que nos acecha.
Intercede a nuestro favor,
sé liberador nuestro.**

*

**

**Te rogamos, oh Dios,
por los hombres oprimidos
y sometidos a duras cargas
y por cuantos sufren condena
a trabajos inhumanos.
Te rogamos, oh Dios,
por las minorías rechazadas,
por todos los que tienen miedo;
por los inmigrantes tratados
con temor y desprecio.
Te rogamos, oh Dios,
que no hagamos sufrir
a nuestros semejantes bajo el yugo
de una pena que nos negamos
a soportar nosotros mismos.**

**Escúchanos, Dios de la libertad,
danos un corazón justo y compasivo,
danos valor para luchar
por nuestros hermanos
con la energía de la fe,
y la voluntad de tu amor.**

Leer y comprender a Mateo *Jesús, signo de contradicción* (caps. 11-12)

El sermón de la montaña y el relato de las gestas de poder han puesto de manifiesto la autoridad de la que Jesús ha sido investido después de su bautismo, autoridad transmitida a sus discípulos. El discurso de la misión, por otra parte, deja adivinar la forma en que esta autoridad fue percibida en vida de Jesús; en efecto, no deja de poner en guardia a los Apóstoles ante las dificultades que les esperan. Es ostensible el lazo temático que une al capítulo 10 con el 11 y 12: el anuncio de las persecuciones posibles va unido al consuelo que representan los milagros relatados en los capítulos 8 y 9; estas actitudes de poder tenían el objeto de revelar el ser profundo de quien las llevaba a cabo. Aparecen como gestos de provocación a los ojos de quienes fueron sus testigos presenciales. Tenían también un valor de prueba, puesto que daban testimonio del Reino y sometían a juicio a los hombres. El que acogía de buen grado el Reino que estas acciones revelaban, era digno de El; el que aceptaba estas acciones como obras de Cristo, estaba salvado. Pero muchos contemporáneos pusieron en duda el mensaje, y el resultado a este respecto es claro: a un lado están los sabios, al otro los ignorantes. Llegará un día en que Jesús dará gracias al Padre por haber revelado todo esto a los "ignorantes" y por haberlo ocultado a los sabios.

Pero en la obra de Mateo se hace siempre alusión a la Iglesia. Lo mismo que el discurso de la misión anunciaba a los discípulos las persecuciones que les aguardaban, los capítulos 11 y 12 dan cuenta de la situación de la Iglesia de Mateo. Están los discípulos de Juan Bautista, por ejemplo, que continúan oponiendo la autoridad de su maestro a la de Jesús; Mateo los remite a las palabras que Jesús había pronunciado hablando de Juan, cuando éste se veía, en su prisión, confrontado a un mensaje de amor y de bondad, mientras él hablaba del temible juicio de Dios: "¡Bienaventurado aquel que no se escandalice de mí!" Aparecen también los rabinos, que a partir del año 70 habían sucedido a los escribas y lanzaban violentos ataques contra el cristianismo naciente. El evangelista se esfuerza en recordarles que la familia de Jesús está constituida por los que hacen la voluntad del Padre. Y finalmente, en el relato de Mateo aparece constantemente evocada la Iglesia de todos los tiempos, cuya palabra y obras serán siempre contestadas.

VINO A SU CASA

Exodo 2, 1-15a. También aquí el nudo del relato se deja adivinar fácilmente; está en la explicación del nombre de Moisés. En hebreo, Moisés se dice Moshé; qué cosa más simple, entonces, que relacionar este nombre con el verbo masha, "sacar", y sugerir que evoca no sólo la intervención de la hija del faraón sacando a Moisés de las aguas del río, sino sobre todo la de Dios. En efecto, la historia del niño sacado de las aguas es sin duda la del pueblo salvado del mar.

Pero, en realidad, Moisés deriva del egipcio mesu, que significa "proveniente de", "hijo de" y se encuentra, por ejemplo en un nombre como Ramsés (Ra-masés, hijo de Ra). El nombre de Moisés evoca, pues, su adopción por parte de la princesa egipcia, y orienta la investigación hacia otras historias de niños abandonados y recogidos, como la de Sargón en el siglo xxv antes de Cristo. El historiador sagrado ha querido poner al fundador del pueblo judío al mismo nivel que los grandes personajes de la historia.

Y finalmente, ¿de quién es hijo Moisés? Otros textos se han preocupado de proveerlo de un estado civil; pero, en resumidas cuentas, ¿no es preferible adoptar la explicación popular? Al igual que Noé en su arca, Moisés, en su cestilla, fue salvado por Dios; y ambos hombres hicieron nacer una humanidad nueva. Antes, Moisés tuvo que abandonar Egipto y llegar al desierto, a la tierra de Madián, al este del golfo de Aqaba; allí encontró al Dios de sus antepasados. Este exiliado es ya fiel reflejo de las aventuras del pueblo judío.

Mientras que el relato del nacimiento de Moisés está enfocado de lleno sobre el porvenir, el salmo 68 es una queja individual, en la que el autor describe la precariedad de su situación y habla de su esperanza de poder dar gracias muy pronto.

Mateo 11, 20-24. Las obras de Jesús dan testimonio del Reino que anunciaba, pero muchos hombres han puesto en duda su mensaje. Muchos —y sigue sucediendo en nuestros días— han rechazado al Dios revelado por Jesús. Corozáin, Betsaida y Cafarnaín, tres ciudades de la "primavera galilea", son también las tres ciudades del rechazo. Han recibido más que Tiro y Sidón, las ciudades paganas; y también han recibido un juicio más severo por parte de Jesús. Se hundirán hasta el infierno, como la orgullosa Babilonia (Is 14, 15). Graves palabras que manifiestan el gran sufrimiento de Dios ante la incredulidad del hombre.

¡Sálvame, Dios mío, pues las aguas me suben hasta la garganta!"

¡Larga queja que se entona en tierra de esclavitud! Entre tantos gritos de horror, el llanto de un niño... Cuando la desesperanza parece más fuerte que la vida, un recién nacido se hace luz, una luz que anuncia el final del túnel. Resplandor aún vacilante, que la maldad de los hombres podría apagar; pero Dios no permite que la muerte extienda su poder sin hacer brillar en alguna parte la esperanza de la primavera. El jovencito crecerá; aún no sabe que sobre sus hombros recaerá el porvenir de todo un pueblo.

La historia de Israel va a ser transformada cuando este hombre, que tiene la misma apariencia física que los egipcios opresores, se levante y se ponga en marcha seguido de sus hermanos. ¡Salida impresionante y de capital importancia! ¡En una atmósfera de polvo, sudor y lágrimas de sangre, Moisés vuelve a ser de nuevo Judío! Vuelve con los suyos, y esta vuelta constituye para todo un pueblo un acto de renacimiento. "Moisés fue testigo de la opresión en que estaban sus hermanos". Confrontado a la injusticia y a la opresión de un hombre de su misma sangre, siente en su propia carne la herida del otro; descubre a su "prójimo".

Y a la larga es este descubrimiento el que provoca el Éxodo... Dios podrá decir muy pronto: "¡He visto la miseria de mi pueblo!" ¡Salida impresionante que contiene el germen de la liberación futura!... "Vuelve con los suyos". El Hijo eterno dejará la compañía del Padre para ir con sus hermanos. Entre los gritos de horror, un recién nacido escapará de la masacre de los poderosos. Dios no dejará de acudir en favor de los oprimidos y de tomar partido en el combate de la vida. "Pero los suyos no lo recibieron"... "¿Quién te ha nombrado juez y parte entre nosotros?"... Jesús será rechazado entre los de su sangre, encerrado en la noche de un sepulcro, pero volverá; y ese día será el júbilo y la fiesta de la vida. Moisés volverá de Madián a reunirse con los suyos, y ese día comenzará la liberación del pueblo...

**

**Sálvanos, Señor,
de tantos miedos como nos embargan.
¡Nuestros detractores son demasiado numerosos,
y los que nos esclavizan son demasiado fuertes!
Haz llegar hasta nosotros a nuestro liberador:
¡que asuma nuestra defensa
y que nos lleve al lugar donde mora tu paz!**

**

**Tu Hijo amado ha salido de ti
para venir a los suyos,
exiliados en tierra demasiado ingrata.
Ya que somos sus hermanos,
permítenos, Padre todopoderoso,
arribar con El a la tierra de la libertad.**

MARCADOS A FUEGO

Exodo 3, 1-6. 9-12. *Llegado al monte de Dios, un día que había llevado a su ganado más allá del desierto, Moisés oyó la llamada de Yahvé que le decía que tenía que liberar a sus hermanos. Así empieza la historia del Exodo.*

En esta montaña Moisés se encontró en presencia de lo sagrado. Se sintió al mismo tiempo fascinado y presa de un temor respetuoso. Tomó conciencia de que el suelo que pisaba era una tierra sagrada y dio una vuelta antes de acercarse cautelosamente a mirar. Después de él, Isaías en el templo y Pedro en su barca de pescador vivirán la misma experiencia, pues Dios llama siempre desde la oquedad de lo cotidiano. De momento, es un humilde pastor el elegido para ser guía de su pueblo. Pero introducirse en la experiencia de lo sagrado supone, en primer lugar, tomar conciencia de los límites de su condición de criatura humana y reconocer su pecado ante Dios, tres veces santo. Como para los profetas y más tarde para los apóstoles, la experiencia desemboca en una misión que hace comprobar al elegido la medida de su propia incapacidad. "Y quién soy yo para ir al Faraón y sacar de Egipto a los hijos de Israel?". Moisés tiene que aprender aún que cuando el Señor llama, también da la fuerza necesaria. Por el momento, le da un signo: una vez liberado, el pueblo acudirá a dar culto a Dios en la montaña en la que ahora se encuentra Moisés. "Servir a Dios en esta montaña" es el objetivo último del Exodo. En efecto, el pueblo será liberado no para perder su identidad en una libertad anárquica, sino para servir de testimonio de la benevolencia divina en medio de las naciones. Los antiguos esclavos serán entonces el pueblo de Dios.

El salmo 102, que proviene seguramente de los ambientes piadosos del templo, invita a la alabanza.

Mateo 11, 25-27. *"Porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes y se las has dado a conocer a los sencillos y pequeños". Estas palabras de Jesús se relacionan habitualmente con Dn 2. Se trata, en efecto, de una revelación. De una parte, están los magos caldeos, que se muestran incapaces de interpretar el sueño de Nabucodonosor, cosa que tampoco pueden hacer los sabios (léase: los escribas), tan ocupados en escrutar la Ley que no aciertan a interpretar los signos de los tiempos; de otra parte están los humildes (los discípulos), que se reúnen con Daniel y sus compañeros.*

¿Qué es lo que se oculta a los primeros y es revelado a los segundos? Es el advenimiento del reino de Dios (Dn 2, 44). Daniel lo ha identificado en el sueño del rey; los discípulos lo discernen en las obras de Jesús. En efecto, mientras que Juan Bautista había hablado de un juicio temible (cfr. Mt 3, 12), Jesús se ha presentado como "manso y humilde de cora-

zón" (Mt 11, 29), como un sencillo, un auténtico discípulo del Padre que, en el bautismo, se ha reconocido en El. Los secretos del Reino le han sido confiados para que los revele a quienes se muestren dignos de ello. En efecto, el conocimiento de estos misterios no es en modo alguno privilegio de una secta de iniciados, sino que pertenece a los "corazones puros", es decir, a todos aquellos a los que Dios hace capaces de adivinar, más allá de las palabras y de los gestos de Cristo, la intimidad unificadora del Padre y del Hijo. Estos son verdaderos profetas.

**

"Apacentaba Moisés el ganado de Jetró, su suegro" Después de haber vuelto a los suyos y de no haber sido reconocido, el pastor Moisés no tiene otra perspectiva que la de viajar indefinidamente con los rebaños de su suegro a través de los paisajes desérticos, sin punto de referencia. Y de pronto, bruscamente, un acontecimiento brota en el relato: "Se le apareció el Angel de Yahvé..." La visión rompe toda norma y toda referencia. "La zarza ardía y no se consumía..." "Quita las sandalias de tus pies, que el lugar en que estás es tierra santa". ¿Quién es Dios, que ve la miseria de su pueblo y quiere llevarlo inmediatamente hacia la tierra de la libertad? Moisés se acerca al fuego, y su destino estará ya para siempre marcado por este encuentro: "¿Quién soy yo?... "Yo te envío, yo estaré contigo".

Hermanos, ¿habéis mirado durante largo tiempo el fuego, el fuego que arde en la noche? Fascina, atrae, vive, pero no lo podemos coger ni tocar. ¡Fuego de Dios! Dios es ese "Yo soy"; su nombre es indescriptible, misterio insondable que nos hace contemplar incansablemente hasta fundirnos en El y no ser más que una sola cosa con El. Dios nos dirá su nombre y estaremos marcados para siempre con el fuego encendido, y llevaremos en nosotros la cicatriz de su pasión devoradora. Nadie puede ver a Dios sin que sus ojos resulten quemados por el fuego del Espíritu Santo. Nadie puede probar a Dios sin que su corazón conozca una nueva hambre. Nadie puede creer sin que su plegaria se convierta en grito de un inmenso deseo. Nadie puede hablar de Dios sin conocer el silencio, pues el nombre de Dios está más allá de las palabras que lo nombran.

"Nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiere revelar". ¿Quién hablará de la gloria de Jesucristo, hombre entre los hombres, icono de Dios bajo los rasgos del más humilde de los hombres? Dios no hace ruido. Se revela entre los signos de su presencia, a través de la fe. Una fe ardiente como un amor. "¡Yo te alabo, Padre, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes y se las has dado a conocer a los sencillos!". Sólo un corazón de niño puede acceder al amor verdadero, a la fe. Es conveniente para nosotros que el fuego nos impida aproximarnos: no podemos contemplar a Dios como se sopesa un idolo. "Nadie conoce al Hijo, sino el Padre". Es conveniente para nosotros contemplar a Jesús con el rostro cubierto, pues no se puede hablar de El como se hace la demostración de un teorema.

Moisés se cubrió el rostro, pues temía mirar a Dios. Pronto conocerá verdaderamente a Dios: cuando su pueblo deje la tierra de esclavitud, verá a Dios, "que ha visto la aflicción de los suyos y escuchado su clamor". Sólo se conoce de veras el fuego cuando se ha sentido en la propia carne su mordedura. Nosotros sólo conocemos verdaderamente la fe cuando sentimos en nuestro interior la quemadura del Espíritu Santo. Dios se revela a nosotros "de espaldas"; hasta el día de la comunión eterna, en que le veremos frente a frente, sólo sabremos por su huella que El ha estado allí; en un fuego que no se consume, en una palabra que no agota su misterio, en un rostro que siempre queda por descubrir, en un signo que nos remite siempre a un más allá ardiente.

*
**

**Zarza ardiente, fuego que arde sin consumirse,
Dios sólo se da a conocer a los corazones
que conocen la mordedura del Espíritu.
¿Aprenderemos su nombre
en los humildes signos que nos ofrece?
¿Tendremos un corazón de niño
para reconocer esa voz que despierta en nosotros la fe?**

*
**

**Como fuego que va y viene en la noche,
así tu mirada horada lo más profundo de nuestros silencios.
¿Como una llamarada que hace de pronto nacer el día,
así tu Espíritu atraviesa el vacío de nuestras esperanzas!
Como una chispa capaz de abrasar el horizonte,
así tu Aliento aviva nuestros amores.
¿Dios de la Zarza ardiente, te alabamos!**

*
**

**¿Santa es esta tierra
en la que tu amor arde sin consumirse,
santo este lugar
en el que nos llamas por nuestro nombre!
No permitas, Señor,
que pronunciemos el tuyo
sin haber escuchado tu palabra;
no permitas que oigamos a nuestros hermanos
sin haberles revelado antes tu amor.**

Jueves de la decimoquinta semana

UN NOMBRE QUE HACE HISTORIA

Exodo 3, 13-20. *Para comprender este pasaje, es necesario remitirse a la época de redacción del libro del Éxodo. El contexto es el del siglo VIII antes de Cristo, en el reino del norte, con la situación creada por la sedentarización de las tribus y la adopción más o menos generalizada del culto a los baales, los dioses cananeos de la fertilidad. Esta es la época de Elías y Oseas, que se irguieron entonces como defensores del Dios de los patriarcas; es también la del escritor elohísta, cuyos escritos perseguían el mismo fin que la palabra de los profetas.*

El elohísta quiere explicar el nombre de Yahvé a sus contemporáneos. Este propósito está tanto más justificado cuanto que, en el culto a la fertilidad, las fórmulas mágicas juegan un gran papel y requieren una pronunciación muy exacta del nombre de la divinidad evocada. ¿Qué explicación sugiere el escritor? Utilizando el juego de la paranomasia, relaciona el vocablo "Yahvé" con una forma simple del verbo "ser" (hâwâh); R. de Vaux propone traducirlo por "Yo soy el que Existe".

En todo caso, no hay que caer en la tentación de dar a la explicación un sentido metafísico, que no sería acorde con el pensamiento hebraico. Podemos hacer varias observaciones a este respecto. En primer lugar, en el versículo 10, Dios llama a Israel "su pueblo", afirmando así la existencia de lazos privilegiados entre ellos. Además, en el v. 12, al confiar a Moisés un signo, Yahvé había añadido: "Yo estoy contigo". Sin duda, el Dios de los antepasados había estado también con Abraham, con Isaac y con Jacob, pero entonces era a título personal o familiar. Aquí, "Yahvé esta con Moisés al servicio del pueblo" (R. de Vaux) para hacerlo salir de Egipto. Por tanto, en el acontecimiento mismo del Exodo es donde el pueblo va a saber que su Dios es el Único Existente, un dios "que no tiene una historia divina a la manera de los dioses paganos de la mitología, porque él es siempre, sencilla y absolutamente, el Existente, que dirige la historia humana; un Dios que se manifiesta no en los fenómenos naturales de un ciclo de estaciones cronológicas, como los dioses de la fecundidad y de la vegetación, sino en acontecimientos que se suceden en el tiempo y que él dirige siempre hacia un fin" (R. de Vaux).

"Es el memorial por el que me alabaréis": Israel no olvidará nunca que Yahvé lo ha conducido "de la servidumbre al servicio". El salmo 104 invita a recordar y a dar gracias.

Mateo 11, 28-30. *"Mi yugo es llevadero y mi carga ligera". Las palabras de Jesús tienen un sabor innegable a polémica. Alude a los escribas que, cifrando su esperanza en una observación excesivamente rigurosa de la Ley, habían acabado por imponer una carga insoportable a la "gente sencilla", a quienes por otra parte ellos desdeñaban. En el fondo de sus palabras, Jesús propone una ley sencilla, que se resume en un solo mandamiento: el del amor.*

Ciertamente, esta ley no deja de ser tremendamente exigente, y todo hombre es deudor de ella, pero no deja de ser la ley de un Dios de amor y de misericordia. Conviene recordar aquí que las bienaventuranzas son un don del Reino, un don gratuito, y no virtudes que el hombre tenga que adquirir. Cuando los escribas hablan de méritos, Jesús habla de la simple aceptación del Reino en la fe. Por eso puede afirmar, muy justamente, que es "manso y humilde de corazón"; ante todo, es un ser pequeño y humilde a quien el Padre ha confiado todas las cosas. Si queremos conocer vida, tenemos que adscribirnos a su escuela de sabiduría.

**

"Yo he dicho: He decidido ocuparme de vosotros y de lo que se os hace padecer en Egipto. He dicho: He bajado para libraros de las manos de los egipcios y subiros de esa tierra a una tierra fértil y espaciosa, una tierra que mana leche y miel, la tierra de Canaán". Esto es lo que Dios afirma para ser identificado: "¡He decidido ocuparme de vosotros!". Esta es la única afirmación que autoriza a Dios a decir "Yo soy" y a dirigirse al hombre diciéndole "Tú": "El Señor tu Dios, el Dios de los hebreos, ha venido a buscarnos".

Los hombres habían intentado siempre designar a sus dioses. Simbolismos mitológicos, representaciones sagradas, ídolos cuyos favores se intenta conseguir a cualquier precio; estas creaciones de los hombres no tienen nunca en cuenta la tierra de los hombres. Los dioses de los hombres son tan divinos que se desinteresan de los asuntos de los hombres, retirados en un mundo alejado del nuestro, en un paraíso en el que viven una vida propia. Este Dios que interpela a Moisés revela su nombre, asombroso, inesperado... Dios se llama "Dios de vuestros antepasados", "el Dios de los hebreos", "Yo soy".

No tenemos otro lugar para hablar de Dios que su relación con la historia de los hombres. Dios no tiene ninguna otra identidad que aportarnos: ha venido al encuentro de los hombres y, en cierto sentido, el futuro de los hombres es su propio futuro. Dios no se define en sí mismo, sino que su nombre aparece ligado a la relación que mantiene con su pueblo a través de una historia de alianza común. Dios entra en la cantera de

nuestra historia y nosotros nos remitimos a nuestra historia con El. Su nombre (y para la Biblia el nombre supone más que una simple designación; revela y, de algún modo, transmite la realidad misma de quien lo lleva), lo que él es, lo sabremos edificando nuestra vida con El. Lo que Dios es, es también lo que será. La historia de los hombres será, de generación en generación, el lugar siempre en movimiento en el que Dios adviene, en donde nace, en el que se engendra.

Dios se ha hecho nuestro "prójimo", Dios se ha comprometido con el destino de los hombres... Aquí está la locura de la fe: ¡Dios ha tomado partido por los hombres! "He decidido ocuparme de vosotros! ¡Yo soy el que soy!" Aquí estamos, remitidos a un nombre que no es exactamente un nombre. Dios es un sin nombre, porque nadie puede tener dominio sobre él. Dios se nombra sólo en su acto. Nunca veremos a Dios de frente, sólo podremos reconocerlo allí por donde ha pasado. Y este paso es bien claro: "He bajado para libraros de esa tierra de Egipto que os oprime". El gesto que revela la identidad de Dios es una liberación. Nuestra fe es fe en un Dios-que-se-hace-con-nosotros. Porque ha decidido hacer suyo nuestro propio futuro.

Tú no eres un extraño para nosotros
y, ya que has decidido alzarte en nuestro favor,
mantenemos la apuesta de pertenecerte.
Hombres de carne y sangre,
hombres rebeldes,
no somos más que tierra,
extranjeros en nuestra propia morada.
Pero tu Espíritu hace de nosotros tu pueblo:
que él nos conduzca al día de la libertad.
Creados de nuevo por su poder,
seremos tu herencia y tu heredad.

**

Dios único, YAHVE, Dios de nuestros padres,
Dios y Padre nuestro, Dios de todos los hombres,
tú eres, tú eras, tú vienes,
tú estás siempre con nosotros,
¡tú estarás siempre con los hombres!
Tu nombre está incrustado en nuestra memoria,
tu nombre hace nuestra historia:
te decimos: ¡Dios mío!
te decimos: ¡Dios nuestro!
todo ser nacido exclama: ¡Dios, Señor!
No eres extraño a nadie,
dices a cada ser viviente:
"¡Voy a ocuparme de tí!"
Dices a cada pueblo:
"¡Soy vuestro Dios!"
Anuncias al esclavo:
"¡Vengo a liberarte!"
Dios único, YAHVE, Dios de nuestros padres,
Dios y Padre nuestro, Dios de todos los hombres,
¡no tenemos otro dios que tú!
Cuando nuestra historia
avanza en medio de tanta esclavitud,
tu nombre permanece grabado en nuestra memoria
y, con todos los demás hombres
te decimos a coro: Dios, Señor nuestro,
liberador nuestro,
nuestro único Dios por los siglos de los siglos.

Viernes de la decimoquinta semana

COMER LA PASCUA

Éxodo 11, 10-12, 14. *Este texto, que ofrece con toda precisión el conjunto de ritos que hay que seguir para celebrar la Pascua, es de origen sacerdotal. Su redacción es, por tanto, posterior a los acontecimientos que describe. Los ritos, sin embargo, conservan el carácter familiar de la fiesta. Desde tiempo inmemorial, los nómadas del desierto festejaban la Pascua en el plenilunio de primavera, en el momento de la partida de la trashumancia, que era también el tiempo en que parían las ovejas. Para asegurarse una buena ruta, los criadores de corderos tomaban un manojo de hisopo y lo untaban en la sangre de un carnero o de un cabrito utilizado para la inmolación y pintaban con él el dintel y los postes de sus tiendas, con objeto de alejar a los malos espíritus personificados en la figura del Exterminador (mâshît). La ausencia de toda mención de un santuario, el hecho de que la víctima tuviera que ser asada y aderezada con hierbas del desierto y los panes tuviera que estar amasados sin levadura, la referencia a la vestimenta de los pastores y la celebración nocturna a la luz de la luna, todos estos detalles revelan el origen nómada de la fiesta.*

¿Qué relación tiene la Pascua con la salida de Egipto? Escuchemos a R. de Vaux: "En una determinada primavera, en el momento en que se celebraba la fiesta por la prosperidad del rebaño antes de la salida hacia los pastos de verano, con ocasión de una plaga que asoló Egipto, los israelitas salieron de Egipto, dirigidos por Moisés en nombre de su Dios Yahvé". ¿Podemos decir algo con relación a esta plaga? Se trata probablemente de una epidemia; pero hay que observar que, como el libro del Exodo establece una relación entre la celebración de la Pascua y la décima plaga, hay que tener en cuenta la hipótesis de los dos éxodos. En efecto, la tradición relaciona esta plaga con el éxodo de expulsión. Nos encontramos, pues, ante una compleja mezcla de tradiciones diversas. Sea como fuere, una vez establecidos en Palestina, los hebreos han unificado definitivamente la celebración de la Pascua con el acontecimiento del Exodo: la fiesta se convertía en un memorial, en una institución perpetua.

El salmo 115 es un salmo de acción de gracias. Los versículos que se cantan hablan de la voluntad del salmista de ofrecer un sacrificio de alabanza; se expresa así el agradecimiento de los judíos, que rememoran las intervenciones de Yahvé en su favor.

Mateo 12, 1-8. "Mi yugo es llevadero y mi carga ligera". Las controversias entre Jesús y sus adversarios se centran a menudo en la interpretación de la Ley. Los fariseos habían reducido la práctica del sábado a una casuística sobre lo permitido y lo prohibido; era tanto como desconocer la

realidad profunda de la práctica del descanso sabático: una irrupción de lo "sagrado en el tiempo" (A.J. Heschel).

"¿Cual es el ayuno que prefiero?" había preguntado Yahvé al profeta Isaías. La verdadera penitencia consiste en hacer caer las cadenas injustas y en romper los yugos. El sacrificio, el culto que es agradable al Señor, consiste en dedicar una atención constante al prójimo, sobre todo al pequeño, al humilde. Más que aplastarlo con cargas pesadas, hay que dar pruebas hacia él de benevolencia y de misericordia.

Pero, en presencia de los fariseos, Jesús se sitúa en el terreno de la discusión rabínica. Invoca en primer lugar el ejemplo de David; luego recuerda otro precedente, admitido por los rabinos: la obligación de la observancia del sábado cede ante las exigencias del culto. Como quien no quiere la cosa, Jesús afirma así su superioridad sobre David y sobre el Templo. El es señor del sábado. El Hijo del hombre es el verdadero señor del sábado.

*

**

Dios se ha adelantado para decir su nombre. Ha sonado la hora de la liberación, la hora del paso de la tierra de la esclavitud a la ruta de la promesa, la hora de la Pascua. Última comida, en la que el Señor marca con ritos externos el sentido mismo del camino que va a abrir a su pueblo. Noche extraordinaria ligada a las noches de las fundaciones: la de la creación, la del sacrificio de Isaac y la obediencia de Abraham, la del advenimiento del Mesías. De siglo en siglo, un niño preguntará: "¿En qué se distingue esta noche de todas las demás?" y, de generación en generación, un pueblo responderá en la comida de Pascua: "¡Dios ha decidido ocuparse de nosotros!". Comida de la intervención de Dios en favor de los hombres que están sometidos a la esclavitud. Marcados con el sello de la sangre derramada por su salvación, los maltratados serán rescatados, los opresores serán derribados. Llegará un día en que el Cordero de Dios, el Inmaculado, derramará su propia sangre por la salvación de la humanidad. Ese día, Dios dará testimonio de sangre y su propia Pascua como alimento.

Comida del Exodo: "Habéis de comerlo así: ceñidos los lomos, calzados los pies y el báculo en la mano". La comida será rápida, de prisa. No hay Pascua más que para aquellos que se levanten y tomen el camino del desierto. No hay travesía sin sacrificio. Hay que dejar todo para recibir todo. La Pascua es una llamada, una fiesta de peregrinación. Es una "travesía" que hay que hacer. Extranjeros en nuestra condición de hombres libres, nos descubrimos alienados y nos apresuramos a levantarnos para conquistar y recibir nuestra libertad.

Comida de la Alianza. "Ese día será para vosotros una institución perpetua, un memorial": Dios firma un pacto de sangre. "La sangre será para vosotros un signo". Llegará la hora en que la copa pasará de mano

en mano como signo de la nueva Alianza. Dios grabará en signos de sacrificio el Amor que llega hasta el fin y que transformará el pan y el vino en signos de su Amor sin vuelta. El paso esencial es el del amor.

Noche de Pascua. Dios ha cambiado el curso de la historia: un pueblo nace, llamado por la Promesa. ¿En qué se diferencia esta noche de las demás sino porque, en el transcurso de los siglos, realiza para los hombres la gran travesía? De una tierra en la que eran extranjeros, pasan a una tierra en la que cada uno de ellos es prójimo del otro, en la que Dios mismo se ha hecho, en verdad, Dios-para-nosotros.

*

**

**Un pueblo que se pone en pie en la noche...
Un pueblo que comparte, a toda prisa, la comida para la marcha.
Esta noche y esta comida
serán para siempre el símbolo de la liberación,
la Pascua salvadora.**

*

**

**Quando se realizaba la inmolación de los corderos de Pascua,
tu Hijo se entregaba incondicionalmente.
¡Por el cuerpo y la sangre del Cordero,
ten piedad de nosotros!
Víctima sin tacha ni defecto,
derrama su sangre por la humanidad.
¡Por el cuerpo y la sangre del Cordero,
ten piedad de nosotros!
El que coma su carne
heredará la vida para siempre.
¡Por el cuerpo y la sangre del Cordero,
ten piedad de nosotros!**

*

**

**Estamos oprimidos, exiliados en nuestra propia tierra;
¡recuerda, oh Dios, tu promesa!
¡Por el cuerpo y la sangre del Cordero,
salva hoy al mundo!
Márcanos con el amor entregado hasta el final,
con la sangre derramada por la multitud;
que el pan compartido sea un memorial para nosotros.
Nos levantaremos y emprenderemos el camino de la libertad,
el éxodo que nos llevará a la paz recuperada.**

LA NOCHE DE LA ESPERANZA

Exodo 12, 37-42. *Después de su instalación en tierras de Canaán, los judíos relacionan la celebración de la Pascua con su salida de Egipto. Aquella noche el Señor había velado por su pueblo; por eso convenía que también el pueblo velase en recuerdo de la intervención divina. Esta tradición ha dado origen a un célebre poema del Targum palestino, llamado el poema de las cuatro noches. El poema presenta las etapas fundamentales del crecimiento del pueblo de Dios: la noche de la creación; aquella otra en la que Abraham recibió la promesa de un hijo; la de la salida de Egipto y, finalmente, la de la consumación del mundo, vivida en esperanza. Este poema traduce, pues, el carácter profético de la Pascua judía, que anuncia la salvación definitiva de la humanidad. De hecho, si los cristianos leen el pasaje de la travesía del mar durante la vigilia pascual, es porque son conscientes de la liberación total, realizada por la muerte y la resurrección de Cristo.*

El salmo 135, que forma parte del gran Hallel, salmo de acción de gracias, es un salmo clásico de la liturgia pascual.

Mateo 12, 14-21. *Al afirmarse como señor del sábado, Jesús ha blasfemado. Sus adversarios se ponen de acuerdo sobre los medios que han de emplear para desembarazarse de él, mientras él se retira de la sinagoga y se va al descampado con los que le siguen. Continúa realizando curaciones, pero prohíbe a los beneficiarios que revelen su identidad. Para los discípulos, a quienes ya ha explicado los peligros que entraña la misión, hay como un anuncio de la Pasión: en su retiro, Jesús es ya el Mesías sufriente, el Siervo "discreto".*

El enfrentamiento se centra en su persona. Jesús se designa a sí mismo como el Hijo del hombre, mientras que la multitud se pregunta si no es el hijo de David. Pero los escribas y los fariseos pretenderán pronto que sus milagros se realizan con la ayuda de Belzebú, el príncipe de los demonios. Lo que rechazan, en definitiva, es la novedad que representa el anuncio del Reino. Mientras que ellos se sienten orgullosos de sus méritos y virtud y excluyen a los pecadores de poder obtener la salvación, Jesús se presenta como sencillo y humilde de corazón, y sólo respira bondad y misericordia.

*
**

"Los hijos de Israel se pusieron en marcha..." Más de tres mil años después del Exodo, los judíos realizan de nuevo, cada año, los mismos ritos que sus lejanos antecesores los hebreos; se agrupan en familia, forman círculo alrededor de la mesa ancestral, comen hierbas amargas y pan áci-

mo. "Representan" y viven el Exodo. El acontecimiento se ha hecho institución y milagro, ceremonia. En realidad, la historia se ha hecho promesa.

La noche pascual está en el corazón de la supervivencia y de la esperanza de Israel. Tiene el mismo valor testimonial y de profesión de fe que tuvo en Egipto: Dios vela por los hombres e interviene en la historia. En el libro de la Pascua está ya escrita la aventura desdichada de los hombres, pero este libro canta también, en el lenguaje casi surrealista de la fe, la certidumbre de la salvación. Pascua, noche de la promesa y de la abolición de toda esclavitud.

Desafío de la Noche de la esperanza. El amor no lo puede todo; y, sin embargo, queda en el hombre un deseo: que en el mundo, tenebroso e inhumano, haya, y haya para siempre, un lugar de libertad, de comunión, de fiesta, de palabra intercambiada.

"Fue una noche de vigilia para el Señor". El profeta de Dios, al contar a su pueblo sus orígenes, sigue creyendo, a despecho de tantas experiencias contrarias, que la vida es buena, que merece ser abiertamente acogida. Dios nos ha ayudado a pasar a la otra orilla: "Todos los hijos de Israel saldrán del país de Egipto". Creemos que nuestro mundo no está cerrado sobre sí mismo, no es un "ghetto" en el que el hombre es un lobo para el hombre. Creemos que hemos pasado al otro lado, a un universo que se abre a las extensas zonas vírgenes de un desierto habitado por alguien y, por tanto, habitable por el hombre.

"Debe ser una noche de vigilia para ellos". El libro de la Pascua se escribe en la vida de los hombres y de las mujeres, en la lucha valerosa, tenaz, continua de los que no quieren desesperar del hombre. Lo que nosotros creemos es que todo hombre que toma partido por la comunión, contra el mal y el sufrimiento, se compromete a permanecer al lado de Dios en este mundo. La noche de Pascua, celebrada durante siglos, es una cosa muy distinta de un piadoso recuerdo teñido de romanticismo o de melancolía: es la insurrección de todo un pueblo que se rebela, que resuscita por la gracia de Dios; es la insurrección de la esperanza, hoy.

*
**

**Has visitado, Dios mío, nuestra noche:
has velado para sacarnos de las tinieblas
y librarnos de todo lo que nos encadenaba.
Has derribado los muros de nuestras prisiones
para conducirnos a la tierra de la libertad.
¡Bendito seas por tu Hijo,
que ha sembrado en el corazón de nuestro éxodo
la esperanza de una tierra nueva!
Ayúdanos a ponernos en pie,
para que nuestra esperanza se cumpla
y nuestra oración sea señal de nuestra vigilia.**

LA VERDADERA TRAVESIA

Exodo 14, 5-18. (Este comentario se refiere a las lecturas seleccionadas para el lunes y el martes de la decimosexta semana, o sea, Ex 14, 5-18 y 14, 21 - 15,1.).

El "milagro del mar" separa los tiempos de la servidumbre egipcia de los primeros días de libertad de los hebreos; este hecho explica el lugar que el relato ocupa en el ritual de la Pascua, así como la gran cantidad de tradiciones que gravitan en torno a él. Un detalle como la importancia numérica de la persecución egipcia puede ser significativo: mientras que en 14,6 (tradicón yahvista) se habla simplemente de "tropas del faraón", en 14,7 (tradicón elohísta) se mencionan "seiscientos carros de élite", y en 14, 18 (tradicón sacerdotal) un verdadero ejército.

El relato bíblico utiliza, pues, las tres fuentes habituales; pero sólo utilizaremos las que provienen de las tradiciones yahvista y sacerdotal, ya que el elemento elohísta es más difícil de delimitar. Según la fuente yahvista, Yahvé en persona intervino para destruir al ejército egipcio. Acampados a la orilla del mar, los hebreos no tuvieron más que esperar. Una columna de niebla les ocultó primero de la vista de sus perseguidores; luego, un fortísimo viento solano que sopló durante toda la noche barrió las aguas, causando así la pérdida de los egipcios, que se habían aventurado con sus caballos a seguirlos por aquel camino seco que Yahvé había formado entre las aguas. Por la mañana, en efecto, las aguas volvieron a unirse y los caballeros egipcios perecieron ahogados. Esta tradición (sobre todo en 14, 19.21b. 27), que no habla explícitamente del paso de los hebreos a través del mar, asimila la intervención divina a una "guerra santa", llevada a cabo contra los enemigos de Israel. Confrontados a una situación desesperada, los fugitivos "fueron salvados en circunstancias que les parecieron una intervención poderosa y milagrosa de su Dios. Este gesto de salvación confirmó su creencia en que Yahvé estaba de su parte y se convirtió en un artículo de fe fundamental para todos los que están unidos en el Yahvismo" (R. de Vaux).

Según otra tradición (sacerdotal: cfr. 14, 21 ac.22-23. 26- 27a. 28-29), Moisés separó las aguas del mar en dos para permitir a sus compañeros pasar a pie enjuto. Este relato ha sido comparado con acierto al de la travesía del Jordán, que encontramos al otro extremo de la historia del Exodo (Jos 4, 22- 23). Este relato cuenta cómo las aguas situadas río arriba se detuvieron amontonándose, quizá como consecuencia de un desprendimiento natural, para dejar pasar a pie enjuto a los conquistadores de la Tierra santa, frente a Jericó. Así, el milagro del mar se describía como una victoria de Yahvé sobre el mar y sobre el cosmos, aunque también es verdad que el gesto de Moisés separando las aguas recuerda la separación de lo seco y de lo líquido en el primer relato de la creación.

Para el cántico de Moisés, ver martes 16.

Mateo 12, 38-42. *Los fariseos acusan a Jesús de realizar sus curaciones con ayuda de Belzebú, príncipe de los demonios, lo que venía a significar que le acusaban de utilizar prácticas de magia. Jesús, por su parte, denuncia su mala fe, pues en realidad ellos sabían muy bien que estas curaciones sólo provenían del poder de Dios. En cierto modo, estas curaciones proclamaban ya la llegada del Reino, puesto que ponían fin al poder de Satán, lo que los adversarios de Jesús no querían reconocer.*

De hecho, lo que está en juego es el alcance mismo del mensaje de Jesús. A la manera de Siervo sufriente, anuncia una era de gracia y de perdón. Para El, hay que acoger el Reino como un don gratuito de Dios; para los fariseos, el reino hay que merecerlo. Mientras que Jesús se presenta como un pequeño, un humilde, el "amado" del Padre, estos fariseos se empecinan en su soberbia; exigen un signo, pero rehusan descifrar la señal constituida por la persona y el ministerio de Jesús.

La historia literaria del signo de Jonás es compleja. Es posible que la Iglesia haya añadido el signo de los tres días y las tres noches, estableciendo así un paralelismo entre la permanencia de Jonás en el cuerpo de la ballena y la de Jesús en su tumba. Sin embargo, la clave del relato se centra en la conversión de las gentes de Nínive, que se habían humillado al escuchar la predicación de Jonás, mientras que los adversarios de Jesús se niegan a oírle, porque esperan a un Mesías glorioso y no quieren reconocer en la humildad del Siervo un signo auténtico del Reino de Dios. Y, sin embargo, Jesús es más que Jonás y más que Salomón y también más que el propio templo.

**

Se habían puesto en marcha con la fe de una esperanza. La vigilia había avivado su deseo de libertad. Se habían levantado, fortalecidos por la promesa. Y de pronto todo se hunde: el Faraón se había vuelto atrás de su decisión y lanzaba sus carros a la persecución de los fugitivos. Al miedo de un porvenir incierto vino a añadirse una apreciación más correcta de la realidad: era un error ponerse en contra de un amo tan poderoso; y el deseo del porvenir risueño en libertad era un espejismo. El realismo se imponía al sueño engañoso, a la ilusión vana: "¡Vale más servir a los egipcios como hasta ahora que morir en el desierto!". Habían pensado en liberarse con el poder de sus propias fuerzas, y ahora la dura realidad de su condición de esclavos les hacía evidente la cuestión vital: "¿Quién me salvará?... ¡Veréis lo que va a hacer el Señor para salvaros!"

"No te preocupes por nosotros, déjanos servir de nuevo a los egipcios" "¡Veréis lo que va a hacer el Señor para salvaros!" Toda la verdad de la Biblia y de la fe se reduce a un combate entre, por una parte, el realismo del hombre, que no puede dejar de constatar el carácter penoso de su situación a la que debe enfrentarse valerosamente y, por otra, el

alegato a favor de la revelación: Dios viene en socorro del hombre. La Biblia no es sólo la "versión buena" de los hechos, aquella en la que Dios está presente siempre y en todas partes como el autor de las victorias, de las soluciones afortunadas y de la complicidad de los acontecimientos; también es la otra versión de los hechos, la versión idolátrica, racionalista y rebelde: "¡No te preocupes por nosotros!" Y la "buena versión" sólo es tan fuertemente afirmada y repetida, porque la otra versión está también ahí, presente y siempre en potencia. La Biblia es un "conflicto de interpretación": ¿depende nuestra liberación de nuestros cálculos, de nuestros propios esfuerzos, de nuestros temores y esperanzas? ¿Es la conquista con "nuestras propias manos" contra la fatalidad de la vida, o bien es una gracia por la que todo se nos da hecho? La verdadera travesía del pueblo quizá se cumple en este conflicto de interpretación, en esta lucha entre dos realismos: "Déjanos"- "Veréis".

"Esta generación perversa e infiel reclama un signo. "El conflicto de interpretación continúa: Jesús pretende tomar sobre sí el yugo de los hombres, sus enfermedades y sus miserias; ¿será el siervo prometido, elegido por Dios para socorrer a su pueblo? A guisa de signo, sólo nos será dado éste: un hombre que toma sobre sí la carga de la dura realidad de la condición humana, un hombre que muere. Pero este hombre exclama: "¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!" La verdadera travesía, la Pascua, será confesar, a través del escándalo de la cruz, que el siervo ha sido glorificado.

"Déjanos-Veréis": dos historias entran en conflicto. Si bien hay en mí esta obstinación en afirmar: "Soy yo quien me salvo", y no lo consigo, también hay la convicción de que Dios no es un testigo indiferente de nuestros fracasos, sino que toma partido por nosotros; en una palabra, que hay una alianza. La fe es una travesía, y se conquista a partir de lo que ella misma no es.

*
**

Sobre el cántico de Ex 15

Quiero cantar a Dios:

¡su victoria resplandece a los ojos de sus fieles!

El derriba a nuestros enemigos

a nuestras espaldas: El es nuestra salvación,

sea para El nuestro canto de alabanza.

Es el Dios de nuestros padres,

su nombre es "el Señor".

Su gloria brilla en la alianza,

nuestra esperanza reposa en su protección.

El abismo no ha podido tragar al Siervo

ni la muerte destruir al Amado:

Dios lo ha hecho pasar a la otra orilla,

nuestra victoria tiene un nombre: "¡Pascua!".

Martes de la decimosexta semana

LIBERACION

Exodo 14, 21-15, 1. *Ver lunes.*

Cántico de Moisés (Ex 15). *El conjunto de relatos termina con un himno triunfal en honor de Yahvé. El v. 1, que corresponde al v. 21 cantado por la profetisa Myriam, sería el antecedente más antiguo, a partir del cual se compuso el poema de Moisés. La fecha de composición es difícil de determinar, sobre todo porque el final del poema hace alusión al "milagro del Jordán" que permitió a las tropas de Josué atravesar el río a pie enjuto. Esta similitud entre las dos travesías sugiere la acción de un mismo Dios.*

Mateo 12, 46-50. *¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanas? ¿Quién es el verdadero discípulo? ¿Quién acoge el Reino predicado por Jesús? Como el sermón del monte, también el cap. 12 termina con una valoración y una exhortación a la acción concreta. El que cumple la voluntad del Padre, ése es el verdadero discípulo.*

**

Para hablar francamente, la Biblia no tiene nada de crónica imparcial; por el contrario, toma partido decididamente para privilegiar una determinada interpretación de los acontecimientos narrados, un alegato partidista y que intenta convencer: "Ese día, el Señor salvó a Israel y el pueblo puso su fe en El".

"Aquel día, el Señor liberó a su pueblo": la fiesta de Pascua permanecerá en el corazón de la supervivencia y de la esperanza de Israel. Aquel día no fue primordialmente la travesía arriesgada del mar, el cambio de la esclavitud en autonomía. La verdadera "travesía" se llevó a cabo cuando la voz, que se eleva naturalmente desde el corazón del hombre para decir: "Es obra de mis propias manos", da paso al reconocimiento y a la bendición. La verdadera liberación consiste en la confesión del creyente, en el paso a otra visión de la vida, a otra interpretación.

A través de los siglos, hombres y mujeres se contarán la epopeya del Mar Rojo en el lenguaje casi surrealista de la fe. No cantarán una epopeya, sino la certidumbre de la salvación y de la libertad. Con la salida de Egipto, ha sonado una hora nueva para la humanidad: la redención de la miseria. Si el Exodo no hubiera estado marcado por el doble sello de la imperiosa voluntad divina y de la participación responsable de los hombres, el destino histórico de la humanidad habría seguido otro curso, radicalmente distinto: en sus raíces mismas no habría figurado la Redención. "Ni mis padres, ni yo, ni mis hijos seríamos libres; nosotros aún y para siempre esclavos", dice el judío en la noche de Pascua. *Inver*

samente, la puerta que permanece abierta para el Exodo no puede cerrarse. Somos libres con una libertad que es eterna; la energía que, como un torrente, se derramó entonces sobre el mundo, es inagotable, invencible.

"Aquel día, el Señor liberó a su pueblo". Si bien en el debate en el que se construye nuestra fe confesamos que la esclavitud está vencida para siempre, no por ello encontramos un cómodo refugio en una seguridad utópica. Israel vivió la libertad en el drama de su historia. En la Biblia, la salvación se plantea siempre a través de realidades muy duras, muy carnales. La liberación es vocación; la redención se hace travesía, Pascua.

"Habéis pasado de la muerte a la vida", escribirá Pablo. La muerte no se ha quedado detrás de nosotros como un amargo recuerdo: y la fe seguirá siendo un conflicto de interpretación. Pues la fe Pascual es una paradoja y la transfiguración no se hace luz más que en el momento mismo en que la tiniebla es aceptada en su dolorosa ambigüedad. Renacidos con Cristo, hemos atravesado con El a la otra orilla para proseguir nuestra marcha de resucitados, para llevar una existencia pascual. El país que se abre ante el pueblo es la tierra en la que se experimentará la libertad, con sus contratiempos y sus desdichas. La libertad está por vivir, eterna liberación.

**

**Te pones, Señor Dios nuestro, a la cabeza de tu pueblo
y lo ayudas a pasar a la otra orilla,
a la tierra de la libertad, tierra de la alianza,
tierra del éxodo, tierra del nacimiento a la vida.**

**Con Cristo tu Hijo, primogénito de un mundo nuevo,
haznos pasar de la muerte a la vida;
libéranos de todo cuanto nos retiene,
y permítenos vivir de la gracia
que nos ofreces en la persona de Jesús, Salvador nuestro.**

**

**¡A ti, Dios Salvador y Padre nuestro,
a ti nuestra acción de gracias por Jesucristo!
Gracias a El, nos has hecho salir
de la casa de servidumbre
y nos has hecho pasar a la tierra de libertad.**

**Tu amor por nosotros se hizo locura,
cuando tu Hijo vivió en su propio cuerpo
la muerte reservada al esclavo
para que pudiéramos vivir nosotros como hijos tuyos.**

**Nos has hecho nacer a la libertad de los hijos,
a nosotros, que creemos en la señal de la Pascua,
para ofrecerte con Cristo
la alabanza por la creación recuperada.**

Leer y comprender a Mateo *El discurso parabolico (capítulo 13)*

Los capítulos 11 y 12 han situado a la persona de Jesús en el centro de un debate; el capítulo 13 prosigue con idéntica intención, pero esta vez adopta la forma de una serie de parábolas. Se trata fundamentalmente de las parábolas de tradición sinóptica: el sembrador, el grano de mostaza, los terrenos buenos y malos en los que este grano se siembra; así ocurre con la palabra de Dios en el corazón de los hombres: es un tesoro precioso, una perla fina, que justifica cualesquiera renunciaciones.

Se desprende de este discurso parabolico una lección de realismo y, al mismo tiempo, de optimismo. Si bien es verdad que hay terrenos buenos y mediocres, es preciso también, como el sembrador, tener confianza en la fuerza de la Palabra de Dios. El mundo es un campo cerrado en el que crece tanto la cizaña como la buena semilla; por ello hay que ser paciente y esperar a la cosecha para que el balance pueda aparecer claro a plena luz del día.

El discurso termina con una nota grave. La llamada de Jesús, en efecto, hay que tomarla muy en serio; es la última que Dios dirige a los hombres, y acogerla debidamente es una cuestión de vida o muerte. Su alcance es escatológico, como evoca el número de parábolas que contiene (ocho, si tenemos en cuenta la parábola del escriba de 13, 52). Vemos dos grupos perfectamente diferenciados: los discípulos entienden las parábolas, porque Dios les ha revelado los misterios del reino, pero la gente no las entiende, porque ha cerrado su corazón. Sin embargo, los discípulos acogen la Palabra con un corazón todavía vacilante por el peso del pecado. Veremos en los capítulos 14 al 17 a Jesús consagrarse especialmente a su formación.

ALIANZA

No es fácil ser hombres libres. Los hijos de Israel saben esto a la mañana siguiente del Exodo. Duro aprendizaje... las lámparas están ya apagadas, la fiesta terminó. A los acentos gloriosos del cántico de Moisés suceden las quejas y las murmuraciones. Ya nada está seguro para Israel, que ha rechazado las aparentes seguridades del universo cerrado del Faraón. Tiene que descubrir que vive, paso a paso, de la gracia de Dios, que todo lo recibe de su mano. Tiene que descubrir que la liberación no es cosa de un día, sino que cada día Dios tiene cuidado de los suyos, que El es su Providencia, su Padre. El camino que los hijos de Israel siguen en el desierto es un camino difícil, un camino en el que ensayan su libertad; es también el camino maravilloso en el que se descubre que Dios está también en el camino: su tienda acompaña al pueblo en su peregrinación, Dios también tiene su éxodo.

Con estos huidos, con estos hebreos sin nombre, con estos rescatados de la esclavitud egipcia, hace Dios un pueblo liberado. Se convierten en su pueblo y "su parte de heredad". Para guiarlos por la vía difícil de la liberación que está aún por descubrir, Yahvé les da diez palabras, los derechos del hombre resucitado. El Eterno insta una comunidad de sangre con los que se convierten en "los suyos", vive su historia y planta su tienda en medio de la caravana que marcha hacia la tierra de la promesa.

La Alianza es una historia, no una ideología abstracta. Tejida en carne y sangre, hecha de fidelidad y de pecado, de revelación y de idolatría, es la aventura de un pueblo que descubre, entre el camino tortuoso de una peregrinación por el desierto, que es el pueblo que Dios ama, el pueblo mesiánico, santificado por el éxodo que Dios emprende con él.

**Padre santo,
es dulce bendecirte
cuando haces pasar a tu pueblo
de la tierra de la esclavitud a la de la promesa.**

**Tú nos liberas en Jesús, el Hijo de la Alianza;
gracias a El, nos muestras hoy
el camino de la Pascua,
y por medio de tu Espíritu nos das
la fuerza necesaria para seguirte en el desierto.
Es ahí donde él nos proporciona
la Palabra que guía nuestra historia
y el Pan que sustenta nuestra marcha.**

**Bendito seas, Dios de nuestras tierras de éxodo:
en medio de nuestra vacilante búsqueda
comienza a nacer la liberación de nuestras servidumbres
y podemos entonar ya la aclamación
de un pueblo liberado por tu gracia.**

VIATICO

Exodo 16, 1-5, 9-15. *¿Por qué envió Dios el maná a los caminantes del desierto? Dos respuestas aparecen en los versículos recogidos por la liturgia. Por una parte, el v. 4 presenta el don del maná como una prueba enviada por Yahvé para que el pueblo diera testimonio de su obediencia; por otra, el v. 12 habla de una manifestación de la providencia divina. La primera respuesta hay que interpretarla desde el plano de la Ley; la segunda tiene relación con la salida de Egipto. El Dios que ha liberado a Israel es el mismo Dios que ha legislado. En realidad, la distinción de las fuentes es difícil: el fondo del relato debe de ser sacerdotal, entrecruzado de elementos yahvistas.*

Pero la preocupación sacerdotal aparece poco en la perícopa litúrgica. La legislación sabática se observa en el v. 5 con la advertencia de que preparen el doble de la cosecha; el v. 1 menciona la "congregación de los hijos de Israel" y hace alusión al calendario sacerdotal, ya que los hebreos establecen su campamento en el desierto de Sin el día quince del segundo mes, o sea un viernes, víspera del sábado.

Otro tema aparece claramente resaltado: el de las "murmuraciones", de las que ya se había hecho mención en Ex 14, 11-12 (lunes 16). Los judíos, que dirigían estos reproches tanto contra Moisés como contra el mismo Yahvé, rechazan la aventura del Exodo y manifiestan claramente que lamentan haber abandonado Egipto. Este tema, que se desarrollará ampliamente tanto en la literatura judía como cristiana (cfr. Jn 6), encontraría su origen en la condena de la escisión palestina en dos reinos, después del reinado de Salomón. Para los medios próximos a la corte de Jerusalén, se trataba de confundir a las provincias del norte, habitadas por las tribus de la casa de José, que se habían atrevido a ponerse a "murmurar" contra Dios en el desierto, y de explicar así la elección de la dinastía davídica (G. W. Coats, citado por R. Michaud).

Unido al tema de las murmuraciones, el del maná estaba igualmente destinado a tener un gran porvenir desde el punto de vista teológico. Considerado por unos como un alimento maravilloso (Sab 16), despreciado por otros (Nm 11), el maná será relegado a segundo término para ser sustituido, en el Nuevo Testamento, por el don del pan de vida (Jn 6). Esta visión mesiánica era ya la del Exodo, puesto que después de la prueba del desierto, el maná sería sustituido por los productos de la Tierra prometida (16, 35).

El salmo 77 proviene de los ambientes de la corte y del templo de Jerusalén. Habla también del cisma de las tribus septentrionales a la luz de la conducta de los antecesores efrainitas en el desierto. En el v. 25, el maná es llamado "pan de los fuertes".

Mateo 13, 1-9. *La parábola del sembrador contiene lo esencial del discurso parabólico. Evoca el encuentro del grano con la tierra, es decir, la palabra divina con el corazón del hombre. En los capítulos precedentes se ha mencionado insistentemente la oposición de los detractores de Jesús; con este fuerte rechazo, mostraban que la Palabra provoca una gran reacción al irrumpir entre los hombres. El que acepta esta Palabra como un don de la gracia divina merece el nombre de discípulo; es una buena tierra que hará germinar el fruto.*

Es innegable el alcance escatológico de la parábola. En efecto, la oposición entre la buena tierra y los suelos estériles hace alusión a "las vicisitudes de la predicación del reino de Dios, pero también al triunfo final" (M. E. Boismard). En realidad, la parábola anticipa el juicio final, en el curso del cual los pecadores se sentarán en la orilla para hacer su elección (cfr. 13, 47-50).

**

Jesús había salido de la casa y había sido seguido por una multitud inmensa. "Salió el sembrador a sembrar". El profeta se levanta. Después de haber guardado silencio durante siglos, el Espíritu revela de nuevo los secretos de Dios. La multitud está desconcertada. La pequeña historia anodina destruye cualquier imagen. Se esperaba que el Reino floreciera en cosecha deslumbrante y, sin embargo, de los seis versículos de la parábola, ¡cuatro hablan de fracaso! ¿Cómo aceptar tanta semilla perdida, aunque al final una parte del grano vaya a dar fruto abundante?

Estas preguntas y este asombro ante el misterio de la parábola son también nuestros. La Palabra de Dios ha obrado sobre el mundo durante siglos: ¿Cómo es posible que nuestra tierra sepa aún del egoísmo que marchita el amor, del odio y del orgullo que ahogan a la justicia? ¿Por qué somos aún como la roca, cuando el Evangelio ha llenado con su semilla el corazón del hombre? ¿Es que Dios se ha agotado en vano al querer que un hombre nuevo se levante en nosotros? ¿La liberación prometida es una engañifa, puesto que mañana vamos a morir en el desierto? Un sembrador que arroja su grano en el camino lleno de piedras, trabaja en contra del sentido común... ¡Dios debería reciclarse!

Pero Dios sólo conoce la poesía del jardinero. Recorre la tierra entera y siembra a todos los vientos. ¿Hay acaso un gesto más confiado hacia la vida? Dios confía su simiente a la tierra; los rigores del invierno y las intempestivas lluvias pueden arreciar, pero el grano bien hundido en el surco germinará sin la menor duda. Y Dios se alegra ya de la buena cosecha. ¡Aunque el invierno sea demasiado duro y el corazón del hombre esté demasiado endurecido, El sembrará de nuevo! Aunque el desierto no sea más que una tierra de hambre y de sed, él llevará a cabo su obra de liberación: "¡Tendréis pan hasta saciaros, y sabréis que yo soy vuestro Dios!". Con obstinación, Dios cuidará de los suyos.

SUBIR HACIA LA TRANSFIGURACION

Dios ha tomado partido por el hombre; el Hijo ha salido del Padre para proclamar el tiempo de la renovación. Cuando Cristo dice: " Si el grano no muere, no puede producir fruto", es de sí mismo de quien habla. El sembrador se ha convertido en la simiente, y el Verbo de Dios será echado en el surco del Gólgota. El grano molido será el pan de la vida, y la Palabra lanzada a todos los vientos, el viático para la ruta hacia la tierra prometida. A través del desierto.

**

**¡Del grano que muere,
haz germinar, Señor, cien granos nuevos!
Y que nuestros corazones se vean transportados
por la loca esperanza de la cosecha
que florecerá al sol de tu amor!**

**

**¡Padre, Dios del cielo y de la tierra,
bendito sea tu nombre!
¡En verdad es justo y bueno darte gracias
por Jesucristo, tu Hijo amado!**

**Como el grano caído en tierra fértil,
él ha dado fruto abundante,
pues tú le has hecho salir del sepulcro,
para que pasemos con él
de la muerte a la vida.**

**Sí, Padre nuestro, ¡bendito seas!
Como la simiente se oculta en lo profundo del surco
hasta la naciente primavera,
¡así nuestra vida se esconde en tu Cristo
hasta su regreso!
Por eso podemos cantarte y alabarte.**

**

**Como en el alba del día primero,
tu Palabra, Señor, crea el universo,
¡luz que se desposa con nuestra carne mortal
para transfigurarla!**

**Como en los días de la marcha por el desierto,
tu Palabra nos da el pan de los transhumantes,
¡viático que nos reconforta en el camino
hacia la tierra de la promesa!
¡Que se haga, Señor, según tu palabra:
que llegue para nosotros el tiempo de la cosecha,
en la que nuestra historia nacerá a la eternidad!**

Exodo 19, 1-2. 9-11. 16-20b. *El lugar que ocupa en el Pentateuco la tradición del Sinaí basta para que podamos medir su importancia; comienza en Ex 19, 1, con la llegada de los hebreos al desierto del Sinaí, y se prolonga hasta Nm 10, 28, con su partida. El Sinaí es la meta desde la salida de Egipto y a través de toda la marcha por el desierto; "Yahvé ha hecho de Israel su pueblo; ha acordado con él una alianza y le ha dado sus leyes" (R. de Vaux).*

Ya hemos hablado de las tradiciones yahvista y elohísta subyacentes en el relato. Recordemos que el elohísta describe la teofanía como una tormenta, mientras que el yahvista la sitúa en el marco más exótico, en época de Salomón, de una erupción volcánica, que los israelitas debieron de contemplar en el curso de una expedición marítima. Por otra parte, la influencia litúrgica fue importante, tanto en la relación del texto actual como en las tradiciones precedentes. Señalemos la mención de un límite sagrado en el v. 12, la insistencia en la purificación de los participantes en los vv. 14 y 15 y la utilización de objetos litúrgicos, como la trompeta, en los vv. 13, 16 y 19. Incluso la nube (reminiscencia de un volcán en actividad, según unos comentaristas; evocación de antorchas encendidas, según otros) recuerda las nubes de incienso que, en el templo, sugerían la presencia escondida de Dios.

La cumbre del relato revela que en el Sinaí Yahvé ha adquirido para sí un pueblo. En efecto, unos hombres que habían huido de la servidumbre egipcia, desafiado la fatiga y la dureza del clima, anudado lazos de fraternidad entre sí y, sobre todo, experimentado la presencia divina entre ellos, comenzaron a hablar un lenguaje común. ¿Es exagerado pensar que la teofanía del Sinaí fue para el conjunto del pueblo lo que había sido, para Moisés solo, la manifestación de Dios en la zarza sagrada?

Mateo 13, 10-17. *Hay que traer a la memoria el contexto de la cita de Isaías (6, 9-10) para comprender el porqué de las parábolas. Efectivamente, esta cita sirve de prefacio a lo que se ha llamado comúnmente el "Libro de Emmanuel". El profeta acaba de hacer con el rey Ajaz la experiencia del endurecimiento de los corazones a la palabra divina; sus contemporáneos oyen su predicación, pero no quieren comprenderla.*

Es lo que sucede también con Jesús. Todo lo que dice y hace es con el fin de revelar los misterios del Reino, pero muchos hombres se tapan los oídos y los ojos para no oír ni ver. Entonces Jesús habla en parábolas; dice cosas sencillas, accesibles a los "humildes", pero enigmáticas para los "prudentes" y los "sabios". Es la ocasión para otra bienaventuranza: sois bienaventurados, porque vuestros ojos ven y vuestros oídos oyen. ¡Hay tantos que hubieran deseado estar en vuestro lugar...!

Han atravesado el Mar Rojo: ni siquiera eran un pueblo, y helos aquí reunidos alrededor de un mismo jefe para vivir una aventura común. Ellos se han quejado: al fin y al cabo, la esclavitud de Egipto era más tranquila que las incertidumbres del desierto; los trabajos forzados, menos comprometedores que el duro aprendizaje de la libertad. Los cantos y la danza de júbilo de la gran noche han quedado ya lejos, y la marcha se hace pesada, a pesar del viático del maná. Finalmente, ¿para qué la libertad, si sólo sirve para dar vueltas sobre el mismo punto? ¿Para qué tantos esfuerzos, si no se ve en ninguna parte del horizonte la meta ni el sentido de tal aventura?

Sí, ha llegado el momento en que el pueblo tiene que descubrir el sentido del acontecimiento del que es artífice. Moisés, al día siguiente de haber dado muerte al egipcio, había encontrado refugio en el desierto. No solamente era un proscrito al que el desierto acogía, sino un hombre traicionado: traicionado por Egipto, cuya injusticia había hecho que estallara su conciencia; y traicionado por los suyos, cuya cobardía le desesperaba. En el desierto, Moisés sentía el poder de la vocación. Cuando la zarza empezó a arder, todo quedó claro: el desierto había desempeñado su función hasta el fin, transfigurando a quien había hecho en sí el vacío y el silencio y colmándolo de plenitud espiritual, de palabra y de oración. El desierto había guiado a Moisés hacia la Llamada, hacia el cara a cara con Dios.

Moisés surcará de nuevo el desierto al día siguiente del Exodo, a la cabeza de una impresionante masa humana. Un pueblo en penosa gestación se interroga incesantemente sobre sus orígenes, sobre los principios de su existencia y sobre su futuro. El desierto se convierte en el paradójico escenario de una aventura única: en su soledad se realiza la Alianza.

Dios le había dicho a Moisés: "¡Me serviréis aquí!", y Moisés se lo había repetido al Faraón: "¡Tres días de marcha por el desierto, para servir a Dios!" El desierto no debía ser más que eso: el lugar de un instante místico. Se trata de un encuentro místico similar al de la zarza ardiente, aunque ampliado a causa del número de participantes. El marco es el mismo, pero, en lugar de la zarza, es toda la montaña la que está en llamas; en lugar de un solo hombre, es toda una multitud la que oye la Voz.

El desierto se convierte indisolublemente en un itinerario y una experiencia mística. No hay que buscar a Dios fuera de la aventura de los hombres, y su alianza no es una historia independiente del devenir del pueblo. La parábola de Dios no es otra cosa que una historia humana, y la revelación, una transfiguración. Dios, cuyo nombre nadie puede conocer, ligará de tal modo su palabra a la vida de los hombres que se convertirá en el Verbo hecho carne: Jesús. El encuentro místico se hará en el camino de Nazaret a Jerusalén. En el rostro transfigurado del Amado, los hombres descubrirán el resplandor del Dios tres veces santo. "Dichosos vosotros por lo que ven vuestros ojos y por lo que oyen vuestro oídos. ¡Dios os ha dado a conocer los misterios del Reino de los cielos!"

**Dios santísimo,
tú revelas tu nombre a los que eliges
para santificar a tu pueblo;
tú eres el incognoscible
y, sin embargo, podemos nombrarte;
tú eres el amor que hace nuestra historia
y nos permites participar en tu alianza.**

**Concedéndonos permanecer en el desierto,
para poder así penetrar en tu misterio;
purifícanos de todo lo que podría
impedirnos contemplar tu Rostro.
y haz que nuestros ojos sean como los de los niños
que se extasían ante tanta belleza.**

**

Sobre el salmo 28 (Himno al Señor de la tormenta)

**Adorad al Señor tres veces santo,
reconoced su gloria y su poder.**

**Cuando habla, la tierra tiembla bajo su voz;
él hace brillar la luz
y las tinieblas retroceden ante su esplendor.
El derrama su fuego
y nadie puede olvidar el ardor del Espíritu.**

**El Señor de los Señores ha hablado,
ha reunido a su pueblo
y lo bendice con su paz.**

PACTO

Exodo 20, 1-17. *¡Diez preceptos para un pueblo libre! Los diez mandamientos han sido muy controvertidos y acusados de encerrar al hombre en un corsé demasiado rígido. Sin embargo, si los observamos con mirada objetiva, nos daremos cuenta de que van precedidos de una alusión a la benevolencia divina: este Dios que legisla así es el mismo que ha liberado a Israel de la casa de servidumbre. Además, la estructura de los diez mandamientos hace una llamada constante a la creatividad. Efectivamente, la formulación negativa de la mayoría de ellos no indica solamente los pasos que no hay que dar, sino que deja también el campo libre al espíritu de iniciativa del hombre, para explorar en ellos todas las posibilidades del amor. Comprendemos por qué Israel ha acogido siempre el Decálogo como una fuente de beneficios: este pueblo había comprendido que con el Decálogo Dios les había dado la posibilidad de vivir.*

¿Cuál es el origen de los diez preceptos? Es admitido generalmente que formaban un todo antes de su inserción como consecuencia de la teofanía del Sinaí. Para H. Cazelles, estos preceptos podrían derivarse de una lista cultual que recogía las condiciones de admisión en un santuario del desierto (ver, por ejemplo, el salmo 14): "No te harás imágenes talladas, ni figuración alguna de la presencia de la divinidad. No harás culto idólatrico. No tomarás en falso el nombre de Yahvé, tu Dios, que te ha sacado de la tierra de Egipto, de la casa de la servidumbre. No darás asilo al asesino. No te dirigirás a Yahvé después de haber realizado violencia sexual, robo, falso testimonio o luego de haber atentado contra los bienes del prójimo" (A la recherche de Moïse, p. 96).

Observaremos también que la condena de las imágenes (v. 4) es uno de los resultados de la predicación profética. Prohibida en el sur desde el siglo IX antes de Jesucristo, la fabricación de imágenes de metal debió de subsistir en el norte hasta el siglo VIII antes de Jesucristo. Así, Yahvé se revelaba como un Dios "celoso", es decir, un Dios "que reacciona con pasión, fuerza y energía para dirigir a su pueblo, que no se deja aprisionar por una imagen que no acepta a otros dioses a su lado" (R. de Vaux). En una palabra, Yahvé es un Dios vivo.

El salmo 18b es una profesión de fe en la ley divina.

Mateo 13, 18-23. Se trata esta vez de oír y de comprender. Unos comprenden: son los discípulos, a quienes los misterios del Reino de Dios han sido confiados; los demás —los que se oponen al Reino— oyen, pero no entienden.

Observaremos que el paso de la parábola a su explicación ha modificado la perspectiva, evidenciando la identificación sucesiva de los oyentes, primero con la simiente, luego con los terrenos. Si la parábola tenía un alcance escatológico, la explicación delata preocupaciones pastorales e insiste en las diversas actitudes de los que escuchan la Palabra. Sólo la buena tierra es capaz de producir fruto. Así pues, es probable que nos encontremos aquí en presencia de una relectura llevada a cabo por las primeras comunidades en función de sus preocupaciones.

**

"Yo soy el Señor tu Dios..." El pueblo de Israel no tendrá bastante con toda su historia secular para agotar la novedad radical de esta confesión de fe. El que es soberano, señor, poder, vida y luz, aquel a quien podemos llamar Dios, de repente se afirma como puesto en nuestras manos, comprometido con nuestras palabras de hombres, mezclado con nuestras esperanzas fugaces y confiado a nuestros pensamientos. En una palabra, cuando Dios revela su nombre, desvela al mismo tiempo que es un compañero. Su título es el de "Dios de la Alianza", y Jesús dirá al mismo tiempo: "¡Padre Nuestro!"

"Yo soy el Señor tu Dios..." La religión que unirá a los hombres con Dios estará tejida de dependencia y de obediencia: dependencia con respecto al Dios creador, Dueño del universo y Señor de todas las cosas; obediencia con respecto a Aquel que ha liberado a su pueblo para anudar con él lazos de ternura y misericordia. "Yo soy el Señor tu Dios": sólo a la luz de esta denominación, la Ley recupera todo su sentido. Las exigencias de Dios a Israel no ocupan el primer lugar; van precedidas de la proclamación de la buena noticia de la liberación del pueblo. La observancia de la Ley no será como una especie de contrato que atrae sobre sí la benevolencia divina; la obediencia a los mandamientos, por el contrario, es una respuesta de reconocimiento y de amor a las iniciativas de Dios. Liberado por Dios que lo ha encontrado, el pueblo debe vivir en adelante como un pueblo libre. Diez preceptos —es el término con el que los judíos denominan al decálogo— para iluminar toda una vida. Diez preceptos para llevar a cabo una travesía. Diez preceptos para pasar de la esclavitud a la libertad. "Yo soy el Señor tu Dios..." Aceptar la Alianza es vaciarse de todo lo que nos estorba: ama a Aquel que te ama, ¡no olvides que el Santísimo te ama, como ama a todos los hombres! No olvides que te ama para que tú también le ames.

Diez preceptos que son los derechos del hombre liberado. Pacto que depende de la fidelidad del hombre. Pero ¿qué sería una libertad no comprometida? ¿Una simiente que ho hubiera sido arrojada al surco? La Alianza se entrega a todos los riesgos de una palabra que se puede rechazar; la fecundidad misma de la Revelación de Dios está expuesta a las intemperies del corazón del hombre. La semilla se emplea para la cosecha; pero cuántos riesgos, inquietudes y fracasos antes de que llegue la abundancia.

dante cosecha! La parábola de la semilla nos afirma que la cosecha está asegurada y que el Reino está al final de la historia, pero nos enseña también las leyes del posible fracaso. La palabra está hecha para ser oída, la Alianza para provocar una respuesta, y la libertad se nos ha dado para engendrar la libertad.

**

**Tú hablas, Señor,
y nos llamas a vivir según tu ley...
Tu Palabra demanda una respuesta,
tu nombre provoca el amor,
tu Alianza requiere fidelidad...**

**Abre nuestros corazones;
que la semilla que tú arrojas en nosotros
dé su fruto ahora
y por los siglos de los siglos.**

**

**Nuestro corazón es a menudo una tierra ingrata,
y olvidamos cumplir tu voluntad.
¡Confirma, Señor, tu alianza,
y libéranos con tu palabra!**

**Nos dejamos seducir por lo fácil
y bendecimos la obra de nuestras manos.
¡Confirma, Señor, tu alianza
y libéranos con tu palabra!**

**Tantas preocupaciones se adueñan de nuestra vida
que dejamos que se arruine nuestra libertad.
¡Confirma, Señor, tu alianza
y libéranos con tu palabra!**

Sábado de la decimosexta semana

UNIDOS POR LA SANGRE

Exodo 24, 3-8. A pesar de los añadidos, que indican una redacción posterior del texto, se admite generalmente que Ex 24, 3-8 depende de la tradición elohista. Se ha establecido una alianza por mediación de Moisés, sellada por medio de un rito de sangre arcaico como la presencia de jóvenes laicos para proceder a la inmolación de las víctimas. Dividida en dos partes, la sangre es rociada sobre el altar y sobre el pueblo, lo cual significa que las dos partes de la alianza son en adelante como miembros de una misma familia.

Las doce piedras, que suponen la fusión de las tribus en un solo pueblo, dan testimonio del asentamiento en Canaán. Dichas piedras constituyen un memorial, pues se supone que han "oído" el compromiso de los contratantes. El sacrificio de comunión denuncia también una modificación de la tradición; supone que la sangre vertida era la de una comida de sacrificio, en la que la ofrenda y la comunión iban al unísono. Jesús celebrará su última cena con idéntico espíritu; tomará de nuevo las mismas palabras de Moisés para establecer el nuevo contrato de vida entre Dios y el Israel de los tiempos nuevos.

El salmo 49 parece un alegato que denuncia la ruptura de la alianza. Estos salmos provienen del reino del norte y han servido de preámbulo en las ceremonias de renovación de la alianza. Los primeros versículos sitúan la acción en el culto, sugiriendo que el establecimiento de una alianza forma parte de la lucha emprendida por Yahvé contra el caos, con motivo de la creación del mundo.

Mateo 13, 24-30. La parábola del sembrador anunciaba la victoria final de Dios: una buena tierra recogerá el grano y dará un fruto abundante. Pero muchos, en tiempos de Jesús, hubieran querido anticipar el tiempo de la recolección, como Juan el Bautista, que había descrito al Mesías con los rasgos de un juez severo. La parábola de la cizaña constituye una enérgica réplica a todos aquellos impacientes. Lo mismo que Jesús no duda en frecuentar la compañía de pecadores, Dios tolera la presencia de injustos entre los justos. Dicho de otra manera: se niega a hacer de su Iglesia una comunidad de "perfectos". Esto sería, por otra parte, muy poco realista: en la tierra hay hombres buenos y hombres malos. Pero Dios tiene confianza en el grano que ha sembrado y deja que el suelo produzca su fruto... Para el día del juicio, hay que esperar que la mies haya crecido. Infinita paciencia de Dios.

Es una larga historia que conduce a la mesa que nosotros hemos puesto; es la historia de un amor, de una alianza. Elaborada en la noche de los tiempos, esta historia había encontrado su ritmo en la larga marcha del desierto, cuando Israel no tenía otro aliado que su Dios. "Todas esas palabras que el Señor ha dicho, todo cuanto dice Yahvé, lo cumpliremos y obedeceremos": este pueblo se compromete con la libertad, para hacerse partícipe de la alianza santa. Se trata de unos esposales sellados con la ternura. Dios ha elegido a su pueblo e Israel responde: "Tu eres mi Dios". Al pie de la montaña, el antiguo rito de la sangre proclama que en adelante Yahvé y su pueblo serán de la misma sangre, una sangre compartida como la de las alianzas. La sangre de Dios correrá por las venas de Israel, el pueblo elegido: la alianza es comunión, comunidad de vida, matrimonio; Dios y su pueblo forman una sola carne. Pero, una vez atravesado el desierto, Israel se hará voluble y manchará vergonzosamente su traje de recién casada. Rechazará su alianza y se prostituirá. Los sacerdotes vigilarán y cada día, en el templo, se verterá la sangre a modo de expiación, como un rito de perdón; la sangre no significará ya la humilde fraternidad entre Dios y el hombre.

Pero Dios preparaba ya una nueva alianza en la que la sangre, ofrecida por amor, iba a ser fuente de vida. "¡Esta es la sangre de la Alianza!"... Dios mismo, como en los tiempos del desierto, reanudaba los vínculos olvidados. En la hora en que los hombres inmolaban el Cordero pascual, Jesús bendice la copa y, con ese gesto ancestral, representa el sentido de su muerte, de su vida entregada. Toma la copa con la que se da gracias y revela que, en adelante, Dios derramará su sangre para que todos vivan de su vida.

La alianza, que reanudaba sin fin el antiguo rito de la sangre, ha llegado a su cumplimiento: Jesús murió como vivió, como servidor de la Alianza. En aquella última noche, declara el don que hace de sí mismo para el triunfo del pacto secular. Cuando dice: "Esta es mi sangre", significa que su vida será ofrecida, como siempre lo ha sido, para anudar esos vínculos de sangre entre Dios y los hombres. Jesús inmola su vida en este pacto de la Alianza; pone su vida sobre la mesa. La copa está sobre nuestra mesa. El viejo rito de la sangre ya no es un rito. La sangre del Hijo corre por nuestras venas. Y nos dice: "¿Podéis beber la copa que yo voy a beber?" Ellos respondieron: "Podemos"; y bebieron todos. ¿Podemos hacerlo nosotros? ¿Podemos llevar el amor hasta el final, vivir de la vida de Dios? ¿Dejar que la alianza nos renueve hasta no formar más que uno con el que nos ama? ¿Comulgar en El comulgando en su copa? La copa está sobre nuestra mesa, presencia real de Dios que llega hasta el final: "¡Esta es la sangre de la Alianza que el Señor hace con vosotros!"

**Dios y Padre nuestro,
somos sangre de tu Hijo
y vivimos de tu Espíritu.
Renueva tu alianza:
que, al compartir la copa de la Pascua,
pasemos con tu Siervo al reino del amor.
¿Cómo podremos devolverte, Señor,
todo lo que nos has dado?**

**¿Cómo darte gracias,
si tu Alianza es para nosotros
gracia que perdona
y amor siempre primero?
Ante tí sólo seríamos un pueblo mudo,
si tú mismo no nos dieras
las palabras de nuestra alabanza
y la fuerza para obedecerte.**

**No es la sangre de los sacrificios
la que podrá salvarnos;
nos agotaríamos en vano
elevando hacia ti una ofrenda
que se vería contradicha por nuestro pecado y nuestra incredulidad.
Pero, en tu Hijo Jesucristo,
tú has vertido en nuestras vidas tu propia sangre
y, a pesar de nuestras faltas,
somos de tu misma raza y parte de tu Alianza.**

**Acoge, oh Padre, nuestro sacrificio de alabanza
y recibe nuestro agradecimiento,
pues no tenemos mérito alguno que invocar ante ti.
Queremos poner en práctica tu palabra,
pero danos para ello un corazón nuevo,
a fin de que tu propio Espíritu
sea la prenda de nuestro triunfo.
Vierte sobre nosotros la sangre de la nueva Alianza,
para que seamos purificados
con la sangre del Cordero,
inmolado por nuestra salvación y nuestra vida.**

**¿Cómo darte gracias,
si no es poniendo ante ti
la memoria de la muerte en la cruz
y la resurrección de tu Cristo?
Pues es en él en quien nos concedes
ser tu pueblo,
de tu propia sangre y de tu raza,
Dios vivo,
Dios que perdonas y que levantas del suelo,
en tu Hijo, nuestro Salvador,
te expresamos nuestra fe y nuestra alabanza.**

AQUI TIENES A TU DIOS

Exodo 32, 15-24. 30-34. *El relato del becerro de oro sigue planteando problemas difíciles, y no parece que los exegetas vayan a ponerse de acuerdo, ni desde el punto de vista de la localización de las tradiciones, ni acerca de la relación del episodio con el cisma religioso de las provincias del norte. Sin embargo, podemos afirmar sin duda que, en su estado actual, Ex 32 revela una reflexión en profundidad sobre el futuro de la alianza, alternativamente rota y restablecida. A este respecto, la teología que ofrecen los vv. 30-34 es importante. Por una parte, hace de Moisés un profeta, puesto que lo muestra solidario de su pueblo hasta el extremo de hacerle pedir la muerte ("o bórrame de tu libro": v. 32). Por otra parte, insiste en la responsabilidad personal (v. 33) del pueblo, lo cual denota una reflexión post-exílica. En cuanto al v. 34, demuestra que la historia ha proseguido después de la ruptura, subrayando así la paciencia divina. El lugar que ocupa el episodio es igualmente significativo; se sitúa entre la versión elohísta del compromiso de la alianza (Ex 24) y la versión yahvista de su restablecimiento (Ex 34). Estas preocupaciones dejan ver la mano del redactor deuteronomista. Pero, por otra parte, no podemos por menos de sentirnos sorprendidos por la tentativa de excusar a Arón, lo cual es típicamente sacerdotal. El episodio del becerro de oro es verdaderamente concomitante con la historia judía.*

El cisma religioso, al que Jeroboam I arrastró a las tribus del norte (1 Re 12), fue un momento importante de esta historia. Para favorecer la independencia del nuevo Estado, el soberano cismático había abierto de nuevo los antiguos santuarios de Dan y de Betel, lo que suscitó la reprobación en los ambientes proféticos, sobre todo en el momento de la reforma de Josías, que favoreció la unicidad del culto. Sin embargo, hay que señalar que, en sí mismo, el culto de Jeroboam no era idolátrico. En efecto, el becerro de oro no era más que un pedestal fabricado para sustentar la estatua del dios, y en esto no difería en nada de los serafines del templo de Jerusalén. En consecuencia, es evidente que la condena dirigida contra los antiguos santuarios refleja la lucha entablada, tanto por parte de los profetas como por parte del elohísta, contra los cultos cananeos. Por otra parte, los círculos yahvistas de Jerusalén hicieron todo lo que estaba en su mano para ridiculizar los "becerros" de Jeroboam.

Pero ¿qué es lo que prohibían exactamente los dos primeros preceptos del decálogo? El primero prohibía rendir culto a ningún otro Dios que no fuera Yahvé; no negaba, pues, explícitamente la existencia de otros dioses, sino que todos sus esfuerzos se centraban en dejar claro que había un pacto exclusivo entre Yahvé e Israel, y preparaba así el dogma monoteísta para

el momento en que el pueblo tomase cabal conciencia de la impotencia de unos dioses que no le servían de nada. El segundo mandamiento habla sólo de las imágenes de Yahvé; su aplicación fue progresiva en Israel. Prácticamente, aludía a las prácticas mágicas favorecidas por la posesión privada de estatuas culturales, pero de hecho preconizaba la transcendencia y la libertad divinas.

El salmo 105 pertenece al género de las confesiones nacionales. Su redacción actual podría ser post-exílica. Habría servido, ante todo, para las ceremonias de renovación de la alianza, que desarrollaban el tema del pueblo infiel, a pesar de las liberalidades divinas.

Mateo 13, 31-35. Una semilla minúscula, un poco de levadura: los comienzos del Reino son insignificantes. Adivinamos aquí, punzante, la preocupación, la desconfianza casi, con que los discípulos contemplan los principios oscuros de Jesús o de su Iglesia. Persecuciones por todas partes; decididamente, parece lejos el día glorioso de Yahvé, anunciado con sonido de trompetas por algunos profetas.

Pero ¿quién es la semilla? ¿Quién es la levadura que hace fermentar la masa? Después de la parábola del sembrador, el lector sabe que se trata de la Palabra divina, encarnada en Jesucristo. Pero Jesús es puesto en duda; también la Iglesia lo es en nuestros días: todo esto forma parte de las vicisitudes del Reino. Tanto la minúscula semilla de mostaza como la levadura encierran la promesa de una fecundidad extraordinaria. La pequeña simiente sobre todo, que germina en una gran planta, mayor que las hortalizas, nos recuerda la enseñanza de la apología del cedro (Ez 17) o de la visión de Nabucodonosor (Dn 4), en la que se expresaba la esperanza de Israel en el juicio final, que humillaría a las ciudades orgullosas. Aunque los principios sean humildes, el fin será grandioso. El lenguaje de las parábolas tiene un alcance profético, como se evoca en la cita del Salmo 77 (v. 35).

*
**

Toda fraternidad humana, toda amistad, todo amor, comienzan por un período de exaltación, el del descubrimiento. Luego viene la rutina de los días: es entonces cuando se experimenta la solidez de los vínculos y se manifiesta su profundidad.

Moisés desciende de la montaña y rompe las Tablas de la Ley al pie del Sinaí. Sin duda, no hubo un momento en que Moisés fuera más dramáticamente consciente de la diferencia entre lo que debería ser la conducta de un pueblo digno de su vocación y la realidad de una fidelidad pecaadora. Es un momento capital de la historia bíblica. Al bajar de la montaña, Moisés sabe ya que el pueblo adora al becerro de oro; no teme ser sorprendido por la realidad, que no podría ser peor de lo que él se imagina. Pero el choque es realmente brutal, el escándalo que siente es tan violento, la realidad es tan provocadora, el becerro y la Ley son tan

opuestos uno a otro, que hay que romper, golpear, destruir. ¡No hay compromiso posible!

Ante la insistencia del pueblo, Aarón había pedido que le trajeran todos los arillos de oro y todas las joyas. Había hecho un molde y en él un becerro de oro fundido, y ante él había exclamado: "¡Israel, ahí tienes a tu Dios, el que te ha sacado de la tierra de Egipto!" Y había proclamado: "¡Mañana habrá fiesta en honor de Yahvé!" El pueblo estaba cansado de Yahvé, fatigado de ese Dios invisible. Como todos los pueblos, los hijos de Israel hubieran querido una divinidad al alcance de su mano, es decir, visible: un Dios presente en un lugar conocido, para poder ir sencillamente a su encuentro, rogarle directamente, forzarle a reconocer todo lo que se esperaba de El. Un Dios útil, utilizable... Moisés ha desaparecido en la montaña durante cuarenta días; el pueblo ha quedado solo y desamparado en el desierto. Necesita seguridad, quiere tener a su Dios visible en medio de él.

Estas son las razones por las que el becerro y la Ley son irreconciliables. La Ley supone una marcha, un futuro y un riesgo: el pueblo no tendrá otra seguridad que la de una palabra dada, una fidelidad divina asegurada. El becerro, por su parte, simboliza la religión que aprisiona, que encierra, que contiene prohibiciones, tabúes culpabilizadores: hay que respetar reglas, no vivir una libertad activa. Pero un Dios libre, como el Dios de la Alianza, no puede ser utilizado para el propio provecho, para un provecho individual.

Moisés se ha erigido en defensor de un Dios así. Se hará también el defensor de su pueblo ante Dios mismo. Este "hombre que tutea a Dios" (cfr. Ex 5, 22-23) encuentra, dada su intimidad con El, réplicas de una sinceridad extrema: "Si no quieres perdonar sus pecados, mátame a mí!" Dios aplacará su cólera: "Ve ahora y conduce al pueblo al lugar adonde yo te he dicho"; la Alianza es paciencia y fe en el porvenir. Pues Dios conoce bien que la cosecha tarda en llegar. Ha aprendido el tiempo de la paciencia, inventando caminos nuevos que le harán recuperar a su pueblo infiel. Pues Dios no podrá nunca sentirse satisfecho con las reverencias y acatamientos de hombres esclavos.

**Sólo tú, Señor, puedes renovar tu alianza;
¡sólo tú puedes perdonar nuestra infidelidad!
Haz que tu paciencia haga germinar en nosotros
lo que has sembrado,
y seremos tu cosecha para toda la eternidad.**

*
**

**¡Padre nuestro, que haces salir el sol
tanto sobre los buenos como sobre los pecadores,
bendito sea tu Nombre!**

**Tu Palabra es irrevocable
y tu fidelidad restaura tu alianza;
por eso te bendecimos por Jesús, salvador nuestro.**

**El es el grano lanzado a la tierra,
resucitado al sol de la Pascua,
futuro de la promesa.
El es la levadura que se mezcla con la masa
y desde hoy mismo empieza a crecer tu Reino.
Ya que no te cansas de nuestra torpeza,
Dios de infinita paciencia, te bendecimos.**

ENCUENTRO

Exodo 33, 7-11. 18-23; 34, 4b-9. 28. *Compuesto de fragmentos diversos, el capítulo 33 está unificado por el tema de la presencia divina. En efecto, el pueblo se encuentra en un momento clave de su historia y se hace preguntas. Por una parte, Moisés ha recibido la orden de abandonar el Sinaí y dirigirse a la tierra prometida a los antepasados; pero, como más tarde Pedro en el monte Tabor, se pregunta si no sería preferible quedarse en la montaña de la revelación. Por otra parte, el pueblo tiene conciencia de haber pecado gravemente y ya no está seguro de que la providencia divina le vaya a dar su protección durante el camino. Para responder a estas angustiosas preguntas, el capítulo 33 acumula todo lo que las tradiciones divinas decían respecto a la presencia de Dios.*

En primer lugar, reafirma el principio de la transcendencia divina. Ya que el pueblo se ha manchado con el pecado, Yahvé no subirá con él, irá a vivir fuera del campamento, bajo la tienda de reunión. Nos encontramos, pues, en presencia de un concepto más antiguo que la tradición sacerdotal, ya que ésta situaba siempre la tienda divina en el interior del campamento; la tienda exterior no es tanto una vivienda como un lugar de consulta. A continuación, el texto precisa la forma en que Dios se hará presente a su pueblo. Si bien es verdad que la criatura humana no puede ver a Dios cara a cara sin morir, Este se hace sensiblemente presente por medio de signos reconocibles desde la creación y a todo lo largo de la historia. Israel verá siempre a Dios simbolizado en la presencia tangible de una nube que baja y se extiende.

La alianza se ha restablecido. Ex 34 constituye la versión yahvista de la alianza sinaítica; su aspecto de renovación es sólo un artificio literario, debido a la inserción del episodio del becerro de oro; y su "decálogo" está formado, salvo dos excepciones que recuerdan los primeros preceptos de Ex 20, por un calendario religioso posterior a la instalación en Canaán. Obsérvense las palabras con las que se presenta Yahvé. Se trata probablemente de fórmulas litúrgicas estereotipadas, que el fiel debía repetir en el culto; su carácter antropomórfico parece perder su antigüedad, lo mismo que la noción de responsabilidad colectiva, en la que, sin embargo, prevalece la gracia sobre la severidad.

El himno, formado por el salmo 102, repite la afirmación de la benevolencia divina.

Mateo 13, 36-43. La parábola de la cizaña exhortaba al discípulo a tener la paciencia necesaria para la espera del juicio final. La explicación no tiene más alcance que el juicio mismo. Nos encontramos ante un mensaje lleno de firmeza y de confianza y transmitido a una Iglesia que es blanco de la persecución. Los cristianos deben saber que el mal no triunfará.

¿Tenemos que identificar el reino del Hijo del hombre con la Iglesia o con el mundo? La explicación no apoya ninguna de las dos tesis, ni tampoco la propia parábola, pues el juicio se dirige tanto a los hijos del Reino como a los hijos del Maligno. El campo en el que están sembrados el buen grano y la cizaña es el mundo, el campo cerrado en que se enfrentan la luz y las tinieblas. De nuevo la referencia a Jesús es básica, puesto que el juicio tiene lugar en función de su persona.

**

La Biblia encierra un caudal de admirables escenas de ternura. Los relatos del Exodo nos han habituado, hasta aquí, a la grandeza, al poder y a la dignidad. Una vez franqueadas estas grandes etapas, el texto parece cambiar de propósito: nos muestra a un Moisés que se ha convertido en alguien familiar a Dios. ¡Conmovedor cara a cara!: "Yahvé hablaba con Moisés cara a cara, como habla un hombre con su amigo". San Juan de la Cruz habla en algún momento de "los viejos amigos de Dios". Eso lo consiguen los que, con altibajos, no dejan de mantener comunicación constante con Dios. Se ha establecido una familiaridad entre Moisés y Dios, de modo que la tienda se ha convertido en "un lugar de Encuentro, de Reunión". Como dos enamorados que tienen su rincón secreto, Dios y Moisés fijan en él sus encuentros.

Mientras trata con Dios los asuntos de su pueblo, Moisés se arriesga a pedir lo que todo hombre ansía cuando ha vivido la experiencia de Dios vivo, por pobre que sea esta experiencia: "Muéstrame tu gloria..." La respuesta es admirable: "Mira, hay un lugar junto a mí, tu te colocarás sobre la roca. Cuando pase mi gloria, yo te pondré en el hueco de la roca y te cubriré con mi mano mientras paso..." Moisés, el "confidente de Dios" como lo llama el Corán, trabó amistad con Dios como nadie, salvo Jesús. Verá lo que se puede ver de Dios: "Retiraré mi mano y me verás de espaldas." Nadie puede ver a Dios de frente sin morir: a Dios siempre se le reconocerá por su paso. El encuentro no agota el misterio, por el contrario, remite a un más allá, a un "siempre más lejos". La fe está como "imantada" por el misterio divino; el creyente será siempre un "seguidor". Nadie puede alcanzar a Dios: él va siempre delante.

Ya antes de la salida de Egipto, Dios había anunciado el lugar de su revelación: "Soy el que seré". El encuentro remite a la historia. Moisés no verá de Dios más que la huella de su paso. La revelación se identifica con la economía de la salvación: Dios no tiene otro lugar para descubrir su faz que el paso a través de la historia de los hombres, de una parte a otra, desde el Génesis hasta el Apocalipsis. Como los pasos en la nieve indican una presencia e invitan a encuentros inesperados, así la acción histórica de Dios se abre a la manifestación de su identidad: Dios sólo es conocido por los que van detrás, y la tienda misma, lugar del encuentro, se desplaza con el pueblo a medida que sus peregrinaciones avanzan también. La Alianza es una persecución de Dios por parte del creyente, y

la revelación un éxodo para Dios. Pienso en la reflexión de la espiritualidad farisea sobre la Shekinah. Sabemos que ésta habla de la "Gloria" de Dios o de su "Presencia" para nombrar a Dios mismo, preservando su misterio. Esta denominación tiene su origen en la raíz "Shakan", que significa la "residencia de Dios". Así pues, en la espiritualidad farisea, la Shekinah significa "Dios-en-exilio". La tienda, que es el lugar de la Revelación, lo es también del "Dios-en-exilio".

"Me verás de espaldas". Hemos encerrado a Dios en fórmulas, hemos reducido la revelación a una serie de definiciones ortodoxas, como si hubiéramos visto el rostro del "Totalmente Otro". "Me verás de espaldas"... Hay un sólo lugar en el que podemos encontrar al Inefable, conocer al Incognoscible: nuestra historia de hombres, en la que se encarna la Alianza. La revelación sólo puede ser un éxodo común, y el encuentro un descubrimiento, no una contemplación posesiva. El deseo que nos empuja a decir: "Muéstrame tu gloria" se convierte entonces en una humilde invocación, la de Moisés al final de su emocionante cara a cara: "¡Dígnate, Señor, acompañarnos!"

Sobre el salmo 41

**

**Así como la tierra sin agua ansía la fuente,
así yo te busco, Señor, y te espero.
Que todo mi ser sea deseo
y que mi oración se haga invocación:
¡muéstrame tu rostro y estaré salvado!**

**Acudo al lugar de tu morada...
¿será acaso el lugar de nuestro encuentro?
Inúndame con tu luz,
sumérgeme en tu verdad;
¡muéstrame por dónde pasas y
estaré salvado!**

**

**¿Quién eres tú,
hacia quien empuja el deseo,
Tú, cuyo amor ya conoce
nuestro corazón?
¡Dios todopoderoso, Dios vulnerable,
Dios que te llamas Padre,
Dios de nuestra historia, Dios de la Alianza!**

**¿Quién eres tú, que te encadenas por amor,
oh Dios, a quien podemos herir de muerte,
Dios que perdonas y resucitas?**

**Dios de ternura,
Dios a quien no podemos contemplar sin morir,
Dios de Jesús y Dios de los cielos infinitos,
es a tí a quien cantamos.**

Miércoles de la decimoséptima semana

EL ROSTRO ILUMINADO

Exodo 34, 29-35. *Este párrafo, bastante diferente del resto del capítulo 34, subraya el carácter excepcional de la intimidad que se había establecido entre Dios y Moisés. Sólo éste tenía el privilegio de conversar directamente con Yahvé, de forma que un poco de la gloria divina resplandecía sobre su rostro.*

Pero ¿qué dicen las fuentes sobre Moisés? Destacan dos hechos. Por una parte, si bien todas las tradiciones sitúan a Moisés en el centro de los acontecimientos que relatan, es en razón a un proceso de armonización, pues, ni las antiguas profesiones de fe ni los himnos atribuyen a Moisés este lugar único. Por otra parte, las fuentes revelan que el personaje de Moisés no ha dejado de pesar sobre la conciencia de Israel; se puede constatar, en efecto, que su descripción se afirma al hilo del desarrollo consecutivo de la historia. Así, para el yahvismo, Moisés no es más que un profeta inspirado. Su misión es dar a conocer las intenciones divinas, pero es únicamente Yahvé quien realiza los milagros (Ex 3, 16-17 y 10, 13b. 14b). Para el elohísta, también Moisés es un profeta, pero su misión se ve sensiblemente ampliada. No solamente es el encargado de desvelar las intenciones divinas, sino que obra en nombre de Dios; interviene en los acontecimientos y realiza milagros (Ex 10, 1. 13b.14b). Supera, pues, a todos los profetas, y además su función de intercesor está mucho más resaltada que en el yahvismo. Sin embargo, la imagen más completa de Moisés aparece en el Deuteronomio. En primer lugar, se ha convertido en el profeta por excelencia, hasta el punto de que su figura es el paradigma del profeta por medio del cual Yahvé garantiza la continuidad de su relación con el pueblo (Dt 18,18-20). Por el contrario, el libro no dice nada sobre el tema de una intervención del profeta en los acontecimientos históricos, al mismo tiempo que acentúa el carácter a veces dudoso de la mediación ejercida entre Dios y su pueblo (Dt 9, 9.18 y ss.). Finalmente, en la tradición sacerdotal de la que da testimonio la perícopa litúrgica, Moisés no realiza ninguna de las tareas secundarias que se le atribuyen en las fuentes más antiguas y sólo es el intercesor entre Dios y su pueblo. La imagen de Moisés atravesando la nube del Sinaí y su permanencia durante largos períodos de tiempo en conversación íntima con Dios es característica del documento sacerdotal.

El salmo 98 forma parte de los cantos de entronización en honor de Yahvé. Destaca el papel representado por Moisés y Aarón, pero atribuye toda la gloria a Dios.

Mateo 13, 44-46. Con la alegoría de la cizaña, Mateo quiere apelar al espíritu de vigilia de los discípulos. El Reino requiere hombres despiertos, atentos a los acontecimientos. En efecto, el Reino es una realidad que hay que descubrir; y el hombre tiene que leer sus huellas en la historia y en su vida personal.

Un campesino encuentra su tesoro en su campo, o un mercader de perlas encuentra la perla rara. Son acontecimientos inesperados; la vida da muchas vueltas, y los dos hombres intentan vender todo lo que poseen para adquirir lo que no tiene precio. ¿Harías tú lo mismo por el Reino? Si es así, eres un verdadero discípulo...

**

Un criado descubre un valioso tesoro cuando trabaja en el campo...
Un anticuario encuentra la piedra preciosa que no esperaba...

¡Ambos arriesgan todo para hacerse con maravilla semejante! ¡La pasión induce a cometer locuras! Sólo podemos hablar del Reino en términos de seducción; no se puede ser discípulo a menor precio: el Reino no acepta los términos medios.

¿Nuestra fe es una pasión? Confesemos que nuestra fe religiosa es más bien mediocre, sin relieve. Tratamos de buscar protección: una especie de seguridad, un contrato con Dios. Calculamos los riesgos y nos mantenemos en una prudente reserva. Al parecer, todo exceso es nocivo: por eso somos juiciosos y elegimos la medida justa, es decir, la medida a medias...

¡Arriesgarlo todo! Jesús tenía razón: sólo se arriesga la vida cuando se ha descubierto un verdadero tesoro. Hacemos locuras cuando estamos dominados por una verdadera pasión. Pero ¿tiene nuestra fe algo que ver con el amor y la locura? "Ve, vende lo que tienes" Arriesga tu vida, pues el tesoro, desde luego, es la salvación, el amor, la pasión que Dios siente por nosotros. Arriesga todo con la certidumbre de que acabas de descubrir la piedra preciosa. Has encontrado el tesoro que te colma: Dios cree en ti y sueña con tu presencia. ¡Ese es tu tesoro, ahí está también tu corazón!

¡Arriesgarlo todo! Dios lo ha hecho desde siempre. Pues su tesoro es el hombre. Dios ha abandonado su tranquilidad, su credibilidad, su paz, para contemplar al hombre en el hueco de su mano, perla preciosa, resplandeciente del Espíritu que animaba la arcilla modelada. Dios ha cometido locuras a causa de su pasión: una historia siempre renovada con un pueblo de cerviz dura. "Yo estoy lleno de amor y fidelidad, conservo mi fidelidad hasta la milésima generación" decía ayer, al presentar su "tarjeta de visita" a Moisés. ¡Arriesgarlo todo! Dios ha vendido todo, hasta su bien más preciado: su Hijo irá a la cruz.

Ante semejante pasión, ¿cómo no arriesgarnos nosotros en la aventura de la fe? ¿Cómo no sentirnos conmovidos ante tal resplandor? Después de su entrevista con Dios, después de la revelación de su nombre, después de haber contemplado las huellas del paso de Yahvé, Moisés baja de la montaña, transfigurado. "Nada hay más hermoso que un rostro al que toda una existencia de luchas y combates ha vuelto transparente" (Hermano Roger, *Ta fête soit sans fin*): Moisés ha sido seducido y su rostro llevará en adelante las cicatrices de este encuentro. ¿Cómo no íbamos

a sentirnos alterados por la revelación de la pasión divina? Pues allí donde está nuestro corazón, allí está nuestro tesoro. ¿Cómo íbamos a poder, en efecto, descubrir perla tan delicada sin ejercitar nuestra visión y sin habernos puesto a buscar? Si no hubiéramos trabajado la tierra para renovar el campo, si no la hubiéramos preparado amorosamente, ¿cómo íbamos a descubrir el tesoro escondido? Dejaos, pues, trabajar por Dios y descubriréis su tesoro y su pasión.

**

**Dios y Padre nuestro,
tú has depositado en nuestras manos
una perla fina:
tu alianza y el futuro de tu promesa.
¡Que este don transforme nuestra existencia!
Danos la alegría
de los que han descubierto el secreto de la vida;
así, cada hombre participará
del tesoro que tú le permitas descubrir.**

**

**Te alabamos, Padre de ternura,
por Jesús, resplandor de tu gloria
e imagen viva de tu benevolencia.
El es la alegría incomparable
de quienes lo buscan sin descanso
y descubren su presencia
en lo más hondo de sí mismos.
Para aquellos que le conocen
no hay más tesoro en el mundo,
ya que sólo El puede colmar su esperanza.
Por eso, con todos los que han sido transfigurados
por semejante luz,
te alabamos, Dios de nuestra Alianza.**

AL RITMO DE SU PASO

Exodo 40, 16-21. 34-38. *El capítulo 40 resume las tradiciones sacerdotales, a veces divergentes, concernientes a la construcción del santuario y a la manera de concebir la presencia de Dios. El papel de Moisés —un papel sacerdotal— está claramente marcado, lo mismo que su obediencia y sumisión a las órdenes de Yahvé. Así, la construcción del tabernáculo no aparece como iniciativa humana, sino como simple ejecución de las consignas divinas. El templo se construye sobre el modelo del templo celeste.*

¿Vivienda o tienda de Reunión? Ambos conceptos denuncian teologías diferentes y denotan la diferencia entre la tienda del desierto y el templo definitivo. La gloria de Dios está ligada a la noción de presencia permanente; evoca al templo de Jerusalén y refuerza su carácter sagrado. Moisés no puede entrar en él. Por el contrario, la nube es el signo de la venida de Dios, y este Dios es el que Moisés puede encontrar en la tienda de Reunión. El v. 35 es un intento algo torpe de conjugar los dos conceptos. Así, "el misterio de la presencia de Dios, al que el hombre no puede aproximarse, pero que puede, no obstante, encontrar para recibir su palabra, se expresa en una especie de dialéctica entre la nube y la gloria" (F. Michaëli).

El salmo 83 mezcla el canto del peregrino, que expresa a los servidores del templo su alegría por encontrarse en la ciudad santa, con las palabras de acogida que los sacerdotes le devuelven, tanto a él como a sus compañeros de ruta.

Mateo 13, 47-53. *La orilla, el mar: el lector encuentra aquí de nuevo el marco de la enseñanza por medio de parábolas. En efecto, para dirigirse a la multitud que estaba en la orilla, Jesús se había sentado al borde del lago. La conclusión del discurso resume la enseñanza que se ha ido desprendiendo progresivamente de la lectura de las parábolas. Jesús ha proclamado el Reino, y cada hombre es ahora llamado a situarse con respecto a él. Es invitado a "comprender", es decir, no solamente a prestar atención a la enseñanza de Jesús, sino a comprometerse profundamente a una obediencia filial. Es normal que el Reino desconcierte; se asemeja a un tesoro que contiene lo viejo y lo nuevo. Las palabras de Jesús no desmienten la enseñanza tradicional de los judíos; la renuevan de arriba a abajo, revelan la novedad que se esconde entre los viejos tejidos. Pero la misión terrestre de Jesús ha encarnado el juicio final: quien no toma partido por El, está contra El.*

De todas formas, la parábola de la red, como la de la cizaña, insiste en el hecho de que Jesús no desea de momento depurar en el grupo de discípulos los elementos indeseables. La selección se hará en los últimos tiempos. La explicación, muy alegórica, repite, con términos que provienen de la explicación de la parábola de la cizaña, la amenaza contra "todo lo

que no vale nada". Es una invitación a tomar muy en serio la enseñanza de Jesús, pero también a optar por la alegría más que por el llanto.

Finalmente, hay que señalar que el discurso parabólico ha mostrado que los discípulos pertenecen a un grupo distinto del de la multitud. Su misión apostólica es así confirmada. Son los escribas del Reino, los enseñantes de la Iglesia.

*
**

Hubo un tiempo en que los hombres pensaban que Dios habitaba en las montañas; luego le levantaron tabernáculos, tiendas o templos. Pero todo el mundo sabía que Dios habita en el cielo; lo demás no era más que residencia secundaria o sede social transitoria... No importa, se necesita tiempo para creer que Dios no se deja encerrar en ninguna parte. El tiempo del Exodo...

En el desierto, el habitáculo de Dios es una tienda de nómada; Dios habita en el corazón de su pueblo y vive al ritmo de su historia. El Arca de la Alianza está en medio de las caravanas y el templo de Dios es un refugio provisional. Pues Dios no se queda fijo en ninguna parte; no es perceptible más que a través de las huellas de su paso; El mismo es el camino que lleva de la esclavitud a la libertad, de la muerte a la vida y de la sombra a la luz.

De este modo, la historia del pueblo de Israel, como la de Jesús de Nazaret, son el lugar en el que podemos interpretar nuestra propia vida. Evidentemente, nuestra marcha, reemprendida una y otra vez para superar de algún modo los determinismos que nos aprisionan, es una experiencia de éxodo. Y también es un éxodo nuestro paso de la muerte a la vida, que hay que reconquistar sin cesar luchando contra los poderes de la nada.

El hombre que no ha realizado en sí mismo esta experiencia de la luz que vacila en medio de las tinieblas, de la laboriosa victoria de la unidad sobre los factores de desintegración, del retorno exigido sin cesar por el amor para no ser vencido por la inercia, ¿cómo va a poder recibir dentro de él, como una palabra de libertad, la vida del Testigo de Dios, la vida de este hombre que nos anuncia, más aún por sus actos que por su palabra, que en El la luz ha vencido definitivamente a las tinieblas, la unidad a la división, la libertad a la esclavitud, el amor a la desesperanza, en una palabra, la vida a la muerte?

Si bien el Exodo es, pues, el lugar donde se aclara el sentido de nuestra aventura humana, también nos revela que Dios no es ajeno a ello. ¡La Tienda está en medio de la caravana! De la vida de un pueblo y de la vida de un hombre, en las que reconocemos nuestra propia historia, se desprende como por incandescencia esta Buena Noticia: nuestro éxodo saldrá adelante, puesto que es Dios quien nos marca el paso.

**¡Oh Dios, Dios nuestro,
no queremos más dios que Tú!
Tu nombre, que repite como un eco secular
la memoria de todos los creyentes,
ilumina nuestra historia y guía nuestra búsqueda.
¡Bendito seas por todos esos testigos
que hacen a tu palabra eternamente joven!
Bendito seas, Dios de Abraham:
al igual que a él, también a nosotros
nos impulsa tu Palabra a partir de nuevo.
Bendito seas, Dios de Moisés:
al igual que él, también nosotros
hemos sido llamados a liberar a nuestros hermanos,
y a arrancarlos de la tierra de servidumbre.
Bendito seas, Dios de Josué:
al igual que él, también nosotros
reconocemos haber recibido
la tierra en la que se establece tu pueblo.**

**Dios misericordioso, Dios de la Alianza eterna,
bendito seas en Jesús, la imagen de tu gloria
y el cumplimiento de tu promesa.
No podemos ir tras otros guías,
y reconocemos
que tu palabra, que nos viene de El, Verbo de Dios,
es palabra para el futuro de nuestras vidas.**

**Te damos gracias por el paso
que nos permites dar en tu Hijo amado:
hemos sido bautizados en el Espíritu
y hemos atravesado las barreras de la muerte
para llegar a la tierra nueva,
tierra de la promesa,
parte de tu heredad, nuestra tierra.
Permítenos habitar en ella
y hacerla acogedora para todos los hombres;
que todos juntos formemos un pueblo
llamado a bendecir tu nombre.**

**Te rogamos por todos los que buscan
la faz escondida de las cosas y el sentido de su futuro;
Te rogamos en compañía de todos aquellos
cuya historia engendró la nuestra,
aquellos cuya vida nos permite expresar hoy
la eterna novedad de tu alianza
consumada en Jesús, nuestro Liberador.**

Leer y comprender a Mateo *Nacimiento de una iglesia* (caps. 13, 54 - 17)

Si bien algunos hombre acogen de buen grado la palabra de Dios, hay otros que la desdeñan o la rechazan. En el capítulo de las parábolas, Jesús lo ha dado a entender con claridad. Podríamos decir que hay dos tipos de hombres: los de dentro y los de fuera: la Iglesia y el mundo, entendido éste al modo joánico.

Mateo invita ahora a sus lectores a contemplar el nacimiento de la Iglesia. Describe los distintos itinerarios que se ofrecen a los creyentes y muestra que la Iglesia sólo puede crecer si se profundiza la relación que la une a su fundador.

La primera etapa (13,54 - 14,36), bien conocida por la imagen de la Iglesia-barca, se presenta como un auténtico itinerario pascual. Se inicia con la descripción de la falta de fe de los compatriotas de Jesús y acaba con la aparición de Jesús, que, como el Dios del Exodo, calma la tempestad y tranquiliza a los asustados remeros. Esta aparición lleva, evidentemente, la marca de Cristo resucitado, como indica el gesto de adoración de los discípulos, pero también los relatos precedentes: el martirio de Juan Bautista, contado en términos que anuncian ya la pasión de Jesús; y el de la multiplicación de los panes, en el que se comparte el pan eucarístico. Itinerario de muerte y de resurrección...

La segunda etapa (15,1-39) hace constar la presencia de los paganos en la Iglesia. Se trata también de una muerte y de una resurrección para los discípulos que, superando el obstáculo de las tradiciones referentes a los alimentos impuros, abren la mesa eucarística a todos aquellos que entregan su fe a Jesucristo.

Señales: esto es lo que pedían los judíos. A esta generación adúltera, Jesús no sólo responde que no habrá otra señal que la de Jonás, sino que le reprocha también su falta de fe. El signo de Jonás, cuya experiencia realiza Pedro en la tercera etapa (16, 1-28). Es el itinerario cristiano por excelencia: la admisión a la gloria por el sufrimiento. Cesarea de Filipo es la hora de la Iglesia, pero de una Iglesia que titubea.

Como confirma la voz del Tabor, en la cuarta etapa (17, 1- 27) se indica que hay que tener confianza en Cristo y seguir su camino de Pascua. Para el hombre, es la única forma de pasar del temor a la libertad de los hijos de Dios. La fe transfigura al hombre del mismo modo que cura al niño epiléptico.

HACER INTERVENIR A DIOS

"Viviré entre vosotros, seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo. Yo, Yahvé, vuestro Dios" (Lv 26, 12). La Alianza fue experimentada por Israel como un hecho real antes de ser expresada en fórmulas y teologías. Dios ha intervenido en nuestro favor: esta es la convicción que atraviesa toda la aventura del pueblo elegido. La Alianza es, ante todo, una historia, y a partir de esta experiencia histórica los creyentes elaboraron este tema esencial de la mentalidad bíblica. Porque la Alianza es en primer lugar una experiencia vivida, engendra la fiesta. "Harás que resuene el sonido de la trompeta para las aclamaciones, convocarás a los hijos de Israel, proclamarás la liberación de todos los habitantes del país" (Lv 23, 37; 25, 9-10).

La fiesta bíblica y cristiana es celebración del Dios de la Alianza. Es la inscripción "carnal", gestual, de la palabra inaudita, jamás escuchada, pues Dios no ha tenido nunca más que una historia de hombre para expresar su extravagancia y su gracia.

La fiesta es proclamación, es decir, memoria. Recordar a Dios que salva por medio del culto, es evocar ritualmente un acontecimiento pasado para devolverle su virtud primigenia; más aún: es incluir a los que celebran el recuerdo en el acontecimiento mismo que la celebración conmemora. Recordamos las palabras de *Gamaliel* explicando, a la luz de Ex 13, 8, el acontecimiento de la Pascua israelita: "Es preciso que en cada generación cada hombre se considere como si hubiera sido *él mismo* liberado de Egipto. Es preciso que cada israelita sepa que es *él* quien ha sido liberado de la servidumbre". La fiesta nos hace, pues, participar en la historia de la que se hace memoria. La historia que se nos ofrece en la conmemoración se cuenta, sin duda, como historia pasada, y el pasado es por definición, algo ausente. Pero es preciso decir también que, teológicamente, ese pasado no está muerto. Para el creyente, toda la posibilidad de fe se juega ahí: el pasado debe ser recibido como posible y como revelador posible.

En la fiesta, recibimos nuestro pasado como presente. En el doble sentido del término: como actualizado y como don de gracia. "Interpretando", re-presentando (presentando de nuevo) la historia de la Salvación, estamos presos entre sus redes, somos "interpretados" (en el sentido en que se puede interpretar a alguien) y re-presentamos, hacemos presente lo que nos sucede hoy. La celebración anuda, en el orden que le es propio, la Alianza entre Dios y los hombres; esta es la razón por la que es indispensable para la fe. La fiesta es, pues, "símbolo" de la fe, nos "evangeliza"; enraizándose en el fondo simbólico y ritual de los hombres, nos despierta al designio que Dios tiene para nosotros.

Proclamación y memoria, la fiesta bíblica es liberación. No nos aparta de nuestra existencia mundana, aunque la santifica. No introduce un abismo entre lo sagrado y lo profano, ya que manifiesta que la vida divina en común se organiza según las estructuras del hombre, pues atestigua que la divinización del hombre se hace por y en la humanización de Dios¹. Nuestra fiesta es liberación, pues inserta la historia personal y colectiva de los creyentes en una historia "santa".

Si celebramos al Dios de la alianza, es para que llegue nuestra liberación. El fin de nuestra liturgia no es diferente de su objeto. Si la Alianza entre Dios y los hombres tiene por objetivo la unidad de los hombres en Dios, la "comunión", entonces nuestra fiesta es la Alianza en gestos de hoy. "Todo esto es lo que pueden provocar en nosotros las oraciones, las salmodias, así como todos los actos sagrados y las fórmulas que encierra la liturgia. Esto nos santifica y nos predispone, bien a recibir, bien a conservar la santificación y a permanecer en su conservación"². Celebrar no tiene otro objetivo ni otra finalidad que la de reunirse en asamblea festiva para acoger al Señor, que actúa en nuestras vidas, y entrar juntos en la comunión que nos ofrece.

**

**Nuestra mayor alegría, Señor,
Dios de bondad y de ternura,
es darte gracias y expresarte
la alegría desmedida
de los hijos liberados por tu gracia.
Bendito seas por la historia
que no cesas de escribir con nosotros,
por la alianza que renuevas en esta fiesta;
aceptamos gozosos tu benevolencia;
he ahí toda nuestra alegría
ante un amor tan entrañable
que dura por los siglos de los siglos.**

¹ (Cfr. M.D. CHENU, *Anthropologie de la liturgie*, en *La liturgie après Vatican II*, Unam Sanctam, Cerf.)

² Nicolás CABASILAS (teólogo ortodoxo del s. XIV), *Explication de la divine liturgie*, Sources Chrétiennes, 4 bis, Cerf.)

EL CORAZON ESTA DE FIESTA

Levítico 23, 4-11. 15-16.27.34b-37. *El libro del Exodo concluye con la construcción del Tabernáculo de la Reunión; el Levítico se propone explicar el buen uso de este tabernáculo, para que sea realmente el lugar de encuentro entre Dios y el hombre. Su última parte (caps. 17-26), llamada "Código de Santidad", detalla todo lo que el pueblo santo debe hacer para favorecer su comunión con el Dios santo. Para ello ha de observar fielmente las fiestas y años santos.*

Las fiestas, instituidas después del exilio, tienen orígenes muy diversos, pero persiguen un doble fin: por una parte, conservar presentes en la memoria del pueblo los favores innumerables con los que Yahvé le ha colmado; por otra, actualizarlos. Esta memoria, efectivamente, nunca es contemplación estéril, sino certeza de que Yahvé continúa haciendo en el presente lo que hizo en el pasado. Esta memoria es en el fondo una profesión de fe en la fidelidad divina. Tanto la fiesta de pascua, de origen pastoral, como la fiesta de los Acimos, de origen agrícola, han sido relacionadas con la salida de Egipto. Estas dos fiestas se celebraban, en efecto, en primavera; y también fue en una primavera cuando Yahvé envió a Moisés ante el faraón. Las fiestas coinciden con el deseo del hombre de demostrar su fe por medio del juego comunitario y del lenguaje de los cuerpos.

Los salmos acompañaban a los ritos prescritos. El salmo 80 pertenece a las alegaciones contra la ruptura de la Alianza; insiste en el aspecto de regla obligatoria que caracterizaba a las fiestas celebradas en honor del que había sacado a su pueblo de Egipto.

Mateo 13, 54-58. La enseñanza en parábolas traza la frontera que separa a los discípulos de todos aquellos que se niegan a oír la Palabra. En adelante, el que no está con Jesús está contra él; en adelante, podríamos decir, están la Iglesia y el "mundo". Mateo nos invita ahora al nacimiento de esta Iglesia, describiendo los distintos itinerarios que se ofrecen a la fe del creyente.

En primer lugar, están los de fuera, los de la "patria". Más que una localización geográfica, la expresión designa una mentalidad. Sitúa a los que se cierran en sus propias ideas y rehusan interrogarse sobre la nueva sabiduría que se desprende de la enseñanza de Jesús. El rechazo de los compatriotas de Jesús se hace así el símbolo de la oposición de los adversarios. La persona y la enseñanza de Jesús constituyen a sus ojos un escándalo en el que tropiezan y que acabará por hacerles caer.

Me gusta esta afirmación de un rabino: "Hay profundidades en el alma humana que sólo el rito puede alcanzar". Hemos perdido quizá nuestra alma al perder el gusto y el sentido de la fiesta. A fuerza de medir los gestos e incrementar la palabrería, por temor a cantar y por miedo a ver, lo más profundo de nosotros mismos se entorpece. Pero si nuestras profundidades no son nunca alimentadas más que de promesas sin mañana, de gestos que no llegan a realizarse, ¿quién podrá impedirles llenarse de cualquier cosa? No es con ideas con lo que se puede alcanzar esas profundidades, sino con gestos, con los sentidos, con el canto y con los silencios del cuerpo. Pues, decidme: ¿cómo podríais vivir vuestro amor sin enlazaros, cómo ibais a poder expresar vuestra alegría sin risas y sin cantos? ¿Quién puede expresar en palabras el peso de dos manos que se juntan cuando el sufrimiento engendra el silencio, o la connivencia divertida de dos miradas que se encuentran? "

El Señor habló así a Moisés: Estas son las festividades del Señor, las asambleas litúrgicas que convocaréis a su debido tiempo los hijos de Israel". La fe no puede vivir sin fiesta, porque el amor y la vida no pueden prescindir de ella. La fe es celebración, es gesta, "canción de gesta". ¡Ah, si pudiéramos jugar con Dios, qué maravilla! ¡Todo el mundo lo toma tan en serio que lo hacemos mortalmente aburrido! Tenemos que realizar nuestros juegos ante Dios, so pena de ver cómo se desmorona el vigor de nuestras confesiones de fe.

"Convocaréis a los hijos de Israel en las festividades indicadas". La fiesta es una convocatoria: un pueblo se reunirá para conmemorar las gestas de Dios. La fe no puede vivirse sin la fiesta, pues ella es la herencia de un pueblo, no asunto de unos cuantos individuos; la revelación es alianza pactada entre Dios y los hijos liberados de la servidumbre. La fiesta es una memoria mantenida, la historia de la salvación será periódicamente renovada, un pueblo tomará de nuevo contacto con sus orígenes para comprometerse nuevamente en una aventura con Dios.

"Hay profundidades en el alma humana que sólo el rito puede alcanzar"... Tendremos que reaprender a dejar cantar a nuestra fe: deberemos, sin duda, reaprender a vivir para entrar en la fiesta; deberemos, sin duda, recuperar un alma de niños para jugar delante de Dios y para, en ese juego y en esa liturgia, reinventar el mundo: la fiesta crea ya el futuro.

**

**Dios de nuestros padres y Dios de nuestra historia,
tú nos convocas para festejar tu nombre
y celebrar nuestra liberación.
Permítenos decir una vez más "Amén"
en el festín de tu amor.
En él encontramos
al que anunciamos hasta que venga de nuevo
Jesucristo, alegría nuestra para toda la eternidad.**

FIESTA DE LA LIBERACION

Levítico 25, 1. 8-17. *Todo el mundo coincide en afirmar que la ley del jubileo se ha quedado en letra muerta, pero el fracaso no debe hacer olvidar las ideas generosas y, por otra parte, profundamente religiosas que esta institución transmite. Ciertamente, se ha escrito que la ley suponía la transferencia de propiedades, el préstamo a interés y la servidumbre por deudas; y ésta es la situación que prevalecía en la sociedad egoísta de la época monárquica... Pero eso no impedía a las conciencias conservar en el fondo de sí mismas algo del ideal del desierto. El judío no podrá nunca olvidar que no es más que "un emigrado y un huésped" en la tierra que ocupa, pues esta tierra le ha sido dada gratuitamente por Dios y no la tiene más que en usufructo. Tampoco podrá nunca olvidar que Yahvé lo liberó de Egipto para tomarlo a su servicio. Un pueblo libre: así aparece Israel en el Exodo. Un día, en Nazaret, Jesucristo tomará de nuevo la antorcha de la libertad recobrada.*

El salmo 66 es de difícil clasificación. Los vv. 4-6 (repetidos en el estribillo) expresan la idea fundamental: que todos los pueblos conozcan a Dios. Así Israel se afirma como el testigo de la gloria divina.

Mateo 14, 1-12. *"¡Sólo en su tierra y en su casa desprecian a un profeta!". Los oráculos de Jeremías habían indisputado a los falsos profetas y a los sacerdotes; la predicación de Jesús divide profundamente a sus compatriotas. Por eso conocerá al final la misma suerte que los profetas, muchos de los cuales sufrieron una muerte violenta.*

El destino de Jesús está prefigurado en el de Juan Bautista. Como él, será arrestado, encadenado y condenado a muerte (se observará que Mateo emplea aquí los mismos verbos de los relatos de la Pasión). Pero, mientras que Jesús resucitará realmente de entre los muertos, la supuesta resurrección de Juan es sólo una fábula popular.

**

"Haréis resonar la trompeta por todo el país. Santificaréis el año cincuenta y promulgaréis manumisión en el país para todos sus moradores."

¿Cómo se ha podido acusar a la religión de ser el opio del pueblo? ¿Habremos comprendido tan mal el sentido de la fiesta que se habría convertido en una evasión, un refugio ajeno a un mundo demasiado duro, un rito desencarnado y descomprometido? Pero la verdadera fiesta proclama la liberación y la lleva a cabo. La fiesta es una proclamación. En ella dejamos que nuestra fe cante; hasta tal punto es verdad "que hay profundidades en el alma humana que solo el rito puede alcanzar". La fe toma los colores de la fiesta, porque la liturgia proclama una historia que

se hace alianza. Nos contamos unos a otros "la gesta de Dios", "interpretamos", "jugamos" lo que nos ha sucedido. La Biblia describe el papel que ocupa Dios en la historia humana, pero no se contenta con eso: sitúa entre nosotros esa historia en la que Dios se compromete aún y nos compromete.

La fiesta es un acto de fe. Desvela el sentido escondido de la aventura humana. El objeto de nuestras celebraciones es la acción de Dios vivo atravesando las peregrinaciones de los hombres. La liturgia describe a Dios, pero lo hace contando y proclamando esta liturgia. No define, como cuando se ponen límites perfectamente definidos a algo (de-finir, acabar)... Mira hacia "lo que ha sucedido" y orienta la mirada de la Iglesia hacia ese Dios que hace la historia. El Dios de la Alianza.

Nuestra fiesta anuncia, prepara, prefigura, anticipa. Representando ante Dios la historia de nuestra salvación, estamos como "cogidos en la trampa" de la Alianza. Recibimos como una promesa esta historia de Dios-con-nosotros. Y desde ese mismo momento, nuestra fiesta se hace liberación; instaura ya para nosotros lo que tiene aún que suceder. "Dios viene del futuro" (Pierre Talec).

No, la fiesta no es un sueño ni una ilusión; no nos aparta de este mundo para hacernos olvidar la miseria de nuestro tiempo. Nuestra fiesta conduce a la liberación, que reconocemos en la fe como ya presente. En la fiesta de la fe, el hombre, el tiempo y la historia ¡viven ya el futuro!

**

**Señor y Dios nuestro,
te alabamos por la novedad de tu Palabra.
Hace muchos siglos que está entre nosotros
y, sin embargo, sigue siendo eternamente joven:
¿cómo es posible que nosotros seamos tan viejos?
Te alabamos por la eternidad de tu Alianza:
desde hace muchos siglos, nuestra historia es común:
¿cómo es posible que tengamos tan poca memoria?
Te lo rogamos:
que tu Palabra no pase:
que ella sea nuestra fiesta;
que tu Alianza renueve nuestro futuro
y sea nuestra comunión**

**¡Venid, gritemos de alegría por el Señor,
aclamemos al Dios que nos salva;
sean para El nuestros cantos de alegría;
ya que El nos libera, sea para El nuestra fiesta!**

**Sí, nuestro Dios es un Dios grande:
El hizo la tierra,
El dirige la historia...**

**¡Aclamad al Altísimo, Señor de la gloria!
Venid al Señor que os habla,
no endurezcáis vuestro corazón!
¡Venid al Señor que os libera,
feliz el pueblo que reciba su luz!**

*
**

**Dios de nuestra historia,
Dios de nuestra memoria,
Dios de la Alianza, te lo pedimos:**

**¡que llegue ya el día
en que se realice lo que comenzaste!
¡que llegue ya el día
en que manifiestes tu victoria
y nuestra liberación!**

**Sí, te lo rogamos:
¡que llegue el día en que nuestra fiesta no acabe!**

¡ACUERDATE DEL DESIERTO!

De nuevo, nos hallamos en el desierto. En el libro de los *Números* y en el *Deuteronomio*, emprendemos la "gran travesía". Hemos dejado la tierra extranjera y las cadenas para las que no estábamos hechos. Ante la llamada de Dios, hemos ido al desierto. Tierra árida donde la sed se aviva, tierra de soledad donde se fragua la verdadera comunión, tierra sin referencias donde hay que inventar a cada paso el itinerario para dirigirse hacia la tierra prometida. Pero no hemos partido sin meta ni razón; nos habríamos podido quedar con nuestras cadenas, que pese a todo nos aseguraban una cierta estabilidad... Si hemos decidido arriesgarlo todo, es porque la fe supone siempre un riesgo.

El desierto es el lugar de la prueba. La fe se vive en él al día, y no es una satisfacción demasiado inmediata ni una certidumbre demasiado fácil. En el desierto, hay que ir adelante y dejar que la sed y el hambre, socaven nuestro ser. Entonces nace la fe. En este éxodo, hay necesariamente un punto medio doloroso que separa la exaltación de la partida y el reposo de la llegada... No se puede vivir de lo que aún no ha sucedido... Entonces nos asalta la tentación de volver atrás.

La larga marcha es monótona, la epopeya se ha transformado tristemente en querellas domésticas. Y uno se pregunta: "¿Está el Señor verdaderamente con nosotros?" ¡Una cosa es partir, y otra resistir! En resumidas cuentas, ¿no es preferible la antigua servidumbre? ¡Es grande la tentación que se siente de volver "a las cebollas y a las ollas de Egipto", hundirse en el seno materno en lugar de vivir y arriesgarse! Pero la fe es una obstinación incesantemente repetida, una marcha laboriosa. Un éxodo, es decir, un tiempo de miseria y de prueba, ¡pero también un tiempo de liberación y de promesa!

Hemos ido al desierto... Es necesario que no lo olvidemos, que hagamos anamnesia, pues el desierto será constitutivo de todas las generaciones llamadas a la fe. Moisés no deja de decir al pueblo: "¡Acuérdate de tu historia!", y la Biblia entera repite incansablemente esta invitación. La liturgia misma no celebra otra cosa. "Acuérdate"... ¡No estamos hechos de nostalgias del pasado! Nadie puede identificarse con la novela de su pasado... Cuando nos acordamos, es para inventar hoy nuestra historia, sabiendo de dónde venimos. Pues, más allá de la multiplicidad de experiencias, e incluso de las divergencias necesarias en la manera de vivir la Alianza con Dios, es una misma interpelación la que resuena y un mismo amor el que nos hace signos. El pasado, el presente y el porvenir están indisolublemente ligados en la eternidad de Dios "que llega". Desde ese momento, acordarse es una vocación y un compromiso. En el desierto, caminamos guiados por la fe. Dios había dicho a Moisés: "Me verás de

espaldas..." Dios no muestra su faz, su rostro, más que en la historia cotidiana de un pueblo semejante a los demás pueblos y en la conquista de una tierra muy poco diferente de las demás tierras... ¡Así es la fe! A veces nos ocurren cosas que, en el momento, no comprendemos; no vemos nada, dudamos y nos planteamos preguntas. ¿Adónde llevará este camino? ¿La tierra prometida es acaso otra cosa que un espejismo? Sólo más tarde percibimos la cara oculta de nuestra historia. Hoy, el lugar que ocupa nuestra vida no nos ofrece más que el revés de la trama; sólo mañana podremos contemplar, maravillados y estupefactos, el "lugar" escondido de lo que habremos tejido con paciencia.

*
**

**Con todo el Antiguo Testamento,
que ha llevado la fe como se cuida la vida,
proclamamos:
¡"Escucha, Israel:
El Señor es el Único;
amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón,
con toda tu alma y con todas tus fuerzas"!**

**Con Jesús, el Enviado de Dios,
que vivió la fe como se da la vida,
proclamamos:
"Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra,
por haber revelado tu misterio a los pequeños.
Nadie conoce al Padre, sino el Hijo
y aquéllos a quienes el Hijo quiera revelárselo".**

**Con la Iglesia, reunida por el Espíritu,
que ha recibido la fe
para dar testimonio de ella con su vida,
proclamamos:
"¡Si tus labios confiesan que Jesús es el Señor,
estarás salvado!
Pues el Señor es magnánimo
con los que lo invocan."**

**¿Con qué nombre llamarte, Dios que habitas en el más allá?
¿Con qué nombre llamarte
si no nos diste indicios de tu nombre
en las encrucijadas de nuestra historia?**

**¿Con qué amor amarte, Dios de la Alianza,
si Jesús no hubiese abierto el camino de la Pascua?
Porque él ha recorrido nuestros caminos,
porque ha compartido las dificultades de nuestros éxodos
y se ha aventurado en las olas de nuestro destino,
por eso el desierto de nuestra prueba
se ha convertido en tierra de alumbramiento.**

**Que venga la separación:
¡el amor es más fuerte que la muerte,
y nada puede romper los lazos de la ternura!
Que venga la duda:
¡el amor es más fuerte que la cruz,
y nada impedirá a la aurora brillar,
nada impedirá la fiesta de la Pascua!**

**Ya que conocemos aún la tierra de la sed y de la soledad,
el desierto de las marchas penosas,
escucha nuestra invocación.**

**A nuestros corazones demasiado lentos en creer,
dales tu Espíritu,
haznos vivir a la medida de tu inspiración.
Cuando el miedo nos aprisione con sus lazos
y la tiniebla con su oscuridad,
haz que tu palabra sea nuestra paz, nuestra luz.
Lleva la barca de nuestra historia a buen puerto,
ponte a la cabeza del rebaño
para conducirnos a la tierra de la libertad.**

**Ahonda nuestra sed de infinito,
profundiza nuestra voluntad de comunión,
sé tú mismo nuestro camino.
Reaviva nuestra hambre,
sé tú mismo nuestro pan, viático de nuestros caminos.
Purifica los deseos de tu Iglesia con el aliento de la Pascua,
que reciba las primicias de la tierra de la libertad,
que mana leche y miel,
en la que caen todas las barreras
y se reducen las divisiones.
Haz que tu pueblo, en la acción de gracias,
conozca los beneficios del Reino
y la alianza que tú estableces con nosotros
por Jesucristo, tu Hijo amado.**

LA PRUEBA DE LA FE

Números 11, 4b-15. *Una parte del libro de los Números cuenta la larga marcha del pueblo de Dios desde el Sinaí (cap. 10) hasta su llegada a la orilla del Jordán o llanura de Moab, frente a Jericó (cap. 22). El enfoque del relato es religioso, como se constata en la simplificación del marco geográfico, que sirve de base a una reflexión profunda sobre la experiencia del desierto. A este respecto, podemos decir que la travesía del desierto aparece "como un período de puesta a punto cuyos hechos más sobresalientes son crisis a menudo dramáticas". El libro de los Números revela los favores con que el pueblo elegido ha sido colmado, al mismo tiempo que subraya su pecado y el castigo que tuvo como consecuencia de éste. Por ello, los cuarenta años que permaneció en el desierto aparecen como un tiempo de purificación, que costó la vida a toda una generación, de forma que, una vez solo y convertido en un pueblo totalmente purificado, pudo alcanzar la Tierra prometida.*

Pero ¿cuál es el pecado del que se habla en el relato? Es el que indica la reflexión, tanto judía como cristiana. El pueblo prefirió los alimentos terrestres a los que Dios le daba. La aventura del desierto le daba miedo, y hubiera querido recuperar la humillante seguridad que le ofrecía Egipto. La prueba del desierto fue un combate entre el materialismo y la fe, cuya prenda era la libertad. La oración de Moisés nos lo demuestra, desgarrado por este conflicto, a la vez totalmente descorazonado y conservando, no obstante, intacta su confianza en Dios.

El salmo 80 ilustra el hecho de que la estancia en el desierto fue un tema de reflexión permanente para Israel. Este salmo contiene toda una requisitoria contra los que han roto la alianza del Sinaí; debe de reflejar las tradiciones del santuario de Siquem.

Mateo 14, 13-21. Presa de compasión hacia la multitud, Jesús cura a los enfermos que le traen, pero ya no les enseña. En adelante, ya no enseñará más al gentío, sino que se dedicará íntegramente a la formación de sus discípulos y del grupo que le sigue más de cerca. De este modo, Mateo estrecha el campo de acción del Maestro y lo limita casi exclusivamente a la comunidad-Iglesia. Esta será cada vez más el centro del Evangelio, pues en ella se encarna el Reino anunciado por el sermón de la montaña y por las parábolas.

Los discípulos asumen importantes responsabilidades en esta Iglesia. No solamente comparten la autoridad de Jesús sobre los espíritus impuros

y el pecado, sino que además son los encargados de hacer participar al pueblo cristiano de los beneficios eucarísticos, como se evidencia en el relato de la multiplicación de los panes y los peces. En efecto, si bien las alusiones al Exodo, que eran la riqueza principal del relato en Marcos, han desaparecido prácticamente del episodio en Mateo, la coloración eucarística es, en éste, más clara, y el papel de los discípulos más subrayado. El v. 19, por ejemplo, es un calco casi perfecto del relato de Mateo sobre la institución; es él también el que da una base histórica a la acción de los apóstoles. Desde este momento, ¿no es normal que Jesús espere de éstos una fe sin reservas?

**

Jesús monta en una barca para dirigirse a un lugar del desierto. El desierto, tierra de ayuno y de sed, pero también tierra donde el Señor alimenta a su pueblo y le habla al corazón. La salida de Egipto, la travesía del mar, un largo caminar sobre tierras ardientes, son el tiempo de la verdad, de las dudas y de los cuestionamientos. Es un tiempo de prueba, en una palabra.

"Cuando supo la muerte de Juan Bautista, Jesús se retiró de allí en una barca, a un lugar tranquilo, para estar a solas". Es una hora difícil, la oposición es cada vez más fuerte, la controversia cada vez más dura. El Precursor ha caído ya bajo los golpes; pronto conocerá también Jesús la dura suerte de los profetas que le han precedido. "Al llegar la noche, los discípulos le dijeron: el lugar está desierto y se hace tarde". Es la hora de la pasión que comienza, la misma hora en que, en una sala alta y apartada del gentío, Jesús reunirá a los suyos en la última cena, la noche en que será entregado. En este contexto de pruebas y de derrota, de sufrimiento y de muerte, Jesús comparte con sus discípulos el pan. Por esta razón nuestra eucaristía hoy no ignora tampoco el peso de todo el dolor humano, personal y colectivo.

"Cuando Jesús desembarcó y vio aquel gran gentío, sintió compasión de ellos y curó a los enfermos que traían". Ante esta multitud fatigada, el corazón de Dios se conmueve hasta las entrañas; Jesús va a partir el pan. Ya en el desierto, Jesús había alimentado a su pueblo en abundancia. El maná y las codornices que bastaba con recoger cada mañana habían puesto de manifiesto su solicitud. Los hombres deberán guardar memoria de tanta previsión. Su desierto, lugar de hambre y de sed, será en adelante memoria del festín y de la fiesta. La gran miseria del mundo no ha sido eliminada, sin duda alguna; sin duda, Jesús no ha liberado a los hombres de la preocupación angustiosa de tener que ganarse el pan cotidiano. Pero, por una vez, sucedió que todos habían comido hasta saciarse, que todos los hombres vivieron en la abundancia. Cuando Jesús se manifestó, nada les faltó; la misericordia de Dios vino sobre ellos y el desierto cambió de sentido. "El desierto es hermoso, decía el Pequeño Príncipe de Saint-Exupéry, porque esconde un pozo en alguna parte".

El desierto es, pues, a la vez un lugar de hambre y lugar de saciedad más allá de toda medida. Imaginaos: ¡recogieron doce cestas con los restos de lo que sobró! Cuando uno ha decidido partir, llega un momento en que echa de menos lo que dejó y no es capaz de gozar con el pensamiento de lo que le espera. Es un intermedio penoso. Así pues, el desierto quedará para siempre como el símbolo de nuestra fe sometida a prueba. Hemos dejado las satisfacciones ilusorias de nuestros sueños y la seguridad temporal de nuestras justificaciones demasiado fáciles, pero aún no estamos en posesión de la gloria de los salvados, y no conocemos aún la alegría perfecta de la comunión ininterrumpida. Sí, nuestro éxodo dura todavía; pero ¡un poco de pan partido nos espera en la etapa del anoche- cer, para permitirnos ir más lejos, hacia la Tierra Prometida!

*

**

**Dios, Providencia nuestra, te bendecimos,
porque tú no abandonas en la región de la sed y de la soledad
a los caminantes en busca de la tierra prometida.
Pan del viaje y del desierto,
vino de la fiesta que nos espera,
tu eucaristía es la alegría del peregrino.
¡Por la mesa en donde se alimenta nuestra esperanza
seas bendito, Padre, por los siglos de los siglos!**

Martes de la decimoctava semana

ENTRE EL VIENTO Y LA TEMPESTAD

Números 12, 1-13. *Para muchos autores, Números 12 ha fusionado dos tradiciones. La primera, yahvista, sólo ha dejado algunas huellas y cuenta las críticas de que fue objeto el matrimonio de Moisés con una mujer madianita, sin que se sepa exactamente el motivo de la crítica. María, la hermana de Moisés, fue castigada con la lepra a causa de estas críticas, y sólo debió su curación a la intervención de aquel a quien había criticado.*

La segunda fuente, que es elohísta, resulta particularmente interesante. En efecto, por encima del debate suscitado por la supremacía de Moisés con respecto a Yahvé, aparece todo el conflicto entre los profetas de vocación y los profetas de oficio. Este conflicto apasionó al reino del Norte en el siglo VIII.

Por una parte, existen los profetas de oficio; por otra, los carismáticos. A los primeros, Yahvé sólo les habla en visiones o en sueños; sus medios de interpretación no se diferencian de los de los profetas extranjeros, como Balaam, por ejemplo (cfr Nm 22-23). A estos profetas que sólo conocen a Dios "como a tías" (J. de Vaux, citando Hch 17,27), el autor elohísta opone la autoridad de Moisés y, a través de ella, la de los profetas de vocación, que están en contacto directo con el espíritu de Yahvé. Este carisma está, por otra parte, ligado a su misión misma, pues lo que les es confiado es nada menos que toda la "casa" del Señor.

El salmo 50 responde al conflicto surgido entre Moisés y sus colaboradores; es el conflicto del pueblo con Yahvé.

Mateo 14, 22-36 (años B y C). *¿Es para frenar el entusiasmo de los discípulos por lo que Jesús les hace subir en una barca? El, en todo caso, se refugia en la soledad para orar. ¿En quién piensa, sino en aquellos a quienes la tempestad amenaza? Están en gran peligro, pues se ha levantado el viento y les es contrario. Saliendo de su soledad, Jesús va hacia ellos y los tranquiliza. Pero ¿quién es exactamente Jesús? En un lenguaje que recuerda el de las teofanías del Antiguo Testamento, este episodio evoca el paso del Mar Rojo. Detrás del "fantasma" de Jesús, se perfila el Dios del Exodo, que tiene poder sobre el mar y protege a su pueblo. En cuanto a los discípulos que ocupan la barca, ¿no representan a la Iglesia? El papel de Pedro es muy destacado, y cuando grita: "¡Señor, sálvanos!", toda la comunidad grita con él.*

¿Hacia qué tierra prometida navega esta barca? La duda de Pedro, la profesión de fe de los discípulos y su gesto de adoración, todo sugiere una aparición pascual. Es, pues, al Señor de la Iglesia al que Pedro invoca, y la tempestad que sacude la barca evoca los dramas que jalónarán la historia de la Iglesia, quizá la última tribulación antes del retorno de Cristo. Entonces se comprobará la fe de la comunidad, saciada de dones eucarísticos y reconfortada por la presencia de su Señor.

Mateo 15 1-2.10-14 (año A) *Guardiana de las tradiciones, Jerusalén ejerce su control incluso en Galilea. Los escribas y fariseos vienen a criticar la desenvoltura de los discípulos que comen pan con manos impuras. Conocemos la importancia de la respuesta de Jesús para la vida de las primeras comunidades, porque por detrás del asunto de las manos impuras, lo que está en cuestión es el acceso de los paganos a la eucaristía judeo-cristiana (cfr. Mc 7). Es una pena que el leccionario haya truncado el comienzo de la respuesta de Jesús, que da base a la argumentación. En efecto, Jesús responde: "¿Y cómo es que vosotros desobedecéis el mandato de Dios para seguir vuestra tradición?", y recuerda las obligaciones de los hijos para con los padres. En este punto, Marcos no habla más que de Moisés; Mateo, en cambio, acentúa la distancia que existe entre la palabra divina y la tradición de los hombres. Al subrayar que el mal está en el hombre y no fuera de él Jesús redefine la verdadera noción de "pureza": el hombre es puro, no en virtud de las abluciones rituales, sino por su fidelidad a la ley divina. Jesús no pretende abolir la ley, sino darle cumplimiento, mientras que, encerrados en su casuística, los escribas se conducen como ciegos; se revelan incapaces de guiar eficazmente al pueblo de Dios, que no puede dar fruto válido. Es preciso que Dios se resuelva a arrancar la planta.*

**

(Reflexión para los años B y C. Los años A, cfr. pág. 350)

Una barca sacudida por los vientos... A la Iglesia no le falta humor para reconocerse en esa cáscara de nuez a la deriva. ¿Quiénes somos nosotros, en efecto, sino hombres y mujeres dominados por el miedo? ¡Dios existe! Por supuesto que sí, pero la duda puede anidar en lacerantes problemas que brotan en el fondo de nosotros mismos: el sufrimiento y la injusticia que afectan a tantos hombres, la desesperanza que renace siempre en nuestro mundo, seres desgarrados por la vida, abrumados por la existencia, tantas protestas de Dios, tantos testimonios aportados por la acusación en el tribunal de la vida... ¿Acaso Dios ha muerto?

Una barca puede, sin duda, escapar de los vientos y de las tempestades; por mucho que sepamos que "las potencias de la muerte no tendrán poder" contra la Iglesia, cada "crisis" nos hace temblar hasta el punto de impedirnos afrontar lúcidamente los problemas reales y poner remedio oportuno. Heridos por la historia y por la vida de todos los días, estamos prisioneros de nuestros miedos y somos víctimas de nuestras incertidumbres. La condición del discípulo es estar dividido entre la duda y la fe. El discípulo de Jesús atraviesa el desierto en solidaridad con sus hermanos, los hombres que habitan un mundo destruido, martirizado, inquietante, asombroso y maravilloso a la vez. Entonces, ¿quiénes somos nosotros para levantarnos y afirmar, contra viento y marea, que Dios conducirá a la historia a buen puerto? ¿Con qué derecho se levanta la Iglesia, pese a sus interrogantes, sus dudas y hasta sus temores, para declarar a los hombres: ¡No tengáis miedo!?"

Podemos hacerlo. La Iglesia debe hacerlo, porque Jesús viene de noche; camina sobre las olas y viene a nuestro encuentro en medio de la tormenta. ¿Habéis observado cuánto le gusta a Dios venir de noche? Por ejemplo, la noche del Exodo: Yahvé liberaba de noche a su pueblo de la servidumbre egipcia. O la noche del nacimiento en Belén, ante el asombro de los pastores. O la noche que cayó sobre el Gólgota cuando el Hijo puso su vida en manos del Padre. O la noche del sepulcro, cuando el grano arrojado en tierra echó sus raíces para mover la pesada piedra... "¡Soy yo!"... Jesús no da ninguna señal de reconocimiento, no pronuncia ningún nombre; él sólo puede decirlo de esa manera: "¡Soy yo!". Jesús viene en medio de la tempestad para arrastrar a los suyos hacia la orilla y la paz.

El Dios que buscamos no se nos impone; no nos fuerza a base de argumentos o de pruebas. El Dios que buscamos viene de noche, en medio de la tempestad y entre las tribulaciones de la historia. Apenas ha sido reconocido, escapa de nuevo, como el viento que se niega a ser apresado.

"¡Ven, soy yo!" Entonces la Iglesia no solamente puede agarrar la barra del esquife traqueteado, sino que incluso puede arriesgarse a andar sobre las mismas olas. No teme mojarse, pues allí donde los hombres se enfrentan con la tempestad de la vida, allí es donde tiene ella su existencia. ¡El lugar normal de la fe es la aventura y el riesgo!

**

**Concédele a tu Iglesia, Dios Todopoderoso,
que busque sin cesar tu rostro.
Que se arriesgue a andar sobre las olas
y se atreva a pronunciar el nombre que engendra la paz:
"¡Eres tú, el Señor!"**

**Concédele a nuestro mundo, Dios y Padre nuestro,
que sepa resistir en la tempestad.
¡Que se arriesgue a inventar su futuro
y que no sucumba a la fatalidad!**

**¡Concede a nuestra asamblea, Padre de ternura,
que viva la aventura de la fe!
¡Que cesen en ella el temor de la noche,
el temor de la duda, y la huida del silencio!**

PASAR EL RUBICON

Números 13 1-2a.25 - 14, 1.26-29.34-35. *El relato lleva al lector hasta las lindes de la Tierra Prometida, constatando que el espíritu del pueblo no ha sufrido modificación, aunque los riesgos que comporta la invasión de Palestina han reemplazado a las incomodidades del desierto. El análisis de la relación de los exploradores, después de haber explorado el país, permite distinguir dos fuentes principales. Según el v. 20, en efecto, la Tierra Prometida se presenta como un país fabuloso; los exploradores son, pues, partidarios de un ataque inmediato, pese al miedo que les inspiran los habitantes. Esta fuente, atribuida al yahvista, se hace eco de las tradiciones del sur, por lo que podríamos relacionarla con el éxodo de expulsión. La otra fuente es muy posterior; pertenece al documento sacerdotal. Demuestra no solamente ser producto de una profunda reflexión sobre los acontecimientos del desierto, sino que además tiene en cuenta la fusión de las tradiciones del sur con las del norte. Se interesa muy particularmente por los exploradores, que fueron los primeros testigos de la realización de las promesas hechas a los antepasados; en efecto, de su opinión, positiva o negativa, iba a depender la continuación de la aventura. El documento sacerdotal refuerza, pues, la oposición entre el entusiasmo del grupo de Caleb, fuente de fe y de esperanza, y el escepticismo del resto de la población (vv. 31-32), que "pasó gimiendo toda la noche", lo que le valió la reprobación divina. El castigo fue proporcional a la gravedad de la ofensa y alcanzó a la comunidad entera, a excepción de Caleb y Josué. La generación del desierto no pudo nunca penetrar en Palestina.*

En el plano histórico, Nm 13-14 permite, pues unir el éxodo de expulsión y el éxodo de huida, sobre la base de una estancia de Moisés en Cadés, sobre la que la tradición bíblica se muestra muy firme. R. de Vaux sugiere que puede haber habido un contacto en Cadés entre el grupo de tribus del sur y el clan de calebitas en un primer momento, y luego con el grupo de Moisés, lo cual pudo permitir una primera asimilación del yahvismo. Pero, incluso después de este encuentro con Moisés, el grupo del sur quedó, quizá, independiente y prosiguió su lenta invasión de Palestina por el sur, hasta ser detenido por una hilera de fortalezas cananeas en los alrededores de Jerusalén.

El salmo 105 es una confesión nacional que desarrolla el tema del pueblo infiel, a pesar de la liberalidad divina. Este género literario, propio del norte, derivaba de los salmos de súplica y de las liturgias de la renovación de la alianza.

Mateo 15, 21-28. El relato de la mujer cananea ilustra, tanto en Mateo como en Marcos, el tema de la admisión de los paganos a la eucaristía. Pero es interesante resaltar la aportación particular que hace Mateo. Es verdad que también en Marcos el contexto general es la fe en Jesucristo; pero, mientras que Marcos no hace más que sugerir, Mateo es completamente explícito: "¡Mujer, qué grande es tu fe! Que sea como pides". Es decir, lo que debe determinar la admisión de los hombres en la comunidad eclesial no es su adscripción racial o religiosa, sino su fe en Cristo y en su misión salvadora. Y, sin embargo, la primera respuesta de Jesús había sido más bien reservada: "Dios me ha enviado sólo a las ovejas perdidas de la casa de Israel", le había precisado a la mujer; y esta precisión nos recuerda no sólo el discurso del envío en misión (10,6), sino también la consigna: "Lo que es sagrado, no se lo deis a los perros" (7,6). ¿Qué debemos sacar en conclusión de todo esto? En primer lugar, que la consigna, a pesar de su dureza aparente, está impregnada de un gran respeto por los caminos humanos; y también que el discurso de misión, al subrayar la prioridad de Israel, no hace sino recordar una evidencia: "La salvación no es una ideología, sino que se inscribe en una historia, cuya clave le ha sido dada a Israel" (J. Radermakers). De todas formas, Jesús se encuentra ahora en los territorios de Tiro y Sidón, y la mujer pagana demuestra su madurez religiosa. ¿Acaso no se dirige a Jesús con exclamaciones que repiten las fórmulas litúrgicas de las Iglesias? ¿No se postra ante Él? ¿No le reconoce explícitamente como Señor e Hijo de David? Sí, en su persona se ve reflejada la comunidad de paganos, que llama a la puerta de la gran Iglesia.

Jesús acaba de pasar la frontera, al noroeste. Está en la región de Tiro y Sidón, el Líbano actual. Tiene que huir, pues ha insultado públicamente a los escribas y a los fariseos. Acabamos de asistir al enfrentamiento: "¿Cómo es que tus discípulos no observan la tradición de nuestros antepasados? ¿Por qué no se lavan las manos para comer?...". Volviéndose hacia el pueblo, Jesús exclama: "¡Dejadlos; son ciegos, guías de ciegos!" Semejante subversión era intolerable: Jesús ha firmado ya su sentencia de muerte. Pero aún no ha llegado la hora ni es éste el lugar. Al término de la escaramuza, Jesús se retira a la región de Tiro.

Acaba de derribar peligrosamente una barrera que encerraba a los hombres: "¡es el corazón del hombre lo que le hace puro o impuro!" Y de nuevo otra frontera aparece ante Él, cuando una mujer "pagana" le pide una curación. ¿Va a atreverse a franquear esta línea de demarcación tan celosamente respetada por los judíos, despreciando a los que llamaban "esos perros paganos"? En el "juego serio de Jesús con la cananea", co-

mo dirá Lutero, podemos sin duda maravillarnos de la clarividencia de esta mujer, de su sagacidad, de su confianza ciega; en suma, la fe es ante todo un impulso espontáneo hacia Jesús. Pero hay que ir más lejos: Jesús tendrá en cuenta la lección de esta mujer. Va a pasar una nueva frontera y a suprimir otra barrera entre los hombres y Dios: ¡el Reino se ofrece a todos los hombres! Sin duda, los hijos de Israel están sentados a la mesa de Dios, sin duda el más alto encuentro de Dios tuvo lugar en la vida de este pueblo elegido, pero de ahora en adelante la gracia ha sido derramada a todos los vientos, y los paganos también tienen derecho a la herencia de los hijos.

La Iglesia tampoco olvidará la lección. Cuando se conoce el conflicto que desgarró a las primeras comunidades cristianas, cuando los paganos pedían su admisión —en la época misma en que fue escrito el Evangelio—, se percibe mejor el alcance de este episodio y de esta página. A ejemplo de su Señor, la Iglesia abate sus fronteras: en adelante, como dirá San Pablo, "no habrá ya ni judíos ni paganos". El amor maternal de una mujer ha hecho derribar, tal vez no sin dudas, una barrera milenaria, y con él es la Iglesia de todos los tiempos la que se pone en la brecha.

Sin duda, me diréis, entre los cristianos como entre los demás, existen barreras de color, de razas, de lenguas, de tradiciones... ¡Y es verdad! Pero, meditando sobre esta página del Evangelio, aportamos, a nuestra Iglesia y al mundo esta promesa: lo único que cuenta es el hombre, que está destinado a entrar en el Reino. Aportamos esta promesa como los hombres enviados en misión de reconocimiento al país de Canaán, y decimos: "Es verdad, la Tierra Prometida mana leche y miel, y podéis ver sus frutos." Nos deseamos ya la paz, a pesar de nuestras diferencias y a pesar, incluso, de nuestras oposiciones; confesamos ya a la Iglesia Universal, a pesar de nuestros sectarismos y de nuestras desuniones. Estas señales son como tesoros en nuestras manos: son la prueba tangible de que no hemos soñado; son la constatación de lo que debemos hacer: la Tierra Prometida aún parece plagada de hostilidad y divisiones; siguen existiendo murallas fortificadas como barreras aparentemente infranqueables.

Jesús pasa la frontera al noroeste y declara: en adelante, la herencia de Israel queda ofrecida a todos los hombres. Jesús no podrá ya volverse atrás, "ha pasado el Rubicón". Mañana tendrá que abatir otra frontera y pasar la muerte para que la vida desborde por la brecha de una tumba abierta. La Iglesia, por su parte, no deja de mirar hacia la mujer cananea: tiene vocación de universalidad, pasando por una conversión siempre por reiniciar.

**Dios y Padre de todos los hombres,
creemos que nos escuchas,
sin saber muy bien
cuál es tu respuesta a nuestras preguntas.
Sólo creemos firmemente
que tus caminos nos alejan
de los atolladeros a los que nos arrastra la muerte.**

**Bendito seas mil veces
por la paz que pones en nuestras manos
y por tu mesa fraterna,
a la que nos convida tu gracia:
¡son las primicias de esa tierra nueva
en la que todos seremos hermanos,
hijos engendrados de un único amor!**

**Dios, que derribas los muros de la muerte
y nos llevas día a día
a la tierra de los vivos,
¡que tu nombre sea alabado
por grandes y pequeños,
pobres y ricos,
los que se saben próximos
y los que se creen alejados!
Sí, ¡que te canten
todos cuantos tienen acceso a la única morada
pasando por Jesús,
la puerta que abre al Reino!
En El te bendecimos.**

SU NOMBRE

Números 20, 1-13. *En conjunto, el relato de Nm 20 es sacerdotal. Según el versículo 1, la protesta del pueblo, que provocó la muerte de Aarón, tuvo lugar en Cadés; pero esta precisión es secundaria, pues las recriminaciones del pueblo no concuerdan con la rica vegetación característica del oasis. Probablemente, la profetisa Myriam (María, la hermana de Moisés) murió también allí, y la mención de su muerte, al mismo tiempo que el relato de la de Aarón, confieren al conjunto un tono siniestro. No fue solamente la generación del desierto la que no entró en la Tierra Prometida; ni siquiera sus jefes pudieron hacerlo.*

La culpa de Moisés no aparece clara en el texto. Según el "doblete" de Ex 17, no fue Moisés quien pecó, sino el pueblo que se atrevió a desafiar a Dios. La relectura sacerdotal habría achacado la culpa a Moisés, y tal vez con algún fundamento, pues en Nm 20 se pueden observar indicios de que algunos clanes le reprochaban su error de estrategia. H. Cazelles supone que la culpa de Moisés consistió en su negativa a seguir al grupo de Caleb cuando éste subió al Hebrón. Sea como fuere, el relato de Nm 20 se presenta como un litigio entre Moisés y la comunidad de los hijos de Israel. Los versículos 8 y 10-11 se esfuerzan por dilucidar la falta: en el v. 8, Moisés recibe la orden de hablar a la roca, mientras que en el v. 10 Moisés decide hablar al pueblo, en lugar de dirigirse directamente a la roca, y en el v. 11 golpea la roca con el cayado por dos veces. Es posible que la tradición sacerdotal reprochase a Moisés un resto de mentalidad mágica: habría golpeado la roca con su cayado en lugar de dirigirse a Dios por medio de la oración.

El v. 13 da el nombre de Meribá (meribâh) al lugar donde se produjo la disputa. Hay que ver en ello un intento de explicar el topónimo. Según R. de Vaux, el nombre de Meribá fue atribuido sin duda a una fuente, cerca de la cual se solventaban los litigios entre individuos, y esta fuente tuvo sin duda un carácter sagrado. Ahora bien, en hebreo, Cadés significa "sagrado", y es denominado Eyn Mishpat (la fuente del juicio) en Gn 14,7. Se comprende, pues, fácilmente la relación, tanto más autorizada si el lugar había conservado el recuerdo de una querrela entre Moisés y Caleb.

El salmo 94 mezcla los primeros versículos de un salmo de peregrinación con un fragmento de requisitoria por la ruptura de la alianza. Quizá se cantaba yendo hacia el lugar en que Yahvé pronunciaba dicha requisitoria.

Mateo 16, 13-23. Jesús se consagra a sus discípulos. La empresa es importante, pues se trata de mostrarles la naturaleza exacta de su misión. La primera pregunta de Jesús da el tono de la narración: "¿Quién decís

vosotros que soy yo?". La respuesta centra, en efecto, su atención en una precisión esencial: "el Hijo del Hombre"; esta denominación era comprendida generalmente en su acepción gloriosa. Pero quizás aparece aquí con la intención de provocar a los discípulos, que deben elegir entre un Mesías glorioso y el Siervo doliente. En efecto, algunos piensan que Jesús es Juan el Bautista o Elías; otros, que Jeremías o uno de los profetas. La multitud se volvía hacia el pasado, y nadie imaginaba que Jesús pudiera ser el cumplimiento de las promesas divinas.

En Cesarea de Filipo es donde Pedro debe confesar su fe: "Tu eres el Cristo, el Hijo de Dios Vivo," Esto ya lo había afirmado cuando vio a Jesús andando sobre las aguas, pero aquí la afirmación es no sólo más solemne, sino también más profunda, más completa, como lo indica la repetición del artículo. Lo que Pedro proclama, en efecto, es la fe de la Iglesia en la divinidad de Jesús de Nazaret. Y Jesús subraya el acierto del discípulo: lo que Pedro acaba de expresar es su fe, o, mejor dicho, la fe que el Padre le ha dado y que él ha recibido de buen grado, porque todo es gracia. Pedro es quizá un hombre de fe corta (oligopistos), pero Jesús hace de él una roca en la que fundamentar sólidamente a su Iglesia. Así como la lluvia, los torrentes o la tempestad no han podido derribar la casa (7, 24-25), tampoco el poder de la Muerte (los judíos situaban la entrada de la estancia de los muertos precisamente en Cesarea, cerca de las fuentes del Jordán) podrá nada contra la Iglesia. Sin embargo, aunque Pedro es la roca, es también una piedra que hace tropezar. Pero ¿quién acabará tropezando?: ¿Jesús, al que nada podrá librar de su destino, o Pedro, que ahora mismo se opone a su Maestro? Cesarea de Filipo es la hora de la prueba de la fe.

**

"¿Quién eres tú?" En el desierto del encuentro, Moisés había preguntado: "Si me preguntan tu nombre, ¿qué les diré?" Y Dios había respondido evocando a la historia de un amor: "Yo soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de tus Padres." Sólo el amor de todo un pueblo podrá, a pesar de las vicisitudes de su historia, repetir a lo largo de las edades: "!Tú eres nuestro Dios, tú que nos has hecho salir de Egipto!" ¿Quién eres tú? Los hijos de Israel tendrán que vivir aún largo tiempo la Alianza para descubrir en verdad el nombre de su Dios, larga historia de desencuentros y de reconciliaciones, de engaños y de perdones, de exilios y de éxodos repetidos.

"¿Quién eres tú?" "Para unos, eres Juan Bautista; para otros, Elías; para otros Jeremías o uno de los profetas". En una palabra, eres el que anuncia el tiempo de Dios, la llegada de su Luz. "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?" La respuesta no viene dada por el catecismo secular, sino por la mirada ardiente de unos hombres que se reconocen entre sí: "¡Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo...! ¡Tú eres Pedro!"..."¿Quién eres tú?" Se responde a esta pregunta dando un nombre. La pregunta provo-

ca un verdadero cara a cara; obliga a decir "yo" y "tu", a existir uno para otro, uno por otro. La interrogación no busca ya un saber, si no que compromete dos vidas.

"¿Quién eres tú?" Cerca de Cesarea de Filipo, cerca de las fuentes del Jordán, el río de la Alianza y de la entrada en la Tierra Prometida, allí donde la tradición judía situaba la entrada en el más allá, la Iglesia de todos los tiempos asegura que Dios responde a la pregunta tomando el nombre de un hombre: será el Dios, Padre de Jesús, del mismo modo que decimos: "Andrés, el padre de Alberto". Con su confesión de fe, Pedro permite a la Iglesia acceder a la Nueva Alianza. En Meribá, en el desierto, el pueblo había protestado y Moisés había quizá dudado. Y se dió a las aguas el nombre del juicio: "Acusación". En Cesarea, Pedro, nuevo Moisés, conduce al pueblo de Israel hasta la tierra de la salvación, y en la profesión de fe del antiguo pescador se esboza, como en un eco, el balbuceo de hombres y mujeres que construyen su vida sobre la palabra de gracia.

"¿Quién eres tú?" La respuesta va implícita en el intercambio de miradas, pero ¿quién podría encerrar una mirada y reducir el misterio de un rostro? La pregunta brotará siempre, y la respuesta será siempre una relación renovada, un misterio que renace.

"¿Quién eres tú?" Se nos pide que confesemos, es decir, no que veamos, ni repitamos, ni sepamos. Se nos pide adivinar, dejarnos conducir, dejarnos moldear por una mirada misteriosa, arriesgarnos por un camino donde es posible descubrir un rostro que sólo se revelará plenamente en la eternidad.

**

**Tú eres el camino,
y nadie llega hasta el Padre si no cree en Ti;
Señor, ten piedad.**

**Tú eres la verdad,
y nadie conoce a Dios si no camina a tu lado;
Cristo, ten piedad.**

**Tú eres la vida,
y nadie puede renacer si no se sumerge en Ti;
Señor, ten piedad.**

El Deuteronomio *Un libro muy poco conocido*

El libro del Deuteronomio se presenta, al menos en sus treinta primeros capítulos, como el testamento espiritual pronunciado por Moisés a las puertas de la Tierra Prometida. Pero la historia del libro es mucho más larga y compleja. El Deuteronomio presenta, en efecto, una característica bastante curiosa, representada por la alternancia en el mismo discurso, cuando no en la misma frase, de interpelaciones en forma de "tú" y en forma de "vosotros" (por ejemplo, 6, 1-2: "esta es la ley... que el Señor nuestro Dios me mandó que os enseñase a poner en práctica.. para que tu temas al Señor"). Es generalmente admitido que esta alternancia se debe a que el libro fue redactado en etapas sucesivas, y que la primera redacción no se remonta más allá del siglo VII antes de Jesucristo. De hecho, el origen del Deuteronomio hay que buscarlo en las celebraciones periódicas de la renovación de la Alianza, tal como eran practicadas en el norte, en Siquem (cfr. Jos 24). En efecto, en el curso de estas celebraciones la Ley era leída a Israel como si se tratara de un solo hombre (y este sería el origen de las expresiones construidas en singular).

Sabemos que, con sus exhortaciones a la conversión, los profetas desempeñaron un papel preponderante en la asimilación de la Ley por parte de la población, pero conviene tener también en cuenta la influencia de los sacerdotes encargados de interpretar y actualizar dicha Ley. Estos prosiguieron la actividad de Moisés en medio de los difíciles problemas originados por la sedentarización: problemas religiosos, con el peligro que representaban los dioses cananeos, y por problemas sociales, debidos al paso de la vida nómada a la civilización urbana.

Redactado bajo el reinado impío de Manasés por levitas que habían huido del norte, amenazado por las invasiones asirias, el Deuteronomio representa la expresión por escrito de esa preocupación constante de actualización; fue descubierto en el templo, bajo Josías, y quizá sirvió de detonante a la reforma religiosa emprendida por este rey. Al recomendar la centralización del culto, enlazaba con las celebraciones de Siquem; mas tarde se vio enriquecido con las secciones construidas con "vosotros", que serían dirigidas a individuos responsables. Vinieron también a añadirse a todo ello las diversas tradiciones existentes sobre la muerte de Moisés, que se describe en la sección tercera (caps. 31-34) y el prefacio de los capítulos 1-3, atribuido al redactor de los libros de Samuel y de los Reyes.

MEMORIA

Deuteronomio 4, 32-40. *Por sí solo, este pasaje basta para presentar la teología del Deuteronomio, basada fundamentalmente en dos grandes temas, ambos enraizados a su vez en la conciencia que el pueblo tiene de su especificidad en el conjunto de las naciones. Israel sabe, en efecto, que él es el pueblo elegido por Dios; por consiguiente, puede llamar a Yahvé "nuestro Dios". Esta convicción profunda reposa en la experiencia, pues Dios se ha revelado en el marco de una historia concreta, y esta historia es la de Israel, que el Deuteronomio no deja de proponer al pueblo para que sea meditada. Los acontecimientos reveladores son como los signos de la fidelidad divina; en este pasaje se mencionan la salida de Egipto, la teofanía del Sinaí y el don de la tierra a los antepasados. Incluso la facultad de poder discernir a Dios en los acontecimientos de la historia es considerada como un don divino (v. 35).*

Por consiguiente, Israel puede reconocerse a sí mismo como la parte personal del Señor. Sin embargo, esta elección conlleva muy graves responsabilidades. El hecho de que Dios se revele a él tan concretamente exige de Israel una respuesta activa a las iniciativas divinas. La obediencia a la Ley no se sitúa ya en un mero plano moralista ni se basa en una ética de méritos, sino que es una respuesta amorosa.

El salmo 76 es compuesto, pero los versículos que aquí se contemplan pertenecen en su mayoría a un himno individual. Está indicado para la meditación sobre los favores divinos.

Mateo 16, 24-28. *La Iglesia de Mateo es una Iglesia sometida a persecución. Por ello, a la luz de los acontecimientos que han marcado la vida de Jesús, el evangelista se esfuerza en explicar a los cristianos la significación de los momentos difíciles que atraviesan. ¿Por qué iba a ser diferente su destino al del Siervo doliente al que han consagrado su fe? Si viven realmente del espíritu del Señor, tendrán que sufrir necesariamente el odio del mundo. Sin duda, como cualquier otro ser humano, los cristianos quieren "encontrar su vida"; deben aprender a recibirla de otro. La vida de los bautizados es una "pascua"; necesitan, como Pedro, "pasar" de los razonamientos humanos al pensamiento divino.*

*
**

"Pregunta a los tiempos antiguos, desde el día en que Dios creó al hombre en la tierra: ¿Ha vuelto a suceder algo tan grande, se ha conocido nunca algo parecido?" Ante las interrogantes del pueblo que duda de su futuro, ante las desesperanzas de los hijos de Israel que han visto su existencia zarandeada por las transformaciones de la historia, ésta es la respuesta que aporta la fe secular de la Biblia: mira a tu pasado, descubre

la fidelidad de Dios a la Alianza que él ha establecido con tus padres; ¡hoy te han hecho ver que es tu Señor y el Dueño de la historia de los hombres!

"Pregunta a los tiempos antiguos." Tu memoria es mucho más que el recuerdo frío de un acontecimiento muerto: es la prueba de que todo lo que te ha sucedido sigue vivo. "Pregunta a los tiempos antiguos": la fe es en primer lugar una palabra que se oye y a la cual se responde, un don que se acoge. Pues nuestra memoria no es sólo personal; es colectiva. La Iglesia es la que vive la gran memoria, la que celebra el encuentro de Dios con la humanidad. Y la Iglesia no es otra cosa que esta gran memoria de la humanidad en su historia común con Dios.

Nuestra memoria común, eclesial, resulta ser, pues, el lugar de la revelación. "Pregunta a los tiempos antiguos": no es la recomendación de un sabio nostálgico. Es el lugar mismo en el que se enraiza la posibilidad de nuestra fe, común y personal. Pues nuestro "recuerdo" es algo más que la simple evocación de unos hechos de un pasado turbulento, superado. Se trata de saber lo que somos a partir del acontecimiento inicial que nos ha forjado y que continúa haciéndolo. Si miramos a "lo que nos ha sucedido", podemos comprobar que es para nacer a la fe hoy. Cuando evocamos nuestro pasado, cuando lo celebramos, es con el único fin de que suceda de nuevo hoy lo que entonces se manifestó. Si volvemos nuestra mirada hacia los actos históricos de la alianza, es para que el poder de los acontecimientos que celebramos surta sus efectos hoy. Cuando nos relatamos a nosotros mismos los primeros días del amor de Dios y de la humanidad, es para descubrir, maravillados, el poder de providencia que llevaban consigo. Día a día, siglo a siglo, se levanta así el velo de la aventura entre Dios y su pueblo: la memoria de la Iglesia entera es el lugar del descubrimiento progresivo de la revelación de Dios, en un movimiento incesante.

*
**

**Dios y Padre nuestro,
tu Nombre ha entrado en nuestra historia.
y nosotros podemos ya saber quién eres
y recibir a Jesús, tu Enviado.
Te pedimos
que ese nombre permanezca en nuestra memoria,
y que su fuerza ilumine nuestra vida**

SHEMA ISRAEL

Deuteronomio 6, 4-13. "No habrá para ti otros dioses delante de mi" (5, 7). Después de haber repetido las diez Palabras del Decálogo, el Deuteronomio se dedica a comentar el primer mandamiento por medio de una catequesis que todavía hoy sigue inspirando la oración litúrgica de los judíos. En efecto, Dt. 6, 4-9 constituye, junto con 11, 13-21 y Nm 15, 37-41, el Shema Israel. Sucesivamente, el Deuteronomio exhorta a sus lectores a amar a Dios (vv. 4-9), a no olvidarlo cuando reina la prosperidad (vv. 10-25) y, finalmente, a evitar todo contacto con los paganos. En el centro de la exhortación, un principio: Dios es el Único. Posiblemente se haga aquí referencia implícita a favor de la centralización del culto en Jerusalén. La fórmula afirmaría en este caso que "el Dios de Israel no puede estar dividido, como podría sugerir el hecho de que hubiera imágenes y santuarios múltiples." En todo caso, los comentaristas son unánimes en destacar la diferencia de clima entre "el precepto frío y apremiante del Decálogo" y "la exhortación cálida que despierta resonancias y conmueve todas las fibras del ser humano" (P. Buis). Dios no es ya únicamente aquel a quien hay que temer, también aquel que es digno de amor, "lo que nadie se había atrevido a decir antes del Deuteronomio". Este amor no tiene, por otra parte, nada de platónico; al contrario, compromete a toda la persona y es sinónimo de fidelidad a través de todos los momentos de la existencia, como queda demostrado en las parejas de contrarios, tan características de la literatura semítica para expresar la totalidad.

Pero tras esta exhortación podemos encontrar también una experiencia concreta, la de la sedentarización que conocieron las tribus, una vez instaladas en tierras de Canaán; experiencia ambigua, puesto que, tanto en el reino del norte como en el del sur, va acompañada de injusticias sociales y de repetidos abandonos de Yahvé, a quien el pueblo y sus responsables han postergado ante los dioses de la fertilidad de los cananeos. Como ha denunciado insistentemente Oseas, el pueblo no solamente se ha dejado seducir por los bienes materiales, sino que ha llegado a olvidar que Yahvé era el autor de esos dones. Podríamos añadir que, más tarde, Jesús denunciará a los portadores de filacterias: porque habían olvidado que una fidelidad material sin amor está vacía de sentido.

El salmo 17 es bastante complejo. Podemos distinguir en él una acción de gracias individual (vv. 3-7, 17-30) y un poema de agradecimiento pronunciado por el soberano como consecuencia de una victoria obtenida sobre el enemigo (vv. 32-51). Los demás versículos forman un poema teofánico (vv. 8-16). La liturgia hace hincapié en la fidelidad de Yahvé, a la que compara con una roca, símbolo de estabilidad.

Mateo 17, 14-20. El hecho de que el leccionario haya recogido el relato de la transfiguración no debe impedirnos captar su importancia para Mateo. Posteriormente a los acontecimientos de Cesarea, que son como una llamada apremiante, dirigida a los discípulos para que acepten la figura mesiánica del Siervo doliente, la transfiguración relaciona de manera inseparable el tema de la gloria con el del sufrimiento. Reconociendo, por otra parte, el valor del martirio de Juan Bautista, los discípulos manifiestan, efectivamente, un principio de comprensión de los misterios del Reino (17, 1-13).

Ya es tiempo de volver al lado de la gente. Se acerca a Jesús un hombre cuyo hijo sufre ataques de epilepsia y al que los discípulos no han podido curar. Mientras que Marcos achaca esta incapacidad a la falta de preparación de los discípulos (sólo la oración y el ayuno pueden arrojar a esta clase de demonio), Mateo hace decir a Jesús: "Es a causa de vuestra poca fe." Además, Jesús denuncia la desconfianza que le rodea: la muchedumbre es tan incrédula como la generación del desierto, y hasta los mismos discípulos dudan en llevar su compromiso más allá. Y, sin embargo, bastaría con un poco de fe para cambiarlo todo. Una fe del tamaño de un grano de mostaza, esa planta que, al crecer, alcanza un tamaño impresionante.

*
**

Moisés está en el monte Nebo. Detrás quedan largos, muy largos años de poder, de luchas, de esperanzas. Y al fin, después de tantas idas y venidas, la meta está a la vista: desde lo alto de la montaña, la llanura del Jordán y la superficie deslumbrante del mar Muerto se ofrecen a la vista. Aquí está, al fin, "la tierra que el Señor prometió dar a nuestros padres". Inmensa alegría de Moisés, ¡una alegría tan grande que le podría causar la muerte! Moisés sabe, en efecto, que va a morir. Pero antes tiene que hablar a este pueblo que se congrega a su alrededor y con el que tan frecuentemente había tenido que cargar él solo. Tiene que hablar, tiene que recordar el pasado, las luchas y el pecado de los hijos de Israel. Y, sobre todo, tiene que recordar el don de Dios, la elección inexplicable que ha hecho de este pueblo, su paciencia de educador, su perdón incesantemente renovado ...; en una palabra, su amor incomprensible, único. Y en respuesta, hay que llamar al pueblo a que se comprometa: "El Señor nuestro Dios es el único... Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas."

"¡Amarás a tu Dios!" ¿Puede ser Dios en verdad alguien a quien se ama? Indudablemente para el hombre religioso, Dios es Aquel a quien se respeta, a quien se teme, a quien se admira, ante quien se siente la propia debilidad. Pero ¿podemos realmente atrevernos a amar a este ser "Todopoderoso", el "Único"? No, si no se recuerda la experiencia única de la Alianza. Un pueblo que ayer estaba aplastado, sin libertad y sin tierra propia, ha gozado en el desierto de la promesa divina; ha aprendido

a saber lo que es la libertad, se ha beneficiado de la ayuda solícita de su Dios. Cuando la fe lee todo esto, no puede menos de exclamar: "¡Dios nos ama!"... "Si el Señor se ha ligado con vosotros y os ha elegido, no es por ser vosotros los más numerosos de entre todos los pueblos, pues sois el más pequeño de todos, sino por el amor que os tiene y por guardar el juramento que hizo a vuestros padres; por eso os ha sacado de Egipto con mano poderosa y os ha librado de la casa de servidumbre, de la mano del Faraón, rey de Egipto. Has de saber, pues, que Yahvé, tu Dios, es Dios fiel, que guarda la alianza" (Dt 7, 7-9). El amor de Dios por Israel es algo más que la benevolencia universal del creador hacia todos los seres, es una elección, un compromiso un tanto insensato y único.

¿Cómo asombrarse entonces de que esta elección, de que esta pasión exija una correspondencia igual, una respuesta que esté a la altura del amor del otro: "Amarás con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas?" El *Shema Israel*, recitado mañana y tarde por todo judío piadoso, no quiere decir sólo "Escucha, Israel", sino también: "¡Ten cuidado, Israel!" Ten cuidado, porque lo que es natural al hombre es la idolatría; la fe pertenece al orden del amor y de la pasión. "Amarás a tu Dios, que es el Único."

"Llevarás muy dentro del corazón todos estos mandamientos que yo te doy. Incúlcalos a tus hijos, y cuando estés en tu casa, cuando viajes, cuando te acuestes, cuando te levantes, habla siempre de ellos. Atelos a tus manos, para que te sirvan de señal; pónelos en la frente, entre tus ojos; escríbelos en las jambas de tu casa y en las puertas de tus ciudades." El amante repite por todas partes el nombre de la amada, escribe en cualquier lugar el nombre que hace cantar a su vida. Escucha, Israel: tu existencia, de ahora en adelante, estará marcada por el signo del amor y la pasión. Acordarse es observar: en esas dos palabras se condensa toda la historia de tu salvación, de la alianza.

*

**

**Dios de la Alianza eterna,
no olvidamos las hazañas de tu promesa
y hacemos memoria
de las bendiciones concedidas a nuestros padres.**

**¡Bendito sea tu santísimo nombre,
bendito seas, Tú, el Único,
Tú, el Eterno, que te dignas amarnos!**

**Te lo pedimos:
graba tus mandamientos en nuestro corazón,
inscribe tu pasión en la obra de nuestras manos;
¡haz que cumplamos lo que mandas,
para ser bendecidos por toda la eternidad!**

Lunes de la decimonovena semana

ADHERIRSE

Deuteronomio 10, 12-22. Este fragmento sirve de conclusión a la primera parte del libro. En forma de exhortación, repite las principales exigencias del Deuteronomio, pero motivándolas. Así, por ejemplo, los vv. 12-14 enumeran el temor, el amor y el servicio de Dios, así como la fidelidad a los preceptos de la Ley, exigencias que no son sino la respuesta del pueblo a la elección gratuita de Dios. Esta gratuidad es subrayada también en los vv. 14-15: el Señor, al que nada puede poner trabas, se ha adherido por amor a los antepasados y ha elegido a su descendencia.

Israel debe, pues, vivir profundamente su vocación de pueblo elegido; debe dejar de ser un "pueblo reactivo" y, para emplear una expresión muy propia del profeta Jeremías, practicar la conversión de corazón. Esta fidelidad se traducirá sobre todo en amor al extranjero y a los más pobres de Israel, como las viudas y los huérfanos. De nuevo se invoca al pasado: Israel no debe nunca olvidar que ha sido como un extranjero en la tierra de Egipto. Y se invoca también otro motivo: la imitación del propio Yahvé, que, por muy grande, valeroso y temible que sea, no hace diferencias entre las personas.

El salmo 147 invita a glorificar a Dios, a quien Israel tanto debe por sus repetidos favores.

Mateo 17, 21-26. Los recaudadores del impuesto del templo se acercan a Pedro y le preguntan si Jesús, su maestro, no paga el impuesto. Jesús aprovecha entonces este pequeño incidente para demostrar que los que ponen su fe en él están libres de cara a las instituciones judías. Se apoya en el hecho de que, en la antigüedad, el impuesto era más propio de los pueblos sometidos que de los ciudadanos de derecho (los llamados "hijos"). Se plantea entonces la pregunta: ¿Quiénes son los verdaderos hijos del Reino? Son aquellos que, como los discípulos, se remiten a Jesús, y por ello pueden considerarse exentos del pago del impuesto. Sin embargo, para no escandalizar a nadie, Jesús lo pagará.

*

**

"¿Qué es la "Elección" según el Deuteronomio, sino la inaudita, descabellada y extravagante decisión en favor de una obediencia anterior a todo requerimiento concreto?" Elegido significa postulante de un Valor que da valor a todos los valores pero que no lo recibe de ninguno: los hijos de Israel "harán" antes de saber qué es lo que hay que hacer; se decidirán a obrar absolutamente antes de conocer las leyes a las que se someten. 'Elegido' quiere decir: el que apuesta por una instancia tan alta, tan extraña al

curso de la historia, que es ella la que me convoca, mientras que yo me pliego a ella." (Bernard Henri Lévy, *Le testament de Dieu*, Grasset).

*
**

Moisés ha invitado a los hijos de Israel a rehacer con él la historia de la larga marcha por el desierto. La totalidad de esta historia tiene que estar viva y presente en el espíritu de cada uno de nosotros, para que sepamos con claridad que quien da la Ley es un Dios de misericordia. Pues en eso consiste precisamente esta Ley: no en la arbitrariedad de un Dios-monarca absoluto, sino en el regalo misericordioso de un Dios de gracia. La observancia de los mandamientos no será otra cosa que el signo visible de una elección, que es la del amor. Por eso la evocación a la Ley va precedida de un prolongado acto de rememoración y de anámnesis.

La Ley no tiene, pues, sentido en sí misma; no vale más que como evocación de la liberación, y únicamente depende de la confesión de fe: Dios nos ha liberado de la casa de esclavitud. Sólo dura el tiempo necesario para anunciar las liberaciones del futuro. La Ley se da en orden a la libertad de los hijos engendrados por la pasión de Dios hacia los suyos. No tiene, pues, nada que ver con un código que somete y encierra al hombre en su propia culpabilidad para hacer de él un posible acusado. Los hijos de Israel no tendrán que vivir en el temor y el escrúpulo; su obediencia será la ocasión de rememorar la alianza de gracia. La Ley está en el corazón mismo de la revelación del desierto. A partir del Exodo, Dios habla al hombre en un plano de perfecta igualdad y le dice: *Debes*. El imperativo surge de la Historia y de la Alianza; es su otra cara, la de la respuesta y la libertad del hombre. La Ley no es, a fin de cuentas, un imperativo, no se reduce a un mandamiento; tiende a hacer partícipe a un pueblo de la alianza que se le ofrece. El término mismo de *Ley* es insuficiente para reflejar la plenitud de la palabra hebrea *tora*. *Tora*, en hebreo, no es una orden, sino una orientación; no es la Ley, sino la Vía, el camino por el que es posible avanzar juntos.

"¿Sabes tú, Israel, lo que el Eterno te pide?" Ved al pueblo invitado a marchar hacia la tierra de la libertad. "¿Qué te pide el Eterno que le des?": el tono tiene más de oración que de obediencia. Subversión de la historia religiosa de los hombres: ¡Dios pide al hombre que se comprometa en la vía de su alianza! Que Dios ame a su criatura, que sea su padre, su protector, su patrón, es lo que ya habían presentado, cuando no claramente expresado, los maestros espirituales de la Antigüedad. Pero que los hombres sean invitados a amar a Dios, eso es propio exclusivamente del Dios de la Biblia. Todo transcurre como si Dios revelase en la *Tora* la exigencia del amor, porque tuviese necesidad de ser amado. Todo esto se expresa en una sola palabra. Es como un resumen de la Alianza: la Ley no es una prescripción, un deber ni un reglamento; la ley es una "adhesión".

**Dios y Padre nuestro,
nosotros somos tu obra,
el pueblo que liberaste para que te sirviera.
Ya que has ligado tu nombre a nuestra historia,
danos amor suficiente
para adherirnos a lo que pidas de nosotros.**

*
**

Sobre el salmo 18

**Tu ley, Dios de nuestros padres, es fuente de vida,
tus preceptos reconfortan nuestro corazón.**

**¡Qué dicha, conocer el camino de los justos;
qué alegría, observar todos sus mandamientos:
ellos son la luz que ilumina nuestro futuro,
la columna de fuego que guía nuestra marcha!**

**También nosotros, servidores tuyos, queremos cumplirlos,
queremos dejarnos guiar por su luz:
¡que sean la roca en que apoyarnos,
la certeza de tu fidelidad
y la promesa de nuestra libertad!**

El discurso eclesiástico (cap. 18)

Ahora ya sólo se trata de la Iglesia, pero de una Iglesia perseguida, a imitación de su fundador. Lo mismo que la palabra de Jesús ha sido puesta en duda, la Buena Nueva, de la que se hace eco la Iglesia, es puesta en cuestión y puede ser rechazada por los hombres. "Pero éste es sólo el aspecto exterior de la historia: este hombre al que se critica y al que ya se ha condenado es en realidad el que juzga a sus contradictores" (J. Radermakers). Del mismo modo, para exhortar a sus cristianos y afirmar su fe ante la adversidad, Mateo les muestra "cómo el juicio del Resucitado sigue ejerciéndose en la historia a través del testimonio dado por la comunidad como tal, en la medida en que es fiel al Espíritu" (ibidem).

Esta secuencia se prolonga hasta el final del capítulo 23. En cuanto al capítulo 18, denominado "discurso eclesiástico" o "discurso comunitario", aborda dos problemas: en primer lugar, el de saber quien es "el más grande en el Reino de los cielos", cuestión suscitada por el lugar preponderante que Pedro ha ocupado en los capítulos precedentes; la segunda se centra en la presencia de pecadores en el seno de la comunidad.

EL PASO DE UN PUEBLO

Deuteronomio 31,1-8. Las tradiciones sobre la muerte de Moisés, dadas entre los siglos VI y V antes de Cristo, sirven de conclusión general no solamente al Deuteronomio, sino al conjunto del Pentateuco. Formadas por diversas tradiciones, se presentan bajo la forma de un testamento en el que Moisés comunica al pueblo las medidas que ha tomado, de acuerdo con Yahvé, para asegurar su sucesión. El traspaso de poderes se hace en la forma acostumbrada, que se encuentra descrita en otros pasajes de la Biblia y que comprende, sucesivamente, la oferta de dimisión, la evocación —aquí limitada a unas cuantas alusiones— de la historia del pueblo y de su líder, y la investidura del sucesor, confirmada por Yahvé (P. Buis). La investidura de Josué anuncia a la vez la conquista y el reparto de Palestina, lo que se corresponde con el plan del libro de Josué. Hay que prestar especial atención a la importancia que da el Deuteronomio al espíritu con que estas misiones futuras serán realizadas: los vv. 6-8, dirigidos alternativamente al pueblo y a Josué, insisten reiteradamente en la necesidad de depositar una fe absoluta en Dios.

Los vv. 9-13 estudian el problema de la transmisión de la Ley, transmisión que estará asegurada por los levitas y los ancianos. Los primeros asumieron su tarea a raíz de ciertas consultas jurídicas. Efectivamente, cuando un hombre tenía dudas sobre la forma en que debía comportarse en el ámbito de la vida moral, cultural o jurídica, acudía a consultar al sacerdote, que le sugería la decisión en forma de oráculo. Y no se tardó en reunir las respuestas más importantes en series de preceptos (los torôt; de ahí el nombre de Tora dado a la Ley) para uso, primeramente, de los sacerdotes y de los jueces, y mas tarde de todo el pueblo; el conjunto constituye la llamada Tora apodíctica (en forma de : "harás", "no harás"). En cuanto a los ancianos, hay que decir que de ellos salieron los jueces cuya jurisprudencia fue el origen del derecho casuístico, que indica el procedimiento a seguir en un caso determinado ("si un hombre golpea a otro y le causa la muerte, será condenado a muerte"). Finalmente, el Deuteronomio habla de una celebración de la renovación de la alianza que tendría lugar cada año sabático. No se ha llegado, ni mucho menos, a un acuerdo acerca de la existencia de dicha fiesta, aunque hay muchos salmos originarios del norte escritos en forma de acusaciones dirigidas por Yahvé contra la falta de cumplimiento del pueblo, que podrían haber sido leídos en el curso de la celebración.

Precisamente Dt 32 se presenta como una requisitoria de Yahvé.

Mateo 18, 1-5.10.12-14. Los capítulos precedentes han descrito el nacimiento de una comunidad de fe a la que, de modo progresivo, Jesús ha ido limitando su enseñanza. El "discurso eclesial" del capítulo 18 se dedica

especialmente a estudiar el carácter de las relaciones que deben regir en la comunidad cristiana. La pregunta que formulan los discípulos es absolutamente clara a este respecto: "¿Quién es el más importante en la comunidad?" (el Reino de los Cielos significa aquí no sólo una realidad futura, sino que se inscribe igualmente en el tiempo de la Iglesia).

A modo de respuesta, Jesús llama a un niño y lo pone en medio del grupo, invitando a sus discípulos hacerse como niños. El v. 5 basta para indicar que no se trata en modo alguno de exaltar la condición de la infancia; lo que el niño simboliza es la persona misma de Jesús. En el fondo, se trata del "nacer de nuevo" de que habla Jn 3; se trata de cortar los lazos con el pasado y, consiguientemente, con el pecado. Hay que convertirse en el "pobre" de las bienaventuranzas.

En este contexto, ha insertado Mateo la parábola de la oveja perdida, cuyo sentido eclesial es evidente. Si cada cristiano es para Dios un ser único (lo cual explica el celoso cuidado del "pastor"), y tiene derecho a ser solícitamente protegido por todos los miembros de la Iglesia, los cuales deben hacer todo lo posible por hacer volver al hermano extraviado.

La Iglesia es una comunidad, no una mera colectividad.

**

"Sed fuertes y valientes, no temáis, no os acobardéis ante ellos, que el Señor tu Dios avanza a tu lado, no te dejará ni te abandonará." En el umbral de la Tierra Prometida, éste es el testamento de Moisés: el pueblo, "que no era un pueblo", entrará en la tierra de Dios con esta única convicción: que Dios mismo camina delante de ellos. Por esta razón deberán entrar juntos; es un pueblo que pronto pasará el Jordán.

"¡Tú no pasarás el Jordán!" Todo parecía contrario al cumplimiento de la promesa: las murallas de las ciudades fortificadas, que habían asustado ya a los primeros exploradores, y el poder de los reinos establecidos en las fronteras de Canaán. A tan gran número de malos augurios se añadía ahora el anuncio de que Moisés, guía y padre del pueblo, ¡iba a morir! Al pueblo le asalta la tentación de quedarse en esta orilla del Jordán. Pero: "¡Sed fuertes, el Señor tu Dios avanza a tu lado!" ¡Vamos, colgaos las sandalias alrededor del cuello y arriesgaos a atravesar el vado que os separa de la otra orilla! ¡Tomémonos de la mano, para que nuestro pie y nuestro valor sean más sólidos, y cantemos para ahuyentar el miedo! El único recurso es agarrarnos unos a otros para lanzarnos juntos al agua y pasar a la otra orilla.

Muchos dudan sobre el lugar, el día y la hora. Hay discusiones para decidir lo que hay que llevar consigo. ¿Quién sabe lo que luego será más necesario? Pero hay que decidir deprisa. ¿Qué llevaremos que sea verdaderamente imprescindible, que pueda ser de ayuda y de estímulo una vez alcanzada la otra orilla? El pueblo duda, y Moisés, una vez más, se erige

en pastor del asustado rebaño: "¡Sed fuertes, el Señor avanza a tu lado!" Esta es la promesa que hasta entonces Dios ha cumplido. Para que esta promesa se convierta en prenda de esperanza, el viejo profeta moribundo nombra a un nuevo guía que conduzca a su pueblo a la otra orilla del Jordán. Es un pueblo el que atravesará el río. Aunque creamos que la vanguardia podrá hacerlo, ¡no olvidemos a los que van detrás! Tal vez convendría dirigirse a ellos de vez en cuando y decirles que el suelo sigue siendo firme más adelante. ¡Que nadie cometa la necedad de imaginar que puede avanzar solo y que no necesita de los demás! ¡Que nadie se atreva a despreciar a los más débiles o a los más pequeños, a los que avanzan con dificultad o a los que caen! ¡Valor, hermanos, la Tierra Prometida está ahí, delante de nosotros, en la otra orilla! ¡Daos la mano unos a otros, escuchad la voz de vuestros padres en la fe y arriesgaos a pasar el vado!¹

**

**Tu Alianza, Señor,
es la roca en la que se apoya nuestra esperanza.
Cuando nos debatamos en la duda,
máhdanos un guía que nos lleve por el buen camino;
cuando el miedo o el desaliento nos embarguen,
haz que recordemos tu promesa:
"¡yo estaré con vosotros hasta el final de los tiempos!"**

1. Esta homilía está inspirada en gran parte en G. BESSIERE: *Le qué, La Vie Spirituelle*, 582.

UNIDOS

Deuteronomio 34, 1-12. *Formado por una mezcla de tradiciones, este relato de la muerte de Moisés conmueve por su concisión. Antes de morir, Moisés —que, según el mandato de Yahvé, no atravesará el Jordán— es invitado a tomar simbólicamente posesión de la tierra prometida por Dios a los antepasados.*

Además, tiene la discreción de mantener en el anonimato la localización de la tumba. ¿Por temor, quizá, a que el fervor popular se apoderara del personaje? Los últimos versículos son un elogio del desaparecido, pero se trata de un elogio mesurado que, ante todo, subraya el carácter singular de la relación que unía a Moisés con su Dios. Estos versículos sirven, en realidad, de introducción a la continuación de la obra deuteronomista, o sea, la que se denomina "los profetas anteriores", de Josué a 2 Reyes. La muerte de Moisés no impide, pues, que la historia continúe. Pero la leyenda tampoco se quedó atrás: toda una tradición piensa que el mismo Dios o sus ángeles se ocuparon de dar sepultura a Moisés, y un apócrifo judío, la Asunción de Moisés, sugiere que el mundo entero fue su ataúd.

El salmo 65 está formado por un himno (vv. 1-12) y un salmo de acción de gracias (vv. 13-20). El salmista invita a Israel a cantar su reconocimiento: ¿qué no ha hecho Yahvé por su pueblo? Algunos versículos evocan una liturgia que celebraba la victoria de Dios sobre el enemigo tradicional.

Mateo 18, 15-20. *Si una oveja se extravía, la comunidad debe tomar a su cargo al pecador y hacer todo lo posible para librarlo de su pecado. Sin embargo, si el hermano se obstina en seguir en el camino del mal, él mismo se sitúa fuera de la Iglesia santa, que no puede tolerar la confusión. Esta restricción no significa que el pecador obstinado deje de ser objeto de la solicitud de la comunidad; al contrario, el hecho de que sea para ella una especie de publicano no hace sino evocar la solicitud de Jesús para con los pecadores.*

En este contexto, distinto del de Cesarea de Filipo, Mateo ha incluido el versículo concerniente al poder de las llaves, expresando así la conciencia que tiene la Iglesia de ser una comunidad de salvación y reconciliación. Efectivamente, la solicitud de la comunidad para con el pecador da testimonio de la ternura de Dios, y la comunidad se constituye así en el lugar donde se experimenta el perdón divino; la Iglesia es "la primera etapa decisiva de la sacramentalidad de la penitencia" (Gh. Pinckers).

La Iglesia no es una yuxtaposición de creyentes, sino un cuerpo, un pueblo. Es un pueblo que conoce la experiencia de la liberación, un pueblo que pasará a la otra orilla del Jordán, a la Tierra Prometida. "¿Si tu hermano peca, repréndelo!" En los días del Génesis, Caín se había rebelado: "¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?"; hoy el evangelio interroga: "¿Qué has hecho con tu hermano?"

¿Podemos ver en todo ello un principio de procedimiento, un "embrión" de derecho canónico, con etapas previstas y sanciones, incluso con exclusión de la comunidad? De hecho, nos hallamos en un clima totalmente distinto; los últimos versículos de esta página del evangelio no permiten ninguna duda: en el fondo de todo ello subyace la oración común en presencia de Cristo. La amonestación fraterna, el recurso a los testigos, la sentencia emitida por la Iglesia no son más que la aplicación de esa paciencia y esa misericordia de Dios. Somos de una "raza comunitaria" y no estamos unidos entre nosotros por ninguna ley ni por necesidad alguna de intereses; vivimos juntos, porque juntos experimentamos una misma ternura y un único perdón. La Iglesia es una comunidad santa, porque está santificada por una palabra de gracia.

"Si tu hermano ha pecado, ve y háblale." La fe y el perdón se intercambian; la gracia se comparte. En los días de la torre de Babel, los hombres habían robado la palabra, la habían secuestrado en provecho propio, la habían desnaturalizado queriendo poseerla. Habían dejado de comprenderse entre sí y se habían dispersado, enemigos unos de otros. En los días de Pentecostés, los hombres recibirán el Espíritu, y una lengua común vendrá a posarse sobre cada uno de ellos. Es en el compartir y en la fraternidad donde se producirá el intercambio de la Palabra de gracia. La obediencia de la fe crea la comunicación, la Iglesia. La Alianza se ofrece siempre al pueblo para que se convierta en una asamblea santa.

*
**

**Dios y Padre nuestro,
tu Hijo nos ha dado esta seguridad:
"Si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra
para pedir cualquier cosa,
la obtendrán de mi Padre celestial."**

**No mires nuestras divisiones,
sino fijate más bien en la confianza de tu Iglesia,
que es unánime en pedir la paz y la unidad:
concédele esa paz
para que viva de ella ahora y para siempre.**

Josué y los jueces *¿Dos libros que se contradicen?*

El libro de Josué presenta todas las características de una epopeya. Relata la conquista de la Tierra Prometida por parte del pueblo conducido por el sucesor de Moisés. La penetración en Palestina aparece descrita como una guerra santa dirigida por Dios. Por el contrario, el libro de los Jueces es más pacífico. Josué no desempeña en él ningún papel; las tribus combaten separadamente; no hay masacres de poblaciones. Si bien no cabe ninguna duda de que Jue 1, por ejemplo, es más objetivo que Jos, ¿hay que negarle a este último todo valor histórico?

En conjunto, Josué contiene dos relatos. El primero (caps. 2-11), de finales del siglo X a.C., agrupa y atribuye a Josué el efraimita tradiciones propias de las tribus de Benjamín y Efraím, así como relatos guerreros de interés local. El relato de la conquista sería, pues, el de la ocupación de la Palestina central por parte de las tribus pertenecientes al éxodo de huida; presenta una construcción litúrgica importante (cfr. la travesía del Jordán o la conquista de Jericó), debida sin duda a la influencia del santuario de Gilgal. Para el segundo relato hay que tener en cuenta la relectura de las tradiciones por parte de la escuela deuteronomica. Como reacción contra la división del reino davídico, esta escuela ha presentado la conquista como efectuada por todo Israel y ha puesto de relieve la necesidad de la unidad religiosa, insistiendo en la exterminación de los pueblos conquistados. En cuanto a la descripción de Palestina, es quizá resultado de un documento anterior a la formación del reino, que precisaría los límites ideales de las tribus, y de una lista de localidades de Judá establecida bajo el reinado de Josías.

El libro de los Jueces, por su parte, que mira desde una perspectiva de fe la conquista, trata de justificar sus fracasos, atribuyéndolos a la infidelidad del pueblo. Se trata, pues, de una reflexión teológica sobre un período muy oscuro de la historia de Israel. El plan del libro es riguroso: el autor constata, en primer lugar, que "los hijos de Israel hicieron lo que está mal a los ojos de Dios"; de ahí el castigo, pero también la oración del pueblo que le hace merecedor de unos salvadores, los "jueces". Al hilo de la historia, se ponen así de relieve la flaqueza del pueblo y la paciencia divina.

Jueves de la decimonovena semana

LA ALIANZA DE LA COMPASION

Josué 3, 7-10a.11.13-17. El relato de la travesía del Jordán tiene relación con el santuario de Gilgal. Cuenta un acontecimiento histórico. En efecto, las tribus de Efraím y de Benjamín atravesaron el Jordán en las cercanías de Jericó. De hecho, esta travesía no necesitaba de ningún milagro, pues el Jordán podía ser atravesado vadeando (cfr. Jos 2, donde unos espías lo atraviesan dos veces). Sin embargo, por debajo del relato se adivina un acontecimiento que fue tenido por milagroso. El relato insiste, en efecto, en el hecho de que los israelitas atravesaron el río a pie enjuto, a pesar de que, como consecuencia del derretimiento primaveral de las nieves, el río venía crecido. Ahora bien, diferentes crónicas han relatado hechos semejantes: por ejemplo, la parada y el amontonamiento de las aguas, río arriba, como consecuencia de algún derrumbamiento de tierras. Podemos suponer, con R. de Vaux, que, o bien los israelitas fueron testigos de algún suceso semejante que sirvió de telón de fondo al relato del paso del río por parte de sus antepasados, o bien que los antepasados mismos vivieron realmente dicho acontecimiento. El relato de la travesía del Jordán podría ser entonces el resultado de la reinterpretación de un acontecimiento natural, visto como una acción del "Dios vivo". Además, este relato habría influido en la redacción del paso del Mar Rojo (Ex 14), en su versión sacerdotal.

En todo caso, la narración de la travesía del Jordán reviste un carácter cultural innegable. ¿Proviene quizá de alguna liturgia celebrada en el santuario de Gilgal para conmemorar el acontecimiento? Así lo han afirmado algunos. La procesión salía de Gilgal, y los sacerdotes, que llevaban el arca, tocaban el agua con los pies, mientras el pueblo, que había seguido la procesión a respetuosa distancia, era invitado a desfilar delante del arca. Pero esta hipótesis encuentra fuertes objeciones. Por ejemplo, Jos 3 - 4, supone que Gilgal se convirtió en un lugar sagrado común a todas las tribus, lo cual, en resumidas cuentas, nos remite a la época de Samuel-Saúl o incluso de David, en un momento en que el arca de la alianza, que se piensa desempeñó un papel destacado en la liturgia, no podía encontrarse en Gilgal. Detrás de esta hipótesis, se plantea la cuestión de saber si el culto crea la tradición. R. de Vaux ha sostenido lo contrario: que la tradición crea el culto; él ve en Jos 3-4 un "discurso sagrado" que se recitaba en Gilgal, "donde se habían erigido las doce piedras como un memorial". Pero también es cierto que la narración conmemora algo más que un simple recuerdo: el paso del Jordán significa franquear la frontera que separa el desierto de la Tierra Prometida por Dios, con lo cual comienza una nueva época.

El salmo 113a es el ejemplo típico de un poema teofánico que describe la conmoción de la naturaleza que acompaña a la llegada de Yahvé. Pero el poema ha sido transformado para adaptarlo a las tradiciones de la historia de la salvación, como se puede observar en el v. 1, donde se sustituye "la venida de Yahvé" por la "salida del pueblo de Israel de Egipto".

Mateo 18, 21-19, 1. "Si cada cual no perdona de corazón a su hermano, lo mismo hará con vosotros mi Padre Celestial." La comunidad es el lugar donde se experimenta el perdón de Dios. Si los versículos precedentes ilustraban esta realidad insistiendo en la necesidad de la corrección fraterna, la parábola del acreedor implacable revela que la misericordia divina se expresa en el perdón ilimitado que los hermanos se otorgan entre sí. Pedro había preguntado si había que perdonar hasta siete veces, que es la cifra de la plenitud; Jesús subraya la profundidad del perdón proponiendo el número de setenta veces siete, lo cual, desde el punto de vista bíblico, significa justamente lo contrario de lo que se afirma a propósito de la venganza de Lamec (Gn 4, 24).

La parábola muestra claramente que los pensamientos de Dios no son como los de los hombres. Entre éstos reinan la intolerancia, el rencor y la mezquindad. El acreedor se niega a perdonar una deuda ridícula, pero cree poder contar a su favor con el corazón de Dios. Sin duda, Dios está dispuesto a perdonarle su deuda -y así lo hace-, pero el acreedor no sabe discernir que es precisamente su actitud lo que constituye el obstáculo (el "escándalo") principal para que pueda ejercerse la gracia divina. A pesar de lo cual Jesús toma el camino de Jerusalén, donde derramará su sangre por el pecado de la multitud.

*
**

El pueblo errante va a instalarse en Canaán. El libro de Josué nos presenta a un pueblo de Dios fatigado de su caminar por el desierto, irritado por la incomodidad de la vida nómada, hartado de la insipidez del maná, derrengado por las frías noches bajo la frágil tienda. Desea tener cuanto antes una tierra, unos campos que cultivar, unas casas como Dios manda, una ciudad, un poco de tranquilidad... Hasta ahora, las promesas de Dios habían sido objeto de esperanza; con la toma de Jericó, dichas promesas se convierten en realidad.

El pueblo va a instalarse y, aunque el establecimiento de las tribus israelitas se ha revelado tan frágil y discutible como todas las demás conquistas, no es menos cierto que esta instalación es como una parábola. Entrar en un país es una realidad política, pero es también un símbolo. La tierra de Canaán se convierte en figura del Reino ofrecido, dado como herencia. El Evangelio abre una frontera y exige un destierro: con Jesús, pasamos a una "nueva tierra". Y esta tierra, que es la de la promesa y la de la alianza, es también la de la compasión.

La compasión... Es de buen tono en nuestros días tacharla de condescendiente y paternalista. Se la desprecia y, sin embargo, la compasión es el nombre que adopta el amor cuando la otra persona sufre; añade a la lástima una decisión eficaz de prestar ayuda. La tierra que se nos ofrece gratuitamente es un país en el que se vive al ritmo de Dios: "¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?" Ese gran rey que quiere ajustar sus cuentas representa lo que sería Dios si fuera "justo" en el sentido corriente y jurídico de la palabra. Afortunadamente para nosotros, Dios no es así; la Buena Nueva del Evangelio pone de manifiesto el hecho de que nuestra situación actual no tiene nada que ver con una "justicia" de este tipo. Todos somos perdonados: ¡Dios nos ha perdonado sesenta millones de monedas de plata! Nos ha amado simplemente como somos: ¡mezquinos, calculadores, tramposos o ridículamente cargantes! Dios nos ha perdonado todo, y este perdón es el fundamento de su alianza. Pasamos a una tierra en la que las costumbres son nuevas, al contrario que nuestras leyes de la jungla -leyes en las que domina el provecho a ultranza, la venganza tenaz, la violencia y opresión de todo tipo-. Y nos atrevemos a decir: "Perdónanos nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden..." La tierra que está al otro lado del Jordán es también la tierra de la cruz y de la llamada a amar con esta clase de amor: ¡Amaos como yo os he amado!" Es la tierra de los nuevos comienzos, del nuevo génesis, en la que, al igual que en el paraíso, el hombre y Dios vivirán en comunión. Es la tierra de la nueva creación, puesto que el perdón da al otro una nueva posibilidad de existir.

*
**

**Señor, Dios y Padre nuestro,
al darnos a tu Hijo,
nos manifiestas tu compasión y tu misericordia;
y al resucitarlo,
nos haces pasar a la tierra de la libertad,
de la paz y de la ternura.
Haznos vivir por tu Espíritu:
que nuestro perdón mutuo sea el signo de tu Reino,
que nuestro amor fraterno sea ya
el comienzo de la alegría eterna.**

*
**

**Padre, cuyo amor a los hombres es infinito
y cuyo perdón es eterno,
al darnos el pan de tu misericordia,
nos haces comulgar ya
en la vida del Reino.
Que tu bondad sea la fuente y el modelo
de nuestra compasión para con nuestros hermanos.**

La hora de la elección (caps. 19-23)

Una vez llegado a este punto el evangelio de Mateo, el lector se ve ante una elección decisiva. Conoce mejor la persona y la enseñanza de Jesús; ha visto cómo se formaba una comunidad de discípulos que querían vivir de las palabras del Maestro. Ahora se le invita a unirse a dicha comunidad, pero ¿querrá hacerlo? Durante el camino, se ha familiarizado también con los adversarios de Jesús y, ahora que éste ha dejado Galilea para dirigirse a la tierra de Judea, ¿tendrá valor para seguirlo hasta el final, sabiendo que al final del viaje está Jerusalén?

En los capítulos 19 al 23, Mateo utiliza un procedimiento frecuente entre los profetas. Es el procedimiento del proceso, de la disputa judicial, a la que Yahvé convoca al pueblo infiel. En el evangelio, se trata incluso de un doble proceso, puesto que vemos al acusado transformarse en acusador. El acusado, en efecto, es el Reino anunciado por Jesús y contestado por sus adversarios. Pero cuando Jesús entra en Jerusalén y expulsa a los que estaban allí vendiendo y comprando en el templo, invierte los papeles; es él el que llama a los escribas y fariseos al tribunal de Dios.

La sección se divide en tres partes. La primera, que ocupa los capítulos 19 y 20, se desarrolla en el camino a Jerusalén. Se resume en la acogida que Jesús dispensa a los niños reprendidos por los discípulos: "De los que son como ellos es el Reino de los Cielos" (19,14). Palabras proféticas para los que se disponen a seguirle y que deben comprender primero que el Reino no se inscribe en una economía de méritos, que siempre son insuficientes.

La segunda parte, que se inicia con la entrada mesiánica en Jerusalén, comprende los capítulos 21 y 22 y se concentra en la acogida reservada por la Ciudad al Hijo de David, ese Mesías provocador que maldice a la higuera estéril, símbolo del Israel rebelde, y que expulsa a los vendedores del templo. Una serie de controversias y de parábolas expresa la tensión cada vez mayor que reina entre los protagonistas del drama. Finalmente, en el capítulo 23, esta tensión acumulada estalla en reproches. Sin embargo, el alegato de Jesús tiene su sentido último en la llamada a la conversión, dirigida de manera apremiante a todos los que hasta entonces se han negado a acoger su palabra (vv. 37-38).

REAPRENDER A DIOS

Josué 24, 1-13. (Este comentario es también válido para el sábado: Jos 24, 14-29). Las doce tribus, la liga anfictiónica, la alianza de Siquem... : Jos 24 ha hecho correr mucha tinta, sobre todo desde que se dio a conocer la tesis de M. Noth, que quería ver en este relato el acta de la asociación de las doce tribus. Por otra parte, G. von Rad relacionaba Jos 24 con otros pasajes para intentar reconstruir una ceremonia de renovación de la alianza, que habría tenido lugar en el marco de la fiesta de las Tiendas. Ambas hipótesis han sufrido fuertes críticas; la primera, porque no puede hablarse de una unión de las tribus antes de Saúl; la segunda, porque ni relatos históricos ni calendarios religiosos dan cuenta de tal ceremonia (pero ¿basta esta razón para descartarla definitivamente?).

¿Qué relata entonces Jos 24? Pese a su redacción tardía, la narración contiene elementos antiguos: la elección entre el Dios de la conquista y las divinidades locales o mesopotámicas (vv. 14-15), la respuesta de los participantes y la conclusión de la alianza, seguida de la erección de una estela. En el fondo, lo importante es saber lo que representan exactamente las "tribus" reunidas en Siquem. Y como hay que descartar que se refiera a "todo Israel", la mejor solución es pensar en una asociación entre el grupo de Efraín y las tribus que no habían bajado a Egipto. De este modo, la alianza del Sinaí se habría extendido progresivamente, primero a las tribus del sur de Cadés, y luego a las del norte en Siquem.

Se ha querido ver en la alianza de Siquem la formulación de los tratados de vasallaje hititas. Como mucho, se puede afirmar que se encuentran algunos elementos comunes, como la retrospectiva histórica y la estela. El prólogo histórico se presenta bajo la forma de una profesión de fe que recuerda la época de los patriarcas, el éxodo, la permanencia en el desierto y la ocupación del territorio de Canaán hasta "el hoy del pueblo que saca su alimento de la tierra dada por Yahvé." En cuanto a la estela, recuerda a las piedras sobre las que se escribían los tratados; su función era prolongar, aunque fuera en forma de reproche, el recuerdo de la alianza pactada.

El salmo 135, como la estela, recuerda la historia de Yahvé y de su pueblo.

Mateo 19, 3-12. "Hacerse como niños." Los episodios que jalonan la marcha de Jesús hacia Jerusalén ¿no patentizan la imposibilidad de vivir el Evangelio? ¿Es posible perdonar setenta veces siete cuando en la comunidad fundamental que es la pareja fracasa tan a menudo el amor? Jesús responde a la pregunta de los fariseos indicando que, en la intención divina, el matrimonio es indisoluble. Si Moisés se vio obligado a conceder el divorcio, fue por causa de la "dureza del corazón" humano; de todas for-

mas, no es lícito volver a casarse, pues la exigencia de fidelidad al cónyuge repudiado sigue vigente.

Pero ¿es posible vivir la ley del Reino? La reacción de los discípulos evidencia las dificultades que engendra la ley de la indisolubilidad. La respuesta de Jesús, por otra parte, no niega estas dificultades, pero, además de los eunucos de nacimiento y los que han sido hechos eunucos por los hombres, añade una tercera categoría: los eunucos "que a sí mismo se han hecho tales por el Reino de los Cielos", es decir, según el contexto mateano, los que, después de haberse separado de su mujer, observan la continencia. En términos modernos, se diría que, si bien la separación de cuerpos es lícita, el divorcio no lo es. La ley mosaica se ha radicalizado. En efecto, insistiendo en la irrevocabilidad del libelo del repudio, Dt. 24 subrayaba la importancia de la decisión tomada. Ahora, Jesús añade que un nuevo matrimonio no es posible. Pero ¿son viables las exigencias del Reino al margen de aquel que las funda? ¿No hay que aceptar el Reino como una gracia?

*

**

"¡Mamá, cuéntame una historia!" Los niños necesitan soñar, vivir en compañía de sus héroes; el cuento es indispensable para enseñarles lo que es la vida...

En el umbral de su nueva existencia, ¡también los hijos de Israel necesitan historias y héroes! De un pequeño residuo de clanes hay que formar una federación de tribus, unidas por una misma fe. En Siquem, Josué pone los primeros cimientos de dicha unión y relata la historia de la Alianza. De esta forma nace el credo de la unidad.

Dios se da a conocer a base de relatos, y únicamente vive a través de la historia contada por los creyentes. ¡Este es el aparente escándalo de nuestra fe! Dios sólo es Dios-con-nosotros en el momento en que el creyente lo descubre como tal... La Historia sólo es Alianza porque los creyentes se comprometen en ella... Dios es el Dios-de-los-creyentes, porque, en definitiva, ¡Dios no ha mostrado jamás otra cosa que el rostro de hombres y mujeres que creen en él! Los propios discípulos de Jesús no vieron más que a un hombre que creía en Dios, un Hijo que creía en el Padre.

Dios se da a conocer a base de relatos. ¡Esta es la razón fundamental por la que nos interesamos por esas historias bíblicas de otros tiempos! La Biblia nos "cuenta a Dios". Los sucesos del desierto y de la entrada en Canaán no son un recuerdo conmovedor; son sucesos graves, decisivos, proféticos, pues la Tierra Prometida es el objetivo de todos los desiertos por donde los hombres caminan. La historia contada e interpretada por hombres de otras épocas sigue siendo el lugar en el que se engendra nuestra fe, y nuestra única oración consiste en decir: "¡Cuéntame una historia!"

**Tú eres, Señor, el Dios de nuestros padres;
por su fe nos concedes conocerte,
por su esperanza nos permites
abrirnos a tu promesa.
¡Bendito seas por todos esos hombres y mujeres
que esbozaron tu rostro en el curso de los tiempos!
Haz que tu Espíritu nos dé acceso a tu revelación,
icono de mil rostros
desvelado a través de los siglos.**

*

**

**Dios y Señor de nuestra historia,
son palabras de hombres
las que transmiten tu fidelidad y tu amor;
son gestos de hombres
los que manifiestan tu alianza.
Te pedimos
que, sobrecogidos por tu palabra,
te entreguemos nuestra fe
y que, tras haber comulgado en tu pan,
seamos una sola cosa contigo.**

PRESENTE

Josué 24, 14-29. *Ver el comentario del viernes.*

El salmo 15 evoca la elección de Israel: *Yahvé es «su heredad y su cáliz». El último versículo deja entrever que se trataba de una elección vital.*

Mateo 19, 13-15. *Si los episodios que jalonan la marcha de Jesús hacia Jerusalén hablan de la radicalidad del mensaje evangélico, e también insisten en el hecho de que el Reino es para los niños y para los que se asemejan a ellos. Estaría muy bien que no hubiera escándalos ni divorcios, pero son inevitables (18, 7). El Reino, que no está al alcance del hombre, nos es dado gratuitamente por Dios; hay que recibirlo, pues, como una gracia, recibirlo como si fuéramos niños. ¿Es porque los discípulos no alcanzan a comprender esto por lo que los discípulos reprenden a los niños*

¿Acaso tenemos que volver a aprender del libro de Josué lo que es la decisión de la fe? «Decidíos en favor o en contra de Yahvé». El creyente no tiene que elegir entre el bien y el mal; no está ante una ley moral, sino ante alguien y ante una historia que ya ha comenzado.

Josué sólo pone a su pueblo ante la decisión de la fe después de haber evocado los gestos de Dios en favor de los hijos de Israel: Dios, en efecto, "se aprende", y se aprende relatando su historia; su Alianza es un gesto digno de ser cantado. Porque Dios tomó a Abrahán, le dio a Isaac, envió a Moisés, hizo salir a su pueblo de Egipto y le hizo entrar en la Tierra Prometida, y porque hizo todo esto en favor del pueblo elegido, por eso el creyente se encuentra ahora ante una decisión de fe. La elección que tiene que hacer exige que tome una decisión en cuanto a su participación en esta historia de salvación.

Josué recibe una tierra que, más que el fruto de una conquista, es el don de un Dios que cumple su promesa. Esta tierra no se la debe "ni a su espada ni a su arco"; es la prenda de la palabra dada por Dios. El creyente está inmerso en una historia que Dios empezó antes que él. El "presente" de la fe al que se ve confrontado es el extremo de una alianza a lo largo de la cual Dios ha tomado siempre la iniciativa. El creyente es aquel que se reconoce en situación de gracia, antes incluso de cualquier decisión. Ante "lo que le sucede", se ve abocado a elegir entre la fidelidad y la infidelidad. El sentido de su vida le es dado, ofrecido: no crea el valor de su existencia, ni los valores que orientarán su acción. El compromiso de su fe seguirá siendo un "presente", un don, un hoy de gracia. Si Abraham es la figura del creyente, porque obedece a la Palabra y renuncia por ella a sus raíces, Josué también lo es, porque reconoce haber recibido la tierra en la que su pueblo se establece.

Y aunque Josué recibe esta tierra como una gracia, la recibe también como un país que hay que construir, como un pueblo que hay que unir, como una tierra que es preciso cultivar, como una sociedad que es preciso organizar. Esta tierra es también fruto de una conquista, amasada con sangre y sudor, batallas y trabajo. La tierra ofrecida es la de la libertad. Dios no nos ahoga con su amor; si no se convierten en fuente de vida, los dones de Dios se nos escapan de entre las manos; si no engendra la reciprocidad del amor, la Alianza se convierte en ley de servidumbre. "Decidíos en favor o en contra de Yahvé": el presente del creyente sólo es un verdadero presente si abre a un futuro claro. Pues lo que el oyente decide servir es a una persona, no un código ni un ídolo.

"Decidíos en favor o en contra de Yahvé" Aquel día lo señaló Josué erigiendo una estela: en el presente de la fe, aquel día unía el recuerdo del pasado y la esperanza de una fidelidad creadora.

**Tu nombre, Dios y Padre nuestro,
ha entrado en nuestra historia,
tu alianza se ha convertido en nuestra herencia;
¡bendito seas por la memoria de tus favores!**

**Te pedimos
que sigamos hoy
escogiéndote como socio y aliado
que da sentido y alegría a nuestra vida.**

A LA ESPERA...

**Regocijémonos, vivamos en la alegría,
demostramos gracias al Señor,
pues son las bodas del Cordero.
Su esposa está preparada,
se le ha concedido vestirse
de lino deslumbrante de blancura.**

Apocalipsis 19,7-8

El hecho de ser cristiano va recobrando, poco a poco, su carácter extraordinario. Dejarse alcanzar por la revelación de Dios, vivir en armonía con el Dios que se revela, creer en su Reino y preocuparte cordialmente de él...: todo esto vuelve a ser experimentado como algo extraordinario: a la vez gracia, dicha, responsabilidad, grandeza y riesgo. Con Jesús, "cambiamos de régimen"; su presencia y su palabra parten la historia en dos. La existencia de los hombres y la historia humana ya no son "como antes". El Reino es semejante a... Jesús se hace heraldo del reino de Dios, portavoz de otro discurso sobre Dios. Jesús desvela otra imagen de Dios. No una nueva teología sino una nueva historia, una nueva alianza. El Reino es semejante a lo que sucede en un relato en el que se habla de un rey, de un propietario... Sólo puede hablarse del Reino por medio de símbolos. Es tanto como decir que sólo se puede hablar de él dejando que llegue a nosotros lo que vehiculan las palabras o las imágenes: una nueva relación. Pues el símbolo no es una comparación, sino que provoca directamente un encuentro, establece un nuevo orden de cosas, confirma una revelación, desvela lo que soy yo y lo que es el otro. El Reino no puede ser tratado como algo ya establecido, como una realidad estática, fija, sino como un "drama", en el sentido propio del término, como algo que sucede.

Algo que sucede y que divide la historia en dos... ¡Pero qué realidad tan frágil! Lo que Jesús ha dejado es de una humildad desconcertante: unos cuantos israelitas, un puñado, habían tenido fe en este hombre, Jesús; creían. ¡Eso es todo! ¡Qué realidad tal frágil es nuestra confesión de fe! La acción del Espíritu, vista desde fuera, apenas provoca resultados visibles. La Iglesia está en sí misma sometida a la condición humana y a sus límites. No podemos escapar a las leyes de nuestra humanidad, con todo lo que ello comporta de debilidades y de posibles y pecados. Cuando hablamos de la vida cristiana, de la transformación que debe operar en nosotros, tenemos muchas razones para dejarnos llevar por un cierto realismo que podría hacernos dudar de la eficacia del Espíritu de Dios. ¡Todo esto es verdad! Entretanto, queda eso: ¡que hemos "cambiado de régimen"! Es a nuestra humanidad, con todo el espesor de su historia, es a nuestra existencia personal, con el peso de sus repeticiones, a la que Dios

invita a la mesa nupcial. Su salvación es una realidad, pero no es consecuencia de nuestros esfuerzos ni de nuestros cálculos: ¡la alianza es gracia! Todas las cargas del Reino son reales, y todos conocemos su peso; lo cual no obsta para que, mientras tanto, nosotros mismos seamos la prueba viva de la realidad de su venida: nos atrevemos a esperar, y, bien que mal, hacemos fructificar nuestros talentos. La palabra de Dios, acogida en la alegría de la fe, cumple lo que dice: lentamente irá transformándonos, porque es divina y porque la pondremos en práctica. Mientras esperamos la eternidad y la comunión de los santos, hacemos vivir esta palabra al cumplirla y servirla. El "cambio de régimen" nos ha hecho responsables del Reino.

*

**

**Es buena cosa, Señor y Dios nuestro,
darte gracias
y dejar que cante tu amor en nuestros corazones,
por Jesucristo, nuestro Señor.
En El, el Hijo eterno de tu ternura,
tú has firmado con la humanidad
la Alianza de tu primer amor.
Gracias a El, tu Palabra consoladora,
manifiestas el poder de tu vida.
Es El, Esposo fiel de tu Iglesia,
quien nos hace capaces de amar como Tu amas:
Por el poder de su palabra
y la fuerza de su Espíritu,
él hace fructificar lo que él mismo nos ha dado
y nos permite esperar vigilantes su regreso.
Con todos los invitados a sus bodas gloriosas,
podemos desde ahora
cantarte y bendecirte.**

¡SIN EQUIPAJE!

Jueces 2, 11-19. *El período de los Jueces, que comprende algo menos de dos siglos, va desde la conquista de Canaán hasta la instauración de la monarquía. El autor bíblico sólo ha recogido de este período una sucesión de infidelidades que él contraponen al sereno fervor de los tiempos de Josué (cfr. Jue 2,6-10). Ciertamente, las tribus no tardaron en adoptar las divinidades locales, los Baales y la Astartés, traicionando así a la alianza sinaitica. El libro describe los avatares de la conquista, con sus golpes de mano, sus éxitos y sus fracasos. Ahora bien, las derrotas fueron interpretadas como otros tantos juicios divinos; el pueblo veía en ellas el justo castigo a su infidelidad. El autor del libro de los Jueces no ha hecho, pues, sino expresar la interpretación que el propio Israel ha dado a este período; y lo ha hecho según un esquema muy típico de cuatro tiempos, del que es un buen ejemplo el pasaje que hoy consideramos. En efecto, se habla en él, sucesivamente, de la falta cometida (vv. 11-13), del castigo (vv. 14-15a), que pone al pueblo en una situación desesperada que le lleva al arrepentimiento (V. 15b) y, finalmente, de la salvación que significaba la aparición de los "jueces". El juez es, fundamentalmente, un liberador que, en un momento dado, saca a una o u otra tribu de la situación desesperada en que se encuentra. Durante el período de los Jueces, efectivamente, las tribus siguieron siendo independientes las unas de las otras: "hacía cada uno lo que le parecía bien" (Jue 17,6). De este modo experimentó Israel la paciencia de Dios.*

El salmo 105 es una confesión nacional que desarrolla el tema del pueblo pecador. Insiste en el hecho de la idolatría, pero también hace notar que la conquista no había suprimido a la población local, con la que Israel se fue mezclando progresivamente.

Mateo 19, 16-22. "Si quieres ser perfecto...". Ya en el sermón de la montaña recomendaba Jesús a sus discípulos que fueran perfectos como el Padre celestial. A este hombre, que pasa por ser un maestro en el arte de observar los mandamientos, Jesús le invita, pues, a superarse a sí mismo. "Si quieres...": la invitación, aunque sea acuciante, respeta profundamente la libertad.

"El joven se fue muy triste". ¿Ha percibido dentro de su corazón las dificultades que tal superación conlleva? ¿Se va entristecido porque constata el abismo que separa las exigencias legales del radicalismo evangélico? "Entonces, ¿quién puede salvarse?", preguntarán los discípulos. Tienen que aprender aún que el Reino es pura gracia. Pero, entonces, es asunto nuestro comprender que los "consejos" de Jesús no se dirigen a una minoría religiosa; están dirigidos a todo hombre de buena voluntad que acepte abrir su corazón al trabajo del Espíritu.

Un hombre se acerca a Jesús. En su rostro se lee el fervor. Quiere alcanzar el bien, la perfección: "Maestro, ¿qué tengo que hacer de bueno para obtener la vida eterna?" Conocemos la respuesta: Jesús pide demasiado, y este hombre posee muchos bienes. "Vete, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres; luego, ven y sígueme". Pero el joven, al oír esto, se fue, porque poseía muchos bienes. El Reino sólo es accesible para los que vayan sin equipaje, con el corazón ligero; todos los méritos, toda la ciencia, toda la piedad, no podrán abrir las puertas del Reino. Sólo entrará el que se presente con las manos vacías. "¿Qué importa si estáis sujetos por un cable o por un hilo, desde el momento en que esa atadura os hace prisioneros y os impide avanzar?", comentará San Juan de la Cruz.

¡Bienaventurados los pobres! Sólo los que sigan a Jesús, que se ha despojado de todo hasta el extremo de tenderse desnudo en la cruz, sólo ellos poseerán el Reino... "Se fue muy triste, porque poseía muchos bienes": nuestra alegría consiste en pasar la vida abriendo en nuestras manos y en nuestro corazón un lugar para Reino de los Cielos que pasa.

"¡Vende todo lo que tienes!". Vete hacia Dios sin proyectos, sin recuerdos, sin biblioteca. Vete sin mapas para descubrirlo, sabiendo que Él está en el camino y no al final. No intentes encontrarlo por medios originales; déjate encontrar por él entre la pobreza de una vida corriente. Abandona tus muchos bienes y alégrate de que tu inteligencia no sirva de nada frente a las cosas de Dios. Y si tu oración está despojada de emociones, sabrás que a Dios no se llega con los sentimientos. Si careces de valor, te alegrarás de ser capaz de esperanza. Y si piensas que tu vida es demasiado miserable para ser llamado a entrar en el Reino, estarás cerca de descubrir la misericordia y de vivir la caridad. "Maestro, ¿qué tengo que hacer de bueno para obtener la vida eterna?" "¡Abre las manos para ser rico de Dios!" "¡Ven, sígueme: el camino que lleva a la cruz será tu camino de vida!"¹

**

**Tú rechazaste el poder de las riquezas,
proclamaste dichosos a los pobres que te siguen.
Señor, Dios nuestro,
hunde en nosotros tu mirada,
pues son muchos los bienes que nos impiden avanzar.
¡Por tu amor, haznos pobres,
para que avancemos sin más futuro que el tuyo!**

1. Esta meditación está en gran parte inspirada en M. DELBREL, *Joies vennes de la montagne*, Etudes Carmelitaines.

¡TODO ES POSIBLE!

Jueces 6, 11-24a. "Los hijos de Israel hicieron lo que está mal a los ojos de Yahvé, y el Señor los entregó en manos de Madián durante siete años" (6,1). Según las épocas, los madianitas fueron amigos (cfr. Moisés) o enemigos de Israel. Habían seguido siendo nómadas y hacían incursiones, ya estacionales, ya imprevistas, en los territorios ocupados por las tribus israelitas y arrasaban todo a su paso. Viéndose obligado a trillar su trigo en un lugar secreto, Gedeón, hijo de Manasés, se decidió a replicar y persiguió al invasor hasta el otro lado del Jordán.

El relato propuesto por la liturgia es una leyenda etiológica que pretende explicar la fundación del santuario de Ofra, marcado por la presencia de un árbol sagrado (v. 24: "En este lugar, Gedeón levantó un altar a Yahvé y le llamó Señor-de-la-paz"). Pero, en el marco de esta leyenda, el autor bíblico ha querido relatar la vocación de Gedeón; el relato es tan típico que suele ser citado como ejemplo. Se menciona en él el encuentro con Dios (v.12a), una fórmula de introducción que describe la miserable situación del pueblo (vv. 12b-13), el envío en misión (v.14), y la objeción de Gedeón, quien, a semejanza de Moisés, se encuentra demasiado joven y demasiado débil para tal empresa (v. 15). Esto permite al autor subrayar la iniciativa divina en una frase de aliento: "Yo estaré contigo, y derrotarás a los madianitas como a un solo hombre" (v. 16). Finalmente tiene lugar la demanda de una señal (vv. 17-19). Tales relatos son frecuentes, tanto en el Antiguo Testamento (vocación de Jeremías) como en el Nuevo (relato de la Anunciación).

El responso del salmo 84, que es un salmo de súplica, ha sido elegido en función del nombre dado al altar de Gedeón.

Mateo 19, 23-30. "Le es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el Reino de los cielos". No se puede ser más claro. Sin duda, hay que añadir que Jesús "amó y llamó a hombres ricos, que ocupaban un rango social elevado, sin exigir que abandonasen sus riquezas", lo cual no impide que también haya calibrado el obstáculo que las riquezas representan para los que quieren entrar en la Vida.

Los discípulos no dan crédito a sus oídos. Las exigencias del Maestro en materia de fidelidad conyugal ya les habían parecido prácticamente irrealizables; el desprendimiento que ahora preconiza les parece imposible. Si el acceso al Reino exige tales sacrificios, ¿quién podrá salvarse?

Pero ¿quién habla de sacrificios? El hombre rico había acudido preguntar lo que había que hacer para acceder a la vida eterna; Jesús habla de dejar todo para recibir (J. Radersmakers). Esta es la deslumbrante verdad: el Reino no se gana, se recibe. ¡Feliz, pues, el hombre que no se va triste,

después de haber tomado conciencia de su incapacidad! Si no abandona, está maduro para ser colmado al cien por cien por el Espíritu de Dios, y su corazón, como el mundo, será nuevo.

*
**

"¡Le es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el Reino de los cielos!" Los discípulos no dan crédito a sus oídos: las condiciones para acceder al Reino de Dios son tales que la pregunta se hace dramática: ¿quién va a poder cumplir con tales exigencias? Basta prestar oído a los gemidos, a los gritos, a los rumores que brotan de todos los seres humanos que nos rodean para oír, como en un eco, la pregunta dramática: "¿Quién podrá salvarse?" La respuesta de Jesús se hace firme, porque él sabe lo que anuncia y lo que aporta: "¡Para los hombres es imposible, pero para Dios todo es posible!". Frente a la pregunta inmensa y trágica, la respuesta de Dios será de una sencillez desconcertante: Dios envía a su Hijo, solo y desarmado. Los que hayan seguido a Jesús por el camino estrecho que lleva al calvario, éstos conocerán la mañana de Pascua y la alegría del Reino.

En verdad, sólo habría razón para la desesperanza si la palabra viva de Dios llegara a extinguirse, si el Espíritu de Cristo no suscitara ya ningún testigo. "Nosotros hemos dejado todo y te hemos seguido". Hemos empezado a soltar nuestras amarras y las riquezas que nos retenían prisioneros de nosotros mismos, deseamos estar disponibles para que la esperanza de salvación no naufrague entre los hombres. Por haber sentido nuestro propio corazón convertido por la palabra todopoderosa, aunque no éramos mejores que los demás, por haber sido transformados por la mirada de Dios, tenemos fe en la palabra del Señor. La prueba más tangible de que todo sigue siendo posible para nuestro mundo y para la historia de los hombres, es lo que nos ha sucedido...

**¡Los que esperan en tí,
oh Dios, providencia nuestra,
nunca se verán decepcionados!
Acuérdate de tu Alianza eterna:
lo que es imposible para nuestras fuerzas humanas,
realízalo tú con tu poder
y haz que sea posible hoy nuestra esperanza.**

**

**Si algún día llegara a Dios a abandonarnos,
si algún día el Eterno
tuviera en cuenta nuestras miserias,
¿quién podría subsistir ante Dios?
¿Quién podría salvarse?**

**Pero ante Dios el Señor todo es gracia,
ante de Dios Todopoderoso
no hay más que futuro siempre ofrecido:
es él quien da la vida a su pueblo,
él es el Dios que ama y perdona.**

Miércoles de la vigésima semana

EL SALARIO DEL CORAZON

Jueces 9,6-15. *Abimelec era hijo de Yerubbaal, pero ¿son Yerubbaal y Gedeón una misma y única persona? No es tan seguro; R. de Vaux piensa que hay que distinguir entre ambos personajes, a quienes la tradición habría identificado porque ambos eran originarios de Ofra, y que Gedeón había rechazado la realeza, mientras que Yerubbaal presentó su candidatura. En realidad, el relato parece referirse a una tentativa de gobierno que desembocó en fracaso.*

La perícopa se presenta como una alegoría y refleja probablemente la influencia de los ambientes proféticos hostiles a la realeza (cfr. 1 Sm 8, 11-18) "Sólo un granuja, que no puede contribuir de ninguna manera al bien de todos, será capaz de ejercerla. Pero él, que no tiene nada que dar, tiene bastante aplomo para invitar a los demás a que se pongan bajo su protección, amenazándoles al mismo tiempo sin vergüenza alguna" (G. von Rad).

El salmo 20 forma parte de las liturgias reales. Posiblemente se cantaba antes del comienzo de una procesión del arca de la alianza, para celebrar una victoria del rey, atribuida a Yahvé.

Mateo 20, 1-16a. "Estos últimos han trabajado sólo una hora y los has tratado igual que a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y el bochorno." Tanto mejor si también nosotros sentimos la misma indignación que estos obreros: la parábola habrá alcanzado su fin, que es el de interpelar al oyente, provocarlo, hacerle reaccionar ante una situación paradójica.

Un hombre contratava obreros para que trabajaran su viña. Con los obreros de la primera hora convino el pago de un denario al día, que, en aquella época era el salario habitual de los jornaleros. A lo largo de la jornada, repitió la misma operación, aunque el número de horas disminuía, y los obreros no podían esperar más que una fracción de denario. ¡Pero, sorprendentemente, el amo da a todos los obreros el mismo salario! Se muestra "bueno", pues ese denario que manda distribuir corresponde al "salario mínimo" necesario para vivir. Consciente de la necesidad de los obreros contratados, el dueño de la viña no quiere privar a los contratados en último lugar de lo que les es tan necesario para sobrevivir. Del mismo modo, Dios se muestra generoso con los pobres.

Los primeros obreros, que contaban con un aumento en su salario, comienzan entonces a protestar. Una protesta, por otra parte, legítima si la parábola tuviera una perspectiva social, pero no es éste el caso, pues de lo que se trata es del Reino del cielo (v. 1). En realidad, cuando el propietario responde a las reivindicaciones diciendo: "Quiero dar a este último lo mismo que a ti", expresa la gratuidad de los dones de Dios.

Finalmente, no hay que olvidar que los obreros han sido contratados para trabajar en la "viña", es decir, la Iglesia, el pueblo de Dios. Trabajar en la viña es colaborar en la edificación de la comunidad cristiana. La parábola intenta, pues, evidenciar que la Iglesia no es el resultado de los esfuerzos humanos, sino "una gracia que recibimos" (J. Radermakers).

**

La historia es simple: el trabajo debe hacerse, y el dueño de la viña contrata obreros según sus necesidades. Al atardecer, llega el momento de recibir la paga: el administrador, por orden del dueño, da a cada uno la misma suma. Y surge la protesta: ¿por qué los que no han trabajado más que una hora reciben lo mismo que los que han sido contratados primero y han trabajado todo el día? Estos últimos han trabajado doce horas a pleno sol: ¿su indignación es bien comprensible! Entonces el amo se explica: ¿no puede él disponer de su bienes en favor de quien quiera?

Pero entonces, ¿es que versa la parábola sobre las palabras de un propietario? Uso de mis bienes como me plazca... A decir verdad, el problema no es ni una cuestión de justicia ni siquiera una cuestión moral. La significación es otra: "¿Vas a tener tú envidia porque yo soy bueno?" La pregunta quiere llevar al auditorio más allá de lo que dicta el buen sentido. La parábola es chocante, porque plantea una ruptura con la realidad y con la razón. La parábola provoca, interpela. Jesús quiere conducir a sus interlocutores, de los bordes de la razón a los del corazón, de los bordes de la fe religiosa a los de la fe evangélica. Y es que el meollo de las parábolas es desorientador, provocador, poco razonable. Toda parábola termina de forma inverosímil, inesperada, inaudita. El Dios de Jesucristo no obra como debería obrar, Dios no es dios, no se comporta como debería comportarse un dios.

Dios debería ser garante de la justicia y, sin embargo, acoge a los publicanos y a los pecadores. Abre su Iglesia a los recién llegados, a los paganos extranjeros, en lugar de reservar su heredad para los hijos de la primera alianza. Ofrece la misma gracia y manifiesta el mismo amor a los recién convertidos y a los que se han desvivido heroicamente durante toda su vida para sobrellevar el peso de la existencia y hacerla fructificar... Dios debería ser garante de la moral: ¿adónde vamos a parar si no retribuimos a los buenos y a los malos según sus méritos, si se pone a malgastar su gracia? Dios no es dios... Creíamos que teníamos una religión razonable y nos vemos provocados a aceptar de buena gana la desmesura del Evangelio. Somos invitados a pasar de la razón al corazón. La viña del Señor no es una unidad de producción; la Iglesia está basada en el amor. Los obreros de la hora undécima no esperaban ser contratados, pero, ¿cuál no sería su sorpresa cuando el Amo les entrega el salario de una jornada completa! ¡Así son los ciudadanos del Reino, hombres asombrados! Los obreros de la mañana debieron de encontrar muy natural recibir el salario convenido, pero los contratados por la tarde ¡hablarían sin duda

largo tiempo de aquel viticultor, dueño increíble, que les trató con una generosidad principesca! Este asombro les acompañará durante toda su vida. "¿No puedo hacer lo que quiera con lo que es mío?" No se trata de las palabras de un propietario caprichoso, sino de la voz que sale del corazón. El amor es una apuesta sobre las posibilidades del otro y no un cálculo equitativo ni un registro de derechos y méritos.

"¿Vas a tener tu envidia de mí porque yo soy bueno?" Dios, el Dios de Jesús, no ha reparado nunca en gastos; ¡el hijo perdido vuelve a casa, es día de fiesta! La única pregunta que hace la fe es la que concierne al corazón, al corazón de Dios y al corazón de los hombres. Llegará un día en que Jesús preguntará: "Pedro, ¿me amas?" Ese día, la Iglesia comprendió que nunca sería una institución de hombres, sino una gracia para ser recibida.

**

**Tú buscas nuestro corazón;
la gracia que nos ofreces es nuestra bendición:
¡bendito seas, Señor, Dios de misericordia y de amor!**

**Tu palabra es buena noticia para los pobres;
tu vida es nuestra alegría:
¡bendito seas, Señor, Dios de misericordia y amor!**

**Tus pensamientos exceden nuestras esperanzas,
y tu justicia no entiende de cálculos:
¡bendito seas, señor, Dios de misericordia y amor!**

**

**Señor y Dios nuestro,
tus caminos no son nuestros caminos.
Que nuestra oración llegue hasta tí,
para que, en el día de la gloria de tu Hijo,
no se nos recompense según nuestros méritos,
sino a la medida de tu gracia.**

PARTICIPACION

Jueces 11, 29-39a. *Jefé era originario de Galaad, región montañosa situada al este del Jordán y vecina del territorio de los ammonitas. Habiendo sido echado de su casa por sus hermanos, Jefé se convirtió en jefe de una banda, pero sus conciudadanos le llamaron cuando los ammonitas le declararon la guerra.*

La promesa de Jefé debe incluirse también entre las leyendas etiológicas. Efectivamente, intenta explicar el origen de una lamentación ritual, por otra parte desconocida en la Biblia. Esta explicación arroja, no obstante, una luz lúgubre sobre las consecuencias de la idolatría de Israel, que había llevado al pueblo a adoptar las costumbres cananeas y, sobre todo, la de los sacrificios humanos, prohibidos totalmente por la Ley. Conviene recordar, en efecto, la réplica del profeta Miqueas en oposición a la promesa que invoca Jefé para sacrificar a su única hija:

"¿Daré mis primogénitos por mis prevaricaciones?
¿Y el fruto de mis entrañas por los pecados de mi alma?
¡Oh hombre! Bien te ha sido declarado lo que es bueno
y lo que de ti pide Yahvé:
hacer justicia, amar el bien,
humillarte en la presencia de tu Dios" (Miq 6, 7-8).

El salmo 39 es un salmo de acción de gracias y sirve para ilustrar el esfuerzo de los profetas. Yahvé no inspira en él la idea de un sacrificio votivo, sino simplemente la de acudir al templo a dar gracias. Lo que agrada al Señor no es la multiplicación de los sacrificios, sino el esfuerzo que representa llevar una vida recta.

Mateo 22, 1-14. *"El rey entonces se enojó y envió sus tropas para que acabasen con aquellos asesinos e incendiasen su ciudad". Este versículo es una alusión probable a la futura caída de Jerusalén, en el año 70 después de Jesucristo. Efectivamente, la parábola del festín nupcial, como la de los viñadores que la precede, se inscribe en un contexto de juicio. Montado sobre una mula, Jesús, hijo de David, hizo su entrada en la ciudad de su lejano antecesor para un último enfrentamiento con los jefes de su pueblo.*

La parábola de las bodas presenta paralelismos inmediatos con la de los viñadores. En ambos casos, los enviados, que recuerdan a los profetas del Antiguo Testamento, son heridos, apedreados y muertos. Por ello la cólera real no se hace esperar. La parábola de los viñadores había predicho que la viña sería confiada a otros servidores. En esta segunda parábola todo es ya cosa hecha, pues el rey invita, no ya a unos pocos privilegiados, sino a todos los que sus criados encuentren en los caminos, malos y buenos, a los que encuentren en las encrucijadas de la vida... La sala se llena, pero los invitados han cambiado. Ya no se trata de judíos, sino de cristianos. La sala de las bodas es la Iglesia.

Gesto teatral: el amo de la casa sale para saludar a sus huéspedes, visita de cortesía que pronto se convierte en gira de inspección. Los criados habían hecho venir tanto a los buenos como a los malos, pero hay un invitado que no lleva traje de boda.

Por medio de este artificio, Mateo quiere describir el aspecto personal del juicio: en efecto, el hecho de ser llamado no implica que se sea ipso facto salvado. Es preciso además haber producido algún fruto, vestirse con el traje prescrito para la boda. Por tanto, el árbol estéril será cortado y echado al fuego, "allí donde será el llanto y el rechinar de dientes". Todos son llamados, pero pocos son los elegidos. Todos son llamados, pero pocos elegidos. Un "pequeño resto", habría dicho Isaías.

**

¡Recoger a la gente que llena las plazas para llenar una sala de bodas! La parábola se sale de lo habitual y de lo cotidiano; está hecha de provocación y escándalo. La parábola habla de Dios. Y para nosotros, Dios no es una idea o una doctrina. Para Jesús, Dios "se cuenta": son los gestos de Dios lo que hay que proclamar. Como los trovadores de la Edad Media que cantaban las hazañas de los caballeros en interminables canciones de gesta, Jesús recorre la tierra de Israel para cantar la gesta de Dios. "El Reino de Dios es como lo que sucede en esta historia que os cuento..."

Dios es como un rey que ha preparado las bodas de su hijo con la fiebre característica de los días que preceden a la fiesta. El rey ha mandado decir: "Todo está preparado para el festín" Pero, aunque el aroma de la cocina es apetitoso, la mesa está impecablemente puesta, las lámparas encendidas y las flores decoran la sala del festín, falta lo esencial en la fiesta: ¡los invitados no han acudido! ¡Imaginaos, la gran mesa sin comensales! Aquellos a quienes se esperaba, las viejas amistades, los amigos y los parientes han hecho oídos sordos a la invitación. Los que se consideraban grandes sacerdotes, han rechazado la invitación de Cristo. Y Dios se encuentra solo con su comida... ¿Va a apagar las lámparas? No, Dios hace acudir a los pobres, a los lisiados, a los ciegos, a los cojos. Nadie estará excluido de la fiesta; en adelante, la mesa en la casa de Dios está puesta para todo el mundo. Ocuparán su sitio en esta mesa los Zaqueo, los Mateo, las María Magdalena, el ciego de Siloé y el paralítico de Cafarnaún, el samaritano curado y la adúltera perdonada. Dios festejará con estas gentes las bodas de sangre de su Hijo con la humanidad.

Hoy, Dios recorre las plazas. Así pues, ¿es verdad que estamos invitados a la comida real de Dios? ¿Ser invitados a las bodas del hijo del rey, a la mesa pascual!, ¿qué os parece?... ¡Más vale encontrar un pretexto adecuado y no acudir!... ¡Ah, si la humanidad supiera la ambición que Dios ha depositado en ella! ¡Si tomásemos en serio en la tierra la invita-

ción que Dios nos hace! La fiesta no tendría fin. Pero ¡qué lejos está aún ese festín de bodas! Todo está preparado y nada está aún dispuesto, puesto que hay que responder a la invitación. ¿Dónde está la humanidad en esta pobre marcha obstinada y dolorosa que va del caos inicial del Génesis, siempre amenazador, hasta la Jerusalén celeste, donde Dios reunirá a todos los pueblos de la tierra para un festín delicioso? Basta con mirar a la Jerusalén terrena para saber que el mundo está todavía en el caos y que la ciudad de Dios, ciudad de paz y de amor, está aún desgarrada por los sufrimientos y los rencores seculares. Humanidad coja, lisiada, ciega: es a esta humanidad, y no a una humanidad idílica, a la que Dios invita a las bodas. La alegría no será una exuberancia ficticia, sin mañana, como la que se experimenta en una comida de negocios, sin alma. La alegría será acorde con el lugar, la sala de bodas, pese a los contratiempos y a las dificultades. La conversación versará sobre la gesta de amor de Dios. Comida de Alianza donde el cuerpo entregado del Señor habla de la gratuidad de nuestra llamada.

*
**

**Dios, cuyo amor trasciende
todo cuanto nosotros podemos medir,
bendito sea tu nombre.
Tú abres de par en par las puertas de la casa,
y los pobres, que somos nosotros,
ocupamos un lugar en el banquete
en el que tu Hijo se nos da como alimento.
Concédenos la gracia de cantar tu benevolencia
hasta el día en que nos revistas
con el vestido nupcial por los siglos de los siglos.**

*
**

Sobre el salmo 110

**Voy a dar gracias al Señor de todo corazón:
¡Hermanos, unid vuestra alabanza a la mía!**

**Sus obras son admirables,
asombroso su gesto:
¡su misericordia es inaudita,
su ternura y su compasión sin igual!**

**El Señor ha dejado un memorial
de todas sus maravillas:
y hoy renueva
la liberación
para su pueblo.**

**Da víveres a sus fieles
y conserva memoria de su Alianza.**

Viernes de la vigésima semana

LA LEY DE LA VIDA

Rut 1, 3-6, 14b-16.22. *¿Una novela moderna en la época de los Jueces? En realidad, la lengua empleada en el libro de Rut es postexilica, pero la historia en sí debe de ser más antigua. Al igual que los Setenta, la tradición cristiana, ha colocado este libro a continuación del de los Jueces, pues se considera que la acción se desarrolla en esa época. La obra, pues, refleja una mentalidad opuesta a la que se desprende del libro de los Jueces y que ilustran los libros de Esdrás y Nehemías. En efecto, el riesgo de idolatría que los pueblos extranjeros representaron para Israel, dió lugar, después del exilio, a la prohibición de los matrimonios mixtos. Y aunque el libro de Rut no se muestra contrario a las medidas que se toman para salvaguardar la fe, no por ello deja de significar una reacción contra el desarrollo de un nacionalismo demasiado riguroso.*

La historia que cuenta el libro Rut es la de un idilio muy sencillo que se desarrolla en un medio campesino, donde se honran las virtudes familiares, donde se recompensan la generosidad y la piedad familiar, y donde la providencia aparece por doquier." (W. Harrington). Los nombres de los personajes son simbólicos: Noemí es la Graciosa; Rut, la Compañera; Orfa, la Irreductible. También podemos relacionar el nombre de Belén, la Casa-del-pan, con el gesto del Señor dando pan a su pueblo (v. 6).

Los versículos 5 al 9 del salmo 145 forman un himno de congratulación que estaba dirigido a los peregrinos del templo; este canto adopta la forma de un himno en honor del Señor que protege a los más débiles.

Mateo 22, 34-40. *"Se reunieron los fariseos..." La traducción pierde fuerza y no expresa debidamente la intención del evangelista. Efectivamente, la "reunión" de los fariseos es una cita textual del Salmo 2,2 según la Biblia griega ("Los jefes se reunieron en grupos contra el Señor y contra su Cristo"). La reunión es, pues, una conspiración; el proceso de Jesús ya está en marcha.*

El legista plantea la debatida cuestión acerca del mandamiento principal de la ley. En realidad, no se trata tanto de fijar una jerarquía dada como de dilucidar los fundamentos de la vida moral. Jesús responde citando el doble mandamiento de amar a Dios y al prójimo, mandamientos que se basan en el señorío de Dios, como lo muestran Dt 6,5, con la hermosa oración del Shema, de donde se ha sacado el primer mandamiento (cfr. Mc 12,29), y el estribillo "Yo soy Yahvé", de Lv 19, para el segundo mandamiento. La originalidad de la respuesta no se encuentra "en las ideas de amor a Dios y al prójimo, conocidas del Antiguo Testamento, sino en el hecho de que Jesús junte ambas cosas y les dé una misma importancia y, sobre todo, en la simplificación y la concentración de toda la ley en estos dos mandamientos. Efectivamente, de estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los profetas.

Vienen de nuevo al encuentro de Jesús para preguntarle; las sectas y los grupos se suceden, y todos buscan un apoyo para sus tesis o una argucia para hacer que el Hijo de Dios se contradiga. "Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la ley?" En tiempos de Jesús, y en los años en que Mateo redacta su evangelio para cristianos provenientes del judaísmo, la pregunta era temible. ¡El estudio de la ley de Moisés había llevado a encontrar en ella 365 prohibiciones, tantas como los días del año, y 248 mandamientos, tantos como los componentes del cuerpo humano! Todo ello tenía que regir la vida de un judío piadoso, y los rabinos se esforzaban en demostrar con toda minuciosidad la importancia de cada mandamiento y de cada prohibición. La pregunta era comprometida y, cuando se le plantea a Jesús, es "para ponerlo a prueba".

La respuesta de Cristo es sencilla y completamente tradicional; se limita a responder con el admirable texto que todo judío piadoso y sincero conoce de memoria: "¡Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu ser!" Nada nuevo, desde luego; y, sin embargo, Jesús ha evitado la trampa que se le tiende trastocando radicalmente los datos de la pregunta.

Para Jesús, no basta con una reglamentación tan luminosamente simplificada que podríamos observarla como si fuese un código de leyes; se trata de volver a lo esencial, que no es precisamente del orden de la ley, sino del orden del corazón.

"Es el corazón lo que yo quiero, y no los sacrificios", decía ya el Antiguo Testamento. El programa de la vida nueva no puede reducirse a una serie de preceptos imperativos; la ley nueva es, de ahora en adelante, la interpelación de un rostro. Jesús libera al hombre de su obsesión por los tabúes y por la observancia, de las cortapisas de los miedos íntimos y de las restricciones sociales. La savia de toda moral no es la conformidad con unas normas: es el amor lo que de veras llega a los seres vivos. Jesús denuncia todo cuanto puede desviar la mirada de la contemplación de lo esencial: los rabinos habían puesto pantallas entre el hombre y la exigencia de Dios; en adelante, hay que mirar directamente a Dios y a los hombres. No se trata ya tanto de estar en regla cuanto de amar.

Amar a Dios con todo el ser. Y el amor es una pasión, no un deber. Amar como se ama la vida. Con ebriedad y admiración, sin tino; ¡amar a Dios con desmesura!

Y luego amar al prójimo como a uno mismo... No conformarse y "tolerar" al otro, sino dejarse llevar por una infinita ternura hacia aquel a quien Dios mira como me mira a mí, con una pasión que llega al extremo de morir de amor. ¿Son sólo palabras? Quizá..., pero, si se hicieran realidad, ¡qué revolución! Jesús simplificaba la ley... ¡Quizá hubiese valido más en nuestro caso seguir respetando los 248 mandamientos y las 365

prohibiciones! Al menos, habríamos sabido adónde nos llevaba la escucha del Evangelio. El amor no es en sí peligroso: ¡no puede conducir más que a la cruz! Pero también a la mañana de Pascua...

No acabaremos nunca, Dios y Padre nuestro, de cantar la inmensidad de tu amor. Que esta alabanza nos abra a una vida nueva, animada por tu Espíritu y orientada al servicio de nuestros hermanos.

*
**

**Nuestra alegría es bendecirte, Padre de amor infinito:
en tu creación descubrimos, maravillados,
la ternura que pones en todas las cosas.
¡Te alabamos por tanto amor!**

**Bendito seas, además,
cuando cuando nos haces darnos unos a otros,
como una multitud de hermanos
llamados a vivir en la gracia de tu ley.**

**En el camino de este difícil amor
tú nos insuflas tu Espíritu,
para que nuestra vida coincida en verdad
con las palabras de nuestra alabanza.**

**Es esa alabanza la que unimos a la aclamación
de todos cuantos en el mundo
inventan día a día
los mil rostros de tu único amor.**

TOMAD SOBRE VOSOTROS MI YUGO

Rut 2, 1-3.8-11; 4,13-17. *Cuando volvió a su país acompañada de Rut, después de la muerte de su marido y de sus dos hijos, Noemí utilizó astutamente la ley sobre el rescate de las tierras. Esta legislación, atenta a prevenir la enajenación de un patrimonio, preveía que un miembro de la familia o del clan podía ejercer su derecho de "rescate" sobre unas tierras que hubieran sido puestas a la venta como consecuencia de dificultades financieras o de otro tipo. Este "defensor" podía también rescatar a un miembro del grupo que hubiera sido sometido a esclavitud; es este derecho el que Yahvé hace valer para "reivindicar" a su pueblo, esclavo en Egipto (Ex 6,6). En realidad, la legislación sobre el rescate de tierras va unida aquí a la del levirato, que permitía a un pariente desposar a la viuda de su hermano para procurarle descendencia.*

Evidentemente, Rut, la moabita, goza del favor divino a causa de su exquisito celo por adoptar la manera de vivir de los judíos. Por otra parte, la tradición se ha complacido en subrayar el carácter providencial del hijo que Rut concibió de Boaz; se ha llegado incluso a escribir que Yahvé mismo había dispuesto especialmente su seno para que pudiera concebir al Mesías. Sabemos también que Mateo cita el nombre de Rut en la genealogía de Jesucristo (1,5).

El salmo 127, que es un salmo de congratulación, exalta las alegrías del hogar.

Mateo 23, 1-12. "Ellos no hacen lo que dicen"; dicen, pero no producen ningún fruto. Es esta una actitud completamente opuesta al Reino. Sin embargo, Jesús comienza por reconocer la legitimidad farisea: los letrados y los fariseos se han sentado en la cátedra de Moisés, y todo israelita consecuente consigo mismo debe seguir sus enseñanzas. Pero los fariseos se aprovechaban demasiado fácilmente de su posición para cargar sobre el pueblo llano pesos insostenibles. Eran malos pastores: en lugar de facilitar el camino de aquellos de quienes eran responsables ante Dios, les impedían vivir. ¡A buen entendedor...! Las observaciones de Mateo valen también para las autoridades cristianas. Los vv. 8 al 12 suponen que algunos no desdeñan entrar en la carrera de los honores; por eso había que recordar la enseñanza constante de Jesús en este terreno. En la comunidad cristiana, el más grande es el que sirve. Los títulos de "maestro", de "padre" y de "doctor", con la tentación de dominio que conllevan, deben estar proscritos, ya que para los cristianos no hay más que un solo maestro y doctor, Cristo, y un sólo hay un Padre, Dios. Aunque la comunidad no pueda prescindir de algún tipo de organización, aunque haya necesidad de un "orden", es con vistas a un servicio, a saber, la edificación, en la comunión, del Cuerpo de Cristo.

Esta vez, Jesús ataca de frente. Acusa abiertamente a los viñadores homicidas de la parábola, a los hijos pretenciosos. Los denuncia ante todo el pueblo: "¡Sepulcros blanqueados, guías ciegos, que decís y no hacéis!" Se ha declarado la guerra entre el que es el rostro de Dios y los fariseos, los escribas que se arrojan el derecho de hablar en nombre de Dios: "Decís y no hacéis!"

Ellos pensaban que se podía conseguir la salvación a fuerza de puños, hasta el punto de poder casi prescindir de Dios. Habían olvidado que sólo Dios justifica al hombre, por pura gracia. El hombre debe su salvación exclusivamente a la fidelidad de Dios, pues Dios nunca olvida su alianza: ¿quién lo puede imaginar como un contable que sopesa los méritos del hombre? No, Dios no es así. Los fariseos no han comprendido nada, cuando excluyen a los débiles, a los lisiados, a los ciegos, a los pecadores, en nombre de una multitud de preceptos insostenibles. Los fariseos acabaron excluyendo a Dios para aprisionar a los hombres en su sistema, a su servicio.

Entonces Jesús se yergue e increpa ásperamente. Jamás tolerará que los hombres se sirvan de Dios para hacer de él el instrumento de su política y la tapadera de sus maquinaciones.

El, que había derribado las mesas de los mercaderes en el Templo, derriba con más fuerza aún el autoritarismo de los traficantes de Dios: "¡No llaméis a nadie vuestro padre, porque uno solo es vuestro Padre: el del cielo!" Jesús se yergue también para que se respete a los hombres; derriba las pesadas cargas que abruman a los más débiles: "¡No os dejéis llamar maestro, porque uno es vuestro maestro, y todos vosotros sois hermanos!"... No tenéis más que un Maestro, Cristo. El mayor de vosotros será vuestro servidor. El que se ensalce será humillado!"...

¿Utopía soñadora? En la sociedad reina la ley de la jungla, la ley del embudo, la ley de los codazos. Para ser elegidos, los políticos se hacen pasar por mejores que los demás. Por otra parte, ¿cómo iban a ser elegidos sin pretenderlo?... Finalmente, la multitud necesita maestros que la dominen; por eso, ¿no sueña la palabra de Jesús como un sueño piadoso?

Sí, tendremos que seguir contemplando aún durante mucho tiempo a Jesús para captar la verdad de su palabra. "¡Vosotros no tenéis más que un solo Maestro!"... Un maestro que no se parece a los demás; prefiere a los débiles y la debilidad antes que a los poderosos y el poder. Tendremos que seguir dejando que el Espíritu actúe sobre nosotros para que nuestro corazón se vuelva semejante al del Señor: es él quien nos enseñará la auténtica humildad. Pues sólo Dios es verdaderamente humilde: él, Creador de todas las cosas, no apaga la mecha que sigue humeando, ni rompe la caña que se dobla bajo el peso de la espiga.

¡Por favor, hermanos, dejad de exhibir vuestras condecoraciones, no alarguéis los flecos de vuestros mantos, no hagáis la lista (aunque sea larga) de vuestros méritos (aunque sean reales)! Asistid a la escuela de Je-

sús y aprended de él la humildad, la verdad, con una buena dosis de humor, pues, cuando hayáis hecho lo imposible por Dios ¡seguiréis siendo servidores inútiles! No os toméis en serio a vosotros mismos, porque sólo seréis juzgados por el amor, el amor gratuito, el humilde servicio a los hombres.

El anciano apóstol Juan lo sabía bien. Desde el comienzo, veía como vivían las Iglesias, y, cuando se puso a escribir su evangelio, relató el lavatorio de los pies ¡exactamente en el lugar en el que los demás evangelistas habían relatado la institución de la eucaristía!...

"¡Yo, Maestro y Señor, os he dado ejemplo!"

*
**

**¡Un solo Dios y Padre!
Hemos nacido todos de un amor único,
y, sin embargo, cuántos problemas hay entre nosotros...
¡Señor, ten piedad de nosotros!**

**Un solo Maestro y Señor!
Sólo conocemos la libertad del amor,
y, sin embargo, cuánto orgullo y vanidad...
¡Cristo, ten piedad de nosotros!**

**¡Una sola fe, una misma esperanza!
Todos vivimos del mismo Evangelio,
y, sin embargo, cuántas palabras vanas...
¡Señor, ten piedad de nosotros!**

*
**

**Solo Tú, mereces el nombre de Padre:
¡bendito seas, Dios del universo!
Tú nos das a Jesús como maestro de vida:
que su obediencia sea para nosotros un modelo
y su misericordia, la fuerza que nos hace obrar.
Hasta el final fue tu servidor;
ya que hemos comulgado en su vida,
haz que encontremos nuestra alegría en la humildad:
ella será nuestra grandeza en la eternidad.**

Lunes de la vigésima primera semana

PALABRA DE VIDA

1 Tesalonicenses 1, 1-5,8b-10. *La primera carta a los Tesalonicenses es una misiva interesante por diversas razones. Es el documento más antiguo del Nuevo Testamento, fechado en el año 51, o sea, solamente unos veinte años después de la muerte de Jesús. La comunidad de Tesalónica, a la que va dirigida esta carta, fue la primera Iglesia fundada por Pablo en el continente europeo. Esta fundación fue, por otra parte, saboteada por la comunidad judía local. Pablo se dirige, pues, a una comunidad apenas formada, pero de la que ha recibido excelentes noticias.*

Los tres primeros capítulos consisten en una larga acción de gracias por la acogida que los tesalonicenses le dispensaron y por la acción de Dios, que se ha manifestado en el predicador. En efecto, para Pablo, el anuncio del Evangelio es una palabra de Dios, cuyo poder le turba. ¿No ha sido capaz esta palabra de Dios de convertir el corazón de los tesalonicenses, que abandonaron sus ídolos para "servir al Dios vivo y verdadero"? Pablo está convencido de que este poder, manifestado en su predicación, es idéntico a aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos.

El salmo 149 invita al pueblo elegido la alabanza.

Mateo 23, 13-22. *Siete maldiciones contra los escribas y los fariseos: esto parece inverosímil para cualquiera que conozca el alcance existencial de una maldición bíblica. En realidad, calificamos demasiado pronto de maldición lo que pertenece al terreno de la simple constatación. Aquí, Jesús comprueba la hipocresía de sus adversarios y, refiriéndose a ellos, exclama: "¡Ay!" (en hebreo: ouai). Evidentemente, el contexto del juicio está siempre presente: a la manera de los profetas del Antiguo Testamento, Jesús expresa, en forma de lamentaciones, su reprobación con respecto a los guías del pueblo.*

Con relación al texto de Lucas, el de Mateo es menos homogéneo, y la agrupación de las lamentaciones se ha realizado en torno a palabras-fórmula repetidas. ¿Cuáles son los reproches dirigidos a los escribas y a los fariseos? Han "cerrado a los hombres las puertas del Reino de los cielos", es decir, han creado obstáculos a la acción de Dios en la historia, negándose a reconocer en Jesús la clave de dicha historia. "Han condenado a la gehena a sus prosélitos", lo que significa que los han convertido a sus propias convicciones, más que a Dios. Han sido "guías ciegos", reemplazando la simplicidad de la Ley por la casuística, sobre todo por los juramentos. En una palabra, han deformado la Ley de Dios; han sido malos pastores.

¿Sabéis que las palabras y las lenguas mueren? No solamente las de otros tiempos, sino las que aún vacilan en nuestros labios, las que quisieran brotar de nuestros pechos. Esta muerte es tan vieja como el hombre, pero hoy, en nuestro mundo de derroche verbal, la palabra no deja de agonizar. Estamos día y noche despilfarrando palabras: radios encendidas que no se escuchan, música utilizada como: "fondo musical" en nuestros grandes almacenes, palabras huecas que no esperan respuesta... No dejamos de revolver las palabras, pero estas se desmoronan, porque ya nadie las cuida. Las palabras se venden y se compran: frases hábilmente calculadas por la engañosa publicidad, discursos extrañamente políticos de nuestros políticos parciales. Nuestras palabras mueren: ningún corazón las recrea con su sangre. "Las palabras son pájaros muertos" (Aragón). Las palabras no pueden vivir sin hombres. ¡La palabra es una joven viva! "En nuestro anuncio del Evangelio entre vosotros no hubo sólo palabras, sino además fuerza del Espíritu Santo". Pablo tenía motivos para sentirse maravillado: "¡Vuestra fe es activa, vuestra caridad se renueva sin cesar, vuestra esperanza se mantiene!" Su predicación en Tesalónica no había dejado de dar sus frutos: la palabra anunciada se había convertido en la palabra de los cristianos, el Evangelio se había hecho vida evangélica. Y es que la palabra sólo existe para suscitar una respuesta. De lo contrario, se queda en verbo vacío, en discurso y palabras huecas. La palabra es comunicación, relación, o no es nada. La palabra de Dios es un libro abierto, abierto a la vida y a la palabra que será nuestra respuesta. ¿Hay que desesperar? Nuestra fe es tan poco comprometida, nuestra oración tan "locuaz", nuestra escucha tan dispada... Sí, habría que desesperar, en efecto, si la palabra de Dios fuera semejante a nuestras palabras de hombres, repetidas, infieles, sin alma y sin carne. Pero Dios no lanza sus palabras al aire; sus palabras son creadoras: lo que dice, lo hace. "¡Dijo y fue hecho!" Palabra que es génesis, creación. El habla, y su palabra es acontecimiento; esa palabra de Dios vive, existe entre nosotros, entra en la historia: "el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros". La palabra de Dios no nos abandonará en tanto no se haya convertido en nuestra propia vida. Pues Dios no ha dicho nunca su última palabra. No nos queda ya más que dejar entrar en nosotros a esta palabra para que resuene en ecos insondables, no nos queda ya más que "debatirnos" con el Espíritu; no nos queda ya más que "resucitar a los pájaros".

**

**Tu Palabra se hizo carne, Dios y Padre nuestro:
por Jesús, tu Verbo eterno,
cumple tu palabra
y recreas la faz de la tierra.
Ya que hemos acogido tu promesa,
despliega en nosotros el poder del Evangelio,
hasta que llegue el día en que pronuncies
la última palabra sobre nuestra vida.**

SERVIR A LA PALABRA

1 Tesalonicenses 2,1-8. *Profundizando en los temas esbozados en el primer capítulo, el apóstol somete su apostolado al juicio de los tesalonicenses. Lo que debe convencerles es la etiqueta de autenticidad que siempre ha caracterizado su actitud: nunca ha predicado para agradar a los hombres. Por mucho que busquemos, no encontraremos en él astucia ni motivos interesados ni errores doctrinales; ni siquiera ha utilizado nunca su condición de apóstol para obtener ventaja alguna. En una palabra, Pablo no tiene nada en común con los filósofos itinerantes a los que los tesalonicenses están habituados. Su predicación se ha desarrollado bajo el signo del amor más puro; y todavía hoy está dispuesto a dar su vida por los que han puesto en él su confianza.*

Si hiciera falta una prueba más de la sinceridad de Pablo, Dios mismo la daría.

El salmo 138 es una queja, pero la liturgia ha conservado los versículos que alaban la omnisciencia divina.

Mateo 23,23-26. *Pagan el diezmo de la menta, del anís y del comino, pero descuidan lo más importante de la ley: el derecho, la compasión y la sinceridad. Purifican por fuera el vaso y el plato, mientras que por dentro siguen llenos de rapiña y ambición. Son guías ciegos: observan los preceptos más secundarios, pero olvidan lo esencial y acaban por engañarse sí mismos. Son verdaderamente desgraciados.*

**

"Para confiarnos su Evangelio, Dios nos ha puesto a prueba". En otros momentos, Pablo describe lo que ha tenido que soportar por el servicio del Evangelio. El discípulo no es más grande que su Maestro y la vida de la misión es también un camino de cruz. ¿Cómo extrañarse entonces de las aparentes contradicciones que provoca en nosotros la entrega al servicio de la Palabra?

No dominamos lo que tenemos que comunicar y, sin embargo, hay que hablar. Esa palabra no está nunca disponible, y nos vemos siempre superados, desbordados por su sobreabundancia; pero sabemos también que esa palabra sólo nace cuando surge de lo más profundo de nosotros, cuando adquieren de nuevo vida en nosotros las palabras pronunciadas en otros tiempos por otros creyentes. Hemos vivido la experiencia de una palabra que vale para todos los tiempos, pero que se encuentra en palabras enunciadas antaño, y nos preguntamos: ¿cómo incluirla entre las palabras de hoy sin que deje de ser ella misma?

La prueba del servicio de la Palabra reside en primer lugar en esas aparentes contradicciones nacidas del misterio de una Palabra que se pone en nuestros labios y se desliza entre nuestras palabras: es nuestra sin venir de nosotros. Y nace de una dolorosa necesidad: ¿cómo comunicar lo que hemos recibido? La Palabra, en el fondo de nosotros, nos convoca: ¡di lo que has oído, lo que has vivido! Pero no puede brotar en los demás si no es en la libertad plena del corazón. Mi palabra, nacida de la exigencia que se ha apoderado de mí, debe morir para que la Palabra del Otro pueda nacer. Frente a tal responsabilidad, el temor y el temblor nos sobrecogen, pero tampoco podemos hacer callar a la voz que nos trabaja por dentro...

Servir a la Palabra... quizá no consiste en otra cosa que en dejar que la Palabra llegue a nuestra vida y la desborde. De nuevo Jesús confía en nuestra debilidad para que transmitamos el Evangelio al mundo entero.

**

**Dios de la Palabra y de los profetas,
te bendecimos,
porque nos has confiado tu palabra,
velo que se levanta sobre el secreto y el misterio.**

**Acuérdate de nosotros,
que nos vemos enfrentados
a las contradicciones de tu Reino:
haz que tu Espíritu sea nuestra fuerza en la prueba,
tu fidelidad nuestra seguridad en la duda,
tu paciencia nuestra misericordia en el pecado.**

Miércoles de la vigésima primera semana

EL NIÑO HABLARA

1 Tesalonicenses 2,9-13. *Pablo prosigue su alegato insistiendo en la forma desinteresada con que ha llevado a cabo su misión apostólica. No quiso ser gravoso a los tesalonicenses mientras les anunciaba la palabra de Dios. Este es un punto en el que le gusta insistir, llegando incluso a observar que ha preferido trabajar con sus propias manos (cfr. Hch 18,3). Sin embargo, el apóstol no ha hecho nunca de esta conducta una regla de vida, y en la propia Tesalónica, ha aceptado en ocasiones la ayuda material de los filipenses.*

Pero lo que reconforta el corazón de Pablo y constituye el motivo fundamental de su acción de gracias es la acogida que los tesalonicenses han dispensado a su predicación: la han recibido como lo que realmente es: como palabra de Dios. Han reconocido en Pablo a un auténtico hombre de Dios. ¿No estaba dispuesto a dar su vida por ellos, siendo a la vez padre abnegado y madre llena de dulzura?

La continuación del salmo 138 vuelve a someter el apostolado de Pablo al juicio de aquel que puede sondear las entrañas y los corazones.

Mateo 23, 27-32. *Se hacen ilusiones sobre sí mismos y, lo que es más grave, su apariencia engaña a los demás. Un ejemplo entre otros: como Poncio Pilatos, se lavan las manos manchadas con la sangre de los profetas asesinados por sus antepasados, mientras se preparan a hacer cualquier cosa para desembarazarse de Jesús.*

Sin embargo, nada está perdido. A la manera de los profetas, Jesús deja abierto un agujero de esperanza. Al terminar su discurso, anunciará a los escribas y a los fariseos la caducidad de la religión judía ("Vuestra casa quedará desierta"), pero añadirá a continuación: "hasta que digáis: Bendito el que viene en nombre del Señor" (vv. 38-39).

**

A poco de salir del seno materno, el ser humano intenta salir de sí mismo para entrar en relación con los que le rodean. Y trata de hacerlo a través de gestos infinitamente conmovedores: el primer llanto, la primera sonrisa, luego, un día, las primeras palabras. Pero esta "toma de la palabra" que le hace nacer a la vida no sería posible si su tentativa no hubiera ido precedida de unas palabras que la han engendrado. Contrariamente a lo que parece, la primera palabra del ser humano no es una llamada: su primer "papá-mamá" es una respuesta. Durante meses, sus padres le han dirigido palabras que aparentemente caían en el vacío. ¿Palabras inútiles?

El discurso escatológico (caps. 24-25)

Ciertamente, no: palabras que llaman, que suscitan, que permiten al niño existir. Amado antes de que él sea capaz de amar, fecundado por palabras de ternura antes de que sepa hablar, el pequeño no tardará en devolver la palabra a los que le han amado primero.

"Sabéis perfectamente que tratábamos con cada uno de vosotros personalmente, como un padre con sus hijos, animando con tono suave o enérgico a vivir como se merece Dios." El Apóstol ha anunciado la Palabra a tiempo y a destiempo, y he aquí que la palabra, dicha y repetida en medio de la prueba y el sufrimiento, da su fruto: la Iglesia ha nacido en Tesalónica, y los cristianos toman la palabra a su vez. Responden a la iniciativa de Dios, que ha hablado primero. Acoger la Palabra será siempre una respuesta a una deferencia, una obediencia a una llamada. El mundo, como el niño, necesita una palabra para vivir. Pero no una palabra cualquiera: el niño no podrá hablar si las palabras que ha oído no vienen del corazón. El hombre tiene necesidad de una palabra en la que pueda reconocerse. No una doctrina venida de arriba, sino una palabra que surja de su propia historia. Los antiguos sabían perfectamente que, cuando hablaban de la palabra, pensaban menos en las palabras que los labios pueden pronunciar que en los acontecimientos de la vida que son fuente de aprendizaje para quien sabe descifrarlos. El niño sólo podrá repetir lo que haya conmovido su corazón. El creyente podrá responder a la palabra que Dios le ha dado, porque habrá sido presa de la pasión de su Señor.

Sólo hay palabra en el intercambio y la comunión. La misma palabra en hebreo significa "obedecer" y "escuchar"; y en griego, "obediencia" se dice literalmente "ponerse bajo la palabra". Cuando alguien me interpela, me hace existir. El niño grita "mamá", y la mujer que lo oye es llamada a ser madre; un hombre pronuncia su nombre, y ella se sabe llamada a ser esposa...

"Al recibir la palabra de Dios que os predicamos, la acogisteis no como palabra de hombre, sino cual es en verdad, como palabra de Dios": la alegría de los padres, consiste en oír un día a su hijo balbucear las palabras que ellos le han enseñado; ¡ésa es también la alegría de Dios!

**

**Dios y Padre nuestro,
hemos acogido tu Palabra
como lo que es:
alianza que suscita la fe,
promesa que engendra la esperanza,
misericordia que alimenta la caridad.
Haz que ella actúe en nosotros, los creyentes,
lo mismo hoy que mañana,
y que produzca un fruto eterno.**

El Reino ha venido a nosotros en la persona de Jesús; en torno al Mesías se han agrupado los creyentes, tímido esbozo de la Iglesia. La Palabra, inaugurada con las bienaventuranzas, ha dado su fruto; y ya puede volver a Dios. Una Palabra, un pueblo... Antes de pasar adelante, conviene subrayar hasta qué punto el evangelio de Mateo es fiel al pensamiento bíblico. En efecto, el pueblo judío se ha considerado siempre como engendrado por la bendición divina otorgada a Abraham; nació en el Sinaí cuando, en medio de la tormenta, una palabra lo convocó a la Alianza. Igualmente la Iglesia, nueva Israel, tiene conciencia de ser llamada por la palabra de Jesús.

Pero Jesús ha llegado al final de su misión. Ha sonado la hora de hacer balance y de plantearse interrogantes. Para la Iglesia, es también hora de preguntarse en base a qué testimonio ha sido establecida. El discurso escatológico no expresa sólo el sentido de la pasión de Jesús; revela también el de la existencia humana. Articulado en los capítulos 24 y 25, habla del fin de los tiempos y del advenimiento definitivo del Reino, a cuya luz será juzgada la opción que los hombres hayan tomado. De este discurso, el leccionario no ha retenido más que dos parábolas, la de las vírgenes necias y las vírgenes prudentes y la de los talentos. En ambas se hace referencia a un tema idéntico, el de la vigilancia, que es otra manera de expresar la actualidad del Reino.

GERENCIA

1 Tesalonicenses 3, 7-13. *Pablo había deseado ardientemente volver a reunirse con la comunidad de Tesalónica, que había tenido que abandonar precipitadamente, pero las circunstancias se lo habían impedido. Afortunadamente, Timoteo, enviado en misión, había traído excelentes noticias, y el apóstol, cuya emoción sigue viva, se siente revivir. A pesar de los obstáculos, sus cristianos de Europa han resistido firmes.*

Tres deseos alimentan ahora su oración: le gustaría volver a Tesalónica y encontrar a los hermanos firmemente afianzados en el amor a Dios y en la santidad; y espera que la chispa de la fe se haya convertido ya en una gran llama, alegre y calurosa. De este modo, los cristianos estarán dispuestos a encontrarse con su Señor.

El salmo 89 es una queja nacional, pero los reproches no hablan de ningún desastre debido a la guerra o al hambre, sino que deploran la fragilidad humana. Por eso se apela a Yahvé: ¡que su gloria se refleje sobre quienes le aman!

Mateo 24, 42-51. *El discurso escatológico, que concluye con una solemne apelación a la vigilancia, explicitada en varias parábolas, ha ilustrado dos acontecimientos: por una parte, la ruina del templo, es decir, el rechazo de las instituciones judías; por otra, el retorno del Señor al final de los tiempos. La parábola del ladrón debe leerse a dos niveles: en primer lugar, al nivel del Jesús histórico, convencido de que a su muerte sonaría la señal de la catástrofe final, a la cual corrían el riesgo de ser arrastrados sus discípulos; y en segundo lugar, al nivel de la Iglesia, preocupada por el retraso de la parusía y por el peligro de adormecimiento que de ello se derivaba para sus responsables.*

La parábola del criado se dirige también a los responsables de la Iglesia. ¿Acaso la comunidad mateana sufrió en algún momento la negligencia o infidelidad de sus responsables? En todo caso, la parábola subraya enérgicamente las obligaciones de aquellos a quien se ha confiado el cuidado de la "casa". El Señor vendrá sin avisar: tampoco los jefes de Israel esperaban que, en la mañana de Pascua, Jesús fuera a atravesar los muros de su sepulcro.

*

**

"A la hora en que menos penséis viene el Hijo del hombre" ¿Va a ser Jesús como ese amo sádico que se esconde detrás de la puerta para pillar en falta al servidor que abusa de su puesto? ¿Va a ausentarse a propósito para volver inesperadamente y encontrar a su criado? ¿Va a presentarse sin motivo, con el único objeto de juzgar y castigar?

La insistencia de Jesús se centra en estas dos sílabas, que suenan como un trallazo: "¡Velad!" "¡Velad!". No os dejéis invadir por ese entumecimiento que paraliza los reflejos de la atención, que aminora las razones para vivir y disimula la seriedad de la existencia. ¡Velad! Trabajad, cueste lo que cueste: cuando la noche es larga y parece que no avanza, es cuando hay que apresurar la llegada del día. En traje de faena, haced fructificar vuestro tesoro, atentos al menor signo de esperanza.

"¡Velad!" Es decir, denunciad a los mercaderes de ilusiones, a todos los que os adormecen y os hechizan. Sed servidores atentos al regreso del Amo. Que os encuentre vigilantes en vuestro trabajo, apasionados por su palabra. "¡Velad!" ¡Pero no os dejéis invadir por el miedo!

¿Cuántas veces no se ha convertido la vigilancia en un mecanismo de defensa? Ya no hay lugar para lo inesperado; el día de la visita, olvidamos al amigo que viene y no pensamos más que en todo lo que nos queda por hacer... Nadie puede acercarse a nuestros muros, demasiado bien protegidos; ya no conocemos la alegría de la sorpresa o de una noticia inesperada, pues ningún mensaje puede llegar a nosotros si no ha sido identificado con antelación. ¡Ignorad, pues, vuestras consignas de seguridad y echad, de vez en cuando, un vistazo afuera para contemplar el primer rayo de la aurora en el horizonte!

El Amo de la casa se ha ido. Velad, no dejéis que la noche y la larga espera acaben con vuestra esperanza. El que viene os sorprenderá en pleno trabajo. Vendrá cuando aún queden muchas cosas por hacer, pero ¡dichosos vosotros, porque en el día que amanece podréis reconocer algo de lo que con tanta paciencia habréis construido! No temáis la vuelta del Amo, pues su Espíritu os ha mantenido en la vela: ¡ya es él quien dirige vuestra vida!

**

¡Dichosos nosotros si nos encontras vigilando!

**Señor, reanima nuestra fe
para el día en que tú vengas.**

**¿Qué sería de nosotros
si nos dominase el sueño?**

**Haz que seamos fieles a tu servicio
por la salvación de nuestros hermanos
y para alegría tuya por los siglos de los siglos.**

MANTENER

1 Tesalonicenses 4, 1-8. *Después de la acción de gracias viene la exhortación, como en las demás epístolas paulinas. Pablo comienza un nuevo párrafo, exactamente igual que la llamada del Señor ha abierto una brecha en la vida de los tesalonicenses. Con la ayuda de Dios, no deberán cesar en su avance.*

Pablo aborda ahora de frente algunas realidades propias de las comunidades provenientes del paganismo. Es conocida, en efecto, la vida licenciosa habitual de las ciudades paganas; por eso el apóstol quiere mostrarse realista. Por muy esforzados que sean sus tesalonicenses, han sido convertidos muy recientemente; por eso se sentirán tentados, al menor descuido, a volver a sus antiguas costumbres. Sin embargo, sigue discutiéndose si lo que aquí les recomienda es el dominio del propio cuerpo o si quiere llamar su atención sobre la importancia que tiene para el cristiano elegir bien a su esposa. Lo cual, por lo demás, importa poco, pues lo que cuenta, en definitiva, es hacer todo en "en espíritu de santidad y de respeto". Esta es la voluntad del Señor.

El salmo 96 es, ante todo, un poema teofánico que expresa la majestad y de la grandeza de Yahvé. Es una llamada a la santidad.

Mateo 25, 1-13. Sucede con el Reino como con una boda. Frecuente en la Biblia, esta comparación expresa la alianza de Dios con su pueblo. Pero, hoy, el Esposo es el Hijo amado, y la Esposa la Iglesia. Diez jóvenes doncellas simbolizan la espera de la comunidad cristiana.

Son diez y llevan cada una su lámpara, antorchas impregnadas de aceite para danzar en las bodas del Esposo. El signo del aceite es particularmente sugerente. En el judaísmo, significaba a la vez las buenas obras y la alegría de la acogida; en la parábola, da la medida del amor de las que velan. En efecto, si el Esposo despide a las jóvenes que no fueron previsoras, no es tanto por su retraso como porque tuvieron que recurrir a los mercaderes para renovar su provisión. ¡Pobre amor, el que ha sido descubierto en el fondo de una tienda!

El amor es una vigilancia cotidiana. El número diez lo expresa perfectamente, ya que simboliza la acción humana (los diez dedos de las manos). Ahora bien, es en la vida cotidiana donde se acerca el Esposo, a los hombres que trabajan en el campo (24,40) y a las mujeres que se afanan en el molino (24. 41). Pero viene también en medio de la noche: la noche de los tiempos escatológicos, la de Pascua, que ha visto el despertar del primogénito.

Avispado o estúpido: este tema vuelve sin cesar en la Biblia, y, al concluir el sermón de la montaña, Mateo había dado ya el ejemplo del hombre que construye sobre roca y sobre arena.

**

¿Cómo es posible que se ponga semejante actitud como ejemplo? Recuérdese que aquellas jóvenes doncellas no adoptan una postura precisamente "evangélica". ¡Se niegan a compartir! Y además, ¿de qué se queja el novio? Llega en medio de la noche, sin avisar, sin haber concertado previamente una cita! Podemos entender perfectamente que todas las jóvenes se quedaran dormidas... "El Reino de Dios es semejante a ..." La parábola toma siempre un giro insólito para descubrir un sentido, provocar una escucha, suscitar una "revelación". Estamos con Dios, y Dios quiere desvelar su rostro. Un novio, una boda; sí, se trata sin duda de amor. ¿Quiénes son esas mujeres previsoras, sino los cristianos que se dedican realmente a amar? La llama de su lámpara es delicada y frágil como la ternura; sólo el amor puede hacerla brotar, y hacen falta muchos cuidados para mantenerla. El drama de las jóvenes despreocupadas es que ignoran que el amor requiere una constante vigilancia. Ellas, en cambio, dejan que se apague la llama y luego tienen que ir corriendo a la tienda para comprar aceite ¡Como si se pudiera comprar el amor! El amor vive en el corazón, no en la tienda: ¡pobres imprudentes, vuestro amor era un amor falsificado!

"Velad"... Una palabra cargada de ternura y de compromiso de todo el ser, la otra palabra del amor. Una madre vela a su hijo, atenta en todo momento a aliviar su sufrimiento, dispuesta a todo lo que pueda suceder. Una lámpara encendida: alguien vela a la espera de un retorno tardío. Ante determinados acontecimientos, los hombres se reúnen para formar un comité de vigilancia y actuar cuando sea preciso...

"Velad y conservad encendida vuestra lámpara!" Mantened despierta vuestra fe alimentando sin cesar vuestra lámpara; haced saber a la noche que no vencerá con sus argucias de muerte: vuestro amor está al acecho y no será nunca cogido en falta. Con vuestra lámpara en la mano, accederéis a compartir la intimidad misma de Dios. Velar no consiste sólo en no quedarse dormido, sino más bien en prever, en estar atento al menor signo que anuncie la llegada, en mantener viva la esperanza.

Dios no se cansa de velar por su Iglesia, sino que la mantiene en el mundo como una señal. Una señal que sostiene la esperanza y que quiere decir: la noche tiene un fin, no dejéis que el tiempo transcurra y se enrosque sobre sí mismo. La historia conduce a un término, y la Iglesia tiene la vocación de mantener la luz que, sobre candelabro, alumbrará la casa de los hombres.

¡Oh Dios, impaciencia nuestra,
qué bueno es cantar tu nombre a lo largo de las noches,
qué bueno es cantar tu amor por la mañana!

Despierta nuestros corazones al fuego de tu Espíritu,
haz que estemos vigilantes
cuando venga a nuestro encuentro el Esposo
y la fiesta de la Alianza.
Que la noche no prevalezca
sobre aquellos a quienes tú has creado
para esa mañana en que renace la vida
después de la tiniebla de la tumba.



Un poco de pan en nuestra mesa
nos habla de la alegría de su retorno:
"¡Ya llega el Esposo!"...
Ya está con nosotros el anhelado de nuestro corazón,
que abre las puertas de la sala del festín de par en par.

Un grito ha resonado en medio de la noche:
"¡Venid a su encuentro!",
canto de aurora infinita,
himno de una mañana
en la que el vino nuevo desborda
las copas de la fiesta.

Dios, Padre de los hombres,
llénanos con tu Espíritu
y mantén encendidas nuestras lámparas
de alegría y esperanza.
Que tu Iglesia no deje de buscar
al que su corazón ama.
Vela tú mismo por aquellos que tienen la misión
de mantenerla vigilante.

¡Bendito seas,
Dios de los primeros atardeceres y de las mañanas nuevas,
hasta el día en que te bendigamos sin fin
en Jesús, tu luz y nuestra esperanza!

Sábado de la vigésima primera semana

ARRIESGAR

1 Tesalonicenses 4,9-11. *El amor fraterno es el segundo problema sobre el que Pablo quiere llamar nuestra atención. Da dos consignas: primero, hay que trabajar con las propias manos, lo cual debía de repugnar a los paganos, acostumbrados a dejar el trabajo manual para los esclavos; en segundo lugar, hay que conservar la calma (posiblemente, esta última consigna hace alusión a la espera impaciente de la parusía, que era muy grande en Tesalónica).*

El salmo 97 nos invita a la alabanza; sin embargo, los dos últimos versículos contienen elementos teofánicos, honrando así la espera de los tesalonicenses.

Mateo 25 14-30. *El amo va a ausentarse largo tiempo. La duración de su viaje contradice, pues, la creencia en un regreso inminente del Señor. Pero ¿qué sentido tiene el tiempo de esta ausencia? ¿Qué significa el tiempo de la Iglesia, entre la venida primera de Cristo y su retorno glorioso?*

La petición de cuentas por parte del amo constituye el punto clave de la parábola. Los dos primeros servidores dan prueba de una fidelidad creativa: han aprovechado la ausencia del amo para producir un fruto abundante; han asumido sus responsabilidades, y el amo les confía otras nuevas.

El tercer servidor, sin embargo, prefiere enterrar su talento; a los ojos de la Ley, se veía así libre de toda responsabilidad. Sin embargo, cae sobre él la cólera del amo. ¿Acaso Dios se va a mostrar injusto, exigiendo más de lo que da? ¿No es más bien la estupidez del criado lo que se quiere resaltar aquí, ya que ha olvidado que el amor tiende siempre al riesgo y al infinito? No ha querido arriesgar los bienes que se le habían confiado; dicho de otro modo, no se ha dejado habitar por la locura de Dios. Por eso se le quitará el Reino y le será dado a otros.

La parábola remite a cada hombre a su verdad. El tiempo de la Iglesia, el tiempo de la vigilancia, es el espacio de libertad que se da a cada hombre para que asuma sus responsabilidades.

Había enterrado su talento: se preservaba del futuro, no arriesgaba nada. El dinero no era suyo; así pues, era mejor tener cuidado y ser prudente. Si, al arriesgarlo, llegaba a perderlo, ¿cómo iba a poder devolverlo luego? Imagínese: ¡la bonita suma de 6.000 francos-oro!

¿Es acaso esta parábola un resumen de política económica en horas de inflación y de crisis? No se piense que quiera poner en evidencia nuestras dotes naturales (inteligencia, fuerza, valor, espíritu de empresa). Nada de eso. La parábola habla exclusivamente del Reino y de Dios; levanta el velo que oculta nuestra relación con Dios a través de nuestra historia humana.

El Amo ha salido de viaje: la comunidad de los primeros cristianos descubre que está huérfana; Cristo se ha ido y ha confiado la suerte del Reino a sus discípulos. ¡Resulta que ahora somos responsables! ¿Qué hemos hecho de la Palabra?

Los escribas y los doctores de la Ley sabían muy bien que se les había confiado un depósito precioso. Jesús les reprocha el haber enterrado la Palabra que tenía que germinar y dar frutos de vida. "¿Qué habéis hecho de la Palabra...?" Esta pregunta, dirigida a los escribas, nos remite, como un eco, al Evangelio: "Y vosotros, ¿qué hacéis?" Pues hay mil maneras de hacer morir la Palabra y de enterrarla. El dinero improductivo pierde pronto su valor. Si se entierran, pues, el amor y la gracia, ¿qué será de ellos? ¡Están hechos para ser intercambiados! Si enterramos a Jesús, ¿cómo va a seguir siendo el Cristo vivo?

Hay que transmitir y hacer fructificar, desde luego... pero para hacer memoria, que es algo muy distinto de enterrar. Nuestra fidelidad nada tiene que ver con la buena conservación de un patrimonio. ¡Si la Iglesia no se atreve a arriesgar su herencia en la ciudad de los hombres, ya lo ha perdido todo! Nuestra fidelidad no se reduce a velar a los muertos y a abundar en recuerdos. Es algo totalmente distinto de un mecanismo bien engrasado de la memoria; es fidelidad a una palabra viva, es un riesgo ¡No hay más fidelidad que la que se mantiene en pie!

¿Qué hacéis con la Palabra? La Iglesia es infiel cuando la esconde bajo el peso de las costumbres, de los hábitos cotidianos, bajo una minucia exagerada o un control excesivo y estéril. La Palabra sólo existe verdaderamente cuando es proferida, siempre renovada.

La Iglesia es infiel cuando la Palabra deja de ser un grito, un deseo que hace brotar la vida; cuando la interrogante es yugulada so pretexto de que es inconveniente, cuando la búsqueda se ve entorpecida porque es aleatoria, cuando el temor nos paraliza en lugar de buscar las leyes nuevas del Evangelio, cuando la justicia y el amor, la verdad, la reconciliación y la paz no pasan de ser palabras sin alma.

Hay que arriesgar, pues Reino está contenido todo él en las semillas, y éstas tienen siempre el sabor del riesgo y la aventura, el sabor de la vi-

da. La Iglesia no ha recibido más que un talento, y su herencia tiene por nombre "Jesús", Jesús viviente. "Viviente" es —¿lo habéis observado bien?— un participio presente: ¡la fe se conjuga siempre en activa!

**

**Tú nos confías, Señor,
el cuerpo y la sangre de tu Hijo.
Háznos conocer la dicha
de trabajar en su nombre
a lo largo de nuestra vida,
hasta que llegue el Día en que nos digas:
"¡Entra en la alegría del Señor!"
por los siglos de los siglos.**

**

**Roguemos, con las manos ya tendidas para hacer realidad
lo que el Señor nos pide.**

**Para que la Iglesia de Cristo no se duerma jamás
en una fidelidad sin alma ni aliento;
para que el sea signo de Dios
que no deja de inventar la vida,
roguemos al Señor.**

**Para que quienes llevan el nombre de Cristo
den testimonio en medio del mundo
de las mil facetas de la gracia,
roguemos al Señor.**

**Evoquemos con agradecimiento todos aquellos
que construyeron nuestro pasado
asumiendo los riesgos del futuro.
¡Que su audacia nos sirva de ejemplo!**

**Para que la mediocridad de los unos
no haga decaer la voluntad de los otros,
sigamos rogando al Señor.**

**Ya que has hecho de nosotros, Señor,
hijos de la luz,
no dejes de estimular nuestra audacia:
Que venga a nosotros tu Día
a través del trabajo de nuestras manos,
pues Tú eres nuestro futuro.**

AÑOS PARES

Tiempo ordinario

Semanas 10-21

Evangelio según San Mateo.

La crónica de los reyes

Los profetas	Amós
	Oseas
	Isaías
	Miqueas
	Jeremías
	Nahum
Ezequiel	

2ª Carta a los tesalonicenses

1ª Carta a los Corintios (principio)

Paralelamente al Evangelio según San Mateo, el leccionario nos ofrece, para los años pares, un amplio fresco de la historia de Israel, desde el profeta Elías hasta los primeros días del cisma entre norte y sur, hasta el exilio en Babilonia. Los profetas, de los que leemos numerosos fragmentos, son contemporáneos de estos hechos: los han comentado, los han vivido, y a menudo han sido sus primeras víctimas.

¿Qué relación hay entre el Evangelio y esta historia, a menudo muy prosaica? ¿Acaso dicha relación viene directamente de la noción de "reino", tan importante en el mensaje de Jesús? Con él, "el Reino de Dios está próximo". Pero, precisamente, ¿quiénes, sino los reyes de Israel, tenían la responsabilidad en primera instancia de este reino divino? La misión real, hecha de preocupación por los pobres y de mantenimiento de la unidad religiosa en el seno de la nación, ha sido escarnecida por los reyes. Sólo alguno de ellos ha sido bien visto por los escritores bíblicos y los profetas. La lectura histórica que nos propone la Biblia no es una crónica de acontecimientos, y menos aún una apología del poder: es, tanto en el plano de la narración como en el de la reacción profética, una crítica de la realidad a partir del ideal de Israel. Un ideal que Jesús adoptará también, pero sobre otras bases.

Por eso el conjunto de estas semanas litúrgicas podría titularse, sin forzar a los textos, "De un reino a otro", o más enérgicamente: "Del reino pervertido al Reino de Dios".

DEL LUNES DE LA DÉCIMA SEMANA
AL SÁBADO DE LA DUODÉCIMA.

LOS DOS REINOS

¿No era el monte Sión el polo del mundo, ciudadela altiva y bella (salmo 47), no estaba asentada la casa de David sobre la roca? ¿No había elegido el Señor a Sión (salmo 131) y prometido a David una alianza eterna (salmo 88)? ¿Por qué entonces la historia de la casa de David termina miserablemente a orillas de los ríos de Babilonia, "donde llorábamos, acordándonos de Sión" (salmo 136)? De la ciudad santa no queda ya más que un montón de ruinas, y el sucesor del gran rey está encadenado, en el exilio, con los ojos saltados, como el más vil de los esclavos... Sedecías, ¡un fantoche!

Apenas ha muerto Salomón, hijo de David, cuando el Reino ya está escindido: se enfrentan el norte y el sur, Samaria y Jerusalén, Israel y Judá. Pero a uno y otro lado de esta línea de demarcación, reina la impiedad, y se menosprecia la Alianza. En vano el ardor celoso de Elías por Yahvé persigue al rey Ajab; en vano el profeta Zacarías es lapidado, como inocente holocausto, entre el atrio y el altar, por el impío Joás; en vano, incluso, se vuelve a la obediencia con el redescubrimiento del Libro de la Alianza bajo Josías; todo en vano... Bajo los golpes de Asiria al norte, y de Nabucodonosor en Judá, no quedará nada de la herencia davídica. Nada más que lamentaciones: "Están postrados en tierra, silenciosos, los Ancianos de Sión!" Ya no hay Reino de Dios... Nada, sólo un "pequeño resto", una semilla, una esperanza que promete Isaías y, con él, los profetas que han vivido el exilio como una reconversión del pueblo elegido. ¡Un pequeño resto, un pueblo de pobres, un reino sin corona! Con Jesús, ese Reino se acercó, pero ya se anunciaba con los pobres de la antigua Alianza, maltratados sin cesar por los reyes: Nabot, la viuda de Sarepta y otros. "¡Bienaventurados vosotros, los pobres!", proclamará el nuevo rey, que no fue más que un servidor y que tomó sobre sí el sufrimiento de los hombres. La constitución que promulga en la montaña es una alianza con el corazón del hombre, una promoción de la humildad y de la sinceridad. "¡Los que cumplen la voluntad de mi Padre, éstos son los hijos del Reino!"

¿Nuevo Elías? Eso han dicho algunos. ¿Nuevo Moisés? Con él renace Israel, pero será un pueblo sin más ciudadela que su fe, sin más seguridad que sólo Dios. Como un nuevo David, nos conmina a construir su casa sobre la roca y a ofrecer a Dios el culto del corazón: "¡Ve primero a reconciliarte con tu hermano!" Coloca sus tesoros directamente en los cielos, para que no tengamos nada que temer de los ladrones y de los ejércitos enemigos. En este Cristo-Rey se cumple la Ley, pero es una ley interior, cuya primera y última palabra es el amor. No busca su reino, sino el del Padre, y sólo el del Padre.

AL HILO DE LA HISTORIA BIBLICA

Con 1 Re 17 y el ciclo de Elías da comienzo la historia de la gesta profética. Para ayudar a su comprensión incluimos algunos datos cronológicos e históricos.

- David reina de 1010 a 970 aproximadamente, y la toma de Jerusalén se sitúa en torno al año 1000; Salomón es rey de Judá y de Israel desde el 972, aprox., al 933. El templo se construyó en el año 4 de su reinado.
- A la muerte de Salomón, su herencia se divide como consecuencia de las torpezas políticas de Roboán. El Norte y el Sur conocerán en adelante una historia independiente.

NORTE-ISRAEL (EFRAIN)

- Jeroboam I funda el reino del Norte, instalado en Tirsa.
- Omri (886-875) instala la capital en Samaría.
- Su sucesor es Ajab (875-853), que se casó con Jezabel de Tiro.
 - Profeta Elías
 - Profeta Eliseo (hasta +/- 800)
- Jeroboam II de Israel (787-747)
 - Profeta Amós (hacia 750)
 - Profeta Oseas
- En el 737, Menahen paga tributo a Asiria, bajo el reinado de Tiglat-Pileser III.
- Pecaj firma una alianza con Damasco contra el reino del sur (guerra sirio-efrainita); una parte del reino es anexionada por Asiria.
- 722-721: Toma de Samaría y deportación. Fin del reino.

SUR (JUDA)

Capital: Jerusalén

- 740: vocación del profeta Isaías.
- Ajaz pide ayuda a Asiria y paga tributo: **Isaías denuncia la amenaza de vasallaje** (oráculo del Emmanuel).
 - Profeta Miqueas.
- Ezequías fortifica Jerusalén, pero el asirio Senaquerib ataca a Judá, y Ezequías tiene que pagar tributo. Isaías continúa su actividad.
- Josías: rechazo de Asiria, reforma religiosa (Deuteronomio); muere en el 609 en un enfrentamiento con el faraón Nekó.

Profeta Jeremías.

- A Josías le sucede su hijo Joacaz, que reinó tres meses, siendo derrocado por el mismo faraón Nekó.
- Le sucede su hermano Yoyaquim (609-598), y luego su sobrino Joaquín (Jeconías) (598-597).
- En este momento, el Próximo Oriente es controlado por el babilonio Nabucodonosor, que venció en el año 606 en la batalla de Kar-kémis, contra una coalición egipcio-asiria.
- Nabucodonosor sitia Jerusalén; primera deportación de la población, incluidos el profeta Ezequiel y el rey Joaquín. Reinado de Sedecías, último rey de Judá, hijo de Josías y tío del precedente (597-587). Jeremías prosigue su actividad bajo el reinado de estos reyes.
 - Ezequiel comienza la suya hacia el 593.
- 588: asedio de Jerusalén, que es tomada en julio-agosto del 587; destrucción del templo y segunda deportación de la población.

LAS BIENAVENTURANZAS, PROCLAMACION REAL

"¡Arrepentíos, porque está cerca el reino de los cielos!" (Mt 4,17). El sermón de la montaña suena como un comunicado gubernamental en tiempos de crisis. Se propone en él una reconversión, un restablecimiento de la carta fundamental del Reino. Pero ¿quiénes son los elegidos del pueblo? Ante Jesús, hombres y mujeres sin importancia, de quienes no se espera que se sienten un día en los bancos de la corte real, gentes sencillas en las que no confiaría nadie para emprender una reconversión económica o política. Hay que ser Jesucristo para comenzar su reinado apoyándose en ellos...

Entre ellos, los hay que lloran, porque han sido golpeados por el dolor. Otros pertenecen al grupo de los que, en tono de conmiseración, son llamados dulces, misericordiosos... Algunos parecen quizá más interesados por la renovación de la sociedad: tienen hambre y sed de justicia, pero han optado por las soluciones pacíficas, quieren la paz y no el conflicto... Una cosa es cierta: todos están aquí con lo que Jesús llama "un corazón pobre", una disponibilidad total, una confianza casi demasiado ingenua en el futuro, una especie de fe que no entiende de cálculos.

Jesús los mira; él ya sabe que los insultarán por su causa, que se dirá toda clase de maldades sobre ellos, que los perseguirán, como fueron perseguidos los profetas, desde el momento en que no se pliegan al orden establecido. Pero he aquí que el discurso del trono se transforma en felicitaciones, en bienaventuranzas y en palabras de aliento. El rey está en las antípodas de esos políticos que sólo tienen en los labios palabras pesimistas o inconscientes; toma en sus manos a esos pobres que están con él y los pone en pie para que afronten su tarea. Antes, incluso, de que hayan hecho nada, ¡los declara bienaventurados!

Ciertamente, llegará el momento en que habrá que precisar la tarea que les ha sido encomendada, y el sermón de la montaña subrayará sus exigencias fundamentales, pero, por el momento, el rey se dirige a su auditorio en medio de la alegría. ¡El Reino es suyo! El Reino es ofrecido como un don, como una gracia, y los pobres cumplirán nueva ley por fidelidad a esta gracia, no por su aptitud.

La conversión evangélica está contenida entera en esta pobreza y en esta alegría. A la medida de su deseo, los pobres recibirán la tierra prometida y la paz; nada podrá privarles de ellas si permanecen fieles a su pobreza. El Reino está en el corazón del hombre, y la alegría de los pobres es la de un corazón limpio que ya ve a Dios.

En la montaña, aquel día, unos hombres vieron a Dios. Vieron a un hombre que les decía: "¡Bienaventurados!" Y, como comprendieron que aquel hombre les hablaba al corazón, reconocieron desde el principio que hablaba en nombre de Dios.

**Te damos gracias,
Dios y Padre nuestro,
Señor del cielo y de la tierra,
porque en tu benevolencia,
has descubierto tu misterio
a los humildes y a los pobres.
No es a los poderosos imbuidos de sí mismos
a quienes prometes la tierra,
sino a los dulces y buenos para con sus hermanos.
A tu lado,
la pobreza es riqueza,
y el que te lo entrega todo, recibe tu Reino centuplicado.
La felicidad sustituye a las lágrimas,
y los corazones misericordiosos son transfigurados
porque se les da la paz como herencia.**

**Bendito seas, Padre
por tu Reino, tierra nueva,
y por Jesucristo, tu Hijo,
que vino a buscar y a salvar a los que estaban perdidos.
El invitó a seguirle
a los que arrastraban penosamente su carga;
él cargó con la cruz de todos ellos
y los condujo hasta el reposo.
Pero él, antes de gozar de ese reposo y de esa paz,
se hizo pobre, despojándose de todo,
y llevó su misericordia al extremo de perdonar
y entregar su vida por quienes lo entregaban.**

**Escucha nuestra oración:
haz que, siguiendo a Cristo,
nos hagamos también
sencillos y pacíficos.
Conserva a tu Iglesia en la dicha
del don que le has dado:
haz que prodigue generosamente sus riquezas
entre los hombres que tienen hambre y sed de ti.
Que tu pueblo, cada día,
conozca la alegría perfecta
cantándote a tí, Padre nuestro,
tal como Jesús te ha revelado,
y bendiciendo a tu Hijo
tal como tu amor nos lo ha dado.**

LA PASION DEL POBRE

1 Reyes 17, 1-6. El ciclo de Elías "¡Vive el Señor, Dios de Israel a quien sirvo..." De entrada, el autor de 1 Re da a entender que no va a ofrecer una biografía detallada del profeta. Lo que le interesa es el hombre de Dios y su estatura moral casi sobrehumana. A través de Elías, el autor se propone mostrar la irrupción de la profecía en Israel.

Desde David, el territorio judío no había dejado de agrandarse, lo cual había provocado la mezcla de la población judía con grupos de cananeos autóctonos y la aparición de cultos extranjeros, sobre todo el culto a Baal, el dios de la lluvia. El yahvismo estaba seriamente amenazado y se hacía necesario, para conjurar el peligro, que se alzara una voz para decir quien debía ser Dios en Israel. El relato de 1 Re 18 muestra que Elías se erigió en adalid de la causa yahvista, mientras que 1 Re 17 se describe a grandes rasgos el retrato del profeta. Por sí solo, su nombre era ya todo un programa: Elyi-yahu, en efecto, significa "mi Dios es Yah". Elías era originario de Tisbé, en Galaad, una ciudad israelita de Jordania, donde el yahvismo había conservado su pureza original.

El salmo 120 es un canto gradual y tiene una configuración muy especial. Los vv. 6-8 componen las dos estrofas de un oráculo que aseguraba al fiel la protección divina. Y eran recitados por el sacerdote, mientras que el orante recitaba las primeras estrofas. Se puede observar el crescendo típico de las antiguas bendiciones judías.

Mateo 5, 1-12: ver p. 18

*
**

Elías, un profeta, el hombre de Dios es casi el hombre-Dios. ¿No se llama "Yahvé es mi Dios"? ¡Elías! En tiempos de Jesús seguían aún esperando su vuelta, que precedería en poco tiempo a la de Dios. Un hombre apasionado, para quien la causa de Yahvé es digna de consagrarle toda la vida y todas las energías. La historia de Dios con la humanidad está llena de hombres ardorosos, de profetas dispuestos a cualquier aventura por el nombre de Dios. Pero pronto, como veremos, Elías tendrá que aprender que toda fuerza es una gracia y que el hombre de Dios debe recibir todo de su Dios. ¡No se lucha por Yahvé como quien va a una cruzada o a la conquista de algo!

Y he aquí que, en la montaña, Jesús, acordándose de Moisés, otro apasionado de Dios, reunió al pueblo de los pobres, de los pequeños, de los humildes. ¿No evoca, sin embargo, la montaña los rayos y el trueno del Sinaí, la revelación de Dios en toda la majestad de una tierra conmovida por las fuerzas del cielo? Pero, como Elías no tardará en contar

que Yahvé se revela más en la dulce brisa de la mañana que en el estruendo del huracán, Jesús, desde el comienzo de su ministerio profético, no quiere apelar más que al corazón del hombre. En la montaña va a pronunciar palabras de sencillez y de pobreza, como se promulga una ley nueva. La ley del grano de trigo caído en tierra y que germina con paciencia.

Las Bienaventuranzas. No una felicidad de saldo, una alegría fácil, sino la bendición de Dios sobre los rechazados, sobre los hombres con un corazón lo bastante pobre como para aceptar la gracia y el don sobreabundante de Dios. Las bienaventuranzas no son una constatación, sino una revelación. Mirad, dice Jesús: los pobres son amados por Dios, los artesanos de paz son llamados hijos de Dios y los corazones puros ven a Dios más allá de las apariencias de un mundo duro e intratable. Incluso la persecución es una bendición, si viene a sellar el testimonio de la fe.

Elías será perseguido; sabrá lo que cuesta apasionarse por Dios. Jesús será perseguido y colgado en el patíbulo de la cruz, por Dios, por el nombre del Padre. Y la Iglesia, a su vez, conocerá la dureza de la pobreza, la aparente desolación de los que tienen hambre y sed de justicia. Habrá cristianos, en todos los tiempos y en todas las latitudes, que sepan cuán larga es la paciencia necesaria para que germine el grano y para que de la fuente brote agua viva.

Pero hoy, con Elías, permanezcamos en el torrente del Kerit. Recojámonos al lado de Jesús y dejemos penetrar en nosotros esas palabras de otro mundo: "¡Bienaventurados los pobres de corazón!" Llegará un día en que tengamos necesidad de este alimento para llegar más lejos. Con Cristo, con Elías, con Moisés. Iremos hasta la tierra prometida y a la montaña del Horeb, pero pasando por esa otra colina que tiene un nombre: Gólgota. ¡La colina del Pobre en la cruz!

*
**

**Hacia tí alzamos nuestros ojos,
hacia tí, nuestro socorro y nuestro guardian.
Tú eres el cayado de nuestra ruta,
la bienaventuranza para todos los oprimidos.
Guárdanos, Padre, de todo mal,
en nombre de tu Hijo Jesús,
pobre y perseguido siempre
por el camino de la colina y de la Pascua.**

¡ADELANTE, SIN MIEDO!

1 Reyes 17, 7-16. *A modo de preámbulo al relato del monte Carmelo, el autor refiere dos milagros del profeta. Esta intervención de lo maravilloso parece incongruente en medio del majestuoso fresco consagrado al vidente, pero sirve para situar perfectamente el lugar que ocupa Elías en el movimiento profético, mostrando que el vidente ha conservado algo de la espontaneidad y la fantasía de los "hombres del Espíritu", sus antecesores. Por otra parte, es muy probable que la gesta de Eliseo, el discípulo, haya influido en la biografía de su maestro, a menos que haya sucedido a la inversa: que al atribuir a Eliseo algunas acciones de Elías, el autor haya querido que la gloria del maestro irradiase sobre el discípulo. Señalemos, sobre todo, la promesa de salvación que anuncia la palabra del profeta cuando le dice a la pobre viuda: "¡No temas!" ¿No es ésta una palabra de consuelo para todos los adoradores del verdadero Dios?*

El salmo 4, una lamentación, refleja el infortunio de la viuda antes de la intervención del profeta. El v. 3 increpa a los enemigos, mientras que el v. 4 expresa la confianza en Dios.

Mateo 5. 13-16: ver p. 21

**

Sobre el salmo 4

**Un gusto sabor a nada invade el mundo,
y la tierra es cada día más insípida.
La escalada de la mentira produce estragos,
y la luz ha desaparecido de nuestros caminos.
¿Quién nos descubrirá la dicha?
Para nosotros, Señor,
tu verdad, y tu amor
son más sabrosos que el vino nuevo
cuando se desborda la alegría de la vendimia.**

**

El torrente de Kerit está seco, y la sequía va a sumir al país en la desolación. Por eso no hay que pensar que las Bienaventuranzas evangélicas serían una especie de alegre y ameno oasis en el que podría beberse a chorros el agua viva, sin necesidad de esfuerzo ni de paciencia. Escuchemos más bien, cómo Jesús nos advierte: iluminados por él, seremos luz del mundo si le seguimos por el duro camino de ese mundo seco y desolado.

¡Fijémonos también en esa pobre viuda de Sarepta ¿No es un hermoso modelo de generosidad evangélica? Una palabra la tranquiliza en la necesidad extrema en que se encuentra sumida. Una simple palabra del profeta: "¡No temas!" Humildemente, ella hace lo que el profeta le ha ordenado, y de pronto el pan y el aceite se multiplican entre sus manos, sin medida, o más bien a la medida de Dios.

"¡Bienaventurados los pobres!" Pero los pobres conocen primero la sequía. Para ellos, la fuente está seca, y el pan escasea. Los pobres mueren de hambre. Los mansos son violentados, y los pacíficos escarnecidos. ¿dónde pues, está la felicidad? Entonces sobreviene el miedo, la tentación de guardarlo todo para uno mismo, de encerrarse entre las cuatro paredes de la propia congoja. El mundo de los pobres tiene las contraventanas cerradas. Pero de rechazo, el mundo se hace insípido y se hunde en una tristeza universal que hoy se conoce como "crisis" y "desesperación". ¡Siempre es el tercer mundo el primero en padecer la sequía y el hambre! Pero ¿cómo puede el mundo de la abundancia mantenerse dichoso y próspero, cuando millones de niños mueren sin haber podido siquiera balbucir un nombre?

En nombre del Dios vivo, Elías nos dice: "¡No temáis; dad y compartid lo que tenéis!" Y Jesús añade: "¡Sois la sal de la tierra!". Los programas económicos estarán siempre abocados al fracaso mundial si los hombres tienen miedo y si permiten que el miedo dicte la medida de sus iniciativas. ¡No temáis! ¡Entrad en la escuela de los pobres y ved cómo esperan! No os quedéis encerrados entre los muros de vuestras ciudades fortificadas; derribad las murallas del temor y vivid al ritmo de la generosidad.

¡Entonces brillará vuestra luz ante los hombres, y todos podrán glorificar a vuestro Padre que está en los cielos! Un Dios-Padre que hace brillar su sol sobre todos los hombres. ¿Es culpa suya si, entre los más pobres, el sol quema la tierra y seca las fuentes de agua? Dios da siempre la lluvia y el rocío a la tierra, pero nosotros sabemos que ese rocío se llama Mesías, Cristo y Salvador... ¡Y de nosotros espera Dios hoy que permitamos a las fuentes dar su agua de vida!

**

**Con todos los pobres,
clamamos a ti, Oh Dios, justicia nuestra:
"¡Ten piedad de nosotros, escucha nuestra oración!"
Apártanos de la escalada de la mentira;
haznos saborear el gozo de compartir y no la nada.**

**Que la miseria de nuestros hermanos
despierte en nosotros la alegría de ser sal de la tierra
y luz del mundo,
en el nombre de tu Hijo, luz y paz
para todos los oprimidos que son tus hijos.**

EL FUEGO DEL AMOR

1 Reyes 18, 20-39. *Después de dos años de sequía, Elías convocó una asamblea de culto en el monte Carmelo, donde se encontraba un célebre santuario de Baal, y lanzó un ultimátum al pueblo: "Si el Señor es el verdadero Dios, seguidlo; si lo es Baal, seguid a Baal". Cautamente, el narrador ha anotado que la multitud no respondió ni palabra al profeta. No hay que interpretar este mutismo como un silencio violento. Si las gentes no respondieron nada a los reproches de Elías, es porque no los comprendían; en efecto, no encontraban nada chocante en el pluralismo religioso que reinaba entonces en todo el país. Yahvé cohabitaba simplemente con otros dioses en la tierra prometida a los antepasados.*

Será, pues, necesario que el profeta desencadene unas colosales fuerzas para obligar al pueblo a tomar postura. En un relato notable, el cronista opone la seguridad del profeta yahvista, seguro de su Dios, a los encantamientos desenfrenados de los adoradores de Baal. Subraya así una intuición profunda de la fe judeo-cristiana: no es el hombre quien se pone a buscar a Dios para atraerlo hacia sí, sino Dios quien busca al hombre.

La estructura del salmo 15 no es fácil de determinar. Incluido a veces entre los salmos de lamentación, el poema presenta rasgos que recuerdan a los salmos que cantan la protección que Yahvé dispensa a sus fieles.

Mateo 5, 17-19: *vr p. 23*

*
**

¡Solo contra cuatrocientos cincuenta! Es tanto como asegurar, según las leyes de la mayoría, que Elías está perdido de antemano... Y con él, Dios también está perdido. ¡Dios ha muerto! ¡Sólo queda agachar la cabeza ante la fuerza de los dioses vecinos! Dioses más poderosos, basados en el prestigio de este mundo; dioses del temor, del dinero, del placer o del egoísmo. Falsos dioses quizá; pero, si tienen con ellos a la mayoría de los fieles, ¿cómo enfrentarlos al Dios de Jesucristo y su aparente ineficacia? Y, durante este tiempo, los últimos fieles del verdadero Dios se lamentan con el salmista: "¡Los ídolos del país no dejan de extender sus estragos!" ¿Acaso consistía la solución en oponerles la letra de la Ley, su minucia un tanto crispada, su integrismo sin concesión al enemigo?

¿Pensaría Jesús así? "Ni una tilde de la Ley dejará de cumplirse", proclama. ¿Sería Jesús el inspirador de todas las rígidas fijaciones en la letra del reglamento? ¿Sin apertura de ningún tipo al futuro o al mundo? ¿Iba Jesús a oponer a los ídolos del país los innumerables artículos del código de leyes eclesiásticas? Algunos así lo piensan...

Pero están equivocados. Jesús ha venido a cumplir la Ley, es decir, a darle toda su amplitud, su densidad, su exigencia. No malgasta el tiempo discutiendo tal o cual precepto, sino que va al corazón de la cuestión y apela a libre decisión del hombre: ¡Amarás con todo tu corazón! Jesús "requisita" el ser profundo de cada hombre para que se ponga a la entera disposición de Dios. Pero se niega a dejarse confundir por las argucias de quienes siempre están acomodando la ley a su medida, muchas veces para eludirla mejor... Al código legislativo, opone la ley de la cruz y de la vida. ¿Quién se atrevería a negar que, según este criterio, hasta el más mínimo rasgo del mandamiento queda infinitamente valorizado?

Precisamente porque les falta este fuego del amor a tantos discípulos, Dios parece haber muerto y los ídolos pueden hacer estragos. Pero, cuando renazca la gran ley del Evangelio, ¡ya veréis como el nombre de Dios vuelve a ser santificado! El amor que llega al extremo de darlo todo, ¿no es acaso más poderoso que el mismo fuego del Señor en la cumbre del Carmelo, en el momento del sacrificio nocturno?

*
**

**Mira con amor, Señor y Dios nuestro,
el sacrificio de tu Iglesia;
¡que nuestra alabanza llegue hasta ti
como la ofrenda vespertina!
Pues tú no esperas de nosotros
una sumisión basada en el temor; lo que tú quieres,
es un corazón que te busque
y te reconozca en el rostro del hombre.
Concédenos la gracia de amarte por encima de todo,
y de amar a nuestro prójimo
conforme al amor que has manifestado
en Jesús, tu Hijo, Salvador nuestro.**

UNA ALIANZA DE AMOR

1 Reyes 18, 41-46. *Un trueno, una pequeña nube cargada de lluvia... Aunque este relato contiene una parte irreal y maravillosa, está marcado, ante todo, por la figura del profeta, "cuya persona tiene el peso de una fuerza cósmica primigenia" (von Rad). Basta leer esta frase para convenirse de ello: "Vive Yahvé, Dios de Israel, a quien sirvo, que no habrá en estos años ni rocío ni lluvia si yo no lo mando" (1 Re 17,1)*

Lo esencial de esta historia es que, a los ojos del rey y del pueblo entero, Yahvé se presenta como el único dueño de la creación y, por tanto, como la única fuente de vida. Baal, su adversario, no tiene más remedio que ceder. Entonces, con el entusiasmo del Espíritu, Elías va al encuentro del rey; de un tirón, recorre los veintisiete kilómetros que le separan de Israel...

El salmo 64, que tiene forma de relato dirigido a Yahvé, evoca las intervenciones de éste en la historia de Israel. Parece tratarse aquí de una recolección.

Mateo 5, 20-26: ver p. 25

**

**Hay un tiempo para sembrar
y un tiempo para recoger,
un tiempo para esperar
y un tiempo para festejar.
Cuando llegue el tiempo de la abundancia,
¿quién va a ser capaz de cerrar su corazón,
como si Dios no visitase la tierra?**

**

La justicia puede ser dura, calculadora, abocada a la rigidez por la intransigencia de los hombres. Imaginemos a dos esposos, que tratan de romper su matrimonio y exigen al juez que les haga justicia... Llegarán incluso a calcular hasta el último céntimo... ¡Y poco antes, esos mismos esposos habían intercambiado juramentos de fidelidad y de amor! Pero ¿qué es una alianza cuando ya no busca más justicia, que la que sopesa los pros y los contras?

"Si vuestra justicia, dice Jesús, no es superior a la de los escribas y los fariseos..." Los escribas eran ciertamente celosos de Dios, pero el

amor, con sus excesos y sus fantasías, sus perdones y sus reanudaciones, se les había hecho algo extraño. Defendían la causa de Dios como quien intenta llegar a un acuerdo equitativo en un conflicto humano. "Hasta aquí llega la obligación... No matarás... Por lo demás... Pero Dios había sellado una alianza con su pueblo. Una alianza basada en un amor infinito. Una alianza semejante a la de un hombre enamorado de una mujer, y mucho más profunda aún. Dios había puesto su corazón en ella y esperaba que el hombre viviera en alianza con sus hermanos, amándolos sin medida. No una alianza como la que firman los pueblos para defenderse de un enemigo común, sino una alianza de paz y de alegría, de pobreza y de ternura.

Jesús viene a cumplir la Ley. ¿Cómo no iba a decir a los hombres que un insulto, una bofetada o un sentimiento de rencor comprometen tanto a la Alianza como un asesinato? Se puede matar sin quitar la vida... Cuando se ama, todo se hace importante, las palabras y los silencios, las miradas y los juicios. ¡Maldecir al hermano es entrar ya en la corrupción final y en la Gehena del fuego!

Hermano, cuando te presentes ante el altar, recuerda que acudes allí a celebrar la gran alianza de Dios con el hombre. El cuerpo de Cristo te será dado en sacramento con un amor infinito. ¿Cómo no reconciliarte antes con tu hermano? No calcules según la justicia, sino deja que el amor te lleve más lejos. Recuérdalo: en estricta justicia, Jesús no había hecho el menor mal y, sin embargo, en la cruz ¡perdonó a sus verdugos!

**

**Como la lluvia penetra en la tierra,
así tu amor, Señor, da la vida
a nuestro reseco mundo.
No permitas que nuestros rencores
agoten la fuente de tu bondad,
y concédenos vivir unos con otros
conforme a la justicia de tu alianza,
en el perdón y en la alegría,
en la esperanza renovada,
cada día.**

UNA BRISA DE TERNURA

1 Reyes 19, 9a.11-16. *Si se puede afirmar del profeta Elías que fue una fuerza cósmica, también fue un hombre con sus debilidades. Cuando la reina Jezabel le persigue con su odio, cuando comprueba la versatilidad del pueblo, le vemos caer en la desesperación; huye ante la adversidad. Pero, contrariamente a lo que piensa, no está solo. Yahvé le acompaña, como estuvo en el desierto con su pueblo. Es, en efecto, un desierto lo que atravesaba Elías en una soledad total, en medio de una noche tenebrosa...*

Va a tener que experimentar una especie de éxodo al revés, un peregrinaje que le llevará al Horeb-Sinaí, la montaña de los principios. Cuarenta días y cuarenta noches de marcha, con el único alivio de una torta cocida y una vasija de agua y, al final, una intimidación nueva con Dios. Escondido en una caverna, como Moisés lo había hecho en el hueco de una roca (Ex 33), Elías percibe "el murmullo de una suave brisa". La nota polémica es evidente. Por una parte, esta brisa se opone a los fenómenos atmosféricos más impresionantes, como el fuego, el rayo y el trueno, los atributos de Baal; pero, por otra parte, no hay que olvidar que estos mismos prodigios se habían producido en la teofanía del Sinaí. Por lo demás, es probable que su presencia en el Sinaí significase la apropiación por parte de Yahvé de los atributos del baalismo; habría, pues, aquí, en un texto de inspiración elohísta, una purificación radical de la noción de Dios, en la línea de los profetas. Por impresionantes que sean las criaturas, hay que distinguirlas del Creador.

En el salmo 26 se distinguen dos partes, un salmo real de confianza (vv. 1-6) y una queja individual, que es lo que hoy leemos en la eucaristía. El v. 8, al mismo tiempo que afirma la inocencia del salmista, es una hermosa invitación a buscar a Dios.

Mateo 5, 27-32: *ver p.28*

**

"¡Tu rostro buscaré, Señor!". ¡Qué hermoso es el rostro del Señor, en el que nuestros ojos, velados siempre por la polución del mundo, encuentran la luz en el cara a cara con la Luz inaccesible! "¡Quien mira a Dios resplandecerá: en su rostro no habrá sonrojo!" (salmo 33). Para mirar a Dios, Elías se cubrió el rostro, pues nadie puede mirar a Dios y seguir viviendo... Pero ¿no hay que morir a todo cuanto nos degrada para poder, al fin, mirar las cosas con la mirada de Dios? Cuando el hombre ha contemplado largamente el rostro de Dios, ve el mundo y a los hombres a la luz de su valor eterno.

El amor, y en particular el amor conyugal, es una mirada así. ¿Cómo decir: "Te amo" sin haberlo aprendido de Dios? Es verdad que un gran deseo impulsa al hombre a amar; pero, mientras no haya percibido que incluso ese deseo viene de Dios, no podrá transfigurarle en amor. El hombre desea, pero piensa satisfacerse poseyendo. Y sueña ya con poseer a la mujer del prójimo. ¿Qué decirle, sino convencerle de que mire el objeto de su deseo con los ojos de Dios...? Si no puede, ¡más le vale arrancarse el ojo malvado y arrojarlo lejos...!

Dios se revela a Elías en el susurro de una ligera brisa. Toda relación con Dios está marcada por la delicadeza, la ternura y el silencio. El amor no tiene nada que ver con los rugidos de las grandes pasiones que hacen temblar de momento, pero que no resisten el tiempo. El amor entre el hombre y la mujer, tal como Jesús lo ve, es brisa y susurro, contemplación y entrega, larga paciencia y gozo incesantemente redescubierto. Por eso este amor es divino, y Pablo no se equivocará al ver en él el "sacramento" de Cristo y de la Iglesia. Dios se nos revela en la ternura del amor; un Dios cuyo semblante irradia sobre el rostro de los que se aman sin necesidad de gritarlo en la plaza pública.

**

**Bendito seas, Dios de ternura,
a quien buscamos incansablemente
y que te muestras en el susurro
de la mañana que renace.**

**Dios del principio y Dios del silencio,
tú has creado al hombre y a la mujer
para que su amor sea el rostro
de tu presencia escondida al corazón del mundo.**

**Te lo rogamos:
concede a los que se unen en nombre de tu amor
que sepan buscar tu rostro y tu luz
en lo más hondo del deseo
que les hace entregarse el uno al otro.**

**Así te conocerán
y podrán bendecirte
con la alegría de ser el uno para el otro
la señal del amor infinito
que has manifestado en Jesús, tu Hijo namado.**

TRANSPARENCIA

1 Reyes 19, 16b.19-21. *Los comienzos del ministerio de Elías ("Dios-ha-ayudado") son comparables a los relatos de la vocación de los profetas-escritores. Elías sorprende a su futuro discípulo arando el campo paterno; su pueblo se llama el "Prado-de-la-danza" (Abel-Mejolá). Elías echa sobre él su manto, que es una manera de transmitirle su carisma. La reacción de Eliseo hace pensar en las objeciones clásicas de los elegidos de Dios; el nuevo profeta quiere volver a su casa para abrazar a su padre y a su madre. Jesús tendrá también un discípulo que le pedirá permiso para despedirse de los suyos, pero, menos acomodaticio que Elías, Jesús le objetará que el servicio del Reino no admite demoras (cfr. Lc 9, 61-62).*

El salmo 15, de difícil clasificación, desborda confianza en Dios. Los últimos versículos permiten suponer que la plegaria del orante ha sido acogida.

Mateo 5, 33-37: ver p. 30

*
**

Sobre el salmo 15

**No digas al Señor "sí" o "no";
dile simplemente: "¡Tú eres mi Dios!"
Reconócete ante él tal como eres,
y él estará a diario a tu lado.
Confía a su Señor incluso tu pecado,
y tu corazón sencillamente estará de fiesta.**

*
**

"¡Es verdad, lo juro!" ¿Es que sin este juramento habría que poner en duda la palabra recibida? Además, ¿para qué apelar a Dios como si, sin esta invocación, nuestros diálogos no pudieran ser más que un entramado de mentiras? Paradójicamente, el multiplicar los juramentos pone de relieve la hipocresía de la sociedad. Para Jesús, las cosas deben ser infinitamente más limpias; para él, "sí" significa "sí", y "no" significa "no"... Pero nosotros hemos falsificado hasta el sentido de las palabras, e imaginamos que podemos llevar a la gente a la verdad suspendiendo el nombre de Dios sobre su cabeza como si fuera la cuchilla de la guillotina. Sin embargo, Dios no es un inquisidor ni un justiciero; sucede algo más simple y más profundo, y es que Dios se encuentra en el corazón del hombre.

En el salmo 15 se dice: "Aun de noche, mi conciencia me instruye; pongo a Yahvé ante mí sin cesar" Pero ¿cómo vivir con esta conciencia perpetua sin vivir con transparencia y con sinceridad? Si me paso mi vida engañando acerca del sentido de las palabras, ¿cómo dormir en paz teniendo constantemente a Dios delante de mí? Evidentemente, a la luz del Evangelio la vida se convierte en un todo o nada. Nadie ha dicho que el justo no tenga pecado, sino que ello no le impide dormir a la sombra de Dios, puesto que conoce la misericordia y el perdón del Señor. Ocurre, simplemente, que la conciencia está en paz cuando al bien se le llama el "bien" y el mal, y punto. En cuanto a Dios, no anda buscando la primera ocasión para atraparnos; le basta con estar continuamente con nosotros, como una fuente que nos hace vivir incluso en los momentos de desfallecimiento.

¿Acaso es Eliseo un modelo de esta transparencia necesaria, dado que Elías le llama a seguirle sin demora y sin discusión? La vocación del discípulo no es un "sí, pero" ni un "tal vez sí"; es sí o no. Además, se puede caminar con el corazón alegre, con el alma en fiesta; Dios dirige en adelante nuestro destino, y no vale la pena decir en cada coyuntura: "Lo juro, he hecho lo que he podido"... Dios lo sabe mejor que nosotros mismos y no deja de suplir a nuestra debilidad con la fuerza necesaria para que seamos testigos de su presencia. Una presencia que, incluso de noche, es luz y verdad.

*
**

**Oh Dios que eres verdad y lealtad,
en tu Hijo Jesucristo
tú pronunciaste sobre nuestro mundo
el "sí" de tu fidelidad;
lo que nos das en él
no nos lo reclamamos nunca;
él es para nosotros la certeza
de tu luz y de tu perdón.
Concédenos vivir con la mirada fija en él;
así nuestras obras y nuestras palabras
serán el reflejo de tu claridad,
con la alegría de vivir con nuestros hermanos
en paz y en verdad.**

VENCER EL MAL CON EL BIEN

1 Reyes 21,1-16. *El rey Ajab tenía grandes bienes. No sólo poseía una espléndida villa en Israel, sino que había recibido en herencia la ciudad de Samaría. Pero ¿caso se contentan los grandes de la tierra con lo que tienen? Además del aspecto social, hay un rasgo antimonárquico en la protesta de Elías; al igual que Samuel antes que él, el profeta es consciente del peligro que representan las pretensiones reales. Además, al tomar partido por los pobres, sabe que defiende también los derechos de Yahvé.*

Sin embargo, a primera vista la negativa de Nabot tiene algo de desconcertante; ¿no le ofrecía el rey dinero como pago por sus tierras? Pero en la negativa del pobre hay algo más que un simple apego al terruño; lo que defiende es nada menos que su estado civil, pues su pedazo de tierra, por pequeño que sea, representa la porción del país que Yahvé ha confiado a sus antepasados. Venderlo sería renunciar a su identidad civil y religiosa, alienar su derecho de ciudadanía y aumentar su sometimiento al rey.

Como soberana absoluta que era (siro-fenicia), la reina Jezabel no comprendió lo más mínimo de Nabot y ordenó que se hiciera un simulacro de proceso. No hubo dificultad para encontrar a dos hombres que testificasen contra el pequeño viñador, que fue lapidado y muerto fuera de la ciudad. Mucho más tarde, otro inocente será también arrastrado fuera de la ciudad por haber defendido el derecho de Dios.

El salmo 5 podemos ponerlo en boca de Nabot y de todos los expoliados del mundo, que en él afirman su inocencia y reclaman la ayuda de Yahvé contra sus torturadores.

Mateo 5, 38-42 : ver p. 32

"Nabot ya no vive, ¡ha muerto!"... ¿Cuántas veces se repetirá la historia? Los poderosos expolían a los pobres para satisfacer sus intereses, y cualquier signo de resistencia es reprimido con sangre, con tortura. Ante esto, ¿quién no gritaría en la plaza pública: "Ojo por ojo, diente por diente"? ¿Llegará un día, Señor, en que extermines a los malvados? ¡Que paguen, en estricta justicia, el precio de sus crímenes!

Esta historia de la viña de Nabot es sórdida y evoca las innumerables maquinaciones inmobiliarias. "Cédeme tu viña, que está muy al lado de mi casa... te pagaré en dinero su valor..." ¿Por qué rechaza Nabot la oferta? Pues, sencillamente, por ese honor que es el último bien que poseen los pobres; ese trozo de tierra es suyo y vale mucho más que todas las in-

demnizaciones que quiera darle el rey. Pero el Poder, cuando cree que todo le es debido y que todo le está permitido, no quiere saber nada del honor de la gente; todo se calcula en términos de rentabilidad, cuando no en razón del capricho personal. Se desarraiga a la gente como si fuesen vulgares hierbas silvestres.

¿Cómo asombrarse de que la resistencia y la lucha de los pobres provoquen la tortura y la represión sangrienta? ¡Pobre del que quiera oponerse al poder absoluto: cualquier pretexto valdrá más que él y que su vida! Cuántos Nabot han desaparecido, sin dejar huella, bajo el cielo de todas las dictaduras... Entonces, me pregunto, ¿por qué no exigir ojo por ojo y diente por diente? ¿Por qué es tan irreal el Evangelio? "¡No respondas al malvado!..."

Si Jesús rechaza la ley del talión, aparentemente equitativa a pesar de todo, es porque dicha ley es incapaz de poner coto a la escalada de la violencia y de la miseria humana. La estricta justicia no es más que un mal menor que nunca transformará la faz de la tierra. ¿Ojo por ojo? Pero, a ese precio, ¿quién podrá sobrevivir?

El programa social del Evangelio es verdaderamente revolucionario. Vencer el mal con el bien, la maldad con un mayor amor... es, a primera vista, inútil e insensato. El mundo sigue inclinándose bajo el peso de las injusticias. Sin embargo, a veces, se produce un resplandor de esperanza...

Es posible un mundo distinto, y ese mundo ya se acerca. Pero, no lo olvidemos, su fuente está al pie de la cruz. Es verdaderamente otro mundo. Un mundo en el que los Ajab y las Jezabel son vencidos por el perdón de Cristo en la cruz.

**Tú no eres un Dios amigo del mal.
Te pedimos, Señor:
¡transforma el corazón de los poderosos
para que hagan justicia a los desdichados!**

**Los soberbios no pueden sostener tu mirada.
¡Escucha, Señor, el lamento de los pequeños;
dales fuerza para resistir la prueba!**

**Tú rechazas al hombre pérfido y sanguinario.
¡Perdona, Señor, a este mundo nuestro
con su escalada de sangre y de tortura;
suscita testigos de la no violencia!**

EL REINO DE LA CARIDAD

1 Reyes 21, 17-29. *Nabot ha sido ejecutado, y Ajab ha tomado posesión de los bienes del pobre. El profeta interviene porque defiende la causa de Yahvé y, desde la liberación de Egipto, esta causa se confunde siempre con el derecho de los humildes. Con una violencia poco frecuente, reprocha a Ajab su crimen y le comunica la sentencia divina: del mismo modo que ellos han destruido a Nabot, el rey y su casa serán a su vez exterminados.*

Pero Ajab se humilla, y el profeta traslada el castigo a la dinastía reinante. La historia no deja de evocar el adulterio de David con Betsabé: también entonces el profeta Natán había dirigido sus reproches al rey contando la historia del hombre expoliado por un rico y despojado de su única oveja. David había reconocido su crimen, y el castigo había alcanzado al rey en su descendencia (2 Sm 12).

El salmo 50 canta el arrepentimiento del pecador.

Mateo 5, 43-48: *ver p. 34*

**

La fechoría de Ajab es tanto más grave cuanto que, como rey, su misión era "hacer justicia" a los pobres, es decir, protegerlos contra las tropelías de los poderosos. Al matar a Nabot, el rey se incluye en la categoría de los vulgares enemigos de Dios. Por eso, el castigo será terrible...

Y, sin embargo, Dios se deja conmover por el arrepentimiento del rey. Porque Ajab se dijo en su corazón: "Reconozco mis culpa, tengo siempre presente mi pecado", puesto que ha reconocido haber pecado contra Dios, la misericordia del Padre celestial le cubre y le envuelve con una gracia nueva.

Esto es verdad. Pero también es verdad que el castigo pasa a la descendencia del rey: sobre ella caerá la desdicha... ¿Hay mejor modo de medir el camino recorrido que oír decir a Jesús: "Habéis oído que se dijo... Pues bien, yo os digo..."? La perfección del Padre celestial llegará incluso al perdón absoluto, y somos invitados a amar a nuestros enemigos.

¿Cómo obrar? Martin-Luther King escribía que Jesús no ha mandado que caigamos en los brazos de nuestros enemigos, sino que los amemos... El mal existe, y sus cicatrices no pueden curarse de la noche a la mañana. Pero el amor es el único remedio eficaz. Amar significa no guardar rencor y no intentar hacer pagar al otro el precio de su maldad. Amarlo con el amor del Padre, que quiere la conversión de cada uno de nosotros.

Entendámonos. Lo que hace insoportables nuestras relaciones humanas es nuestra propensión a querer obtener, cueste lo que cueste, la humillación del culpable. Solamente entonces se siente satisfecho nuestro amor propio. Pero ya no hay lugar para el amor propio; hay que dejar todo el espacio para Dios. Rogar por los que nos persiguen... Y Dios sabrá cómo ingeniárselas para que reconozcan sus errores. Poco importa el modo; ¡no se trata de nosotros, sino de Dios!

Sólo se nos pide una cosa: ignorar el rencor y saludar con tanta caridad a nuestros detractores como a nuestros mejores amigos. ¿Programa imposible? Nada es imposible para Dios, y la palabra de Jesús sólo adquiere su verdadero sentido en la fuerza del Espíritu. Aprendamos, pues, a decir con corazón sincero: "Padre, perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden". Todo lo demás es cosa de Dios, que hace salir su sol sobre los buenos y malos.

**

**Oh Dios, que haces brillar tu luz sobre los hombres,
Dios que amas a quien hace el bien
y que sólo deseas la conversión del pecador,
acógenos en tu piedad,
pues nuestro corazón se ha encogido
y ya no sabemos amar a nuestros enemigos.
Enseñanos a mirar a cada uno de nuestros semejantes
con la claridad de tu misericordia;
entonces serán vencidas las tinieblas de nuestra noche,
y el mundo renacerá
a la luz de tu gracia y de tu amor.
Dios, Padre celestial,
enseñanos a vivir
como vivió tu Hijo entre los hombres,
perdonando hasta el final.**

EL ESPIRITU DE LA DISCRECIÓN

2 Reyes 2 1-14. *El maestro y el discípulo están juntos por última vez, con el coro de la "comunidad de los profetas"; hay que tomar aquí en consideración dos acontecimientos asociados en el tiempo: la muerte de Elías y su sucesión. Y decimos bien: la "muerte" de Elías, porque lo que el relato deja entender es que ha sido siempre imposible localizar la tumba del profeta. Esta situación ha frustrado a la piedad popular; por eso los discípulos del profeta han compensado la ausencia de sepultura con el relato de Elías arrebatado al cielo. En cuanto al segundo acontecimiento, se caracteriza por la presentación de Eliseo. 1 Re 19 había contado ya su vocación; el relato actual lo consagra como discípulo. Eliseo recibe una doble parte del espíritu de Elías, es decir, en términos jurídicos, la parte correspondiente al hijo mayor.*

La "comunidad de los profetas" remite a una realidad contemporánea de ambos profetas. En aquella época, en efecto, los profetas vivían en comunidades bajo la autoridad de un maestro; ¿fue Eliseo uno de estos maestros? En cuanto a la expresión "Carro y auriga de Israel" aplicada al profeta, designa a éste como salvaguarda del pueblo; recuerda, en efecto, el tiempo en que "Israel, en sus guerras santas, tenía que enfrentarse a los carros de los cananeos y, como Israel no poseía este material de combate, no tenía más recurso que Yahvé" (von Rad).

El salmo 30 es una queja que expresa la confianza del salmista en Yahvé.

Mateo 6, 1-6.16-18: ver p. 36

**

Elías es arrebatado al cielo, y durante mucho tiempo el Pueblo de la Alianza esperará su regreso. Juan Bautista y el propio Jesús correrán el riesgo de ser confundidos con él. Elías continuará siendo siempre el gran profeta, cuya voz alcanza más allá de los siglos. Pues la Palabra de Dios no se da por un tiempo, sino que moldea el mundo y permanece viva en la memoria de la Iglesia. La fe no viene a recogerse ante una tumba, sino en la fuente eterna de una Palabra, un día hecha carne.

Así ocurrió con Moisés, con Elías y con los demás profetas. Así sucede, y mucho más, con Jesús, elevado al cielo ante la mirada de sus discípulos. De Cristo ha recibido también, la Iglesia naciente doble parte del Espíritu. Y es el Espíritu el que nos repite las palabras del Evangelio cuando nuestras miradas querrían huir hacia el cielo, a la búsqueda de Aquel que ha partido. Pero no se ha ido, sino que está entre nosotros cada día con su palabra y con su Espíritu. ¡El cielo no está en otra parte, sino en el corazón de nuestra fe!

Me gusta esta escena grandiosa del arrebatado de Elías. Y, sin embargo, el Evangelio de Jesucristo, ¿no nos llama más bien a la interioridad, al secreto? "¡Cuando vayas a rezar, entra en tu cuarto, cierra la puerta...!" Pero no hay oposición. La majestad de la ascensión sólo puede fundar una Iglesia animada por el Espíritu, y este Espíritu es un soplo profundo que requiere por parte del hombre una vida interior y humilde. A la impetuosidad de Elías debe suceder la paciencia de Jesús para que verdaderamente se cumplan la Escritura, la Ley y los Profetas. Luego de la ascensión de Cristo, los ángeles enviarán a los primeros Apóstoles por los caminos, empezando por Jerusalén. Y ellos irán, empujados por el Espíritu, dejando al fin de buscar la salvación en las nubes. Pero la Iglesia conocerá la tentación de instalarse, de gritar su presencia como se proclama una victoria, de sacar su gloria de sí misma y no de su Señor. Instituirá la limosna pública y velará para que los hombres lo sepan...

"Tú, en cambio, le dijo Jesús, cuando hagas limosna, ¡que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha!". Como Jesús subió al lado del Padre, el lugar de la Iglesia no puede estar más que en el secreto del Padre. Sólo así podrá la Iglesia alcanzar el secreto del mundo y dar a éste lo que más necesita: una nueva esperanza.

Quizá, después de todo, sería necesario que la Iglesia mirase más a menudo hacia lo alto... ¿No es acaso allí donde se esconde nuestra vida, con Cristo, en Dios? Sólo este secreto puede dar a nuestras buenas obras su peso de vida y de triunfo. ¡Un triunfo según Dios, y no según los hombres!

**

**Tú que conoces el secreto de nuestras vidas,
bendito seas, Padre de ternura;
tu eres nuestra recompensa,
y tu amor nos colma.
Haz que nuestra vida permanezca escondida en ti,
con Cristo, tu Hijo amado,
que vive a tu lado
y que permanece siempre con nosotros.**

ESPIRITU DE INFANCIA

Eclesiástico 48, 1-15. El elogio del Sirácida permite medir la fascinación que la figura de Elías ejerció sobre gran número de místicos, tanto judíos como cristianos. El profeta es descrito aquí como un hombre fuera de lo común. Además, el Sirácida desvela la promesa de futuro contenida en su "asunción": Elías fue "preparado para el final de los tiempos".

La tradición judía, en efecto, ha conservado la dimensión mesiánica del profeta. Hablando del final de los tiempos y del juicio consiguiente, Malaquías (3,34) había subrayado el papel de Elías en el advenimiento del Reino: el habría de favorecer la conversión de los corazones y congregaría al nuevo pueblo de Dios. Jesús afirmará que este papel fue desempeñado por Juan Bautista.

El salmo 96 es un canto de entronización del arca y anuncia la llegada del Reino que la asunción de Elías permitía prever.

Mateo 6, 7-15: ver p. 38

*

**

La memoria del profeta Elías, presente en muchos lugares de la Biblia, y en todo el judaísmo, se prolonga en la historia cristiana, particularmente en la órbita de la Orden del Carmelo. Los carmelitas, en efecto, se sitúan en la tradición religiosa del Monte Carmelo y de Elías. A decir verdad, veneran más la mística del Carmelo y del Horeb que la figura del profeta ardientemente comprometido en las luchas de su tiempo, el hombre que ha llevado a cabo la experiencia profunda de Dios. Pero ¿no hay que prolongar el elogio de Elías, esbozado por el sabio Ben Sirac, con esta memoria del encuentro del profeta con el Dios vivo, en el desierto y en el Horeb?

La oración y la contemplación, el silencio y el recogimiento son los lugares privilegiados para el conocimiento de Dios. Un conocimiento en el que el ser entero es transformado poco a poco por el Espíritu. Es en este Espíritu en el que la liturgia de estos días nos invita a recitar el Padre Nuestro. Una oración de corazón, en la que las palabras repetidas mil veces se impregnan cada vez más del Espíritu de Dios. Y la repetición misma impide toda palabrería; el hombre que reza así sabe que ya no tiene nada que enseñar a Dios, sino simplemente dejarse tomar por Dios. Las palabras que pronuncia las recibe del propio Verbo hecho carne; son las palabras de Dios a Dios.

El Padre Nuestro es el don del Señor a los hombres para que también los más pobres puedan contemplar el Misterio y conocer a Dios. Al repetir las palabras de la oración, saben que Dios es Padre y que cuida de sus hijos cada día; aprenden a rechazar toda preocupación inútil de pedir lo esencial: ¡Que tu nombre sea santificado! Dejan que Dios los eduque implorando su perdón y comprometiéndose a perdonar. Se atreven a afrontar el desierto de la fe, sabiendo que Dios los librará del Mal.

Sí, tenemos que dar gracias a Dios por esa muchedumbre innumerable de místicos desconocidos, perdidos en la inmensidad del mundo, y que viven en Dios teniendo por único libro el Padre Nuestro. Es de ellos de quienes hablaba Jesús cuando bendecía Padre "que ha revelado su secreto a los humildes y a los pequeños".

*

**

**El Espíritu que tú, Padre, nos infundes
no es un espíritu de temor,
sino de confianza y de fuerza.
Animados por él,
incansablemente,
nos atrevemos a nombrarte
y a decirte: Padre Nuestro...**

*

**

**Tú eres nuestro Padre y nosotros somos tus hijos;
¡en el fervor y en el cansancio,
en la luz y en el pecado,
somos tus hijos!
Padre, danos cada día
el pan necesario para ese día;
¡que en la alegría y en la pena,
sigamos siendo tus hijos!**

EL TESORO REAL

2 Reyes 11, 1-4. 9-18.20. *Mientras llega el ciclo de Eliseo, el leccionario toma de nuevo la crónica de los reyes de Israel y de Judá. En esta ocasión relata la amenaza que supone la reina Atalía para la promesa de Yahvé a la dinastía davídica. Hija de Ajab, Atalía se había casado con el rey de Jerusalén. A la muerte de su marido, tomó las medidas para dar muerte a los hijos del rey y apoderarse así de la corona de David. Pero el gran sacerdote Yehoyadá consiguió ocultar a Joás, uno de los hijos del difunto rey. Más tarde, a raíz de una revolución palaciega, el príncipe fue proclamado rey de Judá. Es digno observar el cuidado tan especial con que el cronista ha relatado los elementos de la ceremonia de investidura: la imposición de las insignias reales, la unción, la aclamación, y la entronización.*

El salmo 131 refiere la alianza que Dios ha concluido con la dinastía davídica. Su estructura es compleja, pero los versículos litúrgicos parecen ser fragmentos de una composición más amplia, relacionada con los vv. 8-10, los cuales, a su vez recuerdan a 2 Cr 6, 41-42.

Mateo 6, 19-23: ver p. 41

*
**

Intrigas palaciegas, masacres, golpes de Estado frustrados o con éxito: el Antiguo Testamento está plagado de estos episodios. ¿Consistirá en eso la historia sagrada? Por una parte, sí, porque se trata de una historia de hombres, en la que Dios se compromete sin que por ello queden suprimidos la libertad y el pecado del hombre. En la historia de Atalía, se trata de la dinastía de David, y si la crónica de los Reyes insiste en ello, es para poner de relieve la figura del gran rey, relator de las promesas de Dios. ¿No es de la casa de David de donde nacerá el Mesías?

Jesús rechazó este el título, debido a sus excesivas resonancias militares y políticas. Pero Dios no se avergonzó de que su Hijo nazca del linaje de David, un linaje, a decir verdad, sin prestigio real. José, hijo de David... "En la frente del Mesías brillará la corona", prometía el salmo a la gloria de David; pero fue la corona de espinas y el manto del escarnio. Así se construye la historia de los hombres, en la que Dios viene a inscribir su propia historia.

"No amontonéis tesoros en la tierra", dice Jesús. Y el salmista decía: "¡No pongáis vuestra confianza en los príncipes!" Los ladrones horadan las paredes para robar, y los hijos de rey son desposeídos por las intrigas, intrigas de porvenir incierto, por otra parte. ¡Las luces de este mundo no brillan nunca con resplandor eterno!

Bien pronto el pueblo real conocerá el exilio, la deportación, la humillación. Pero es allí, en tierra extranjera, sin tesoro y sin fuerza, donde aprenderá el verdadero nombre de Dios y el rostro de su Mesías, Servidor doliente y amigo de los pobres.

Cuando mataron a Atalía, se acercaba la hora en que los profetas iban a hablar con un lenguaje nuevo, incisivo, religioso y perturbador. Amós, Oseas, Isaías... no temerán decir la verdad a los reyes y a los poderosos; ellos serán la Palabra del Dios que prometía el futuro a David, pero sin llegar a revelarle hasta qué punto tenía que cambiar el curso de la historia para que llegase un día el Mesías esperado.

*
**

**Aleja nuestro corazón de los ídolos,
no permitas que nos dejemos engañar
por el señuelo de tesoros sin mañana.
Dios que vives eternamente,
sólo tú puedes garantizar nuestro futuro:
que nuestro corazón esté en tí,
para que vivamos
libres del temor a la caducidad
en que acaban las glorias de este mundo.**

*
**

**Concede, Señor,
a los que tú eliges
para ser pastores y guías de tu pueblo,
que pongan en tí su fe y su fuerza,
pues nadie podrá llevar al mundo a la luz
si no vienes tú cada día
a purificar las tinieblas del corazón del hombre.**

UNA BRIZNA DE DESPREOCUPACION

2 Crónicas 24,17-25. *El autor de 2 Re juzga bastante favorablemente el reinado de Joás, fijándose, sobre todo, en las reparaciones que el soberano ordenó hacer en el templo de Jerusalén. 2 Cr insiste también en la amplitud de la renovación del santuario, pero precisa, además, que el rey sólo observó una conducta irreprochable durante el pontificado del sacerdote Yehoyadá después de cuya muerte el rey y su corte volvieron a adorar a los ídolos.*

Esta situación da al Cronista la ocasión de reivindicar, en favor de los sacerdotes, la inspiración profética. Relata, en efecto, los reproches que el gran sacerdote Zacarías, hijo de Yehoyadá, dirige al rey cuando el espíritu de Dios descendió sobre él. Por otra parte, y mucho más que el autor de los libros de los Reyes, el Cronista relaciona el castigo con la mala conducta real. El asesinato de Zacarías, por otra parte, marcó, muy profundamente la conciencia de Israel y dio lugar a muchos comentarios. El propio Jesús hace alusión a ello en sus invectivas contra los escribas y fariseos.

Se trata de otro poema dinástico que recuerda las promesas divinas sobre la elección de la dinastía davídica.

En realidad, el salmo 88 es extremadamente complejo y contiene, junto al poema dinástico, una súplica nacional y un himno cósmico.

Mateo 6, 24-34: ver p. 43

**

¿Por qué complicarse tanto? ¡A cada día le basta su afán! El Evangelio no condena el trabajo ni la inteligencia. Pero la preocupación, cuando hace presa en el hombre, conduce inevitablemente a la incredulidad. El que antepone su supervivencia a los intereses de Dios acaba siempre negando a Dios. ¡Al menos al Dios del Evangelio que se cuida de nosotros, al Dios a quien llamamos Padre!

¡Buscad primero el Reino, y todo lo demás os será dado por añadidura! Buscad primero lo que hace vivir a todos los hombres en justicia e igualdad, ¡y vuestra vida quedará iluminada por una alegría insospechada! ¡Buscad primero el compartir, y lo que necesitáis adquirirá un gusto nuevo! ¡Sin consideraros aves del cielo, poned un poco de canto y de capricho en vuestro menú cotidiano, y vuestras necesidades se transformarán en deseo de aire puro y de libertad! ¡No os preocupéis por el día de mañana ni de pasado mañana, porque Dios os guarda cada día en la palma de su mano! Sed realistas... ¡Mirad más allá de las apariencias!

Pero, sobre todo, no permitáis que el dinero se haga vuestro dueño. ¡Miradlo tal como es y utilizadlo en bien de todos! No os pongáis en peligro de ser desgarrados después de vuestra muerte por herederos voraces... ¡Dejadles por única herencia la alegría de bendecir vuestro nombre, como se bendice el nombre de Dios!

Sí, vivid como Dios, pues "Jesucristo se hizo pobre, él que era rico, para que en su pobreza vosotros hallarais la riqueza". Como él, enriqueceos y enriqueced al mundo con esa brizna de despreocupación que es, aún en el corazón mismo del infortunio, la marca y la sonrisa de Dios.

**

**Por los que deben administrar el dinero
y los bienes de este mundo:
¡que conserven la lucidez suficiente
para poner su corazón en lo que no perece!**

**Por los que se desaniman a fuerza de preocuparse demasiado:
¡que recuperen el gusto de vivir
al contacto con Dios, que se cuida de cada hombre!**

**Por los que tienen miedo a envejecer:
¡que aprendan de nuevo a vivir
como si cada día fuera el primero y el último!**

**Por los que se ven obligados
a preocuparse del gobierno del mundo:
¡que busquen y encuentren el Reino
en el que todo es para todos
y en el que reina la paz!**

**

**Oh Dios, que cuidas de nosotros
¡bendito seas por las flores del campo
y el canto de los pájaros!
Enseñanos, en la contemplación de tu obra,
ante todo, a bendecirte;
así podremos, llevados por tu gracia,
vivir cada día en la confiando en tu bondad.**

LOS POBRES NO JUZGAN

2 Reyes 17,5-8. 13-15a 18. *Fin del reino de Israel: el asirio Salmanasar V toma la capital y, según las costumbres de la época, envía al exilio a la "crema y nata" de la población judía, procurando que se dispersen por sus diferentes posesiones territoriales para impedir cualquier intento de revuelta.*

El historiador deuteronomista puede sacar ahora las conclusiones de su historia de la monarquía. Para comprender su proyecto, hay que recordar que esta historia fue escrita durante el exilio, en un momento en que los judíos se preguntaban por las causas de los diferentes desastres que habían vivido. Una pregunta estaba entonces en boca de todos: ¿por qué Yahvé ha abandonado a su pueblo? Para el deuteronomista no había más que una respuesta posible: el pueblo, con sus reyes, había roto la alianza del Sinaí.

El salmo 59 está compuesto por dos súplicas públicas. La que recoge el leccionario debió de ser escrita con ocasión de un temblor de tierra, quizá el que tuvo lugar bajo el reinado de Osías, en el 750 antes de Jesucristo (cfr. Am 1,1). Por otra parte, la invasión asiria en el norte de Palestina supuso otro auténtico seísmo.

Mateo 7, 1-5: ver p. 47

**

Sobre el salmo 59

**Es la guerra, el ruido de las armas;
la guerra de las lenguas
y las armas de la injusticia.
El país se ve sacudido,
la gente es presa del vértigo;
ya no queda sino levantar
el campo, huir al exilio...**

**¡Oh Dios, levántate!
¡Oh Dios, desarma las lenguas impías!
Devuélvenos, oh Dios, la paz y la alegría,
pues en ti somos todos hermanos.**

**

¿Será rencoroso Dios? ¿nos juzgará verdaderamente con la misma medida que nosotros utilizamos para juzgar a los demás? ¿Fue realmente el exilio de Israel el castigo del pecado cometido por el pueblo? Si Dios es misericordioso, si se complace en perdonar, ¿por qué recompensa a los buenos y castiga a los malos, como haría cualquier juez humano?

Pero nosotros comprendemos mal la misericordia. La invocamos en nuestra defensa sin pensar realmente en imitar a Dios y hacernos, también nosotros, misericordiosos... Dios no castiga. Pero Jesús, como los profetas, nos advierte que un mundo en el que el corazón del hombre se ha endurecido corre hacia su perdición. No es Dios quien envía al pueblo al exilio, pero ¿cómo no ver en el exilio una solución fatal, cuando ya nadie intenta vivir conforme a la ley del amor? A pesar de todo, resulta impresionante comprobar cuantos hombres han aprendido a vivir como hermanos en los campos de cautividad

Decimos y repetimos en todos los tonos posibles que Dios es amor. Incluso lo cantamos, pero luego nos apresuramos a condenar a nuestros hermanos. ¿Cómo no escandalizarse de ello? Es perfectamente normal, por tanto, que se le advierta al pueblo en el exilio que la fuente de todos sus males está en su desobediencia a la Alianza y al mandamiento de Dios. Amarás...

¿Será, preciso, pues que suframos el exilio y la cautividad para tomar al fin conciencia de que la paja en el ojo de nuestro hermano no merecía verdaderamente tantos juicios adversos? Como le sucedió a Israel, es la abundancia lo que nos hace "duros" a unos para con otros. Por el contrario, en el desierto, el hombre, abocado a propia pobreza, descubre de pronto que Dios es ternura y que el rostro de los hermanos es su sacramento. En el desprendimiento se hace posible la comunidad fraterna, y cada uno, en lugar de insistir en los fallos de sus semejantes, resuelve tenderles la mano para llevar con ellos la carga común.

**

**No hemos obedecido a tu Palabra;
hemos cargado a nuestros hermanos
con el pesado fardo de nuestros juicios:
¡Señor, no nos trates según nuestros pecados!**

**Hemos hecho caso omiso de tu ley;
abrumando a los demás hombres,
hemos pecado contra ti:
¡Señor, no nos juzgues según nuestras culpas!**

**Nos hemos extraviado en nuestra suficiencia
y hemos creado un mundo sin esperanza ni alegría:
¡Que tu misericordia, Señor, descienda sobre nosotros!**

BASTA CON UN PEQUEÑO RESTO

2 Reyes 19, 9b-11.14-21.31-35a 36. *Después del reino de Israel, le tocó el turno al de Judá. En esta ocasión el cronista proporciona más detalles. En realidad, el reino del sur se había sentido amenazado desde las primeras manifestaciones de la política anexionista de Asiria, y la caída de Samaría, en el 721, había supuesto un duro golpe para la moral de la población de Jerusalén. Por otra parte, las cosas no iban del todo bien en Nínive, la capital asiria; la solidez del trono se había visto perturbada durante un tiempo por sucesivas querellas sucesorias, lo cual favoreció la eclosión de esperanzas, tanto entre los exiliados como en los países vasallos de Asiria. Por ello el rey de Jerusalén, Ezequías, intentó, aunque en vano, rebelarse contra Senaquerib, el cual, deseoso de encontrar una ruta libre hacia Egipto, envió dos embajadores a Jerusalén, con un doble encargo: amenazar al rey judío y levantar a la población contra él.*

El relato narra la oración desesperada que el rey Ezequías elevó a Yahvé antes de llamar a su lado a Isaías. La posición del profeta era delicada. Por una parte, él había denunciado siempre a la diplomacia real, y sobre todo la alianza con Egipto; por otra, consideraba que la expedición punitiva de Senaquerib era un castigo merecido por los pecados de Israel. Por eso se contentó con repetir al rey lo que había anunciado siempre: que, a pesar de los malos tiempos, Dios no abandonaría a su pueblo, y de Jerusalén habría de salir un "resto".

Mientras que serias amenazas pesan sobre Jerusalén, el salmo 47, que es un cántico de Sión, recuerda la protección que Yahvé ha dispensado siempre a la ciudad santa.

Mateo 7, 6.12-14: ver p. 50

**

"Porque de Jerusalén saldrá un resto". La palabra del profeta es un acto de fe en el futuro; pero, aunque predice a corto plazo una estruendosa derrota del rey enemigo, nada será podrá, finalmente, impedir la ruina de Jerusalén. Sólo un resto sobrevivirá.

La Iglesia, hoy más que nunca, es ese resto. Pasado ya el tiempo en que la religión edificaba ciudades y los cristianos dominaban desde lo alto de sus fortalezas, ahora no somos en el mundo más que un resto, un pequeño resto. Pero no ese resto que queda después de la derrota, hasta que se extingan los últimos supervivientes, sino un "resto" en el sentido bíblico, un brote, una simiente arrojada en tierra nueva. Hemos comprendido, a lo largo de muchas pruebas, que el camino de la vida es estrecho y que hay que buscar para encontrarlo. Jerusalén no es ya la capital de la

fuerza cristiana, como tampoco lo es Roma ni cualquier otro lugar... Nuestra ciudad santa está en todas partes, allí donde hay hombres que viven en la fe humildemente, como se vive una esperanza.

Hubo un tiempo en que llevábamos nuestras riquezas con ostentación, como las matronas demasiado ricas lucen sus joyas. Y, sin preocuparnos siquiera por ello, resulta que hemos dejado que nuestro tesoro se devaluara. Confundiendo con demasiada frecuencia las perlas finas con la bisutería, hemos permitido que el mundo pisoteara nuestra fe al mismo tiempo que nuestras maneras trasnochadas. Y el edificio se ha resquebrajado... ¿O no se habrá incluso derrumbado? Somos un pequeño resto, sin más tesoro que nuestra esperanza.

Este tesoro basta. El Evangelio no promete la conquista del mundo; desconfía de las avenidas demasiado amplias, por las que el hombre cree poder alcanzar la salvación sin renunciar a sí mismo. La puerta del Reino es estrecha. Cuando Jesús entró en Jerusalén, la multitud se apiñaba, creyendo que habían vuelto los hermosos días del triunfo. Pero nuestro Salvador no hizo más que atravesar la ciudad por el escarpado camino de la cruz. Abandonado, desvalido, franqueó la estrecha puerta del Gólgota, y allí, pobre resto, conoció la prueba de la vida.

¿Podría la Iglesia vivir de otra manera que su maestro?

*

**

**Impídenos, Señor,
dilapidar el tesoro que nos has confiado;
aparta de nosotros la tentación
de acumular riquezas demasiado fáciles.
Condúcenos por el camino de la vida;
que no tengamos otra fuerza
que la esperanza en tu Palabra,
Oh Dios que permaneces con nosotros
cuando no nos queda más tesoro que tú.**

EL ARBOL DE LA VIDA

2 Reyes 22, 8.10-13; 23, 1-3. *Josías, ¡un rayo de sol entre las sombras de las dinásticas! Con David y Ezequías, es el único que escapa al juicio severo del redactor deuteronomista. Como Ezequías, también él había emprendido una amplia reforma religiosa; fue él, sobre todo, quien suprimió los cultos extranjeros y centralizó la religión en Jerusalén.*

Según los anales históricos, llevó a cabo un vasto programa de reformas sobre la base de "un libro de la Ley", descubierto en el templo con ocasión de unos trabajos de restauración. Este libro, al parecer, contenía la sección legislativa del Dt (caps. 5-28); debió de ver la luz en el reino del norte, y posiblemente llegó a Jerusalén después de la caída de Samaría. Es posible que hubiera servido ya para la reforma de Ezequías y que luego se hubiera perdido su rastro.

Por otra parte, Josías aprovechó también las flaquezas del enemigo para reafirmar la independencia de su país y volver a ocupar el reino del norte. La estrella asiria empalidecía a ojos vistas y pronto iba a estrellarse contra el poder babilónico. El faraón de Egipto, que quería atravesar Palestina para acudir en ayuda de Asiria, se enfrentó a las tropas de Josías en Megguiddó. El rey de Jerusalén fue vencido y murió en plena batalla (509 a.C.).

Ningún salmo canta mejor la admiración y el reconocimiento de Israel por la Ley que el salmo 118.

Mateo 7, 15-20: ver p. 53

*

**

"Cuando el rey Josías hubo leído todas las palabras del libro, el pueblo entero suscribió la Alianza". Esta palabra maravillosa, evocadora tanto de tratados de guerra como de compromisos amorosos, atraviesa toda la Biblia. Toda reactivación de la vida religiosa es una renovación de la Alianza, hasta llegar a esa Alianza nueva y eterna, sellada por Jesús con su sangre y que celebramos en cada Eucaristía. Dios ha hecho una alianza con el hombre, y nosotros no tenemos nada mejor que hacer que entrar en dicha Alianza, cada vez que la infidelidad nos ha hecho salir de ella. Volver a la Alianza, como se vuelve a encontrar el camino, exigente y exaltante, del amor y de la fidelidad. Pues, frente a las alianzas militares demasiado fácilmente selladas por Israel, a riesgo de perder con ellas su fe, la Alianza que Dios quiere es la del corazón, la del amor, la de la fidelidad a una Palabra más segura que las armas de guerra. La reforma religiosa del rey Josías es testimonio de ello.

Las palabras de Jesús en la montaña son también una proposición de alianza; anticipan ya la gran Alianza de la cruz y del Espíritu. "Tenéis que dar fruto", dice Cristo. No basta con enorgullecerse de pertenecer exteriormente al pueblo de Dios; ¡un árbol puede estar muerto y no ser capaz de dar fruto! Pero ¿cómo dar de nuevo buen fruto, si Dios no viene a renovar el corazón, si su gracia no fecunda nuestras tierras resacas? La savia es un don, un amor que el Espíritu infunde en el corazón del hombre. Por eso las exigentes palabras del Señor no podrían hacerse en nosotros espíritu y vida si el Espíritu no viniera a fecundar nuestra fe. La obediencia a Dios es también una gracia; ¡de nosotros depende recibirla sin poner obstáculos!

Es el Señor quien nos enseña el camino de su ley: es él quien nos guía y nos ilumina. Quizá el entusiasmo de un momento puede darnos la ilusión de que podemos, con nuestras propias fuerzas, comprometernos con Dios; pero es bueno que el pecado venga a enseñarnos nuestros límites. Solamente entonces la obediencia se hace humilde y confiada. Entre los falsos profetas, hay que desconfiar, sobre todo, de los que transforman la fe en moral humana y nos tratan como si pudiéramos complacer a Dios sin contar con su... En el árbol de la cruz, Jesús dio fruto, no por la solidez su fuerza contra cualquier prueba, y su sangre vertida es para nosotros el sacramento de la nueva Alianza, una alianza basada en la gracia.

**

**Te devolvemos gracia por gracia,
Dios fiel
que no cesas de renovar por nosotros tu Alianza.
En tu Hijo Jesús
reconocemos al profeta que viene de ti:
su palabra es espíritu y vida,
y el hombre que hay en él
puede dar muchos frutos.
En el árbol de la cruz
renovó tu Alianza con su sangre,
y, de su carne entregada a la muerte
hemos recibido la fuente de toda gracia.
Por eso,
guiados por el Espíritu,
te bendicimos con todos nuestros hermanos
que ponen en ti su fe y su esperanza.**

CIMIENTOS QUE RESISTEN

2 Reyes 24, 8-17. *La historia de los dos reinos judíos estuvo constantemente dominada por la rivalidad que enfrentó a Egipto con los imperios mesopotámicos. Palestina tenía la desdicha de encontrarse en medio del camino que tenían que tomar los dos ejércitos enemigos.*

El final de Jerusalén fue rico en acontecimientos. En primer lugar, Egipto fue vencido en el 605 por las tropas de Nabucodonosor (cfr. Jr 46, 2-12), pero el príncipe babilónico, que entre tanto se había convertido en rey, sufrió a su vez cuantiosas pérdidas unos años más tarde. El sucesor de Josías se aprovechó de ello para insubordinarse, lo cual le costó el trono y la vida. Para evitar la destrucción total del reino, su hijo Jeconías prefirió marchar al exilio con toda su casa. Entre los deportados se encontraba el profeta Ezequiel. No obstante, preocupado por mantener al pequeño pueblo de Judá dentro de las fronteras de Egipto, Nabucodonosor sentó en el trono de Jerusalén a un tío de Jeconías, al príncipe Matanías, al que, tal vez en señal de sumisión, puso el nombre de Sedecías.

El salmo 78 es una queja nacional que acusa a los enemigos de Israel y suplica a Yahvé que aparte las desgracias que éstos les causan.

Mateo 7, 21-29: ver p. 55

*
**

Sobre el salmo 78

**Si tienes en cuenta nuestras faltas pasadas,
¿cómo quieres, Señor,
que tu Iglesia pueda resistir la borrasca de los siglos?
Nosotros solos no podemos...
Si no tomas tú partido por nosotros,
¿será el final de tu heredad!**

*
**

Un hombre previsor había construido su vivienda sobre la roca... ¿Hay una ciudad más sólidamente construida que Jerusalén? ¿Hay una colina más invencible que el monte Sión? Pero la tempestad se ha abatido sobre la casa de David... ¿Cómo es posible que la piedra angular del templo haya evidenciado no ser más que arena y polvo? ¿Quién denunciará al imprevisor, al insensato? ¿Cómo comprender que Nabucodonosor ejecute lo que el Señor había anunciado?

¿Va a recaer la culpa de David sobre su descendencia? Pero, después de que el gran rey hubiera tropezado con la piedra de escándalo, su conversión había firmado con Dios una alianza de perdón, y su hijo Salomón había podido edificar un templo sólido y orgulloso para el Señor. No, como dirá Ezequiel a los exiliados, ¡Dios no castiga las faltas de los padres en la cabeza de sus hijos! ¡Cada cual tiene su propia responsabilidad!

Sí, pero hay que añadir que para Dios somos todos miembros unos de otros, y que la previsión de unos puede topar con la locura de los otros. A cada cual, ciertamente, se le pedirán demandadas cuentas por su propia conducta, pero la vida de la Iglesia presupone también una fe común, una fidelidad de todos. Si la piedra del templo es atacada por la incredulidad de los fieles, no podrá resistir a la erosión, y todo el edificio se derrumbará. ¡Una Jerusalén sin piedras vivas no es ya sino una vivienda sin vida y dispuesta a la ruina!

El sermón de Jesús en la montaña, que concluye hoy, no es una carta de moral individual, sino el fundamento de la Iglesia y de la Alianza nueva. Una alianza en la que cada uno hace cuerpo con sus hermanos y en que la responsabilidad personal es el cemento del edificio entero. Cada vez que la Iglesia sufre los asaltos de Nabucodonosor y tiene que sufrir durante un tiempo, los dolores del exilio, cada uno de nosotros tiene que preguntarse si ha sido en dicha Iglesia piedra viva o, más bien, polvo arrastrado por el viento.

*
**

**Tú has fundado tu Iglesia, Señor,
sobre la roca de tu Palabra
y le has dado como prenda de futuro
la fuerza de tu resurrección.
No permitas que la dispersión
venga a quebrar nuestra fidelidad,
sino haz de nosotros piedras vivas
para la edificación de tu morada
en cualquier época del mundo
y por los siglos de los siglos.**

EL CANTO DE LA ESPERANZA

2 Reyes 25, 1-12. *En el 594 surgieron nuevas dificultades en Babilonia. Contando con el apoyo de Egipto, Sedecías se rebeló contra su soberano. Pero fue una mala idea, pues Nabucodonosor decidió darle un castigo ejemplar. El babilonio encerró a las tropas de Judá en su fortaleza y las fue reduciendo una a una. En el 587 capturó a Sedecías y lo condujo a su cuartel general de Ribla, en Siria. Allí, los hijos del vencido fueron degollados en presencia de su padre, y, para que éste conservase para siempre esta última imagen espantosa, le sacaron los ojos y, cargado de cadenas, lo llevaron a Babilonia. El resto de la población le acompañó al exilio, y poco tiempo después Jerusalén fue arrasada. Sin embargo, el libro de los Reyes termina con una nota optimista: el sucesor de Nabucodonosor, absolvió a Jeconías, le sentó a su mesa y dio órdenes para su excarcelación.*

El salmo 136 es difícil de clasificar. Canta la nostalgia de los exiliados; Jerusalén sigue siendo el centro de sus pensamientos.

Mateo 8, 1-4: *ver p. 59*

Sobre el salmo 136

**Desterrado en tierra extranjera,
¿cómo cantaría el leproso,
del que todos se apartan?
¿Qué canto, qué esperanza
reanimaría esa carne ya muerta?
Pero basta una oración
para que renazca la vida;
una oración y un grito:
"¡Si quieres, puedes salvarme!"
Y de ese grito brotó un canto nuevo.**

Jesús ha proclamado las leyes fundamentales del Reino nuevo. Los pobres y los rechazados son los primeros en ser llamados. Y he aquí que aparece un leproso, enfermo y condenado, pues la lepra no es sólo mancha del cuerpo, sino que, a los ojos de la ley antigua, es el signo de la desaprobación divina. Nadie puede acercarse a un leproso; y, sobre todo, nadie puede tocarlo. Reprobado, el leproso se encuentra en exilio perpetuo, fuera de la sociedad de los hombres.

Jesús ha proclamado la dicha de los perseguidos. Pero ¿qué sería un discurso sin actos? El Reino de Dios no es un proyecto en las nubes; es una realidad terrestre. Jesús toca al leproso y los cura. El Reino está próximo. Y sin embargo, el Reino de Dios no será un triunfo fácil: al tocar al

leproso, Jesús ha contraído su enfermedad y deberá pronto exiliarse también él de la comunidad religiosa de los hombres. Proscrito, será condenado a muerte fuera de la Ciudad, y todos lo mirarán como a un leproso, "de quien todos apartan la mirada".

El Reino de Dios sólo puede transformar nuestra tierra si sus apóstoles aceptan compartir el exilio de los rechazados de este mundo. El mal parecerá prevalecer a menudo y nosotros lloraremos, rechazados en tierra extranjera. En las orillas de los ríos de Babilonia...

¡Qué hermoso sería que la tierra fuera transformada en paraíso y que leproso no fueran nunca más rechazados! ¿Qué hombre no soñaría con un mundo sin enfermos y sin injusticias? Una Jerusalén nueva, sin lágrimas ni llanto, sin duelo ni pecado... ¡Un Reino de paz universal, un tañer de arpas, un cántico al Señor...!

Hermanos, la dureza de la existencia no puede desalentarnos. La Palabra del Señor conserva su autoridad a través de las pruebas del tiempo, y el Resucitado no abandona nuestra tierra. No podemos perder su recuerdo, nosotros que hacemos memoria de su muerte y de su resurrección en cada una de nuestras eucaristías. Pero nuestros cantos nostálgicos deben transformarse en actos: la llegada del Reino depende de nuestro compromiso con todos los leproso, hasta llegar a compartir su suerte. No solamente al abrigo de nuestras iglesias seculares, sino también a las orillas de los ríos de todas las Babilonias modernas, donde el hombre espera más que nunca que cantemos para él el cántico de la esperanza.

**¡Que nuestra boca quede muda, Señor,
si no podemos proclamar a nuestros hermanos
las palabras que curan y hacen levantarse al hombre!
Tú que prometiste la paz y la dicha a los rechazados,
tú que llevaste el pecado del mundo,
transforma nuestros cantos de queja
en cántico de esperanza,
y dignate, sobre todo, convertir nuestro legarto
en pasión por todos los que sufren.**

MESA ABIERTA

Lamentaciones 2, 2.10-14.18-19. *¡Jerusalén ya no existe! En la encrucijada de las civilizaciones, una luz se ha apagado, pues, aunque Israel no era más que un pequeño pueblo, aunque hablaba la misma lengua que sus vecinos, también es verdad que daba a las palabras un sentido diferente. Con su destrucción, desaparece una cierta idea del hombre, se cierra una cierta apertura al Otro.*

¿Se ha convertido Dios en el enemigo de su pueblo? ¿Es él quien ha assolado los pastos de Jacob? Es verdad que aún quedaba la política de los reyes, pero, cuando el pueblo muere, ¿no es señal de que Dios mismo ha muerto? ¡Y los profetas, que, en lugar de sus visiones, ahora sólo saben deformar la realidad con pinceladas inconsistentes! ¡Hombres falaces que no han sido capaces de denunciar los pecados del pueblo, aduladores que no dejan traslucir su perversidad! ¿Cómo podría Israel volver a Dios? Los ojos de los ancianos están enrojecidos por las lágrimas, las hijas de Jerusalén yacen postradas, y los hijos gritan de hambre por las esquinas de las calles. Hasta las murallas lloran... ¿Cómo? ¿Cómo es posible?

El salmo 73 es un salmo de súplica nacional y prolonga el interrogante suscitado por el libro de las Lamentaciones.

Mateo 8, 5-17: ver p. 61

*
**

Sobre el salmo 73

**Dios no olvida nunca su Alianza.
Que venga un extranjero murmurando:
"No soy digno",
y las puertas de la sala del festín se abrirán
para acogerlo y salvarlo.
Tú, pueblo heredero de la promesa,
olvida tus privilegios
y vuélvete hacia tu Dios rogándole:
"¡Señor, no soy digno!"**

*
**

"Ha tomado sobre sí nuestros sufrimientos, ha llevado nuestras enfermedades..." El canto podría ser de triunfo de aclamación. En las calles de Jerusalén, cierto viernes, será un canto de duelo y de conmiseración. Las mujeres, a lo largo del camino, velarán sus rostros como si estuvieran ante un leproso. El Cordero de Dios seguirá adelante, encorvado bajo el peso de nuestros pecados... Pero a las mujeres cubiertas por el velo, el Señor les dirá: "¡Hijas de Jerusalén, llorad por vosotras mismas!"

Un canto de lamentación se ha elevado sobre Jerusalén, pues la ciudad ya no existe. Ruinas y desolación. Como han dado muerte al inocente, ya nada permanecerá en pie en sus moradas... Curaba a los enfermos, acogía a los pecadores, mostraba el Reino de Dios, pero ellos prefirieron su fuerza y su prestigio. Exiliados, proscritos, reducidos a la miseria, marcharán errantes por los caminos del desierto. "¡Hijas de Jerusalén, llorad por vosotras mismas!".

¿Nos habrá olvidado Dios? ¿Querrá vengarse del mal que han hecho los hombres? "¿A qué viene, oh Dios, ese rencor, esa cólera del Pastor contra su rebaño?" Han sido ellos los que han pagado fuego a tu santuario...

Pero Dios no ha olvidado su Alianza; su misericordia es ivencible. Dios no ha olvidado la oración de su Hijo y el grito del inocente. En tres días ha reconstruido su santuario. En adelante, el templo de Dios está allí donde los hombres depositan su fe en el Amor hecho carne.

Un centurión, un pagano, un extranjero es proclamado dichoso con esa bienaventuranza más fuerte que cualquier lamentación. ¡Bienaventuranza de la fe! Cuando el pueblo pecador ponía su fe en su propia fuerza, un hombre proclama su indignidad No muestra ninguna pretensión; simplemente, tiene una petición que hacer y una inmensa "superdosis" de confianza: "Sólo tienes que decir una palabra..."

"Hijo mío, vuelve a tu casa..." La ciudad de Dios no será ya nunca más una ciudadela alta y fortificada. Para siempre, Dios habitará allí donde vivan, en su casa, hombres y mujeres capaces de decir: "No soy digno, pero di una sola Palabra..."

*
**

**Para el hombre que confía en ti, Señor,
tú transformas los gritos de dolor
en cantos de alegría y esperanza.
Mira a tus siervos,
paralizados, esclavos de nuestras miserias.
No somos dignos de tus favores,
pero di una sola palabra
y podremos darte gracias
con todos a cuantos invitas al festín de tu Reino,
mesa abierta para los pecadores
y para los pobres del mundo.**

PLAN PARA UNA ESTRATEGIA

"La cosecha es abundante". No es la hora del ocio. Para un pueblo desviado, bastardo, Dios suscita profetas; para un mundo fatigado, sin pastor, Jesús llama a los Doce. La mies es abundante, porque Dios, en lugar de condenar y de aniquilar, perdona. Los profetas, los misioneros, serán los cosechadores de esta gracia. Darán gratis lo que gratis han recibido.

Sin embargo, de todas partes nos llegan rumores de fracaso. Como una esposa desvergonzada, Israel se volvió a sus dioses de antaño, con los que pecó y parió entre dolores, pero sólo recogió viento y tempestad. En tierras reales, he aquí que el justo es vendido por dinero y la justicia condenada a muerte. Contemporáneos de Jesús, los escribas maquinan su perdición; Cafarnaún endurece su corazón. El pecado paraliza a los hombres y a la sociedad. Pronto los apóstoles se enfrentarán a la persecución a causa del nombre de Jesús. Hasta las familias serán divididas...

¿Cómo no iba Dios a emprender un proceso contra su pueblo? "¡Cafarnaún, te hundirás hasta las moradas de los muertos!" Pero el proceso de Dios sólo puede ser el de un enamorado... ¡Una acusación apasionada, ciertamente, pero con palabras que traicionan al corazón! "¡Pueblo mío, ¿qué te he hecho? ¿No recuerdas ya tu juventud, tu infancia, el desierto en el que nos comprometimos y tus primeros pasos, cuando yo te enseñaba a andar?" ¡Pues Dios llegó hasta el extremo de enseñar a dar los primeros pasos del amor a su esposa, paralizada ya para entonces! Si en nuestros días está entablado un proceso, no es con vistas a un divorcio, sino con el proyecto de sellar una alianza nueva... Dios se complace en perdonar.

Mirad, pues, cómo Jesús rehabilita al parálítico, llama al publicano, resucita a la joven muerta, perdona los pecados... No condena, sino que cura. Y luego envía a los Doce; elaborando para ellos una estrategia de misión. Pone su yugo sobre sus hombros para que sean, como El, mansos y humildes y para que puedan llevar la paz al corazón de los pobres. Tendrán que perderlo todo, darlo todo, arriesgarlo todo. Su estrategia será dar a los hombres una viva imagen del Maestro, que es, antes que nada, un Siervo.

"La mies es abundante." Dios, afligido por la ausencia de su adúltera esposa, sueña con volver a llevarla al desierto y rehacer su amor. Volverá a celebrarse la boda y el vino nuevo correrá a raudales. La recolección será abundante, "semillas de justicia y mies de misericordia". Y aunque el grano que se arrojó en tierra parece muerto, dará mucho fruto, pues Dios no ha permitido nunca que el amor se pudra en la tierra. ¿Cómo podría Dios olvidar la gracia de la primera mañana?

Israel no tuvo la exclusividad de la profecía. Egipto tuvo a sus adivinos; Mesopotamia a sus "baru", y Canaán a sus poseídos. El fenómeno profético ha sido, pues, común a todo el Oriente Próximo antiguo, y los profetas de los países vecinos ofrecían ya rasgos que se encontrarán luego entre sus homólogos judíos. Así, el "baru" mesopotámico se presenta como un funcionario, ligado a un santuario y encargado de dar su opinión sobre los asuntos de Estado. El que lo haga con ayuda de técnicas adivinatorias no cambia nada el hecho de que sus sucesores de Samaría o de Jerusalén no dejarán de intervenir en la política de su país.

Israel debió de entrar en contacto con estos profetas con ocasión de su asentamiento en Canaán; por otra parte, algunos reyes, como Ajab, traerán a profetas extranjeros. No obstante, parece que un abismo separó a los grandes profetas del Antiguo Testamento de sus predecesores cananeos. Es finalmente Eliseo quien mejor asegura la transición: vive en comunidad con sus "hermanos-profetas", subsiste con ayuda de las limosnas y de regalos y no tiene más vestimenta que unas pieles que pronto se convertirán en un símbolo de protesta contra el aburguesamiento de los antiguos nómadas.

En efecto, la protesta resume la actividad profética: protesta contra sociedad y la idolatría ambiente. La civilización urbana había sucedido al desierto, y con ella el acceso a la propiedad privada y el gusto por el confort. La solidaridad entre tribus, vital en la estepa, se había relajado para dar paso a la rivalidad social. Por otra parte, en el plano religioso, Israel se había entregado al culto de las divinidades cananeas, protectoras de la agricultura y de los pastos. Baal se erigió en oponente del "Dios de los padres" y la Alianza caía en el olvido. Entonces los profetas elevaron su voz para criticar duramente esta nefasta evolución y erigirse en defensores de los pequeños, y en campeones de Yahvé.

Pero ¿quiénes fueron estos profetas? Son particularmente discretos al hablar de sí mismos, absorbidos enteramente por el mensaje que transmiten de parte de Dios. Jeremías es el más explícito al hablar de su vida interior. Se presenta como un hombre de la Palabra. Una especie de fuerza implacable se ha apoderado de él y no le abandonará nunca. Y no es que el profeta sienta un gusto particular por el ejercicio de su ministerio; al contrario, da muestras de una continua tensión interna entre sus aspiraciones personales y esa Palabra que lo devora y lo aísla de sus semejantes. Pero Jeremías sabe también que sería más desdichado aún si no hablase.

El profeta es también un vidente. Lo es, en primer lugar, por su capacidad de contestación, pues, a pesar de su soledad, nunca aparta su mirada de los acontecimientos contemporáneos. Crisis, guerras, exilios: comparte lo bueno y lo malo con su pueblo, pero ve los acontecimientos con una mirada diferente, sostenido por la fe que le anima. Al mismo tiempo, proclama que esa mirada es obra del Espíritu. Sin embargo, el mundo en el que penetra el profeta por medio de su visión no es imaginario. La visión inaural de Isaías, por fantástica que sea, hunde sus raíces en la experiencia humana; la liturgia es la del templo de Jerusalén, y el Dios santo tiene rasgos davídicos.

Hay que hacer notar también que el movimiento profético corresponde a una situación política muy crítica para Israel. Cuando Isaías comenzó a hablar, Judá veía amenazada su existencia, lo cual debía inevitablemente plantear la cuestión de la perennidad de las alianzas (en aquel momento, la alianza con la casa de David). La crisis política aparece, pues como la manifestación terrestre del combate entre Yahvé y los poderes del Caos, entre el Bien y el Mal. Por eso el profeta se esfuerza en convencer a sus compatriotas de la necesidad de una conversión cuya posibilidad, por otra parte, sólo Dios puede darle. Solamente entonces podrá abrirse un nuevo periodo histórico en el que se cumplan las esperanzas de Israel, basadas en la alianza sinaítica o en la realeza davídica.

Pero ¿qué pasa si la promesa no se realiza? A pesar de todos los oráculos de salvación, Israel ha caído en manos de Nabucodonosor... Un discípulo de Isaías se ha dado cuenta enseguida del problema que plantean las promesas no cumplidas y escribe en su introducción que "la palabra de Dios vivirá para siempre" (40,8). Convencido de la fidelidad de su Dios y preocupado al mismo tiempo por preservar su libertad, el pueblo judío salvará la actualidad del mensaje profético proyectándolo en la escatología. Mientras la promesa no sea cumplida, la palabra profética seguirá siendo válida, aunque los acontecimientos la desmientan provisionalmente. Dado que "el futuro de Dios permanece abierto" (P. Grelot), los discípulos de un profeta no dejarán de retomar las profecías antiguas para alimentar la esperanza de su pueblo en situaciones nuevas.

**Oh Dios, que llevas la historia con paciencia,
¡bendito seas por tus apóstoles y profetas!**

**Ellos creyeron en tu Palabra
y llevaron su combate
hasta ganarse la más dura persecución.**

**Ellos experimentaron a diario
que su misión era una espada
que atravesaba su corazón
y les obligaba a darlo todo por ti.**

**Ellos lo dieron todo,
su tiempo y su descanso,
su reputación y su futuro.**

**Ellos pronunciaron la palabra subversiva,
se opusieron a los poderosos,
ayudaron a los pobres indefensos,
y tomaron partido por la justicia.**

**¡Bendito seas, oh Dios,
pues nunca abandonas a tu pueblo,
aunque pese sobre él el castigo por su infidelidad!**

**Te pedimos, en estos tiempos difíciles,
que sigas con nosotros a pesar de nuestras faltas
y nos salves a pesar de nuestras alianzas con el mundo.**

**Ante ti lo reconocemos:
sólo hemos recogido viento;
queriendo preservarlo todo, lo hemos perdido todo.**

**Hemos ocultado tu nombre
para pactar con los que blasfeman de ti,
hemos renegado de la justicia y del amor
para expoliar a los desdichados
y enriquecernos con lo que nada vale.**

**Y ahora llevamos sobre nuestros hombros
el yugo de la esclavitud
que nos mantiene encadenados a nosotros mismos.**

¡Señor, no abandones a tu Iglesia!

¡Sigue suscitando obreros que recogan tu mies!

¡Llama a profetas que levanten nuestra fe!

¡Tómanos en tus manos, a pesar de nuestras reticencias!

Tu Reino está cerca:

**¡Haz que seamos para nuestros hermanos
signo de tu paz y de tu perdón!**

DIOS TOMA PARTIDO

Amós 2, 6.10.13-16. *Como el poema precedente, dirigido contra las naciones, este oráculo contra Israel denuncia el desprecio por el derecho. Recuerda que Yahvé no tolera ninguna violación de la ley, ya se trate del derecho de los pueblos o del de las personas. Pero precisamente este poema, aunque contiene juicios generalizadores, dirige también reproches más vivos o más circunstanciales. Israel, es cierto, sufrió más reproches que cualquier otro pueblo; su responsabilidad es más pesada y el espectáculo que da al mundo es más desolador. Los jueces están corrompidos, y los humildes sufren la arbitrariedad de los poderosos. Incluso el culto se halla deshonrado, pues la vestimenta con la que se engalanan para los banquetes sagrados, el vino que se bebe en ellos, han sido confiscados a los pobres. Han olvidado incluso la obligación que marca la ley antigua de devolver su manto al deudor durante la noche. En una palabra, la antigua solidaridad de las tribus ha sido sustituida por la sórdida explotación de los más débiles.*

Israel será castigado; el rey asirio está en las fronteras y el pueblo se encamina hacia un desastre militar. Aquel día —el día del juicio— nadie escapará. Ni el arquero, ni el soldado ni el caballero: todos tendrán que huir, desnudos.

El salmo 49 es una acusación pronunciada por Yahvé contra su pueblo, acusado de hipocresía.

Mateo 8, 18-22: ver p. 64.

Sobre el salmo 49

*

**

**Dios ha entablado un proceso a su pueblo;
la acusación es rigurosa: en el tribunal de la fe,
¿quien será absuelto?
Escuchad, pues, los reproches de Dios,
y dejad que la gracia vuelva a vuestro corazón,
¡vosotros, que no habláis más que de alianza
y sólo vivís de la rapiña!**

Amós no es precisamente un profeta «dulzarrón», y, al oírle, más de uno fruncirá las cejas, preocupado —dirá— de que no se mezclen religión y política... Tanto más cuanto que el vocabulario de Amós se inclina más bien hacia la izquierda... Pero, ¿cómo podría callar un profeta digno de Dios, cuando la vida del pobre no vale más que un par de sandalias, cuando la cabeza de las gentes humildes es aplastada en el polvo? ¡El Dios de la Alianza no es un ídolo benévolo al que se acalla con incienso! Dios toma partido por los desdichados, y ¡tanto peor si sucede que la cohorte de los pobres está a la izquierda! A decir verdad, está en cualquier parte, donde el hombre escarnecido por el hombre, donde el pobre no tiene siquiera un lugar donde reposar su cabeza...

Dios toma partido por el pobre maltratado. El Hijo del hombre, Jesús, no irá a otra parte, sino que se quedará con este pueblo del que todo el mundo abusa. Mirad a ese escriba, dispuesto a seguirle a cualquier parte a donde se dirija. ¿Qué le promete Cristo, sino una vida nómada, desarraigada, sin vivienda fija ni status social? Ni siquiera tendrá tiempo de enterrar a los suyos. La obra de Dios es urgente; es vida incluso para esos muertos, abandonados y aparentemente despreciados. "Mi sentencia es irrevocable", dice el Señor... "Quien no está conmigo, sin dudar, está contra mí", y Dios está con los hambrientos de justicia. ¡No es posible recitar las bienaventuranzas y, al mismo tiempo, no hacer nada contra la violación continua de los derechos humanos!

A punto ya de embarcarse, Jesús dice: "Seguidme". Y lleva a los suyos al otro lado del lago. En la otra orilla, ¿no son rechazados a diario los hombres por la suficiencia de los de "este lado"?

*

**

**Quisiéramos seguirte, Señor,
hasta el corazón del mundo,
hasta el pie de la cruz.
Pon fin a nuestras resistencias:
danos hambre y sed de justicia,
sé tú mismo nuestro apoyo.
Que no nos condene el grito
del hombre oprimido,
cuando tú entregaste tu vida
para salvar al pobre
y abrirle un futuro nuevo
en tu Reino de paz y de esperanza.**

A CONTRACORRIENTE

Amós 3, 1-8. "Escuchad esta palabra..." Dios se dirige a los hijos de Israel y les recuerda su elección. Había "distinguido" a Israel entre todas las naciones de la tierra, y ahora va a "ocuparse" de ella. Va a pedir cuentas al pueblo que ha descuidado los deberes que le imponía la elección.

Extraño destino el del profeta. Amós negará haber querido ser profeta (7, 14): Yahvé le ha obligado a hablar. ¿Por la amenaza asiria? ¿O por la excesiva tranquilidad y seguridad en sí mismo del pueblo? Un día, la contumacia de Israel había constituido para él un desafío que debía aceptar. No es posible amordazar la palabra de Dios, que se impone y estalla como el rugido de un león.

Es de admirar la sutileza con la que Amós explica su vocación a su auditorio. Siete preguntas antes de llegar a la pregunta capital antes de preguntar: "Cuando el Señor ha hablado, ¿quién no profetizará?" El judío procede por inducción; va de lo conocido a lo desconocido. No hay humo sin fuego, dice la sabiduría popular. Si un león ruge de satisfacción, es porque ha capturado una presa; si un profeta habla, es porque Dios le empuja a hacerlo. Sí, pero cuando el león ruge, hay que temer; cuando Yahvé habla, hay que escuchar al profeta.

El salmo 5 es una queja individual y una protesta de inocencia: "El malvado no goza de tu amistad".

Mateo 8, 23-27: ver p. 66

**

Sobre el salmo 5

**En el proceso de Dios
la palabra la tiene el demandante:
víctima del hombre impío,
éste es el pueblo de los pobres,
el pueblo que desprecian los insolentes.
¿No va a hacer Dios justicia
al desdichado sin recursos?**

**

Hay que partir hacia la otra orilla, ir a donde están los hombres en peligro. Pero ¿cómo abordar una tierra totalmente extraña, sin afrontar las innumerables dificultades de una travesía desconocida? El mar se agita violentamente, la barca se hunde. Y Jesús duerme... ¿Cuántas veces ha

aparentado Dios dormir cuando la travesía no encontraba más que tempestades y vientos contrarios? Sabemos bien que hay que ir hacia los hombres, pero ¿por qué nos deja Dios desamparados y solos? ¿Habrá muerto Dios? Estamos perdidos, enfrentados a un mundo sin salida. ¿Ha salido Cristo realmente de su tumba?

"¡Hombres de poca fe!" ¿Por qué teméis?" El miedo será siempre el último subterfugio del Mal. En el mar tormentoso, sentimos miedo y abandonamos la partida. Llevamos a puerto nuestras barcas y, avergonzados, nos refugiamos en nuestra casa. El Mal ha vencido y el mundo puede seguir matando al hombre. En la otra orilla no habrá más que desierto.

"¡Hombres de poca fe!"... Para vencer el Mal y cambiar la faz del mundo, hace falta mucha fe, una fe a la medida del don de Dios en Jesucristo resucitado. Un poco de fe no basta, pues la menor borrasca puede acabar con ella. No se trata de decir que quizá el Señor esté con nosotros... Hay que creer, que en cualquier circunstancia está con nosotros, de pie, mandando sobre los vientos del mar...

¿Cómo saberlo, nos preguntaremos, cuando todo parece ir en sentido contrario? Sólo la fe puede decirlo... ¡La fe es por sí misma su propia subsistencia! Cuando Jesús hubo calmado la tempestad, continuó la ruta con sus discípulos, y fue hasta el final un camino de fe. Para la falta de fe, no hay más que un remedio: creer aún más y, sobre todo, no dar media vuelta.

**

**Padre, no nos sometas a la tentación:
¡que la prueba no acabe con nuestra fe,
pues estaríamos perdidos!**

**Libranos del Mal y de la muerte,
pues clamamos a ti
y nuestra barca amenaza con hundirse.**

**¡Levántate, oh Dios! ¡Despierta, oh Cristo!
Para que no zozobre nuestra fe,
necesitamos tu ayuda!**

**Perdónanos, hemos tenido muy poca fe...
¡Sosténnos,
pues tú eres nuestro único apoyo!**

COMBATE DEMONIACO

Amós 5, 14-15. 21-24. "Yo odio... Yo aborrezco... No me agradan... No los acojo... No los miro siquiera..." *¿Hay acusación más clara? ¿Es condenado el culto sin apelación posible? En realidad, lo que el profeta subraya es el divorcio entre el culto y la vida cotidiana. Es verdad que el Levítico da testimonio del cuidado que pone Israel en todo cuanto tiene que ver con la liturgia, pero ¿qué es una liturgia reducida a puras rúbricas sin alma? Cuando el culto aleja de los hombres, tampoco acerca a Dios. El culto auténtico se enraíza en una fidelidad exigente y cotidiana a la Alianza; desarrolla la pasión del hombre por todo lo que interesa a Dios; pero ¿qué es lo que le interesa a Dios sino el hombre y su dignidad? ¡Que Israel haga primero reinar el derecho, y que su justicia sea como un torrente inagotable! Entonces podremos esperar: el Señor tendrá piedad de su pueblo.*

El salmo 49 es una acusación que Yahvé hace a su pueblo, acusado de hipocresía.

Mateo 8, 28-34: ver p. 68

**

Los exorcismos suelen ocupar mucho lugar en las liturgias. El miedo no es siempre buen consejero, y en algunas ocasiones empuja a los hombres a multiplicar ritos y sortilegios, sacrificios y oraciones para rechazar el Mal, cuando no para forzar a Dios y ganarse sus favores.

Si hoy nos grita Dios, con las palabras del profeta: "Detesto y rehuso vuestras fiestas, no quiero vuestras ofrendas; aunque me ofreczáis holocaustos y dones, no me agradarán", no hay que apresurarse a concluir que nuestro Dios se opone al culto, y a la liturgia. Lo que Dios rechaza es la excesiva proliferación de plegarias y sacrificios, el ruido estruendoso de los cánticos, las celebraciones falsificadas por las injusticias cotidianas. Una liturgia de labios para afuera, mientras el corazón permanece duro como la piedra ante la miseria del mundo.

Sí, cuando el miedo nos sobrecoge porque el mundo se hunde irremisiblemente en el abismo infernal, es inútil multiplicar de repente los sacrificios y los exorcismos. Lo primero que hay que hacer, dice Dios, es procurar que reine el derecho, devolver su lugar a la justicia. Entonces nuestras asambleas podrán elevar al cielo una acción de gracias sincera y recta.

¡Curiosa liturgia la de Cristo en el país de los gerasenos! Todo parece hablar de un exorcismo, de una escenificación digna del pathos religioso más ambiguo... Los poseídos son liberados; los demonios ocupan el lugar privilegiado de su impureza, el de los puercos; y éstos son devorados por las olas del mar, donde pueden alcanzar las fuentes de la muerte... ¿No sería Jesús un exorcista?

Pero, como se habrá notado, resulta sorprendente que los dos hombres, poseídos y paganos, hayan reconocido en él, de entrada, al Hijo de Dios. Connivencia misteriosa entre el Bien en estado puro y el Mal que habita al hombre... Los demonios suplican no ser expulsados "antes de tiempo". Lo sabemos: aquel día, en la cruz, el Hijo de Dios se dará a conocer de nuevo en la extrema pobreza de su amor. Aquel día celebrará el sacrificio que salva al hombre de una vez por todas... No ya un exorcismo, sino el don de sí hasta el final.

Hoy, los habitantes de la otra orilla aún no alcanzan a comprender. El miedo hace presa en ellos cada vez con más fuerza; suplican a Jesús que se vaya por donde ha venido.

Será necesario mucho tiempo aún para que los hombres pasen del temor a la fe, de los ritos a la justicia, de los exorcismos al verdadero sacrificio... Recordemos al menos que nuestras liturgias no tienen otro fin que el de permitir y anticipar la llegada de ese día. El día en que reinarán el derecho y el amor.

**

**Oh Dios nuestro, no nos acuses
por nuestros sacrificios sin espíritu:
¡por tu Cristo, entregado al amor en la cruz,
perdona nuestras injusticias
y transforma nuestros corazones!**

ATAR Y DESATAR

Amós 7, 10-17. He aquí a un representante del sacerdocio oficial condenado por Amós. Betel era un viejo santuario patriarcal, ligado a la persona de Jacob; había conocido días de celebridad después de la separación de los dos reinos. Aunque oriundo de Judá, Amós ejerció en él la mayor parte de su actividad profética, dando testimonio así de la unidad fundamental del pueblo elegido, más allá de las vicisitudes humanas. Amasías, sacerdote del santuario, acusa a Amós de conspirar contra el rey, acusación agravada por el hecho de que las provincias del norte no conocen la monarquía hereditaria como en Jerusalén. El sacerdote quiere entonces expulsar a Amós del templo y enviarlo al sur, so pretexto de que trabaja por dinero.

La respuesta de Amós es orgullosa. Como habían hecho Elías o Natán, que no habían querido retractarse ante su soberano, él no cambia una sola palabra de su mensaje. En primer lugar, precisa que no es un profeta profesional; es Yahvé quien le ha llamado, y él habla en su nombre. Luego se muestra amenazador: Amasías será castigado en su propia persona, en su familia y en sus bienes. Cuando los soldados enemigos caigan sobre el país, su mujer será deshonrada en la ciudad y sus hijos perecerán; y él mismo será exiliado, y sus bienes confiscados.

El salmo 18b es un himno que proclama la fidelidad del orante a la palabra de Yahvé.

Mateo 9, 1-8: ver p. 71

**

El combate de Jesús contra el Mal es incesante, y la autoridad que ha recibido de Dios no tiene otro fin que el de conducir sus pasos a cualquier lugar en donde el hombre sufra y espere la liberación. Apenas llegado de nuevo a Cafarnaún, en su casa, Jesús se ve frente a un paralítico.

La escena es grandiosa. Frente a frente, el Hijo del hombre, el que vendrá sobre las nubes para juzgar a los vivos y a los muertos, y un pobre hombre, incapaz de mantenerse en pie, humillado por el pecado. Frente a frente, aquel a quien Dios ha entronizado en el trono real para que haga justicia a los desdichados, y un hombre que sólo tiene la fe de los demás para defender su causa... Ha sonado la hora del juicio, y el pecado del hombre será vencido. "Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa" Impulsado por una fe común, el hombre puede, al fin, tomar en sus manos su propia historia e irse libremente. La autoridad del Hijo del hombre es la del Dios libre y santo.

Pero este poder ha sido dado también a los hombres, a la comunidad de fe que es la Iglesia. ¿Hay liturgia más grandiosa y más noble que la de la reconciliación? Un sacramento celebrado al aire libre, frente a la vida y al futuro... Dado que el Hijo del hombre, resucitado, habita en el corazón de nuestra morada terrestre, la comunidad eclesial ha recibido el poder de atar y desatar en su nombre. Cuando la fe de los hermanos permite al paralítico acercarse al Salvador, éste comparte su autoridad con los creyentes, y cada uno de ellos puede decir al otro "¡Levántate y anda!"

Sí: como aquel día en Cafarnaún, cada vez que la fe habita en la comunidad de los creyentes, un gran soplo de esperanza atraviesa la historia. Y cada hombre pecador puede levantarse y echar a andar libremente. Más allá del temor y de la parálisis. Pues, si Dios ha encomendado el juicio al Hijo del hombre, es para que sean vencidos de una vez por todas el Mal y su triste cortejo de miedo y de angustia.

**

**Verdaderamente, es justo, bueno y necesario
darte gracias, Dios santo,
pues no dejas de llamarnos
a una vida más noble.
Tú, Dios de ternura y piedad,
ofreces tu perdón incansablemente
e invitas al pecador
a confiar tan sólo en tu bondad.
Lejos de resignarte
a nuestras rupturas de la Alianza,
tú has establecido entre tí y la humanidad,
por medio de tu Hijo Jesús, Señor nuestro,
un lazo nuevo
tan fuerte que nada podrá deshacerlo.
Tú das a tu pueblo el poder
de rehacerse volviendo sus ojos hacia tí,
y de estar al servicio de todos
entregándose más al Espíritu Santo.
Llenos de admiración y de agradecimiento
queremos unir nuestras voces
a las innumerables voces del cielo,
para proclamar el poder de tu amor
y la alegría de tu salvación en Cristo.**

(P.E. de la reconciliación I)

MÉDICO DEL MUNDO

Amós 8, 4-6. 9-12. "Llegan días —oráculo del Señor—...": días terribles aquellos, días de castigo. Aunque es posible que el profeta se inspire en una tradición antigua -el oscurecimiento de la tierra en pleno día forma parte de todos los argumentos escatológicos-, ello no impide que sea él el primero en describir el Día de Yahvé, día de penitencia, de lamentaciones y de duelo. Será como el duelo por un hijo único, cuando todo futuro parece cegado. El hombre tendrá hambre y sed de una palabra que no ha querido oír cuando le fue dicha y que ya no volverá a escuchar.

¿A quién se dirige el profeta? A unos cuantos "predadores" a quienes Dios les resulta molesto: advenedizos para quienes el sábado sólo significa dejar de ganar dinero. La sociedad está organizada para el provecho de unos pocos: se trucan las balanzas, se juega con los precios, se reduce a la esclavitud a cuantos no pueden pagar sus deudas. Pero Dios no estará nunca del lado de los explotadores...

Para el hombre que tiene hambre y sed de escuchar la palabra del Señor, he aquí un extracto del salmo 118, que canta los beneficios de la Ley.

Mateo 9, 9-13: ver p. 74

**

Era un publicano. Después del elogio que ha hecho de ellos el Evangelio, poco hace falta para que traduzcamos: "humilde y pobre"... ¡Pero no, en absoluto! Se puede muy bien aplicar a los publicanos lo que dice el profeta de los "depredadores" de su tiempo: "Aumentan el precio, compran a los desvalidos por un poco de dinero". El publicano Mateo no era más que un ladrón, mal camuflado bajo apariencias de legalidad. Y todos los que se encuentran a la mesa con él y con Jesús no valen, ciertamente, mucho más que él. Son gentes de las que Dios ha dicho: "¡Cambiaré vuestras fiestas en duelo y vuestros cantos en lamentos!" Entonces, ¿es la Palabra de Dios terror de *dies irae* o ternura de misericordia? Más grave aún, ¿es Dios demasiado bueno o —lo cual, pese a todo, nos gustaría más— estrictamente justo?

Pero plantear así la cuestión, ¿no es ponerse del lado de los fariseos? Queremos un Dios justo, que castigue a los malos, porque nos colocamos del lado de los justos. ¡Nosotros no hemos trucado nunca nuestras balanzas! ¡Nunca hemos vendido paja por trigo! ¡No hemos hecho nada malo!, como dicen los niños pillados en falta... Tal es nuestra justicia: no hacer nada... No estamos enfermos... No somos nada; ¡no necesitamos a nadie! Y si el sol debe eclipsarse en pleno día, cuando Dios venga a hacer justicia, no será ciertamente entre nosotros, pues entre nosotros ¡hará mucho tiempo que el sol ya no brilla!

En Cafarnaún, aquella tarde, alrededor de la mesa, el sol brilló con mil luces nuevas. Un sol para hombres cansados de perderse en las tinieblas de la fullería. Una mesa de pan y vino para pescadores con hambre y sed de escuchar las palabras del Señor. Pues, lo mismo que el médico sólo puede cuidar a enfermos que reconocen serlo, la mesa de Dios no puede saciar más que a hombres conscientes de su hambre, y su sol no puede calentar más que a pecadores debilitados por su noche.

Si el día del juicio final el sol debe oscurecerse sobre el mundo, y si las gentes del país deben llorar como si fuera el entierro de un hijo único, es porque, desde hace ya mucho tiempo, los que se pretenden justos se han negado a que el sol brille sobre todos los hombres. Encadenados a las injusticias de la sociedad, han colaborado, sin decir palabra, en la muerte del hijo único. Aquel que se vio un día en la cruz por haber comido con publicanos y pecadores. ¿No fue en el momento de su muerte cuando el sol se escondió? Sólo un bandido arrepentido vio la luz de un alba nueva.

Dios no es demasiado bueno... Nos enseña solamente que la verdadera justicia es perdón y esperanza para los pecadores que somos.

**

**Oh Dios, que haces brillar tu luz
sobre el mundo de los pobres y de los despreciados,
no nos condenes a nuestra noche
por haber falseado tu justicia
Haz que sepamos reconocer nuestro pecado,
para que el sol de tu misericordia
devuelva a nuestros corazones el gusto por la fiesta
y la paz en el día del juicio.**

JUSTICIA Y PAZ

Amós 9, 11-15. "Aquel día..." El oráculo precedente acababa con una amenaza; ahora, Yahvé habla de levantar la tienda derribada de David. Es probable que este epílogo del libro de Amós haya salido a la luz durante el exilio. Los deportados habían adquirido "por experiencia, la convicción de que Dios no quiere exterminar por completo a su pueblo" (Ch. Hauret). Además, el pueblo de David había tomado siempre en serio los compromisos de Yahvé para con la dinastía davídica. La destrucción de Jerusalén no había acabado con su fe. El habitáculo real sería levantado de nuevo, y el pequeño reino de Judá recuperaría el esplendor que había conocido en tiempos de David y de Salomón; incluso Edom, el enemigo secular, estaría a sus pies. Los exiliados volverían a la tierra de los antepasados, una tierra que en adelante sería tan fértil que no habría ya intervalo entre laboreo y cosecha, entre siembra y recolección. Finalmente, como si quisiera autenticar el conjunto del libro profético, el último redactor ha añadido: "El Señor tu Dios ha hablado".

Los vv. 9-14, que constituyen la última parte del salmo 84 (queja nacional), forman un responso que permitía esperar el oráculo de Yahvé y pensaba que este oráculo sería favorable.

Mateo 9, 14-17: ver p. 78

*
**

Sobre el salmo 84

**Escuchad lo que dice el Señor:
habla de paz y de justicia,
anuncia una cosecha de verdad,
un fruto henchido de amor.
Dice, y lo que dice ¡lo hace!
Nuestra tierra dará su fruto,
la justicia y la paz se abrazarán.**

¡Una hermosa boda, una alianza fecunda! ¡Justicia y Paz se abrazan, y los invitados cantan en la fiesta! El Esposo dirige la danza y el vino corre en abundancia. La naturaleza también interviene; las colinas chorrean y nuestra tierra da fruto al ciento por uno. La Verdad germina en el suelo y el Amor une a todos los hombres en la Paz. Nunca más, dice Dios, volverán los días de penuria y de lamentaciones... Pues la Alianza de Dios con nuestra tierra es para siempre. ¡Escuchad lo que dice el Señor! Lo que dice ¡es la paz para su pueblo!

¡Hermanos, no volvamos a nuestra locura de antaño! No se echa vino nuevo en odres viejos... Dejemos de lamentarnos por lo que va mal.

Amor y Verdad, Justicia y Paz nos son dados: ya no es tiempo de ayunar, sino de dar vida y alegría a nuestra tierra. En el banquete de la última cena, Jesús ha puesto en nuestras manos el vino nuevo; se ha ofrecido él mismo para la justicia y la paz entre los hombres... Nosotros, que celebramos su Alianza, ¿cómo podríamos rehusar ser oficiales de un mundo nuevo, en el que la Justicia y la Paz se abracen?

¡Oh! Sabemos demasiado bien, que los ecos del mundo nos sumen a diario en la tristeza, y parece que el Esposo nos es arrebatado de nuevo. La cruz permanece erguida en el corazón del desierto humano. Pero nosotros no somos los enterradores de un mundo perdido; en la mañana de Pascua, Dios ha reabierto para nosotros el jardín y nos ha dado una tierra nueva que cultivar. Él mismo nos da la savia y el sol para que nuestra viña dé un fruto de dicha. Cuando todo parece secarse, somos invitados, una vez más, a las bodas del Esposo. Nuestra verdadera penitencia ¿no consistirá en perseverar en la alegría de la esperanza y en la verdad de la justicia? ¡Una penitencia que, por sí misma, tiene para nosotros el gusto y el sabor de un vino nuevo!

*
**

**Oh Dios que haces nuevas todas las cosas,
bendito seas por la mesa nupcial
en la que nos das el vino nuevo
y por la alegría de un futuro renaciente.
Nuestra tierra da su fruto
gracias a tu Espíritu y a su aliento bienhechor:
la Justicia y la Paz se abrazan
para la fiesta de tu Alianza eterna.
Danos el fuego del Amor;
devuelve a nuestros corazones la alegría de alabarte.
Que la comunión con nuestros hermanos
en la verdad y en la justicia
sean signo de que eres un Dios fiel,
el Esposo que nunca nos falla.**

DIOS SEDUCTOR

Oseas 2, 16-18. 21-22. *El libro de Oseas contiene la historia de un doble drama. El profeta toma por mujer a una tal Gomer; ahora bien, esta mujer es una prostituta sagrada, lo cual asocia el drama conyugal al desastre nacional. En efecto, en tiempos de Oseas, que es algo posterior a Amós, la Tierra Prometida daba testimonio de la infidelidad a Yahvé por parte de Israel, pues, al mismo tiempo que a su Dios, el pueblo había adoptado a las divinidades del país, verdaderas "especialistas de la vida campesina". Los ritos de las religiones naturistas tendían esencialmente a promover la fertilidad del suelo, la fecundidad de los animales y la de los hombres. Por eso la prostitución, tanto masculina como femenina, prestaba su concurso a la liturgia del matrimonio sagrado. Tal era la "profesión" de Gomer.*

Era una esposa apasionadamente amada, sin embargo. Una vez pasada la primera reacción de cólera, Oseas la tomará de nuevo. A través de sus dificultades conyugales, el profeta va a descubrir la fuerza del amor y, al mismo tiempo, descubrirá a Dios. Se dirá a sí mismo que, si el hombre es capaz de tanto amor, con mayor razón lo será Dios, que es el Amor. Sí, Yahvé reanudará sus relaciones con su pueblo. Por otra parte, quiere seducirlo y, para ello, llevarlo al desierto, como en los tiempos del Éxodo, el tiempo de los esponsales.

¡Dichosa la mujer que inspira tal pasión! ¡Dichoso el pueblo, que tiene la experiencia del amor de Dios!

El salmo 144, que emplea fórmulas ya conocidas, pertenece al género de los himnos. Pero, puesto en boca del pueblo que se arrepiente, sirve de eco de la palabra del Señor.

Mateo 9, 18-26: ver p. 81

**

Dios quiere la vida, Dios sólo está a gusto del lado de la vida. Poco le importa que se burlen de él. El fallecimiento de una joven bien merece el esfuerzo de desplazarse, y la infidelidad de una esposa todas las argucias de la seducción. Dios no quiere la muerte; pero, sobre todo, no quiere esa muerte, más trágica que cualquier otra, que se llama "fracaso", "desunión", "divorcio". Por la esposa infiel, Dios se hará seductor, ¡cosa que sabe hacer de maravilla! Pues no hay más vida posible que del lado de la seducción. La verdadera... La muerte, la infidelidad, la tentación de

los ídolos, el mal en todas sus formas, parecen ser una fatalidad. "Es la vida", dicen los desengañados; y toman su partido, pero caen en la tristeza y en la desesperación. Durante un tiempo, el amor y la belleza les habían seducido, pero no han comprendido el precio que cuesta una verdadera seducción. Prefieren el marasmo de la fatalidad. Los esponsales, al parecer, no duran mucho tiempo...

Pero, fijémonos en esa mujer que sufre de hemorragias desde hace doce años. La vida querría abandonarla, la vida se le va a chorros. Está casi al borde de la muerte. Pero nada la detiene, ni siquiera el ridículo de acercarse a tocar el vestido de Cristo sin que nadie la vea. Ella, al menos, ha sido seducida. Tiene fe. Una fe extraña, pero ¿qué importa? Ya lo hemos observado: cuando uno ha sido seducido, ¡poco importa que se burlen de él! La fe va más allá, y la vida renace.

¿Se burlarían de Oseas cuando acogió en su casa, con mil muestras de afecto, a la prostituta de su mujer? Él, el profeta, esposo de una profesional de los templos paganos... Pero, por lo mismo, ¿por qué no burlarse de Dios, que se acuerda del Éxodo como un esposo desdichado que no puede olvidar el tiempo de los esponsales?

Sí, muchos se burlan de Dios y de Jesús. Se creen serios, y su seriedad tiene ya los rasgos crispados de la muerte. Afrontan, dicen ellos, el destino insensato, pero no pueden hacer nada por las buenas gentes que simplemente tienen ganas de vivir. Dios, por su parte, aunque se arriesgue a parecer ridículo, quiere la vida. Pues la vida es lo mejor que tiene, y nunca morirá la vida mientras haya un hombre que le diga a una mujer: "Ven, deja que te hable de corazón a corazón... Ven, ante nosotros está el futuro... ¡Ven, levántate y vivamos!"

**

**Quando nos asalta la tentación
de buscar en otra parte una alegría que se nos escapa,
¡sedúcenos, Señor,
y sigue hablando a nuestro corazón!**

**Quando nos ronda la muerte
y todo nos habla de fatalidad,
¡sedúcenos
y tómanos de la mano!**

**Quando el peso del pecado
nos dice que no esperamos ya ternura,
¡sedúcenos
y llévanos al rincón secreto de tu desierto!**

EL DERECHO A LA PALABRA

Oseas 8, 4-7. 11-13. *He aquí un oráculo que arroja un balance bien poco halagador de la situación interna de Israel. Primer escollo: la anárquica sucesión de los soberanos. En efecto, en lugar de consultar al profeta de Yahvé, como era costumbre en el reino del Norte, se ha dejado hablar a la violencia. Resultado: ¡diez reyes en cinco años! Segundo reproche: el cisma religioso. Sin duda, los dos becerros de oro no tenían nada de reprehensible, puesto que no eran más que el pedestal de la divinidad, pero la apostasía sólo podía causar escándalo a los adoradores de Yahvé. Este oráculo de Oseas conocerá gran fortuna: estará en el origen de la prohibición concerniente a las imágenes de Dios (Dt 5,8 y Ex 20, 4).*

Pero el peor de los pecados de Israel era el haberse burlado de la ley divina: la consideraban obra de un extranjero, mientras que el culto era desviado de su auténtico objetivo. Sólo hay una salida para esta situación: ya que el pueblo no quiere volver sus ojos al verdadero Dios, tendrá que volver a Egipto.

El salmo 113b no pertenece a un género literario preciso; contiene una polémica dirigida contra los ídolos, así como una exhortación a la fidelidad hacia Yahvé.

Mateo 9, 32-38: ver p. 83

*
**

Sobre el salmo 113.

**El dios-dinero no tiene corazón,
el dios-poder es impotente,
el dios sabio está afectado de mutismo,
el dios de los bajos fondos es ineficaz...**

**¡Que se vuelvan como ellos
los que ponen su fe en esos ídolos!**

**Pues nuestro Dios es nuestro Padre de los cielos.
Podemos contar con él:
nunca se verá devaluado
ni le minará la fiebre...**

**¡Nosotros, los vivos,
ponemos nuestra fe en el Dios de la vida!**

Para un fariseo, si un mudo se pone a hablar, ¿es que se ha producido un sortilegio demoníaco! Pues se sobreentiende, que los mudos sólo tienen que callar... El mundo es lo que es y, de todas maneras, los justos tienen la palabra; no les falta nada para caer con todo su orgullo sobre la multitud fatigada y abatida. Para un fariseo que se precie, la multitud no tiene más que callar, puesto que no sabe nada. Por otra parte, los verdaderos mudos son también sordos: no oyen nada de nada; así pues, que se callen... Y si Jesús los cura, es porque está en complicidad con el demonio, que ya sabemos todos que no habla nunca si no es para susurrar el mal. Un poco más de tiempo, y los fariseos cumplirán su deber haciendo callar a Cristo... ¡De todos modos, no se puede permitir que cualquiera diga lo que le parezca! Si Jesús no tiene en su boca más que palabras de ánimo para los pecadores, será forzoso dejarlo mudo...

Es verdad que en la comunidad de los discípulos se habla de cosas curiosas... Si juntamos a los Mateos, a los paralíticos o a los leprosos curados, a las jóvenes resucitadas y a los apóstoles aterrorizados en el lago, ¡seguro que se producen curiosos diálogos! Relatos de ultramar y de ultratumba, de ultra-pecado y de ultra-exilio: ¡he ahí palabras poco habituales para los fariseos, encerrados en la estricta letra de la religión!

Pero ¡qué lección para todos los tiempos! Pues las multitudes abatidas y sin pastor no se han equivocado; ¡nunca habían visto nada semejante en Israel! La Iglesia de los puros y de los justos jamás les había comprendido, pero con una simple mirada el hombre de Nazaret comprendía su aflicción y les decía: "Venid", y ellos descubrían una Iglesia en la que los pobres tienen derecho a hablar de su pobreza. Una Iglesia en la que se puede dar gracias... ¡Qué lección para la Iglesia de nuestros días, que calla tan a menudo, mientras que la cosecha nunca ha sido tan abundante!

Una cosa es cierta. Para recoger esa mies, los obreros no vendrán de entre los fariseos... Pues los únicos obreros capaces de devolver la palabra a los mudos son los pobres que han descubierto otra Palabra.

*
**

**Señor, abre nuestros labios,
y nuestra voz proclamará tu poder.
Para los hombres reducidos al silencio,
tú eres palabra de aliento y de futuro:
bendito seas,
tú, que haces que los mudos
puedan cantar tu alabanza.**

DOCE APRENDICES

Oseas 10, 1-3-7-8.12. *"Israel era una viña frondosa, y daba fruto". Son las ventajas de la instalación en Canaán. Los nómadas se habían transformado en agricultores, orgullosos de su tierra, y especialmente el reino del Norte conoció años de prosperidad envidiable. Pero los israelitas olvidaron pronto que debían esta nueva fortuna a Yahvé y se pusieron a cortejar a los dioses del país y a erigirles estelas y altares. Desastrosa ingratitud que se pagará muy cara justamente ahora, cuando los asirios están a las puertas: ya no hay rey, ya no hay altares, y pronto ya no habrá ni patria. A menos que el pueblo vuelva a Dios y cultive, por fin, la justicia y la misericordia. Entonces la esperanza estará de nuevo permitida: Yahvé volverá a enviar la lluvia a la tierra y la salvación a los hombres.*

Estos pocos versículos del salmo 104 pueden resultar extraños en el contexto del pecado de Israel (el salmo pertenece al género himnico), pero, a su manera, repiten la confianza inalterable que el pueblo sigue teniendo en Yahvé. En realidad, aunque Israel no ignora su pecado, cree con más firmeza aún en la fidelidad de Dios.

Mateo 10, 1-7: ver p. 91

**

Son doce, y en ellos se encarnan las doce tribus del pueblo elegido, el verdadero Israel, las primicias de la Iglesia que vendrá. En nombre de Cristo, marcharán a propagar la Buena Nueva, a fin de que los hombres reconozcan la fidelidad de Dios, que no abandona nunca a su rebaño. Serán los pastores de las ovejas perdidas y gozarán del poder del Señor para preservar de la muerte a aquellos que les sean confiados. Como debe hacer todo buen pastor, y mejor de lo que lo hicieron tantos reyes y jefes del Israel antiguo, ellos tendrán que entregar su vida por los hombres. Se les llama también Apóstoles, enviados, testigos del Resucitado. Este título no les está reservado únicamente a ellos: también lo ostentan otros personajes del Nuevo Testamento, pues todo testigo del Señor es un apóstol, y sin duda Pablo, el convertido, fue el primero en reivindicar con fuerza dicho título. Pero es cierto que, para nosotros, los Doce son, por excelencia, los Doce Apóstoles. En ellos, el testimonio de la resurrección se enraíza en el tiempo de la vida humana y carnal del Hijo de Dios. Como discípulos de la primera hora, ponen en conexión a la Iglesia de la Pascua con la de las rutas de Galilea y de Judea.

¿Qué decir de su nombre, sino asombrarse quizá de que algunos de ellos no nos sean ya conocidos? Apenas conocidos por el lugar que ocuparon como compañeros de Jesús, lo son menos aún como apóstoles y misioneros del Evangelio. ¿Qué decir de ellos, sino que Judas Iscariote fue "el que entregó al Maestro"? Así pues, la Iglesia no está preservada del riesgo de ser traicionada por los suyos. El Señor no ha edificado al nuevo Israel sobre una santidad asegurada. Hasta el último día, queda todo por hacer para que el Evangelio transforme en profundidad el mal del mundo.

¿Desobedecieron a Cristo yendo, pese a todo, hacia los paganos, y ciertamente a las ciudades de los samaritanos? ¿O bien hay que ver ya una ruptura en la actitud misionera de la primera generación después de Pentecostés? Una cosa es cierta: que la historia no puede detenerse, y aun cuando Jesús quisiera -quizá- dedicarse exclusivamente a las ovejas perdidas de su pueblo, sabemos que es el Espíritu del mismo Cristo quien ha abierto a la Iglesia hacia dimensiones universales. El Evangelio es un punto de partida; nunca podrá convertirse en un freno.

Una sola cosa tiene importancia: que se anuncie el nombre del Señor Jesús. En esto consiste la esencia misma del apostolado. Decir a todo hombre abocado a la perdición que "el Reino está muy próximo".

**

**Tú fundaste la Iglesia de tu Hijo
con doce hombres absolutamente pobres,
enviados al mundo
como pastores sin armadura.
Dígnate, Señor Dios nuestro,
mantener a la Iglesia en esta fe:
que nunca sea falseada tu Palabra
por el poder del mundo
pues tú eres nuestra única fuerza
y nuestra seguridad a través de los siglos.**

DOCE POBRES EN EL CAMINO

Oseas 11, 3-4. 8c-9. *Un padre... Sí, nos encontramos frente a un padre que emite su queja ante la ingratitud de un hijo, al que, sin embargo, ha amado tiernamente: "Cuando Israel era joven, le amé...; fui para él como quien alza a un niño contra su mejilla, me inclinaba sobre él para darle de comer".*

Pero ¿podría un padre abandonar a su hijo? Yahvé es el Dios santo; sus pensamientos no son los de los hombres. En casos en los que un legítimo resentimiento incitaría a castigar, el amor ordena perdonar. Llegará un día en que Yahvé hará subir a su hijo de Egipto (Mt 2,15); la salvación estará entonces al alcance del hombre.

El salmo 79 es un salmo de súplica nacional, tal vez compuesto en el Norte, con motivo de las invasiones asirias. Prolonga perfectamente la meditación del profeta sobre el "arrepentimiento" de Dios, expresando así la confianza que Israel depositaba en la misericordia divina.

Mateo 10, 7-15 ver p. 93

*

**

Sobre el salmo 79

**El verdadero pastor entrega su vida,
el viñador poda su viña.
¡Así es nuestro Dios!
Para que demos fruto,
retira las ramas secas;
para salvar a su rebaño disperso,
lucha hasta su propia muerte.**

*

**

"Soy Dios y no un hombre". Jesús parece acordarse de esta palabra de infinita ternura cuando envía a los Doce en misión. "Sed como Dios, les dice, y no como los hombres"...

"Habéis recibido gratuitamente, ¡dad gratuitamente!" Recordad que todo lo habéis recibido de ese Dios que os enseñó a andar como un padre sostiene a su hijo por los brazos. Guiad a los hombres con lazos de humanidad; no los carguéis con un fardo demasiado pesado para sus hombros. Sed testigos de la paz y no de la ley: ¡el hombre es siempre un niño recién nacido para Dios!

¡Sed vosotros mismos niños; id por los caminos libremente, sin armadura, sin dinero; contentaos con lo que os den! En este intercambio, los hombres conocerán con qué clase de amor son amados, pues hay tanta alegría en compartir como en recibir... Contentaos con el pan cotidiano; resistid a la tentación de buscar más, pues ¡nada hay mejor que vivir el día a día, en las manos de Dios!

Es verdad que, si rehúsan daros cobijo, tendréis que irros y sacudir hasta el polvo de vuestras sandalias... Es cierto que un castigo terrible espera a quienes hayan rechazado la Buena Noticia de la paz... Pero no dejéis que vuestro corazón se endurezca por ello: ¡Dios no llega jamás hasta el final de su cólera! ¿Quién sabe si mañana otros apóstoles no encontrarán corazones arrepentidos? En cuanto a vosotros, contentaos con dar humilde testimonio de Dios, de su ternura y su paciencia. Dad gratuitamente, y dejad a Dios el cuidado de reclamar el precio de vuestra fatiga, aunque fuese aparentemente vana. "¡En verdad, dice el Señor, yo soy ya vuestra recompensa!

*

**

**Dios y Padre nuestro,
lleno de amor y ternura,
como niños
venimos ante ti
para darte gracias.
Tú nos lo has dado todo gratuitamente,
la vida y la fe,
la esperanza y el pan.
Como niños,
enséñanos a compartirlo todo
con alegría y de todo corazón.
Que seamos en el mundo
tu Iglesia siempre joven,
una Iglesia maravillada
como los hijos cuando descubren día a día
el amor que su padre les profesa.
¡Bendito seas, tú, Dios nuestro!**

HOMBRES SACRIFICADOS

Oseas 14, 2-10. *"Conviértete, Israel, conviértete a Yahvé tu Dios". El objeto de la predicación profética es llevar a Dios al pueblo pecador. Las relaciones entre Yahvé y su pueblo recuerdan al juego amoroso: cuando Israel se empecina en la desobediencia, Yahvé se retira, pero las apremiantes llamadas del profeta obligan entonces al pueblo a reflexionar sobre su conducta, mientras que la ausencia divina aviva el deseo. Cuando Israel se convierte, Dios vuelve.*

Sin embargo, la conversión no consiste en la ofrenda de un mayor número de sacrificios; lo que Dios exige es la circuncisión del corazón, que el pueblo se entregue confiado a sus manos. Hay que suspender la política de alianza con las naciones paganas y abandonar los vanos ídolos. Entonces podrá Yahvé reaparecer y, como en los tiempos de la infancia de Israel, prodigar sus cuidados al pueblo arrepentido. Entonces se verá fructificar al "fétil" Efraín. La vuelta de Israel a su Dios coincidirá con la de los exiliados, y el pueblo se embalsamará como la montaña del Líbano, cèlebre por sus plantas aromáticas.

El salmo 50, que pertenece al grupo de quejas individuales, formaba seguramente parte de una fórmula de ceremonia penitencial presidida por el rey. Podemos observar que el orante no se encierra en sí mismo, sino que vuelve sus ojos a Dios, cuyo amor y misericordia ensalza.

Mateo 10, 16-23. ver p. 95

**

"Te ofrecemos en sacrificio las palabras de nuestros labios". No se pueden disociar la palabra y el sacrificio, como tampoco la cruz de Cristo y el mensaje del Evangelio. La palabra de Dios, ya vaya dirigida al hombre como Buena Nueva o se remonte hacia El en acción de gracias, está siempre cargada con el peso del amor que condujo a Jesús al sacrificio. Es a El, al Verbo de Dios, al que hay que escuchar decir, en un último suspiro en la cruz: "Padre, te ofrezco en sacrificio las palabras de mis labios". Entonces la palabra es eficaz y salva al mundo.

Lo mismo sucederá con los apóstoles y los mensajeros del Evangelio hasta el final de los tiempos. En la medida en que digan la Palabra de

Dios viviéndola ellos en primer lugar, serán entregados a los tribunales como fue Cristo entregado a sus jueces. "Seréis perseguidos a causa de mi nombre", les dice el Señor. Pero ¿qué es lo que tiene de detestable el nombre de Jesús? No es él en sí mismo quien despierta el odio y la maldad de los hombres; mientras "Jesús" siga siendo el nombre común de una religión del cielo y de la virtud, los hombres se esforzarán en halagar a la Iglesia; ¡mientras los sacrificios se celebren con ritos y cánticos, todo irá bien! Pero que venga el nombre de Jesús a denunciar la injusticia con que el hombre es sacrificado como un animal en el matadero, que venga el Evangelio a ser proclamado para esta tierra y para los condenados de nuestra sociedad, que vengan los apóstoles a decir las Bienaventuranzas y a aplicarlas hoy, e inmediatamente se desencadenará la persecución por parte de los bienpensantes y de los ricos. ¡El propio hermano entregará a su hermano a la muerte! No se pueden disociar la verdadera Palabra de Dios y el sacrificio. Cuando es de este modo asociada al don de sí, la palabra se torna eficaz. "El Espíritu de vuestro Padre hablará en vosotros", dice Jesús, y no puede hablar más que por boca de aquellos que han entregado su vida sin reticencias. Toda vida apostólica es un sacrificio, una entrega de sí a Dios y a los hombres; si no, la palabra se convierte en un soplo sin consistencia. No hay motivo, sin embargo, para correr en pos del martirio. En primer lugar, hay que hacer todo lo posible por cambiar el corazón del hombre, por conmovir lo que hay en él de piedra resistente. ¡Hermosa ocasión para revisar nuestra habilidad apostólica! "Sed astutos, dice Jesús, como serpientes"... Y añade: "Y sencillos como palomas", y es que sabe bien que la diplomacia cristiana lleva tarde o temprano a la persecución. Lo importante es no provocarla antes de tiempo...

**

**Volvemos a ti, Señor,
pues tú vienes primero a nosotros:
¡transforma nuestros corazones y seremos salvados!**

**Volvemos a ti bendiciendo tu nombre;
¡acepta el sacrificio de nuestros labios,
danos tu Espíritu y seremos salvados!**

**Volvemos a ti a través de nuestras cobardías;
el camino es todavía largo:
¡haznos perseverantes hasta el fin
y seremos salvados!**

HOMBRES SIN TEMOR

Isaías 6, 1-8. *El relato de la vocación de Isaías sirve de introducción a la unidad literaria que suele llamarse "Libro del Emmanuel", el cual reúne algunos de los oráculos mesiánicos más importantes. Pero en este grandioso resumen hay mucho más que la evocación de una llamada; contiene lo esencial de la predicación del profeta: por una parte, la irrupción del Dios tres veces santo en la vida de un hombre; por otra, la lucidez de este mismo hombre que se reconoce pecador. Así, en el año de la muerte del rey Ozías (probablemente hacia el 740 antes de J.C.), el que pronto iba a revelarse como un profeta de calibre excepcional tomó conciencia del abismo que separa a Dios de sus criaturas. En lo más profundo de su ser, percibió hasta qué punto el hombre se halla dividido, dislocado por el pecado, y esta experiencia se unía a la del pueblo al que Isaías pertenecía y del que se proclamaba íntimamente solidario. Sin embargo, y esto pertenece también a la religión de Israel, esta percepción no ha desencadenado nunca un proceso de culpabilización malsana; iba acompañada de una fe total en Yahvé. Si Dios, en efecto, no tolera el mal de ninguna manera, sí puede purificar de él al hombre. Más aún -y la vocación del profeta así lo atestigua-, ese Dios desea estar presente en el mundo y unirse a los hombres en una historia común.*

El salmo 92 es un canto de entronización. En su origen, debió de ser cantado en las procesiones que conducían triunfalmente el arca de la alianza al santuario, después de una victoria obtenida sobre el enemigo. La fórmula "Yahvé es rey" fue primero independiente; estaba unida a la proclamación del éxito militar. Después de la centralización del culto en Jerusalén, el cántico entró a formar parte de los formularios litúrgicos utilizados para la fiesta de las Tiendas.

Mateo 10, 24-33: ver p. 97

**

Dios no llama al hombre en virtud de su carácter o de sus dotes humanas; lo mismo del tímido que del impetuoso hace un apóstol, y a todos dice: "¡No temáis!" Llama incluso al pecador para que dé testimonio; y también a él le dice: "¡No temas!" Sí, quienquiera que seamos, "nuestro auxilio está en el nombre del Señor"

Isaías tiene conciencia de su indignidad. Dios es santo, e Isaías pertenece a un pueblo manchado por el pecado. Si Dios no lo purifica, ¿cómo van a poder sus labios anunciar la Palabra? Pero, en cuanto Dios lo ha santificado, el profeta ya no duda: "¡Yo seré tu mensajero, envíame!" No hay en ello la menor fanfarronada, sino simplemente la conciencia del Dios vivo. El apóstol no trabaja nunca por su propia cuenta.

Por eso puede eliminar el temor. Sabe el trato que le espera, pero sabe con mayor certeza aún que Dios no puede abandonarlo. Sabe hasta qué punto estamos entre las manos del Padre. Éramos impuros, estábamos manchados, éramos pecadores. Pero, en su resurrección, Cristo hizo de nosotros su cuerpo. En adelante, nuestras palabras son las suyas; damos testimonio de él, no de nosotros. Su santidad no deja de purificar nuestra debilidad. El único pecado grave que podría condenarnos sería renegar ante los hombres de aquel que es nuestra salvación. Pero, si persistimos en la fe, nada podrá ya nunca hacer que nuestra impureza no sea quemada y santificada en el gran fuego del amor de Dios. Y esto podemos proclamarlo a la luz del día, sin bravatas, pero también sin reticencias.

*

**

**Dios santo, Dios santísimo,
¿quiénes somos nosotros para decir tu nombre?
Hemos profanado tu amor,
hemos ocultado nuestra fe
como se disimula un linaje peligroso.
Pero tú, Dios misericordioso,
has santificado tu nombre
en Jesús, tu Palabra jamás encubierta.
Bendito sea nuestro Salvador:
a pesar de nuestra indignidad,
él nos ha hecho portadores
de su nombre y del tuyo ante los hombres.
Dios no deja de enviarnos,
y por doquier haremos oír a nuestros hermanos
el himno de tu misericordia
que eternamente cantan
ángeles y serafines;**

**¡Santo! ¡Santo! ¡Santo!
¡Señor del Universo!
¡Toda la tierra está llena de tu gloria!**

POR UNA RELIGION REFRESCANTE

Isaías 1, 11-17. *Al leer este oráculo, no pocos se preguntarán si el profeta rechaza radicalmente el culto. La respuesta ha de ser matizada. De hecho, Isaías no denuncia la liturgia como tal, sino que denuncia ciertos criterios de discernimiento. Demasiados judíos —también Jesús se lo reprochará— creían que la presencia del templo en Jerusalén les garantizaría automáticamente la salvación. Por eso el profeta reivindica un culto auténtico que se alimente de la vida. El hombre religioso, en vez de multiplicar ritos hipócritas, ha de hacer de su propia vida una liturgia agradable a Dios (cfr. Rom 12,1), ya que éste no puede complacerse al mismo tiempo "en los crímenes y en las fiestas".*

El salmo 49 tiene el aspecto de un reproche. Dado que denuncia las traiciones de la Alianza, se le asocia espontáneamente con las tradiciones del Santuario de Siquem. Los versículos que aquí se recogen indican claramente, sin embargo, que no es el culto en cuanto tal lo que se rechaza, sino la hipocresía religiosa.

Mateo 10, 34-11,1: ver p. 106

**

Sobre una palabra del vocabulario

**Alterar: falsificar, trocar el bien en mal.
Refrescar: apagar la sed...**

**¿Quien falsifica al hombre,
sino aquel que desprecia su sed de justicia?**

**Pero un vaso de agua fresca,
ofrecido en nombre del Señor,
basta para transformar el mal en bien.**

**¡Brote, pues, vuestra justicia
como fuente viva
en el desierto de los hombres sedientos!**

**

No resulta fácil leer a Isaías y a otros profetas en el marco de una celebración litúrgica. Si realmente le horroriza a Dios el incienso de nuestras asambleas, de nuestras celebraciones solemnes, ¿no sería preferible abandonar nuestros atrios para luchar por la justicia en el mundo? ¿No es más importante proteger al huérfano y defender a la viuda, teniendo en cuenta que las viudas y los huérfanos de hoy pueden ser perfectamente

los hombres oprimidos o los disminuidos marginados...? "Haced frente al opresor" dice Dios; ¿será ésta la auténtica liturgia?

Otro tanto ocurre con el Evangelio. Vemos cómo Jesús se jacta de traer la espada a este mundo y la división a las familias. Está claro que el incienso nunca ha dado lugar a una guerra... Un culto pacífico, piadoso, ajeno a los combates de los hombres, nos resulta más cómodo que aquella movilización general de los discípulos para combatir a los opresores. ¿Estaremos equivocados? ¿Hemos de sentirnos culpables por tratar de reposar en Dios a la sombra de su templo? ¿Hemos de estar siempre en pie de guerra?

Sorprendentemente, el Evangelio presenta otro tipo de templo y de reposo, una liturgia de paz y de abandono... "Quien a vosotros recibe, me recibe a mí... Quien da un simple vaso de agua fresca a uno de estos pobres, sólo porque es mi discípulo, no quedará sin recompensa". Un vaso de agua y una buena acogida, un acto de fe en la palabra del apóstol, y ya tenemos una simple casa convertida en iglesia en la que Dios está presente. Pues Dios no necesita ningún otro sacrificio. La liturgia del Evangelio es, ante todo, fe y acción.

Lo que Isaías y el Evangelio condenan es la constante distorsión entre nuestras oraciones y nuestra forma de vivir. La paz de Dios no es una escapatoria, ni siquiera litúrgica; la paz de Dios no es otra que la adquirida por Cristo en la cruz. Que esta paz es una espada clavada en el corazón del hombre, que no hace ninguna concesión ni siquiera a los lazos familiares, es evidente. Es más, esta paz, celebrada en cada sacramento, no puede hacer ninguna concesión a una liturgia carente de un compromiso real con los hombres.

Si en la iglesia hablamos de paz, pero nos negamos a transformar nuestra vida para hacer justicia a los desdichados, ¿entonces sí que aborrecerá Dios nuestro incienso! Sí hay paz, en cambio, cuando, en la más humilde morada, se recibe la Palabra de Dios con fe y seriedad... Una paz que tiene el sabor de un vaso de agua fresca en pleno estío.

**

**Que tu Palabra, Señor,
ilumine nuestras vidas,
y aún cuando su agudo filo
deba ocasionarnos la pérdida
de cuanto nos mantiene encadenados,
concédenos la gracia
de salvar nuestra vida
siguiéndote fielmente
a ti, justicia de los pobres
y derecho de los oprimidos.**

EMMANUEL EN CAFARNAUN

Isaías 7,1-9. *"Vana cosa es el caballo para la victoria, ni con todo su vigor puede salvar" (Salmo 32). Son tiempos difíciles para los pequeños reinos de Palestina. Asiria constituye para ellos una gran amenaza, y los reyes de Siria y de Israel intentan animar a Acaz, rey de Judá, a que forme parte de una coalición frente al enemigo. Acaz se niega en principio, pero, al ver a los ejércitos coaligados frente a las murallas de Jerusalén, le entra miedo, porque, además, la situación interna del país le es igualmente desfavorable, dado que un partido opositor, encabezado por el hijo de Tabeel, empieza a resultar amenazador. El rey se dispone a pedir ayuda a Asiria, a cambio, indudablemente, de un costoso tributo.*

Isaías no soporta la idea de perder la independencia nacional, pues ello sería hacer caso omiso de las promesas hechas por Yahvé a la casa de David. Sale al encuentro de su rey, ocupado en la verificación de algunas fortificaciones, y le habla de la confianza en la palabra divina. ¿Qué es Rasín? ¿Qué es Pecaj? ¿Qué son esos dos hombres frente a un niño? Pues la garantía divina es un niño. Hoy, el hijo del profeta de nombre predestinado; mañana, el Mesías, signo del Dios-con-nosotros. Si los hombres se ven siempre tentados a confiar en la fuerza, Dios, en cambio, confía en un niño, ya que el niño es el futuro del hombre.

El salmo 47 forma parte de los cánticos de Sión. El argumento principal se refiere a la protección con que Yahvé envuelve a su ciudad. El enemigo puede unirse contra ella, pero la ciudad se revela inviolable. Estos salmos podrían haber sido utilizados en la fiesta de las Tiendas, relacionada con las victorias conseguidas por Israel sobre sus enemigos. El arca era triunfalmente llevada hasta el santuario, mientras un drama ritual representaba la huida de los ejércitos enemigos. (cf. vv. 5-8).

Mateo 11, 20-24: ver p. 110

**

Ved al rey Acaz, "agitado como se agitan los árboles del bosque con el viento" al ver cómo dos adversarios, dos "tizones humeantes", avanzan hacia Jerusalén... ¡Como si la fuerza de la ciudad de Dios dependiera de las victorias humanas! ¡Cómo si la fuerza de un rey tuviera que salvar al mundo! Piensa más bien en tu debilidad, Acaz, pues la salvación vendrá de un niño, cuando todo se haya consumado... Un niño que se llama "Un-resto-volverá"... "¡Emmanuel!"

Dios se burla de la fuerza de los hombres, de su prestigio, de su habilidad. Cafarnaún era una ciudad rica, comercial; una ciudad estratégica, cercana a la frontera, poderosa en sí misma... Pero cuando la voz de Dios adopta en sus murallas el acento del niño para denunciar las riquezas y amonestar a los pecadores, la ciudad se paraliza y la primavera del Evangelio deja paso a las labores del verano, para una cosecha cuyo trigo formará el cuerpo entregado del Hijo único. Cafarnaún se niega a confiar en un Dios pobre: ¿Que quedaría de su gloria? ¿Fue a partir de aquel día cuando se empezó a decir "un famoso Cafarnaún", para referirse a un montón de riquezas sin futuro? Dios se ríe del prestigio de los hombres, de su pasado y de sus intereses. Si Sodoma confía en Dios, se salvará a pesar del pecado de los sodomitas, que no es tan grave como la incredulidad de mi pueblo, dice Dios... ¡Y si un día quiero llamar a Ciro, rey pagano, para salvar a mi pueblo, soy libre, dice Dios! Mientras tanto, deja de temblar, Acaz, y no temáis quienes veis a la Iglesia presa de sus enemigos. ¡La única salvación está en el nombre del Señor! Pensad más bien en lo que Dios hace por los hombres, en su Hijo siempre presente entre los pobres, y creed en la Buena Nueva... Creed en el Evangelio y convertíos, no vayáis a tener en el día del juicio peor suerte que Betsaida y Corozafn...

**

**En ti, Señor, está nuestra fuerza
y nuestra esperanza.
Cuando los hombres nos acechan
y tu Iglesia es asaltada,
no dejamos de clamar hacia ti:
Tú eres nuestra salvación
en tu Hijo Jesús, nuestro Señor.**

LOS SENCILLOS LO ENTENDERAN

Isaías 10, 5-7.13-16. *El oráculo contra Asur anuncia el compendio de las profecías pronunciadas contra las naciones gentiles (caps. 13-23) y constituye un balance negativo de las conquistas asirias. ¿Qué se le reprocha al conquistador, que es probablemente el rey Senaquerib? Simplemente, haberse creído Dios, cuando no era en realidad más que su instrumento; haberse creído el obrero, cuando no era más que la "tijera" o la "sierra". Así pues, el profeta propone una interpretación crítica de los acontecimientos políticos de su tiempo.*

Israel era merecedora de un castigo a causa de su conducta, y su poderoso vecino era quien tenía que dárselo. Pero, mientras que, para el profeta, Senaquerib no era más que el mero instrumento de la cólera divina, el rey asirio creyó actuar "de motu proprio". Lo que se le reprocha precisamente es esta actitud engreída; ha sobrepasado los límites de la misión que Yahvé le había confiado. Tenía que haberse contentado con saquear Israel y hacerle pagar un tributo; pero ha aprovechado la ocasión para exterminar a las naciones vecinas. Con sus conquistas y sus deportaciones masivas, ha atentado contra el orden cósmico suprimiendo las fronteras. Por eso tiene que ser también castigado: Asiria será arrasada; sólo quedará un "resto" (v.19).

Tal como ha llegado a nosotros, el salmo 93 une versículos de tipo sapiencial (vv. 7-11) con una queja individual. Después de haber llamado la atención divina sobre las iniquidades que las naciones gentiles han hecho sufrir al pueblo judío, el salmo denuncia los torpes razonamientos de quienes no toman a Dios en serio.

Mateo 11, 25-27: ver p. 112

*
**

Sobre el salmo 93

**¡Aplaudid, hombres de corazón recto!
¡Erguíos, los sedientos de justicia!
Aunque han asesinado al inocente,
Dios no ha dicho aún su última palabra.
Tarde o temprano, los obtusos comprenderán:
quiera Dios que no sea demasiado tarde...**

*
**

Dios no desdeña la inteligencia, pero se burla de los que se atribuyen a sí mismos una gloria que sólo pertenece a Dios.

El rey asirio representa la inteligencia guerrera, militar, la prudencia política. Dios se sirve de él para dar una lección a su pueblo. Muy bien, pero ¡qué estupidez la de este rey que cree haber obtenido la victoria sólo con sus propias fuerzas...! ¡Estúpido! Pronto será reducido a cenizas con toda su gloria. Los escribas representaban la inteligencia teológica, moral, la sabiduría de los libros. Dios se ha servido de ellos para mantener a su pueblo en el camino recto. Muy bien, pero, ¡qué estupidez la de estos escribas que se atribuyen la gloria de una moral de la que son únicamente depositarios...! ¡Estúpidos! Ni siquiera han sido capaces de escuchar la voz del Hijo de Dios, hasta tal punto sus libros les llenaban de orgullo...

Los humildes sí han comprendido; han oído la Palabra; han reconocido en Jesús al Hijo del Padre. Su corazón se ha abierto de par en par a la revelación del secreto escondido en Dios. ¡Son bienaventurados, y Jesús puede dar gloria a Dios por ellos!

Admirable acción de gracias del Hijo de Dios... Pero ¿somos capaces de calibrar hasta qué punto derriba Dios a los poderosos de sus tronos y a los sabios de sus cátedras? Y es que los poderosos y los sabios no saben dar gracias; la seguridad en su fuerza se lo impide... Sólo el pequeño, el pobre, abierto a lo inédito, puede cantar con Jesús la alabanza de Dios, que ha escondido todo el misterio del mundo en el secreto de su amor eterno, en el que dice a su Hijo: ¡Tú tienes todo mi amor!

*
**

**Padre, Señor del cielo y de la tierra,
con tu Hijo Jesús
proclamamos tu alabanza:
lo que has escondido a los prudentes y a los sabios,
se lo has revelado a los humildes.
Sí, Padre, así lo has querido en tu bondad.
Nadie conoce a tu Hijo
sino tú, de quien proviene,
y nadie te conoce a ti, Dios eterno,
sino tu Hijo
y aquellos a quienes él quiere revelarte.
¡Por esta revelación
de la que gozan los humildes,
proclamamos, Padre, tu alabanza!**

TU YUGO SOBRE MIS HOMBROS

Isaías 26, 7-9.12.16-19. *Este texto es una oración o, más bien, una meditación a la manera del salmo 1. Dos vías se le ofrecen al hombre: el camino de la justicia y el de la perversidad. La lectura litúrgica ha suprimido todo lo concerniente a la segunda vía, y no conserva más que las alusiones a los deseos de los justos: en primer lugar, el deseo de una religión interior (velar junto al Señor noche y día), y luego la aspiración a ver cómo se realizan las intervenciones divinas, intervenciones que son otras tantas ocasiones de llevar a cabo una educación de las naciones.*

Pero el poema evoca, sobre todo, una perspectiva de resurrección nacional. Es probable que la población no hubiera comprendido la razón de los sufrimientos de su tiempo; quizá estos sufrimientos se le antojaran completamente inmerecidos. Por eso el profeta anuncia un mensaje de esperanza: esos sufrimientos son como los dolores de parto; preludian un mundo nuevo.

El salmo 101 es una queja individual. Los versículos recogidos aquí enumeran los motivos que tiene Yahvé para intervenir en favor de su pueblo: en primer lugar, el favor especial que ha dispensado siempre a su capital; y luego, haciéndose eco del profeta, la necesidad de salvaguardar su reputación entre los paganos.

Mateo 11, 28-30: ver p. 115

*
**

Sobre el salmo 101

**Dios se inclina a contemplar su tierra,
y hasta él se eleva el sollozo de los cautivos.
Las ciudades se derrumban
los condenados a muerte son ejecutados
y el pueblo entero es desheredado.
Dios se inclina a la miseria de los oprimidos
y bajado del cielo: ha tomado sobre sí el yugo de los oprimidos
y ha cargado sobre sus hombros el fardo de los exiliados.**

*
**

Lejos ya de Cafarnaún vemos a Jesús por los caminos, seguido de sus discípulos. No deja de llamar a los hombres: "¡Venid a mí!" Les enseña; pacientemente, asienta los jalones de la Iglesia; una Iglesia sin otra base que la fe de los humildes.

Les habla de manera distinta que los escribas; su enseñanza los libera; con él pueden caminar sin doblarse bajo el peso de la carga. La ley de Cristo es sencilla, y los hombres sencillos la comprenden. Se puede soportar su yugo, porque es ligero.

Su carga es fácil de llevar. "Ama, dice el Maestro, y ve adonde te lleven tus pasos..." No es que el amor sea cualquier cosa, sino que su carga y su exigencia son ligeras, cuando todos se ayudan mutuamente a llevarla. La Iglesia de Cristo vive de esta emulación.

Los escribas, sin embargo, cargan los hombros y las conciencias, pero no llevan nada. Abandonan al hombre a sí mismo. Jesús es el primero en soportar la carga del amor; el primero en ir allí adonde le llevan sus pasos. Y llegará hasta la cruz, y la Iglesia con él.

Pero Jesús no oprimirá nunca las libertades. Su palabra está hecha de dulzura y su corazón es humilde. El propone y muestra el camino. En él, puede el hombre encontrar reposo incluso en los días en que el amor se hace ardiente. Pues se trata del reposo del corazón y del alma.

La ley de los escribas no permite el menor reposo; hostiga sin cesar, y finalmente no llega muy lejos. El hombre se atrinchera en su buena conciencia o en su desesperación. El Evangelio es completamente distinto; libera el corazón del hombre y le da el verdadero reposo. El de amar.

"¡Tu rocío, Señor, decía Isaías, es un rocío de luz! Desde la mañana, mi espíritu te busca!" ¡Sí, bendito sea Dios!

*
**

**Tú que eres sencillo y cercano al hombre,
allámanos, Señor, haznos fácil el camino al que nos llamas,
pues nuestra alma aspira a ti sin cesar,
y queremos tomar tu yugo sobre nuestros hombros.
Sabemos lo que es el dolor,
la ley y sus preceptos pesaban sobre nosotros
como una carga demasiado pesada,
y sólo hemos engendrado viento.
Tú, Señor, eres justo
y nos indicas el camino del amor:
llévanos al lugar del verdadero reposo,
donde nuestra alma conocerá la vida
entregándose sin reservas al Amor.**

DOMINGO LIBRE

Isaías 38, 1-8. *El libro de Isaías termina con un apéndice de cuatro capítulos que relatan anécdotas concernientes a la vida del profeta; estas anécdotas pueden encontrarse reproducidas de forma casi idéntica en 2 Reyes. El capítulo 38 tiene la forma de una "leyenda dorada" (P. Auvray).*

El relato se refiere al rey Ezequías, que, con Josías, fue uno de los pocos monarcas que escapó a la crítica negativa del libro de los Reyes; Ezequías tuvo que sufrir la campaña emprendida por el rey asirio Senaquerib para asegurarse el dominio del corredor palestino, que abría las puertas de Egipto. La historia, que subraya de modo especial el papel y la eficacia de la oración, cuenta una grave enfermedad del rey, con motivo de la cual el profeta le invita a poner en orden sus asuntos antes de anunciarle su curación milagrosa y cómo se verá librado de la amenaza asiria. Una señal le fue dada al rey: así como el día se prolonga (en efecto, la sombra retrocede diez grados en el cuadrante solar o en los escalones de la escalera exterior que conduce a la cámara real), así será prolongada la vida del rey.

Es normal encontrar aquí algunos versículos del salmo que se supone que el rey pronunció en el templo después de su curación. El Cántico de Ezequías es un salmo de acción de gracias individual; el salmista expone en primer lugar la tristeza que embarga al rey antes de dar gracias por la curación obtenida.

Mateo 12, 1-8. *ver p. 119*

*
**

La misericordia es más grande que el Templo, y el sábado no puede nunca convertirse en un absoluto. En pocas palabras, Jesús derriba un edificio agrietado y lo sustituye por la libertad del amor. El Hijo del hombre es dueño del sábado, no para reforzarlo, sino para reemplazarlo por una libertad que tiene su fuente en Dios. ¿Hay gesto más libre y espontáneo que el de mascar unos tallos de espiga mientras nos paseamos por el corazón de la creación de Dios?... ¡Aunque sea en sábado!

Ese día debía testimoniar en Israel la libertad de Dios, romper el ritmo alienante del trabajo cotidiano, permitir encuentros humanos y fraternos, dejar tiempo libre para la alabanza a Dios. En el corazón del tiempo, marcado por la muerte, el sábado debía ser el día de la vida y del más allá, el testimonio ofrecido al Dios que es amigo del hombre. Pero ¿qué hicieron del sábado los fariseos, sino un día de "depresión" generalizada, una especie de entrada prematura en la muerte, una parada del tiempo, mientras que Dios es vida e imprevisión?

En cierto sentido, los fariseos no creyeron en la vida. Su religión tiene la tristeza de los sudarios y de las lamentaciones de los duelos. Aunque profesen una especie de resurrección en el último día, no permiten al Dios de los vivos hacer irrupción en nuestro tiempo y liberarlos de los lazos de la muerte. Sus sábados son un pesado silencio de muerte sobre el mundo, sólo entrecortado por las lamentaciones dirigidas a un Dios impasible.

Releamos la extraordinaria oración de Ezequías. ¿Hay texto más conmovedor sobre el drama de la muerte? ¿Qué sería la muerte si Dios no la hubiera vencido? ¿Qué sería, sobre todo, frente a un Dios incapaz de librarnos de ella?... "Voy a bajar a las puertas del sepulcro, ya no veré hombre vivo de entre los moradores del mundo... Mi morada es arrancada, llevada lejos de mí... Me voy a ir a la mitad de mis días..." ¿Puede Dios permitir esto?

El Dios de los vivos no lo permitió. Su Hijo salió de los infiernos y su rostro resucitado es para nosotros el icono de la Vida. ¡Ya no morimos; entramos en la vida! Por eso nuestros domingos no tienen nada que ver con esa especie de anquilosamiento sabático que anunciaba la muerte sin poder transfigurarla; ¡nuestros domingos son el día de la resurrección, y nada puede ser más caro a Dios que el hecho de vernos libres! Sí, el domingo amamos y hacemos lo que queremos... Durante ese tiempo, los fariseos, siempre obedientes, seguirán durante mucho tiempo lamentándose.

*
**

**Por David, que danzó delante del arca
y amó la libertad hasta la muerte,
¡bendito seas,
Oh Dios que deseas misericordia y no sacrificios!**

**Por los campos de trigo bajo el sol
y por la libertad de tu creación,
¡bendito seas,
Oh Dios que has dado al hombre el reposo para que viva!**

**Por tu Hijo que resucitó en la mañana de Pascua
y por su rostro transfigurado de humanidad,
¡bendito seas,
Dios de nuestros domingos y de nuestras fiestas humanas!**

SIN ESTREPITO NI INTOLERANCIA

Miqueas 2, 1-5. *Miqueas de Moreset es contemporáneo del profeta Isaías. El contexto político y social de su época explica su mensaje. En el plano exterior, Asiria constituye una constante amenaza para los pequeños reinos de Palestina. En el interior, la llegada de la monarquía tiene como consecuencia la aparición de una clase de advenedizos que aplastan a la población pobre con cargas cada vez más pesadas. Miqueas, al contrario que Isaías, no se mezcla en política, sino que denuncia vigorosamente las injusticias sociales, que considera uno de tantos incumplimientos del ideal comunitario de la Alianza. Para él, el castigo no tardará en llegar, pues sabe que Dios no soporta la injusticia. El país será repartido entre los paganos.*

El salmo 9 es clasificado entre los salmos alfabéticos; es una antología compuesta por fragmentos distintos. La segunda parte, que recuerda las quejas individuales, va dirigida contra los impíos que se mofan de Yahvé y matan a los inocentes.

Mateo 12, 14-21: ver p. 122

**

"Los primeros serán los últimos": el Evangelio no se contenta con extraer una lección moral sobre la vanidad de las falsas grandezas; nos propone un estilo de vida conforme al pensamiento de Dios sobre el hombre: "Si alguien quiere ser el primero, que sea el servidor de todos." El orden social ha de establecerse según una jerarquía del servicio. Así lo atestigua el lavatorio de pies, en plena cena de despedida del Señor: "Os he enseñado con el ejemplo, yo, Maestro y Señor, para que hagáis lo mismo que yo".

Pero, casi de modo inevitable, el mundo se construye sobre un modelo de fuerza y de explotación de los pequeños por parte de los poderosos. Cuando comienza el día, cada uno se apresura a sacar el mayor partido posible del prójimo, con el consiguiente peligro de explotarlo, material o moralmente, si eso le conviene. Peor aún, todo el contexto social está en contra de los que no tienen defensa, y los pobres son cada día más pobres. La caña quebrada es aplastada sin miramientos, y la mecha vacilante apagada sin piedad. No se puede perder el tiempo en consideraciones de tipo humanitario... La espiral de la violencia y del poder no lo permite, pues el que duda en atropellar a otro sabe perfectamente que se expone a ser atropellado él mismo.

En medio de la abundante literatura profética, tan a menudo en conflicto con las injusticias de los poderosos, aparece la misteriosa figura del

Siervo... ¿Quién es este pobre, amado por Dios, que incansablemente va a tomar partido por los débiles, hasta convertirse en uno de ellos? ¿Quién es? ¿Es la imagen del pueblo, zaherido y rehabilitado por Dios? ¿Es la imagen de un profeta, de un Jeremías, perseguido sin cesar? ¿Es la imagen de un Mesías que vendrá, sin que sepamos nunca si ya está ahí...? ¿O es todo ello a la vez?

Jesús ha reivindicado para sí dicha figura. No ha querido más título de gloria que éste. Con infinita paciencia, ha luchado por los oprimidos y se ha convertido en uno de ellos. Ha ocupado el último lugar para oponerse a los poderosos y renovar el mundo sin deber nada a las tácticas de este mundo. Se ha arriesgado a hablar de Dios a los hombres y no se ha hurtado a una muerte infame.

Por esta razón, mientras el Evangelio sea leído y vivido, mientras la voz de los profetas resuena en la Iglesia, el modelo social de los cristianos estará siempre en las antípodas de las maneras habituales de este mundo. Aun a riesgo de que la eficacia evangélica parezca tan frágil como debía parecerse a los discípulos, cuando Jesús les lavó los pies...

**

**No olvides, Señor,
el grito de los desdichados,
pues el débil sólo descansa en ti.
Concede a tu Iglesia
el privilegio de ser sierva y pobre
en beneficio de los oprimidos:
que al compartir su miseria,
les revelemos
tu presencia y tu preocupación por ellos.**

¿QUÉ PODRÍA PROBAR EL SIGNO DE JONAS?

Miqueas 6, 1-4.6-8. *Los profetas conformaron a menudo sus oráculos al estilo de los tribunales; por ejemplo, Miqueas nos invita esta vez a un proceso imaginario. Toma como testigo a la tierra y al cielo, símbolos de estabilidad, y da sucesivamente la palabra a Dios y al pueblo. Yahvé, el demandante, enumera las "fatigas" que ha sufrido por su pueblo (cfr. Improperios del Viernes Santo), al que ha sacado de la casa de servidumbre y le ha dado guías.*

El pueblo presenta a continuación su defensa, pero es una defensa pobre. Los israelitas han reducido la Alianza a una serie de prescripciones rituales, llegando incluso a ofrecer sacrificios de niños, como hacían los cananeos, mientras que la ley judía prohibía totalmente esta práctica abominable. Ya sólo queda esperar el veredicto. En nombre de Dios, el profeta indica al pueblo la conducta que debe seguir: el culto sólo tiene sentido si está profundamente enraizado en una vida consagrada por entero a Dios.

El salmo 49 es también una requisitoria dirigida contra las traiciones de las que el pueblo se ha hecho culpable. Como Miqueas, el salmista denuncia la estupidez de un culto alejado de la vida.

Mateo 12, 38-42: ver p. 125

**

"Maestro, queremos ver un milagro tuyo..." Bajo la aparente cortés, se esconde una siniestra intimidación: el signo, la prueba, deberá ser bien visible, manifiesto, evidente, y tendrá que venir directamente de Jesús, tendrá que demostrar claramente su autoridad. Pero ¿qué signo, qué evidencia podrá mostrar Cristo a adversarios tan aferrados a su rechazo previo? No se les dará otro signo que el de la muerte y la resurrección. Pero ¿qué puede haber de evidente en semejantes signos? ¿Qué ojos podrán ver el poder de Cristo en su obra pascual? Sólo la fe puede reconocer al Señor vivo y, en cuanto a fe, no es mayor la fe de los fariseos que su buena voluntad para salir de sus errados caminos.

El Evangelio no se prueba, se vive. Si Jesús se hubiese quedado en la muerte, si no hubiera sido más que un triste siervo, por más que el Evangelio presentase un ideal maravilloso, no sería Palabra de Dios. Lo que demuestra la perennidad del Evangelio es la resurrección de Cristo. Pero esta resurrección estará siempre sometida a nuestra fe; para los que tie-

nen ojos y no ven, el Señor resucitado nunca será más que un espejismo, y el Evangelio una utopía peligrosa. Por eso la fe vive de un continuo vaivén en el que el mensaje evangélico recibe la luz de la Pascua, mientras que el Resucitado no puede revelarse más que a los que han recorrido con él el camino evangélico. Se ha dado una señal, pero ésta es interior a lo que hay que probar... No es una lógica como las demás... ¡Y con razón!

El drama del fariseísmo es que reduce la religión a una lógica humana, superior quizá, pero humana. La obra de Dios es juzgada conforme a las tradiciones religiosas. Pero Jesús no fue un hombre religioso tradicional, sino que realizó una transformación inaudita de la religión, poniendo la misericordia y a la justicia por encima de los sacrificios y la ley... Llevó a su cumbre el mensaje de los profetas, que también eran perturbadores. ¿Qué prueba habría podido dar sino esa señal que va más allá de las evidencias religiosas: que la muerte no pudo con él? Pero esta señal nunca pertenecerá a la lógica, ni siquiera a la religiosa. Para entrar en el mundo de la resurrección, ¡hay que amar! Y eso no está previsto en el programa de las religiones, demasiado ocupadas en satisfacer a un Dios que les es extraño. Por eso las religiones son mortales; una después de otra, desaparecen. ¡Sólo permanece el signo de Jonás!

**

**No entables un proceso contra nosotros, Señor,
pues sólo tú puedes socorrernos
en la increencia que nos domina.
Manifiesta en nosotros a tu Hijo resucitado,
pues no tenemos nada más que alegar
para defender nuestra causa.
Pese a nuestra torpeza,
lo amamos:
¡es nuestro Señor y nuestro Salvador!**

SIN EL MENOR FAVORITISMO

Miqueas 7, 14-15.18-20. *A propósito de estos versículos, los autores suelen hablar con frecuencia de "liturgia". Nos encontramos, en efecto, en presencia de cuatro fragmentos que hacen alternar acto de fe y súplica, por una parte (vv. 7-10 y 14), y promesa de salvación y anuncio de las maravillas divinas por otra (vv. 11-13 y 15-17); todo completado con un himno (vv. 18-20). Este diálogo entre Israel y su Dios abre perspectivas de esperanza. La lectura litúrgica ha conservado la súplica (Israel quiere recuperar las ricas tierras expoliadas por el extranjero) y el himno al Dios misericordioso, que ya no quiere recordar más que la promesa hecha a los antepasados.*

El salmo 84 es una súplica nacional (cántico de peregrinación); mezcla las protestas de confianza con los reproches que el pueblo dirige a Yahvé. ¿Acaso su cólera puede ser eterna cuando ha demostrado siempre su benevolencia hacia los padres? El salmo prosigue con el anuncio de un oráculo favorable (vv. 9-14), que se repite a menudo durante el adviento.

Mateo 12, 46-50: ver p. 127

*

**

Sobre el salmo 84

Cántico para el retorno del exilio.

**En tierras lejanas,
prisioneros de las alambradas de la muerte,
nuestros compañeros habían perdido
hasta el sentido mismo de la vida...**

**Bendito sea Dios
que no ha olvidado su amor:
ha liberado a los cautivos
del fondo de la tumba sin salida. ¡Vuelven a su tierra
y todos cantamos el himno de la vida!**

Para defender nuestra causa, ¿invocaremos algún privilegio, algún lazo de sangre que nos uniría a Cristo, la pertenencia a algún clan de su Iglesia? Cuando el alegato intenta escapar así a la verdad por medio del subterfugio de los favoritismos, no queda más que la condena, sin ninguna otra forma de proceso.

No pretendo que la madre y los hermanos de Jesús hayan intentado aprovecharse de su parentesco; por otra parte, ¿qué ventaja iban a obtener del parentesco con un profeta rechazado ya por los notables? Pero el Evangelio no se nos ha dado para buscar en él anécdotas; es para nosotros palabra de vida, y se trata precisamente de nosotros...

¿Quién no ha intentado valerse de su rango para eludir la necesidad de cumplir la voluntad del Padre? ¿Acaso la Iglesia no ha colocado nunca el rango social por encima del deber de la caridad? ¿Es conveniente que un prelado manche su vestimenta con la sangre de los oprimidos? Gracias a Dios, más de uno lo ha hecho, pues tal es la voluntad del Padre.

Tal es también la familia de Dios en la tierra. Los discípulos, los pobres, los pacíficos, los hambrientos de justicia son los hermanos y hermanas de Cristo. Dios ha renunciado a sus títulos de nobleza para abrazar "la eminente dignidad de los pobres" (Bossuet). En la mesa familiar, Jesús comparte su pan con pecadores y réprobos.

Y, sin embargo, hay que añadir que tampoco hay salvoconducto alguno en nombre de la pobreza. El pobre que no cumple la voluntad del Padre ya no es hermano de Cristo. Entonces, ¿cuál es la voluntad del Padre, sino que los pobres —y cualquier hombre— reconozcan con confianza su pobreza? Pues el que acepta ser pobre reconoce al mismo tiempo que lo espera todo de Dios. Y Dios no tiene otra voluntad sobre nosotros.

Es así como María se convirtió verdaderamente en madre de Dios el día que dijo: "He aquí la esclava del Señor". Una esclava, es decir, una mujer pobre, que formaba una sola cosa con su Hijo, Siervo y entregado enteramente en las manos del Padre. Como todos los verdaderos creyentes, María no posee más título de nobleza.

*

**

**Padre,
¡hágase tu voluntad
en nosotros como en tu Hijo Jesús!
Que seamos sus discípulos,
enteramente entregados a la espera del Reino.
Entonces nuestra pobreza se transformará
en título de nobleza:
seremos tus hijos
y herederos de tu gracia,
que permanece eternamente.**

PARABOLAS PARA UNA ALIANZA NUEVA

Jeremías... Se recuerdan de él sus "jeremiadas", pero ¡no quisiera yo ver a nadie en su lugar! En su caso, yo habría regresado enseguida a Anatot para esconderme. Y además, Jeremías hizo algo más que lamentarse. Vivió los años sombríos que anunciaban el exilio y luchó contra los augures de falsas promesas, contra la idolatría, contra los falsos profetas que ocultaban la verdad para auparse a hombros del Poder. Su vida fue como una larga parábola para un tiempo de crisis. Jeremías comprendió que Dios no escaparía a la necesidad de concluir una nueva alianza con su pueblo, si quería salvar su obra; comprendió que sería una alianza del corazón, una ley grabada en la carne del hombre, un "Espíritu nuevo". Pues las últimas recaídas gloriosas de la majestad del Sinaí no eran ya más que cenizas; era necesario que Dios reavivase un fuego nuevo en el corazón de los hombres. Jeremías lo dijo, aun a riesgo de desmoralizar a los últimos supervivientes de una gloria efímera ya superada. ¡Era un riesgo inevitable!

La Iglesia que Jesús congrega pacientemente a partir de la vocación de los Doce no será distinta. Una Iglesia toda corazón y humildad. Una Iglesia en la que las parábolas son una especie de código legal. En suma, una Iglesia en la que las cosas más grandes se expresan por medio de las más pequeñas.

Un sembrador que siembra sin reparar en la clase de terreno, aun a riesgo de desperdiciar la semilla. Una mujer que hace crecer la masa con una pizca de levadura. Una multitud de hombres seducidos por Jesús en el desierto. Cinco panecillos para alimentarlos a todos. Un perrillo que recoge las migas. Una simiente minúscula que se convierte en un árbol inmenso. Una brizna de fe que puede mover montañas... ¿Conocéis todo esto? ¿Conocéis también la historia de la faja de lino de Jeremías, su visita a casa del alfarero, su estancia en el fondo del pozo? Montones de pequeñas historias...

Historias para formar la Iglesia. Pues, cuando el mundo empieza a derrumbarse y el exilio está próximo, la Iglesia no tiene una estrategia de guerra que proponer, sino una renovación de los corazones. Una nueva Alianza, basada en nuevos valores. Valores que deberán ser muy cotidianos.

En este aspecto, las parábolas son desconcertantes: expresan lo extraordinario en un tono completamente ordinario. Pero un tono ordinario visto desde el otro lado, el lado que Dios ve. El mundo es puesto al derecho en el momento justo en que todo se pone al revés. Pero pocos hombres están dispuestos a transformar así su espíritu. Es por eso por lo que la última parábola es siempre la del profeta condenado a muerte. ¡Muy ordinario también! Tan ordinario como Jeremías y Jesús.

**Oh Dios, tú no dejas de sembrar tu campo;
ya caliente el sol nuestra tierra
o la noche la cubra con su sombra,
la semilla hundida en el suelo
prepara una cosecha abundante
y da el ciento por uno.
El grano más pequeño, humilde y discreto,
se hace árbol majestuoso
en el que el hombre encuentra alimento y fuerza de vida.**

**Sí, lo creemos:
si el grano de trigo no muere,
queda solo;
si tu Hijo no hubiera sido enterrado en el tiempo de la siembra,
jamás habría madurado la cosecha
que nos da el pan de vida.
Cristo es para nosotros el pan compartido,
el vino nuevo
y la embriaguez de una eterna alegría.**

**Oh Dios, tú no has creado la vida
para verla sumergida en la muerte;
Jesucristo floreció de nuevo en la mañana de Pascua
y su Espíritu fecunda nuestros sarmientos.**

**Padre, te lo rogamos:
haz que tus obreros siembren abundantemente
la semilla de una cosecha siempre inesperada;
que trabajen al ritmo de tu infinita paciencia
y que no arranquen antes de tiempo
la cizaña que crece con el grano.
Que sean desinteresados y libres,
que den sin cálculo alguno
lo que gratuitamente de ti han recibido.
Recompensa su trabajo,
que reciban de ti
un salario más abundante
que el esfuerzo que han tenido que hacer.**

**Por tu Espíritu, sana nuestros corazones de piedra,
que tu semilla eche raíces
en los que escuchan tu Palabra.
Poda nuestros sarmientos,
para que madure tu fruto
en vendimia de fiesta.
Que seamos colmados de alegría
en Jesús, primicia de un mundo nuevo.**

EL TARTAMUDO HABLARÁ

Jeremías 1, 1.4-10. *El libro de Jeremías, capítulo 36, nos dice que en el año 605 el profeta realizó una primera edición de sus oráculos que fue inmediatamente destruida por el rey Yoyaquim. Es muy posible que fuera en esta edición en la que Jeremías elaboró el relato de su vocación para dar a su misión el refrendo divino. El profeta subraya, en efecto, el cuidado particular con el que Dios lo eligió en previsión de su futuro ministerio; se trataba para Jeremías de entrar en estrecha comunión con quien le iba a nombrar su mandatario ante el pueblo. Por otra parte, si bien no oculta su inexperiencia, el profeta insiste en el apoyo que Yahvé le dispensa. Finalmente, en una especie de rito de entronización, Dios toca la boca de Jeremías confiándole su palabra. El gesto es particularmente significativo en el caso de este profeta, que, más que ningún otro, fue el hombre de la Palabra, a la que consagró toda su vida.*

El salmo 70 es una bellísima queja individual. Parece haber sido escrito por un anciano que, abrumado por las dificultades, no duda en reafirmar su total confianza en Dios. ¿Acaso Dios no le ha ayudado y dirigido sus pasos desde su juventud?

Mateo 13, 1-9: ver p. 133

*
**

Sobre el salmo 70

**Tu ves bien que no sé hablar:
cada vez que abro la boca
soy perseguido y torturado.
Mira, Señor, mi quebranto;
poco falta para que dude de ti...
¡Si no fueras tú mi roca,
hace mucho tiempo que la humillación
me habría reducido a la nada!**

*
**

"¡No sé hablar, no soy más que un niño!" Pero es habitual en Dios elegir la debilidad del hombre para hacer patente su poder... Un profeta demasiado seguro de sí mismo podría intentar adjudicarse una gloria que pertenece a Dios. Si Jeremías no está naturalmente dotado para arengar a la multitud, razón de más para que Dios lo elija y le diga: "Yo te doy autoridad sobre los pueblos y los reinos..." ¡Y ahora tenemos que ponernos en el lugar del profeta y comprobar hasta qué punto Dios le obligó!

La vocación es algo muy distinto de una inclinación natural. Es, en el sentido fuerte del término, una palabra de Dios. El que debe proclamar la Palabra tiene que oírla antes como una llamada personal y exigente. Jeremías es el hombre que lleva en el corazón de su vida la conciencia de Dios; puede luchar con ella, pero no puede negar que sobre él gravita la mano del Señor. La vocación es un acto libre de Dios, antes que una respuesta libre del hombre. ¿Será una especie de predestinación? No, puesto que el hombre puede rehusar, huir, tergiversar... Pero, de todos modos, lo que Dios nos pide no lo hace por un capricho súbito. "Antes que tú salieses del seno materno, te consagré" ... Pero el profeta puede siempre rehusar esta consagración; de todas formas, sabrá que la labor no es fácil.

Con demasiada frecuencia nos hemos habituado a considerar todo a partir de nosotros mismos, incluidas las cosas de Dios. Pero la Escritura nos descentra y nos asombra viéndolo todo bajo la perspectiva de Dios. Dios no deja de trabajar. Su palabra es ampliamente difundida, sembrada en toda clase de terrenos, sin reparar en gastos. Sí, Dios se desvive por el hombre; de lo contrario, no elegiría más que candidatos naturalmente bien dotados. Pero su Reino es distinto, y los trabajadores de la mies deberán saber siempre que es Dios quien los ha elegido. No lo contrario. ¡Su incompetencia, sostenida por la fuerza de Dios, es la mejor prueba de ello!

*
**

**Tu mirada está sobre nosotros, Señor,
y tu palabra se anticipa
a nuestro despertar.
Antes de que podamos responderte,
tú ya nos has llamado
y estás impaciente por enviarnos.
Ten en cuenta nuestra debilidad
y dignate poner en nuestros labios
las palabras que atestigüen
como brilla tu poder
en la pequeñez de nuestros talentos.**

NO HAY PEOR SORDO...

Jeremías 2, 1-3.7-8.12-13. *Estos versículos forman un doble oráculo, cada uno de cuyos fragmentos es característico del estilo de Jeremías. En primer lugar, y en forma de un oráculo de salvación, el profeta evoca los tiempos en que Israel era fiel a Yahvé. Al igual que Oseas, y quizá influenciado por él, subraya la distinta conducta del pueblo durante el Éxodo y su actitud desde su instalación en Canaán. Los tiempos del desierto son descritos como una época idílica; olvidando deliberadamente las rebeliones de Israel, el profeta sólo se acuerda de las maravillas realizadas por Dios.*

Luego, Jeremías apela a los cielos para que sean testigos de las traiciones actuales del pueblo, y especialmente las de sus responsables: los sacerdotes, cuya misión es interpretar la Ley, los reyes y los profetas, que se atreven a hablar en nombre de divinidades extranjeras como los Baales. Por eso el pueblo ha olvidado la fuente de donde brotaba la vida, y prefieren las aguas estancadas y las cisternas agrietadas.

La mención de la "fuente de agua viva" ha llevado a la elección del salmo 35, una obra compuesta de la que se han seleccionado los vv. 6-11, que constituyen un himno a la fidelidad divina.

Mateo 13, 10-17: ver p. 135

**

Sobre el salmo 35

**Te han abandonado, Señor,
a ti, fuente de agua viva;
se han excavado cisternas agrietadas,
incapaces de retener el agua.
Pero tú, Dios más precioso que el amor,
eres la fuente de toda vida:
nos das de beber en los torrentes de tu paraíso.**

**

"A vosotros se os ha concedido conocer los secretos del Reino de los cielos, y a ellos no... porque miran sin ver y escuchan sin oír ni entender..." ¿Habrá una predestinación para los buenos y para los malos, hasta el punto de que "al que no tiene nada, aun aquello que tiene se le quitará"? ¿Será Dios un sádico, y no tendrá el lenguaje en parábolas otro fin que el de encerrar en su sordera a los "malos oyentes" de la fe?

Todo esto nos asombra, tanto más cuanto que las parábolas nos parecen lo más sencillo y accesible del Evangelio... pero ¡empecemos por tomar conciencia de nuestra propia sordera! Sí, nosotros también somos sordos de oído, y nuestro corazón se ha insensibilizado. ¿Cómo entendemos nosotros el punto álgido, el meollo, lo inesperado de cada parábola? ¿Cuántas veces no hemos reducido la contundencia de este lenguaje al conformismo de nuestros entumecidos hábitos?

Recordemos...: "Un hombre tenía cien ovejas..." ¿Es normal lo que hace este hombre? ¿Está nuestro corazón espontáneamente abierto a semejante derroche por una oveja perdida?... Perdida por culpa suya, evidentemente. Sigamos recordando...: la cizaña y el trigo... Porque estamos espontáneamente dispuestos, ¿no es así?, a dejar que crezca la cizaña hasta el momento de la cosecha. Dispuestos a tener tanta paciencia como Dios...

Por no ser menos que nuestros padres, hemos reemplazado la fuente de agua viva por cisternas agrietadas que no retienen el agua. Hemos encerrado la Palabra en fórmulas sin vida, y Dios nos habla en vano. Nos hacemos los listos y sólo tenemos oídos para lo que nos conviene. ¿Dónde quedó nuestro ardor de recién casada? ¿Dónde nuestra locura por vivir el Evangelio sin subterfugios ni componendas? Miramos sin mirar y oímos sin escuchar, sin comprender... "Un hombre tenía dos hijos..." Una historia mil veces oída y jamás llevada a la práctica... Pero Dios continúa hablándonos por medio de parábolas. ¡A buen entendedor, pocas palabras bastan!

Sólo los pequeños, los humildes y los sencillos pueden comprender. A ellos les apasionan las parábolas y las aceptan sin discusión. Ellos saben ver y oír y son felices, aunque se les llama ingenuos. ¡Como Jesús! Como dos enamorados en el desierto; ¡como Dios, que no ha olvidado la ternura de los años jóvenes...!

Entretanto, los sabios, los astutos, los honorables y los virtuosos se encierran en una sordera total. Encierran su tesoro en la caja fuerte de su corazón reseco. Tiemblan ante la idea de perderlo todo por los caminos inciertos del Evangelio. Pero ya no tienen nada; su corazón está vacío y su virtud marchita. Ya no tienen nada. ¡Y hasta eso se les arrebatará!

**

**Fuente de agua viva, Dios de los pobres,
no permitas que la piedra de nuestro corazón
impida que brote en nosotros tu palabra.
Abre nuestros ojos a tu luz,
nuestros oídos a tu llamada,
y devuélvenos el ardor de la primavera:
que tu Buena Nueva sea en nuestras vidas
como un brote siempre nuevo,
siempre por descubrir.**

PALABRA SEMBRADA A TODOS LOS VIENTOS

Jeremías 3, 14-17. *Las investigaciones arqueológicas han demostrado que, como consecuencia de la invasión babilónica, el país había quedado completamente arrasado. Por otra parte, el arca de la alianza había desaparecido con motivo de la destrucción del templo. Ello no impide a Jeremías proclamar un oráculo de dicha y evocar los tiempos en los que ya no habrá necesidad del arca, que era un signo demasiado material. En adelante, el trono de Yahvé será la Ciudad santa, donde se reunirán las naciones. Pero para ello es necesario que el pueblo se convierta.*

El cántico de Jeremías 31 evoca el retorno del exilio, cuando el pueblo volverá en peregrinación a Sión. Parece que esta peregrinación sería la de la fiesta de las Tiendas, que abría la estación de las lluvias, de la que dependía la prosperidad del año siguiente.

Mateo 13, 18-23: *ver p. 138*

**

Sobre el cántico de Jeremías

**Para rescatar a su pueblo,
Dios ha pagado un alto precio.
Para poner fin a su duelo,
se ha comprometido hasta la muerte.
Al amanecer del nuevo día,
¡que comiencen las danzas y el cortejo,
que la gracia se derrame
como la luz en el pleno día!**

**

Nuestro Dios no está mudo, ¡no se parece a los ídolos, que tienen boca y no hablan! Su palabra no se ha agotado; nuestro Dios no es el Dios de los escribas que encierran la Ley en sus libros muertos. Dios sigue hablando, pues Dios es Palabra. El Evangelio no es una historia de ayer; es semilla que se echa al surco cada día, palabra destinada a dar nuevos frutos hasta el final de los tiempos. Nunca se volverá a cerrar el Evangelio, pues es libro abierto a la vida, Palabra de Dios para el hombre de hoy, semilla arrojada en todos los terrenos, llamada a todos los corazones. ¡Dichoso el que oye la Palabra de Dios y la cumple! No para preservarla, sino para multiplicarla.

Bajo la antigua alianza, hasta el exilio, el Arca reposó en el templo; su presencia sagrada indicaba que Israel era, ante todo, el pueblo de la Palabra. Pero, demasiado pronto, el Arca se convirtió en un cofre sellado; la ley degeneró en reglamento cicatero; la palabra viva topó con la obstinación de los guardianes. Y el Arca fue destruida con el templo. En lo sucesivo, la Palabra de Dios está en manos de los hombres. Jesucristo, el Verbo de Dios, no escribió ni codificó nada.

Hermano, tú eres el templo del Dios vivo, el eco de la Palabra de vida. En ti se ha sembrado la semilla, y Dios no conocerá otra mies entre los hombres que el fruto que tú aportes. En este mundo pedregoso, mezcla inextricable de buena tierra y de cardos, no habrá más palabra que tu testimonio. ¿Cómo recibes tú el Evangelio de Cristo? Si tu terreno no permite a la Palabra echar raíces y fructificar en abundancia, será a ti a quien se le pedirán cuentas por la incredulidad del mundo... Pues Dios no tiene ya otro lugar donde hacerse oír.

**

**En el camino de nuestras vidas,
tu Palabra, Señor,
ha sido amplia y generosamente sembrada.
Debido a nuestras distracciones,
tu palabra ha sido arrastrada por el viento
hasta el borde del sendero:
¡no nos rechaces,
sino haznos avanzar en tu camino!
En tierra rocosa,
sobre la piedra de nuestra despreocupación,
tu Palabra yace marchita, falta de raíces:
¡no nos condenes,
sino haznos avanzar en tu camino!
Entre los cardos,
ahogada por la seducción de las riquezas,
tu Palabra ha quedado estéril:
¡no nos abandones,
sino haznos avanzar en tu camino
y llévanos hasta la tierra de tu gracia,
donde nuestra fe, conmovida al fin por tu ternura,
ofrecerá al mundo un fruto sobreabundante,
un fruto que perdure en la vida eterna!**

PACIENCIA

Jeremías 7, 1-11. *El "discurso a la puerta del Templo" fue pronunciado en el año 608, a comienzos del reinado de Yoaquim. Denunciaba las ilusiones que se hacían los judíos basándose preferentemente en la presencia en su territorio del templo de Yahvé. Esas ilusiones se explican por el hecho de que la coyuntura política era favorable a los pequeños reinos de Palestina. Por una parte, la amenaza asiria había cesado; por otra, Babilonia —la estrella ascendente— no inquietaba aún a nadie. Por eso el rey Josías, el predecesor de Yoaquim, había podido llevar una política independiente, había ampliado el territorio nacional recobrando las provincias septentrionales y se ocupaba activamente en centralizar el culto en Jerusalén. Durante todo ese tiempo, Jeremías no dejó de advertir a sus compatriotas sobre el peligro babilónico y sobre la posibilidad, por tanto, de una invasión por el norte.*

Los tiempos no estaban maduros para este tipo de predicación, y en más de una ocasión el profeta fue acusado de derrotismo. Los dirigentes judíos tenían una confianza tanto más ciega en sus instituciones cuanto que sabían que Yahvé mismo había elegido a la dinastía davídica y el monte de Sión para establecer su morada entre su pueblo. Valerosamente, Jeremías emprendió la ardua tarea de denunciar la falsedad de estas certezas. Como lo habían hecho ya otros profetas, recordó que sólo una religión interior podía dar sentido al culto oficial.

El salmo 83, un salmo compuesto, contiene un hermoso canto de peregrinación. El salmista se dirige a los sacerdotes para expresarles su alegría por encontrarse en la casa del Señor. El canto suele datarse en las últimas décadas de la monarquía y parece indicar que la centralización del culto era ya un hecho.

Mateo 13, 24-30 : ver p. 141

*

**

Hay muchas formas de intolerancia, pero todas ellas se basan en la buena conciencia propia y en el rechazo de "los demás". Jeremías fue perseguido porque la buena conciencia de los responsables no pudo sufrir que denunciase la injusticia de los poderosos y la despreocupación de los políticos. En la parábola de la cizaña, Jesús condena la excesiva seguridad de los que quieren rechazar a los "malos" porque ellos son buenos. Intolerancia por una y otra parte. "¡Dejad, dice Jesús, esperad hasta el tiempo de la siega!"

Dios no ha opuesto nunca a la intolerancia de los hombres y de los creyentes una intolerancia parecida. La historia del pueblo elegido es una letanía interminable de perdones por parte de Dios. La historia de Jesús es la de una cruz en donde muere, en el colmo de la paciencia, la Misericordia del Padre hecha carne. ¿Qué siega es esa en la que el segador, al fin, arrancará la cizaña de sus campos?

Esa cosecha tiene lugar cada día, en estos tiempos que son los últimos, porque Cristo resucitado ha recibido del Padre todo poder y toda autoridad sobre el mundo. "Pero ¿qué pasa?, se dirá, si todos los días encontramos la cizaña, si todos los días el enemigo saquea nuestras tierras..." Es verdad; y, sin embargo, Dios envía todos los días obreros a su mies. Pero no se trata de una mies a la manera del mundo.

La cizaña es separada del trigo porque Dios reconoce a los suyos. Y esto es obra suya, no nuestra. Es inútil gritar: "¡El templo del Señor...! ¡La Iglesia y todos sus privilegios...!" Dios reconoce a los suyos; él mismo poda su viña y purifica su tierra. En cuanto a nosotros, practiquemos la justicia, sigamos el camino del Evangelio, guardémonos de oprimir al inmigrado, ayudemos al inocente, y... pidamos a Dios que nos reconozca según nuestros méritos y también según nuestra pobreza. Pues la cizaña es el orgullo, y el buen grano es el que muere en tierra para dar fruto. ¡Un fruto de humildad y de gracia!

**

**Cuando el enemigo saquea nuestro trabajo,
presérvanos, Señor, de toda intolerancia,
pues tú te armas de paciencia,
y realizas tu obra según tu misericordia.**

**Cuando la cizaña invade nuestro corazón,
líbranos de toda impaciencia,
pues tú nos conoces mejor que nosotros mismos
y nunca nos niegas tu perdón.**

**Cuando nada parece claro en este mundo,
presérvanos del desaliento,
pues tú no dejas de empezar de nuevo,
y del mal haces brotar el bien.**

COSAS MUY PEQUEÑAS

Jeremías 13, 1-11. *¿Alegoría o acción simbólica? Hay opiniones encontradas. Jeremías compra un cinturón de lino y se lo ciñe alrededor de su cintura, pero no lo lava, para que el sudor y la grasa acaben por pudrirlo. Luego se dirige al Perath (esta palabra hebrea designa habitualmente al Eufrates, pero aquí podría tratarse simplemente del "wadi Fara", a una hora de camino de la ciudad natal del profeta) y esconde el cinturón en una hendidura de la roca. "Al cabo de muchos días", el profeta vuelve al Perath y constata que el cinturón está completamente podrido.*

El cinturón simboliza a Judá y a Jerusalén. El Señor estaba íntimamente unido a su pueblo, como se ciñe el cinturón a la carne de quien lo lleva. Pero, a pesar de la ternura de Yahvé, Judá se separa de él para ir a pudrirse en contacto con la idolatría babilónica.

Si se trata de un hecho real llevado a cabo por el profeta, hay que valorarlo en toda su densidad, porque, según la mentalidad de la época, estas acciones no eran meramente ilustrativas, sino que comprometían el futuro al mismo nivel que la palabra profética. En realidad, su fuerza provenía del poder de la Palabra divina que evocaban.

El Cántico de Dt 32, atribuido a Moisés, ilustra el significado del gesto de Jeremías. Judá ha olvidado la Roca de Israel que le ha dado origen y la ha abandonado para ir en pos de falsos ídolos.

Mateo 13, 31-35: ver p. 145

**

"¡Escuchad aún esta otra parábola! Como se adhiere el cinturón a la cintura del hombre, así me adherí a la casa de Judá y la casa de Israel —oráculo del Señor—, para que ellas fuesen mi pueblo, mi fama, mi alabanza, mi ornamento, pero no me escucharon. Cuando quise cuidar de ellas, ellas se fueron en pos de otros dioses... Pues bien, como ese cinturón que ya no sirve para nada, así haré yo que se pudra la mucha soberbia de Judá, el gran orgullo de Jerusalén, que rehúsa escuchar mis palabras". Pues el amor de Dios por su pueblo es semejante a muchas cosas, pero todas son pequeñas, insignificantes, sin vanidad ni soberbia. Un grano de mostaza, una pizca de levadura, un cinturón de lino, una perla discreta, un amor sin artificio, una ternura cotidiana. ¡Muy poca cosa, pero que supone afecto, paciencia y fe!

¡Es verdad que el amor de Dios puede parecernos poca cosa! Soñamos con acciones grandiosas; soñamos, sobre todo, con ser libres, solitariamente libres... ¡Como si la ternura y la larga paciencia del grano sembrado en tierra nos arrebatase la libertad! ¡Como si ser libre significase conseguirlo todo, y conseguirlo de inmediato! Mientras que la libertad es el regalo regio del Dios creador, el secreto escondido desde los orígenes, la semilla enterrada en lo más profundo de nuestras vidas... Ser libre es vivir al ritmo de Dios. Pero el orgullo viene a destruir y a pudrirlo todo...

¡Escuchad la parábola! ¿Hay pan más sabroso que aquel en el que una mujer ha puesto un poco de levadura y mira con amor cómo crece, pues será el pan cotidiano de su hogar? ¿Hay joya más resplandeciente que el amor de Dios con que hemos sido revestidos? ¿Hay secreto más maravilloso que el que permanece escondido desde los orígenes, cuando Dios miraba cómo el hombre se maravillaba de ser libre y amado?

Pero ¿hay también orgullo más podrido que el que se impacienta y protesta diciendo: "La semilla es demasiado pobre, la tierra está demasiado helada... Dios no es útil... Yo seré mi propio dios"...? "En verdad os digo que semejante orgullo pudrirá y manchará a todos cuantos tomen contacto con él, y mi pueblo, que no ha querido escucharme, perecerá antes de que llegue la primavera y se haya compartido el pan nuevo..."

El amor del Señor es un pan pacientemente amasado que llena la casa con su aroma primaveral. Pan de Pascua y levadura para el mundo, humilde señal escondida a los corazones endurecidos por el orgullo.

*

**

**Tu eres el grano sembrado en la tierra,
la levadura que da vida
y hace crecer el pan en nuestra mesa;
tú eres, Señor, ese pan partido
y la simiente de un mundo nuevo.
No dejes que nos endurezca el orgullo:
haz que seamos, como tú,
levadura y esperanza del mundo,
semilla y futuro de nuestra tierra.**

AL SOL DE LA TARDE

Jeremías 14, 17-22. *El capítulo 14 contiene una liturgia penitencial, que se celebraba con ocasión de una sequía prolongada. Los vv. 2-9.19-22 constituyen un buen ejemplo de queja nacional, que comporta ordinariamente una serie de reproches dirigidos a Yahvé, una descripción de las desdichas que asolan a la nación y unas acusaciones, a veces muy duras, dirigidas contra el enemigo. Los versículos que ha recogido la liturgia contienen efectivamente reproches, formulados en forma interrogativa (v. 19), y una llamada de socorro, que se presenta bajo la forma de un chantaje a la divinidad: Yahvé debe socorrer a su pueblo sin no quiere ser el hazmerreír de los enemigos de Israel (cfr. v.20).*

Los versículos 17-18 pertenecen a otro género literario; imitan los salmos de súplica individual. Presentados como oráculos de Yahvé, describen la desgraciada situación del país y "podrían significar que Dios sufre al ver a su pueblo así maltratado".

El salmo 78 es un salmo de súplica colectiva. La liturgia recoge la larga oración de petición, así como la promesa de dar gracias después de ser acogida.

Mateo 13, 36-43: ver p. 148

**

Sobre el salmo 78

**Tu pueblo no puede más;
¿no oyes los gritos de los prisioneros?
¿Tendremos que pagar hasta el fin
el precio de nuestras pasadas faltas?
¿Tendremos que conocer la muerte
para poder al fin bendecirte?
¡Dios mío, no tardes!
¡Oh Dios, sálvanos!**

**

Cada día, Dios reconoce a los suyos y prepara su cosecha, pero ésta se producirá ineludiblemente en el último día, cuando acabe este mundo y todas las cosas aparezcan a la luz. Aquel día, los justos resplandecerán como el sol, mientras que quienes se hayan pasado la vida haciendo caer a sus hermanos, acabarán en la hoguera, en la que se consumen las malas hierbas y la cizaña. Porque el mal no es eterno, y Dios debe animar a los

justos con la promesa del restablecimiento final de la verdad. En efecto, ¿para qué íbamos a tener paciencia con la cizaña si nunca tuviéramos que apartar de ella el buen grano que da el pan de la alegría? La paciencia de Dios sería absurda si no tuviera nunca que reconocer el bien y sacarlo a plena luz. ¡Dios no puede dar la razón a los que hacen caer a los demás!

"Por el honor de tu Nombre... por el honor de tu Gloria... Señor, acuérdate de nosotros". No somos mejores que nuestros hermanos, hemos profanado tu Alianza, somos hijos e hijas del Mal, pero ¿acaso no nos salvó Cristo con su cruz? ¿Qué ocurrirá en el día final si el Hijo del hombre tiene que avergonzarse de los que han sido marcados con su Nombre? Porque, si Dios juzga, lo hace de mala gana, y hará todo lo posible para obtener nuestra conversión. Comencemos, pues, por implorar esa conversión como una gracia, como un acto del poder de Dios. Sólo él puede cambiar nuestro corazón, pero nos pide que nosotros se lo pidamos... Por muy bajo que hayamos caído, nuestra oración será siempre la puerta abierta a la gracia final.

"¡Dios justo, Dios justo y bueno, manifiesta hacia nosotros tu justicia y, mientras dure el tiempo de la conversión, ven a cambiarnos! ¡Que las tinieblas de nuestro pecado se transformen en luz de aurora, esperando el día de la luz plena al sol de tu justicia!"

**

**¿Podría suceder, Señor,
que te hartaras de nosotros
y se agotara tu paciencia
antes del día de la siega?
¿Acaso no eres tú nuestro Padre?
¿y no somos nosotros, a pesar de nuestras faltas,
los hijos de tu gracia?
Sí, por favor, te lo pedimos:
por el honor de tu Nombre,
conviértenos
y concédenos esperar sin temor
el día en que todo será luz,
pues tú nos juzgarás según tu corazón
si nosotros no hemos dejado
de poner en ti nuestra confianza.**

SEDUCCION

Jeremías 15, 10.16-21. *Ningún profeta nos ha informado mejor acerca de su vida interior que Jeremías, que nos ha dejado unas conmovedoras "confesiones". Lo que más impresiona al leer estos testimonios es la soledad de aquel hombre. No se casó ni tuvo hijos, y fue rechazado por todos, incluidos sus parientes más cercanos. "Es un elemento de contestación y de disputa para todo el país". No obstante, esta soledad no es fruto de una disposición natural del profeta, sino le viene de fuera.*

Una fuerza interior le habita y, por así decirlo, le tiraniza. Esa fuerza es la palabra divina que se le impone. Jeremías aparece como un hombre acosado: donde quiera que vaya, lo quiera o no, tiene que transmitir su mensaje. Esa es su responsabilidad, y no quiere sustraerse a ella. En su soledad, cuenta con un único apoyo: el que le empuja a hablar, Dios.

El salmo 58 es una queja individual y prolonga las reflexiones de Jeremías. Expresa su tormento interior, pero también su profunda confianza en Dios, que habita su palabra.

Mateo 13, 44-46: ver p. 151

*
**

Sobre el salmo 58

**Dios es nuestra ciudadela,
muralla que nos protege de emboscadas;
es nuestra fuerza
contra los que nos agreden;
su amor es más fuerte
que una muralla fortificada.
¡Bendito sea Dios, nuestra roca!**

*
**

Un hombre ha sido seducido y en adelante ya no conocerá el reposo. Por una palabra que se ha apoderado de él, lo ha vendido todo y, en su ingenuidad, ha emprendido un viaje sin retorno. Todo el mundo se burla de él, todos le mortifican y le injurian, pues el que encuentra la perla preciosa es inmediatamente objeto de envidia, y el que entrega su vida a Dios se hace sospechoso, sobre todo porque se ve forzado a decir una palabra que molesta al mundo. Oh madre mía, ¿por qué me engendraste? ¡Ojalá hubiera quedado yo en el anonimato, sin descubrir tesoro alguno! ¿Por qué he sido seducido, si sólo me ha servido para ser rechazado por los hombres? Herida incurable y soledad penosa...

Sí, Dios es soledad y herida en el corazón del hombre. Seduce, y es como una violación; habla, y es como un trueno interminable. Dios viene a nosotros como un tesoro escondido, pero, en cuanto lo hemos vendido todo para adquirirlo, nos vemos apartados. Dios se da como una dicha, pero es la bienaventuranza de los perseguidos; como una promesa, pero es la cruz. Quiere todo y parece no dar nada... ¿Cómo no decir: "Oh Dios, déjame que vuelva atrás, al abrigo, a la compañía de los hombres..."?

Pero hay que ir más lejos, seguir y seguir vendiéndolo todo, hasta el último céntimo, no querer otra riqueza que esta presencia que quema el alma. Dejarse consumir. Pues la alegría está más lejos; no es un espejismo, sino que está más allá de las felicidades ficticias, atravesada por un largo desierto. La alegría de Dios es nuestra muralla, pero para conocerla hay que partir de cero. Dios no es un pasatiempo religioso; es el Totalmente Otro, el Inaccesible, la felicidad en estado puro.

Dichoso el hombre que, con Jeremías y con Jesús, conoce el fuego que le purificará hasta el alma. En el momento en que todo parezca perdido, entonces conocerá la alegría que está más allá de toda felicidad. Alegría de la resurrección. Tesoro infinito por el que vale la pena atravesar el largo desierto de la pobreza, la infinita soledad del encuentro con Dios.

*
**

**Te damos gracias,
Padre de ternura,
por Jesucristo, tu Hijo amado.
El es la perla que brilla al amanecer
y que encierra todos los tesoros
de la sabiduría y de la ciencia.
El es la alegría incomparable
de quienes lo buscan incansablemente
y lo descubren escondido en lo más profundo de sí mismos.
Para quienes lo han descubierto,
no hay más tesoro en el mundo,
pues sólo él puede colmar su esperanza.**

UN ALFARERO Y UNOS PESCADORES

Jeremías 18, 1-10. *Otra acción simbólica más... Jeremías es invitado por el Señor a bajar a casa del alfarero para meditar sobre el trabajo del artesano. En efecto, el profeta observa que el obrero es dueño de su trabajo; si una pieza le sale mal, el alfarero la destruye y, con el mismo barro, hace otra.*

Jeremías deduce de ello que los pueblos, y especialmente Israel, están en manos de Dios. Por eso, si Israel se niega a convertirse, Yahvé lo destruirá como el alfarero destruye la pieza mal hecha. Si, por el contrario, el pueblo se convierte, Yahvé podrá adornarlo y venderlo a buen precio.

El salmo 145 es un himno compuesto de elementos muy dispares. Los versículos que se ofrecen comprenden sucesivamente, junto a una parte himnica (vv. 1-2), algunas sentencias de tipo sapiencial (vv. 3-4) que recomiendan no confiar más que en Dios. Los vv. 5-9 forman un salmo de congratulación, cuya liturgia ha conservado la bienaventuranza inicial.

Mateo 13, 47-53: ver p. 154

**

Sobre el salmo 145

**¡Tocad para nuestro Dios,
dejaos guiar por su mano!
¡Apoyaos en su amor,
y vuestro corazón bailará de alegría!**

**

Un poco de arcilla entre las manos del Creador, un soplo profundo que sale de las entrañas del Padre, y he aquí al hombre, obra maestra en permanente peligro, hoy maravilla de creatividad, mañana pobre pingajo sin aliento. ¿Y qué decir cuando se reúne una multitud de hombres? Rebaño que muge a merced de los caprichos comunitarios, o bien reino grandioso de paz y de inventiva... Depende de los días, y es perfectamente imprevisible. Como los pescadores en la noche, lanzas tus redes al mar y recoges toda clase de peces, buenos y malos... ¡Depende de los días y de las noches! Por la mañana, se van a la guerra a luchar unos contra otros, y por la tarde se arrepienten y hablan de paz... Me refiero a los hombres, desde luego. ¡La inestabilidad al poder! ¡Un día llegará en que los ángeles tendrán que poner orden!

"¿Habéis comprendido todo esto?", pregunta Jesús a sus discípulos, futuros padres de la Iglesia. "Sí", responden todos a coro. Pero nadie se hace demasiadas ilusiones, al menos Jesús. Al igual que en la mañana de la creación, estos doce hombres no son más que un poco de arcilla animada por un gran soplo venido de Dios. ¿Prevalecerá en ellos el Espíritu para que sean capaces de inventar una Iglesia capaz de perdurar? ¿O será tan fuerte el peso de la carne que en lo sucesivo se hablará de la Iglesia como se hablaría de un fósil descubierto en cualquier Siberia? ¡Mientras la Iglesia esté formada por hombres, sabemos bien que habrá en ella peces de toda clase y condición! O, por mejor decir, quizá la Iglesia esté siempre hecha de lo nuevo y de lo antiguo, de peso muerto y de brotes renovados, de tristeza y de gracia. Y a todo escriba del Reino que lo sabe se le advierte: la Iglesia no es un sueño; es el realismo de Dios hecho carne... Un realismo que es el único optimismo duradero desde los días de la creación. Como un paciente alfarero, Dios reanuda cada día su tarea, su obra maestra, el hombre. Cada día, reúne sus obras maestras en peligro en su casa, la Iglesia, de la que no se decide a hacer un museo de antigüedades. Una Iglesia que será más bien un gran cuerpo, nunca rebosante de salud y nunca totalmente muerto. ¡Una Iglesia formada por hombres!

¿Será culpa de Dios si, en el último día, hay que arrojar al mar o a la hoguera "lo que no vale nada"? Pero, en realidad, ¿qué es lo que no vale nada para ese alfarero infatigable que se llama Dios?

**

**Estamos en tus manos, Dios creador,
y tu Iglesia reúne en un solo cuerpo
a estos pobres pecadores que somos nosotros.
No abandones la obra de tus manos,
ten piedad del cuerpo de tu Hijo
y dignate reanimarnos con tu Espíritu.
Que tanta paciencia para con el hombre, tu hijo,
suscite en la Iglesia un canto de alabanza
que atestigüe ante los hombres
la gloria de tu amor y de tu gracia.**

UN PROFETA DEMASIADO NORMAL

Jeremías 26, 1-9a. *El capítulo 26 nos ofrece el marco histórico del oráculo pronunciado contra el templo de Jerusalén (cap. 7; cfr. martes de la decimosexta semana). En este alegato, el profeta no denunciaba al santuario como tal, sino las falsas seguridades en que se complacían los judíos invocando la presencia del templo en el territorio nacional.*

Como sus predecesores, también Jeremías militó en favor de una religión que comprometiera por entero al hombre. Lo que Dios desea, en efecto, es la circuncisión del corazón, una comunión de amor que respete los términos de la Alianza. Jesús mostrará el camino haciendo de su muerte en la cruz un "sacrificio vivo, santo y grato a Dios" (Rom 12, 1).

Pero los judíos no se convirtieron, y el oráculo profético encontró su realización con la destrucción del santuario por los ejércitos babilónicos. Aquel día, el templo de Jerusalén conoció la misma suerte que el santuario de Silo, que fue asolado por los filisteos hacia el año 1050.

El salmo 68 es una queja individual que refleja admirablemente los sentimientos del profeta ante la ineficacia de su predicación. Nadie ha querido escucharle y sus contrincantes se vuelven amenazadores.

Matco 13, 54-58: *ver p. 160*

**

Un profeta, un Cristo de vuelta a su país, entre los suyos, que desconcierta; su palabra no respeta las normas establecidas; la gente se hace preguntas e incluso trama su perdición. ¿Por qué sustituye Jeremías la apología del templo por amenazas de destrucción? ¿Cómo puede Jesús hacer milagros cuando todo el mundo conoce a su madre, a sus hermanos y hermanas, a su clan? A decir verdad, lo asombroso sólo asombra de veras cuando proviene de lo que debería seguir siendo cotidiano, normal y apromblemático. Cuando los profetas se presentan con rasgos insólitos, nadie se asombra de que digan cosas inauditas... Pero ¿cómo pueden decir las los que nos son tan familiares? Jeremías, tus profecías no son más que jeremiadas... ¡Mejor harías en rezar tus oraciones en el templo, como hace todo el mundo! Jesús, nos chocan tus aires de Hijo de Dios... ¡Mejor harías en volver a casa de tu madre y portarte como todo el mundo!... Como todo el mundo, es decir, sin ponerlo todo en cuestión.

Pero la fe consiste precisamente en poner las cosas en cuestión. ¡Crear lo que es evidente no es fe! Si el profeta canta la misma canción que todo el mundo, no hay por qué creerle; y si Jesús fuera un escriba debidamente formado en las escuelas teológicas, no tendríamos por qué prestarle nuestra fe. Sólo se presta la fe a quien produce asombro, a quien desconcierta, a quien cuestiona. Por eso mismo tantos devotos son increyentes... ¡Muy devotos y muy poco creyentes! Basta con mirar sus caras cuando un profeta se pone a cuestionarlo todo para reanimar una fe vacilante... Todos los devotos se extrañan, a no ser, naturalmente, que el profeta tenga aspecto de fakir o de brahamán.

Aquel día, Jesús, asombrado por su falta de fe, "no hizo muchos milagros". Lo extraño es que, pese a todo, haya hecho alguno... Pero, sin duda, siempre hay en el pueblo algún ingenuo que cree en él. ¿Y qué no se hará por esa gente? ¡Bienaventurados los corazones sencillos! Pero el milagro va siempre unido a la fe... Es normal, ya que el milagro es un cuestionamiento de la realidad. E, indudablemente, no hay mayor milagro que ver cómo todavía hoy hay gentes sencillas que prestan su fe a Jesús, mientras que también conocemos a muchos hermanos, sacerdotes y profetas suyos, personas conocidas, a las que muchas veces nos entran ganas de decir: "¡Cállate, Jeremías! ¿No vas a acabar nunca de darnos la lata con tus profecías? Te conocemos bien: ¡no eres mejor que los demás!".

Pues el gran milagro de Cristo es que su nombre siga siendo bendecido en su Iglesia, cuya fe se ha encogido, desde hace mucho tiempo, como una piel reseca... ¡Una fe que permanece viva a pesar de tantos espíritus apesadumbrados!

*

**

**Hemos hecho enmudecer a tus profetas,
y tu Palabra dormita entre cenizas:
¡Oh Cristo, reanima en nosotros la fe!**

**No hemos reconocido tu rostro,
y tu Iglesia muere con el frío de nuestra noche:
¡Ilumina, Jesús, nuestro camino!**

**Has venido a tu casa y te hemos despreciado;
tu casa está cerrada, de luto:
¡Abre, Señor, nuestro corazón
y cura a tu pueblo dormido!**

EL PROFETA Y EL PODER

Jeremías 26, 11-19. *Los profetas y los sacerdotes del templo acusan a Jeremías de que, al denunciar la confianza del pueblo en la solidez de sus instituciones, debilita la unidad nacional y, en el fondo, pone en entredicho la elección que el propio Yahvé hizo en el monte Sión para fijar en él su morada terrestre. Es cierto también que la amenaza babilónica es por el momento demasiado vaga para impresionar a los dirigentes del país. Sin embargo, no puede decirse que la predicación del profeta deje de tener su repercusión; algunos de sus partidarios le serán fieles hasta el final.*

No podemos evitar trazar un paralelismo entre Jeremías y Jesús. Ambos abogaron por una religión del corazón y ambos atacaron las pretensiones injustificadas de sus contemporáneos, los cuales persiguieron a uno y a otro. Jeremías ante sus jueces es ya una imagen de Jesús ante el sanedrín. ¡La palabra de Dios acusada!

Sigue el salmo 68, esta vez con una oración confiada dirigida al Dios que sostiene a sus fieles. El salmo concluye con la promesa de cantar una alabanza a Yahvé.

Mateo 14, 1-12: ver p. 162

**

¡Si Jesús es Juan Bautista resucitado de entre los muertos, entonces puede hacer milagros! Así lo ha decidido Herodes... ¡Lo sensacional llama a lo sensacional! En cuanto a imaginar que el Bautista haya resucitado, sólo el enfermizo sentido de culpabilidad de Herodes puede creerlo. Cuando le presenten a Jesús, durante la Pasión, no verá en él más que a un loco, puesto que ese tal Jesús se encamina derecho a la muerte... Una muerte lógica, la muerte de los profetas que cometen el error de arremeter contra el poder con esas historias que no tienen pies ni cabeza... Como Pilatos y tantos otros, Herodes se lavará las manos y no se preocupará lo más mínimo por esa supuesta resurrección de Cristo... ¡Es verdad que esta vez no le van a presentar la cabeza de Jesús sobre una bandeja! La discreción de la mesa eucarística no ha molestado nunca al Poder... salvo, precisamente, cuando los profetas se apoyan en el Cuerpo del Señor para proclamar la vanidad de este mundo y pedir justicia en nombre de los pobres... ¡Entonces la Eucaristía se hace peligrosa!

Entretanto, el Bautista participa por adelantado en la pasión de Cristo, pues el siervo no puede ser mayor que su señor, y el que quiere dar testimonio de la verdad de Dios tiene que saber que será maltratado por

los hombres. De Jeremías a Jesús y de Jesús a la Iglesia de hoy, la descendencia es directa. La pasión de Cristo ocupa el centro de la historia del mundo... Pero lo ocupa trágicamente, pues tanto hoy como ayer es muy frecuente que los poderes establecidos rechacen la palabra de los profetas, y los poderes religiosos apenas escapan a esta regla. Herodes contará con la connivencia de los sacerdotes y los escribas para librarse de ese Jesús, un galileo demasiado alborotador. Y Pilato, a su vez, no encontrará la menor dificultad para entregar a Cristo en manos de los magistrados, en Jerusalén. ¡Basta con que un hombre se atreva a profetizar contra el orden establecido para que todos, como un solo hombre, decreten que merece la muerte! Sin preguntarse siquiera si el orden que quieren preservar no es para Dios el peor de los desórdenes, para un Dios que quiere la justicia y el derecho. Pero Herodes no se preocupó tampoco por averiguar si su juramento no era la peor de las blasfemias... Poseía a Herodías... Otros poseen riqueza, fama, religión... Lo bastante para desbarazarse de un inocente cuyo único error es decir lo que hay.

**

**¡Bendito seas, Señor Dios nuestro,
Padre de los pobres y Justicia de los perseguidos!
¡Bendito seas por Jeremías, tu profeta,
y por Juan Bautista,
testigo de la verdad hasta el martirio!
¡Bendito seas también hoy
por tantos hombres y mujeres,
conocidos y desconocidos,
que se atreven a desafiar a los poderosos
para decir y hacer realidad
las palabras del Evangelio!
Bendito seas,
y dignate conservarnos en la fe:
que nuestros actos den testimonio inequívoco
de la Palabra recibida
el día en que nos hicimos
discípulos y apóstoles de tu Hijo Jesús,
que es para el mundo
tu Justicia y tu Verdad.**

CUANDO LA GENEROSIDAD NO BASTA

Jeremías 28, 1-17. *La situación política ha evolucionado. Babilonia ha impuesto su ley sobre el Oriente Próximo y el rey Jeconías, sucesor de Yoyaquim, ha sido enviado al exilio acompañado de los suyos y de varios miles de cautivos de Judá, entre los cuales se encontraba Ezequiel. Nabucodonosor ha puesto en el trono de Jerusalén al débil Sedecías, tío de Jeconías. Sin embargo, ha brotado una esperanza y Jerusalén se ha convertido en el centro de una conjura en la que toman parte los reyes de Edom, de Tiro y de Sidón, así como el soberano ammonita. Entonces vemos como Jeremías une de nuevo el gesto a la palabra y deambula por la ciudad con la cabeza encorvada bajo el yugo, símbolo de la servidumbre a la que iban a ser sometidos los conspiradores (Jr 27).*

Así pues, el profeta ha acabado metiéndose en política; ha entrado a formar parte de la facción pro-babilónica, pues quiere evitar a su país sufrimientos innecesarios, y estaba convencido de que Yahvé desea "no un estado independiente y fuerte, sino un pueblo que le sea fiel".

El capítulo 28 relata una controversia oratoria entre Jeremías y Ananías, un falso profeta que habla de paz. Jeremías le opone su escepticismo, pues Ananías anuncia una paz inmediata, mientras que hasta entonces todos los profetas han anunciado la desgracia. En cuanto la Palabra de Dios se manifiesta de nuevo, Jeremías pasa al ataque y confirma su predicación anterior: Jerusalén y todos los conjurados conocerán la derrota y la esclavitud.

El salmo 118 prosigue su meditación sobre la ley divina. Al mismo tiempo que sirve de apoyo a la confianza del salmista, apela a todos los que hacen profesión de fe en el Señor.

Mateo 14, 13-21; ver p. 168

"Dadles vosotros de comer". Pero es Jesús quien toma los cinco panes y pronuncia la bendición antes de partirlos para ser repartidos entre la multitud. Así pues, la Iglesia no está nunca abandonada a sí misma: le han sido confiados los hombres, pero es Cristo vivo quien se da a ellos por medio de las manos de los creyentes.

La multiplicación de los panes no es un milagro sensacional; tampoco es una simple llamada a compartir. Jesús no multiplica los panes como un hombre rico que "tirara" indefinidamente de su riqueza para distribuir una parte de ella entre los hambrientos; ni se contenta tampoco con invitar a todos al reparto para que todo vaya bien. Sabe que esa multitud lastimosa que forman los hombres lleva en sí demasiada miseria para poder salvar al mundo con sólo su generosidad. ¡Ni la de los ricos ni la de los pobres bastaría! Hay que llegar hasta el fondo del problema, hasta ese momento verdaderamente redentor en el que Cristo da su vida y dice: "¡Haced lo mismo en memoria mía!" Porque el pan que él parte para distribuirlo entre los hambrientos es su cuerpo. Y sólo su cuerpo entregado puede salvar a los hombres.

Si la Eucaristía de la última cena se celebra en el recogimiento del cenáculo, la de la multiplicación de los panes nos abre las puertas del mundo. Jesús pronuncia la bendición para que sean bendecidas todas las razas de la tierra. Parte el pan para saciar el hambre del mundo entero. A esta Eucaristía son invitados todos los pobres y todos los rechazados, los que tienen mala fama y los que van mal vestidos, los perseguidos y los olvidados. ¿Cómo podríamos recibir el pan que se parte sin hacer todo lo posible para que llegue un mundo nuevo?

Que el recogimiento del Cenáculo no nos desoriente, pues sobre él gravita la muerte del Hijo del hombre. El mismo nos lo dice entonces claramente: "Este pan es mi cuerpo, entregado por la multitud." En su corazón, que pronto será traspasado, lleva a la muchedumbre del desierto y a las interminables cohortes de la miseria. Y si aquella tarde da el pan únicamente a sus discípulos, es para que ellos vayan a dárselo a todos los hombres.

Cada vez que celebramos la Eucaristía en memoria del Señor, él toma nuestro pan y nuestro cuerpo, nuestra vida. Mira al mundo y nos dice: "¡Dádselo vosotros mismos a comer!" ¡No estamos solos! Nuestro cuerpo y nuestra vida, entregados por la multitud, están en las manos de Aquel que es el primero en entregarse cada día.

**Mendigos de pan, sedientos de esperanza,
aquí nos tienes ante tí, Padre nuestro.
Danos hoy nuestro pan de cada día,
abre nuestras manos que se cierran para retenerlo todo.
No tenemos más que un trozo de pan,
y la pobreza de nuestro corazón.
Te pedimos por tu Espíritu
que acabes con la indigencia de nuestra ofrenda
para que se convierta, en manos de tu Hijo,
en fuente fecunda en la sequía de nuestro desierto.**

MANOS SUCIAS Y CORAZON PURO

Jeremías 30, 1-2.12-15.18-22. Los capítulos 30 y 31 contienen oráculos que describen un futuro halagüeño para el país y que no dejan de tener ciertas analogías con los de Isaías 40-55. Estas profecías parecen antiguas; podrían remontarse a los tiempos de Josías, el rey que había aprovechado la debilidad momentánea de las grandes potencias para recuperar Galilea, Samaría y las ciudades costeras; en una palabra, las provincias perdidas a raíz de la escisión del reino de David. La política de Josías permitía concebir una esperanza de restauración, de la que se hicieron eco los oráculos proféticos de la época. Pero, después de la caída de Jerusalén, estos mismos oráculos, que en su origen iban dirigidos únicamente al reino del norte, fueron reinterpretados en favor de Judá. En efecto, la palabra divina no podía extinguirse.

El recuerdo de los sufrimientos pasados (vv. 12-15) aparece junto a las promesas de restauración (18-22). De aquéllos se recoge, sobre todo, su carácter educativo. En cuanto a los oráculos de felicidad, describen el estatuto futuro del pueblo: renovación del hábitat, restauración del culto, independencia política..., y todo ello rematado con una renovación de la alianza entre Dios y su pueblo.

El salmo 101 pertenece al género de las quejas individuales, que enumeran los motivos de Dios para intervenir en favor de su pueblo. En este caso, Jerusalén ocupa el lugar central: que Yahvé reconstruya sus murallas y se muestre favorable hacia los pequeños (por tanto, hacia el propio salmista). Entonces su gloria será grande ante las naciones.

Mateo 15, 1-2.10-14: ver p. 171

**

(Año A. Los años B y C, cfr. p. 172)

Evidentemente, mantenerse puro ante Dios no consiste en lavarse las manos sin parar, como tampoco consiste en no lavarse más que las manos. Es conocida la obsesión de esos desdichados que se sienten constantemente sucios, contaminados, impuros. Sería demasiado sencillo reírse de ellos, pues la religión pasa también por el cuerpo, pero además hay que saber a qué nivel se sitúa la relación de nuestra carne con Dios... Contra todas las tendencias que se esfuerzan por mantener al hombre en un invernadero, al abrigo de un mundo impuro, el Evangelio ha optado por el "corazón". ¡Bienaventurados los corazones puros, transparentes, generosos, sencillos, humildes, pues ellos verán a Dios!

Pero ¿no habría, precisamente, que retirarse del mundo para acceder a esta pureza? ¿Es posible comer en la mesa de los hombres sin perder ese candor que Jesús comparaba con el de la paloma? El que mete la mano en el barro, tarde o temprano se manchará las manos. ¿Qué hacer?... ¿Y si la respuesta estuviese en la mirada? ¡Los ojos son el espejo del alma! ¡Bienaventurados los corazones puros, porque ellos verán a Dios!

La pureza se expresa en una mirada, en una cierta manera de contemplar a los hombres y las cosas. Hay hombres que, frente al mal del mundo y sus compromisos, conservan una mirada inocente, es decir, una aptitud para descubrir el bien y la esperanza en el momento en que todos se hunden en el barro. No ignoran nada de los datos que ofrece el mundo, pero huelen a Dios aún dentro de la misma contaminación, simplemente porque tienen corazón y porque su mirada sabe presentir las dimensiones ocultas de las cosas.

La impureza empezará a pegársete a la piel el día en que pretendas lavarte las manos, preservarte, encontrar a Dios en no sé qué oasis aséptico. Dios no ha venido entre nosotros para meterse en un refugio cerrado; su mesa entre los hombres fue la de los pecadores, la de la gente común.

Cuando nos obsesione la impresión de que nuestras manos están sucias, levantemos los ojos hacia las manos del Hijo de Dios en la cruz, esas manos agrietadas y que chorrean sangre, manos de un hombre al que todos tratan como si fuera un delincuente. Y luego, fijemos nuestra mirada en sus ojos. Con él, miremos al mundo para murmurar el perdón; contemplemos a los hombres para creer en ellos; abandonemos todo rencor y luchemos hasta el último aliento. Pues Dios no se ha lavado las manos de nuestra miseria. Por eso él es la pureza absoluta, y no reclama nada más de nosotros cuando ocupamos un lugar en la mesa de su amor.

**

**¡Bienaventurados los ojos abiertos de par en par,
porque reconocerán al Hombre!
¡Bienaventurados los que tienen corazón,
porque ellos abrazarán al mundo!
¡Bienaventuradas las manos que se hunden en la masa,
porque recibirán el cuerpo del Señor!
Bendito seas, Dios nuestro,
por el pan que hace vivir a todo hombre
en Jesucristo, tu Hijo, Salvador nuestro.**

HISTORIA CON UN PERRILLO

Jeremías 31, 1-7. *Este oráculo, que recuerda la predicación del profeta Oseas, anuncia la reunificación del reino. Los vv. 2 y 3 aluden al Éxodo, cuando Yahvé se encuentra con su pueblo en el desierto y se compromete, mediante el don de la Alianza, a amarlo con un amor eterno. Saltando por encima de los siglos, el versículo 4 evoca el reino de Josías y la reconquista de los territorios perdidos.*

En cuanto al v.6, constituye una clara alusión a las peregrinaciones de las tribus a Jerusalén, peregrinaciones que habían sido suprimidas a raíz de la consumación del cisma religioso.

El cántico, tomado de Jr 31, es un oráculo de dicha. Yahvé se ha pronunciado en favor del retorno de los exiliados.

Mateo 15, 21-28: ver p. 175

*
**

Sobre el cántico de Jeremías

**¡Vosotros, a quienes ama Dios con un amor eterno,
tomad vuestras panderetas
y dirigid la alegre danza!
Que venga la cananea con su pobre fe
y su perrillo de debajo de la mesa...
Que vengan todos los hambrientos
y los prisioneros, liberados de sus cadenas...
Que vengan jóvenes y viejos,
lisiados y enamorados...
y que entren todos en la danza
por Dios, que los ama con un amor eterno!**

*
**

He aquí a Jesús frente a una mujer de origen pagano, cuya hija está poseída. Las impurezas legales se acumulan, pero la fe da un enorme salto hacia adelante. Y, sin embargo, Jesús no se muestra tierno con esta mujer; nos sentimos incluso algo sorprendidos por su forma de acogerla... Pero la mujer es formidable, una verdadera mujer, un corazón puro, a pesar de las apariencias. Tiene una fe que mueve montañas, y obtiene una victoria sobre el mal humor del Hijo de Dios... Su fe es ingenua y conmueve el corazón del Señor; el procedimiento que sigue es irresistible. Pues, en el fondo, después de todo, ¿qué importa que se trate de migajas de debajo de la mesa, o de un trozo de pan crujiente cuando es Dios quien lo da? La mujer ha reconocido la visita de Dios: ¡no se detiene en los detalles!

En cuanto a nosotros, que recibimos regularmente el pan eucarístico en nuestras manos, ¿no sería conveniente, para que se despierte nuestra fe, que nos escondiéramos de vez en cuando bajo la mesa, con los perrillos, como quien no quiere la cosa? Ciertamente, es preciso que renunciemos ya de una vez a nuestras pretensiones de niños mimados, que tomemos gusto por las migajas, por las cosas insignificantes. Entonces nuestra fe será grande, y todo sucederá para nosotros a la medida de nuestra fe.

*
**

**Padre de toda vida,
conserva a tu Iglesia fiel
a la misión que le has encomendado
en beneficio de todos los hambrientos del mundo.
Haz que tus hijos, colmados de tu abundancia,
se desvivan
por servir a los más pobres
y que los que nada tienen
se descubran ricos de ti
y seguros del amor de sus hermanos.
Entonces, con un solo corazón,
podremos cantarte
como ya nos lo inspira tu Espíritu
cada vez que nos sentamos a la mesa
en la que tu Hijo parte el pan
para todos los pobres a los que tú amas.**

*
**

**Hijo de David y Príncipe de la Paz,
nuestro mundo está atormentado por el mal;
¡ten piedad de nosotros!**

**Hijo del Hombre, salvador de los desdichados,
en ti depositamos nuestra fe:
¡ven en nuestra ayuda!**

**Hijo de Dios, entregado por la multitud,
tu cuerpo es nuestro pan de vida:
¡ayúdanos según nuestra fe!**

¿PIEDRA DE ESCANDALO O PIEDRA ANGULAR?

Jeremías 31, 31-34. *"Llegan días —oráculo del Señor— en que haré con la casa de Israel y la casa de Judá una alianza nueva". De nuevo, el oráculo parece remontarse a los comienzos del reino de Josías; está dirigido únicamente a las tribus del Norte ("casa de Judá" es una adición posterior).*

Pero ¿en qué consiste la novedad de la alianza? En realidad, su contenido no ha sido renovado: la Torá sigue siendo el centro de la alianza que Yahvé quiere hacer "en aquellos días". Lo que es nuevo es la forma en que la alianza será comunicada. En el Sinaí, Dios había hablado desde lo alto de la montaña; el hombre había encontrado la voluntad divina como una realidad exterior a sí mismo. En adelante, Yahvé imprimirá su ley directamente en el corazón del hombre, el cual llevará escrita en su corazón la voluntad de Yahvé y no querrá nada más que lo que Dios quiera. La voluntad divina y el deseo del hombre serán una sola cosa. El profeta anuncia en realidad la época del Espíritu, que Jesús inaugurará la víspera de su muerte: "Ésta copa es la nueva alianza en mi sangre".

La era del Espíritu... El salmo 50 es, todo él una llamada al Espíritu. Pide a Dios la renovación del corazón humano anunciada por los profetas.

Mateo 16, 13-23: ver p. 178

**

Para Jesús, Pedro es piedra de escándalo, un obstáculo en el camino; Jesús corre el riesgo de tropezar en esta piedra si no ordena al primero de sus discípulos que vaya tras él. Sin embargo, Pedro no ha dicho nada tan escandaloso; se ha limitado a poner las cosas en su punto y a tratar de alejar al Señor de los peligros que le amenazan si se obstina en subir a Jerusalén.

Pero Pedro se ha convertido para Jesús en un "satán", en un adversario; en él se encarna el poder adverso. Y todo esto ocurre en el momento en que la fe del discípulo acaba de pronunciar las palabras decisivas: "¡Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo!". La fe de Pedro es real, pero no sabe aún traducirse en actos; se bloquea en cuanto ve el horizonte; corre el riesgo de apagarse en el acto, por no haber evolucionado. Y Satán ha sido siempre cómplice de la muerte. Será inevitable la pasión del Mesías para vencer a Satán y al poder de la Nada; será necesario un largo camino en el que, por un momento, la vida parecerá engullida. Pero, finalmente, la piedra ya no será de escándalo, sino piedra angular. El poder de la Muerte no podrá nunca engullir a la Iglesia en su antro infernal.

Pedro ha reconocido a Jesús, aunque no sea más que por un momento. Si protesta, ¡no nos apresuremos a lapidarlo! Cristo fue el primero que le escandalizó, y es preciso que llegue el escándalo; es necesario para nuestra fe, con esa secreta necesidad que llevará al Mesías a la muerte. El escándalo proviene de Dios, que no puede imponer la fe a nadie y que sólo quiere hablar al corazón del hombre, para una Alianza interior y libre. Pero esta palabra interior requiere tiempo.

Jesús había dicho a Simón: "¡Tú serás Pedro!" Y lo será, pero no a menor precio que la piedra angular. Los cimientos no son más importantes que la clave de bóveda. Que Pedro comience por caminar durante mucho tiempo detrás del Maestro, con fe, dejando que Cristo modele su corazón y sus pensamientos. Llegará un día en que Pedro podrá decir, con menos impetuosidad pero con mucha mayor firmeza: "¡Señor, tu sabes que te amo!"

La Iglesia se encuentra a diario en la encrucijada, y a diario Jesús le pregunta: "¿quién soy yo para ti?" Bienaventurada la Iglesia si responde, aunque sea torpemente: "Tú eres el Hijo de Dios, tú eres nuestra única roca." ¡Bienaventurada la Iglesia, confrontada cada día al escándalo de la cruz! Pues Dios no cesa de labrar cada piedra viva de la Iglesia para integrarla en el edificio, que es el lugar de su Alianza eterna con los hombres.

**

**Concédenos caminar tras de ti,
Señor, con fe y confianza.
Tómanos de la mano,
pues tu camino es demasiado empinado
para nuestros débiles corazones.
Haznos descubrir horizontes nuevos
en tu Reino eterno,
la Iglesia que fundaste
sobre la roca
en la que tu Hijo dio su vida por el mundo.**

DESVIACION EN EL PROXIMO CRUCE

Nahum 2,1.3; 3,1-3.6-7. *En Jr 30-31 se hacía alusión al debilitamiento de Asiria, que permitió al rey Josías recuperar algunas provincias perdidas. Los oráculos del profeta Nahum parecen inscribirse en el mismo contexto; anuncian, con un lenguaje tan realista como lleno de poesía, la ruina de Nínive y la liberación del yugo con que la sanguinaria ciudad oprimía a todo el Próximo Oriente. Para el pueblo de la Alianza, este oráculo es una evocación de la fidelidad de Dios, que no había abandonado a los suyos en los años de miseria, al mismo tiempo que la prueba evidente del carácter efímero de los reinos terrestres, por muy poderosos que sean. A fin de cuentas, Yahvé sigue siendo el señor de la historia.*

El cántico de Moisés (Dt 32) —¡que se remontaría al exilio!— tiene el aspecto de un proceso entre Dios e Israel. Este proceso termina con una sentencia de absolución, pues el proyecto de Dios -proyecto que no será nunca puesto en entredicho- es salvar al pueblo. Los versículos aquí recogidos anuncian la ruina de los enemigos y el fin de la idolatría.

Mateo 16, 24-28: ver p. 182

**

"¡Escuchad, escuchad! Palabra de Nahum, el profeta: ¡Nínive, la ciudad sanguinaria es devastada! ¡Caballería que avanza, cadáveres sin fin, cadáveres en los que se tropezaba! ¡Porque el dueño de la vida y de la muerte es Dios!"...

"¡Escuchad, escuchad de nuevo! Palabra de Jesús, el Hijo del hombre: ¡Jerusalén, ciudad de paz, está arruinada! ¡El inocente se va, llevando su cruz! ¡La ciudad de Dios no ha reconocido a la Vida! Pues el dueño de la vida y de la muerte es el Señor!"...

Dos caminos que se cruzan y en el cruce mismo se encuentra Dios. Dos caminos trazados por Dios. Pero hay que pasar del uno al otro, pasar de la revancha al perdón, para encontrar al dueño de la vida. Dos caminos se cruzan en Jerusalén, y el de la reconquista se bifurca de pronto hacia el camino de la cruz.

Se habían puesto en marcha al son del cuerno y las trompetas, con las armas del Altísimo en la mano y el grito de los profetas en los labios... Iban a ganar la batalla, y los enemigos de Dios iban a perecer. ¿No había trazado Dios mismo el camino, con mano fuerte y brazo tenso? ¡Pues nuestro Dios es el Señor de las victorias, es dueño de la vida y de la muerte!

Pero en el flanco de la colina, bajo las murallas de la ciudad, el camino del triunfo se cruza de pronto con otro camino, el sendero de la cruz, camino estrecho y sinuoso. En el cruce, está Dios para poner fin a la victoria de las armas, al triunfo demasiado fácil del orgullo. Dios está ahí, con apariencia de hombre, y este hombre lleva ya la cruz. No habrá más victoria que la del amor entregado hasta el final. ¡Pues Dios es el dueño de la vida y de la muerte!

¡Pedro, camina detrás de Jesús! Abandona el camino triunfal de un Mesías hijo de David, y sube con esfuerzo el sendero de la cruz con el verdadero Mesías, hijo del hombre y siervo de Dios. ¿De que te serviría ganar todo el universo si perdieras tu vida?

Porque el Señor eterno, Dios todopoderoso, acaba de abandonar la cabeza del combate que tantas veces ha mantenido por su pueblo. Cansado de tantos fracasos, Dios sabe ahora que tendrá que pagar con el precio de su vida. En la encrucijada de los dos caminos, Dios ha elegido. Tú, el discípulo, si buscas la vida, ¿vas a pagar menos que el dueño de la vida y de la muerte?

**

**Dueño de la vida y de la muerte,
Señor Dios nuestro,
tú pagaste caro el precio de la vida:
tú entregaste a tu propio Hijo
en el árbol de nuestra redención.
No permitas
que busquemos la salvación
con la fuerza de las armas,
pues en adelante
no hay más fuente de vida
que la que hiciste brotar
de la muerte de tu Cristo en la cruz.**

UN GRANO DE FE PARA CURAR A UN LUNATICO

Habacuc 1,12-2,4. *Como las profecías de Nahum, el libro de Habacuc es contemporáneo del final del reino asirio y de la paralela ascensión de Babilonia. Pero, si Nahum se alegraba de la caída de Nínive, Habacuc se pregunta por la acción divina. En efecto, los nuevos conquistadores han sobrepasado los límites de su misión, que no era otra que castigar el orgullo de los ninivitas; a su vez, intentan imponer su ley a todo el Próximo Oriente. ¿Es posible, a través de estos acontecimientos, adivinar la acción divina? El profeta intenta dar una respuesta insistiendo en la fidelidad de Yahvé, cuyo garante es el pasado, a pesar de la oscuridad del presente.*

El pasaje aquí recogido describe los métodos imperialistas de los babilonios. Excediéndose en sus derechos, han trastornado el orden de la creación. Los hombres ya no son criaturas a imagen de Dios, sino a imagen de peces o de reptiles. Sin embargo, como buen centinela, el profeta vigila; hablando en nombre de Yahvé, puede anunciar que Babilonia tendrá un destino tan desastroso como Nínive. También llegará un día en que esta ciudad no será más que un montón de ruinas.

El salmo 9 perteneciente al género alfabético, invita a cantar la justicia de Dios y el cuidado especial que dispensa a los oprimidos.

Mateo 17, 14-20: ver p. 185

Todo el mundo sabe, sospecha o supone los efectos benéficos y nefastos de la luna sobre el comportamiento del hombre. El astro de la noche sería responsable de los desequilibrios que afectan a algunos seres, como si fueran poseídos por alguna divinidad... Y he aquí que se le presenta a Jesús un "lunático", no ya un joven caprichoso de comportamiento inesperado, sino un pobre enfermo, hechizado, trastornado. ¿Era quizá un epiléptico? El Evangelio lo llama "lunático", o sea, sometido al influjo de la luna.

¿Cómo se las ingeniaron los discípulos para intentar curarlo, sin conseguirlo? Quién sabe si, como todo el mundo en aquella época, no recurrieron a algún tipo de sortilegio, de magia, de exorcismo adivinatorio. Jesús, en todo caso, recurre a la fe, una fe discreta, aparentemente minúscula, sin fastos ni engaños. ¡Una fe del tamaño de un grano de mostaza para curar a un lunático, y hasta para mover una montaña! Todo lo contrario de los ritos de los brujos, que se desgañitan queriendo mandar sobre los astros y las vicisitudes de los tiempos...

En nuestros días, evidentemente, los epilépticos son cuidados por médicos, y las montañas se desplazan por medio de bulldozers. Pero no por ello dejan los hombres de estar hechizados, y las relaciones humanas enmarañadas; cada cual se debate en su propia locura, alejado de sus hermanos por montañas más altas que las colinas que encierran los valles. Y, al igual que los discípulos, tanto los médicos, como los ingenieros y demás acaban reconociendo que no pueden curar el mundo...

¡Sólo haría falta un grano de fe!, responde Jesús. Una pizca de fe para que los hombres recuperen el equilibrio y la salud, más frecuentemente afectados por la desesperación que por los microbios... Una pizca de fe para que las montañas de las divisiones sean aplanadas y para que los hermanos recuperen la alegría de vivir juntos... Una pizca de fe para que la luna, por la noche, vele nuestro sueño en el secreto de nuestros hogares... ¡Un poco de fe para que lo imposible se haga realidad!

Pues lo que es imposible para los hombres es precisamente lo que Dios quiere darles a compartir: la paz, el amor, la esperanza, la alegría. ¡Bastaría una brizna de fe para que pudierais contemplar un mundo nuevo!

**Oh Dios, creador del mundo visible e invisible,
en tí se encuentran nuestras vidas,
en tí descansa nuestro futuro.
No permitas que los contratiempos de este mundo
nos hagan perder la esperanza
ni que lo imposible nos abrume.
Reanima nuestra fe cada mañana
para que seamos artífices de un mundo de paz,
más brillante que la luna en medio de la noche
y que el sol en el corazón de nuestros días.**

OTRO MUNDO

El evangelio de Mateo posee una dimensión eclesial indiscutible. La Iglesia de todos los tiempos encuentra en él las normas para adecuar su conducta al Espíritu de Cristo. En cada página, y especialmente en las que leemos estas semanas, afloran cuestiones concretas que constituyen la trama cotidiana de la vida en comunidad: el perdón de las ofensas, la riqueza y la pobreza, la vida conyugal, la ayuda fraterna, las rivalidades, los santos y los pecadores.

Y en el centro de estas páginas, el niño. Jesús lo propone como modelo para la Iglesia, porque el niño está abierto a la gracia. No se tiene por un "maestro", conoce el peso de la palabra "padre" y siente la necesidad de ser guiado. Pero, en oposición a la actitud del niño, se yerguen, orgullosos, el fariseo, el escriba, el rabino engrdeído de su dignidad... Jesús les ataca con frecuencia, les increpa, les reprocha su hipocresía...

Por eso el evangelio cuestiona también, y quizá en primer plano, a los responsables de la Iglesia, que con demasiada frecuencia merecen los amargos reproches que dirige el profeta Ezequiel a los "malos pastores" de su tiempo. "Yo mismo iré, dice Dios, en busca de la oveja perdida." Pero sabemos que Jesús perdió su vida al querer realizar esta función de pastor conforme al corazón de Dios: ¡el verdadero pastor debe dar hasta su propia vida! La Palabra, de la que es testigo y depositario, es exigente ante todo para él, y es preciso que la coma, literalmente, para formar una sola cosa con ella. El evangelio rechaza sin miramientos a los pastores que agobian a los demás con cargas que ellos no quieren llevar.

Indisolubilidad del matrimonio, elección de la pobreza, humildad del servicio, perdón de las ofensas... Estas exigencias evangélicas afectan en primer lugar a los encargados de predicarlas. Ya Ezequiel proclamaba enérgicamente el principio de la responsabilidad personal, contra todos los que piensan salvarse invocando algún privilegio de casta o de cargo. "¡El que ha pecado, ése morirá!"

Y, sin embargo, la Palabra no está ahí para condenarnos. Si Dios se muestra exigente, es para que su gracia pueda transfigurar al hombre. "¡Pondré en vosotros un corazón nuevo!" Todos son convocados al festín del Reino, buenos o malos; pero, como Dios derrama su gracia sin medida, es necesario que cada cual trate de conservar incólume su traje de bodas..., es decir, trate de conservarse en la gracia y en el amor de Dios. Como el niño, que puede marcharse, pero que acepta con gusto que le laven. "¡Venid, dice Dios, yo os lavaré..., y mi Gloria habitará en vuestro corazón!"

**Por las ovejas perdidas,
y por la inmensa alegría del cielo
cuando un pastor da su vida
por ir en su busca;
por las ovejas hambrientas
que vuelven al redil,
y por la alegría de todo el rebaño,
¡Dios de ternura, bendito seas!**

**Por los hermanos que se ayudan unos a otros,
por las manos tendidas hacia el que se pierde,
por la mirada tranquilizadora que ayuda al pecador,
por las reprensiones hechas con humildad,
y por los hermanos salvados,
mediante el perdón o un gesto de misericordia,
¡Dios de ternura, bendito seas!**

**Por el perdón otorgado sin reticencias,
por los intentos constantes de reconciliación,
por el olvido del pasado en el corazón de los que aman,
y por las setenta veces siete
que nos has perdonado nuestras ofensas,
¡Dios de ternura, bendito seas!**

**Por los esposos que saben el precio de la fidelidad,
por los pobres que conocen el peso de la indigencia,
por los niños que creen, sin pensar en el futuro,
y por los ricos que comparten sin pararse a pensar,
por los divorciados que se atreven aún a creer en el amor.
¡Dios de ternura, bendito seas!**

**Por los humildes que reconocen sus limitaciones,
por los poderosos que se comprometen a servir
sin recompensa alguna,
por los maestros que no imponen
el yugo de su prestigio,
y por tantos sabios desconocidos sin premios ni condecoraciones,
por los padres que prefieren ser hermanos,
¡Dios de ternura, bendito seas!**

**Por tu Iglesia, servidora y pobre,
fiel a pesar de su pecado,
santa por tu gracia,
rica de tu presencia,
tu Iglesia de hijos,
abierta a los descarriados,
mano tendida a los abandonados,
¡Dios de ternura, bendito seas!**

POR UNA IGLESIA LIBRE

Ezequiel 1, 2-6. 24-28c. *Un profeta no es igual a otro. Mientras que Jeremías era reservado, Ezequiel da rienda suelta a su imaginación. Por formación, era sacerdote y, al igual que Isaías, dio testimonio de la santidad y de la transcendencia de Dios.*

La primera página del libro describe en términos extáticos la experiencia inicial del profeta. Pero ¿que ha visto en realidad Ezequiel en las orillas del río Quebar? Hay que hacer notar, ante todo, el carácter sumamente tradicional del vocabulario que emplea: una gran tempestad, rayos, ruido de olas, fuego purificador, en suma, la parafernalia propia de toda teofanía a raíz del Sinaí. En cuanto al trono con apariencia de zafiro, recuerda el de la visión de Isaías. Lo que resulta altamente significativo es ver surgir, en medio de todos estos elementos tradicionales, una perspectiva francamente universalista, simbolizada por los cuatro seres vivientes que pueden moverse en todas direcciones gracias a sus cuatro rostros. ¿Y qué decir, entonces, del lugar de la aparición? Yahvé no se manifiesta ya en el templo de Jerusalén, sino en el cielo y en el país de los babilonios. Decididamente, ¡el exilio debió de ser una experiencia extraordinaria!

Salmo 148: *¡Que toda la tierra alabe al Señor!*

Mateo 17, 21-26: *ver p. 187*

*

**

Los hijos del Reino son libres. Ninguna esclavitud podrá arrebatarnos esta libertad enraizada en la fe. Podrán condenar a muerte a su amo y señor, pero nada cambiará: ¡los hijos del Reino son libres! Hasta en la persecución y la muerte, seguirán siendo libres. Libres para entregar su vida por la libertad del mundo... ¿A qué se debe el que tantas veces la historia de los hombres con los hombres se haya traducido en una historia de esclavitud? ¿Por qué esta reducción de las libertades, que se repite como un leitmotiv de la historia humana? Un único móvil atraviesa los siglos: los hombres reducen a sus hermanos a la esclavitud para mantener sus propios bienes, que protegen como otras tantas posesiones egoístas. Para mantenerse, los hombres se creen obligados a servirse de los demás... En realidad, todos tienen miedo y se encierran en sí mismos, para irrumpir un día en casa del otro y someterlo, neutralizarlo.

El pueblo de Israel no escapó a esta tentación. Fue necesario el exilio para que un resplandor de universalismo apareciera en el cielo y para que el pueblo elegido, esclavizado, comenzase a descubrir su vocación ecuménica, es decir, finalmente, su verdadera libertad. ¡Pero esto no fue

asunto de un día! El cristianismo mismo, proveniente del judaísmo, ¿ha asumido alguna vez en profundidad su dimensión universal? ¿Cuántas veces caerá la Iglesia en el temor egocéntrico hasta llegar a esclavizar a los demás, por temor a que ocupen demasiado espacio...?

Pero la Iglesia de Cristo es fundamentalmente libre; no tiene que pagar impuesto a nadie, es decir, ¡no debe ninguna adoración ni sumisión alguna a ningún tipo de poder! Desde luego, los hijos del Reino pagan sus impuestos, pero su espíritu permanece libre frente a la política de los reinos de este mundo. Ellos son los testigos del Viviente, del Hombre resucitado, y a través de él son los artífices de la libertad humana. Aunque se encuentren exiliados a las orillas de cualquier río Quebar, la voz de Dios no deja de repetirles que ninguna servidumbre es posible para quien pone su fe en Cristo: es decir, en el Hombre, al que ningún poder podrá nunca aprisionar.

*

**Dios de todos los vivientes,
te pedimos
por nuestros hermanos perseguidos
a causa del hombre:
danos la fuerza de resistir
ante todo cuanto atropella
la dignidad humana
por la que tu Hijo entregó su vida.**

**Te pedimos por los responsables
de las naciones y de los pueblos:
para que su mayor gloria
sea el servicio a todo ser humano
y estén abiertos
a la justa promoción de todos los vivientes.**

**Concede también a tus fieles
libertad y fe suficientes
para que no malgasten su fuerza
en los valores de este mundo.**

UNA HUIDA CON SABOR A MIEL

Ezequiel 2,8-3,4. *De forma muy expresiva, Ezequiel relata la misión con que Dios le ha investido. Como haría un rey con su embajador, Yahvé entrega solemnemente al profeta un rollo escrito por ambas partes. Y aunque el mensaje que Ezequiel tiene que proclamar es extenso, se trata esencialmente de un mensaje de desdichas, como lo indican claramente las "elegías, lamentos y ayes" que figuran en el pasaje. El profeta es también invitado a comerse el documento, lo cual significa que tiene que alimentarse de la Palabra antes de anunciarla. Pero ¿qué significa ese sabor a miel en la boca del profeta? ¿No será acaso señal de que Ezequiel está profundamente de acuerdo con el contenido del libro, pese a los oráculos adversos? A diferencia de numerosos profetas, Ezequiel no protesta.*

El salmo 118 es un extenso poema alfabético que canta las alabanzas de la Ley, verdadero alimento espiritual para el creyente.

Mateo 18, 1-5.10.12-14: ver p. 191

*
**

Sobre el salmo 118

**No temas lo que dice el Señor,
deja que su palabra inunde tu espíritu;
él colmará los deseos de tu corazón,
más que el oro y la plata.**

*
**

"¡Abre la boca, come... y calla!" Así tratan muchos a los niños, como si bastase con comer y permanecer luego humildemente en un rincón, ¡sin molestar a los que saben...! El primer puesto en el Reino ¿será, pues, para los que se quedan con la boca abierta ante Dios y, sobre todo, no hacen nada que altere los planes divinos? ¿Habrá que comprender así el admirable versículo del salmo: "Abro la boca y respiro, ansiando tus mandamientos"? Admiración beatífica y niños juiciosos... Pero entonces, ¿por qué tanta solicitud por la oveja perdida? Porque sucede a veces que los corderillos huyen...

Dios le dice al profeta: "¡Abre la boca y come ese libro!" Un libro de lamentaciones, elegías y quejas... Un libro amargo para las entrañas del profeta, como también es amargo para el corazón de Dios... Libro que no acaba de recomponer las fugas de Israel, el hijo querido... ¡Elegía por Dios Padre! ¿Y por qué este libro es en la boca del profeta dulce como la

miel? ¿Sadismo evangélico? Después de todo, ¿a quién no le ha parecido un poco excesivo el celo de ese pastor que abandona a todo el rebaño para correr a la montaña en busca de la oveja fugitiva? Realmente, no se trata de abrir la boca y digerir en paz... Se necesita una gran conversión para que los cánticos fúnebres se transformen en sabor a miel.

¡El que se hace pequeño como un niño, ése es el mayor en el Reino de los cielos! Una vez más, se trata de un niño según el Evangelio y no según las personas mayores... El niño que está dispuesto a que le reprendan... El niño que se fuga, y luego se baña en la alegría del Padre que lo ha recuperado. ¡El niño que se hace grande y que pasa la noche buscando al que se ha perdido! El niño que no encierra la Palabra de Dios en la caja fuerte de sus seguridades, sino que expone sin cesar el Evangelio a los peligros de caminos poco conocidos... El niño que se ha hecho profeta, que come el Libro y luego transmite la Palabra, con sus riesgos y peligros... ¡El niño que mira todo con la mirada de Dios! El niño que se atreve a decir ante el Padre de los cielos: "¡Qué dulce al paladar tu promesa, más que miel en la boca!" Sí, ese niño es el mayor en el Reino de Dios, ese Reino donde hay gran alegría cada vez que una oveja perdida es recuperada... Hermanos, personas mayores, ¿podeis calcular la conversión que se requiere para hacerse como niños? Abrid la boca, comed la Palabra y, sobre todo... ¡no os limitéis a digerirla tranquilamente! Sed como la abeja, trabajando sin descanso para dar al hombre la dulzura de su miel... Recorred la montaña y los caminos apartados: ¡ahí es donde los niños perdidos os esperan para compartir con vosotros la miel del reencuentro!

*
**

**¡La ley de tu boca,
Dios y Padre nuestro,
es dulzura en nuestros labios!
Que la alegría de nuestro corazón
sean tus exigencias,
pues las palabras que tú nos dices
son para nosotros palabras de vida
cada vez que las traducimos
en compromiso con nuestros hermanos.**

¡TU ERES EL GUARDIAN DE TU HERMANO!

Ezequiel 9, 1-7; 10, 18-22. *El capítulo 8 refiere una visita que se supone que hizo Ezequiel a Jerusalén. Lo que vio allí llenó de horror su corazón de sacerdote: ¡el pueblo se entrega a la idolatría incluso en el templo! El castigo no puede tardar en llegar; se concretará en el éxodo de la Gloria divina, que abandonará la ciudad y el santuario.*

La descripción del castigo se inspira a la vez en los relatos de la noche pascual y en las liturgias de entrada al templo. "¿Quién subirá al monte de Yahvé? ¿Quién permanecerá en su lugar santo? (Salmo 23). Siete hombres, mandados por Dios, van a decidir. Los seis primeros van provistos de un artefacto destructor y se disponen a golpear. El séptimo va vestido de lino como los sacerdotes y tiene que marcar en la frente a los que no han transigido con la idolatría. El gesto podría hacer alusión a una ceremonia penitencial a cuyo término los fieles eran admitidos en las liturgias del templo.

El salmo 112 es un himno; invita a la alabanza a los fieles que han escapado al castigo.

Mateo 18, 15-20: ver p. 194

**

"Si tu hermano peca, repréndelo a solas..." Tu hermano, el que comparte la misma fe que tú, el que comulga contigo en la misma mesa. Pero, en realidad, ¿tenemos aún hermanos nosotros, que muchas veces somos cristianos de los de "cada uno en su casa y Dios en la de todos"? Jesús fundó su Iglesia como una inmensa familia, compuesta de mil comunidades, en la que cada una cuidaría de las demás... Pero, en nuestros días, muchas parroquias se parecen a la sala de espera de una estación, en la que cada uno sigue su camino, con prisa por llegar a todas partes, víctima del inmenso ajeteo. ¡Cada uno en su casa...!

"Si tu hermano peca, repréndelo a solas." Pero nosotros hemos trastocado los valores, hemos traficado con el Evangelio. Cuando nos preocupamos por el vecino, es para hablar mal de él, a sus espaldas, desde luego. ¡Juzgarlo, condenarlo y lamentarse de su suerte! Vivimos como animales acosados... "¿Ya sabes...? Fulanito y Fulanita..." Jesús dice simplemente: "Ve a buscar a tu hermano y háblale a solas."

"Háblale para tenderle la mano, para decirle que le comprendes, que tú no eres mejor que él. Háblale para releer con él el Evangelio, para orar largo y tendido con él. Háblale para descubrir con él que está esclavizán-

dose por su culpa. Háblale como si fueras un eco de la voz de Dios, que nos llama a todos a la misma santidad, que nos ha marcado a todos en la frente con el mismo signo de la cruz. Y entonces, si tu hermano te escucha, habrás ganado a tu hermano para Dios."

"¡Y si tu hermano no te hace caso, díselo a la comunidad de la Iglesia!" ¿Utopía, irrealidad, ensueño? ¡Mirad lo que ocurre! ¡Mirad cómo la comunidad discute ante Dios sobre cómo fulano engaña a su mujer, sube los precios, no hace más que murmurar, se deja llevar por la envidia, y qué sé yo cuántas cosas! ¡Fijaos bien! No es que haya que ver el pecado en todas partes, sino que lo negro no puede ser blanco, y que en la Iglesia, somos guardianes los unos de los otros.

Pero somos tan poco Iglesia... "Cuando dos o tres se reúnen en mi nombre, dice el Señor, allí estoy yo, en medio de ellos." Está en medio de nosotros, nos conoce a cada uno, nos confía unos a otros. El hermano pecador está atado, encadenado, y de nosotros depende que pueda desatarse y ser feliz, libre; depende de nosotros que viva e incluso, si se obstina, que sea ayudado a convertirse.

¿Vamos a seguir permitiendo durante mucho tiempo que la Iglesia muera bajo los golpes de nuestro individualismo? ¡Hermanos, es hora de que tomemos en serio el Evangelio!

**

**Tú has fundado a tu Iglesia,
Señor, como lugar de libertad
para el hombre pecador.
Haz que seamos lo bastante solícitos
unos con otros
para que, gracias a nuestro amor,
los que están encadenados por el mal
recuperen la alegría de un futuro nuevo.**

¿AMNISTIA GENERAL?

Ezequiel 12, 1-12. *Ezequiel solía adobar su predicación con gestos simbólicos capaces de despertar la curiosidad de sus contemporáneos. En esta ocasión remeda la vergonzosa huida de Sedecías, el último rey de Judá. Se cubre el rostro con el manto para no ver el país: ¡gesto profético! En efecto, deportado al cuartel general del ejército babilónico, tratado como un traidor, a Sedecías le sacarán los ojos, mientras sus hijos son masacrados.*

Cuando Ezequiel elabore la nueva constitución de Israel, reemplazará la figura del rey por la de un nasi, un príncipe-vigilante, ya que habrá llegado a la conclusión de que el pueblo de la Alianza no puede tener más que Yahvé.

El largo salmo 77 es una acusación. Recuerda las numerosas rebeliones del pueblo en el desierto y se remontaría a la traición extrema, representada por el cisma de las tribus del norte, que fue la causa de que Yahvé abandonara el santuario de Silo. Igualmente, en tiempos de Ezequiel, la Gloria divina dejó el templo de Jerusalén; en realidad, era para unirse a su pueblo en el exilio.

Mateo 18, 21-19, 1: ver p. 198

**

"¿Cuánto vale tu amor por mí?... ¡Mil millones de dólares!... No está mal, pero en francos-oro estaría aún mejor!" Feo cálculo, pero el niño no sabe hacerlo mejor, y los sentimientos necesitan números astronómicos para expresarse, como los mil millones de truenos del capitán Haddock y los diez mil talentos del alto funcionario de la parábola... El rey le ha perdonado su deuda, pero es una deuda imposible y que excede todo lo imaginable; hasta tal punto es verdad que Dios no calcula, y que su amor es de otro orden. Dios es para nosotros amor y perdón infinitos: ¿es inútil querer calcular! El Evangelio se dirige al corazón y nos propone perdonar con todo nuestro corazón; los cálculos y la estricta justicia son relegados a su inutilidad, pues es igualmente cierto que el que calcula, aunque el cálculo sea exacto, acaba por no tener más que un corazón de piedra. A fin de cuentas, el servidor en cuestión ha sido simplemente justo con respecto a su compañero, que le debía de todos modos una suma bastante grande, el valor de cien jornadas de trabajo. ¡Y eso cuenta!... Pero la injusticia comienza cuando uno se da cuenta de que el justiciero acababa de reembolsarse una deuda 600.000 veces más grande. ¡Ésta es nuestra imagen

cuando exigimos justicia por el mal que se nos ha hecho! Para darse cuenta de ello, habría primero que medir hasta qué punto nos ha perdonado Dios... Dios nos ama por encima de cualquier norma, por mil millones de dólares e incluso de francos-oro. Es completamente anormal... Lo que se nos pide es igualmente anormal: construir un mundo basado en el perdón, en el perdón de las ofensas, en la amnistía, en la capitulación; se trata de un anti-mundo. Por todas partes se vela por el equilibrio de fuerzas y de recursos; la justicia no tiene más recurso que sopesar lo mejor posible las faltas y las responsabilidades. ¿Seremos capaces de apreciar el escándalo que supone el tratar a Dios como a un juez? De ahí que el corazón de tantos creyentes esté endurecido: puesto que Dios los juzga, piensan ellos, también ellos deben juzgar a sus hermanos; de este modo, la justa retribución quedará a salvo en el último día. Pero —dice Jesús— así os tratará vuestro Padre si cada uno de vosotros no perdona a su hermano de todo corazón. En el último día, Dios se dispone a perdonar universalmente; promulgará una amnistía general; pero con una condición: que cada uno perdone como perdona él. "Como", es decir, con la misma liberalidad... De lo contrario, habrá que atenerse a las consecuencias...: la más estricta justicia, sin duda.

Pero ¿qué es eso tan grave que puede Dios habernos perdonado?, pensarán algunos. No pienso en nada en concreto, sino simplemente que Dios nos perdona el que seamos en cada momento lo que somos: mezquinos, ignorantes, calculadores, tramposos, o simplemente molestos. Dios nos perdona todo eso, porque quiere hacer triunfar al amor. Y si alguien lo duda, que mire al Crucificado. Basta una sola mirada para comprender. Al menos, hay que esperar...

**

**¡Perdonad como os perdona vuestro Padre celestial!
He ahí la clave de la santidad:
¡obrar y pensar como Dios!**

**Mi mandamiento, dice Jesús,
es que os améis como yo os he amado
y como mi Padre me ama a Mí.**

**Padre, ¡perdónanos nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden!**

MI AMOR... PARA SIEMPRE

Ezequiel 16, 1-15.59-60.63 o (a elección) 16,59-63. *Una niña abandonada en el campo es descubierta por alguien que pasa a su lado... Ezequiel recurre a imágenes tradicionales para describir la historia de la Ciudad Santa. ¿No fue en el Sinaí dónde había encontrado Yahvé a Israel, de la que iba a hacer su esposa amada? Pero Jerusalén no puede gloriarse de sus orígenes. No era más que una ciudad cananea, impura. Para el profeta conservará siempre algo de este origen pagano: tan viva es "la fuerza con que se inserta el mal en el corazón del hombre" (L. Monloubou). Jerusalén debe su fortuna al rey David, que hizo de ella la capital del reino y construyó el templo del Señor. ¿Y qué agradecimiento mostró ella esta elección? Se fue en busca de sus antiguos amantes y se prostituyó con ídolos. Sin embargo, su historia no revela solamente el pecado de los hombres; permite también descubrir la misericordia de Dios, que no ha olvidado nunca los esponsales de su juventud.*

El canto de acción de gracias (Is 12) confirma la promesa de Ezequiel. Va a continuación de un anuncio del regreso de los deportados, manifestando así el perdón divino. Como contiene alusiones al ritual de la fiesta de las Tiendas, se puede imaginar que los propios exiliados tomarán parte en estas liturgias.

Mateo 19, 3-12: ver p. 201

**

"Si ésa es la situación del hombre con la mujer, no trae cuenta casarse." Este es un grito que sale del corazón... Pero ¡qué corazón!: el de los apóstoles... Corazones inflexibles, cabezas duras. Pero, pensándolo bien, ¿qué interés podría haber en casarse, si que no se trata de interés? La alianza es otra cosa, y el matrimonio según Dios es una alianza.

"He hecho alianza contigo, dice Dios, y eres mío." A los esposos les concede la facultad de utilizar un lenguaje semejante: "¿Quieres ser mío? ¡Yo me doy a ti para siempre!" Pero uno no se entrega por amor para pertenecer al otro como un objeto que se puede rechazar "por cualquier motivo" o incluso por un motivo debidamente precisado por la ley. La Alianza según Dios es irrevocable, y nada puede romperla, ni siquiera la culpa del otro. "Yo me acordaré de mi alianza, dice Dios, y estableceré contigo una alianza eterna." En la fe no hay otro lenguaje posible. Todo lo demás no son más que compromisos humanos por causa del endurecimiento del hombre. Pero, cuando llega el tiempo de la gracia en Jesucristo, la Alianza ya no puede ser más que gracia. El matrimonio es una alianza, un sacramento, un icono viviente del amor de Dios. El hombre y

la mujer se dan el uno al otro, ya no son más que una sola carne, con el mismo impulso, la misma ternura que Dios cuando se da, cuando se entrega a su criatura. Marido y mujer son el rostro de Cristo que entrega su vida por la Iglesia. Desde luego, esto es imposible para el hombre. Por eso el matrimonio es una gracia, un don de Dios.

La indisolubilidad no se fundamenta en normas humanas; es el reflejo de un don de Dios. El hombre y la mujer se dan el uno al otro por medio de Cristo, al mismo tiempo que se dan por amor. Este reto (pues de un reto se trata) sólo tiene sentido en la fe; es imposible para el hombre y la mujer abandonados a sí mismos, a sus propias fuerzas. Pero es un prodigio divino que se da en el hombre y la mujer que viven entre sí el amor y el perdón que Dios es el primero en testimoniarles.

Si el Evangelio es tan severo con el adulterio, ¿no será porque sabe en qué abismo de miseria puede caer el adúltero? Toda gracia, toda belleza, tarde o temprano se marchitan, y el corazón sólo encuentra tristeza... A menos que el corazón no esté ya definitivamente endurecido... Pero el Evangelio no quiere para el hombre más que la alegría de la gracia y la belleza de la fidelidad. ¡Una belleza que, en sí misma, es un desafío!

**

**Te rogamos señor
por N y N
y por esa parte del mundo
que llevan en sus manos,
pues el amor es inmenso como el cielo,
infinito como el mar.
Hoy han nacido juntos de nuevo:
haz que permanezcan siempre unidos,
ya que sus nombres están para siempre asociados
en ti, Dios de amor.
Que conozcan también la alegría indecible
de llamar con el nombre que ellos habrán musitado,
en el silencio de la vida que nace,
a esos hijos que reflejarán los rasgos de sus rostros,
revelando con ello un aspecto aún desconocido,
de tu rostro infinito.
¿Y por qué no vamos a atrevernos
a ofrecerte a esos hijos que vendrán,
puesto que ya son amados
en tu sonrisa, que en un solo instante
une el pasado y el presente,
el amor de hoy y el fruto de mañana?
Te ofrecemos a estos hijos,
haz que sean para N. y N.
una puerta abierta de par en par
a todos los niños del mundo.**

**Dios, que haces alianza con el corazón del hombre,
da tu Espíritu en abundancia
a los que une el amor en una sola carne;
que su mutua ternura
sea reflejo de tu amor siempre previsor;
que su fidelidad
dé testimonio al mundo
de la fuerza de tu presencia constante;
que los hijos nacidos de su unión
puedan crecer en la libertad
de una vida recibida de ti,
Oh Dios, que nos llamas a todos
al gozo de un futuro siempre renovado.**

**Te pedimos, Señor,
por nuestros hermanos y hermanas
cuya vida, en apariencia estéril, se esfuma.**

**Te pedimos también
por aquellos a quienes la desgracia ha mutilado
y a quienes la soledad les hiere más cada día.**

**Te pedimos por los esposos separados
por la muerte, la discordia o la tragedia humana;
y te confiamos a los que siguen fieles
a pesar de las tinieblas de la incertidumbre.**

**Concede a todos,
Padre de ternura, tu Espíritu:
que en él descubran la paz
prometida a los corazones puros y perseverantes.**

Sábado de la decimonovena semana

¡NO IMPIDAIIS A LOS NIÑOS!

Ezequiel 18, 1-10. 13b. 30-32. *¿Por qué este encarnizamiento del Señor con nuestra generación? Muchos se hacían en Israel esta misma pregunta, viendo partir a los deportados hacia el exilio, aun cuando lo peor estaba aún por venir. Aunque veían cada vez con mayor claridad la relación que había entre el castigo y el pecado de la comunidad nacional, se asombraban, sin embargo, de la concentración del castigo en una única generación. "La conducta del Señor es extraña", se repetían.*

Para responder a esta pregunta, el profeta no dudará en acudir a la tradición, aunque innovándola. Lo que tiene de tradicional es la idea, bien consolidada, de que el individuo sólo puede ser "agarrado" en el interior de los vínculos de solidaridad que ha establecido con el grupo al que pertenece. La novedad la encontrará Ezequiel en su práctica de la casuística. En efecto, su función sacerdotal le hacía estar particularmente atento a los comportamientos individuales. Así pues, como Jeremías, rebatirá el proverbio de las uvas agraces y los dientes de los hijos con dentera. Cada cual, dirá el profeta, será tratado según su comportamiento lo cual era hacerse eco de los progresos de la emancipación individual en la época monárquica.

Frente al tema de la responsabilidad individual, el salmo 50 implora la misericordia divina.

Mateo 19, 13-15: ver p. 204

Por el camino, Jesús bendice a los niños y los propone como modelo a todos los que caminan hacia el Reino. Las personas mayores llamadas a una fidelidad total en el amor, a la pobreza radical, al perdón absoluto de las ofensas sólo perseverarán hasta el final si su corazón permanece tan disponible a la gracia como el de los niños.

Lo que se alaba aquí no es precisamente la inocencia de los niños, sino su pequeñez, su insignificancia, su pobreza radical. Incapaces de ascender por el arduo camino del Evangelio con la sola fuerza de sus brazos, no tienen más recurso que dejarse llevar por Dios. Pero ¿cómo podría el hombre acceder al ideal evangélico de otra forma? Se nos propone al niño como modelo porque es la imagen de la acogida de la gracia.

Y, sin embargo, los discípulos creen que van a perder el tiempo si se ocupan de los niños. El camino es todavía largo y hay que seguir adelante. Pero ¿para qué forzar el paso, si un poco más adelante va a faltar la energía? Dejaos guiar por mí, dice Dios, y vuestra pobreza se enriquecerá con bienes insospechados para el hombre que cree poder conseguirlos con sus solas fuerzas. Es cierto que el profeta Ezequiel lanza hoy una lla-

mada apremiante a la responsabilidad personal. Pero no nos equivoquemos: la gracia de Dios no es nunca recompensa a los esfuerzos del hombre; es, más bien, su fuente. Si todos debemos esforzarnos en recorrer nuestro propio camino, sin dormirnos en los laureles de nuestros antepasados, es igualmente importante que nadie emprenda la ruta sin haber acompasado antes sus pasos a los de Cristo. Como haría un niño, demasiado pequeño y demasiado pobre para andar solo sin perderse.

*
**

**Tú tratas a cada uno como un padre amantísimo
y concedes a todos tu gracia
sin más medida que la de tu amor.
Concédenos, Señor Dios nuestro, la gracia
de acogerte con corazón de niño:
que nuestra pobreza sea el lugar
de tu gracia infinita.**

*
**

**Oh Dios que quieres la vida y no la muerte,
¡danos un corazón nuevo!
Hemos confiado demasiado
en nuestras propias fuerzas
y hemos tropezado en la piedra
del arduo camino de tu Reino:
dígnate tomarnos de la mano,
y que nuestro corazón,
preso de tu ternura,
confíe en ti en adelante para recorrer
contigo el camino de la vida.**

Lunes de la vigésima semana

LOS RICOS ESTAN TRISTES

Ezequiel 24, 15-24. "*¿Quieres explicarnos qué nos anuncia lo que estás haciendo?*" Esta pregunta debieron de hacérsela muchas veces al gesticulante profeta. ¡Resulta que el día en que muere su mujer se niega a llevar luto por ella! ¡Y, sin embargo, la llamaba "alegría de mis ojos"!

Pero Ezequiel ha tomado ahora conciencia de un aspecto particular de su misión profética: Dios le ha nombrado "vigilante" de la casa de Israel; por eso, en su espíritu, es toda su vida la que debe convertirse en signo. No lleva duelo por su mujer, porque piensa que la caída de Jerusalén es inminente; ahora bien, aquel día tampoco habrá nadie que lleve luto por la ciudad difunta, pues la ruina será total.

El cántico de Moisés (Dt 32), relectura lírica de los acontecimientos del Éxodo, se presenta en forma de acusación dirigida por Yahvé a su pueblo pecador; los vv. 18-25 anuncian el castigo.

Mateo 19, 16-22: ver p. 208

*
**

¡El que imagine la vocación de profeta como algo placentero o como una liberación benéfica hará bien en pensárselo dos veces! Y el que sueñe con entregar su vida a Dios, que no se haga ilusiones: se gastará en ello por entero y conocerá la pobreza más absoluta. ¡La alegría de sus ojos, la pasión de su corazón, le será arrebatada sin que pueda ni siquiera tener el tiempo necesario para llevar luto.

¿Entonces, qué? ¿Cuál es esa trágica exigencia del Evangelio? ¿Cuál es esa perfección nunca alcanzada, puesto que es necesario marchar siempre con Cristo, cada vez más lejos, después de haber abandonado todo? ¿Es que sólo hay tesoro verdadero en los cielos? Y, por decirlo con una cierta crudeza, ¿está prohibido decir a la mujer "¡tesoro mío!" si también quiere uno decírselo a Dios?... ¡Entonces, los consejos y la "perfección" evangélicas serían algo exclusivo de los religiosos! Y quiera Dios que no tengan un aspecto tan apagado como su pretendida indiferencia por "las pasiones de este mundo"...

La auténtica experiencia del Evangelio contradice estas preguntas mal planteadas. Bien mirado, la alegría está del lado de los pobres de Dios, y el que se va muy triste es el joven rico del Evangelio. Comprenamos debidamente la extraña actitud de Ezequiel; por la mañana está predicando al pueblo; y por la tarde se muere su mujer. Ahora bien, ni siquiera tiene tiempo de hacer llorarla. Jesús dirá: "¡Dejad que los muertos que entierran a sus muertos!" Y es que, de hecho, las preocupaciones de este mundo, incluidas las más legítimas, pueden ocupar de tal modo el

corazón que ya no quede en éste el menor espacio para la urgencia de la Buena Nueva. Y, para volver a decirlo crudamente, hay muchas maneras, cuando se es profeta, de decir a la mujer: "¡tesoro mío!" Hay una forma buena y una forma mala de decirlo...

En nuestros días, por ejemplo, millones de niños mueren entre la mañana y la tarde, y nadie llevará luto por ellos; millares de hombres son torturados por la noche, y nadie llorará por ellos; la miseria se extiende cada día por el mundo, y ni un solo rico venderá lo que posee para ir a unirse a los pobres... ¡Hoy como ayer! Pero también hoy, de vez en cuando, los profetas, solteros y casados, oyen la voz de Dios y siguen a Cristo; lo siguen hasta el lugar en el que reina la muerte, y con él siembran el grano nuevo de una resurrección apenas perceptible. ¿No creéis que la alegría está de su lado, aunque tenga que suceder que, una buena tarde, la alegría de sus ojos les sea arrebatada? Pero en este punto precisamente el Evangelio añade como en un estribillo: ¡El que pueda entender, que entienda!"

*

**

**Padre,
es bueno darte gracias,
cuando tu llamada nos dice que lo dejemos todo,
sin más certeza que tu gracia.
Ante nuestros ojos se extiende el camino
de un futuro todavía inédito,
la cuesta de una ascensión
en que la aridez de la cruz se transfigura
en promesa de paz y de libertad perfectas.
Bendito seas
por Jesucristo,
porque es su camino lo que nos propones,
y en él nos das tu alegría,
la dicha de los pobres y de los resucitados.
¡Que tu Espíritu nos guarde
en esta libertad del corazón
cada día de nuestra andadura!**

Martes de la vigésima semana

LOS RICOS ESTAN PERDIDOS

Ezequiel 28, 1-10. *En el año 587, el profeta exiliado se enteró de la caída de Jerusalén; se puede sospechar fácilmente qué rudo golpe debió de ser para aquel hombre apasionado que no había dejado de amar a su país. Por eso el profeta reacciona. Si las naciones han sido instrumento de Dios, si han ayudado al pueblo a verificar la autenticidad de su adhesión a Yahvé, ya es hora de que den cuentas. En un arranque de osadía, Ezequiel las convoca ante el tribunal divino: ammonitas, gentes de Moab y de Edom, filisteos, habitantes de Tiro y de Sidón, todos convictos de idolatría, de impudicia y, sobre todo, de desmesura.*

El cántico de Moisés (Dt 32) enuncia la sentencia del tribunal de Yahvé. Las naciones se hacen ilusiones pensando dominar la historia; pero no han sido, en realidad, más que instrumentos en manos de Dios. Tendrán que conocer, a su vez, la justicia divina.

Mateo 19, 23-30: ver p. 210

*

**

Sobre el cántico del Deuteronomio

**¿Acaso iba Dios a destruir su propia obra,
a exterminar al pueblo que lleva su nombre?
Y si los paganos creyeran
que son ellos los fuertes...
si se atribuyeran a sí mismos
la gloria de la victoria...,
¿no iba a ser tu nombre, Señor,
el que saliera perdiendo?
No puedes abandonarnos:
¡haznos solamente dignos de tu amor!**

*

**

El joven se fue muy triste. Para seguir a Cristo, habría tenido que abandonar la gestión de sus negocios: es justamente esta obligación la causa de su tristeza, pues sólo hay alegría en la aventura, en el futuro de la renovación. La alegría no se posee, sino que se recibe como una gracia cada mañana. ¡Y hay que tener el corazón disponible para disfrutar de esta dicha, frágil como el rocío matinal!

Jesús no se opone a la riqueza, como le reprochan los que soportan a duras penas el hecho de no ser ricos... No hay el menor resentimiento en las palabras de Cristo. No hay más que una constatación, lo cual es mucho más terrible. Jesús se limita a constatar la incapacidad de los ricos pa-

ra acceder al mundo de la fe vivida, de la esperanza y de la alegría. El Reino de los cielos no es una recompensa atribuida a los que triunfan por sus propios méritos; es simplemente el lugar de la alegría, pero de la alegría de las Bienaventuranzas. Quien intente hacer comprender esto a un rico absorto en la gestión de sus bienes, haría mejor en pedir por él, para que no esté eternamente triste.

Pero, al hablar así, Jesús —y también nosotros— habla contra corriente. "¿Quién va a poder salvarse?", preguntan los discípulos. Hay muchas maneras de comprender la salvación: la del mundo, que pone la salvación en el poder y el bienestar financiero, y la de una cierta tradición bíblica, que veía en la riqueza la señal de la bendición divina. Por otra parte, ¿no decimos aún, al hablar de los pobres: "pobre, pero honrado"...? Jesús habla a contracorriente. No dice que los pobres se salven *ipso facto*; únicamente constata que la fe germina con mayor facilidad en el desprendimiento de la pobreza que en las preocupaciones de la riqueza. Pero, para que nadie trate de salir con evasivas, Jesús precisa: "Le es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el Reino de los cielos." Después, el que quiera puede edulcorar el Evangelio, razonar, atemperar... Todo está permitido, ¡pero que nadie pretenda entonces que sigue tratándose del Evangelio! Porque, en definitiva, el gran peligro para un rico consiste en imaginar que sus bienes le pueden ser de alguna utilidad para obtener un lugar en el Reino... Si al menos los ricos conocieran la utilidad de sus bienes, todavía podría entenderse... Pero ¿conocéis a algún rico que, habiendo tomado conciencia de esto, siga siendo rico?

*
**

**Apártanos, Señor,
del peligro de las herencias
y de las riquezas de este mundo,
pues no hay más tesoro eterno
que aquel con el que tú colmas
a los que han abrazado la pobreza
por amor de tu gracia.**

**Tu Reino, y su tesoro infinito,
tú lo ocultaste, Padre santísimo,
en el oriente del mundo, en la mañana que renace,
para que el hombre abandone las sombras de la noche
y, a impulsos del Espíritu, salga
a descubrirlo resplandeciente de nueva gracia.
Pero tú no entregas ese tesoro
más que al que lo ha dejado todo
para marchar con tu Cristo,
cada vez más lejos, a la aventura.**

**En él está escondida nuestra vida,
y no queremos conocer
más que a Jesucristo, muerto y resucitado.**

*

**

**Padre,
ya que nos has llamado
a ser tus hijos y herederos,
danos tu Espíritu en abundancia:
que nuestros corazones, seducidos por su amor,
no busquen más riqueza
que la paz del Reino.**

**Conserva a tu Iglesia en la verdadera pobreza:
que viva, con todo su ser en tensión,
en la contemplación de esa perla única
que tiene que revelar a todos los hombres.
En la mesa del Reino,
haz que renuncie a los bienes que la paralizan,
para consagrarse, libre de espíritu,
al cuerpo y a la sangre de tu Hijo,
único pan de vida para el mundo,
única alegría sin mancha para los pobres.**

**¡Entonces renacerá el canto de esperanza,
la danza del asombro
y la fiesta de los niños,
conducidos por tu Hijo amado
hacia la tierra de arriba,
donde todo es belleza y gracia!**

UN PASTOR NO ES UN EMPRESARIO

Ezequiel 34, 1-11. *Ahora que Jerusalén ha caído, el profeta puede distanciar y reflexionar sobre todos esos acontecimientos de los que ha sido testigo de excepción. ¿Cómo se ha llegado ahí? Más que contra el pueblo, las acusaciones de Ezequiel se dirigen contra la monarquía reinante. Poniéndose decididamente del lado de los que se oponen a dicha monarquía, juzga con severidad a los "pastores de Israel". Pero, aunque las críticas del profeta se justifican por la política llevada por los reyes a expensas del pueblo, su motivo principal es de orden religioso. Para Ezequiel está fuera de toda duda que pueblo de la Alianza no puede tener un rey semejante a los de las naciones; por eso, cuando reflexiona acerca del estatuto del futuro príncipe, Ezequiel —que sigue siendo fiel a la casa de David— concibe más bien dicha figura como la de un "mediador" de la Alianza (L. Monloubou).*

El profeta habla también de la salvación: los que hayan sido dispersados entre las naciones serán reunidos en buenos pastos, y Yahvé estará al frente del rebaño.

El salmo 22 canta el apoyo concedido por Dios a su pueblo; la Sinagoga consideraba este poema como el canto del regreso de los exiliados.

Mateo 20, 1-16a: véase p. 213

**

Si los patronos actuasen como Dios, os aseguro que el número de holgazanes no dejaría de crecer. Después de todo, si podemos ganar lo mismo en media jornada, ¿para qué trabajar de sol a sol? Es evidente que el Evangelio no es un manual de productividad económica. Quiérase o no, las relaciones sociales se basan en una estricta justicia, sin que tenga nada que ver la generosidad. Y hay que reconocer que ésta sigue siendo la menos mala de las soluciones...

Pero el Reino de Dios no es una empresa; la viña del Señor no es una explotación vinícola, y Cristo se guardó muy mucho de confiar su rebaño a mercenarios asalariados. Todos conocemos la diferencia que hay entre un mercenario y un pastor evangélico: el primero cumple con sus ocho horas, el segundo dedica toda su vida.

Pero, a decir verdad, Dios se equivocó más de una vez en la elección de sus pastores. Para comprender este error, conviene saber que el defecto del corazón divino es que confía demasiado en los hombres, que les concede un tiempo de aprendizaje demasiado largo, y muchas veces inútilmente. Pero ¿qué se va a hacer? ¡Dios es Dios, y no se dedica a administrar una empresa!

Entonces, Dios se ha equivocado. Los reyes de su pueblo han abandonado a su rebaño. Sin embargo, ellos no eran mercenarios, sino políticos, lo cual viene a ser lo mismo... Guiaron a Israel de la misma forma en que se lleva un asunto político. ¡Fracaso total! En primer lugar, porque Israel no tenía ningún peso frente a sus colosales vecinos; y además, porque la vocación de Israel era otra. Pero ¿cómo asegurar, tanto hoy como ayer, la vocación de la Iglesia si sus pastores se empeñan en actuar como vulgares empresarios?

Entonces, para que en el futuro no ocurra lo mismo, Dios decide convertirse él mismo en pastor. "Saldré en busca de mis ovejas y cuidaré de ellas." El verdadero pastor es Cristo, que llegó incluso a morir por salvar a su rebaño, pues el verdadero pastor entrega su vida.

Desde entonces, Dios contrata a su gente. Para simplificar las operaciones, y obedeciendo a su corazón, da a todos el mismo salario, su gracia. Algunos pastores escuchan la llamada casi en la cuna; a otros, en cambio, les llega más tarde; los hay que dudan mucho tiempo, y otros que se lanzan desde el primer momento. Poco le importa eso a Dios, pues sabe que, de regirse por las leyes de la justicia social, sus ovejas hace mucho tiempo que habrían sido abandonadas, aunque sólo fuera los días de huelga...

En resumidas cuentas, ¿no es mejor para la Iglesia y para el mundo que haya un reducido número de pastores en vez de una multitud de mercenarios, siempre pendientes de que salgan las cuentas?

**

**Tú no abandonas a tu rebaño,
Oh Jesús, verdadero pastor;
tú lo llevas por buenos senderos
y lo salvas de los abismos de la muerte;
para el descarriado, eres ternura,
para el fiel, gracia y felicidad.
Bendito seas tú,
descanso nuestro al caer la tarde,
pues a todos das el mismo amor,
y tu amor jamás se agota.**

**Cantaremos para ti, Señor,
y danzaremos mientras vendimiamos,
embriagados por el nuevo vino
que rebosa nuestra copa.
En nuestra viña, sobre la tierra,
has plantado una vid única
y has hecho de nosotros sus sarmientos,
para que en ella demos fruto,
y fruto abundante.
Hasta el amanecer cantaremos para ti,
con cantos festivos y alegres.**

Lloraremos contigo, Señor,
 por tu viña arrasada,
 tierra sedienta, sin agua.
 Mi amado tenía una viña;
 con amor y ternura la cercó
 y la confió a sus amigos y hermanos.
 Llorad, pues, por esta viña,
 vosotros que tenéis sed de vino nuevo.
 Los sarmientos han renegado de la vid;
 vedlos ahí, solitarios, entregados al fuego,
 madera seca, sin vida, árbol muerto.
 Yo esperaba que diera fruto, hasta el ciento por uno:
 sobre el árbol seco han clavado a mi Hijo,
 han derramado la sangre de mi hijo,
 al que había enviado para comenzar la vendimia.
 Llorad por mi viña,
 no habléis del fracaso de mi amor.

Cantaremos para ti, Señor,
 el nuevo cántico de una nueva viña,
 himno de la mañana que comienza,
 alegría de la vida que reanima nuestros sarmientos.
 Tú nos has podado, tu fuego nos ha purificado;
 la sangre de tu Cristo nos ha devuelto la vida,
 y el vino de su amor alegra nuestro corazón.
 Cantaremos para ti hasta el amanecer,
 con voces de alegría y susurros de agradecimiento.
 Mi amado tenía una viña en tierra fértil;
 esperaba de ella hermosos racimos,
 y ella le dio el ciento por uno.
 Pues la viña del Señor todopoderoso
 es Jesucristo, el Hijo amado,
 cuyos sarmientos somos nosotros
 para gloria del Padre.

Jueves de la vigésima semana

LOS MALOS NO SON MEJORES QUE LOS BUENOS

Ezequiel 36, 23-28. *Si Ezequiel se mostró diligente en revelar al pueblo los castigos que merecía por su infidelidad, también se apresuró a consolarlo cuando sufría la miseria del exilio. En primer lugar, explicó el comportamiento divino subrayando que estaba en juego el honor de Yahvé. Efectivamente, las naciones solo veían en el exilio de Israel la impotencia del Señor para proteger a los suyos. Así contribuía Israel a "profanar el nombre de Yahvé entre los paganos". Por eso Dios debía manifestar su santidad interviniendo en la historia del mundo y haciendo que su pueblo regresara a la tierra de sus antepasados.*

El oráculo de Ezequiel precisa el de Jr 31. En efecto, Jeremías había dicho que Dios pondría su ley en el corazón del hombre; Ezequiel va más lejos, dentro de esta línea antropológica, para decir, a fin de cuentas, que Dios dará a Israel una vida nueva. Un nuevo pueblo saldrá de sus manos, con un corazón de carne y un espíritu renovado; efectivamente, este pueblo, que cayó en la idolatría, será purificado por un agua lustral.

Con toda naturalidad, el salmo 50 lleva hasta Dios la súplica del hombre: "Crea en mí, oh Dios, un corazón puro."

Mateo 22, 1-14: véase p. 216

*
**

Mesa de la alianza, vestido de bodas, esponsales del Hijo con la humanidad... En la Escritura, todo se concentra en torno a esta inaudita revelación: Dios ama al hombre hasta el punto de hacer de él su aliado, su semejante y hasta su hijo. Una alianza de amor y de vida, un banquete nupcial, cuyo sacramento es la Eucaristía. Este es el sueño de Dios, sueño encarnado en Jesucristo.

Durante mucho tiempo, demasiado, Israel entendió esta alianza como una lucha por Dios, un testimonio ante el mundo, una política de fe contra la impiedad, pero también un cierto orgullo de ser el pueblo elegido. Fue necesario el exilio y, más tarde, la destrucción de la ciudad santa, para que la fe volviera a los caminos de la humildad, y la Alianza a los del corazón. ¿Qué peso ha de tener en este mundo una Eucaristía a la que están invitados tanto los malos como los buenos, para ser todos santificados por el cuerpo del amado, entregado al amor hasta las últimas consecuencias? Aquí, todo es cuestión de corazón.

Y, sin embargo, me atrevería a decir que Dios es celoso de su buen nombre entre las naciones. Dios no se comporta como un perro apaleado.

Pero la santidad de Dios, su gloria, su presencia, nada tienen que ver con los triunfos humanos. Dios no triunfa aplastando a sus enemigos. Se manifiesta en el esplendor de los corazones puros que lo contemplan y lo revelan. La tierra de Dios en nuestro planeta no es una fortaleza inexpugnable, sino el desierto siempre cambiante en el que Dios puede hablar al corazón del hombre. "Yo os reuniré, dice Dios; seréis mi pueblo", pero este pueblo no tardará en tomar el camino de los hombres para vivir la Alianza en el corazón de los pobres. En pleno desierto...

Así pues, a Dios le importa que sus fieles tengan un corazón nuevo, un corazón de carne y de amor. Le importa que el traje de bodas se conserve santo, a pesar del roce con la suciedad del mundo. Para reconstruir su pueblo, Dios se dirige a toda clase de gente, pero es preciso que todos acepten ser purificados de arriba abajo. La Eucaristía, en la que cada día se renueva la Iglesia, acoge a buenos y malos, para renovarlos a todos en ese amor creador que transforma los corazones haciéndoles comulgar con el corazón traspasado de Cristo.

Así es el pueblo de la Alianza, pequeño pueblo en el que son pocos los elegidos. ¿Cómo una Iglesia, llamada a revelar la santidad de Dios, podría desempeñar su misión si dentro de ella cada uno hiciera lo que le viniera en gana con el pretexto de pertenecer al pueblo de Dios? Una Iglesia santa es una Iglesia en la que cada cual acepta diariamente ser santificado de los pies a la cabeza por el amor de Cristo. ¡Pero qué pocos son, por desgracia, los que tienen tal conciencia de su pobreza...!

**

**Padre, santifica sea tu nombre
hoy en nuestra tierra
así como lo santificaste
por el amor de tu Hijo crucificado.
Infúndenos un corazón nuevo,
para que podamos ser el reflejo de tu presencia
a pesar de nuestra pobreza.
Haz de nosotros el pueblo elegido,
no por nuestra fuerza o nuestros méritos,
sino por la sola gracia de tu santidad.**

Viernes de la vigésima semana

VENDAVAL EN UN CEMENTERIO

Ezequiel 37, 1-14. *Un valle lleno de huesos resecos... Para los antiguos, que consideraban una gran desgracia el quedar insepultos, la imagen era impresionante. En cualquier caso, muestra el estado de ánimo de los deportados a Babilonia: para ellos ya no existía Israel.*

Pero Dios había dicho: "Pondré en vuestro interior mi espíritu" (36,27). Era ésta una promesa de vida, pues el soplo, que penetra en los huesos, es el mismo hálito de vida infundido por Yahvé en el pecho del hombre en los primeros días de la creación. Los huesos se animan y se juntan como espectros descarnados, para revestirse enseguida de nervios y piel. Hombres y mujeres se levantan, se dan la mano y se entregan a una alegre farándula; se ponen en pie para entonar el cántico de la Vida, pues, una vez más, el amor ha sido más fuerte que la muerte.

El salmo 106, de carácter himnico, expresa a la vez el desconcierto de los judíos, dispersos en una tierra extraña, y la confianza con que los mejores de ellos no dejaban de honrar a Yahvé. Los vv. 6 y 7, concretamente, traducen el sentimiento del eterno nómada seducido por la civilización urbana.

Mateo 22, 34-40: véase p. 219

**

**Ni siquiera un cementerio,
ni tumbas alineadas,
ni nombres grabados en la piedra,
ni una flor que recuerde la esperanza,
sino el polvo gris y muerto
y los huesos desperdigados,
anónimos, amontonados.**

**Ni siquiera un cementerio,
sino un osario hediondo,
concentración de exiliados,
entre alambres de espino,
en la noche siniestra.**

**Hijos de hombre,
¿podrán revivir estos huesos?**

**Valle de la desesperación,
aniquilación de un pueblo.
La estrella de David se ha extinguido
y los supervivientes de la muerte vagan sin destino,
sin padre ni casa.**

**Hijos de hombre,
voy a infundir mi soplo,
y los muertos se levantarán
porque estos huesos,
¡son la Casa de Israel!**

**

**¡Ven, soplo,
de los cuatro puntos cardinales,
toca estos muertos, y vivirán!**

**El aire entró en ellos y vivieron;
se levantaron,
y era un inmenso ejército.**

**

**Voy a abrir vuestras tumbas, pueblo mío,
y os devolveré a la tierra de Israel.
¡Oráculo del Señor!**

¡Yo soy la resurrección y la vida!

**Bendito sea Dios
que ha levantado a su pueblo.
¡Los que siembran entre lágrimas,
cantando van a segar!**

**

**Pueblo de Dios, pueblo del viento,
salvaje, indómito, imprevisto,
pueblo de profetas,
pueblo que llevas la palabra de otro,
pueblo de Dios,
¡levántate cual tempestad sobre los muertos!
Pueblo renacido por el soplo de Dios,
pueblo que vive,
pueblo de Dios,
ama hasta quedar sin aliento,
ama y no te canses de amar!
Pueblo de Dios,
¡ama como Dios!**

Sábado de la vigésima semana

LA GLORIA DE DIOS EN UN VELO

Ezequiel 43, 1-7a. *Catorce años han transcurrido desde la caída de Jerusalén. Catorce años, es decir, dos septenios, que bastan por sí solos para sugerir el cumplimiento del castigo de Israel. A lo largo de estos años, el profeta no ha cesado de predicar la esperanza a los exiliados. Y un día, la antigua fórmula de la Alianza revivirá: "Vosotros, mi pueblo; yo, vuestro Dios" (36,28). Los corazones de piedra habrán dado paso a los corazones de carne, e Israel entero será purificado.*

Entonces, la gloria de Yahvé, que había abandonado Jerusalén para acompañar a los judíos en su exilio (10, 18-22 y 11, 22-25), podrá regresar a su templo y habitar para siempre entre los hijos de Israel. Ezequiel prevé que esta gloria entrará por la puerta oriental del templo, es decir, por el monte de los Olivos. De hecho, cuando Jesús haga su entrada en Jerusalén montado en un pollino, descenderá de Betania; pero aquel día, su cuerpo, que pronto será entregado, habrá reemplazado al templo de piedra. Y para siempre será Emmanuel, venido para plantar su tienda entre los hombres.

El oráculo del salmo 84 expresa la esperanza suscitada por la intervención de Dios en la historia, nada menos que la reconciliación del cielo y la tierra.

Mateo 23, 1-12: ver p. 222

**

Hacia la parte oriental de la ciudad, por donde nace el sol, es por donde aparece la gloria de Dios. En la cima de la colina, montado en un pollino, resplandece el Hijo de Dios con una nueva luz. Viene, baja al encuentro del pueblo humilde, y todos lo aclaman. Alejados, casi en la última fila por una vez, están los escribas y fariseos, los señores y doctores de larga toga. Mueven la cabeza. ¿A quién cantará este pueblo ignorante? ¿Qué significan esos hosannas para un profeta ya condenado a muerte?

¡Segundo acto! La gloria de Dios entra en el templo por la puerta oriental. Una muchedumbre de tullidos y enfermos se agolpa en el atrio, y Jesús los cura, pero expulsa a los comerciantes y cambistas; no quiere que la gloria del Padre reciba más homenaje que la fe de los humildes y los pobres. Los dientes de los sacerdotes y los escribas rechinan: ¿Qué significan esta enseñanza, que va contra la tradición, y esta violación del Lugar santo? ¿No son ellos los dueños y los doctores de la religión?

¡Tercer acto! La gloria del Señor llena el templo; sin embargo, el Hijo del hombre se va a la otra colina, fuera de la ciudad, llevando la cruz para el suplicio. De su rostro irradia la gloria de Dios; sin embargo es el

rostro del leproso, del rechazado. Llegan al Gólgota. En primera fila, los rabinos y los padres del pueblo ríen sarcásticamente. Han atado la carga sobre los hombros del inocente y mandan a los verdugos que cumplan su tarea: darle muerte.

En el momento en que Jesús rinde su último aliento a Dios, el velo del templo se desgarrar de arriba abajo, y la gloria de Dios abandona para siempre el Lugar santo, que no tardará en quedar en ruinas. El trono del Eterno será para siempre una cruz. Una cruz desde la que el Hijo, lleno de gracia y de verdad, nos dice: "¡No os hagáis llamar maestros; que el mayor de vosotros sea vuestro servidor!"

Pues la gloria de Dios es el hombre vivo, y la vida es el amor que nos hace a todos hermanos. El templo de Dios es el cuerpo del amado, en el que todos somos llamados a un mismo servicio. Todas las mañanas, desde el Oriente, viene a nosotros la gloria de Dios... ¡Mirad, el Maestro y Señor va montado en un pollino!

**

**Todo lo que dices lo cumples,
tú, nuestro Señor y Maestro;
la carga que pones sobre nuestros hombros,
tú la llevaste primero;
el mandamiento que nos impones,
tú lo has cumplido hasta el final.
¡Guárdanos en tu doctrina,
protégenos de todo orgullo!
Que entre nosotros no haya más padre
que el tuyo,
nuestro Padre celestial
que nos hace a todos hermanos.
Que nuestra gloria sea servirte,
como tú serviste a tus discípulos,
Señor, Dios nuestro
por los siglos de los siglos.**

DEL LUNES AL SÁBADO DE LA VIGÉSIMO PRIMERA SEMANA

UNA SABIDURIA DISTINTA

Esta semana, el leccionario ferial pone fin a la lectura continua de Mateo de forma un tanto brusca. Sólo se nos proponen algunos fragmentos de los últimos capítulos. Sin embargo, son muy hermosos y, junto a los textos paulinos que leemos (2 Tes y comienzo de 1 Cor), ofrecen unas cuantas perlas de sabiduría evangélica.

Sin duda, encontraremos extraordinariamente duro el tono empleado por Jesús contra los fariseos... Su hipocresía es virulentamente denunciada. Pero está en juego la verdad de la religión, porque, debido a un exceso de leyes sin ningún fundamento y de actitudes "sin alma", existe el peligro de alejar diariamente de Dios a quienes no pueden comprender semejante malversación de la Palabra. Es preciso denunciar incesantemente una religión que no es ya sabiduría de vida, sino una carga legalista y una abominable pretensión de los notables.

Contra lo que ellos dicen..., "el Reino es semejante a unas vírgenes que velan por la noche para festejar al esposo... o a unos fieles sirvientes que hacen fructificar la gracia recibida..." En verdad, se pasa de un mundo a otro; de un clima de muerte, mantenido por los escribas, a una sabiduría llena de esperanza, cantada por el Evangelio.

No es que el Evangelio sea un sueño, una evasión. Continuamente, Jesús recomienda a los suyos que velen, que trabajen, y Pablo no se anda con rodeos: "¡El que no quiera trabajar, que tampoco coma!" Pero este trabajo, esta vigilia, esta continua atención al regreso del Maestro nada tienen que ver con una tensión nerviosa que pesaría sobre nuestros hombros como un yugo de esclavitud: si nuestro corazón vela y nuestras manos trabajan, es por amor al que nos lo ha dado todo: su gracia y su palabra.

"Vosotros, santos de Dios, elegidos, santificados...", dice el apóstol. Sin embargo, no somos mejores que los demás, y entre nosotros apenas hay gente importante; pero nuestra gloria está en Dios, nuestra sabiduría está arraigada en la cruz, nuestra esperanza pone fin a la noche. Cada mañana, la aurora nos anuncia el futuro de Dios con nosotros. No somos fariseos; sólo tenemos un pequeño talento, pero nos produce alegría hacerlo fructificar. Una alegría tanto mayor cuanto que sabemos que nuestro propio trabajo es ya fruto de la gracia. Somos como aquellas jóvenes a las que sólo se pide que mantengan la lámpara encendida, aunque a veces se duerman cuando la noche es demasiado larga.

CONTRA LAS LEYES HIPOCRITAS

2 Tesalonicenses 1, 1-5.11 b-12. *La acción de gracias de 2 Tes se parece mucho a la de 1 Tes; expresa la alegría y el agradecimiento de Pablo ante los progresos de la joven comunidad. Sin embargo, esta alegría se ve ensombrecida por ciertas inquietudes: el apóstol habla de persecuciones y peligros. ¿Hay que ver en estas palabras una alusión a las dificultades que han marcado la fundación de la Iglesia? Es posible, si tenemos en cuenta los obstáculos que la Sinagoga opuso en seguida a la difusión del Evangelio. Pero el contenido de la epístola y las dudas suscitadas sobre su autenticidad hacen pensar también que los desórdenes de los que se habla en la carta podrían ser apasionadas discusiones en torno al fin de los tiempos. En cualquier caso, la acción de gracias termina con una vibrante llamada a la perseverancia.*

El salmo 95 invita a entonar un cántico nuevo al Señor. Los tesalonicenses, que acababan de descubrir las maravillas divinas, debían de estar empeñados en poner en práctica esta consigna.

Mateo 23, 13-22: ver p. 225

**

Sobre el salmo 95

**¡Cantad al Señor un cántico nuevo,
ofrecedle la acción de gracias de vuestra fe,
benedicidlo con todos cuantos le sirven,
cantad para él con todos sus fieles,
contad todos los días sus maravillas!**

**

La casuística, es decir, el estudio de los múltiples casos que pueden presentarse en la vida moral o religiosa, no es mala en sí misma si sirve para ayudar a los hombres a vivir su fe en las distintas peripecias de la vida. Pero es un verdadero desastre cuando la casuística se pone a girar en redondo y, sobre todo, a eludir el espíritu de la ley para adaptar las cosas a los intereses de unos cuantos... Recuérdese cómo se prohibía realizar ciertas labores en domingo y se autorizaban otras... No se podían remendar unos calcetines, pero sí se podía bordar un tapiz... Evidentemente, como los pobres tienen más necesidad de calcetines que de tapices, la casuística beneficiaba a una determinada clase de personas: la buena sociedad que frecuentaban los fariseos.

La hipocresía denunciada por Jesús, es exactamente un falso juicio, un juicio excesivamente rebajado (*hypo-crisis*). Este es el pecado de los fariseos de todos los tiempos. No son necesariamente espíritus hipócritas, sino, simplemente, pésimos intérpretes de la Escritura. Han perdido la llave del Reino y siguen enseñando a tontas y a locas. Por lo demás, hay fariseos en todos los sectores de la vida humana y social, pero los de la religión son especialmente deplorables. Se dirigen a Dios como si fuera un negociante, cuando no intentan imponerle unas leyes que nuestro Padre celestial sería incapaz de aceptar. Así, hemos visto cómo se le imputan a Dios unas leyes totalmente hipócritas...

Podríamos reírnos. Sin embargo, Jesús lo lamenta, pues, en última instancia, las víctimas suelen ser las buenas gentes que nada entienden de esto. Para ellos, si los fariseos lo dicen (y traducid este título conforme a vuestra propia situación), es que debe ser verdad. Y ahí tenemos a esas buenas gentes enredadas con cadenas tan pesadas como dañinas. ¿Hay que buscar otra explicación a esa culpabilidad enfermiza que tan a menudo reina en medios religiosos? Una verdadera gehena, un infierno para las gentes que ya no entienden nada y que se imaginan a un Dios caprichoso y hasta sanguinario.

¡Ay de vosotros, fariseos hipócritas! Pues el resultado más grave de vuestra hipocresía es que demasiadas buenas personas han abandonado la Iglesia, convencidas de que, para ser al fin libres, tenían que buscar en otra parte...

**

**Tú nos juzgas sobre el amor,
Oh Dios que quieres la vida del hombre:
líbranos de buscar nuestra justificación
en unas leyes demasiado humanas,
ya que tu Hijo Jesús
resumió toda la Ley
en amarte a ti y a nuestros hermanos.
Enséñanos a amar sin ningún tipo de cálculos,
y que tu salvación nos sea concedida
por añadidura,
en el nombre de tu Hijo Jesús,
Cristo, nuestro Señor.**

CONTRA LAS HIPNOSIS RELIGIOSAS

2 Tesalonicenses 2, 1-3a. 14-17. "No perdáis la cabeza". 2 Tes permite entrever la fiebre producida por la espera del regreso de Cristo entre los primeros cristianos. Esta espera no estaba exenta de desórdenes, ya que algunas personas, convencidas de la inminencia de dicho retorno, se desentendían de las obligaciones de la vida diaria e incluso sucumbían a un falaz descomprometimiento.

¿Se transformaría la comunidad cristiana en una secta de los últimos días? Viendo el peligro, Pablo reacciona y llama a sus discípulos a una visión más serena y más equilibrada de la realidad. Les invita especialmente a observar con fidelidad las tradiciones que él mismo había recibido de la Iglesia primitiva y se las había transmitido a ellos. Ahí está la verdad y ahí radica el consuelo.

La continuación del salmo 95 (cfr. lunes) mezcla elementos teofánicos con un mensaje destinado a las naciones: "¡El Señor es rey!" Si el Señor viene y provoca la alegría en la tierra, el mundo se mantendrá firme, inquebrantable. Hay aquí una alusión al señorío de Yahvé, que protege al mundo del caos original.

Mateo 23, 23-26: ver p. 227

*
**

Sobre el salmo 95

**Dios ha hecho una alianza con el cielo y la tierra;
el caos ya no volverá a trastornar el orden.
¡Que el hombre, pues, respete el Universo,
que lo trabaje y lo transforme,
para descubrir la señal oculta
de Dios su creador.**

*
**

Nadie sabe el día ni la hora. La venida del Señor no está fijada para una fecha concreta; se produce a cada instante, y es como la cara oculta de todo cuanto sucede. Jesús no viene para poner fin a este mundo; viene para hacer de nuestra historia otro mundo, en el que reinen la justicia y la misericordia. No esperemos, pues, una nueva revelación, pues el programa de su venida está escrito en el Evangelio. Manteniendo fielmente la tradición de la Palabra viva, es como renovamos la faz de la tierra, y no huyendo hacia adelante, en busca de un imprevisible fin del mundo. Pues el mundo empieza y acaba todos los días, e incluso nuestra muerte no se-

rá otra cosa que la revelación de lo que ya vivimos. Todo está recapitulado en Jesucristo: el pasado, el presente y el futuro. No hay más ley para el futuro del mundo que la inscrita en su Palabra eterna: ¡Amaos como yo os he amado! Y el que cumple esta ley cumple ya la historia de los hombres, pues Jesús viene en cada acción de justicia, de caridad, de ternura y de esperanza. Esta es la única venida que cabe esperar.

Pero existe otro peligro más sutil para nuestra fe: imaginar que Cristo ha regresado aquí o allá, de forma distinta de la de todos los días. Dicen que ha vuelto a casa de Fulano, o a determinada secta. Por encima de todo, dice San Pablo, no acudáis a tales reclamos, pues lo triste en todos esos casos es que, según pretenden los interesados, el Señor no regresa nunca si no es para alejar a los hombres de sus tareas humanas. ¡Gran tinglado de hipnosis religiosa! El peligro es grave para la fe, porque ésta sólo tiene sentido en el seno del mundo. Mejor es para la salud del mundo y de la religión un padre de familia que trabaja afanosamente, o una madre que vive plenamente su vida de mujer, que un campamento de ociosos que en torno a un Cristo vacío de sentido... Sí, el Evangelio es realista. Por eso insiste en que no sabemos el día ni la hora; no hay más hora que ésta, con su peso de vida humana. ¡Lo demás es un sueño estúpido, cuando no desequilibrio mental!

*
**

**¡Te damos gracias,
oh Dios, porque tomas nuestra vida en serio!
Cuando viniste a nosotros,
fue para trabajar con tus manos de hombre
y para hablarle al pueblo de todos los días.
Tú no creaste el universo
fuera de nuestra historia,
sino que, humildemente, abriste una brecha
en nuestro trabajo diario.
Creemos
que hoy como, siempre,
tú vienes y estás presente
donde quiera que los hombres realicen
su trabajo humano con la fe de la esperanza.
Permítenos, pues, cantar para ti
el canto diario de nuestra vida
y bendecirte
con las sencillas palabras de nuestra fe.**

CONTRA LAS PESTILENCIAS DE LA MUERTE

2 Tesalonicenses 3, 6-10. 16-18. *Como hará en repetidas ocasiones, Pablo se propone como ejemplo. Cuando había predicado en Tesalónica, no había querido ser una carga para nadie, sino que había trabajado con sus propias manos. En esto se mostraba fiel a la tradición rabinica, que obligaba a los futuros doctores de la Ley a aprender un oficio. El ejemplo del apóstol no resultaba menos revolucionario en un mundo pagano que despreciaba el trabajo manual, reservado a los esclavos.*

En numerosas ocasiones, Pablo manifestará su orgullo de no haber sido una carga para los demás, destacando de este modo la independencia de su predicación. Sin embargo, no hace de ello una norma absoluta. Efectivamente, piensa que el obrero del Evangelio tiene derecho a un salario, y él mismo aceptó excepcionalmente ayudas como la que los filipenses le enviaron con motivo de la evangelización de Tesalónica. De todos modos, lo que aquí desea es el retorno a la tranquilidad. Que los cristianos trabajen: de esta forma ocuparán su espíritu y sosegarán su imaginación.

¡He aquí un motivo de felicitación para el trabajador! El pequeño salmo 127 reúne algunas fórmulas de congratulación que el sacerdote de servicio dirigía a los peregrinos a modo de acogida. Conserva, incluso, la fórmula de bendición.

Mateo 23, 27-32: ver p. 229

*

**

Sobre el salmo 127

**¡Que viva feliz el que camina según Dios!
¡Que conozca la paz el que trabaja con sus manos!
¡Y bendita sea su casa, el lugar de su descanso!**

*

**

Decoran las tumbas de los justos y blanquean los sepulcros con cal. Se diría que son guardianes de los cementerios... Pero ¿lo son, quizá? No paran de evocar el pasado, pero lo hacen para mejor aplastar a los profetas. No son más que un montón de huesos, verdaderos muertos vivientes, revestidos del prestigio de su uniforme. Mirad su cabeza: ¡es una cabeza de muerto! Además, todo está listo para asesinar al profeta Jesús: una muerte legal, por supuesto, según las antiguas leyes... Pero habrá que arrebatárselos el cuerpo de Cristo para que no vaya a parar a la fosa común. Más adelante, otros fariseos vendrán a decorar la tumba de Jerusalén... Y otros enterrarán el Evangelio en su osario por miedo a que reviva. Nunca se sabe.

Evidentemente, para caer en la cuenta de esta connivencia farisaica con la muerte, hay que arañar el barniz. El uniforme siempre ha sido obligatorio. Aparentemente, son hombres justos. ¿Cómo reconocerlos? Pienso que aspirando intensamente su olor a muerto, hasta sentir náuseas... Sí, siempre están perdonando la vida; según su justicia, nadie está autorizado a vivir o, mejor dicho, a apreciar la vida. De su boca sólo salen los "no se puede, no es lícito..." Siempre tienen un texto de la ley que oponerte cuando la vida te invita a recorrer caminos desconocidos. Además, no soportan a los profetas, que dejan que Dios hable en ellos como le plazca. Incluso tienen encadenado a Dios en sus capillas ardientes... con muchas flores, eso sí, para disimular el olor a pasado, a muerto. Evidentemente, se presentan como los únicos depositarios del presente y no admiten que se les trate como a momias.

¿Sabéis ya de quien hablo? Si en alguna ocasión os encontráis con un hombre, un dignatario o un maestro de esta especie, no lo dudéis: ¡se trata, con toda seguridad, de un fariseo! Huid rápidamente de él, pues vuestro ataúd está ya al alcance de su mano.

*

**

**Cristo, salido de la tumba,
tú siempre estás del lado de la vida;
tu resurrección es para nosotros,
todos los días, el alba de una nueva esperanza.
Te damos gracias,
y te rogamos:
que nuestra fe no conozca nunca la degradación de la muerte:
¡Consérvanos, Señor,
vivos y creadores
en este mundo y para siempre!**

POR UNA SANTIDAD DESPIERTA

1 Corintios 1, 1-9. *Cuando Pablo escribe a la Iglesia de Corinto, la comunidad es presa de divisiones. No sólo sufre las convulsiones provocadas por las distintas tendencias, sino que está bajo la influencia del paganismo ambiente. Sabiendo esto, no nos sorprenderá la insistencia del apóstol en la unión con la persona de Cristo. En efecto, ni la ley judía, ni la filosofía griega liberan totalmente al hombre; sólo la cruz es la verdadera fuente de salvación, y por eso puede Pablo decir a los "santos" de Corinto que su santidad se la deben a Cristo y sólo a él. Las promesas divinas apuntaban a esta comunión, a la vida compartida; su cumplimiento demuestra la fidelidad del Dios de la Alianza.*

El salmo 144 pertenece al género himnico. Bendice al Señor por su grandeza y su esplendor, sus obras y maravillas. El cristiano, que ha visto la salvación de Dios, ¿cómo no lo alabará?

Mateo 24, 42-51: ver p. 232

*

**

La Iglesia de Dios no es una casa de reposo, y aquellos a quienes el apóstol Pablo llama "santos" no se parecen a esas estatuas de pacotilla que ni siquiera llamarían la atención del más pobre de los ladrones. Poseedores de toda la gracia recibida de Cristo resucitado, los santos se parecen más bien a esos criados vigilantes y sensatos a quienes su señor puede confiar sin temor la gestión de todos sus bienes. Sí, la Iglesia de los santos es una casa activa y sólida, siempre alerta para que fructifiquen los talentos recibidos en herencia.

Pero ¿quiénes son esos "santos", ese "pueblo santo", esos fieles a los que felicita el apóstol y por los que da gracias a Dios? Somos, sencillamente, tú y yo, ayer cristianos de Corinto, y hoy de nuestras innumerables comunidades. Fieles no siempre ejemplares: la lectura de la carta a los Corintios basta para convencernos de ello. Y, sin embargo, santos de Dios, pues la santidad es, ante todo, una llamada, una gracia, un don; y después, una fidelidad que hay que renovar continuamente. La santidad no consiste en descansar sobre laureles marchitos; es una atenta vigilia en el amor y la conversión.

La Iglesia de Dios es santa. Ha recibido como herencia un inmenso tesoro, nada menos que el cuerpo de Cristo resucitado. Pero no hay que guardar el cuerpo del Señor como lo haría el vigilante de un museo con sus antigüedades. La santidad no se preserva, como hacen algunos con su virtud demasiado frágil. La Iglesia de Dios es santa en la medida en que se afana para que la simiente recibida produzca abundante fruto. Y no

hay acción totalmente pura, sobre todo cuando los siglos van pasando y se hace necesario reinventar incesantemente la santidad para el presente.

El cuerpo de Cristo no es una estatua; es el cuerpo de los hombres y las mujeres habitados por el Espíritu. ¡Es algo muy distinto!

¡Hermanos, tratad de comprender la parábola del ladrón! ¿Qué podría encontrar en nuestra Iglesia ese ladrón nocturno que acecha para atravesar el muro de nuestro edificio? Si lo único que va a encontrar en nuestra casa es una santidad celosamente guardada, entonces, ¡que venga y se lo lleve todo! Y si nos encuentra dormidos, aunque sólo sea en nuestra buena conciencia, demos gracias por tan estimulante perturbación.

Pero no se trata de eso. Es el cuerpo de Cristo lo que querían llevarse y ocultar esos ladrones a los que nuestra fe les resulta molesta. Merodean para separar a la Iglesia de su fuente y reducirla a un museo de la religión ancestral. Así pues, ¡velemos! En el Gólgota, nadie fue capaz de poner la mano sobre el cuerpo amado... Con María Magdalena, velemos día y noche. Por la mañana, cuando venga el Maestro, que nos encuentre activos, amando y esperando. La santidad no tiene otro nombre, y la Iglesia no tiene otra razón de ser.

*

**

**Señor Jesús,
tú haces de nosotros, aquí, en este lugar,
tu Iglesia santa;
tú nos llamas tal como somos
y nos santificas con tu palabra.
Invocamos tu nombre,
del cual recibimos el nuestro:
manténnos irreprochables
hasta el día en que vengas a pedirnos cuentas de nuestro amor:
hazlo crecer cada día sin medida,
pues tú no dejas de darnos
tu gracia,
infinita como los siglos de los siglos.**

LA SABIDURIA ES AMOROSA

1 Corintios 1, 17-25. *La epístola arroja luz sobre las dificultades encontradas por la misión cristiana cuando esta penetra en el medio helenístico. Los Corintios, como los demás griegos, eran apasionados de la filosofía; además, el carácter cosmopolita de la ciudad había favorecido la proliferación de escuelas. Las gentes de Corinto buscaban, pues, una doctrina satisfactoria para la inteligencia. En este aspecto, no se diferenciaban demasiado de los judíos, siempre al acecho de signos que les garantizaran la verdad del Evangelio. En el fondo, unos y otros establecían la condición previa de una garantía humana.*

También se le reprochaba a Pablo su falta de elocuencia; al parecer, su predicación en Corinto, palidecía frente a la de Apolo, brillante retórico alejandrino. Pero el lenguaje que habla Pablo es otro: el de la cruz. No desprecia la curiosidad humana, pero tampoco cree que la sabiduría divina sea objeto de un razonamiento. Para él, dicha sabiduría es de un orden distinto del de las categorías humanas; le ha sido dada al hombre, y éste debe acogerla en su corazón. Está perfectamente expresada en la cruz de Jesucristo, signo de un amor totalmente entregado, y signo también de que la grandeza se halla en la pequeñez. ¿Puede la sabiduría del mundo comprender esto por sí misma?

El salmo 32, del género himnico, celebra las obras de Dios, cuyos pensamientos son distintos de los de los hombres; por eso puede "deshacer los planes de las naciones y frustrar los proyectos de los pueblos".

Mateo 25, 1-13: ver p. 234

*

**

Los judíos piden signos, milagros admirables, pruebas. Los griegos reclaman sabiduría, razonamientos, lógica. El Evangelio nos propone diez vírgenes... Es más, cinco de ellas son necias. Unas vírgenes que velan o se duermen, porque la boda se retrasa... En verdad, ¡algo debe haber de la locura de Dios en el Evangelio! ¿Por qué, si no, la proclamación del Evangelio tiene que complicarse con la historia de un esposo y unas lámparas de aceite? Aún hoy, muchas mentes serias reclaman una auténtica sabiduría, una inteligencia y un catecismo sólidamente estructurados... ¡No historias de jovencitas!

¿Qué es la proclamación del Evangelio? ¡La cruz de Cristo, responde san Pablo, y nada más! Pero también la cruz es una historia... Bien sé que los catecismos han hecho de ella una teoría de la redención, pero la cruz de Jesucristo es, sobre todo, una historia de la carne y la sangre de un hombre que amó hasta el final y que en su propia historia nos reveló el

rostro de Dios. Recuérdense además, que al pie de la cruz había, sobre todo, mujeres... Y la primera proclamación del Evangelio fue la de María Magdalena, una mujer, seguramente enamorada. ¿Entonces? ¿No están también enamoradas las vírgenes del Evangelio -las previsoras-, que son capaces de velar hasta la madrugada por el esposo?

El Evangelio no es una doctrina; es una llamada a amar, porque es la Palabra del Dios del amor. Una doctrina que dijera otra cosa distinta no sería cristiana. No se dará a los hombres otra señal que la que fue dada a María Magdalena; no se propondrá ninguna otra sabiduría que la de las jóvenes vírgenes de la boda, pues a Dios le plugo revelarse al hombre como un Esposo; la fe es una Alianza y su manifestación una fiesta. Expuesto sobre la cruz, el Hijo de Dios amó a la Iglesia hasta entregarle su cuerpo; con su sangre, derramada por la multitud, santificó a su Esposa y la invitó a la fiesta de la eterna alianza, llamada Eucaristía.

¡Locura de Dios manifestada en ese instante en el que los sabios de este mundo no vieron más que la triste historia de un condenado a muerte! Pero, durante toda la noche, unas jóvenes estuvieron en vela, alimentando su fidelidad de la fuente del amor. En la aurora de la Pascua, una de ellas fue al jardín, y allí, en el encuentro con el amor, reconoció al Esposo que venía. Toda la vocación de la Iglesia estaba inscrita en aquel momento en que el Señor dijo a la amada: ¡María!

*

**

**Sabiduría que desafía a la razón,
tú te revelas, Señor,
en el corazón que vela por amor.
Mantennos vigilantes
al pie de la cruz
sobre la que te entregas por amor.
Que nuestro corazón
acuda cada mañana a la cita,
para escuchar de tu amor
la única palabra que tú nos dices:
nuestro nombre, unido al tuyo,
para una alianza eterna.**

**Un grito ha resonado en la noche.
¡Despertad, vírgenes fieles,
tomad vuestras lámparas,
corred al encuentro del Esposo!**

**Aquí viene,
nimbado por la aurora, radiante por el sol naciente.
Viene,
abre para vosotras las puertas de la boda.
Entrad, acudid al festín:
con su amor él os vestirá.**

**Vosotras que dormís, ¡despertad!
¿No estaban en vela vuestros corazones?
¿No sabíais que después de la noche
viene el día?
No permitáis que el aburrimiento
apague en vosotras la llama de la esperanza.**

**Venid, El os conoce,
sabe vuestros nombres y vuestros deseos.
Seguid los impulsos de vuestro corazón,
no tengáis miedo a dejarlo todo por él.
El día sólo será maravilloso
si camináis con él hacia la luz.**

**Que venga la fiesta,
pues Dios nunca está triste.
¡Sed prudentes y amorosas!
Sólo el amor es prudente;
lo demás es sólo muerte.**

**Escuchad el grito en la noche...
Grito de la vida que viene hacia la luz,
grito de la muerte vencida en la cruz,
grito de una mañana de Pascua,
grito del Esposo que llama...
¡Gritad de alegría por Dios!
¡Desgarrad la noche,
abrid las puertas al alba que renace
entrad en la danza de siglos y siglos,
no permitáis que la noche venza al amor!**

Sábado de la vigésima primera semana

¡NO ENTERREIS LA VIDA!

1 Corintios 1, 26-31. *La diferencia entre la sabiduría divina y el espíritu del mundo se reflejaba en la situación social de los cristianos de Corinto. La mayoría de ellos eran gente sencilla, incluso esclavos, y el mundo los despreciaba.*

Pero, como todos los pequeños, son grandes ante Dios. Si a los ojos del mundo no existen, sí existen en Jesucristo, que ha entregado su vida por ellos en la cruz. Los Corintios podrían aplicarse a sí mismos lo que el prólogo de Juan dice de todos los cristianos: "No han nacido de voluntad de carne ni de voluntad humana, sino de Dios". Han nacido del Amor. Este es su único título de gloria, y no les será arrebatado.

La continuación del salmo 32 canta la elección divina. La existencia cotidiana es una existencia en Cristo, única fuente de salvación.

Mateo 25, 14-30: ver p. 237

*
**

¡Mirad bien, hermanos! Abrid los ojos a vuestra comunidad, a vuestra parroquia, a vuestra asamblea... No os dé vergüenza miraros unos a otros... ¡Mirad bien, elegidos de Dios!

¿Qué veis? ¿Unas personas a las que el mundo llama inteligentes? Quizá, pero, si son verdaderamente inteligentes, os dirán que no lo son tanto... ¿Personas a las que el mundo considera poderosas? ¡Podría ser, aunque nosotros esperamos que sean las primeras en experimentar la debilidad de su poder! ¿Personas de alta cuna? A lo mejor; pero, evidentemente, nosotros no formamos un club noble o aristocrático... ¡Es evidente!

¡Seguid mirando! ¿Qué veis? Personas de origen modesto, e incluso, algunas de ellas ignoradas por el mundo; pobres, económica y moralmente débiles, pecadores, marginados; hombres y mujeres a los que la "buena sociedad" debe considerar un tanto locos. ¡Y hay que estarlo para hacer lo que hacemos nosotros! En pocas palabras, somos poca cosa, y quien adujera aquí su orgullo, su poder o su riqueza, se habría equivocado de puerta.

No se nos podrá recriminar que menospreciemos nuestros talentos; no tenemos más que uno, y muy pequeño, por lo demás... A no ser que... A no ser que el Señor decida colmarnos con su gracia, con su amor, con su vida. Esta es la auténtica fortuna, y en este sentido somos ricos y res-

ponsables. El amo nos ha confiado sus bienes; tiene derecho a exigir cuentas a nuestra pobreza, a nuestra indigencia, pues no nos faltan ni su fuerza ni su luz. La Iglesia no se rige por el poder humano; en ella vive el Espíritu, y nosotros somos responsables de él. Responsables de los frutos que El quiera producir en nosotros.

No hay mayor error que enterrar el talento, como si se tratara de un infructuoso tesoro. Quien no produce fruto es un inútil, y será arrojado afuera, ¡a las tinieblas! Que nadie proteste invocando su incapacidad: nuestra fuerza está en Dios, y quien permita que el Espíritu actúe en él, verá cómo se multiplica su herencia. ¡Aunque, en un principio, sólo dispongamos de un pequeño y despreciable talento!

*

**

**Tú nos hablas, Señor,
tú nos dices palabras de esperanza:
¿encontrarán en nosotros
un eco para este mundo angustiado?**

**Tú nos hablas, tú nos colmas;
tú nos das tu amor en herencia:
¿dará fruto abundante
para reanimar este mundo estéril?**

**Tú nos colmas, tú te fias de nosotros,
tú pones en nuestras manos el futuro de los hombres:
¿se cerrarán nuestras manos
por miedo a perderte?**

**Te lo pedimos:
por tu Espíritu, estimula nuestro trabajo,
que no seamos condenados
por nuestra inercia
cuando vengas a invitarnos
a entrar en tu eterno gozo.**

PARA UN COMENTARIO CONTINUADO DEL EVANGELIO DE SAN MATEO

PARA UN COMENTARIO CONTINUADO DEL EVANGELIO SEGUN SAN MATEO

El lector que prefiera centrar su meditación únicamente en el evangelio de Mateo encontrará un buen auxiliar en el comentario de los años impares y en el de los pares.

El siguiente índice facilita la localización de los distintos comentarios. Figuran en él el día de la semana, la referencia de la perícopa y su título y la página o páginas correspondientes. Faltan algunas pericopas que no han inspirado al autor un adecuado comentario.

EL SERMON DE LA MONTAÑA

10 Lu	5, 1-12	Bienaventuranzas	244
Ma	13-16	Sal de la tierra	21
Mi	17-19	Cumplir la ley	250
Ju	20-26	No matarás	25
		La nueva justicia	252
		¡Inútil jurar!	256
11 Lu	38-42	¿Ojo por ojo?	258
Ma	43-48	Amad a vuestros enemigos	34
Mi	6, 1-18	En secreto	36
Ju	7-15	Padre Nuestro	38, 256
Vi	19-23	El tesoro y el corazón	41
Sa	24-34	Buscar el Reino	44, 268
12 Ju	7, 21-29	Construir sobre roca	56, 276

LA SECCION DE LOS MILAGROS

12 Vi	8, 1-4	El leproso purificado	278
13 Ma	23-27	Tempestad en el lago	67, 288
Mi	28-34	Puercos en el mar	290
Ju	9, 1-8	El paralítico que se levanta	292
Vi	9-13	Vocación del publicano	294
Sa	14 17	Vino nuevo y joven	79, 296
14 Lu	18-26	Resurrección de una joven	82, 298
Ma	32-38	El mudo habla	300

EL DISCURSO DE MISION

14 Mi	10, 1-7	Los Doce	92, 302
Ju	7-15	Los Doce en misión	94, 304
Vi	16-23	Servidores como Jesús	96, 306
Sa	24-33	¡No temáis!	98, 308

JESUS SIGNO DE CONTRADICCION

15 Ma	11, 20-24	Sodoma y Cafarnaún	312
Mi	25-27	El Reino revelado a los pequeños	314
Ju	28-30	Carga ligera	316
Sa	12, 14-21	El servidor de Dios	320
16 Lu	38-42	El signo de Jonás	322
Ma	46-50	La familia de Jesús	325

EL DISCURSO PARABOLICO

16 Mi	13, 1-9	El sembrador siembra	133
Ju	10-17	Hablar en parábolas	330
Sa	24-30	La cizaña	334
17 Lu	31-35	La semilla más pequeña	336
Ma	36-43	La cosecha final	338
Mi	44-46	El único tesoro	152
Ju	47-53	Las redes en el mar	342
Vi	54-58	Nadie es profeta en su tierra	344

NACIMIENTO DE UNA IGLESIA

17 Sa	14, 1-12	Muerte del Bautista	346
18 Lu	13-21	Jesús y la muchedumbre en el desierto	169, 348
Ma	22-36	La tempestad calmada	172
Mi	15, 1 ..14	Manos sucias y corazón limpio	350
Mi	21-28	La mujer cananea	176, 352
Ju	16, 13-23	¿Quién soy yo para vosotros?	179, 354
Vi	24-28	¡Camina detrás de mí!	356
Sa	17, 14-20	El lunático sanado	358

EL DISCURSO ECLESIASTICO

19 Ma	18, 1 ..14	El mayor en el Reino	364
Mi	15-20	Si tu hermano ha pecado	194, 366
Ju	18, 21-19, 1	¡Paga tu deuda!	368

EL MOMENTO DE LA ELECCION

19 Vi	19, 3-12	El amor conyugal	370
Sa	13-15	¡Dejad que los niños se acerquen a mí!	373
20 Lu	16-22	El hombre demasiado rico	208
Ma	23-30	El rico y el camello	211, 377
Mi	20, 1-16	Obreros en el último minuto	214, 380
Ju	22, 1-14	La fiesta y el traje de bodas	217
Vi	34-40	Amar de todo corazón	220
Sa	23, 1-12	¡Un solo señor!	222
21 Lu	13-22	Contra los fariseos hipócritas	390
Mi	27-32	Idem	394
Ju	24, 42-51	Estar en vela durante la noche	232
Vi	25, 1-13	La boda en la noche	235, 398
Sa	14-30	Los talentos	237, 401